

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 7

12 de diciembre de 1892 – 16 de mayo de 1895

Elena G. de White

Contenido

12 de diciembre de 1892	7
19 de diciembre de 1892	10
26 de diciembre de 1892	13
2 de enero de 1893	16
9 de enero de 1893	19
16 de enero de 1893	23
23 de enero de 1893	28
30 de enero de 1893	32
6 de febrero de 1893.....	35
13 de febrero de 1893.....	38
20 de febrero de 1893.....	41
27 de febrero de 1893.....	45
6 de marzo de 1893	47
13 de marzo de 1893	50
20 de marzo de 1893	53
27 de marzo de 1893	55
3 de abril de 1893	57
10 de abril de 1893	59
17 de abril de 1893	62
24 de abril de 1893	66
1 de mayo de 1893	68
8 de mayo de 1893	71
15 de mayo de 1893	74
29 de mayo de 1893	77
5 de junio de 1893	79
12 de junio de 1893	83
19 de junio de 1893	87
26 de junio de 1893	91

3 de julio de 1893	93
10 de julio de 1893	96
17 de julio de 1893	98
24 de julio de 1893	100
31 de julio de 1893	102
7 de agosto de 1893	105
14 de agosto de 1893	107
21 de agosto de 1893	110
28 de agosto de 1893	113
4 de septiembre de 1893	116
11 de septiembre de 1893	119
18 de septiembre de 1893	122
25 de septiembre de 1893	125
2 de octubre de 1893	127
9 de octubre de 1893	131
16 de octubre de 1893	134
23 de octubre de 1893	137
6 de noviembre de 1893	142
13 de noviembre de 1893	144
20 de noviembre de 1893	146
27 de noviembre de 1893	149
4 de diciembre de 1893	151
11 de diciembre de 1893	154
18 de diciembre de 1893	157
25 de diciembre de 1893	160
1 de enero de 1894	164
8 de enero de 1894	167
15 de enero de 1894	170
22 de enero de 1894	172

29 de enero de 1894	175
5 de febrero de 1894.....	179
12 de febrero de 1894.....	183
19 de febrero de 1894.....	186
26 de febrero de 1894.....	190
12 de marzo de 1894	193
19 de marzo de 1894	196
26 de marzo de 1894	199
2 de abril de 1894	202
9 de abril de 1894	205
16 de abril de 1894	208
23 de abril de 1894.....	211
30 de abril de 1894	214
7 de mayo de 1894	217
14 de mayo de 1894	221
28 de mayo de 1894	224
4 de junio de 1894	228
11 de junio de 1894	232
18 de junio de 1894	236
25 de junio de 1894.....	240
2 de julio de 1894	243
9 de julio de 1894	247
16 de julio de 1894.....	250
23 de julio de 1894	253
30 de julio de 1894	256
6 de agosto de 1894.....	260
13 de agosto de 1894.....	263
20 de agosto de 1894.....	266
27 de agosto de 1894.....	269

3 de septiembre de 1894.....	272
10 de septiembre de 1894.....	275
17 de septiembre de 1894.....	280
24 de septiembre de 1894.....	283
1 de octubre de 1894	286
8 de octubre de 1894	290
15 de octubre de 1894	294
22 de octubre de 1894	297
29 de octubre de 1894	300
5 de noviembre de 1894	303
12 de noviembre de 1894	307
19 de noviembre de 1894	310
26 de noviembre de 1894	313
3 de diciembre de 1894	316
10 de diciembre de 1894	319
17 de diciembre de 1894	323
24 de diciembre de 1894	326
3 de enero de 1895	329
10 de enero de 1895	332
17 de enero de 1895	335
24 de enero de 1895	339
31 de enero de 1895	342
7 de febrero de 1895.....	343
14 de febrero de 1895.....	346
28 de febrero de 1895.....	350
7 de marzo de 1895	353
14 de marzo de 1895	357
21 de marzo de 1895	360
28 de marzo de 1895	363

4 de abril de 1895	366
11 de abril de 1895	369
18 de abril de 1895	373
25 de abril de 1895	377
2 de mayo de 1895	381
16 de mayo de 1895	384

SECABIPP

12 de diciembre de 1892

El camino hacia Cristo

(Continúa.)

Pero al arrepentirnos del pecado no necesitamos meternos en una celda, como hizo Lutero, imponiéndonos penitencias para expiar nuestra iniquidad, pensando con ello ganar el favor de Dios. La pregunta es: "¿Daré mi primogénito por mi transgresión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; y ¿qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y camines humildemente con tu Dios?". El salmista dice: "Al corazón contrito y humillado, oh Dios, no despreciarás". Juan escribe: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos". La única razón por la que no tenemos remisión de pecados es que no hemos reconocido ante Aquel a quien hemos herido con nuestras transgresiones, a quien hemos traspasado con nuestros pecados, que estamos en falta y necesitados de misericordia. La confesión que es la efusión de lo más íntimo del alma encontrará su camino hacia el corazón de infinita piedad; porque el Señor está cerca del de corazón quebrantado, y salva a los de espíritu contrito.

Cuán equivocados están los que se imaginan que la confesión de los pecados les restará dignidad y disminuirá su influencia entre sus semejantes. Aferrándose a esta idea errónea, aunque ven sus faltas, muchos no las confiesan, sino que más bien pasan por alto los males que han hecho a otros, amargando así sus propias vidas, y ensombreciendo las vidas de los demás. Confesar tus pecados no hiere tu dignidad. Fuera esa falsa dignidad. Caed sobre la Roca y quebrantaos, y Cristo os dará la verdadera y celestial dignidad. Que el orgullo, la autoestima o la justicia propia no impidan a nadie confesar su pecado, para que pueda reclamar la promesa. "El que encubre sus pecados no prosperará; pero el que los confiesa y los abandona tendrá misericordia". No ocultes nada a Dios, y no descuides la confesión de tus faltas a tus hermanos. "Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados". Muchos pecados se dejan sin confesar para confrontar al pecador en el día de la cuenta final; mejor es confrontar tus pecados ahora, confesarlos y apartarlos, mientras el Sacrificio expiatorio aboga en tu favor. No dejes de aprender la voluntad de Dios sobre este tema. La salud de tu alma y la salvación de otros depende del curso que sigas en este asunto. "Humillaos, pues, bajo la poderosa

mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros". El corazón humilde y quebrantado puede apreciar algo del amor de Dios y de la cruz del Calvario. Amplia será la bendición experimentada por aquel que cumple la condición por la cual puede llegar a ser partícipe del favor de Dios.

Hemos de entregar nuestro corazón a Dios, para que nos renueve y santifique, y nos prepare para su corte celestial. No hemos de esperar a que llegue un momento especial, sino que hoy hemos de entregarnos a él, negándonos a ser siervos del pecado. ¿Te imaginas que puedes dejar el pecado poco a poco? ¡Oh, dejad la cosa maldita de una vez! Aborreced lo que Cristo aborrece, amad lo que Cristo ama. ¿Acaso no ha hecho provisión por su muerte y sufrimiento para limpiarte del pecado? Cuando empezamos a darnos cuenta de que somos pecadores, y caemos sobre la roca para ser quebrantados, los brazos eternos se colocan a nuestro alrededor, y somos llevados cerca del corazón de Jesús. Entonces quedaremos encantados con su hermosura, y disgustados con nuestra propia justicia. Necesitamos acercarnos al pie de la cruz. Cuanto más nos humillemos allí, más exaltado aparecerá el amor de Dios. La gracia y la justicia de Cristo no servirán para el que se siente completo, para el que se cree razonablemente bueno, para el que se contenta con su propia condición. No hay lugar para Cristo en el corazón de quien no se da cuenta de su necesidad de luz y ayuda divinas.

Jesús dice: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Hay plenitud de gracia en Dios, y podemos tener su espíritu y su poder en gran medida. No os alimentéis con las cáscaras de la justicia propia, sino acudid al Señor. Él tiene el mejor manto para vestirte, y sus brazos están abiertos para recibirte. Cristo dirá: "Quitadle los vestidos sucios, y vestidle con una muda de ropa".

No; Cristo ha prometido que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad". Usted es probado de Dios por la palabra de Dios. No debes esperar emociones maravillosas antes de creer que Dios te ha escuchado; el sentimiento no debe ser tu criterio, pues las emociones son tan cambiantes como las nubes. Debes tener algo sólido como fundamento de tu fe. La palabra del Señor es una palabra de poder infinito, en la que puedes confiar, y él ha dicho: "Pedid y recibiréis". Mira al Calvario. ¿No ha dicho Jesús que es tu abogado? ¿No ha dicho que si pedís algo en su nombre, lo recibiréis? No debes depender de tu propia bondad o de tus buenas obras.

Debes venir dependiendo del Sol de Justicia, creyendo que Cristo ha quitado tus pecados y te ha imputado su justicia.

Has de acudir a Dios como pecador arrepentido, por medio del nombre de Jesús, el Abogado divino, a un Padre misericordioso y perdonador, creyendo que hará tal como ha prometido. Que los que desean la bendición de Dios llamen, y esperen en el trono de la misericordia, con firme seguridad, diciendo: "Porque tú, Señor, has dicho: Todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". El Señor anhela que los que buscan a Dios crean en Aquel que todo lo puede.

El Señor ha tratado de mostrarnos cuán dispuesto está Dios a escuchar y responder a nuestra petición mediante el uso de un suceso de lo más familiar y común. Dijo: "¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?". Cristo nos hizo un llamamiento sobre la disposición de Dios a ayudar, argumentando a partir del amor natural del padre a su descendencia. ¿Qué padre podría dar la espalda a su hijo que le pide pan? ¿Debería alguien deshonorar a Dios imaginando que no responderá a la llamada de sus hijos? ¿Pensaríamos que un padre es capaz de jugar con su hijo, y de tentarle aumentando sus expectativas sólo para defraudarle? ¿Prometerá un padre dar alimento bueno y nutritivo a su hijo y luego le dará una piedra? Pues si vosotros, siendo humanos y malos, dais cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan? El Señor asegura a los que se lo pidan que les dará el Espíritu Santo.

Con la confesión del pecador arrepentido y creyente, Cristo mezcla su propia justicia, para que la oración del hombre caído suba como incienso fragante ante el Padre, y la gracia de Dios sea impartida al alma creyente. Jesús dice al alma temblorosa y arrepentida: "Que se aferre a mi fuerza para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo". "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". ¿Le dejarás razonar contigo? ¿Le confiarás la custodia de tu alma como a un Creador fiel? Ven, pues, y vivamos a la luz de su rostro, y oremos como David: "Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve". Por la fe aplica la sangre de Cristo a tu corazón, pues sólo eso puede hacerte más blanco que la nieve. Pero tú dices: "Esta entrega de todos

mis ídolos me romperá el corazón". Esta entrega de todo por Dios está representada por tu caer sobre la Roca y ser quebrantado. Entonces renuncia a todo por él; porque a menos que seas quebrantado, no vales nada.

Cuando te apartes de las cisternas rotas que no pueden contener agua, y en el nombre de Jesús, tu Abogado, acudas directamente a Dios, pidiendo las cosas que necesitas, la justicia de Cristo se revelará como tu justicia, la virtud de Cristo como tu virtud. Entonces comprenderás que la justificación vendrá sólo por la fe en Cristo; porque en Jesús se revela la perfección del carácter de Dios; en su vida se manifiesta la realización de los principios de la santidad. Por la sangre expiatoria de Cristo, el pecador es liberado de la esclavitud y la condenación; por la perfección del Sustituto y Fianza sin pecado, puede correr en la carrera de la humilde obediencia a todos los mandamientos de Dios. Sin Cristo está bajo la condenación de la ley, siempre pecador, pero por la fe en Cristo es hecho justo ante Dios.

(Concluido la próxima semana).

19 de diciembre de 1892

El camino hacia Cristo

(Continúa.)

Es imposible que el hombre se salve a sí mismo. Puede engañarse a sí mismo al respecto, pero no puede salvarse a sí mismo. Sólo la justicia de Cristo puede servir para su salvación, y ésta es el don de Dios. Esta es la vestidura nupcial en la que puedes aparecer como [un] invitado bienvenido a la cena de bodas del Cordero. Deja que la fe se aferre a Cristo sin demora, y serás una nueva criatura en Jesús, una luz para el mundo.

Cristo es llamado "el Señor nuestra justicia", y por la fe cada uno debe decir: "El Señor mi justicia". Cuando la fe se aferre a este don de Dios, la alabanza de Dios estará en nuestros labios, y podremos decir a los demás: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Entonces podremos hablar a los perdidos acerca del plan de salvación, que mientras el mundo yacía bajo la maldición del pecado, el Señor presentó términos de misericordia al pecador caído y sin esperanza, y reveló el valor y el significado de su gracia. La gracia es el favor inmerecido. Los ángeles, que nada saben del pecado, no comprenden lo que es que se ejerza la gracia sobre ellos; pero nuestra pecaminosidad exige

el ejercicio de la gracia de un Dios misericordioso. Fue la gracia la que envió a nuestro Salvador a buscarnos como errantes y a traernos de vuelta al redil.

¿Tienes hambre en tu alma? ¿Tienes hambre y sed de justicia? Entonces esto es una evidencia de que Cristo ha obrado en tu corazón, y ha creado este sentido de necesidad, a fin de que se le busque para que haga por ti, mediante la dote de su Espíritu Santo, aquellas cosas que te es imposible hacer por ti mismo. El Señor no especifica ninguna condición, excepto que tengas hambre de su misericordia, desees su consejo y anheles su amor. "Pide". El pedir pone de manifiesto que te das cuenta de tu necesidad, y si pides con fe, recibirás. El Señor ha empeñado su palabra, y no puede fallar. Que sientas y sepas que eres pecador es argumento suficiente para pedir su misericordia y compasión. La condición para que puedas acercarte a Dios no es que seas santo, sino que le pidas a Dios que te limpie de todo pecado y te purifique de toda iniquidad. Entonces, ¿por qué esperar más? ¿Por qué no le tomas la palabra a Dios, y dices:-

Aquí, Señor, me entrego a ti,
"¿Es todo lo que puedo hacer?"

Si Satanás viene a poner su sombra entre tú y Dios, acusándote de pecado, tentándote a desconfiar de Dios y a dudar de su misericordia, di: No puedo permitir que mi debilidad se interponga entre Dios y yo, porque Él es mi fuerza. Mis pecados, que son muchos, recaen sobre Jesús, mi divino Sustituto y Sacrificio.

"Nada en mi mano traigo.
Simplemente a tu cruz me aferro".

Ningún hombre puede mirar dentro de sí mismo y encontrar algo en su carácter que lo recomiende a Dios, o que asegure su aceptación. Sólo a través de Jesús, a quien el Padre dio por la vida del mundo, el pecador puede encontrar acceso a Dios. Sólo Jesús es nuestro Redentor, nuestro Abogado y Mediador; en él está nuestra única esperanza de perdón, paz y justicia. Es en virtud de la sangre de Cristo que el alma golpeada por el pecado puede ser restaurada a la salud. Cristo es la fragancia, el santo incienso que hace que tu petición sea aceptable al Padre. Entonces, ¿no puedes decir:-

Tal como soy, sin una súplica,
Pero que tu sangre fue derramada por mí,

Y que me ordenas venir a Ti,
Oh Cordero de Dios, vengo.

Venir a Cristo no requiere un severo esfuerzo mental y agonía; es simplemente aceptar los términos de la salvación que Dios ha dejado claros en su palabra. La bendición es gratuita para todos. La invitación es: "Todo aquel que tiene sed, venga a las aguas, y el que no tiene dinero, venga, compre y coma; sí, venga, compre vino y leche sin dinero y sin precio. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Escuchadme con atención, y comed lo que es bueno, y que vuestra alma se deleite en la grosura".

Entonces ven, busca y encuentra. La reserva de poder está abierta, es plena y gratuita. Venid con corazones humildes, sin pensar que debéis hacer alguna buena obra para merecer el favor de Dios, o que debéis mejorar antes de poder venir a Cristo. Eres impotente para hacer el bien, y no puedes mejorar tu condición. Aparte de Cristo no tenemos ningún mérito, ninguna justicia. Nuestra pecaminosidad, nuestra debilidad, nuestra imperfección humana hacen imposible que nos presentemos ante Dios a menos que estemos revestidos de la justicia sin mancha de Cristo. Hemos de ser hallados en él, no teniendo nuestra propia justicia, sino la justicia que es en Cristo. Entonces, en el nombre que es sobre todo nombre, el único nombre dado a los hombres por el cual los hombres pueden salvarse, reclama la promesa de Dios, diciendo: "Señor, perdona mi pecado; pongo mis manos en tu mano en busca de ayuda, y debo tenerla, o pereceré. Ahora creo". El Salvador dice al pecador arrepentido: "Nadie viene al Padre, sino por mí; y al que a mí viene, no le echo fuera". "Yo soy tu salvación".

Cuando respondes a la atracción de Cristo y te unes a él, manifiestas una fe salvadora. Hablar de cosas religiosas de una manera casual, orar por bendiciones espirituales sin verdadera hambre del alma y fe viva, sirve de poco. La muchedumbre maravillada que se apretujaba en torno a Jesús no percibía en el contacto ninguna accesión de poder vital. Pero cuando la pobre y sufrida mujer, que durante doce años había sido una inválida, en su gran necesidad extendió la mano y tocó el borde de su manto, sintió la virtud curativa. Fue el toque de la fe, y Cristo lo reconoció. Supo que la virtud había salido de él, y volviéndose entre la multitud, preguntó: "¿Quién me ha tocado?". Sorprendidos ante tal pregunta, los discípulos respondieron: "Maestro, la multitud te apretuja, y tú dices: ¿Quién me ha tocado? Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado, porque veo que la virtud ha salido de mí. Y viendo la mujer que no se ocultaba, vino temblando, y postrándose delante de él, le declaró en presencia de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había quedado curada; y él le

dijo: Hija, alégrate; tu fe te ha salvado; vete en paz". La fe que sirve para ponernos en contacto vital con Cristo expresa por nuestra parte la suprema preferencia, la perfecta confianza, la entera consagración. Esta fe actúa por amor y purifica el alma. Obra en la vida del seguidor de Cristo la verdadera obediencia a los mandamientos de Dios; porque el amor a Dios y el amor al hombre serán el resultado de la conexión vital con Cristo. "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de los suyos".

Jesús dice: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos". ¿Podemos concebir una relación más íntima que la que esto implica? Las fibras del sarmiento son idénticas a las de la vid. La comunicación de la vida, la fuerza y el alimento del tronco a los sarmientos es fluida y constante. La raíz envía su alimento a través de los sarmientos. Tal es la relación del creyente con Cristo, si permanece en Cristo y obtiene de Él su alimento. Pero esta relación espiritual entre Cristo y el alma sólo puede establecerse mediante el ejercicio de la fe personal. "Sin fe es imposible agradarle", porque es la fe la que nos conecta con el poder del cielo y nos da fuerza para hacer frente a los poderes de las tinieblas. "Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". La fe familiariza al alma con la existencia y la presencia de Dios, y, viviendo con un solo ojo para la gloria de Dios, discernimos cada vez más la belleza de su carácter, la excelencia de su gracia. Nuestras almas se fortalecen en poder espiritual, porque estamos respirando la atmósfera del cielo, y comprendiendo que Dios está a nuestra derecha, que no seremos conmovidos. Nos elevamos por encima del mundo, contemplando a Aquel que es el primero entre diez mil, el todo codiciable, y al contemplarlo hemos de ser transformados a su imagen.

(Concluido la próxima semana).

26 de diciembre de 1892

El camino hacia Cristo

(Concluido.)

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". Sólo el poder divino puede regenerar el corazón humano e infundir en las almas el amor de Cristo, que se manifestará siempre con el amor a aquellos por quienes murió. El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, longanimidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Cuando un hombre se convierte a Dios, se le suministra un nuevo gusto moral, se le da una nueva fuerza motriz, y ama las cosas que Dios ama; porque su vida está ligada por la

cadena de oro de las promesas inmutables a la vida de Jesús. El amor, la alegría, la paz y una gratitud inexpresable invadirán el alma, y el lenguaje del bienaventurado será: "Tu mansedumbre me ha engrandecido".

Pero los que esperan ver un cambio mágico en su carácter sin un esfuerzo decidido de su parte para vencer el pecado, se sentirán decepcionados. No tenemos razón para temer mientras miramos a Jesús, ninguna razón para dudar sino que él es capaz de salvar hasta lo sumo a todos los que vienen a él; pero podemos temer constantemente que nuestra vieja naturaleza obtenga de nuevo la supremacía, que el enemigo invente alguna trampa por la cual nos convirtamos de nuevo en sus cautivos. Debemos trabajar en nuestra propia salvación con temor y temblor, porque es Dios quien obra en vosotros el querer y el hacer por su buena voluntad. Con nuestros poderes limitados debemos ser tan santos en nuestra esfera como Dios es santo en la suya. En la medida de nuestra capacidad, hemos de manifestar la verdad, el amor y la excelencia del carácter divino. Como la cera toma la impresión del sello, así el alma ha de tomar la impresión del Espíritu de Dios y retener la imagen de Cristo.

Debemos crecer cada día en belleza espiritual. A menudo fracasaremos en nuestros esfuerzos por copiar el modelo divino. A menudo tendremos que inclinarnos para llorar a los pies de Jesús, a causa de nuestras deficiencias y errores; pero no debemos desanimarnos; debemos orar con más fervor, creer más plenamente, y tratar de nuevo con más firmeza de crecer a semejanza de nuestro Señor. A medida que desconfiemos de nuestro propio poder, confiaremos en el poder de nuestro Redentor, y rendiremos alabanzas a Dios, que es la salud de nuestro rostro, y nuestro Dios.

Donde hay unión con Cristo hay amor. Cualesquiera que sean los otros frutos que podamos dar, si falta el amor, de nada aprovechan. El amor a Dios y al prójimo es la esencia misma de nuestra religión. Nadie puede amar a Cristo y no amar a sus hijos. Cuando estamos unidos a Cristo, tenemos la mente de Cristo. La pureza y el amor brillan en el carácter, la mansedumbre y la verdad controlan la vida. La expresión misma del semblante cambia. Cristo que mora en el alma ejerce un poder transformador, y el aspecto exterior da testimonio de la paz y la alegría que reinan en el interior. Bebemos del amor de Cristo, como el sarmiento se alimenta de la vid. Si estamos injertados en Cristo, si fibra a fibra nos hemos unido a la Vid Viva, daremos prueba de ello produciendo ricos racimos de frutos vivos. Si estamos conectados con la Luz, seremos canales de luz, y en nuestras palabras y obras reflejaremos luz al mundo. Aquellos que son verdaderamente cristianos están unidos con la cadena de amor que une la tierra

con el cielo, que une al hombre finito con el Dios infinito. La luz que brilla en el rostro de Jesucristo resplandece en los corazones de sus seguidores, para gloria de Dios.

Al contemplar hemos de cambiar; y al meditar en las perfecciones del Modelo divino, desearemos transformarnos por completo y renovarnos a imagen de su pureza. Es por la fe en el Hijo de Dios que tiene lugar la transformación en el carácter, y el hijo de la ira se convierte en hijo de Dios. Pasa de la muerte a la vida; se vuelve espiritual y discierne las cosas espirituales. La sabiduría de Dios ilumina su mente y contempla las maravillas de su ley. A medida que un hombre se convierte por la verdad, la obra de transformación del carácter continúa. Su entendimiento aumenta. Al convertirse en un hombre de obediencia a Dios, tiene la mente de Cristo, y la voluntad de Dios se convierte en su voluntad.

El que se pone sin reservas bajo la guía del Espíritu de Dios, encontrará que su mente se expande y se desarrolla. Obtiene una educación en el servicio de Dios que no es unilateral y deficiente, desarrollando un carácter unilateral, sino que resulta en simetría y plenitud. Las debilidades que se han manifestado en una voluntad vacilante y un carácter impotente, son superadas, porque la devoción y la piedad continuas llevan al hombre a una relación tan estrecha con Cristo que tiene la mente de Cristo. Él es uno con Cristo, teniendo solidez y fuerza de principio. Su percepción es clara, y manifiesta la sabiduría que viene de Dios. Dice Santiago: "¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? que muestre sus obras con mansedumbre de sabiduría". "La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, fácil de ser tratada, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz de los que hacen la paz". Esta será la sabiduría manifestada por quien tome el cáliz de la salvación e invoque el nombre del Señor. Esta salvación, que ofrece el perdón al transgresor, le presenta la justicia que soportará el escrutinio del omnisciente, da la victoria sobre el poderoso enemigo de Dios y del hombre, proporciona la vida eterna y la alegría a su receptor, y bien puede ser tema de regocijo para los humildes, que la oyen y se alegran.

La hermosa parábola que Cristo dio de la única oveja perdida, del pastor que dejó las noventa y nueve para ir en busca de la que se había perdido, ilustra la obra de Cristo, la condición del pecador y el regocijo del universo por la salvación del alma. El pastor no miró despreocupadamente a las ovejas y dijo: "Tengo noventa y nueve, y me costará demasiado trabajo ir en busca de la descarriada; que vuelva, y yo abriré la puerta del redil para que entre; pero no

puedo ir tras ella". No; apenas se extravía la oveja, el semblante del pastor se llena de dolor y ansiedad. Cuenta y recuenta el rebaño, y cuando está seguro de que se ha perdido una oveja, no duerme. Deja a las noventa y nueve dentro del redil, y, por oscura y tempestuosa que sea la noche, por peligroso y desagradable que sea el camino, por largo y tedioso que sea el servicio, no se cansa, no vacila, hasta que la perdida es encontrada. Y cuando la encuentra, se echa la oveja cansada y agotada al hombro y, con alegre gratitud porque su búsqueda no ha sido en vano, la lleva de vuelta al redil. Su gratitud se expresa en melodiosos cantos de júbilo, y llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Así, cuando el gran Pastor de las ovejas encuentra a un errante, los ángeles celestiales responden a la nota de alegría del Pastor. Cuando el perdido es encontrado, el cielo y la tierra se unen en acción de gracias y regocijo. "Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse".

2 de enero de 1893

Elegidos en Cristo

EGW

Muchos tienen ideas confusas acerca de lo que constituye la fe, y viven totalmente por debajo de sus privilegios. Confunden el sentimiento y la fe, y están continuamente angustiados y perplejos de mente; porque Satanás saca toda la ventaja posible de su ignorancia e inexperiencia. Por medio de múltiples tentaciones, Satanás logra a menudo hacer oscura y amarga la experiencia del cristiano, según sus malos designios. Debemos aceptar a Cristo como nuestro Salvador personal, o fracasaremos en nuestro intento de ser vencedores. No nos servirá de nada mantenernos alejados de él, creer que nuestro amigo o nuestro vecino pueden tenerlo como Salvador personal, pero que nosotros no podemos experimentar su amor perdonador. Hemos de creer que somos elegidos de Dios, para ser salvados por el ejercicio de la fe, mediante la gracia de Cristo y la obra del Espíritu Santo; y hemos de alabar y glorificar a Dios por tan maravillosa manifestación de su inmerecido favor. Es el amor de Dios el que atrae el alma a Cristo, para ser recibida graciosamente y presentada al Padre. Por obra del Espíritu se renueva la relación divina entre Dios y el pecador. El Padre dice: "Yo seré para ellos un Dios, y ellos serán para mí un pueblo. Les perdonaré y les daré mi alegría. Serán para mí un tesoro peculiar; porque este pueblo que he formado para mí manifestará mi alabanza."

El Padre pone su amor en su pueblo elegido que vive en medio de los hombres. Este es el pueblo que Cristo ha redimido por el precio de su propia sangre; y porque responde a la atracción de Cristo, por la soberana misericordia de Dios, es elegido para ser salvado como hijo obediente suyo. Sobre ellos se manifiesta la gracia gratuita de Dios, el amor con que los ha amado. Todo el que se humille como un niño pequeño, que reciba y obedezca la palabra de Dios con la sencillez de un niño, estará entre los elegidos de Dios. De la iglesia de Éfeso escribe el apóstol:

"Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo; según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, por la cual nos hizo aceptos en el Amado. En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia, en la cual abundó para con nosotros en toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el beneplácito que se propuso en sí mismo; para que en la dispensación de la plenitud de los tiempos, reuniese en uno todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos como las que están en la tierra, en él, en quien también tenemos herencia, habiendo sido predestinados según el designio de aquel que hace todas las cosas según el designio de su voluntad."

En el concilio del cielo se dispuso que los hombres, aunque transgresores, no perecieran en su desobediencia, sino que, mediante la fe en Cristo como su sustituto y fiador, llegaran a ser los elegidos de Dios predestinados a la adopción de hijos por Jesucristo para sí mismo según el beneplácito de su voluntad. Dios quiere que todos los hombres se salven, porque ha hecho una amplia provisión, al dar a su Hijo unigénito para pagar el rescate del hombre. Los que perecen, perecerán porque se niegan a ser adoptados como hijos de Dios por Cristo Jesús. El orgullo del hombre le impide aceptar las disposiciones de la salvación. Pero el mérito humano no admitirá un alma en la presencia de Dios. Lo que hará al hombre aceptable a Dios es la gracia impartida por Cristo mediante la fe en su nombre. No se puede depender de las obras ni de los felices vuelos de los sentimientos como prueba de que los hombres son escogidos de Dios; porque los elegidos son escogidos por medio de Cristo.

Jesús dice: "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera". Cuando el pecador arrepentido viene a Cristo, consciente de su culpa e indignidad, dándose cuenta de que merece el castigo, pero confiando en la misericordia y el amor de Cristo, no será rechazado. Se apropia del amor perdonador de Dios, y en su corazón brota una gratitud gozosa por la compasión y el amor infinitos de su Salvador. El hecho de que en los concilios del cielo, antes de la fundación del mundo, se dispusiera para él que Cristo tomara sobre sí la pena de la transgresión del hombre y le imputara su justicia, le sobrecoge de asombro y hace brotar de sus labios palabras de alabanza y cantos de gratitud.

Cristo fue el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Para muchos ha sido un misterio por qué se requerían tantas ofrendas de sacrificio en la antigua dispensación, por qué se llevaban al altar tantas víctimas sangrantes. Pero la gran verdad que debía mantenerse ante los hombres, e imprimirse en la mente y el corazón, era ésta: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión". En cada sacrificio sangrante estaba tipificado "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Cristo mismo fue el iniciador del sistema judío de culto, en el cual, por medio de tipos y símbolos, se representaban las cosas espirituales y celestiales. Muchos olvidaron el verdadero significado de estas ofrendas; y la gran verdad de que sólo por Cristo hay perdón de los pecados, se perdió para ellos. La multiplicación de las ofrendas sacrificiales, la sangre de toros y machos cabríos, no podían quitar el pecado.

En la antigua dispensación muchos no veían la fuerza de la lección que se les presentaba en el sacrificio y la ofrenda, y no tenían excusa. Pero hoy vivimos cuando el tipo se ha encontrado con el antitipo en la ofrenda de Cristo por los pecados del mundo; vivimos en el día de mayor luz, y sin embargo, ¡cuán pocos se benefician con la grandiosa e importantísima verdad de que Cristo ha hecho un amplio sacrificio por todos! Lo que la justicia requería, Cristo lo había rendido en la ofrenda de sí mismo, y "¿cómo escaparemos si descuidamos una salvación tan grande?" Los que rechacen el don de la vida no tendrán excusa; "porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

9 de enero de 1893

"Buscad las cosas de arriba"

[Sermón en North Fitzroy, Melbourne, Australia, 10 de septiembre de 1892.]

EGW

"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned vuestros afectos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria."

Estas palabras son simples y sencillas, pero ¿las entendemos? ¿Tenemos un conocimiento práctico de lo que significan? Si no lo tenemos, como profesos seguidores de Cristo, debemos entender que necesitamos apresurarnos y poner nuestros afectos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Porque si ponemos nuestros afectos en las cosas de la tierra, nos volveremos terrenales, comunes y malos. Nuestras mentes toman el nivel de las cosas en las que nuestros pensamientos se detienen, y si pensamos en las cosas terrenales, fracasaremos en tomar la impresión de lo que es celestial. Nos beneficiaría mucho contemplar la misericordia, la bondad y el amor de Dios; pero sufrimos una gran pérdida si nos detenemos en las cosas terrenales y temporales. Permitimos que el dolor, la preocupación y la perplejidad atraigan nuestras mentes hacia la tierra, y magnificamos un grano de arena hasta convertirlo en una montaña. Hablando de lo que estamos llamados a soportar, Pablo dice: "Nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un sobremanera grande y eterno peso de gloria, mientras miramos" -¿mientras miramos nuestras dificultades, mientras magnificamos nuestras pruebas, y pensamos sólo en nuestras penurias? No, sino "mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Las cosas temporales no deben ocupar toda nuestra atención, ni absorber nuestras mentes hasta que nuestros pensamientos sean enteramente de la tierra y lo terrenal. Debemos entrenar, disciplinar y educar la mente para que podamos pensar en un canal celestial, para que podamos morar en las cosas invisibles y eternas, que serán discernidas por la visión espiritual. Es viendo a Aquel que es invisible que podemos obtener fuerza de mente y vigor de espíritu. Esta es la manera en que Daniel recibió fortaleza. Fue llamado a desempeñar un papel de

primer orden en el reino de Babilonia, y demostró ser un noble estadista en todas sus relaciones con la corte. Vivió una vida noble y dio un ejemplo digno. Su mirada estaba fija en las cosas invisibles y eternas. Se dio cuenta de que estaba luchando a la vista de las inteligencias celestiales, y su dependencia estaba en Dios.

Puede que no seamos llamados a desempeñar un papel en los asuntos públicos, pero en cualquier lugar al que seamos llamados por la providencia de Dios, podemos esperar confiadamente que Dios será nuestro ayudante. No debemos ser un juguete de las circunstancias, sino estar por encima de ellas. No debemos ser controlados por las circunstancias. Cuando se nos coloque en situaciones difíciles y encontremos cosas que no nos gustan, que ponen a prueba nuestra paciencia y nuestra fe, no debemos hundirnos en el abatimiento, sino aferrarnos más firmemente a Dios y demostrar que no ponemos nuestro afecto en las cosas de la tierra, sino en las de arriba; que miramos a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe. Jesús ha de ser el principio y el fin, el primero y el último. Él debe ser nuestra fortaleza en todo tiempo de prueba. Dios debe ser nuestra única dependencia. Cuando dejamos a Dios fuera de nuestro cálculo, y dejamos de poner nuestros afectos en él, nos privamos de un gran beneficio. No podemos permitirnos hacer esto, y Dios no puede permitirse que lo hagamos. ¿Por qué? Porque hemos sido comprados a un precio infinito, incluso con la preciosa sangre de su Hijo unigénito. Dios no puede permitirse que glorifiquemos a los poderes de las tinieblas poniendo nuestros ojos en las cosas vistas y temporales; porque en lugar de ser obreros junto con él, ponemos nuestra influencia del lado del enemigo.

Debéis trabajar en vuestra propia salvación con temor y temblor, comprendiendo al mismo tiempo que es Dios quien obra en vosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Cuando somos colaboradores de Dios, no podemos poner nuestros afectos en las cosas de abajo; porque donde estén nuestros afectos, allí estarán nuestros pensamientos; y donde estén nuestros pensamientos, allí estará nuestro tesoro. Cuando nos fijamos en las cosas vistas y temporales, no obtenemos el conocimiento divino, como Daniel. ¿Cuál es nuestra posición hoy? ¿Somos estudiantes en la escuela de Cristo, buscando seriamente saber cuál es la voluntad de Dios respecto a nosotros? ¿Cuántos en esta congregación creen que Cristo es su Salvador personal? ¿Cuántos pueden decir: "Él me salva"? Yo sé que Él quiere que yo sea salvo. Él me considera valioso a sus ojos, y por eso sé que mis pensamientos, mis palabras y mis obras pasan revista ante él. Todo lo que está relacionado con la compra de la sangre de Cristo tiene valor a los ojos de Dios. Por el precio pagado por

nuestra redención estamos obligados a dedicar todo nuestro afecto a Cristo. Debemos dar a Dios todo lo que hay en nosotros; y al dar a Dios nuestro todo, ¿debemos considerar que sufrimos una gran pérdida? Cada don que él nos ha dado, cuando se lo devolvemos, recibe su bendición, para que pueda tener mayor influencia en la obra de Dios. Dondequiera que estés, debes darte cuenta de que perteneces a Cristo, y que tu influencia ha de ser de tan largo alcance como la eternidad.

En cierta ocasión, un abogado se acercó a Jesús y le dijo: "Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?". ¿Hay aquí alguien que quiera que se le responda a esa pregunta? Jesús devolvió la pregunta a su interlocutor y le dijo: "¿Qué está escrito en la ley?" "¿Cómo lees?". El abogado le contestó de una manera que ponía de manifiesto que entendía lo que comprendía la ley. Citó las palabras que se encuentran en Deuteronomio y Levítico, y dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón [no dando la mitad al mundo y la tercera parte a uno mismo, sino todo a Dios. ¿Quedará algo para el mundo?] y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás". Todo nuestro ser es requerido en el servicio de Dios. No se debe hacer ninguna reserva. Pero alguien dice: "Bueno, no sé cómo tendría éxito en las cosas de este mundo si llevara a cabo esta instrucción". Usted tendría mucho más éxito; porque encontraría que la piedad es provechosa para todas las cosas, proveyendo lo que es esencial para su bienestar en este mundo y su felicidad en el venidero. Usted tendría éxito mucho mejor; porque usted tendría Dios para trabajar con usted. Vivirías como viendo al que es invisible, dándote cuenta de que trabajas a la vista del mundo invisible.

Esta es la manera en que Moisés triunfó. Vivió como si viera a Aquel que es invisible, y por eso pudo considerar los reproches de Cristo mayores riquezas que los tesoros de Egipto. Si los hombres vivieran de este modo, veríamos sus rostros resplandecer con la gloria de Dios, porque estarían contemplando la gloria de lo eterno y, al contemplarla, se transformarían en la imagen de Cristo. Pero en lugar de esto, ¡cuán general es el olvido de Dios! ¡Cuán pocos contemplan constantemente al Huésped invisible, dándose cuenta de que está a su derecha! ¡Cuántos ignoran su presencia! Si tratáramos a los demás como tratamos a Jesús, ¡qué descortesía se pensaría!

Supongamos que un amigo estuviera con nosotros, y nos encontráramos con un conocido en el camino y dirigiéramos toda nuestra atención a nuestro recién conocido, ignorando la presencia de nuestro amigo, ¿qué opinión tendrían los

hombres de nuestra lealtad hacia nuestro amigo, de nuestro grado de respeto hacia él? Y, sin embargo, así es como tratamos a Jesús. Olvidamos que es nuestro compañero. Entablamos conversación y nunca mencionamos su nombre ni incluimos su instrucción en nuestras palabras. Hablamos de asuntos mundanos, y donde no lastima el alma, donde es esencial, no deshonramos a Jesús, pero sí lo deshonramos cuando no lo mencionamos en nuestras relaciones con nuestros amigos y asociados. Él es nuestro mejor amigo, y debemos buscar oportunidades para hablar de él. Debemos recordar siempre que está a nuestra diestra, que no debemos ser conmovidos, y debemos tenerlo siempre presente. Nuestra conversación debe tener un carácter que no ofenda a Dios. Debemos ser vencedores, copartícipes de Jesús, y no prestar nuestra influencia a la obra del enemigo. Aunque "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", no se salvará ni un alma de nosotros que no coopere con Dios. Aunque nuestra salvación depende de nuestra cooperación con Dios, no podemos atribuirnos la gloria, porque Jesús es el autor y consumidor de nuestra fe; toda la gloria debe corresponder a Dios. Cristo es el principio y el fin, y dependemos totalmente de él.

Jesús dice: "Sin mí nada podéis hacer". Puesto que ésta es nuestra posición, ¿permitiremos que nuestras mentes vaguen hasta los confines de la tierra? ¿Pasaremos nuestro tiempo de prueba bromeando? ¿No nos daremos cuenta de que vivir es algo solemne? Los hombres generalmente están de acuerdo en que es una cosa solemne morir; pero es una cosa mucho más solemne vivir. ¿Por qué? Porque cada alma se rodea de una atmósfera que ejerce una influencia reveladora sobre aquellos con quienes estamos en contacto. Muchos recogen para sí la atmósfera que respiran los poderes de las tinieblas. Aun los que profesan ser seguidores de Cristo permiten a menudo que la sombra infernal de Satanás se interponga entre el alma y Dios. Sus pensamientos, sus palabras son de un orden barato y común, y dan a otros la impresión de que la religión es una cosa barata. ¡Oh, no podemos permitirnos dar semejante instrucción! Nosotros, que podemos estar imbuidos del Espíritu de Cristo, que podemos tener su amor en nuestros corazones, su influencia vivificante en nuestras almas, debemos derramar sobre los hombres una influencia benéfica. Debemos ser copartícipes de Jesús. Él dice:

"Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad. Y no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en

ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, como nosotros somos uno: Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado." "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal".

Estas son las verdades sobre las que debemos reflexionar. Nuestros cuerpos se construyen a partir de aquello de lo que nos alimentamos, y nuestras mentes, nuestras experiencias, seguirán el orden de aquello que compone nuestro alimento espiritual. Jesús dice: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día." "El espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo, son espíritu y son vida."

16 de enero de 1893

"Buscad las cosas de arriba"

(Concluido.)

EGW

Esperamos el cambio de la mortalidad a la inmortalidad; pero ¿qué más podemos tener de lo que ahora tenemos el privilegio de tener? Podemos tener a Jesús morando en nuestros corazones por la fe. Él murió en la cruz del Calvario, para que él pudiera permanecer en ti, y tú en él. Podemos tener la presencia de Cristo con nosotros, como la tuvo Daniel en Babilonia. Dios le dio sabiduría en toda ciencia, y tuvo entendimiento en todos los misterios. Pero nosotros podemos ser como fue Daniel. La Fuente de la Sabiduría está abierta para nosotros. Podemos venir a Dios, podemos crecer en sabiduría.

No hay necesidad de que seamos ignorantes. Santiago dice: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche". Se exhorta: "Creced en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". ¿Cómo es posible que crezcamos en gracia? Sólo es posible si vaciamos nuestro corazón de nosotros mismos y lo presentamos al cielo para que sea moldeado según el modelo divino. Podemos tener una conexión con el Canal viviente de Luz; podemos ser refrescados con el rocío celestial, y hacer que las lluvias del cielo descendan

sobre nosotros. A medida que nos apropiemos de la bendición de Dios, podremos recibir mayores medidas de su gracia. A medida que aprendamos a soportar como si viéramos al que es invisible, nos transformaremos en la imagen de Cristo. La gracia de Cristo no nos hará orgullosos, ni nos ensoberbecerá, sino que seremos mansos y humildes de corazón. Fue la gracia de Cristo la que hizo de Moisés el hombre más manso de la tierra. A medida que aprendamos del divino Maestro, manifestaremos este precioso atributo. ¿Cuánto tiempo tardó Moisés en aprender la lección de la mansedumbre, y llegar a ser apto para ser un general que condujera a los ejércitos de Israel fuera de Egipto? Pasó por una larga disciplina. Durante cuarenta años cuidó ovejas en la tierra de Madián, aprendiendo a ser un buen pastor para el rebaño. En su posición de pastor, tuvo que cuidar de los débiles, guiar a los descarriados y buscar a los errantes. Esta era una formación esencial para el que iba a ser el líder de Israel; porque en el cuidado del rebaño de Dios se le pediría que alimentara a los débiles, que instruyera a los descarriados y que trajera al perdido de vuelta al redil. Este es el trabajo del seguidor de Cristo. Hemos de velar por las almas como quienes han de rendir cuentas, hacer todo lo que esté en nuestra mano para que aquellos con quienes nos relacionamos crezcan hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

Debemos darnos cuenta de a qué hemos sido llamados en Cristo; porque por la fe debemos alcanzar su justicia. Puesto que ésta es la norma para nuestro logro, ¿cómo puede alguno de nosotros estar satisfecho con nuestros logros presentes? Si nos hemos estado deteniendo en las cosas visibles y temporales, dirijamos nuestra atención a las cosas invisibles y eternas. No esperemos un avivamiento en la iglesia, o una convicción especial; sino que, dándonos cuenta de nuestra necesidad, y sabiendo que todo el cielo está a nuestras órdenes, entreguemos ahora nuestros corazones a Dios. No pensemos que podemos esperar hasta alguna reunión de la Conferencia, hasta que se convoque a una gran compañía, para buscar la bendición de Dios. Es mejor que estemos despiertos individualmente, hoy rindiendo nuestros corazones a Dios. Decidan ahora dedicarse a él, no sólo como congregación, sino como individuos; decidan buscar las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. No esperéis los unos a los otros. No miréis a vuestro alrededor para ver si vuestro vecino va a hacer la entrega, sino que, comprendiendo que cada uno de nosotros debe dar cuenta de sí mismo a Dios, que tenemos un Salvador vivo, que es nuestro sustituto y garantía, acercaos a Dios.

La palabra del Señor dice: "Acercaos a Dios", ¿y acaso él se acercará a vosotros? No, la promesa es: "Él se acercará a ti". Dios no hace nada por el

hombre sin su cooperación. Te atrae con las tiernas cuerdas de su amor, y cuando respondes a esta atracción, te acercas a él. Mientras buscas su rostro, los ángeles te sirven. Él tiene a sus órdenes diez mil veces diez mil y miles de ángeles. Ascienden y descienden sin cesar, porque ¿no son todos espíritus ministradores enviados para ministrar en favor de los que serán herederos de la salvación? Están ministrando en las ciudades, pueblos y aldeas. Reciben su comisión de Dios, cuyo ojo contempla todas las cosas; y cuando un alma está en el desaliento, él envía ayuda del cielo, incluso antes de que se pronuncie la oración pidiendo ayuda. Antes de que se lo pidamos, él comisiona a sus ministros para que vayan con ayuda divina. Durante las noches de insomnio que he pasado en los meses de mi enfermedad, he encontrado un consuelo indescriptible en estos pensamientos. Tan pronto como mi mente se fijaba en Jesús, las nubes de las tinieblas se transformaban, y todo era luz en el Señor. Mi alma se derretía con su amor. Fija los ojos en Jesús, y di: "Guíame, guíame". Tu oración ascenderá ante el Padre como incienso fragante; porque el mérito de Cristo la hará valiosa ante Dios.

Cuando la justicia de Cristo sea tu alegato, serás aceptado en el Amado. Jesús nos anima a presentar su mérito en el trono. Dice: "Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo". Oh, educa el alma para creer las promesas de Dios. ¿Haría tales promesas si no nos amara? Somos su propiedad comprada; comprada a un precio infinito. ¿Sabrías tú la forma de amor que se te ha concedido? Te señalo la cruz del Calvario. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Cristo murió en favor del mundo. Nuestro Padre Celestial nos ha valorado al precio de Jesús, y, habiendo sido comprados a tal precio, ¿qué derecho tenemos a gastar nuestras capacidades dadas por Dios al servicio del mundo y del pecado? ¿Qué derecho tenemos a malgastar nuestro tiempo, a usar nuestros talentos para ayudar a la obra de los poderes de las tinieblas? "Poned la mira en las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios".

Significa algo ser cristiano, coheredero con Jesucristo. ¿A qué? A una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible. Pero, ¿nos estamos preparando para tal herencia cuando la mente está toda llena de liviandad y bagatelas y necesidades, cuando dedicamos el tiempo que Dios nos ha dado a lo que no tiene valor sustancial? Necesitamos el bautismo del Espíritu Santo. Jesús dijo a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré....". Cuando venga el Espíritu de la verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su

propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque recibirá de lo mío, y os lo hará saber".

Debemos estar en comunión con Dios por medio del Espíritu Santo; y cuando oramos, el Espíritu ayuda nuestras flaquezas. El arado de la verdad debe ser profundo. Estamos llenos de nosotros mismos, satisfechos con nuestra condición. Jesús dice: "Dices que soy rico, y que me he enriquecido, y que de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo; yo te aconsejo que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas". Debemos caer sobre la Roca y ser quebrantados, y entonces el Espíritu de Dios tomará posesión de nosotros, y nos moldeará según el Modelo divino.

Entonces haz la entrega de inmediato. No esperes a llegar a casa, sino manifiesta que te das cuenta de lo que se requiere de ti. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón". Has de poner tus afectos en Dios. Para hacer esto no es necesario hacer sonar una trompeta delante de ti, hacer una proclamación al mundo de que te has convertido de las tinieblas a la luz, y que no desees que nadie se acerque a ti para arrojar una nube de oscuridad sobre ti. Religión significa consagrarse diariamente a Dios; significa mansedumbre y humildad de corazón; significa tomar todo lo que viene a ti como una bendición, dejar que la alabanza fluya hacia Dios. El Señor dice: "Quien ofrece alabanza me glorifica". Cuando alabamos a Dios, el alma se fortalece en poder espiritual.

Por la mañana, al mediodía y por la noche debemos meditar en la bondad y el amor de Dios, para que podamos conocer a Dios; porque ésta es la vida eterna. El Padre nos ha dado el mejor regalo, el mayor tesoro del cielo, y nosotros somos valiosos para Dios, y debemos rendirle alabanzas. Pero cuando nos rodeamos de una atmósfera oscura, olvidamos que el Padre conoce nuestras pruebas, y nos las ha enviado con amor. La alabanza que debería llegarle nunca llega a su trono, porque nuestros afectos no están centrados en él.

Debemos aferrarnos a Dios con todas nuestras fuerzas, y amarle con un corazón indiviso. No te fijes en lo que hacen los demás, sino sé tú mismo copartícipe con Él, obrero junto a Dios, partícipe de la naturaleza divina. Debemos consagrarnos a Dios, ayudar a los demás, rodearnos de una atmósfera fragante. Nuestras palabras han de ser alegres y amables; hemos de acercarnos de corazón a corazón como miembros de la familia de Cristo. Hemos de ser uno, como Cristo es uno con el Padre. Busquemos esta unidad, y pronto le veremos tal

como es, y gozaremos de su presencia a través de las edades incesantes de la eternidad. Tendremos la vida que mide con la vida de Dios. Nos llevará toda la eternidad comprender la ciencia de la redención, entender algo de lo que significa que el Hijo del Dios infinito diera su vida por la vida del mundo. Entonces, ¿no buscaremos la gloria, el honor y la vida eterna? ¿No lo convertiremos en nuestro primer objetivo? Aquí sólo podemos tener una corta vida, pero la vida venidera es eterna. Podemos alcanzarla consagrándonos diariamente a Dios, con la ayuda del Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo de Cristo, que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero no pecó, para poder socorrer a los tentados. Acerquémonos al trono del amor infinito, y allí esperemos y veamos para ver el cumplimiento de las promesas de Dios. Haz tu llamamiento al cielo, sabiendo que lo que Dios ha dicho lo hará, y hará que su luz brille a través de ti para los demás. Puede que tú no sepas que estás dando luz a otros, pero Dios lo sabrá. A los de la derecha el Señor les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me recogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te vestimos, o cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". No sabían que hacían el bien a los demás; porque era el Espíritu de Cristo el que obraba con ellos, y los demás tomaban conocimiento de que habían estado con Jesús y aprendido de él. Tengamos religión personal, y arraiguémonos y cimentémonos en el amor.

Mientras la Conferencia estaba reunida en South Lancaster, Massachusetts, una vieja y fiel hermana estaba muriendo, y envió este mensaje a los reunidos: "El ancla resiste". Esto es lo que queremos, una esperanza que podamos lanzar como un ancla, entrando en lo que está dentro del velo. Queremos poder dar testimonio de que el ancla resiste en tiempos de enfermedad, prueba o duelo. En nuestras horas más oscuras queremos poder ver encantos incomparables en Jesús, poner nuestros afectos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, para que nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios, a fin de que cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, nosotros también nos manifestemos con él en gloria.

23 de enero de 1893

Nuestra obligación de mejorar nuestros talentos

EGW

Desde este lejano campo de Australia me dirijo a ustedes en América, preguntándoles ¿qué uso están dando a los talentos que les han sido confiados? Cada talento debe ser devuelto al Maestro con intereses; porque el Señor tiene una obra para que cada uno y todos la hagan, la cual, si se realiza, resultará en la acumulación de talento y bendición. Todos están llamados a trabajar mientras es de día; porque viene la noche, en la cual nadie puede trabajar. Hay pueblos y aldeas y ciudades que ya están blancos para la siega; pero ¿dónde están los segadores? Se necesitan sembradores, y los segadores deben estar listos para seguirlos. El tiempo apremia, y se necesitan obreros serios que vayan por todo Michigan, pues en este Estado especialmente los campos están blancos para la siega.

Que el trabajo que debe hacerse no espere a la ordenación de ministros. Si no hay ministros que se ocupen de la obra, que hombres inteligentes, sin pensar en cómo pueden acumular la mayor cantidad de bienes, se establezcan en estas ciudades y pueblos, y levanten el estandarte de la cruz, usando el conocimiento que han adquirido al ganar almas para la verdad. El conocimiento de la verdad es demasiado precioso para atesorarlo, atarlo y esconderlo en la tierra. Incluso el único talento confiado por el Maestro debe emplearse fielmente para ganar también otros talentos. ¿Dónde están los hombres y mujeres que han sido refrescados con ricas corrientes de bendición del trono de Dios? Que se pregunten qué han hecho para comunicar esta luz a los que no han tenido ventajas semejantes. ¿Cómo quedarán en el juicio aquellos que han descuidado el uso de sus talentos, cuando cada motivo sea sometido a escrutinio? El Maestro celestial ha confiado talentos a cada uno de sus siervos. "Y a uno dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno; a cada uno conforme a su capacidad".

Dios no ha dado talentos sólo a unos pocos elegidos, sino que a todos les ha encomendado algún don peculiar para que lo empleen en su servicio. Muchos a quienes el Señor ha dado talentos preciosos se han negado a emplearlos para el progreso del reino de Dios; sin embargo, están obligados ante Dios por el uso que hagan de sus dones. Todo el mundo, ya sea sirviendo a Dios o complaciéndose a sí mismo, es poseedor de alguna confianza, cuyo uso apropiado traerá gloria a Dios y cuyo uso pervertido robará al Dador. Que el poseedor de talentos no reconozca las demandas de Dios sobre él, no hace que

su culpa sea menor. Si elige permanecer bajo el negro estandarte del príncipe de las tinieblas en esta vida, permanecerá inconfeso ante Cristo en el día de las cuentas finales.

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". El dinero del rescate ha sido pagado por cada hijo e hija de Adán, y que aquellos que han sido rescatados por la preciosa sangre de Cristo, rehúsen lealtad a él, no los protegerá de la retribución que vendrá sobre ellos en el último día. Tendrán que responder por su negligencia en usar sus talentos confiados para el Maestro. Tendrán que responder por sus reproches contra su Hacedor y Redentor, y por su robo a Dios al retener sus talentos de su servicio, y enterrar los bienes de su Señor en la tierra.

La familia humana se compone de agentes morales responsables, y desde el más elevado y dotado hasta el más bajo y oscuro, todos están investidos de los bienes del cielo. El tiempo es un don confiado por Dios, y debe emplearse diligentemente en el servicio de Cristo. La influencia es un don de Dios, y debe ejercerse para promover los fines más elevados y nobles. Cristo murió en la cruz del Calvario para que toda nuestra influencia sirviera para elevarlo ante un mundo que perece. Aquellos que contemplan a la Majestad del cielo muriendo en la cruz por sus transgresiones, valorarán su influencia sólo en la medida en que atraiga a los hombres hacia Cristo, y la usarán sólo para este propósito. El intelecto es un talento confiado. La simpatía y el afecto son talentos que deben ser sagradamente guardados y mejorados, para que podamos prestar servicio a Aquel cuya posesión comprada somos.

Todo lo que somos o podemos ser pertenece a Dios. La educación, la disciplina y la habilidad en todas las líneas deben emplearse para él. El capital es suyo, y la mejora es la usura que legítimamente pertenece al Amo. Ya sea grande o pequeña la cantidad confiada, el Señor exige que los dueños de casa hagan lo mejor que puedan. No es la cantidad confiada o la mejora hecha lo que trae a los hombres la aprobación del cielo, sino que es la fidelidad, la lealtad a Dios, el servicio amoroso prestado, lo que trae la bendición divina: "Bien, buen siervo y fiel; has sido fiel en lo poco, yo te pondré a cargo de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor." Esta recompensa de gozo no espera hasta nuestra entrada en la ciudad de Dios, sino que el siervo fiel tiene un anticipo de ella incluso en esta vida.

En vez de enterrar nuestros talentos en la tierra, aquellos que están dispuestos a comerciar con ellos, no comerciarán en vano. Dios pronuncia su bendición sobre la diligencia desinteresada e incansable; y aunque no tengamos más que un talento, y no podamos hacer más que una pequeña inversión, Dios hará que el esfuerzo sea fructífero en resultados. El hombre que trabaja en la fe se dará cuenta de que su intelecto, sus afectos, todo su poder, pertenece a Dios, y tratará de hacer un uso diligente de sus poderes, y mejorará sus facultades y talentos. Pero, en vez de darse cuenta de que todas nuestras facultades pertenecen a Dios, cuántos son imprudentes, pensando poco que su influencia, sus palabras baratas y ligeras, están moldeando los caracteres de aquellos con quienes se asocian, y rebajando sus mentes a un nivel bajo. Si comprendieran lo que están haciendo, y pudieran darse cuenta de que son responsables de su influencia, y que a los ojos del cielo están desperdiciando sus oportunidades, ¿despreciarían tanto sus talentos de palabra y mente, y así moldearían las mentes de sus compañeros a lo que es bajo e innoble, por su conversación insignificante y barata? Es por la influencia de los triviales imprudentes que la confederación del mal se fortalece y los talentos confiados a Dios se corrompen y se entierran en la tierra.

Pero los mismos talentos que los hombres pervierten al servicio del mal han sido otorgados por el Señor para su elevación y la elevación de aquellos con quienes se asocian. Mediante el ejercicio de las facultades de la mente, mediante el poder de la palabra, han de mejorar constantemente y alimentar otras mentes con rico alimento intelectual, convirtiéndose así en una bendición para el mundo. ¿No haremos individualmente el mejor uso posible de las facultades naturales de la mente y del cuerpo? ¿No hemos de atesorar cuidadosamente cada talento que se nos confíe, y mediante el ejercicio fortalecer cada facultad, y vivir de tal manera que los jóvenes e inexpertos y los ancianos y experimentados se beneficien de la asociación con nosotros?

La atmósfera que rodea al alma está cargada de influencias para bien o para mal, según el carácter de los pensamientos. Puede estar llena de veneno y malaria, o ser fragante y pura y dar salud. Esta influencia moral será según nuestra conexión con Cristo o nuestra separación de Él, que es luz y vida. Los que están unidos a Cristo se darán cuenta de que él les ha dado confianzas según su diversa capacidad; y, sea cual fuere su entorno, lo considerarán favorable para el desarrollo del carácter moral. Debemos aprovechar al máximo toda ventaja y oportunidad. Debemos recordar continuamente que debemos entrenar y mejorar nuestra capacidad para no defraudar a nuestro Maestro, sino alcanzar el nivel más alto posible, y así influir en otros para que sigan las huellas de nuestro Ejemplo. Podemos decir: "Ni la sociedad ni los compañeros íntimos deben ver

rebajadas sus ideas del carácter cristiano por mi proceder". Los que adoptan y mantienen esta posición descubrirán que el Evangelio es poder de Dios para salvación. Los tales recibirán el encomio: "Bien, buen siervo y fiel".

En la labor de difusión del Evangelio, Cristo envió a sus discípulos de dos en dos. En nuestros esfuerzos debemos seguir el plan de nuestro Maestro. Hay muchos que piensan que sería más ventajoso dispersar nuestras fuerzas lo más posible para abarcar el mayor territorio posible; pero el camino de Cristo es el mejor, y siempre resultará en pérdida seguir otros métodos que no sean los suyos. Si dos obreros pudieran venir a este campo distante, calificados por el Espíritu Santo, y se negaran a sí mismos y tomaran la cruz y siguieran a Jesús, manifestando que eran verdaderos discípulos, se podría realizar una obra importante en las ciudades y sus suburbios. Deseamos que vengan a estos campos hombres y mujeres que tengan conocimiento de la verdad, que no sean como niños zarandeados de aquí para allá, que no quieran pasar un rato agradable, sino que estén dispuestos a llevar cargas.

Oh! que el Señor bautice con su Espíritu Santo a hombres y mujeres que antes estaban en tinieblas y han visto una gran luz, para que se den cuenta de su deber de dejar que la luz brille para otros que están en tinieblas.

Las ventajas de ustedes que han oído la verdad en América han sido grandes; pero ¿qué uso están haciendo de sus privilegios? ¿Qué hacéis con vuestros talentos? ¿Los estáis poniendo a disposición de los intercambiadores? ¿Habéis atesorado la verdad en corazones buenos y honestos, aceptando el rayo de luz tras rayo según os ha llegado, y os sentís en la obligación de difundir la luz que habéis recibido? ¿Comprendéis lo que el Señor quiere inculcaros con la parábola de los talentos? El Señor encomendó a cada uno talentos según su capacidad, y todos debían comerciar con estos bienes encomendados. Haciendo lo que les mandaba el Señor, duplicaban sus talentos. Pero hubo uno a quien sólo se le había confiado un talento, y fue y lo envolvió en una servilleta, y lo escondió en la tierra; y cuando el Señor volvió y contó con sus siervos, devolvió el talento a su Señor, dando falso testimonio contra su Señor, acusándolo de ser un hombre duro, que cosechaba donde no había sembrado, y recogía donde no había esparcido, e hizo de esta mala interpretación del carácter de su Señor una excusa para su pereza. Pero el Señor penetró sus disfraces y le respondió según su estimación:

"Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré, y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber puesto mi dinero a los cambistas, y entonces, a mi

venida, yo habría recibido lo mío con usura. Quitadle, pues, el talento, y dadle al que tiene diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes."

Pero sobre aquellos que emplearon fielmente sus talentos, y que por el sabio uso de sus dones duplicaron su capacidad, el Señor pronunció su divina bendición. A ellos les dijo: "Bien, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor."

30 de enero de 1893

Beneficios del estudio de la Biblia

EGW

"Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". En la Palabra de Dios está contenido todo lo esencial para el perfeccionamiento del hombre de Dios. Es como una casa del tesoro, llena de valiosos y preciosos tesoros, pero no apreciamos sus riquezas, ni nos damos cuenta de la necesidad de equiparnos con los tesoros de la verdad. No nos damos cuenta de la gran necesidad de escudriñar las Escrituras por nosotros mismos. Muchos descuidan el estudio de la Palabra de Dios para dedicarse a algún interés mundano, o para entregarse a algún placer insignificante. Un asunto pasajero se convierte en excusa para la ignorancia de las Escrituras dadas por inspiración de Dios. Oh, más nos valdría dejar de lado cualquier cosa de carácter terrenal que la investigación de la Palabra de Dios, la cual puede hacernos sabios para vida eterna.

"Dado por inspiración de Dios", "capaz de hacernos sabios para la salvación", haciendo "perfecto al hombre de Dios, enteramente preparado para toda buena obra", el Libro de los libros tiene el más alto derecho a nuestra reverente atención. El estudio superficial de la Palabra de Dios no puede satisfacer las demandas que nos hace, ni proporcionarnos el beneficio prometido. Debemos procurar aprender el pleno significado de las palabras de verdad, y beber profundamente el espíritu de los santos oráculos. Leer diariamente un cierto número de capítulos, o memorizar una cantidad estipulada de Escrituras, sin pensar cuidadosamente en el significado del texto, no nos beneficiará en nada. Estudiar un pasaje hasta que su significado sea claro para la mente, y su relación con el plan de salvación sea evidente, tiene más valor que la lectura de muchos

capítulos sin un propósito definido y sin obtener ninguna instrucción positiva. No podemos obtener sabiduría de la Palabra de Dios sin prestar una atención sincera y orante a su estudio. Es verdad que algunas porciones de la Escritura son, en verdad, demasiado claras para ser malentendidas; pero hay muchas porciones cuyo significado no puede verse a simple vista; porque la verdad no está en la superficie. Para entender el significado de tales pasajes, la Escritura debe ser comparada con la Escritura; debe haber una investigación cuidadosa y una reflexión en oración. Tal estudio será ricamente recompensado. Como el minero descubre preciosas vetas de metal ocultas bajo la superficie de la tierra, así el que busca perseverantemente en la palabra de Dios como si fuera un tesoro escondido, encontrará verdades del mayor valor que están ocultas al buscador descuidado.

Debes cavar en la mina de la verdad hasta encontrar su tesoro más rico, y comparando escritura con escritura puedes encontrar el verdadero significado del texto. Pero si no haces de las enseñanzas sagradas de la palabra de Dios la regla y guía de tu vida, la verdad no será nada para ti. La verdad es eficaz sólo en la medida en que se lleva a cabo en la vida práctica. Si la palabra de Dios condena algún hábito que has consentido, un sentimiento que has abrigado, un espíritu que has manifestado, no te apartes de la palabra de Dios, sino apártate del mal de tus obras, y deja que Jesús limpie y santifique tu corazón. Confiesa tus faltas y abandónalas total y decididamente, creyendo en las promesas de Dios y mostrando tu fe con tus obras. Si las verdades de la Biblia se entretajan en la vida práctica, elevarán la mente de la terrenalidad y el envilecimiento. Los que están familiarizados con las Escrituras serán hombres y mujeres que ejercerán una influencia elevadora.

En la búsqueda de las verdades reveladas por el cielo, el Espíritu de Dios entra en estrecha conexión con el sincero escudriñador de las Escrituras. La comprensión de la voluntad revelada de Dios agranda la mente, la expande, la eleva y la dota de nuevo vigor, al poner sus facultades en contacto con la estupenda verdad. Ningún estudio es mejor para dar energía a la mente, para fortalecer el intelecto, que el estudio de la palabra de Dios. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos, para dar vigor a las facultades, como lo es la Biblia, que contiene las verdades más ennoblecedoras. Si la palabra de Dios se estudiara como es debido, veríamos una amplitud de mente, una estabilidad de propósito y una nobleza de carácter como raramente se ven en estos tiempos.

Pero el estudio de la palabra de Dios se convierte en una consideración secundaria, y con ello se sufre una gran pérdida. El entendimiento toma el nivel de las cosas con las que se familiariza. Si todos hicieran de la Biblia su estudio, veríamos un pueblo mejor desarrollado, capaz de pensar más profundamente, que manifestaría mayor inteligencia que aquellos que han estudiado seriamente, aparte de la Biblia, las ciencias y las historias del mundo. La Biblia proporciona al verdadero buscador de la verdad una disciplina mental avanzada, y sale de la contemplación de las cosas divinas con sus facultades enriquecidas; el yo es humillado, mientras que Dios y su verdad revelada son exaltados. Es porque los hombres no están familiarizados con las preciosas historias de la Biblia que hay tanta elevación del hombre y tan poco honor dado a Dios.

La Biblia contiene lo que dará al cristiano vigor de espíritu e intelecto. El salmista dice: "La entrada de tu palabra alumbra; da entendimiento a los simples". La Biblia es un libro maravilloso. Es una historia que nos abre los siglos pasados. Sin la Biblia nos habríamos quedado en conjeturas y fábulas respecto a los sucesos de épocas pasadas. Es una profecía que desvela el futuro. Es la palabra de Dios que nos revela el plan de salvación, señalando el camino por el que podemos escapar de la muerte eterna y obtener la vida eterna. De todos los libros que inundan el mundo, por valiosos que sean, la Biblia es el Libro de los libros, el que más merece nuestro estudio y admiración. No sólo ofrece la historia de este mundo, sino también una descripción del mundo venidero. Contiene instrucciones sobre las maravillas del universo, revela a nuestro entendimiento el carácter del Autor de los cielos y de la tierra. En ella está la revelación de Dios al hombre.

La búsqueda en todos los libros de filosofía y ciencia no puede hacer por la mente y la moral lo que la búsqueda en la Biblia puede hacer, si su enseñanza se hace práctica. Quien estudia la Biblia conversa con patriarcas y profetas. Entra en contacto con la verdad revestida de un lenguaje elevado, que ejerce un poder fascinante sobre la mente y eleva el pensamiento de las cosas de la tierra a la gloria de la futura vida inmortal. ¿Qué sabiduría del hombre puede compararse con la revelación de la grandeza de Dios? El hombre finito, que no conoce a Dios, trata de disminuir el valor de las Escrituras, alegando que sus supuestos conocimientos de la ciencia no armonizan con la palabra de Dios; pero la palabra de Dios es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino.

6 de febrero de 1893

Las bendiciones del estudio de la Biblia

EGW

Aquellos que se jactan de sabiduría más allá de la enseñanza de la palabra de Dios, necesitan beber más profundamente de la fuente del conocimiento, para que puedan aprender su verdadera ignorancia. Los hombres se jactan de su sabiduría cuando es necedad a los ojos de Dios. Que nadie se engañe a sí mismo. "Si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase necio para ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios. Porque está escrito: El prende a los sabios en su propia astucia". La mayor ignorancia que ahora maldice a la raza humana es la que se refiere a las exigencias obligatorias de la ley de Dios; y esta ignorancia es el resultado de descuidar el estudio de la palabra de Dios. Es el plan de Satanás ocuparse de tal manera de la mente que los hombres descuiden el gran libro de guía, y así sean conducidos al sendero de la transgresión y la destrucción.

La Biblia no está exaltada a su lugar entre los libros del mundo, aunque su estudio es de infinita importancia para el alma de los hombres. Al escudriñar sus páginas, la imaginación contempla escenas majestuosas y eternas. Contemplamos a Jesús, el Hijo de Dios, viniendo a nuestro mundo, y participando en el misterioso conflicto que desconcertó a los poderes de las tinieblas. ¡Oh, qué maravilloso, qué casi increíble es que el Dios infinito consintiera en la humillación de su propio Hijo para que nosotros pudiéramos ser elevados a un lugar con él en su trono! Que cada estudiante de las Escrituras contemple este gran hecho, y no saldrá de un estudio de la Biblia sin ser purificado, elevado y ennoblecido. La verdad será abierta a la mente y aplicada al corazón por el Espíritu de Dios. A través de la conexión con Dios, el cristiano tendrá puntos de vista más claros y amplios, libres de sus propias opiniones preconcebidas. Su discernimiento será más penetrante, su juicio estará mejor equilibrado y será más clarividente. Su entendimiento, ejercitado en la contemplación de las verdades excelsas, se ampliará, y al obtener el conocimiento celestial, comprenderá mejor su propia debilidad y crecerá en fe y humildad. Cuando se presta poca atención a la palabra de Dios, no se atienden los consejos divinos, las amonestaciones son vanas, no se busca la gracia y la sabiduría celestial para evitar los pecados pasados y limpiar del carácter toda mancha de corrupción. David oró: "Hazme entender el camino de tus preceptos;

así hablaré de tus maravillas". "Abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley".

Los estudiantes serios de la Biblia deben hacer una gran obra, pues hay que recoger gemas de verdad y separarlas de la compañía del error. Aunque la Biblia es una revelación del cielo, muchos no comprenden su enseñanza divina. Hemos de descubrir nuevos aspectos de la verdad tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, para contemplar la enorme amplitud y extensión de verdades que imaginamos comprender, pero de las que sólo tenemos un conocimiento superficial. El que escudriña seriamente las Escrituras verá que existe armonía entre las diversas partes de la Biblia, descubrirá la relación de un pasaje con otro, y la recompensa de su trabajo será sumamente valiosa.

Por todo el campo de la revelación están esparcidos alegres manantiales de verdad celestial, de paz y alegría. Estos alegres manantiales de verdad están al alcance de todo buscador. Las palabras de la inspiración, meditadas en el corazón, serán como corrientes vivas que fluyen del río del agua de la vida. Nuestro Salvador oró para que la mente de sus seguidores se abriera para comprender las Escrituras. Siempre que estudiamos la Biblia con un corazón orante, el Espíritu Santo está cerca para abrirnos el significado de las palabras que leemos. El hombre cuya mente es iluminada por la apertura de la palabra de Dios a su entendimiento, no sólo sentirá que debe buscar más diligentemente entender la palabra de Dios, sino que debe tener una mejor comprensión de las ciencias. Sentirá que ha sido llamado a un alto llamamiento en Cristo Jesús. Cuanto más estrechamente se relacione el hombre con la Fuente de todo conocimiento y sabiduría, tanto más se convencerá de que debe avanzar en sus logros intelectuales y espirituales. A la apertura de la palabra de Dios sigue siempre una notable apertura y fortalecimiento de las facultades del hombre; porque la entrada de las palabras de Dios da luz. Por la contemplación de las grandes verdades la mente se eleva, los afectos se purifican y refinan; porque el Espíritu de Dios a través de la verdad de Dios vivifica las facultades espirituales sin vida, y atrae el alma hacia el cielo.

Entonces toma tu Biblia y preséntate ante tu Padre Celestial, diciendo: "Ilumíname; enséñame cuál es la verdad". El Señor tendrá en cuenta tu oración, y el Espíritu Santo imprimirá la verdad en tu alma. Al escudriñar las Escrituras por ti mismo, te afianzarás en la fe. Es de la mayor importancia que escudriñes continuamente las Escrituras, almacenando la mente con la palabra de Dios, porque puedes ser separado de la compañía de los cristianos, y colocado donde no tendrás el privilegio de reunirte con los hijos de Dios. Necesitas los tesoros

de la palabra de Dios escondidos en tu corazón, para que cuando la oposición venga sobre ti, puedas traer todo a las Escrituras.

La verdad es eterna, y el conflicto con el error sólo pondrá de manifiesto su fuerza. Nunca debemos negarnos a examinar las Escrituras con aquellos que tenemos razones para creer que desean saber cuál es la verdad tanto como nosotros. Supongamos que un hermano sostiene un punto de vista que difiere del suyo, y viene a usted, proponiéndole que se sienta con él e investigue ese punto en las Escrituras; ¿debería usted levantarse lleno de prejuicios, y condenar sus ideas, mientras se niega a escucharlo con franqueza? La única manera correcta sería sentarse como cristianos e investigar la posición presentada a la luz de la Palabra de Dios, que revelará la verdad y desenmascarará el error. Ridiculizar sus ideas no debilitaría su posición, aunque fuera falsa, ni fortalecería la tuya, aunque fuera verdadera. Si los pilares de nuestra fe no resisten la prueba de la investigación, es hora de que lo sepamos, pues es insensato que nos aferremos a nuestras ideas y pensemos que nadie debe interferir con nuestras opiniones. Llevemos todo a la Biblia, porque ella es la única regla de fe y doctrina.

Debemos estudiar la verdad por nosotros mismos; no se debe confiar en ningún hombre vivo para que piense por nosotros, sin importar quién sea o en qué posición se encuentre. No debemos considerar a ningún hombre como un criterio perfecto para nosotros. Debemos aconsejarnos mutuamente y someternos los unos a los otros, pero al mismo tiempo debemos ejercitar la capacidad que Dios nos ha dado para aprender lo que es verdad. Cada uno de nosotros debe buscar en Dios la iluminación divina, para que podamos desarrollar individualmente un carácter que resista la prueba en el día de Dios.

Vivimos en los últimos días, cuando se acepta y se cree el error de carácter más engañoso, mientras que se descarta la verdad. Muchos se desvían hacia las tinieblas y la infidelidad, buscando defectos en la Biblia, introduciendo invenciones supersticiosas, teorías no bíblicas y especulaciones de vana filosofía; pero es deber de todos buscar un conocimiento profundo de las Escrituras. No se puede sobreestimar la importancia y el beneficio del estudio de la Biblia. Al escudriñar las Escrituras, nuestra mente se detiene en el sacrificio infinito de Cristo, en su mediación en nuestro favor. Al ver su amor, al meditar en su humillación y sufrimientos, se encenderá en nuestros corazones el mismo espíritu de abnegación y sacrificio por el bien de los demás. Al contemplar a Jesús con el ojo de la fe, seremos "transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

13 de febrero de 1893

El plan de salvación

EGW

La ley del amor es el fundamento del gobierno de Dios, y el servicio del amor el único servicio aceptable al cielo. Dios ha concedido a todos el libre albedrío, ha dotado a los hombres de capacidad para apreciar su carácter y, por tanto, de capacidad para amarle y elegir su servicio. Mientras los seres creados adoraron a Dios estuvieron en armonía en todo el universo. Mientras el amor a Dios era supremo, abundaba el amor a los demás. Como no había transgresión de la ley, que es la transcripción del carácter de Dios, ninguna nota de discordia perturbaba las armonías celestiales.

Pero conocidas son para Dios todas sus obras, y desde edades eternas el pacto de gracia (favor inmerecido) existió en la mente de Dios. Se le llama el pacto eterno; porque el plan de salvación no fue concebido después de la caída del hombre, sino que fue aquello que "se mantuvo en silencio durante tiempos eternos, pero ahora se manifiesta y por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se da a conocer a todas las naciones para obediencia de la fe".

El propósito y el plan de la gracia existían desde toda la eternidad. Antes de la fundación del mundo, según el determinado consejo de Dios, el hombre fue creado y dotado de poder para cumplir la voluntad divina. La caída del hombre, con todas sus consecuencias, no fue ocultada al Omnipotente. La redención no fue un pensamiento tardío, un plan formulado después de la caída de Adán, sino un propósito eterno, sufrido para ser llevado a cabo para la bendición, no sólo de este átomo de mundo, sino para el bien de todos los mundos que Dios había creado.

Ante Aquel que gobierna en los cielos, los misterios del pasado y del futuro se extienden por igual, y Dios ve más allá de la aflicción, las tinieblas y la ruina que el pecado ha provocado, la realización de su propósito de amor y bendición. Aunque las nubes y las tinieblas lo rodean, la justicia y el juicio son el fundamento de su trono.

Mediante la creación y la redención, mediante la naturaleza y mediante Cristo, se revelan las glorias del carácter divino. Por el maravilloso despliegue de su amor al dar "a su Hijo unigénito para que todo el que crea en él no perezca, sino

que tenga vida eterna", el carácter de Dios se revela a las inteligencias del universo. Por medio de Cristo, nuestro Padre celestial se da a conocer como el Dios del amor.

Cuando el hombre pecó, todo el cielo se llenó de dolor, porque al ceder a la tentación, el hombre se convirtió en enemigo de Dios, en partícipe de la naturaleza satánica. La imagen de Dios con la que había sido creado quedó desfigurada y distorsionada. El carácter del hombre no estaba en armonía con el carácter de Dios; porque por el pecado el hombre se hizo carnal, y el corazón carnal es enemistad contra Dios, no está sujeto a la ley de Dios, ni puede estarlo. A los ángeles les pareció que el transgresor no tenía escapatoria. Cesaron sus cantos de alabanza, y en todos los atrios celestiales hubo llanto por la ruina que el pecado había causado. Fuera de armonía con la naturaleza de Dios, inflexible a las exigencias de su ley, nada más que la destrucción estaba ante la raza humana. Puesto que la ley divina es tan inmutable como el carácter de Dios, no podía haber esperanza para el hombre a menos que se ideara algún medio por el cual su transgresión pudiera ser perdonada, su naturaleza renovada y su espíritu restaurado para reflejar la imagen de Dios. El amor divino había concebido tal plan. Fue por la tergiversación que Satanás hizo del carácter de Dios que el hombre fue inducido a dudar de la realidad de su amor, y llegó a considerar a Dios como su enemigo. Como Satanás había hecho en el cielo, así hizo en la tierra: declaró injusto el gobierno de Dios, innecesarias las restricciones de su ley, y exhortó al hombre a que, como había hecho con los ángeles, se despojase del yugo y dejase que los dictados de su propia naturaleza fuesen su única guía y ley. Prometió la libertad; pero como él mismo es el siervo de la corrupción, llevó a la raza a la esclavitud, al pecado, a la miseria y a la muerte. Representó a Dios como si lo reclamara todo y no diera nada, como si exigiera el servicio de los hombres para su propia gloria, pero sin negarse a sí mismo nada para el bien del hombre.

En la obra de la creación, Cristo estaba con Dios. Era uno con Dios, igual a Él, el resplandor de su gloria, la imagen expresa de su persona, el representante del Padre. Sólo Él, el Creador del hombre, podía ser su Salvador. Ningún ángel del cielo podía revelar el Padre al pecador y ganarlo para que volviera a ser fiel a Dios. Pero Cristo podía manifestar el amor del Padre, porque Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo. Cristo podía ser el "hombre del día" entre un Dios santo y la humanidad perdida, el que podía "poner su mano sobre ambos". Sólo Cristo podía redimir al hombre de la maldición de la ley. Se propuso tomar sobre sí la culpa y la vergüenza del pecado, un pecado tan ofensivo a los ojos de Dios que haría necesaria la separación de su Padre. Cristo

se propuso llegar a las profundidades de la degradación y la aflicción del hombre, y restaurar el alma creyente y arrepentida a la armonía con Dios. Cristo, el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, se ofreció a sí mismo como sacrificio y sustituto por los hijos caídos de Adán, aunque en esta ofrenda todo el cielo estaba implicado en un sacrificio infinito. Pero el Padre amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que a través de su corazón herido se encontrara un canal para la efusión del amor infinito por el hombre caído. El hombre se había degradado tanto por el pecado, su naturaleza estaba tan pervertida por el mal, que le era imposible por sí mismo entrar en armonía con Dios, cuya naturaleza es pureza y amor. Pero Cristo lo redimió de la condenación de la ley y le impartió el poder divino, y mediante la cooperación del hombre, el pecador pudo ser restaurado a su estado perdido.

Sólo la gracia de Cristo podía cambiar el corazón de piedra en un corazón de carne, hacerlo vivo para Dios, y transformar el carácter, de modo que un hijo degradado del pecado pudiera convertirse en hijo de Dios y heredero del cielo. El hombre no tenía poder para justificar el alma, para santificar el corazón. La enfermedad moral sólo podía curarse mediante el poder del gran Médico. El mayor don del cielo, el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, podía redimir al perdido.

La única esperanza para la raza caída consistía en reconciliarse con Dios. Satanás había tergiversado tanto a Dios que el hombre no tenía una verdadera concepción del carácter divino. Cristo vino al mundo, y al llevar a cabo el plan de salvación, reveló el hecho de que "Dios es amor".

Cuando el plan de salvación fue revelado a los ángeles, la alegría, la alegría inefable, llenó el cielo. La gloria y la bienaventuranza de un mundo redimido sobrepasaban incluso la angustia del Príncipe de la Vida. Por los atrios celestiales resonó el primer estribillo de aquella canción que los ángeles entonaron sobre las colinas de Belén: "Gloria a Dios en las alturas, en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres". Y la pareja perdida en el jardín del Edén, de pie como criminales ante el Juez justo, esperando la sentencia que su transgresión merecía, escuchó las primeras notas de la promesa divina. Antes de que se les describiera la vida de trabajo y dolor que el pecado había traído sobre ellos, antes de que se pronunciara el decreto de que la paga del pecado es la muerte, oyeron la promesa de redención. Aunque debían sufrir el poder de su poderoso enemigo, podían esperar la victoria por los méritos de Cristo. El misterio del Evangelio fue pronunciado en el Edén, cuando Dios dijo a la serpiente: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente

suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Si Satanás hubiera podido tocar la cabeza con sus engañosas tentaciones, la familia humana se habría perdido; pero el Señor había dado a conocer el propósito y el plan del misterio de la gracia, declarando que Cristo había molido a la serpiente bajo sus pies.

Pero no sólo el hombre había caído bajo el poder del engañador, sino que la tierra misma, el dominio del hombre, había sido usurpado por el enemigo. Mediante el plan de salvación, el sacrificio de Cristo, no sólo se redimiría al hombre, sino también su dominio. A través de los méritos de Cristo todo lo que el hombre perdió por el pecado iba a ser restaurado. Llegaría el tiempo en que "no habría más maldición, sino que el trono de Dios estaría en ella, y sus siervos le servirían". Se cumpliría la promesa: "Los justos heredarán la tierra y habitarán en ella para siempre".

Por medio del plan de salvación se ha de llevar a cabo un propósito mayor aún que la salvación del hombre y la redención de la tierra. Mediante la revelación del carácter de Dios en Cristo, la beneficencia del gobierno divino sería manifestada ante el universo, la acusación de Satanás refutada, la naturaleza y los resultados del pecado aclarados, y la perpetuidad de la ley plenamente demostrada. Satanás había declarado que la ley de Dios era defectuosa y que el bien del universo exigía un cambio en sus requisitos. Al atacar la ley, pensó derrocar la autoridad de su Autor y ganar para sí la lealtad suprema. Pero a través del plan de salvación, los preceptos de la ley debían ser probados perfectos e inmutables, para que al fin una gloria y amor pudieran elevarse a Dios en todo el universo, atribuyendo gloria y honor y alabanza al que está sentado en el trono y al Cordero por los siglos de los siglos.

(Continuará.)

20 de febrero de 1893

El plan de salvación

(Continúa.)

EGW

Al hombre caído le fue revelado el plan del sacrificio infinito mediante el cual se le proporcionaría la salvación. Nada sino la muerte del Hijo amado de Dios podía expiar el pecado del hombre, y Adán se maravilló de la bondad de Dios

al proveer tal rescate para el pecador. Mediante el amor de Dios, una estrella de esperanza iluminó el terrible futuro que se extiende ante el transgresor. Mediante la institución del sistema típico de sacrificios y ofrendas, la muerte de Cristo debía mantenerse siempre ante el hombre culpable, para que pudiera comprender mejor la naturaleza del pecado, los resultados de la transgresión y el mérito de la ofrenda divina. Si no hubiera habido pecado, el hombre nunca habría conocido la muerte. Pero en la ofrenda inocente sacrificada por su propia mano, contempló los frutos del pecado, la muerte del Hijo de Dios en su favor. Ve el carácter inmutable de la ley que ha transgredido y confiesa su pecado; confía en los méritos del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

El plan de salvar a los pecadores sólo por medio de Cristo era el mismo en los días de Adán, Noé, Abraham y en cada generación sucesiva que vivió antes del advenimiento de Cristo, como lo es en nuestros días. Los patriarcas, los profetas, los mártires desde el justo Abel, esperaban la venida de un Salvador, y mostraban su fe en él mediante sacrificios y ofrendas. El sacrificio de los animales era la sombra de la ofrenda sin pecado del amado Hijo de Dios, y señalaba su muerte en la cruz. Pero en la crucifixión el tipo se encontró con el antitipo, y el sistema típico cesó.

El Hijo de Dios es el centro del gran plan de redención que abarca todas las dispensaciones. Él es el "Cordero inmolado desde la fundación del mundo". Él es el Redentor de los hijos e hijas caídos de Adán en todas las edades de la probación humana. "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos". Cristo es la sustancia o cuerpo que proyecta su sombra hacia dispensaciones anteriores. Cuando Cristo murió, la sombra cesó. Con la muerte de Cristo desapareció el sistema típico, pero la ley de Dios, cuya violación había hecho necesario el plan de salvación, fue magnificada y honrada. El Evangelio fue una gran alegría para Adán, Noé, Abraham y Moisés, porque les presentaba a un Salvador venidero. Una luz más clara y gloriosa brilla ahora sobre el cristiano. Aquellos que vivieron antes de la venida de Cristo esperaban por fe su venida, pero lo que para ellos tenía que ser captado por la fe, para nosotros es una seguridad, pues sabemos que Cristo ha venido, como fue anunciado por los profetas. Es tan esencial para nosotros tener fe en nuestro Redentor, que vino a la tierra y murió nuestro sacrificio, como lo era para los antiguos creer en un Redentor venidero, representado por sus ofrendas y sacrificios.

Al convertirse en el sustituto del hombre, al soportar la maldición que debía caer sobre el hombre, Cristo se ha comprometido en nombre de la raza a

mantener el honor sagrado y exaltado de la ley de su Padre. Vino para convencer a los hombres del pecado, que es la transgresión de la ley, y por la mediación divina devolverlos a la obediencia de los mandamientos de Dios. Dios ha entregado el mundo en las manos de Cristo, para que él pueda vindicar completamente las demandas vinculantes de la ley, y manifestar la santidad de todo principio. Cristo fue el "heredero designado por el Padre de todas las cosas, por quien también hizo los mundos". Era el "resplandor de su gloria, la imagen misma de su persona". Y sostenía "todas las cosas con la palabra de su poder". Poseía la excelencia y la grandeza divinas. Al Padre le agradó que en él habitara toda la plenitud. Y Cristo "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse". Sin embargo, Jesús cambió el trono de luz y de gloria que tenía con su Padre, considerando que no era cosa de desear ser igual a Dios, mientras el hombre estaba perdido en el pecado y la miseria. Vino del cielo a la tierra, revistió su divinidad de humanidad y cargó con la maldición como fiador de la raza caída. No fue obligado a hacerlo, sino que eligió cargar con las consecuencias de la transgresión del hombre para que éste pudiera escapar de la muerte eterna.

La venida de Cristo a nuestro mundo fue un gran acontecimiento, no sólo para este mundo, sino para todos los mundos del universo de Dios. Ante las inteligencias celestiales había de tomar sobre sí nuestra naturaleza, ser tentado en todo según nuestra semejanza y, sin embargo, dejar un ejemplo de perfecta pureza y de carácter inmaculado.

Satanás y sus ángeles se regocijaron al descubrir que el Hijo de Dios había tomado sobre sí la naturaleza del hombre, y había venido a ser su sustituto, para entablar el conflicto en nuestro favor. La familia humana había sido dominada por el engaño del enemigo; porque todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios, y el enemigo esperaba que Cristo también se convirtiera en víctima de sus seductoras artimañas. Satanás se gloriaba en la oportunidad de asediar al Hijo de Dios con feroces tentaciones. Como había asumido la naturaleza del hombre, Satanás creyó que su victoria era segura, y con todos los artificios malignos a su alcance se esforzó por vencer a Cristo. La firme resistencia de Cristo a las tentaciones del enemigo llevó a toda la confederación del mal a la guerra contra él. Hombres y ángeles malignos unieron sus fuerzas contra el Príncipe de la Paz. Las cuestiones en juego estaban más allá de la comprensión de los hombres, y las tentaciones que asaltaron a Cristo eran tanto más intensas y sutiles que las que asaltan al hombre, cuanto su carácter era más puro y más exaltado que el carácter del hombre en su contaminación moral y física. En su conflicto con el príncipe de las tinieblas en este átomo de mundo,

Cristo tuvo que enfrentarse a toda la confederación del mal, a las fuerzas unidas del adversario de Dios y del hombre; pero en cada punto se encontró con el tentador, y lo puso en fuga. Cristo fue vencedor de los poderes de las tinieblas, y asumió el riesgo infinito de consentir en la guerra con el enemigo, para poder vencerlo en nuestro favor.

El Redentor del mundo revistió su divinidad de humanidad, para poder llegar a la humanidad; porque, para traer al mundo la salvación, era necesario que la humanidad y la divinidad estuvieran unidas. La divinidad necesitaba de la humanidad, para que ésta sirviera de canal de comunicación entre Dios y el hombre, y la humanidad necesitaba de la divinidad, para que un poder de lo alto restituyera al hombre a la semejanza de Dios. Cristo era Dios, pero no aparecía como Dios. Veló las señales de la divinidad, que habían merecido el homenaje de los ángeles y suscitado la adoración del universo de Dios. Se despojó de toda reputación, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a la carne del pecado. Por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos.

Se humilló para pasar por las experiencias del hombre, y no quiso apartarse del plan por el que la salvación podía llegar al hombre. Conociendo todas las etapas de su humillación, se negó a descender paso a paso hasta las profundidades de la aflicción del hombre, para expiar los pecados del mundo condenado y perecedero. ¡Qué humildad! Asombró a los ángeles. La lengua no puede describirla. La pluma no puede describirla. La imaginación no puede abarcarla. Sin pecado y exaltado por naturaleza, el Hijo de Dios consintió en tomar las vestiduras de la humanidad, en hacerse uno con la raza caída. El Verbo eterno consintió en hacerse carne. Dios se hizo hombre.

Pero descendió aún más; se humilló para soportar insultos, reproches, acusaciones y vergonzosos abusos. En el mundo que había creado, sostenido por la palabra de su poder, no parecía haber sitio para él. Tuvo que huir de un lugar a otro hasta cumplir la obra de su vida. Fue traicionado por uno de sus seguidores y negado por otro. Fue objeto de burlas y mofas. Fue coronado de espinas y obligado a soportar el peso de la cruz. No fue insensible a la ignominia y al desprecio; se sometió a ellos, pero sintió su amargura como ningún otro ser podría sentirla. Puro, santo y sin mancha, fue, sin embargo, acusado de criminal ante los ojos del mundo. Desde la más alta exaltación, el adorable Redentor dio un paso tras otro en el camino de la humillación. Consintió en morir en lugar del pecador, para que por una vida de obediencia el hombre pudiera escapar de la pena de la ley. Se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte. Y

¡qué muerte! Fue la más vergonzosa, la más cruel: la muerte en la cruz como un malhechor. No murió como un héroe a los ojos de los hombres, cargado de honores; murió como un criminal condenado, suspendido entre los cielos y la tierra; murió una muerte persistente, expuesto a las burlas e injurias de una turba envilecida y libertina. "Todos los que me ven se ríen de mí; sacuden el labio, menean la cabeza". Fue contado con los transgresores, y hasta sus parientes según la carne lo repudiaron. Se vio obligado a ver cómo la espada atravesaba el corazón de su madre, contempló su dolor. Murió entre burlas. Pero todos sus sufrimientos fueron considerados de poca importancia en consideración del resultado que estaba obteniendo en favor del hombre y para el bien de todo el universo. Expiró en la cruz exclamando: "Consumado es", y ese grito resonó en todo el mundo y en el mismo cielo. La gran contienda entre Cristo, el Príncipe de la Vida, y Satanás, el príncipe de las tinieblas, prácticamente había terminado, y Cristo era el Conquistador. Su muerte respondió a la pregunta de si había abnegación con el Padre y el Hijo.

(Concluido el siguiente número.)

27 de febrero de 1893

El plan de salvación

(Concluido.)

EGW

Con la muerte de Cristo se abrió una puerta de esperanza para el hombre caído. El hombre estaba condenado a muerte por la transgresión de la ley de Dios. Estaba condenado como traidor, como rebelde; pero Cristo vino para ser su sustituto, para morir como un malhechor, para sufrir la pena de los traidores, llevando el peso de sus pecados sobre su alma divina. Descendió más y más bajo, hasta que no hubo más profundo de humillación que sonar, para poder elevar a los que creyeran en Él, y limpiar a los culpables de la contaminación moral, e impartirles su propia justicia. Murió para hacer expiación, para redimir, limpiar, restaurar y exaltar al hombre a un lugar a su diestra.

A lo largo de su vida en la tierra esparció bendiciones por dondequiera que iba. Aunque a su palabra legiones de ángeles le rendían homenaje, él caminaba por la tierra sin ser honrado, sin ser confesado. En lugar de alabanza encontró reproche. Caminó entre los hombres como uno de los pobres y humildes. Aunque curaba a los enfermos, aliviaba a los oprimidos, vendaba a los

quebrantados de corazón, pocos le llamaban bienaventurado, y los grandes de la tierra le pasaban por alto con desdén.

Como miembro de la familia humana era mortal, pero como Dios era fuente de vida para el mundo. Podía haber resistido los avances de la muerte y haberse negado a caer bajo su dominio, pero voluntariamente entregó su vida para sacar a la luz la vida y la inmortalidad. Cargó con el pecado del mundo, soportó la pena, entregó su vida en sacrificio, para que el hombre no muriera eternamente. Contrasta su sufrimiento y humillación con las riquezas de su gloria, con la riqueza de las alabanzas que brotan de las lenguas inmortales, con los himnos de adoración, con el homenaje de millones de ángeles santos en las alturas del santuario, y trata de comprender qué clase de amor inspiraba el corazón de Jesús.

¿Cuánto ha amado Dios a la raza humana? Al contemplar a Jesús en la cruz, ¿no aparece el carácter atroz del pecado? Fue el pecado lo que causó la muerte del amado Hijo de Dios, y el pecado es la transgresión de la ley. Dice el profeta: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino, y el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros..... Quiso el Señor herirlo, lo hizo padecer; cuando hagas de su alma ofrenda por el pecado, verá su descendencia, prolongará sus días, y la voluntad del Señor prosperará en su mano. Verá de la aflicción de su alma, y se saciará; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos; porque él llevará las iniquidades de ellos." Cuando el pecador se da cuenta de que Cristo murió por él, para imputarle su justicia, magnifica el amor de Dios al proveer el plan de salvación.

"El don de Dios es la vida eterna por Jesucristo, Señor nuestro". A un costo infinito se ha comprado la salvación del hombre. El mundo puede rechazar el don, pero esto no disminuirá su valor ni eximirá a los hombres de su responsabilidad. Cuando estuvo en la tierra, Jesús dijo a los que le rechazaban: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". Hoy hay muchos que se niegan a responder al amor atrayente de Cristo. Jesús llama, pero muchos se niegan a responder a la invitación. No quieren aprovechar el privilegio de tener a Jesús como su Salvador personal. No vienen en humildad y fe, para saber por experiencia personal lo que son para Jesús, y lo que él es para ellos. Pero la promesa es: "Verá de los dolores de su alma, y quedará satisfecho". Jesús no

descansará hasta conducir a sus seguidores a los reinos del gozo y la gloria perfectos.

Los planes de Dios no pueden fracasar. Los hombres hacen grandes planes, pero no logran cumplir el objeto que diseñan. Empiezan a construir y no son capaces de terminar. No cuentan el costo. Pero Jesús contó el costo de la salvación de cada hijo e hija de Adán. Él proveyó abundantes medios para que todos pudieran ser salvados, si tan sólo cumplieran con las condiciones y se aferraran a la vida eterna. Tiene a su disposición recursos inagotables para completar la obra que ha comenzado. Los que respondan a su amor, rindiéndole su voluntad, no perecerán, sino que tendrán vida eterna.

¡Cómo la maravillosa provisión del plan de Dios para la salvación de los hombres amplía y exalta nuestras ideas del amor de Dios! ¡Cómo une nuestros corazones al gran Corazón de amor infinito! ¡Cómo nos hace deleitarnos en su servicio, cuando nuestros corazones responden a la atracción de su amorosa bondad y amorosa misericordia! Juan exhorta a los hombres a contemplar el maravilloso amor de Dios. Exclama: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Aquellos que son verdaderos, que son puros, que aman y obedecen las palabras de Dios, serán tenidos por hijos del Rey Celestial, miembros de la familia real, herederos de Dios, coherederos con Cristo.

6 de marzo de 1893

Justificación por la fe

Por la Sra. E. G. White.

Cuando Dios perdona al pecador, le remite el castigo que merece y lo trata como si no hubiera pecado, lo recibe en el favor divino y lo justifica por los méritos de la justicia de Cristo. El pecador sólo puede ser justificado mediante la fe en la expiación hecha por medio del amado Hijo de Dios, que se convirtió en sacrificio por los pecados del mundo culpable. Nadie puede ser justificado por sus propias obras. Puede ser liberado de la culpa del pecado, de la condenación de la ley, de la pena de la transgresión, sólo en virtud del sufrimiento, la muerte

y la resurrección de Cristo. La fe es la única condición para obtener la justificación, y la fe incluye no sólo la creencia, sino también la confianza.

Muchos tienen una fe nominal en Cristo, pero no saben nada de esa dependencia vital de Él que se apropia de los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. De esta fe nominal dice Santiago: "Tú crees que hay un solo Dios; bien haces; también los demonios creen y tiemblan. Pero ¿sabes, hombre vano, que la fe sin obras está muerta?". Muchos admiten que Jesucristo es el Salvador del mundo, pero al mismo tiempo se mantienen alejados de él, y no se arrepienten de sus pecados, no aceptan a Jesús como su Salvador personal. Su fe es simplemente el asentimiento de la mente y el juicio a la verdad; pero la verdad no es llevada al corazón, para que pueda santificar el alma y transformar el carácter. "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó". El llamamiento y la justificación no son la misma cosa. El llamamiento es la atracción del pecador a Cristo, y es una obra obrada por el Espíritu Santo en el corazón, convenciendo del pecado e invitando al arrepentimiento.

Muchos están confundidos en cuanto a lo que constituyen los primeros pasos en la obra de la salvación. Se piensa que el arrepentimiento es una obra que el pecador debe hacer por sí mismo para poder venir a Cristo. Piensan que el pecador debe procurarse una aptitud para obtener la bendición de la gracia de Dios. Pero si bien es cierto que el arrepentimiento debe preceder al perdón, porque sólo el corazón quebrantado y contrito es aceptable a Dios, el pecador no puede arrepentirse ni prepararse para venir a Cristo. A menos que el pecador se arrepienta, no puede ser perdonado; pero la cuestión a decidir es si el arrepentimiento es obra del pecador o el don de Cristo. ¿Debe el pecador esperar hasta que esté lleno de remordimiento por su pecado antes de que pueda venir a Cristo? El primer paso hacia Cristo se da mediante la atracción del Espíritu de Dios; a medida que el hombre responde a esta atracción, avanza hacia Cristo para poder arrepentirse.

El pecador es representado como una oveja perdida, y una oveja perdida nunca regresa al redil a menos que el pastor la busque y la lleve de vuelta al redil. Ningún hombre puede arrepentirse por sí mismo y hacerse merecedor de la bendición de la justificación. El Señor Jesús procura constantemente impresionar la mente del pecador y atraerlo a contemplarse a sí mismo, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. No podemos dar un paso

hacia la vida espiritual sino cuando Jesús atrae y fortalece el alma, y nos lleva a experimentar ese arrepentimiento que no necesita arrepentimiento.

Ante los sumos sacerdotes y los saduceos, Pedro expuso claramente que el arrepentimiento es un don de Dios. Hablando de Cristo, dijo: "A éste exaltó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados". El arrepentimiento no es menos don de Dios que el perdón y la justificación, y no puede experimentarse sino en la medida en que es dado al alma por Cristo. Si somos atraídos a Cristo, es por su poder y su virtud. La gracia de la contrición viene por Él, y de Él viene la justificación.

Pablo escribe: "Pero la justicia que es de la fe habla así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (es decir, hacer descender a Cristo de lo alto), ni: ¿Quién descenderá al abismo? (es decir, resucitar a Cristo de entre los muertos.) ¿Qué dice? La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón; esto es, la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación".

La fe que es para salvación no es una fe casual, no es el mero consentimiento del intelecto, es una creencia arraigada en el corazón, que abraza a Cristo como Salvador personal, segura de que puede salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Creer que él salvará a otros, pero no te salvará a ti, no es fe genuina; pero cuando el alma se aferra a Cristo como la única esperanza de salvación, entonces se manifiesta la fe genuina. Esta fe lleva a su poseedor a poner todos los afectos del alma en Cristo; su entendimiento está bajo el control del Espíritu Santo, y su carácter está moldeado a la semejanza divina. Su fe no es una fe muerta, sino una fe que obra por el amor y le lleva a contemplar la belleza de Cristo y a asimilarse al carácter divino. "Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy, no te es oculto, ni está lejos de ti. . . . Sino que la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas." "Y el Señor tu Dios circuncidará tu corazón y el corazón de tu descendencia, para que ames al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, para que vivas".

Es Dios quien circuncida el corazón. Toda la obra es del Señor, desde el principio hasta el fin. El pecador que parece puede decir: "Soy un pecador perdido; pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Él dice: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". Soy un pecador, y Él murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito

permanecer ni un momento más sin ser salvo. Él murió y resucitó para mi justificación, y me salvará ahora. Acepto el perdón que me ha prometido".

(Continúa en el próximo número).

13 de marzo de 1893

Justificación por la fe

(Continúa.)

Cristo es un Salvador resucitado; porque, aunque estaba muerto, ha resucitado y vive para siempre para interceder por nosotros. Debemos creer con el corazón para justicia, y con la boca hacer confesión para salvación. Los que son justificados por la fe harán confesión de Cristo. "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida". La gran obra que se realiza en favor del pecador manchado y manchado por el mal es la obra de la justificación. Por Aquel que habla la verdad es declarado justo. El Señor imputa al creyente la justicia de Cristo y lo declara justo ante el universo. Transfiere sus pecados a Jesús, el representante, sustituto y fiador del pecador. Sobre Cristo pone la iniquidad de toda alma que cree. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él".

Cristo expió la culpa de todo el mundo, y todos los que se acerquen a Dios con fe recibirán la justicia de Cristo, "quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados". Nuestro pecado ha sido expiado, eliminado, arrojado a las profundidades del mar. Por el arrepentimiento y la fe nos libramos del pecado y miramos al Señor, nuestra justicia. Jesús sufrió, el justo por los injustos.

Aunque como pecadores estamos bajo la condenación de la ley, sin embargo Cristo por su obediencia rendida a la ley, reclama para el alma arrepentida el mérito de su propia justicia. Para obtener la justicia de Cristo, es necesario que el pecador sepa qué es ese arrepentimiento que obra un cambio radical de mente, espíritu y acción. La obra de transformación debe comenzar en el corazón y manifestar su poder a través de todas las facultades del ser; pero el hombre no es capaz de originar un arrepentimiento como éste, y sólo puede experimentarlo por medio de Cristo, que ascendió a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres.

¿Quién desea arrepentirse de verdad? Debe venir a Jesús, tal como es, sin demora. Debe creer que la palabra de Cristo es verdadera y, creyendo en la promesa, pedir para recibir. Cuando un deseo sincero impulsa a los hombres a orar, no orarán en vano. El Señor cumplirá su palabra, y dará el Espíritu Santo para conducir al arrepentimiento hacia Dios y a la fe en nuestro Señor Jesucristo. Orará y velará, y desechará sus pecados, manifestando su sinceridad por el vigor de su empeño en obedecer los mandamientos de Dios. Con la oración mezclará la fe, y no sólo creerá en los preceptos de la ley, sino que los obedecerá. Se declarará del lado de Cristo en la cuestión. Renunciará a todos los hábitos y asociaciones que tienden a apartar el corazón de Dios.

El que quiera llegar a ser hijo de Dios debe recibir la verdad de que el arrepentimiento y el perdón se obtienen nada menos que mediante la expiación de Cristo. Asegurado de esto, el pecador debe esforzarse en armonía con la obra hecha por él, y suplicar incansablemente al trono de la gracia, para que el poder renovador de Dios entre en su alma. Cristo no perdona sino al penitente, pero a quien perdona, primero lo hace penitente. La provisión hecha es completa, y la justicia eterna de Cristo se pone a la cuenta de cada alma creyente. El costoso e inmaculado manto, tejido en el telar del cielo, ha sido provisto para el pecador arrepentido y creyente, y él puede decir: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me cubrió con manto de justicia".

Se ha provisto abundante gracia para que el alma creyente pueda mantenerse libre de pecado; pues todo el cielo, con sus ilimitados recursos, se ha puesto a nuestras órdenes. Debemos beber del pozo de la salvación. Cristo es el fin de la ley para justicia a todo el que cree. En nosotros mismos somos pecadores, pero en Cristo somos justos. Habiéndonos hecho justos mediante la justicia imputada de Cristo, Dios nos declara justos y nos trata como tales. Nos considera sus hijos amados. Cristo obra contra el poder del pecado, y donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios". "Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, a fin de manifestar su justicia para la remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios; a fin de manifestar, digo, en este tiempo su justicia, para que sea justo y justificador del que cree en Jesús". "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios". "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y

vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. . . . Y de su plenitud hemos recibido todos y gracia por gracia. Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo".

El Señor quiere que su pueblo esté firme en la fe, que no ignore la gran salvación que tan abundantemente le ha sido provista. No deben mirar hacia adelante, pensando que en algún tiempo futuro se hará una gran obra por ellos; porque la obra ya está completa. Al creyente no se le pide que haga las paces con Dios; nunca las ha hecho ni las puede hacer. Debe aceptar a Cristo como su paz, porque con Cristo está Dios y la paz. Cristo puso fin al pecado, llevando su pesada maldición en su propio cuerpo sobre el madero, y ha quitado la maldición de todos los que creen en él como Salvador personal. Él pone fin al poder controlador del pecado en el corazón, y la vida y el carácter del creyente dan testimonio del carácter genuino de la gracia de Cristo. A los que se lo piden, Jesús les imparte el Espíritu Santo; porque es necesario que todo creyente sea liberado de la contaminación, así como de la maldición y condenación de la ley. Por la obra del Espíritu Santo, la santificación de la verdad, el creyente llega a ser apto para los atrios del cielo; porque Cristo obra en nosotros, y su justicia está sobre nosotros. Sin esto ningún alma tendrá derecho al cielo. No disfrutaríamos del cielo a menos que estuviéramos calificados para su santa atmósfera por la influencia del Espíritu y la justicia de Cristo.

Para ser candidatos al cielo debemos cumplir el requisito de la ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo". Sólo podemos hacer esto si captamos por la fe la justicia de Cristo. Al contemplar a Jesús recibimos un principio vivo y expansivo en el corazón, y el Espíritu Santo continúa la obra, y el creyente avanza de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter. Se conforma a la imagen de Cristo, hasta que en el crecimiento espiritual llega a la medida de la plena estatura en Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto.

Sólo Cristo puede hacerlo, porque "en todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados". La reconciliación significa que se elimina toda barrera entre el alma y Dios, y que el pecador se da cuenta de lo que significa el amor perdonador de Dios. En virtud del sacrificio hecho por Cristo en favor de los hombres caídos, Dios puede perdonar justamente al transgresor que acepta los méritos de Cristo.

Cristo fue el canal a través del cual la misericordia, el amor y la justicia pudieron fluir del corazón de Dios al corazón del pecador. "Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad".

(Concluido la próxima semana).

20 de marzo de 1893

Justificación por la fe

(Concluido.)

En la profecía de Daniel se dice de Cristo que "expiará la iniquidad y traerá la justicia eterna". Por su perfecta obediencia ha satisfecho las demandas de la ley, y mi única esperanza se encuentra en mirarlo como mi sustituto y garantía, que obedeció la ley perfectamente por mí. Por la fe en sus méritos estoy libre de la condenación de la ley. Él me reviste de su justicia, que responde a todas las exigencias de la ley. Estoy completo en Aquel que me da la justicia eterna. Él me presenta a Dios en la vestidura inmaculada de la que ningún hilo fue tejido por ningún agente humano. Todo es de Cristo, y toda la gloria, el honor y la majestad han de darse al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Muchos piensan que deben esperar un impulso especial para venir a Cristo; pero sólo es necesario venir con sinceridad de propósito, decididos a aceptar los ofrecimientos de misericordia y gracia que se nos han hecho. Hemos de decir: Cristo murió para salvarme. El deseo del Señor es que yo sea salvo, y vendré a Jesús tal como soy sin demora. Me aventuraré sobre la promesa. A medida que Cristo me atraiga, responderé. El apóstol dice: "Con el corazón se cree para justicia". Nadie puede creer con el corazón para justicia, y obtener justificación por la fe, mientras continúa la práctica de aquellas cosas que la palabra de Dios prohíbe, o mientras descuida cualquier deber conocido.

La fe auténtica se manifestará en las buenas obras; porque las buenas obras son los frutos de la fe. A medida que Dios obra en el corazón, y el hombre rinde su voluntad a Dios, y coopera con Dios, realiza en la vida lo que Dios obra en él por el Espíritu Santo, y hay armonía entre el propósito del corazón y la práctica de la vida. Se debe renunciar a todo pecado como la cosa odiosa que crucificó al Señor de la vida y de la gloria, y el creyente debe tener una experiencia progresiva haciendo continuamente las obras de Cristo. Es por la continua entrega de la voluntad, por la continua obediencia, que se retiene la bendición de la justificación.

Los que son justificados por la fe deben tener corazón para guardar el camino del Señor. Es una evidencia de que un hombre no es justificado por la fe cuando sus obras no corresponden a su profesión. Santiago dice: "¿Ves cómo la fe obró con sus obras, y por las obras fue perfeccionada su fe?". La fe que no produce buenas obras no justifica al alma. "Veis, pues, cómo por las obras el hombre es justificado, y no solamente por la fe". "Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia".

La imputación de la justicia de Cristo viene a través de la fe justificadora, y es la justificación por la que Pablo aboga tan fervientemente. Dice: "Así que por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora se manifiesta la justicia de Dios sin la ley, atestiguada por la ley y los profetas; la justicia de Dios que es por la fe en Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen; porque no hay diferencia, pues todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, a fin de manifestar su justicia para remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios.... ¿Anulamos, pues, la ley por la fe? Dios no lo quiera; sí, establecemos la ley".

La gracia es el favor inmerecido, y el creyente es justificado sin ningún mérito propio, sin ninguna pretensión que ofrecer a Dios. Es justificado por medio de la redención que hay en Cristo Jesús, quien está en los atrios del cielo como sustituto y garantía del pecador. Pero aunque está justificado por el mérito de Cristo, no es libre para obrar la injusticia. La fe obra por amor y purifica el alma. La fe brota y florece y da una cosecha de frutos preciosos. Donde está la fe, aparecen las buenas obras. Se visita a los enfermos, se cuida a los pobres, no se descuida a los huérfanos ni a las viudas, se viste a los desnudos, se alimenta a los indigentes. Cristo anduvo haciendo el bien, y cuando los hombres se unen a Él, aman a los hijos de Dios, y la mansedumbre y la verdad guían sus pasos. La expresión del semblante revela su experiencia, y los hombres toman conocimiento de que han estado con Jesús y han aprendido de él. Cristo y el creyente se hacen uno, y su belleza de carácter se revela en aquellos que están vitalmente conectados con la fuente de poder y amor. Cristo es el gran depositario de la justicia justificadora y de la gracia santificadora.

Todos pueden venir a él y recibir de su plenitud. Él dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Entonces, ¿por qué no desechar toda incredulidad y prestar atención a las palabras de Jesús?

Quieres descansar; anhelas la paz. Entonces di de corazón: "Señor Jesús, vengo, porque me has hecho esta invitación". Cree en él con fe firme, y él te salvará. ¿Has estado mirando a Jesús, que es el autor y consumidor de tu fe? ¿Has contemplado al que está lleno de verdad y de gracia? ¿Has aceptado la paz que sólo Cristo puede dar? Si no es así, sométete a Él y, por su gracia, busca un carácter noble y elevado. Busca un espíritu constante, resuelto y alegre. Aliméntate de Cristo, que es el pan de vida, y manifestarás su hermosura de carácter y de espíritu.

27 de marzo de 1893

Crecimiento en la experiencia cristiana

EGW

Jesús había dado la lección sobre el sembrador y la semilla. Había dicho: "He aquí que un sembrador salió a sembrar; y cuando sembró, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves y las devoraron; otras cayeron en pedregales", e hicieron un fingido alarde de vida, pero "como no tenían raíz, se secaron". Y otra parte cayó entre espinos y cardos, y la espesura de los espinos ahogó la semilla, y no dio fruto; pero otra parte cayó en tierra preparada para recibirla, y brotó y creció, y dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta veces.

Cuando la tierra ha sido preparada para recibir la semilla, el sembrador la echa y, por procesos que los hombres no pueden controlar ni comprender, la semilla comienza a crecer y avanza hasta la madurez. Jesús comparó el crecimiento del Reino de Dios con la siembra de la semilla y con su desarrollo hasta la plena madurez. La semilla es la palabra de Dios, y se dice que el alma que la recibe nace de nuevo, no de semilla corruptible, sino de incorruptible, que vive y permanece para siempre. "Y dijo: Así es el reino de Dios, como si un hombre echase la semilla en la tierra, y durmiese, y se levantase de noche y de día, y la semilla brotase y creciese, no sabe cómo. Porque la tierra da fruto de sí misma; primero la brizna, luego la espiga, después el grano lleno en la espiga."

Esta parábola del reino tenía por objeto ilustrar a los discípulos el crecimiento y el progreso del carácter cristiano. La buena semilla de la palabra cae en el corazón, y en seguida se manifiesta el primer desarrollo de la experiencia cristiana. Esta experiencia se asemeja a la hoja tierna y al niño pequeño. La hoja es hermosa, y el niño es atractivo, pero si no hubiera más desarrollo, veríamos a la planta como atrofiada, y al niño como enano. El joven convertido debe avanzar en conocimiento, crecer en gracia. Cristo mira a sus hijos, y no ignora

cómo se desarrolla la semilla. Vendrán tentaciones, y sólo mediante la confianza constante en su Redentor podrá alcanzarse la perfección del carácter cristiano. El convertido debe mirar al poderoso Ayudador, para no ser sorprendido con la guardia baja y seducido por el enemigo. No debe ser ignorante de las artimañas de Satanás, ni descansar satisfecho con el conocimiento que ha alcanzado; porque "esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

La experiencia del cristiano en su amor más temprano está llena de sencillez y frescura; pero a medida que sus oportunidades se multiplican, su experiencia debe ampliarse y su conocimiento aumentar. Debe hacerse fuerte para soportar la responsabilidad, y su madurez debe ser proporcional a sus privilegios. Pero el joven convertido no debe preocuparse ni atormentar su mente con preguntas en cuanto a su progreso y crecimiento. Debe confiarse enteramente a Jesús, y con temor y temblor hacer lo que Dios hace en él; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. El progreso en la experiencia cristiana sólo puede lograrse mediante la cooperación con las agencias celestiales, pues es el resultado del crecimiento en la gracia. Sintiendo su impotencia, el joven cristiano debe colocarse en el canal de la luz y aprovechar todas las oportunidades que se le conceden graciosamente, para que pueda adquirir una experiencia más profunda y echar raíces profundas en Cristo, como la planta echa raíces en la tierra. Su fe debe aumentar, su consagración mantenerse, su amor perfeccionarse, como lo representan la hoja, la espiga y el grano lleno en la espiga. Su celo debe ser ardiente e incansable; y con una confianza inquebrantable en Cristo, su crecimiento puede ser intacto; porque una experiencia genuina resultará en el desarrollo de un carácter semejante al de Cristo.

Pero a menos que haya una dependencia horaria de Cristo, el aumento del conocimiento y de los privilegios dará como resultado la confianza en sí mismo y la justicia propia. El joven cristiano corre el peligro de olvidar que es Cristo quien ha comenzado la buena obra en él, y que es Cristo quien debe terminarla. El alma debe renunciar a todo mérito, y confiar enteramente en el mérito de Aquel que es demasiado sabio para equivocarse. El hombre por sí mismo no puede hacer nada bueno. Dijo Jesús: "Sin mí nada podéis hacer". El alma debe apoyarse en Dios. En el don de Cristo se derramó todo el Cielo, y por Cristo se promete al creyente el Espíritu Santo. Jesús dijo a sus discípulos: "El Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho." Cristo

no sólo ofrece el perdón al alma creyente y arrepentida, sino que le promete la ayuda constante del Espíritu Santo.

En el crecimiento de la semilla en la tierra, el hombre no puede ver la obra de las agencias invisibles que desarrollan la planta a la perfección, trayendo primero la hoja, luego la espiga, luego el grano lleno en la espiga. Pero aunque joven en la fe, puedes saber que has pasado de muerte a vida, si los frutos del Espíritu se manifiestan en tu vida. Si estás creciendo en fe, esperanza y amor, puedes saber que tu visión espiritual se ha aclarado. Si te deleitas en el plan de salvación, en las gloriosas manifestaciones del carácter divino, si tu corazón, en contemplación del amor de Dios, resplandece de agradecimiento y gozo, puedes estar seguro de que has sido iluminado por los rayos del Espíritu Santo, y las agencias celestiales están llevando tu carácter a la madurez de la vida cristiana. Tal vez no te des cuenta de que estás creciendo en Cristo, tu Cabeza viviente. Tu parte es simplemente someter tus caminos y tu voluntad a Dios. Debes confiarte plenamente a Dios, sabiendo que no puedes hacerte crecer a ti mismo. Un Pablo puede plantar, y un Apolos puede regar, pero es Dios quien da el crecimiento.

(Concluido el siguiente número.)

3 de abril de 1893

Crecimiento en la experiencia cristiana

(Concluido.)

EGW

A través de la conexión vital con Cristo, los misterios del reino de los cielos serán revelados, y de acuerdo con tu capacidad para recibirlos, el Señor te bendecirá, si estás dispuesto y eres obediente. Pero el joven cristiano puede ser llevado a menudo a lugares estrechos y a circunstancias difíciles, como lo fueron los hijos de Israel. Antiguamente el Señor llevaba a su pueblo a estos lugares de prueba para poder finalmente traerles bendición. Dice: "Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para humillarte y probarte, a fin de saber lo que había en tu corazón, si guardarías o no sus mandamientos". Dios sabía lo que había en el corazón de su pueblo antes de someterlo a prueba; pero ellos ignoraban la condición de su propio corazón. Bajo la prueba y el juicio se pusieron de manifiesto sus deficiencias, y sintieron en verdad que no se habían comprendido

a sí mismos. Pero las feroces llamas de la prueba y la tentación no los consumieron, sino que obraron para su purificación y refinamiento, y los ayudaron en el desarrollo de un carácter semejante al de Cristo.

Que el joven cristiano trate de cumplir con todas las responsabilidades que recaen sobre él, y enfrente los obstáculos y dificultades con valentía, manteniendo un solo ojo para la gloria de Dios, para que su provecho aparezca ante todos. En cualquier circunstancia en que te encuentres, el Señor quiere que encuentres suficiente su gracia, para que tu amor crezca más y más, para que apruebes las cosas excelentes y te llenes de los frutos de la justicia que son por Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios. Pero a menos que el cristiano siga creciendo, retrocederá, y su experiencia se volverá enfermiza e infructuosa de bien. Jesús dice: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto".

Para dar mucho fruto, debemos aprovechar al máximo nuestros privilegios y oportunidades, adquiriendo una mentalidad cada vez más espiritual. Debemos desechar todo lo común, todo orgullo, toda mundanalidad, y recibir diariamente la ayuda divina. Si crecéis espiritualmente, debéis emplear todos los medios que el Evangelio os proporciona, y estar preparados para ganar en piedad por la influencia del Espíritu Santo; porque la semilla se desarrolla desde la brizna hasta el grano lleno por agencias invisibles y sobrenaturales. La promesa con la que Jesús consoló a sus discípulos justo antes de su traición y crucifixión fue la del Espíritu Santo; y en la doctrina de la influencia y agencia divinas, qué riquezas les fueron reveladas; porque esta bendición traería en su tren todas las demás bendiciones. El Espíritu Santo sopla sobre el alma que humildemente descansa en Cristo, como el autor y consumidor de su fe; y de tal creyente saldrá fruto para vida eterna. Su influencia será fragante, y el nombre de Jesús será música en sus oídos y melodía en su corazón.

El cristiano será sabor de vida para otros, aunque no pueda explicar los misterios de su experiencia. Pero sabrá que cuando las nubes y las tinieblas lo rodearon, y clamó al Señor, las tinieblas se disiparon, y la paz y la alegría reinaron en el templo del alma. Él sabrá lo que es tener el amor perdonador de Dios revelado al corazón, experimentar la paz que sobrepasa todo entendimiento, tener alabanza y acción de gracias y adoración brotando en el alma a aquel que nos ha amado, y nos ha lavado de nuestros pecados en su propia sangre. Tiene paz por medio de Jesucristo, y gozo en el Espíritu Santo. Uno con Cristo, su alma se llena de sumisión a su voluntad, y el cielo se encierra en su corazón mientras está envuelto en el seno del amor infinito. Los cristianos de este orden darán

mucho fruto para gloria de Dios. Interpretarán correctamente el carácter de Dios y manifestarán sus atributos al mundo.

Jesús ilustró la misericordia compasiva y el tierno amor de Dios en muchas de las parábolas que pronunció, y en su propia vida y carácter nos dio una exhibición de amor infinito. Se representa a sí mismo como la vida del mundo. Dice: "En verdad, en verdad os digo que el que cree en mí tiene vida eterna". "Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo." "De cierto, de cierto os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros." No hay crecimiento donde no hay vida. Donde no hay vida, no hay fruto.

Podemos saberlo por el carácter de nuestros frutos. El fruto que da el árbol cristiano es la santidad de corazón, la santidad a Cristo. Dios estará en los pensamientos del cristiano, y él amará a aquellos por quienes Cristo ha muerto. Seguirá el camino de la abnegación, y su vida estará perfumada con el amor de Jesús. Se deleitará más en la contemplación del amor de Dios que en cualquier cosa que la tierra pueda ofrecer. Preferirá sus deberes sencillos y hogareños a las novedades románticas, y estará satisfecho con el lugar que Dios le ha asignado. Cuando el corazón es renovado por el Espíritu de Dios, cuando se mantiene la consagración a Dios, sólo puede haber amor y agradecimiento y alabanza en el corazón, porque Jesús está dentro, la esperanza de gloria, y viven como viendo al que es invisible. Cristo es en él una fuente de agua que salta para vida eterna, y el verdadero seguidor de Cristo fortalece los buenos propósitos de todos aquellos con quienes entra en contacto. Tales creyentes son cristianos vivos y crecientes. Llevan consigo la fragancia de la santidad, y van alcanzando la medida de la estatura de los hombres y mujeres en Cristo Jesús.

10 de abril de 1893

Vencer como Cristo venció

EGW

"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque en verdad no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham. Por lo cual en todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para

ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

El Redentor del mundo pasó por el suelo donde Adán cayó a causa de su desobediencia a la ley de Jehová. El Hijo unigénito de Dios vino a nuestro mundo como hombre, para revelar al mundo el hecho de que los hombres, mediante el poder divino, podían guardar la ley de Dios. Satanás, el ángel caído, había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios, y señaló la desobediencia de Adán como prueba de que la declaración era cierta. Pero el Hijo de Dios se puso en lugar del hombre y pasó por el suelo donde Adán cayó, y soportó la tentación más fuerte que jamás se haya ejercido ni se ejercerá sobre la raza humana. Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que toda alma tentada puede resistir al maligno. Remitió al tentador al registro inspirado y dijo: "Está escrito". Cristo venció las tentaciones como hombre, apoyándose únicamente en la palabra de Dios; y todo hombre puede vencer como venció Cristo.

No necesitamos considerar la obediencia de Cristo por sí misma como algo para lo cual estaba particularmente adaptado, a causa de su naturaleza divina; porque se presentó ante Dios como representante del hombre, y fue tentado como sustituto y garantía del hombre. Si Cristo tuviera un poder especial que no es privilegio del hombre, Satanás habría sacado provecho de este asunto. Pero la obra de Cristo consistía en quitarle a Satanás el dominio sobre el hombre, y sólo podía hacerlo de una manera directa. Vino como hombre, para ser tentado como hombre, rindiendo la obediencia de un hombre. Cristo rindió obediencia a Dios, y venció como vence la humanidad. Se nos induce a sacar conclusiones erróneas debido a puntos de vista equivocados sobre la naturaleza de nuestro Señor. Atribuir a su naturaleza un poder que no es posible que el hombre tenga en sus conflictos con Satanás, es destruir la plenitud de su humanidad. La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige al hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás si el poder divino no actúa a través de la humanidad. El Señor Jesús vino a nuestro mundo, no para revelar lo que Dios en su propia persona divina podía hacer, sino lo que podía hacer a través de la humanidad. Por la fe el hombre ha de ser partícipe de la naturaleza divina y vencer toda tentación que le asedie. Fue la Majestad del cielo quien se hizo hombre, quien se humilló a nuestra naturaleza humana; fue Él quien fue tentado en el desierto y quien soportó la contradicción de los pecadores contra sí mismo.

No hemos de servir a Dios como si no fuéramos humanos, sino que hemos de servirle como quienes han sido redimidos por el Hijo de Dios, y por la justicia de Cristo nos presentaremos ante Dios perdonados, y como si nunca hubiéramos pecado. Nunca ganaremos fuerzas considerando lo que podríamos hacer si fuéramos ángeles; pero como hijos obedientes debemos acudir con fe a Jesucristo, y mostrar nuestro amor a Dios mediante la obediencia a sus mandamientos. Jesús "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado". Jesús dice: "Sígueme". "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Jesús marca el camino. No esperes y continúes en la desobediencia, esperando que las circunstancias cambien y te sea más fácil obedecer. Sigue adelante, pues conoces la voluntad de Dios. "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también vencí, y me he sentado con mi Padre en su trono."

El Jardín del Edén, con su sucia mancha de desobediencia, debe compararse cuidadosamente con el Jardín de Getsemaní, donde el Redentor del mundo sufrió una agonía sobrehumana cuando los pecados de todo el mundo cayeron sobre él. Escucha la oración del unigénito Hijo de Dios: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú". Y la segunda vez oró diciendo: "Padre mío, si es posible que esta copa no pase de mí, si no la bebo, hágase tu voluntad." Y la tercera vez oró diciendo las mismas palabras. ¡Oh, fue aquí donde la misteriosa copa tembló en las manos del Hijo de Dios! ¿Enjugará el sudor sangriento de su semblante agonizante y dejará ir al hombre? El lamento, la desdicha y la ruina de un mundo perdido ruedan ante él. "Y estando en agonía, oraba más intensamente; y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra". "Y se le apareció un ángel del cielo, fortaleciéndole".

El conflicto ha terminado. Jesús consiente en soportar la maldición del pecado. Fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Aquí vemos lo que implicó la desobediencia de Adán, y lo que significa para nosotros la obediencia del Hijo de Dios. Adán no consideró cuáles serían las consecuencias de la desobediencia. No puso su mente en desafío contra Dios, ni de ninguna manera habló contra Dios; simplemente fue directamente en contra de su mandato expreso. Y cuántos hoy están haciendo exactamente lo mismo, y su culpa es de mucha mayor magnitud, porque tienen el ejemplo de la experiencia de Adán en la desobediencia y sus terribles resultados para advertirles de las consecuencias de transgredir la ley de Dios. Así que tienen una luz clara sobre este tema, y ninguna excusa para su culpabilidad al negar y desobedecer la autoridad de Dios. Adán no se detuvo a calcular cuál sería el resultado de su desobediencia.

Con la visión posterior que tenemos el privilegio de tener en esta época, podemos ver lo que significa desobedecer los mandamientos de Dios. Adán cedió a la tentación, y tenemos el pecado y sus consecuencias claramente ante nosotros. Razonando de causa a efecto, vemos que no es la grandeza del acto de desobediencia lo que constituye el pecado, sino el hecho de apartarse de la voluntad expresa de Dios en lo más mínimo, porque esto es una negación virtual de Dios, una rebelión contra las leyes de su gobierno. La felicidad del hombre se encuentra en la obediencia a las leyes de Dios. En la obediencia a la ley de Dios está rodeado como de un seto y guardado del mal. Ningún hombre puede apartarse de los requisitos especificados por Dios, y establecer una norma propia que él decida que puede seguir con seguridad, y aún así encontrar paz y alegría. Si se dejara a cada uno seguir su propio camino, habría una variedad de normas para adaptarse a diferentes mentes, y el gobierno sería quitado de las manos del Señor, y el hombre tomaría las riendas. Se erigiría la ley del yo. La voluntad del hombre se haría suprema; y la alta y santa voluntad de Dios sería deshonrada, irrespetada. Es imposible decir hasta qué punto el hombre elegiría seguir los impulsos de su corazón egoísta. Pero siempre que el hombre elige su propio camino, hay controversia entre el hombre y Dios.

17 de abril de 1893

Vencer como Cristo venció

(Concluido.)

EGW

Desde la caída de nuestros primeros padres, la obediencia no se ha considerado una necesidad absoluta. Los hombres han seguido la imaginación de sus propios corazones, lo cual el Señor ha dicho que es "malo, y esto continuamente." El Señor Jesús declara: "He guardado los mandamientos de mi Padre". ¿Cómo? como hombre? "He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad". Ante las acusaciones de los judíos, se levantó en su carácter puro, virtuoso y santo, y los desafió a señalar un defecto en su vida. Dijo: "¿Quién de vosotros me convence de pecado?". El Redentor del mundo vino no sólo para ser un sacrificio por el pecado, sino para ser un ejemplo para el hombre en todas las cosas. Era un maestro, un educador como el mundo nunca había visto ni oído antes. Habló como quien tiene autoridad, y sin embargo invita a la confianza de todos. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y

hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

El Hijo unigénito del Dios infinito nos ha dejado, con sus palabras y con su ejemplo práctico, un modelo claro que hemos de copiar. Con sus palabras nos ha educado para obedecer a Dios, y con su propia práctica nos ha mostrado cómo podemos obedecer a Dios. Esta es precisamente la obra que quiere que todo hombre haga: obedecer a Dios inteligentemente, y por precepto y ejemplo enseñar a otros lo que deben hacer para ser hijos obedientes de Dios. Jesús ha ayudado al mundo entero a un conocimiento inteligente de su misión y obra divinas. Vino a representar el carácter del Padre a nuestro mundo; y al estudiar la vida, las palabras y las obras de Cristo, somos ayudados en todo sentido en la educación de la obediencia a Dios; y al copiar el ejemplo que nos ha dado, somos epístolas vivientes conocidas y leídas por todos los hombres. Somos las agencias humanas vivientes para representar al mundo el carácter de Cristo. Cristo no sólo nos mostró cómo podemos llegar a ser hijos obedientes, sino que nos mostró en su propia vida y carácter cómo hacer aquellas cosas que son rectas y aceptables para Dios, de modo que no hay razón para que no hagamos aquellas cosas que son agradables a sus ojos.

Debemos estar siempre agradecidos de que Jesús nos haya demostrado con su vida real que el hombre puede cumplir los mandamientos de Dios, contradiciendo la falsedad de Satanás de que el hombre no puede cumplirlos. El gran Maestro vino a nuestro mundo para ponerse a la cabeza de la humanidad, para así elevar y santificar a la humanidad por su santa obediencia a todos los requerimientos de Dios, mostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Ha demostrado que es posible una obediencia de por vida. Por eso da al mundo hombres, como el Padre dio al Hijo, para que ejemplifiquen en su vida la vida de Cristo.

Cristo redimió el vergonzoso fracaso y caída de Adán, y fue vencedor, dando así testimonio a todos los mundos no caídos y a la humanidad caída de que, mediante el poder divino que le fue concedido por el cielo, el hombre puede guardar los mandamientos de Dios. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, soportó la tentación por nosotros, venció en nuestro favor, para mostrarnos cómo podemos vencer; por los lazos más estrechos vinculó su interés con la humanidad, y dio la seguridad positiva de que no seremos tentados más allá de lo que somos capaces; porque con la tentación hará una vía de escape.

Se prometió que el Espíritu Santo estaría con los que luchaban por la victoria, demostrando el poder de la fuerza al dotar al agente humano de fuerza sobrenatural, e instruyendo a los ignorantes en los misterios del reino de Dios. El Espíritu Santo ha de ser nuestro ayudante. ¿De qué nos habría servido que el unigénito Hijo de Dios se hubiera humillado, soportado las tentaciones del astuto enemigo, y luchado con él durante toda su vida en la tierra, y muerto, el justo por los injustos, para que la humanidad no pereciera, si el Espíritu no hubiera sido dado como un agente regenerador que actúa constantemente para hacer efectivo en nuestros casos lo que había sido realizado por el Redentor del mundo?

El Espíritu Santo implantado en los discípulos, les permitió mantenerse firmes contra la idolatría, y exaltar sólo al Señor. El Espíritu Santo guió la pluma de los historiadores sagrados para que se presentara al mundo el registro de las preciosas palabras y obras de Cristo. El Espíritu Santo trabaja constantemente para llamar la atención de los hombres sobre el gran sacrificio hecho en la cruz del Calvario, para revelar al mundo el amor de Dios al hombre y para abrir al alma condenada las preciosas promesas de las Escrituras. Es el Espíritu Santo quien trae a las mentes oscurecidas los brillantes rayos del Sol de Justicia. Es el Espíritu Santo quien hace que los corazones de los hombres ardan dentro de ellos con una inteligencia despierta de las verdades de la eternidad. Es el Espíritu Santo el que presenta ante la mente la norma moral de la rectitud y convence del pecado. Es el Espíritu Santo el que produce la tristeza piadosa que obra el arrepentimiento que no necesita ser arrepentido, e inspira la fe en Aquel que es el único que puede salvar de todo pecado. Es el Espíritu Santo quien obra para transformar el carácter, retirando los afectos de los hombres de aquellas cosas que son temporales y percederas, y fijándolos en la herencia inmortal, la sustancia eterna que es imperecedera. El Espíritu Santo recrea, refina y santifica a los agentes humanos, para que lleguen a ser miembros de la familia real, hijos del Rey Celestial.

Jesús dice: "Sígueme". "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". No lo consideres un deber difícil. Los mandamientos de Dios son su carácter expreso que brota de un corazón de amor en planes reflexivos para que el hombre sea preservado de todo mal. No son para ejercer una autoridad arbitraria sobre el hombre, sino que el Señor quiere que los hombres actúen como sus hijos obedientes, miembros de su propia familia. La obediencia es la consecuencia y el fruto de la unidad con Cristo y con el Padre. "En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos. Porque este es el amor a Dios, que guardemos

sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe."

Cuando oigamos inequívocamente su voz y obedezcamos, todo pensamiento murmurador será reprimido; y dejaremos todas las consecuencias con Aquel que dio el mandamiento. Si, al ver las huellas de Jesús, pisamos en ellas y le seguimos, tendremos amor y poder.

A menudo se pregunta: "¿Qué diferencia hay en qué día guardemos el sábado?". Pero sí hace una diferencia; porque está involucrado el mismo principio que estuvo involucrado en el caso de Adán. Fue sometido a la misma prueba. Porque debía probar por la obediencia su lealtad a Dios, o por la desobediencia perder el derecho al árbol de la vida. Satanás presentó esta misma pregunta engañosa. ¿Qué diferencia hay entre comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, o de cualquier otro árbol del jardín? El pecado de Adán consistió en hacer lo que el Señor le había prohibido, y esto abrió las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. Deberíamos meditar cuidadosamente sobre la vida de Cristo y desear comprender la razón por la que vino. Debemos escudriñar las Escrituras, como Cristo nos ha ordenado que hagamos, para que podamos conocer las cosas que dan testimonio de Él. Escudriñando podemos encontrar las virtudes de la obediencia en contraste con la pecaminosidad de la desobediencia. "Como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos".

El Señor Jesús ha salvado el abismo que ha abierto el pecado. Ha conectado la tierra con el cielo, y al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, como nuestro ejemplo, sólo podía guardar los mandamientos de Dios del mismo modo que la humanidad puede guardarlos. "Por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."

"Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor". La gloria mencionada es el carácter, y por la fe somos cambiados de carácter en carácter. "Y renovaos en el Espíritu de vuestro entendimiento, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad". "Vosotros sois la luz del mundo.... Brille así vuestra luz

delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

24 de abril de 1893

La obediencia, fruto del amor

EGW

Debemos contemplar el amor de Jesús, su misión y su obra en referencia a nosotros como individuos. Debemos decir: Jesús me amó tanto que dio su propia vida para salvarme. El Padre me ama: "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Nos corresponde determinar en qué términos promete Cristo el don de la vida eterna. Respondo: Depende de nuestra fe. Debemos tener fe en las promesas. Jesús dice: "De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros que me amáis, le conocéis; porque mora con vosotros, y estará en vosotros." "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él." Juan 14:12-17, 21.

"El que tiene mis mandamientos" significa el que tiene luz sobre lo que constituyen los mandamientos de Dios, y no desobedecerá sus mandamientos, aunque pueda parecer una ventaja hacerlo. "Si alguno me ama, guardará mis palabras [mis mandamientos]; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió". Si no nos fuera posible guardar los mandamientos de Dios, todos estaríamos perdidos. Pero bajo el pacto abrahámico, el pacto de gracia, se ha hecho toda provisión para la salvación. "Por gracia sois salvos". "Porque a todos los que le recibieron, a los que creen en él, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

Juan escribe a los hijos de Dios: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis". ¿Y qué es el pecado? - "Cualquiera que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley." Y si alguien peca, no tiene por qué renunciar a su esperanza en Cristo. No necesita decir que ya no

sirve de nada tratar de guardar los mandamientos de Dios; porque esto sería colocarse totalmente en el terreno de Satanás. Satanás te persigue con sus tentaciones, para persuadirte a que cedas y peques; y cuando pecas, entonces te dice que es inútil que lo intentes, y que más vale que te anuncies como transgresor abierto de la ley de Dios, porque no puedes guardar sus mandamientos. En el nombre y la fuerza dados por Dios podemos ser obedientes a todos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos. Somos felices cumpliéndolos. "Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que ya teníais desde el principio."

El Señor no quiere dejar al enemigo ninguna oportunidad de desconcertar el alma o de nublar la mente en cuanto a los mandamientos de los que está hablando. Son los mandamientos que hizo cuando se pusieron los cimientos de la tierra, "cuando las estrellas del alba cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría". Muy atrás en la historia del mundo, antes de que hubiera un pueblo que se distinguiera como judío, puso los fundamentos de su ley, cuando puso los cimientos del mundo. "El mandamiento antiguo es la palabra que oísteis desde el principio". Juan, el discípulo amado, como portavoz de Dios, da el mensaje inspirado, y viene resonando por las líneas, de edad en edad, hasta nuestro tiempo. Gracias a Dios, no nos quedamos en la niebla y la confusión con respecto a los mandamientos.

Se nos exige que guardemos los mandamientos de Dios, y que demos ante los mundos celestiales que somos hijos obedientes, leales y fieles al gobierno de Dios. No podemos esperar que el mundo, que está bajo el poder y el dominio de Satanás, obedezca a Dios y guarde sus mandamientos. Sólo hay dos clases en nuestro mundo: los obedientes y los desobedientes, los santos y los impíos. Cuando nuestras transgresiones fueron cargadas sobre Jesús, él fue contado entre los impíos en la cuenta del pecador. Se convirtió en nuestro sustituto, nuestra garantía, ante el Padre y todos los ángeles celestiales. Al imputar a Jesús los pecados del mundo, se convirtió en pecador en nuestro lugar, y la maldición debida a nuestros pecados recayó sobre él. Nos conviene

contemplar la vida de humillación de Cristo y su muerte agonizante; porque fue tratado como merece ser tratado el pecador. Vino a nuestro mundo, revistiendo su divinidad de humanidad, para soportar la prueba y la comprobación de Dios. Con su ejemplo de perfecta obediencia en su naturaleza humana, nos enseña que los hombres pueden ser obedientes.

Y el apóstol escribe: "Gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor, según su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó a gloria y virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Aquí se revela claramente que todo aquel que cree en Jesucristo se hace partícipe de la naturaleza divina. Que la divinidad y la humanidad cooperen, y el hombre caído puede ser más que vencedor por medio de Cristo Jesús.

1 de mayo de 1893

"Nunca un hombre habló como este hombre"

EGW

Jesucristo era la luz del mundo; porque "en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por él y para él; y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten. Y él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia; él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. Porque agradó al Padre que en él habitase toda la plenitud; y habiendo hecho la paz mediante la sangre de su cruz, reconciliar por él consigo todas las cosas; por él, digo, sean las que están en la tierra, sean las que están en los cielos. Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él; si permanecéis en la fe fundados y firmes, y no os movéis de la esperanza del evangelio que habéis oído, y que ha sido predicado a toda criatura que está debajo del cielo."

Si Cristo lo hubiera creído necesario, podría haber abierto a sus discípulos misterios que habrían eclipsado y puesto lejos de la vista todos los descubrimientos de la mente humana. Podría haber presentado hechos

concernientes a cada tema que habrían ido más allá de los razonamientos humanos, y sin embargo no haber tergiversado la verdad en ningún particular. Podría haber revelado lo que era desconocido, lo que habría puesto a prueba la imaginación y atraído los pensamientos de las generaciones sucesivas hasta el final de la historia de la Tierra. Podría haber abierto las puertas a misterios que la mente humana había intentado en vano. Podría haber presentado a los hombres un árbol del conocimiento del que podrían haber arrancado de edad en edad; pero esta obra no era esencial para la salvación de sus almas, y el conocimiento del carácter de Dios era necesario para sus intereses eternos. Así las cosas, los hombres han dedicado su tiempo y sus talentos a la búsqueda de ciertas clases de conocimiento meramente para gratificar su curiosidad, y han descuidado los temas trascendentales que han sido claramente revelados, y que conciernen a sus intereses eternos.

Jesús, el Señor de la vida y de la gloria, vino a plantar el árbol de la vida para la familia humana, y a invitar a los miembros de una raza caída a comer y a saciarse. Vino a revelarles cuál era su única esperanza, su única felicidad, tanto en este mundo como en el venidero. "Porque esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". No permitía que nada desviara su atención de la obra que había venido a realizar. Sabía que los hombres buscarían muchas invenciones y seguirían la imaginación de sus propios corazones. Sabía que utilizarían el intelecto que Dios les había dado para complacerse y glorificarse a sí mismos, que se olvidarían de Dios y perderían el conocimiento de su camino y voluntad. Jesús vio que los hombres necesitaban que sus mentes fuesen atraídas hacia Dios, a fin de conocer su carácter y obtener la justicia de Cristo representada en su santa ley. Sabía que era necesario que los hombres tuviesen una representación fiel del carácter divino, para que no fuesen engañados por las tergiversaciones de Satanás, que había proyectado su sombra infernal en el camino de los hombres, y para sus mentes había revestido a Dios con sus propias características satánicas.

Jesús vino al mundo para revelar, en su belleza, las verdades originales que se habían perdido de vista por el error de los hombres, y que habían quedado sepultadas bajo una masa de tradición y error. Separó las viejas verdades familiares de la compañía del error, para que ya no quedaran enturbiadas y ocultas por las costumbres y supersticiones de los hombres, sino que resurgieran en su pureza original. Durante siglos la verdad había sido apartada de su verdadera posición, y Jesús la restableció, la reintegró en el marco de la verdad y la estableció de nuevo sobre la base de su propio mérito eterno. Los principios

de justicia y rectitud que, por obra de Satanás sobre la mente humana, se habían vuelto impotentes en su influencia sobre los hombres, él los revivió y les ordenó que, como las estrellas del firmamento, permanecieran firmes por los siglos de los siglos.

El Redentor del mundo no vino a fomentar la curiosidad, a estimular la especulación humana, sino a mostrar el carácter real de la verdad, tanto tiempo falsificada por Satanás, y presentada ante el mundo bajo una luz distorsionada. Las sugerencias de Satanás habían sido recibidas por el depravado corazón humano, habían sido repetidas por agentes humanos y trazadas por plumas humanas; pero Jesús devolvió al mundo las joyas de la verdad y las hizo brillar ante los ojos de los hombres en todo su esplendor y belleza originales. El Hijo del Hombre, nuestro Señor, poseía un intelecto del más alto orden, y nada antes o después de su aparición se ha presentado que se acercara a la elevación de los temas que presentó en sus lecciones a sus discípulos, que por su testimonio nos han sido transmitidas. Aparentemente tomaba prestados los pensamientos de mentes inferiores a la suya, pero no era así en realidad, pues él era el originador de toda verdad, y había dado a los hombres toda la luz que tenían sobre todos los misterios, todo el conocimiento que tenían en cada rama de la ciencia. En él estaban escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la verdad, tanto de las cosas celestiales como de las terrenales. Al citar las palabras de los patriarcas y profetas, citaba lo que él mismo había impartido. El máximo alcance de la mente humana sólo puede abarcar una parte fraccionaria del todo infinito, e incluso esa parte fraccionaria es la obra de la mente de Aquel que comprende toda ciencia, todo misterio y conocimiento. Toda la sabiduría de los hombres debe revertir gloria y alabanza al gran Originador.

El Redentor del mundo dio pruebas de su superioridad sobre los hombres del mundo en la forma en que presentó la verdad a la mente humana. Por muy grandes y sabios que hayan sido considerados los maestros del mundo en sus días o puedan serlo en los nuestros, en comparación con él no son dignos de admiración; porque toda la verdad que pronunciaban no era sino la que él había originado, y toda la que procedía de cualquier otra fuente era necedad. Incluso la verdad que ellos pronunciaban, en su boca se embellecía y se hacía gloriosa; porque él la presentaba con sencillez y dignidad. Tal atractivo había en sus palabras que no sólo el pueblo llano le escuchaba con agrado, sino que los hombres sabios y nobles declaraban: "Jamás hombre alguno habló como éste."

8 de mayo de 1893

Una lección para nuestros días

EGW

"¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotros, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Pero yo os digo: A Tiro y a Sidón les será más tolerable el día del juicio que a vosotros. Y tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Pero yo os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio que para ti."

En estas palabras de denuncia se da una solemne advertencia a las iglesias de hoy. El que recibamos o rechacemos el mensaje y al mensajero que Dios envía, marcará la diferencia en nuestro futuro eterno. Toda verdad tiene su origen en Dios, y según su carácter está investida de influencia para mover a los hombres. La verdad espiritual está por encima de todo lo demás, y Cristo vino a revelar este tipo de verdad al mundo. El Padre vino en conexión vital con el mundo a través de su bien amado Hijo, y la revelación de la verdad divina a través del Hijo fue diseñada para atraer a los hombres hacia el Padre.

Satanás ha sido el objeto central de la adoración del mundo; pero donde está el asiento de Satanás, debería haberse plantado el trono de Dios. Cristo se propuso que su cruz se convirtiera en el centro de atracción que atrajera hacia sí los corazones de los hombres. Tomando sobre sí la naturaleza humana, se hizo uno con la raza caída, y en virtud de la naturaleza divina se apoderó del trono del Infinito, y consiguió la cooperación de todos los instrumentos celestiales para llevar a cabo su plan de redención de una raza perdida. Hace descender sobre los corazones de los hombres los rayos luminosos de su justicia para disipar la sombra que Satanás ha proyectado sobre el mundo. Para contrarrestar su obra, Satanás y sus huestes combinaron sus fuerzas con hombres malvados, y trataron de derribar la obra de Cristo; pero los organismos celestiales, unidos en su gran Cabeza, avanzaron para hacer frente a la confederación del mal, y el mal y el error entraron en conflicto con la bondad y la verdad.

El amor de Dios debía revelarse al mundo en la muerte de su Hijo amado, crucificado en el Calvario por los pecados del mundo. Debía presentar al mundo el Evangelio, que sería poder de Dios para salvación. Esta no era una verdad

nueva, pero a través de las tradiciones de los hombres se había oscurecido, y las verdades originales, al separarse de su Autor, habían perdido su significado para el mundo. Cuando Cristo vino, un torrente de luz se derramó sobre las palabras de los patriarcas y profetas. A través de esta revelación, las obligaciones descuidadas debían ser retomadas. La obediencia iba a ocupar el lugar de la rebelión, y la verdad obraría una transformación del carácter en todos los que la recibieran. El gran Sacrificio expiatorio debía ser la verdad central y suprema, en torno a la cual debían agruparse todas las demás verdades. Y Cristo mismo vino al mundo para llevar esta verdad a sus súbditos rebeldes.

Antes de la venida de Cristo, se habían enviado profetas, y se había entregado mensaje tras mensaje al pueblo de Dios; pero habían golpeado a uno y apedreado a otro, y al final el Padre amoroso dijo: "Reverenciarán a mi Hijo." Pero cuando vino con el mensaje del amor divino, sus corazones se habían endurecido tanto por su rechazo de la luz, su resistencia se había vuelto tan obstinada, que dijeron: "Este es el heredero; venid, matémosle y apoderémonos de su herencia." La obra de rechazo de la luz iba a desembocar en el asesinato de su Señor. Entre los enemigos más diligentes de Jesús estaban los escribas y fariseos. Estaban dispuestos a dar falso testimonio, y en su ceguera incluso pensaban que estaban haciendo un servicio a Dios. Jesús recorrió toda la tierra de Canaán, y obró maravillas en Corazín, Betsaida y Cafarnaún; pero a pesar de todas sus maravillas en estas ciudades, no creyeron en él. La gran masa del pueblo escuchaba y escuchaba al gran Maestro, y se habría puesto de su parte si no hubiera sido por la oposición de los escribas y fariseos y de los que ocupaban la cátedra de Moisés. Pero los sacerdotes y maestros, llenos de odio intenso y prejuicios irrazonables, hicieron todo lo posible para que sus palabras y obras no tuvieran efecto. Vieron el fruto de su doctrina y los resultados de su obra, pero cuando hubieron agotado todas sus objeciones, pidieron una señal de su autoridad.

Las lecciones que Jesús enseñó, la obra que realizó, dieron pruebas irrefutables de que era el Hijo de Dios. Se dieron abundantes pruebas del carácter más concluyente, pero cerraron los ojos para no ver, y los oídos para no oír, y se negaron a escuchar sus súplicas. ¡Qué tristeza produce en el corazón leer que "vino a los suyos, y los suyos no le recibieron"! Tuvo que dejar a los suyos, e ir de ciudad en ciudad, y de lugar en lugar, a fin de conservar su vida hasta que terminara su obra. Leemos: "Anduvo por Galilea; porque no quiso andar por Judea, porque los judíos procuraban matarle".

En cierta ocasión, el pueblo se acercó a los sacerdotes y les preguntó: "Cuando venga Cristo, ¿hará más milagros que estos que ha hecho este hombre?". Y tan enfurecidos estaban los fariseos ante la evidente convicción que se había apoderado del pueblo, que inmediatamente enviaron oficiales para arrestarlo. Estaba enseñando a la gente y curando a los enfermos, y cuando los oficiales llegaron al alcance de la melodía de su voz y oyeron sus palabras llenas de gracia, se quedaron como embelesados y olvidaron cuál había sido su misión. Endurecidos como estaban sus corazones, se derritieron bajo sus palabras de verdad y compasión; y cuando los jefes de los sacerdotes y los fariseos preguntaron: "¿Por qué no le habéis traído?", respondieron: "Nunca nadie habló como este hombre." Entonces les respondieron los fariseos "¿También vosotros estáis engañados? ¿Ha creído en él alguno de los gobernantes o de los fariseos? Pero este pueblo que no conoce la ley está maldito".

Los fariseos acusaban al pueblo de ignorancia de las profecías, y sin embargo eran ellos mismos quienes ignoraban voluntariamente que Jesús cumplía en su vida, obras y carácter todas las especificaciones de las Escrituras. No faltaban pruebas de su condición de Mesías, ni faltaba luz sobre sus pretensiones divinas; pero ellos no querían creer y permitieron que los prejuicios les cegaran los ojos.

El Varón de dolores, que llevó nuestros dolores y cargó con nuestras penas, que fue molido por nuestras iniquidades y herido por nuestras transgresiones, y por cuyas llagas fuimos curados, carecía ciertamente de forma o atractivo para los judíos; y, sin embargo, era el Mesías predicho, que había de brillar gloriosamente ante los antiguos, para reinar de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra. Cuando vino a nuestra tierra en su humillación, no había ejércitos conquistadores visibles a los ojos mortales, y los judíos incrédulos decidieron que no podía ser el ilustre Rey que esperaban, ya que no había despliegue exterior. ¿Y por qué los habitantes de Corazín, Betsaida, Cafarnaún y Jerusalén rechazaron al Señor de la vida y de la gloria? ¿Por qué mantenían con él una continua controversia? Porque los que decían creer y enseñar la palabra de Dios interpretaban sus palabras según sus propias opiniones preconcebidas, de modo que la palabra de Dios pareciera armonizar con las tradiciones y los mandamientos de los hombres. Era porque el pueblo no veía la necesidad de escudriñar las Escrituras por sí mismo, de comparar escritura con escritura, para conocer la verdad. Dieron crédito a lo que enseñaban los sacerdotes y los fariseos, en lugar de buscar por sí mismos el verdadero significado de la palabra de Dios, en vez de usar la razón y el juicio que Dios les había dado para que pudieran entender. Pusieron a los sacerdotes y gobernantes donde deberían haber puesto a Dios, y rechazaron la verdad de

Dios, para poder mantener su propia tradición. Tomemos una lección del error del pueblo judío, y no seamos encontrados cometiendo un error similar.

15 de mayo de 1893

Transformación del carácter notada por el mundo

EGW

"Porque nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabra solamente, sino también en poder, y en el Espíritu Santo, y en mucha certidumbre; como sabéis qué clase de hombres fuimos entre vosotros por causa de vosotros. Y os hicisteis seguidores nuestros y del Señor, habiendo recibido la palabra en medio de gran aflicción, con gozo del Espíritu Santo, de modo que fuisteis ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros ha resonado la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino también por todas partes se ha extendido vuestra fe hacia Dios; de modo que no tenemos necesidad de hablar nada. Porque ellos mismos muestran de nosotros la manera en que entramos en vosotros, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, el cual nos libró de la ira venidera."

El apóstol escribió estas palabras de aliento para que nosotros, sobre quienes han venido los fines del mundo, recibamos beneficio. Por la gracia de Cristo ha de producirse en nosotros tal transformación de carácter que la palabra del Señor deje una impresión en muchas mentes, que "en todo lugar se extienda vuestra fe hacia Dios". Cuando el pueblo de Dios se someta a ser controlado enteramente por el Espíritu Santo, aparecerá en él esa semejanza a Cristo que está de acuerdo con la riqueza y grandeza de la verdad. Pero para que Cristo se revele en el agente humano, el yo debe morir. El creyente debe estudiar la vida y el carácter de Cristo, para que al contemplarlos pueda llegar a ser transformado a su imagen divina en vida y carácter.

¡Cuánta precaución debe tener cada uno para no cultivar una independencia no santificada! El enemigo está vigilante, trabajando con tremendo poder para subvertir a las almas a quienes se les ha presentado la luz de la verdad. Satanás vigila para aprovecharse de todo elemento no consagrado de carácter en el agente humano, a fin de utilizar a aquel que profesa ser siervo de Cristo para promover sus designios satánicos. Se aprovechará de los prejuicios, de las opiniones preconcebidas, de las cuestiones secundarias, para dejar sin efecto las

palabras del mensajero de Dios a la iglesia. Se suscitarán contiendas y luchas, y el mensaje del cielo quedará sin efecto por obra de esta levadura maligna.

En los días de Pablo hubo necesidad de advertir a las iglesias que no trajeran sus propias ideas y opiniones, que fijaran sus estacas y sostuvieran la cinta métrica en sus manos, de modo que si el mensaje o el mensajero diferían en algún pequeño grado de sus ideas preconcebidas, cerraban la puerta firmemente contra la luz y el portador de luz. En las palabras de Pablo, el Señor advierte a cada hombre que tenga cuidado en cuanto a entretenerse con este espíritu de alboroto y contienda. Dice: "Así como te rogué que te quedaras en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñasen otra doctrina, ni diesen oído a fábulas y genealogías interminables, que ministran cuestiones, en lugar de la piadosa edificación que es en la fe, así también hazlo. Ahora bien, el fin del mandamiento es la caridad [amor] de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida; de la cual algunos, habiéndose desviado, se han vuelto a vanas charlatanerías; queriendo ser maestros de la ley, sin entender lo que dicen, ni de qué afirman." "Y los que tienen maestros creyentes, no los menosprecien, porque son hermanos; antes bien sírvanles, porque son fieles y amados, partícipes del beneficio. Esto enseña y exhorta. Si alguno enseña otra cosa, y no está de acuerdo con las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y con la doctrina que es conforme a la piedad, es soberbio, y no sabe nada, sino que se dedica a cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, contiendas, discusiones, malas conjeturas, perversas disputas de hombres de entendimiento corrompido y faltos de verdad, que piensan que la ganancia es la piedad; apártate de los tales. Pero la piedad con contentamiento es gran ganancia".

De las palabras de Pablo se desprende que tuvo que enfrentarse a las mismas dificultades que nosotros en nuestros días. En la iglesia primitiva había quienes le daban mucha importancia a asuntos sin importancia, y hacían daño entre los creyentes creando contiendas y disputas. Por orgullo, hombres y mujeres son inducidos a adoptar la posición de que prestar servicio a un hermano o hermana de ciertas maneras tiene una tendencia degradante; pero es tan loable servir en lo que se llaman puestos serviles como ministrar desde el púlpito. No hay degradación en hacer los deberes que deben hacerse en la casa, y no hay humillación en ser capaz de hacer bien y a fondo los deberes que incumben a una criada o a un hombre de todo trabajo. Ser un buen sirviente nunca dañará el amor propio si se adopta el punto de vista correcto sobre el tema.

Pero en cualquier rama de la obra del Señor que estés, debes estudiar para mostrarte aprobado a Dios, un obrero que no necesita ser avergonzado, dispuesto a ser enseñado, listo para aprender, fiel en tu trabajo, y siempre creciendo en poder y eficiencia.

No hay seguridad para ninguno de nosotros a menos que confiemos plenamente en Dios, y tomemos una posición decidida, guardando las avenidas de la voluntad, resistiendo las primeras insinuaciones de Satanás, rechazando su consejo de ceder a impulsos dudosos. Esto requiere vigilancia, perseverancia y adhesión continua a la palabra de Dios en todas las circunstancias. Estamos aquí como probacionistas, y estamos decidiendo nuestro propio destino eterno. Entonces, cuán importante es que diariamente eduquemos y entrenemos la fuerza de voluntad para rendir obediencia a Dios tanto en las pruebas más pequeñas como en las más grandes. Cuán importante es recordar siempre el hecho: "Tú, Dios, me ves. Tú conoces todos mis pensamientos y estás al tanto de todos mis actos". ¡Cuán importante es que nos consideremos alumnos de la escuela de Cristo, que aprendamos a reprimir toda palabra vana e insignificante! Jesús ha sido tentado en todo como nosotros, y es nuestro Salvador quien nos amonesta y nos advierte sobre el mal. Ha identificado su interés con el de la humanidad sufriente, y nos ordena "velad y orad, para que no entréis en tentación". Debemos estimar su consejo como del más alto valor. No debéis bajar la guardia ni un instante, sino, como un centinela fiel, permanecer en vuestro puesto de trabajo y, después de haberlo hecho todo, manteneros en pie. Pero con toda nuestra vigilancia hemos de recordar que "si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el centinela". El hombre debe cooperar con las agencias celestiales; debe usar al máximo las habilidades que Dios le ha dado, en un esfuerzo sincero por evitar que su propia alma sea degradada por el pecado; pero no debe confiar en su propia fuerza finita, porque será como un bastón quebrado, una caña cascada. Con su esfuerzo humano debe mezclar la fe en un Libertador divino, y expresar su dependencia de Dios en la oración. Se le da la promesa: "Que se aferre a mi fortaleza, para que haga las paces conmigo, y hará las paces conmigo". No hay seguridad para nosotros fuera de la entera dependencia de Jesucristo. Su sabiduría, su poder, su gracia, su amor deben ser nuestro único apoyo. Debemos unir la oración con la vigilancia, y así echar mano de su poderoso poder, sintiendo nuestra insuficiencia para hacer frente al yo y a los poderes de las tinieblas.

Entonces, mirando a Jesús, que es el autor y consumidor de nuestra fe, con perfecta seguridad podemos confiarle la custodia de nuestras almas, mientras cooperamos con las agencias divinas. Toda alma puede decir: "Señor, sin ti nada

puedo hacer para salvar o guardar mi alma de pecar contra ti; pero tú puedes guardarme de caer, y presentarme sin mancha ante la presencia de tu gloria con gran alegría. A ti encomiendo la guarda de mi alma como a un fiel guardián, y todo lo dejo en tus manos, sabiendo que todo lo haces bien."

29 de mayo de 1893

Caminar en la luz

EGW

Cuando Juan fue encarcelado, envió mensajeros a Jesús para preguntarle: "¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?". Para responder a esta pregunta, Jesús les mostró sus obras. "En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades y plagas, y de espíritus malignos; y a muchos ciegos les dio la vista. Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y contad a Juan lo que habéis visto y oído: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, a los pobres es anunciado el evangelio."

Jesús había visto a estos mensajeros cuando salían de Juan, y estaba preparado para responderles. Obró como sólo Dios podía hacerlo por los que estaban afligidos y sufriendo, y bajo el cruel poder del destructor. El que buscaba liberar manifestó su poderoso poder, y obró milagros maravillosos. La voz del poderoso Sanador penetraba en el oído sordo; una palabra, un toque de su mano abría los ojos ciegos para contemplar la luz del día, las escenas de la naturaleza, los rostros de los amigos y el rostro del Libertador. Jesús reprendió la enfermedad y desterró la fiebre. Su voz llegaba a los oídos de los moribundos, que se levantaban y se fortalecían. Los endemoniados paralizados obedecieron su voz, y su locura los abandonó, y lo adoraron. Todo esto fue presenciado por los discípulos de Juan, y ellos llevaron a Juan el informe de las maravillosas obras de Cristo. Este informe fue como la luz del cielo que destella en medio de la oscuridad de la prisión. Juan aceptó y apreció esta luz.

Y Jesús dijo a sus seguidores: "Todavía un poco de tiempo está la luz con vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os alcancen las tinieblas; porque el que camina en tinieblas no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz". Estas palabras se aplican tanto a nosotros como a ellos. Hay gran renuencia a discernir y recibir con gratitud la luz del cielo. Las tinieblas morales cubren la tierra, y las tinieblas groseras al pueblo. Satanás tiene el servicio del corazón del mundo; su sombra infernal impregna y ensombrece toda la sociedad humana, y cuán positivamente esencial

es que los profesos seguidores de Cristo sean canales de luz. Cristo dice: "Vosotros sois la luz del mundo"; entonces, cuán importante es que nos coloquemos directamente bajo los brillantes rayos del Sol de Justicia. Aquellos que son santificados por medio de la verdad serán luces brillantes y resplandecientes en el mundo.

Toda la tierra ha de ser iluminada con la gloria de Dios. Pero qué difícil es para algunos ver y reconocer la luz y convertirse, para que yo, dice Cristo, los sane. La atmósfera de egoísmo, orgullo, formalidad y justicia propia rodea sus almas, y es muy difícil para ellos discernir la luz como luz y apreciarla. Algunos se alejan de la luz hacia las tinieblas, y cuánto mayor es la oscuridad que envuelve sus almas por haber tenido la luz. Negándose a caminar en la luz, tropiezan con las cosas más preciosas. Al negarse a ver la verdad, tropiezan y no saben en qué tropiezan. La luz que ha sido dada con gracia no ha sido apreciada ni llevada a la vida práctica, y muchos no son hacedores de la palabra. Todo verdadero creyente debería darse cuenta de su solemne responsabilidad ante Dios, de ser un misionero que busca salvar a los que están perdidos. Deberíamos ver ejércitos de obreros consagrados buscando hacer, no su propia voluntad o placer, sino la voluntad de Dios. Deberían ser obreros junto con Dios. Deberían trabajar, orar y mirar continuamente a Jesús, que es el autor y consumidor de su fe. Aquellos que se rinden totalmente a Dios pondrán pensamiento y oración y tacto serio y consagrado en sus labores.

Jóvenes y jovencitas, si son verdaderos discípulos de Cristo, consagrarán todo talento, y serán capaces de alcanzar a los inconversos, por maneras y métodos que serán efectivos. Seréis agentes activos y trabajadores de Cristo. En cada iglesia debe haber obreros devotos. Todos deben comprender que deben buscar el consejo de Dios, para que mediante esfuerzos personales bien dirigidos puedan salvar almas por las cuales Cristo murió. Ningún pecador debe entrar en la esfera de influencia de un cristiano y sentir que su interés no se ha alistado del lado de Jesús, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Los que profesan creer la verdad deben caminar a la luz de los preciosos rayos del Sol de Justicia.

¿Quién de nuestros jóvenes se entregará a Dios con el propósito de trabajar por la salvación de sus compañeros? ¿Quién pondrá su talento a disposición de los intercambiadores? ¿Quiénes sentirán su sagrada responsabilidad y pondrán en práctica todas las habilidades que Dios les ha dado para ganar almas? Jóvenes y jovencitas, ¿no podéis formar compañías y, como soldados de Cristo, alistaros en la obra, poniendo todo vuestro tacto, habilidad y talento al servicio del

Maestro, para que podáis salvar almas de la ruina? Que haya compañías organizadas en cada iglesia para hacer esta obra. Se dice que cuando el padre de familia dejó a sus siervos, "dio a cada uno su trabajo". Ninguno debía estar ocioso.

Hago un llamamiento a jóvenes y mayores, y les pregunto: ¿Es Jesús tu Salvador personal? Si no te das cuenta de que es tuyo, hazlo tuyo. Entonces, sin demora, enseñad a otros lo que habéis experimentado en la vida cristiana. En vez de ser como frágiles juncos que se agitan al viento, muéstranse como aquellos que tienen raíz en sí mismos: que creen y que practican la verdad, y su poder santificador está sobre su vida y su carácter. Entonces estaréis caminando en la luz mientras tengáis la luz. ¿Los jóvenes y las jóvenes que realmente aman a Jesús se organizarán como obreros, no sólo para los que profesan guardar el sábado, sino para los que no son de nuestra fe; porque no hay acepción de personas para con Dios? Todas las almas son preciosas; son la compra de la sangre del Hijo de Dios. ¿Por qué ha habido tan poco interés y carga del alma por los pecadores? Muchos fuera de las filas de los observadores del sábado, que no han tenido la luz, dan más promesa de llegar a ser hijos de Dios, coherederos con Jesús, que aquellos que han tenido la luz de la verdad, y que no la han apreciado, sino que han andado en las chispas de su propio encendido. Nadie puede trabajar con éxito por las almas sin un interés verdadero, sincero y desinteresado. Los que así trabajan verán almas convertidas, y crecerán ellos mismos en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No tendrán una experiencia empuñada en las cosas de Dios. Serán aprendices en la escuela de Cristo, y también educadores, dando a conocer a otros las cosas que han aprendido de Jesús.

5 de junio de 1893

Transformación mediante la fe y la obediencia

La enseñanza de Cristo en el Evangelio está en perfecta armonía con la enseñanza de Cristo a través de los profetas en el Antiguo Testamento. Los profetas hablaron a través de los mensajeros de Cristo en el Antiguo Testamento tanto como los apóstoles expresaron sus mensajes en el Nuevo Testamento, y no hay contradicción entre sus enseñanzas. Pero Satanás siempre ha obrado y sigue obrando con todo engaño de iniquidad para hacer vana la palabra de Dios. Trata de hacer misterioso lo que es simple y sencillo. Ha tenido una larga experiencia en esta obra. Conoce el carácter de Dios, y con su sutileza ha cautivado al mundo. Fue haciendo que la palabra de Dios no tuviera efecto que

el pecado entró en el mundo. Adán creyó la falsedad de Satanás, y mediante su tergiversación del carácter de Dios, la vida de Adán fue cambiada y estropeada. Desobedeció el mandamiento de Dios, e hizo precisamente lo que el Señor le había dicho que no hiciera. Por su desobediencia, Adán cayó; pero si hubiera soportado la prueba y hubiera sido leal a Dios, no se habrían abierto sobre nuestro mundo las puertas del diluvio del infortunio.

Por creer en la falsa representación que Satanás hizo de Dios, el carácter y el destino del hombre fueron cambiados, pero si los hombres creen en la palabra de Dios, serán transformados en mente y carácter, y capacitados para la vida eterna. Creer que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", cambiará el corazón, y reproducirá en el hombre la imagen de Dios.

Como muchos lo están hoy, así (antes de su conversión) Pablo estaba muy confiado en una piedad hereditaria; pero su confianza estaba fundada en la falsedad. Era una fe fuera de Cristo, pues confiaba en formas y ceremonias. Su celo por la ley estaba desconectado de Cristo y carecía de valor. Se jactaba de ser irreprochable en el cumplimiento de las obras de la ley; pero rechazaba al Cristo que hacía que la ley tuviera algún valor. Estaba seguro de que tenía razón. Dice: "En verdad pensaba de mí mismo que debía hacer muchas cosas contrarias al nombre de Jesús de Nazaret. Lo cual también hice en Jerusalén; y a muchos de los santos encerré en la cárcel, habiendo recibido autoridad de los principales sacerdotes; y cuando los mataban, yo daba mi voz contra ellos". Durante un tiempo Pablo hizo una obra muy cruel, pensando que hacía un servicio a Dios; pues dice: "Lo hice ignorantemente en incredulidad". Pero su sinceridad no justificaba su obra, ni hacía del error verdad.

La fe es el medio a través del cual la verdad o el error encuentran alojamiento en la mente. Es por el mismo acto de la mente que se recibe la verdad o el error, pero hace una diferencia decidida si creemos la palabra de Dios o los dichos de los hombres. Cuando Cristo se reveló a Pablo, y éste se convenció de que perseguía a Jesús en la persona de sus santos, aceptó la verdad tal como está en Jesús. Se manifestó un poder transformador en la mente y el carácter, y se convirtió en un hombre nuevo en Cristo Jesús. Recibió la verdad tan plenamente que ni la tierra ni el infierno pudieron sacudir su fe.

Hay muchos que gritan: "Cree, sólo cree". Pregúntales qué debes creer. ¿Has de creer las mentiras fraguadas por Satanás contra la santa, justa y buena ley de Dios? Dios no usa su grande y preciosa gracia para dejar sin efecto su ley, sino

para establecer su ley. ¿Cuál es la decisión de Pablo? Dice: "¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la ley? Dios no lo quiera. No, yo no había conocido el pecado, sino por la ley.... Porque una vez viví sin la ley; pero cuando vino el mandamiento, revivió el pecado, y [¿terminó entonces el mandamiento? -No.] Yo [Pablo] morí.... Por tanto, la ley es santa [¿se interpone directamente en mi camino hacia la libertad y la paz? -No], y el mandamiento es santo, justo y bueno".

Pablo aprendió que no había poder en la ley para perdonar al transgresor de la ley. "Por las obras de la ley ninguna carne será justificada". "Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu."

El Señor vio nuestra condición caída; vio nuestra necesidad de gracia, y porque amó nuestras almas, nos ha dado gracia y paz. Gracia significa favor a quien no lo merece, a quien está perdido. El hecho de que seamos pecadores, en vez de apartarnos de la misericordia y del amor de Dios, hace que el ejercicio de su amor hacia nosotros sea una necesidad positiva para que podamos salvarnos. Cristo dice: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca".

Cuando Adán cayó, se hizo una provisión para su restauración. A su debido tiempo, Jesús, el Príncipe de la vida, vino a nuestro mundo para entrar en controversia con los poderes de las tinieblas. En este mundo Satanás tuvo oportunidad de exhibir el resultado de la puesta en práctica de sus principios de libertad de toda ley, y Cristo, por su inquebrantable obediencia a los mandamientos de su Padre, puso de manifiesto el resultado de practicar los principios de la justicia. De acuerdo con sus principios de maldad, Satanás acosó al Hijo de Dios con feroces tentaciones, y finalmente lo llevó a la sala del juicio, para que fuera condenado a muerte sin causa. La confederación del mal se movió en los corazones de los hombres para obrar los principios del mal. Cristo y Barrabás fueron presentados ante la multitud. Barrabás era un notable ladrón y asesino; Cristo era el Hijo de Dios. Pilato miró a los dos, y pensó que no habría vacilación en la elección de Jesús. Los rasgos de nobleza, inteligencia y pureza se revelaban claramente en su semblante, en marcado contraste con las toscas facciones de Barrabás. Preguntó: "¿Quién de los dos queréis que os suelte?". Y se oyó el grito ronco de la turba enfurecida, que gritaba: "Barrabás".

"Pilato les dice: ¿Qué haré, pues, con Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: Sea crucificado. Y el gobernador dijo: ¿Por qué, qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban más, diciendo: Sea crucificado".

En esta elección se pusieron de manifiesto los principios de Satanás; y las huestes del cielo, y todos los mundos que Dios había creado, juzgaron que Satanás era acusador de los hermanos, mentiroso y homicida. En el cielo y entre los mundos no caídos se resolvió la cuestión del poder engañador de Satanás, de sus principios malignos, y se probó para siempre la pureza y santidad perfectas de Cristo, que estaba soportando la prueba y el juicio en favor del hombre caído. Mediante el desarrollo del carácter y los principios de Satanás, éste fue desarraigado para siempre del afecto de los mundos no caídos, y la controversia acerca de sus pretensiones y las de Cristo quedó resuelta para siempre en el cielo. La justicia manifestada en el carácter de Cristo iba a ser para siempre el ancla, la esperanza salvadora del mundo. Toda alma que elige a Cristo puede decir con fe: "El Señor mi justicia".

Cristo fue "despreciado y desechado entre los hombres; varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados".

La gracia de Cristo y la ley de Dios son inseparables. En Jesús la misericordia y la verdad se encuentran, la justicia y la paz se han besado. En su vida y carácter no sólo revela el carácter de Dios, sino la posibilidad del hombre. Fue el representante de Dios y el ejemplo de la humanidad. Presentó al mundo lo que la humanidad puede llegar a ser cuando se une por la fe a la divinidad. El Hijo unigénito de Dios tomó sobre sí la naturaleza del hombre y estableció su cruz entre la tierra y el cielo. A través de la cruz, el hombre fue atraído hacia Dios, y Dios hacia el hombre. La justicia se desplazó de su alta y terrible posición, y las huestes celestiales, los ejércitos de la santidad, se acercaron a la cruz, inclinándose con reverencia; porque en la cruz la justicia fue satisfecha. A través de la cruz el pecador fue sacado de la fortaleza del pecado, de la confederación del mal, y en cada acercamiento a la cruz su corazón se tranquiliza y en penitencia clama: "Fueron mis pecados los que crucificaron al Hijo de Dios". En la cruz deja sus pecados, y por la gracia de Cristo su carácter se transforma. El Redentor levanta al pecador del polvo y lo pone bajo la guía del Espíritu

Santo. Cuando el pecador mira al Redentor, encuentra esperanza, seguridad y alegría. La fe se aferra a Cristo en el amor. La fe obra por amor y purifica el alma.

12 de junio de 1893

"Construir los viejos basureros"

EGW

"Los que serán de ti reedificarán los antiguos yermos; tú levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado Reparador de brechas, Restaurador de sendas para habitar. Si apartares tu pie del sábado, de hacer tus placeres en mi día santo; y llames al sábado delicia, el santo del Señor, honorable; y le honreres, no haciendo tus caminos, ni hallando tus placeres, ni hablando tus palabras, entonces te deleitarás en el Señor; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha dicho."

La obra que se espera de los que honran a Dios se ha abierto claramente ante nosotros. "Los que serán de ti edificarán los antiguos baldíos; tú levantarás los cimientos de muchas generaciones". Esta profecía se refiere al cuarto mandamiento, que ha sido derribado y echado a perder. El profeta presenta a una clase de personas que ven y sienten la importancia de exaltar el día que Dios ha especificado como suyo, el cual está siendo deshonrado y desatendido por el mundo cristiano.

Pablo, en su segunda epístola a los Tesalonicenses, señala el poder que ha intentado quebrantar la ley de Dios. Advierte a los creyentes sobre la gran apostasía y el blasfemo poder anticristiano que se desarrollaría y realizaría su obra antes de que Cristo viniera por segunda vez. Dice: "No vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios....". El misterio de la iniquidad ya está obrando; sólo que el que ahora deja [estorba] dejará [estorbará], hasta que sea quitado del camino. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida." El profeta Daniel, describiendo el mismo poder, dice: "Hablará grandes palabras contra el Altísimo, y agotará a los santos del Altísimo, y pensará en cambiar los tiempos y las leyes."

¡Cuán sorprendentemente han sido cumplidas estas profecías por la Iglesia Romana! Este poder no sólo ha intentado cambiar los tiempos y las leyes de Dios, sino que abiertamente confiesa que ha hecho tales cambios, y declara que por la observancia del domingo, que descansa únicamente sobre su autoridad, el mundo protestante está reconociendo la supremacía de Roma. Es la brecha que se ha abierto en la ley de Dios lo que el pueblo descrito por Isaías está tratando de reconstruir.

"Así dice el Señor: Guardad el juicio y haced justicia, porque mi salvación está próxima a llegar y mi justicia a manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que se aferra a ello; que guarda el sábado de contaminarlo, y guarda su mano de hacer mal alguno. Ni hable el hijo del extranjero que se ha unido al Señor, diciendo: El Señor me ha apartado totalmente de su pueblo.... A los hijos del extranjero que se unan al Señor para servirle y amar el nombre del Señor, para ser sus siervos, a todos los que guarden el sábado de contaminarlo y se aferren a mi pacto, a éstos los traeré a mi santo monte y los alegraré en mi casa de oración."

Observen las condiciones de la promesa; es para aquel "que guarda el sábado de contaminarlo, y guarda su mano de hacer cualquier mal". Y el tiempo en que esta promesa se aplica especialmente es cuando "está próxima a venir mi salvación, y a manifestarse mi justicia". Hay una obra especial para el pueblo de Dios en estos últimos días, apartar sus pies de pisotear el sábado del cuarto mandamiento, y exaltarlo ante los hombres, llamándolo "delicia, santo de Jehová, honorable."

Pero cuando se presentan los reclamos del sábado, hay muchos que preguntan: ¿Qué diferencia hace qué día guardamos como sábado, con tal de que observemos un día de cada siete? Nosotros respondemos: Tiene toda la diferencia posible si obedecemos o hacemos caso omiso de la palabra de Dios. Dios nos ha dado el sábado como memorial de la gran obra de la creación. Dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; ninguna obra harás en él; ... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo, y lo santificó". Declara por medio de Moisés: "Es una señal entre yo y los hijos de Israel para siempre". Y los hijos de Israel incluyen a todos los que creen en Cristo. Porque "si sois de Cristo, entonces sois simiente de Abraham". De nuevo, por el profeta Ezequiel, el Señor dice: "Santificad mis sábados; porque serán señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy

Jehová vuestro Dios." El sábado es una señal del poder creador de Dios; muestra que Él es supremo, el Hacedor y Sustentador del universo, Aquel de quien recibimos "vida y aliento y todas las cosas", y por lo tanto Aquel a quien se debe nuestra lealtad.

Satanás está decidido a que el conocimiento de Dios, de su poder creador, sea desterrado de la contemplación y del recuerdo de los hombres. Pero no puede lograr su propósito mientras se guarde el cuarto mandamiento; porque el sábado dirige la mente de los hombres hacia el Creador. Por lo tanto, Satanás ha obrado por medio del papado para hacer a un lado este precepto. Él inspiró a la Iglesia Romana a "pensar en cambiar" los tiempos y las leyes de Dios. Al hacer a un lado el verdadero sábado, que es la señal del poder y la autoridad de Dios, y sustituirlo por la institución que es la señal de la supremacía de Roma, el "hombre de pecado" está en verdad "sentado en el templo de Dios, y haciéndose pasar por Dios". Está apartando las mentes de los hombres de Dios, y dirigiéndolas hacia sí mismo, y hacia aquel cuyo instrumento es él, hacia el príncipe del mal.

El sábado dominical, hijo del papado, ha sido aceptado por la iglesia protestante, que lo ha fomentado y acunado como si hubiera nacido del cielo. Pero su sanción humana nunca podrá darle aceptación ante Dios. Es un sábado rival, espurio, que usurpa el lugar del día santo en que Dios descansó, que bendijo y santificó, y que dio al hombre como memorial eterno de la obra del Creador. Cuando se les presenten los hechos, ¿consentirán los protestantes, por su deferencia al domingo, reconocer las pretensiones sacrílegas del hombre de pecado? ¿Elegirán adorarlo a él en lugar de a Dios?

Los que vemos el sábado como el signo del Dios vivo, ¿podemos consentir en renunciar a ese signo? ¿Queremos renunciar a ella? ¿O deseamos guardar y apreciar la señal que Dios ha dado para designar a su pueblo que guarda los mandamientos? La persistente incredulidad del mundo ante esta gran verdad no disminuye su importancia. Aunque nos neguemos a obedecerla, sigue siendo la verdad; si no se le permite guiarnos, nos condenará.

Ahora es el tiempo en que Dios nos llama a honrar sus preceptos que han sido anulados. Tan pronto como la luz brille sobre nosotros, hemos de procurar, de viva voz y por medio de la pluma y la influencia, reparar la brecha en la ley de Dios.

El misterio de iniquidad, que ya había comenzado a trabajar en los días de Pablo, continuará su trabajo hasta que sea quitado del camino en la segunda venida de

nuestro Señor. Pronto se alcanzará el clímax de la obra de la iniquidad. Cuando la tierra que el Señor proveyó como asilo para su pueblo, para que pudieran adorarlo según los dictados de sus propias conciencias, la tierra sobre la cual durante largos años se ha extendido el escudo de la Omnipotencia, la tierra que Dios ha favorecido haciéndola depositaria de la religión pura de Cristo,-cuando esa tierra, a través de sus legisladores, abjure de los principios del protestantismo, y dé su consentimiento a la apostasía romana al alterar la ley de Dios,-entonces se revelará la obra final del hombre de pecado. Los protestantes pondrán toda su influencia y fuerza del lado del papado; mediante una ley nacional que imponga el falso sábado, darán vida y vigor a la fe corrupta de Roma, reavivando su tiranía y opresión de las conciencias. Entonces será el momento de que Dios obre con gran poder para la vindicación de su verdad.

Nuestro deber

Dice el profeta: "Vi a otro ángel descender del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia.... Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades". ¿Cuándo llegan sus pecados hasta el cielo? Cuando la ley de Dios es finalmente anulada por la legislación. Entonces la extremidad del pueblo de Dios es su oportunidad de mostrar quién es el gobernador del cielo y de la tierra. Mientras un poder satánico agita los elementos desde abajo, Dios enviará luz y poder a su pueblo, para que el mensaje de la verdad sea proclamado a todo el mundo.

El Señor llama a su pueblo a estar a la altura de la emergencia; las agencias humanas deben cooperar con las divinas. Siempre es difícil aferrarse a la profesión de fe, cuando en el mundo religioso se ejerce una influencia paralizante contra la lealtad a Dios. Pero porque abunda la iniquidad, ¿permitirá el pueblo de Dios que se enfríe su amor? ¿Desfallecerá nuestro corazón? ¿No preferiremos mantener nuestra lealtad y dar el testimonio más noble que el hombre pueda dar en honor de Dios? Aquellos que no son de todo corazón se inclinarán hacia el lado del mundo de la cuestión; aconsejarán que se suprima la verdad clara y decidida. Pero tal no es la enseñanza de la palabra de Dios.

"El dragón [Satanás y todos los que están imbuidos por su espíritu] se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo."

"Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." Los verdaderos hijos de Dios no serán menos fervientes en su adhesión a su ley porque ésta sea anulada. A medida que aumente la oposición a la ley de Dios, los elegidos y fieles amarán sus mandamientos más que el oro, mientras que el mundo los considerará escoria. Todos los que son leales al cielo se pondrán toda la armadura de Dios, para que "puedan estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes."

"Sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". El tiempo en que Dios es especialmente deshonrado por los que anulan su ley es el tiempo en que todo súbdito leal debe desplegar el estandarte con la inscripción "Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús."

El mandato del Señor a Josué cuando estaba a punto de tomar el mando de los ejércitos de Israel, fue: "Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para que guardes y cumplas toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado dondequiera que vayas. Este libro de la ley no se apartará de tu boca, sino que meditarás en él de día y de noche, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino y tendrás buen éxito." Aquellos que así meditan en los mandamientos de Dios, y cuyos corazones permanecen en el Señor, son los que serán hallados reparadores de la brecha en la santa ley de Dios. Ellos edificarán los antiguos baldíos, y levantarán los cimientos de muchas generaciones.

19 de junio de 1893

El don de Dios

EGW

Jesús dijo a la mujer de Samaria: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva."

Los dones de Dios están por todas partes, y todos sus dones nos llegan por el mérito de Jesús, a quien dio al mundo. El apóstol Pablo prorrumpe en una exclamación de gratitud, diciendo: "Gracias sean dadas a Dios por su inefable

don". Y con Cristo Dios nos ha dado todas las cosas. El capullo que se abre, las flores que florecen, en su variedad y hermosura, deleitando los sentidos, son obra del Maestro Artista, expresión de su amor hacia nosotros. Qué cosas tan hermosas han hecho sus manos y, sin embargo, muchos contemplan las cosas bellas de la naturaleza y no asocian a Dios con estas bendiciones. No se dan cuenta de que las cosas bellas que las rodean son muestras del amor de Dios a la humanidad caída, sus esfuerzos por atraerla hacia sí. El Señor ha tenido gran cuidado de que todo nos sea agradecido y agradable, y sin embargo, cuánto mayor esfuerzo ha hecho para proporcionarnos ese don mediante el cual podemos perfeccionar un carácter cristiano, según el modelo de Cristo.

Por medio de las flores del campo, Dios quiere llamar nuestra atención sobre la hermosura del carácter semejante al de Cristo. Jesús dice: "Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos". Dios es amante de lo bello. Desea que consideremos las hermosas flores del valle, y aprendamos lecciones de confianza en él. Ellas han de ser nuestras maestras. Crecen, como Dios las ha diseñado, en pureza y sencillez natural. El Señor cuida de las flores del campo y las viste con hermosura, y sin embargo ha hecho evidente que considera al hombre de mayor valor que las flores que cuida. Nos ha colmado de dones que la mano del hombre no podría crear, y, sin embargo, la gran masa de la humanidad toma sus dones como algo natural, o como si vinieran por casualidad. No dan las gracias; sus corazones no están llenos de amor hacia el gracioso Dador.

Supongamos que nuestro benévolo Padre se cansara de la ingratitude del hombre y, durante algunas semanas, retuviera sus innumerables bondades. Supongamos que se desalentara al ver sus tesoros aplicados a fines egoístas, al no oír ninguna respuesta de alabanza y gratitud por sus inmerecidas misericordias, y prohibiera que el sol brillara, que el rocío cayera, que la tierra produjera sus frutos. ¡Qué sensación se crearía! ¡Qué consternación caería sobre el mundo! ¡Qué clamor se levantaría sobre lo que deberíamos hacer para abastecer nuestras mesas con comida y nuestros cuerpos con ropa! Y sin embargo, dependientes como somos de sus bondades, muchos han tomado sus dones como lo han hecho las bestias del campo, y nunca han dicho: "Te doy gracias, Padre bondadoso, por tus beneficios diarios". Si nos retirara sus misericordias, no sería más de lo que merecemos; pues nos trataría como indignos de un amor tan poco correspondido.

Dios no sólo nos ha provisto de beneficios temporales, sino que ha provisto para nuestro bienestar eterno; "porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva". Oh, si conociéramos el don de Dios, si apreciáramos lo que este don de Dios significa para nosotros, lo habríamos buscado fervientemente con perseverancia inquebrantable. Habríamos ofrecido tales súplicas, tales peticiones a Dios, que el don de la gracia no habría sido retenido, y el agua viva habría venido a saciar nuestras almas sedientas y anhelantes. "Si conocieras el don de Dios". Sí, si se hubiera conocido el don de Dios, no habría hogares sin oración, y corazones tan poco impresionables como la piedra.

Jesucristo, la Majestad del cielo, ha sido ofrecido al mundo, ha sido dado al hombre como su Salvador y Redentor. Bien pueden los habitantes del cielo y de los mundos no caídos contemplar con estupor la falta de discernimiento del hombre, su ingratitud. Muchos han odiado y despreciado el don de Dios, a pesar de que Jesús revistió su divinidad de humanidad, y por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos ricos. Abandonó los atrios del cielo y vino al mundo, todo abrasado, manchado y contaminado por el pecado; practicó la abnegación y el autosacrificio, descendiendo cada vez más bajo en el camino de la humillación, para que nosotros pudiéramos ser enriquecidos y exaltados. ¿Rico en casas y tierras, en honores mundanos? No, sino para que pudiéramos tener todo el tesoro imperecedero del cielo, un peso eterno de gloria.

"Si conocieras el don de Dios". Oh, si tan sólo se resistiera el poder engañoso y embrujador de Satanás, se abrirían los ojos cegados, se haría que los corazones incrédulos percibieran, y las almas no salvas tendrían un conocimiento del don indecible, y se acercarían al trono de la gracia con oración importuna, suplicando que pudieran beber del agua viva. Dios está dispuesto a impartir a los hombres el conocimiento de su don. Jesús está "para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación por la remisión de sus pecados, por la entrañable misericordia de nuestro Dios; por la cual nos visitó la aurora de lo alto, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para encaminar nuestros pies por camino de paz". "Si conocieras el don de Dios". ¿Quién hay entre los que ya conocen el don de Dios, que deje de dar a conocer su preciosidad a los que no lo conocen? Si conoces el don de Dios, si tienes un conocimiento experimental de cuáles son las bendiciones que Cristo vino a otorgar a los que perecen, ¿guardarán silencio tus labios, será ingrato tu

corazón? ¿No te interesarás por los demás, y te será indiferente si conocen o no el camino de la salvación? ¿No darás a conocer a los demás la preciosa luz de la verdad, para que también ellos la conozcan, para que también ellos le pidan y reciban el agua viva?

Hablando del pozo de Jacob, Jesús dijo a la mujer: "El que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." ¿Cuántos están bebiendo de cisternas rotas que no pueden contener agua! Algunos piensan que si tan sólo pudieran tener un cierto salario, que los elevara por encima de la necesidad temporal, serían felices. Pero cuando el Señor les concede el deseo de su corazón, y los prueba con una medida mayor de favor, están igualmente deseosos de una cantidad mayor, y lo mismo sucede con otras cosas. Su hambre y su sed aumentan en la misma proporción en que aumentan sus dones, y la humanidad está siempre clamando: Dame este o aquel favor, y no tendré más hambre ni sed; pero cuando el deseo es satisfecho, hay todavía una mayor necesidad. Pero hay un don que Dios desea conceder que será como agua viva, y el que participe de Cristo nunca tendrá hambre, nunca tendrá sed.

Jesús, el amoroso Salvador, ruega a los afligidos habitantes de la tierra que acudan a él. Dice: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Oh, ¿has encontrado este descanso? ¿Has ido a beber a la fuente de agua viva? El conocimiento de Dios es lo más vital para ti. ¿Lo has encontrado? Jesús dice: "Como le has dado poder sobre toda carne para que dé vida eterna a cuantos le has dado". "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". La evidencia de nuestro conocimiento de Dios y de su Hijo se ve en el hecho de que lo revelamos en vida y carácter, de que lo damos a conocer a los demás.

¿Abrimos nuestro corazón a Jesucristo? ¿Lo entronizaremos en el templo del alma? ¿No desecharemos nuestros ídolos y lo entregaremos todo a Dios? Dios ha tenido poder para hacer hermosas y fragantes las flores, y tiene poder para dar mansedumbre y humildad al corazón, para impartir pureza y nobleza al carácter, para hacernos completos en Jesús. Podemos tener una hermosa disposición, un espíritu manso y apacible, que a los ojos de Dios es de gran valor. Consideremos los preciosos dones de Dios, pensemos en sus tiernas

misericordias, entreguémosle todo, para que nos dé corazones llenos de gratitud, vidas llenas de la fragancia de las obras de amor, una disposición para seguir las huellas de Jesús, buscando salvar a los que están perdidos.

26 de junio de 1893

¿En qué se beneficiará?

EGW

Se pregunta: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". Es peligroso dedicar tiempo, pensamientos y fuerzas a la búsqueda de la ganancia mundana, aunque el éxito venga después de un esfuerzo perseverante; porque al hacerlo así se corre el peligro de convertir a Dios y su justicia en algo secundario. Es preferible ser pobre, sufrir desilusiones y ver frustradas nuestras esperanzas terrenales, que ver en peligro nuestros intereses eternos. Se nos pueden presentar alicientes halagüeños, y podemos pensar en obtener riquezas y honores, y así poner nuestro corazón y nuestra alma en empresas mundanas. Pero como no podemos servir a Dios y a las riquezas, nos vemos inducidos a renunciar al servicio de Dios.

El dinero se ha convertido en la medida de la virilidad en el mundo, y los hombres son estimados, no por su integridad, sino por la cantidad de riqueza que poseen. Así fue en los días anteriores al diluvio. "Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió su corazón.... Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado ante mí; porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra." "Pero como fueron los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días que precedieron al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre."

No nos empeñemos en enriquecernos. Si vemos que la pobreza será nuestra porción al permanecer en la simple verdad, permanezcamos en la verdad y entremos en la vida. Jesús dijo que "no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios". Los devotos del mundo pueden sonreír ante esta

afirmación, pero es, sin embargo, el consejo de la sabiduría eterna. Jesús ha dejado a sus seguidores un legado de paz. Dice: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo". El cristiano que es llamado al mundo por su negocio, si sigue a Cristo, llevará su cruz, y enfrentará sus perplejidades en el Espíritu de Cristo. No hará del mundo su Dios, ni entregará cerebro, huesos y músculos al servicio de las riquezas. Se dará cuenta de que el Cielo lo está mirando, y cualquier éxito que lo acompañe, le dará la gloria a Dios. Comprenderá que Dios sabe, como no lo sabe el hombre, que pasarán algunos años más, y que los tesoros de la tierra ya no existirán.

Nuestro Salvador vino al mundo para ajustar las reclamaciones entre el cielo y la tierra. Sabe que el hombre, formado a su imagen, ha sido dotado por su Creador de tal manera que puede elevarse a la más alta eminencia de eficiencia moral mediante la cooperación con la agencia divina provista para su asistencia. Con qué dolor mira Jesús al hombre que malgasta sus energías en pos de lo que nada aprovecha. En tonos de tristeza en los que se mezclan lágrimas, Jesús pregunta: "¿Qué más se ha podido hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?" El archiengañador ha inspirado en el hombre, con sus tentaciones, con su presentación de halagüeños alicientes, un deseo desmedido de conseguir las riquezas de este mundo, e induce a los hombres a practicar toda forma de pecado para que puedan ganar todo tesoro terrenal. En la adquisición de las riquezas de este mundo, las preciosas promesas de Dios son desechadas como sin valor. A través del servicio a las riquezas, el amor de Dios ha sido expulsado del corazón, y el amor del mundo se ha apresurado a llenar el vacío, y a entronizarse firmemente en el corazón, para gobernar y reinar en la vida. Sólo el poder de Dios puede obligarlo a abandonar su posición usurpada. El amor al mundo ciega la visión espiritual y oculta a la vista los placeres y las atracciones del mundo futuro.

Es la visión del mundo venidero la que equilibra la mente, para que las cosas que se ven no obtengan el control sobre los afectos, que han sido comprados a un precio infinito por el Redentor del mundo. A través de la acción del Espíritu Santo, las cosas invisibles y eternas se presentan ante el alma, y las ventajas del tesoro eterno e imperecedero aparecen ante los ojos de la mente en su atractiva belleza. De este modo aprendemos a mirar lo invisible y lo eterno, y a estimar los reproches de Cristo de mayor valor que los tesoros del mundo.

Los ángeles son los servidores de Cristo, y hay diez mil veces diez mil y miles de miles que son enviados para ministrar a los que serán herederos de la

salvación. Los ángeles que sobresalen en fuerza ministran a los que serán herederos de la salvación, y les imparten poder divino; porque llegan a ser partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Las agencias celestiales están siempre al lado del que lucha por la victoria, para que mientras se esfuerza legítimamente por el dominio, no sea derrotado en el conflicto. Pero si el agente humano da poco valor a las cosas preciosas que Dios, mediante el don de su Hijo unigénito, ha hecho posible que el hombre obtenga, si pierde de vista la eternidad, y escucha la falsa representación de Satanás, y se siente atraído por las cosas de la tierra en lugar de las del cielo, sufre una gran pérdida, cultivando de tal modo las facultades de su mente y de su alma que no tendrá aptitud para la vida eterna. De este modo, no sólo concentra su mente y su afecto en lo que no puede traerle felicidad en esta vida, sino que, mediante la idolatría de las cosas más despreciables, se degrada a sí mismo a un bajo nivel moral. En su insana búsqueda de ganancias terrenales, acepta el método de Satanás y practica caminos deshonestos, y es ciego al resultado. ¿Por qué no ha de hacer así cuando se desconecta de Aquel que es la fuente de todo bien, de toda justicia y verdad? ¿Por qué no le dará Satanás su mente y sus atributos, y lo moldeará de tal manera por su influencia que reflejará la imagen de lo terrenal? La mente de quien sigue la sugestión de Satanás se vuelve como su jefe; las malas propensiones lo van cautivando gradualmente, y se convierte en esclavo de Satanás. Es conducido a una idolatría más profunda, contemplando no las imágenes celestiales sino la representación engañosa del enemigo. Satanás pinta ante él la ventaja de la ganancia mundana, y llena el salón de la memoria con falsas representaciones. La mente las contempla y se envilece según los temas presentados.

3 de julio de 1893

Busca las cosas de arriba

EGW

"Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas". A través de todas las épocas se ha intentado una y otra vez el experimento de servir a dos amos cuyos intereses eran divergentes, pero el Redentor del mundo nos asegura solemnemente, como alguien que sabe que el experimento es totalmente impracticable, que "nadie puede servir a dos amos". Él ha dado importantes lecciones sobre este asunto, lecciones que descuidamos a riesgo de nuestras almas. Debemos ser intensamente serios con respecto a las cosas

celestiales. Debemos velar, orar, esperar y trabajar. "¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?", pregunta, y añade: "Id hoy a trabajar en mi viña". El trabajo, el trabajo serio, está ante nosotros. Hemos de consagrar nuestra vida enteramente al servicio de Dios, y comerciar diligentemente con los talentos confiados por nuestro Señor. No debemos permitir que nada se interponga entre nosotros y Dios, sino velar por los intereses eternos de nuestra alma y satisfacer la demanda que Dios hace a sus agentes humanos. Nos gustaría preguntar a aquellos que profesan la solemne verdad para este tiempo: ¿Has recibido el Espíritu Santo desde que creíste? ¿Tu corazón tiende hacia el cielo y tu alma contempla las cosas celestiales? ¿Te atraen más las cosas terrenales que las celestiales? Si el cielo es el tema de tu contemplación, será el tema de tu conversación. Para el que crece en la gracia y en el conocimiento de la verdad, las atracciones celestiales se vuelven absorbentes, y crece en Cristo, su cabeza viva. Respondiendo a la gloria de Cristo, nuestra justicia se manifiesta como la luz, y nuestro juicio como el mediodía. Al contemplar los encantos incomparables de Jesús, al percibir por la fe la luz de su presencia, tenemos un anticipo de la alegría del mundo celestial. El que sigue para conocer al Señor sabrá que sus salidas están preparadas como la mañana.

¡Cuánto más podemos gozar en esta vida de lo que hemos gozado! En nuestra actual condición espiritual sólo tenemos una débil idea de lo que podría llegar a ser nuestra vida, de lo que podrían ser nuestros hogares, si cultiváramos los afectos celestiales y nos entregáramos por entero al servicio de Dios. Viviríamos en gozosa comunión con Dios. Nuestros afectos y simpatías humanos no han de desvanecerse y extinguirse, sino que, mediante una conexión viva con Dios, nuestro amor ha de profundizarse, nuestro interés ha de hacerse más intenso, nuestros esfuerzos más fructíferos para promover la felicidad de los que nos rodean. Por medio de Jesucristo, los hogares han de tener una armonía y unidad dichosas, y los padres han de vivir juntos en paz y amor, sin hablar ni pensar mal los unos de los otros. Padres e hijos han de ser amables, tolerantes, indulgentes, y sus corazones han de ser ablandados por la gracia de Cristo.

La verdad de origen celestial recibida en el corazón nunca hace a su poseedor tosco, áspero, descortés, duro de corazón e insolidario. La recepción de la verdad ha de producir un resultado exactamente opuesto a éste. Su influencia alentará y fortalecerá los sentimientos tiernos y finos de la naturaleza humana. Los que creen la verdad, revelarán su influencia en su vida diaria. Tendrán la mente de Cristo. Serán padres afectuosos, hijos cariñosos, amigos fieles y asociados agradables. No sentirán que tienen ocasión de ruborizarse cuando

expresen sentimientos de ternura y simpatía hacia los de su propia carne y sangre.

El que abriga la influencia suavizadora y subyugadora del amor de Dios, no será tosco y áspero e implacable, vengativo y lleno de amargura. El verdadero cristiano hará de su hogar un tipo del hogar celestial, y esto sólo puede hacerlo si tiene el amor permanente de Cristo en su alma. Las almas que nos rodean perecen por una simpatía que nunca se expresa. Muchos tienen modales fríos y severos, y no vacilan en reprender, mientras que retienen toda alabanza, y nunca dan una palabra de elogio para iluminar el camino de aquellos que les sirven. Así como el hogar celestial no sería un hogar de felicidad sin la presencia de Cristo, tampoco el hogar terrenal puede ser feliz sin su amor permanente. Prestemos atención a las palabras de Cristo: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios". Si este mandato se obedece de corazón, la vida estará llena de gracia y paz, y nuestra conversación no consistirá simplemente en un conjunto de frases áridas, sino que traerá felicidad, paz y alegría a los miembros del hogar. Los pensamientos y las acciones revelarán que estamos en armonía con la voluntad divina.

Seremos juzgados por nuestros pensamientos y palabras. Es necesario que oremos mucho, para que todos nuestros pensamientos sean llevados cautivos a Jesús. Debemos buscar cada hora la gracia de Dios, para que nuestra irritabilidad natural de temperamento no nos venza, o nuestro deseo de salirnos con la nuestra nos haga oponernos a la obra de Dios. Debemos educarnos según el orden divino, para no destruir, sino edificar los intereses de la humanidad. Los obreros no deben apartarse. Tendrán que enfrentarse a desalientos del exterior, y nadie que pretenda subsanar la brecha en la ley de Dios, de edificar los antiguos lugares baldíos, restaurando los cimientos de muchas generaciones, debe ser encontrado deshaciendo la obra que Dios ha puesto a sus obreros para llevar a cabo en diferentes ramas de su causa.

Cultivad la confianza, el amor y la fe los unos en los otros. Que la confianza esté tan bien cimentada que vuestro amor mutuo no se enfríe ni se desvíe fácilmente. Cultivad la buena voluntad hacia los hijos de Dios, y especialmente hacia aquellos que Dios ha enviado para llevar un mensaje especial al mundo. No os reprochéis ni os hagáis reproches los unos a los otros. Si veis en los siervos de Dios algo que os parece indigno de su alto llamamiento, que no sea para vosotros motivo de desaliento, sino que os sirva de estímulo para alcanzar un nivel más elevado.

10 de julio de 1893

Necesidad de contemplar las cosas celestiales

EGW

Juan dice: "Vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, que era el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno entregaron los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el infierno fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego."

Si tuviéramos en cuenta los trascendentales acontecimientos que pronto tendrán lugar, no seríamos tan débiles de carácter. Sentiríamos que estamos viviendo en la presencia de Dios, y sobrecogidos y asombrados acataríamos el mandato: "Estad quietos y conoced que yo soy Dios". Oh, ¿cuándo nos daremos cuenta del pleno valor de la obra e intercesión de nuestro Salvador? ¿Cuándo nos apoyaremos en él con plena confianza y viviremos una vida noble, pura y devota? ¡A qué alturas puede llegar la imaginación cuando es santificada e inspirada por la virtud de Cristo! Podemos contemplar las glorias del mundo futuro y eterno. Podemos vivir como viendo al que es invisible. Camina por la fe y no por la vista. "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve".

Escudriñando las Escrituras podemos llegar a comprender lo que somos para Cristo, y lo que él es para nosotros. Contemplándole, hemos de ser transformados a su imagen, llegando a ser colaboradores suyos, representantes suyos en vida y carácter. Debemos aprender a darnos cuenta de que hemos de vivir como hijos e hijas de Dios, amando a Dios por encima de todo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Debemos vivir una vida pura y perfecta por amor a Cristo. Hemos de amar la perfección porque Jesús es la encarnación de la perfección, el gran centro de atracción. La vida que ahora vivimos debemos vivirla por la fe en el Hijo de Dios.

Si seguimos a Cristo, no tendremos una experiencia espasmódica, ni nos dejaremos llevar por las circunstancias e influir por lo que nos rodea. No

dejaremos que los sentimientos nos dominen, ni nos dejaremos llevar por la inquietud, la envidia, el reproche, los celos y la vanidad.

Es la indulgencia en estas cosas lo que nos pone fuera de armonía con la vida armoniosa de Cristo, y nos impide llegar a ser vencedores. Deberíamos estar animados por el noble propósito de ganar victorias diarias, y por medio de la vigilancia y la oración sincera alcanzar el completo dominio de nosotros mismos. Cuando nos sobrevengan pruebas insignificantes, y se digan palabras que corten y hieran el alma, hable consigo mismo y dígase: "Soy hijo de Dios, heredero con Jesucristo, colaborador con el cielo, y no puedo permitirme ofenderme fácilmente, estar siempre pensando en mí mismo; porque esto producirá un carácter distorsionado, y es indigno de mi alto llamamiento. Mi Padre celestial me ha dado una obra que hacer, y déjame hacerla dignamente por amor de su nombre".

Debemos considerar seria y continuamente la excelencia del carácter de Jesucristo, y podremos impartir sus bendiciones, y guiar a los hombres a seguir sus pasos. Si los ministros de Cristo hicieran esto, no habría razón para deplorar su ineficacia. Si vinieran al pueblo llenos de la mansedumbre y humildad de Cristo, sabiendo lo que es crecer hasta la plena estatura de los hombres en Cristo Jesús, el poder asistiría a sus labores, y la gente recibiría impresiones de su asociación con ellos que serían de beneficio eterno. La obra de Dios sería más profunda de lo que es ahora, y el alma sería transformada a la semejanza de Cristo. "El Espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha". "Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen por el Espíritu del Señor." "Porque así como estáis manifiestamente declarados epístola de Cristo por nosotros enviada, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.... La letra mata, pero el Espíritu vivifica. Pero si el ministerio de la muerte, escrito y grabado en piedras, era glorioso, de modo que los hijos de Israel no podían contemplar fijamente el rostro de Moisés por la gloria de su rostro, gloria que había de desaparecer: ¿cómo no será más glorioso el ministerio del Espíritu? ... Ahora bien, el Señor es ese Espíritu. Y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad". "Por lo cual también oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de este llamamiento, y cumpla todo el beneplácito de su bondad, y la obra de la fe con poder; para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo."

17 de julio de 1893

Cristo ajusta las reclamaciones entre la Tierra y el Cielo

EGW

Las abominaciones de la tierra han contaminado las mentes de los hombres, y han hecho grosera su imaginación, hasta que nada es puro a los ojos de la mente. Dios diseñó que la mente fuera elevada y noble, que a través de los méritos del Salvador crucificado y resucitado, el alma fuera pura y exaltada; pero a través de la contemplación de cosas contaminantes, a través de poner los afectos en los llamados tesoros de esta tierra, la mente se degrada, y es incapaz de apreciar las cosas celestiales. Dios diseñó que la mente del hombre fuese capaz de elevarse a alturas de puro deleite, para que pudiésemos captar el significado de las cosas infinitas y eternas, contemplando puntos de vista de los cuales Dios es el centro; sin embargo, al someterse a Satanás, los hombres se han rebajado a cumplir las maquinaciones y los planes de Satanás, completando así la ruina del alma, del cuerpo y del espíritu.

Pero "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." El Señor Jesús ve con qué magistral poder obra Satanás para borrar en el hombre la imagen de Dios, y colocar sobre él su propia imagen y carácter. Por su amor a la familia humana caída, Cristo consintió en venir a este mundo. Revistió su divinidad de humanidad, y se dedicó a la tarea de corregir los males que están arruinando el mundo. Al contemplar el mundo, vio que los sentidos de los hombres estaban cerrados a las realidades eternas, y ve hoy la misma ceguera ante las cosas espirituales. Alza su voz en advertencia. ¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma, o qué dará a cambio de su alma?

La tierra y las cosas terrenales perecerán con el uso. Pasarán unos años y llegará la muerte. Tu destino eterno estará fijado, eternamente fijado. Si tu alma se pierde, ¿qué te compensará por su pérdida? Cristo el Dador de Vida, Cristo el Redentor, Cristo el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, te señala un mundo más noble. Lo pone al alcance de tu vista. Él te lleva al umbral del cielo, y te lleva a contemplar las glorias de las realidades eternas, para que tus aspiraciones puedan ser aceleradas para captar el mucho más excedente y eterno peso de la gloria. Al contemplar las escenas celestiales, se enciende en tu corazón el deseo de tener amistad con Dios, de reconciliarte totalmente con él.

La obra de nuestro Salvador consiste en ajustar las pretensiones entre los intereses terrenales y los celestiales, en poner los deberes y las responsabilidades de la vida actual en la debida relación con los que pertenecen a la vida eterna. El temor y el amor de Dios son las primeras cosas que deben reclamar nuestra atención. No podemos permitirnos dejar para mañana lo que concierne a los intereses de nuestra alma. La vida que ahora vivimos debemos vivirla por la fe en el Hijo de Dios. Hemos sido redimidos de los míseros elementos del mundo con una redención que es plena y completa, que no puede ser aumentada por ningún suplemento de fuentes humanas.

Pero en medio de este diluvio de misericordias, de esta abundancia de amor divino, muchos corazones continúan en la indiferencia, descuidados y no impresionados por las disposiciones de la gracia de Dios. ¿Nosotros, que pretendemos ser cristianos, no haremos ningún esfuerzo para romper el hechizo que Satanás ha lanzado sobre estas almas? ¿Dejaremos que sigan con el corazón endurecido, sin Dios y sin esperanza en el mundo? No; aunque todas nuestras súplicas sean despreciadas y rechazadas, no podemos dejar de orar por ellas y de suplicar tiernamente por sus almas. Debemos hacer todo lo posible, con la ayuda del Espíritu Santo de Dios, para derribar las barreras con las que han tratado de hacerse inexpugnables a la luz de la verdad de Dios. Debemos tratar de abrirles los ojos a su ceguera, para liberarlos del cautiverio de Satanás. Estas pobres almas engañadas, cegadas, engañadoras, consideran la religión como algo que las encadenará, que las privará de su libertad, cuando la verdad es que se ha hecho un sacrificio infinito para emanciparlas de la esclavitud de Satanás, para romper todo yugo y dejar libres a los oprimidos. Son víctimas del padre de la mentira, y sólo la verdad de Dios puede liberarlos y santificarlos para un servicio bendito. Parecen tener miedo de la verdad, no sea que los someta a Cristo. Nosotros, que conocemos el valor de la verdad, ¿despertaremos nuestras energías dormidas y nos convertiremos en obreros junto con Dios, haciendo un esfuerzo personal, para que podamos, tanto con el precepto como con el ejemplo, ganar almas para Cristo?

Si una vez se aclarase la visión para contemplar las realidades eternas como realmente son, muchas de estas pobres almas engañadas se decidirían por Cristo y por el cielo. Pero Cristo les enseñaría el valor de la vida eterna y, comparando los tesoros terrenales con los celestiales, les mostraría cuán poca estima tiene el mundo en contraste con la bienaventuranza eterna entre las huestes redimidas. Les mostraría que el mundo y sus compromisos absorbentes deben mantenerse subyugados a los intereses celestiales. Jesús no vino a aniquilar el mundo y sus intereses apropiados. Él hizo el mundo, y tenía tal respeto por el mundo que

vino en persona a disputar a Satanás la autoridad y el poder usurpados sobre su propia posesión adquirida. Al tratar con las almas de los hombres, depone al mundo y sus intereses de su posición de autoridad usurpada, y le asigna su lugar apropiado en subordinación a la voluntad de Dios.

El objeto del Redentor del mundo al venir a la tierra era impresionar las mentes de los hombres con consideraciones elevadas y solemnes, para que cada momento de la vida pudiera ser considerado por ellos como cargado de intereses trascendentales y cargado de resultados eternos. El mundo estaba en rebelión contra él, y él podría haber barrido toda rebelión aniquilando a los que se resistían a su voluntad; pero en lugar de esto, puso ante los hombres el valor de la vida, los atractivos del mundo celestial, e invita a cada hijo e hija de Adán a buscar primero el reino de Dios y su justicia. En lugar de agotar las fuerzas del cerebro, los huesos y los músculos para conseguir el pan que perece, nos advierte que no dejemos de lado la eternidad, sino que busquemos el pan que descende del cielo. Es seguro que pongamos nuestros principales esfuerzos en asegurar la sustancia eterna. Nos anima a tener nuestro principal interés en el cielo, y al hacerlo asegurar nuestra paz en la tierra; "porque donde esté el tesoro, allí estará también el corazón".

24 de julio de 1893

El ejemplo de Cristo en la oración

EGW

Cuando los cristianos se quejan de estar en tinieblas, cuando se detienen en sus pruebas y desalientos, y murmuran contra Dios, prácticamente dicen que no están siguiendo el ejemplo de Cristo al ofrecer a Dios una oración humilde y ferviente pidiendo gracia y fortaleza para que puedan ser fortificados para las pruebas y fortalecidos para el deber. Los profesos seguidores de Cristo pueden ser fuertes en el Señor si aprovechan las provisiones hechas para ellos por los méritos de Jesús. Dios no ha cerrado los cielos a las humildes oraciones de las almas arrepentidas, humildes y creyentes. La oración humilde, sencilla, ferviente y perseverante del fiel penetrará ahora en el cielo, tan ciertamente como lo hizo la oración de Cristo. El cielo se abrió a su oración, y esto nos muestra que podemos reconciliarnos con Dios, y que la comunicación se establece entre Dios y los hombres por la justicia de nuestro Señor y Salvador. Cristo asumió la humanidad y, sin embargo, mantuvo una relación estrecha e íntima con Dios. Unió la humanidad a su naturaleza divina, haciendo posible

que también los hombres llegaran a ser partícipes de la naturaleza divina, y escaparan así de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.

Cristo es nuestro ejemplo en todas las cosas. En respuesta a su oración a su Padre, el cielo se abrió y el Espíritu descendió como una paloma y se posó sobre él. El Espíritu Santo de Dios ha de comunicarse con el hombre y habitar en el corazón de los obedientes y fieles. La luz y la fuerza vendrán a aquellos que la busquen fervientemente, a fin de que tengan sabiduría para resistir a Satanás y vencer en los momentos de tentación. Hemos de vencer como venció Cristo.

Jesús inició su misión pública con una ferviente oración, y su ejemplo pone de manifiesto que la oración es necesaria para llevar una vida cristiana fructífera. Estaba constantemente en comunión con su Padre, y su vida nos presenta un modelo perfecto que debemos imitar. Apreciaba el privilegio de la oración, y su obra mostraba los resultados de la comunión con Dios. Examinando el registro de su vida, encontramos que en todas las ocasiones importantes se retiraba a la arboleda, o a la soledad de las montañas, y ofrecía a Dios una oración ferviente y perseverante. Con frecuencia dedicaba toda la noche a la oración, justo antes de ser llamado a obrar algún poderoso milagro. Durante estos ratos nocturnos de oración, después de las fatigas del día, despedía compasivamente a sus discípulos para que regresaran a sus casas a descansar y dormir, mientras con fuertes llantos y lágrimas elevaba a Dios fervientes súplicas en favor de la humanidad.

Jesús estaba preparado para el deber y fortificado para la prueba gracias a la gracia de Dios que le llegó en respuesta a la oración. Dependemos de Dios para tener éxito en la vida cristiana, y el ejemplo de Cristo abre ante nosotros el camino por el que podemos llegar a una fuente inagotable de fuerza, de la que podemos obtener gracia y poder para resistir al enemigo y salir victoriosos. A orillas del Jordán, Cristo ofreció la oración como representante de la humanidad, y la apertura del cielo y la voz de aprobación nos aseguran que Dios acepta a la humanidad por los méritos de su Hijo.

Cristo era el Hijo del Dios Altísimo y, sin embargo, durante toda su vida no trató de engrandecerse o exaltarse con ninguna de sus obras, sino que se limitó a proclamar la gloria del Padre. Durante treinta años pareció no ser honrado ni conocido, y sin embargo vivió una vida diligente y fiel. Como individuos, tampoco debemos buscar glorificarnos a nosotros mismos, sino mantener nuestras almas abiertas a los rayos del Sol de Justicia, para que podamos proclamar las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz

admirable. El mandato para cada uno de nosotros es: "Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra". El ardiente deseo de los apóstoles era conocer a Dios y a Jesucristo, a quien ha enviado. Jesús vive; está ante el Padre en los arios celestiales, intercediendo por los que todavía están en la tierra en el tumulto y la lucha de la vida; porque la iglesia militante no es todavía la iglesia triunfante.

Mediante la comunión con Dios podemos cultivar constantemente la mente, el corazón y el carácter, lo que nos elevará y dirigirá nuestros pensamientos hacia el cielo, para que lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina. Hemos de ser agentes humanos que cooperen con las inteligencias divinas. Hemos de ser vivificados bajo la influencia del poder divino, que no sólo nos fortalecerá, sino que atraerá nuestras mentes del polvo y la basura de la tierra, que nos liberará de las influencias contaminantes y engañosas del mundo, para que podamos contemplar las cosas celestiales. Por medio de esta influencia nuestros corazones han de ser purificados, nuestros afectos santificados, y puestos no en las cosas terrenales sino en las celestiales. El tesoro de la tierra pasará pronto, y "¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". El alma es capaz de purificarse y santificarse, capaz de alcanzar, mediante la ofrenda de Cristo, el tesoro celestial, incluso el don de la vida que se medirá con la vida de Jehová.

31 de julio de 1893

Nuestro destino eterno se decide por nuestra trayectoria aquí

EGW

Sólo tenemos una probación para formar el carácter, y nuestro destino depende de la manera en que lo formemos. Los que en la tierra han formado caracteres que por la gracia de Cristo llevan el molde celestial, serán madurados por la benévola influencia del Espíritu Santo para la recompensa eterna. Llegan a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. La comprensión del hecho de que nuestro carácter es semejante al de Cristo es lo que suscita el cántico de alabanza y acción de gracias a Dios y al Cordero. Los que aprecian la bondad, la misericordia y el amor de Cristo, y al contemplarlo se transforman a su imagen, serán partícipes de la vida eterna. Los atributos de su carácter son semejantes a los de Cristo, y no pueden faltar al descanso que queda para el pueblo de Dios.

Pero los que han desarrollado un carácter según el orden satánico no estarían a gusto en el cielo. El acusador y crítico pecador, egoísta y apasionado se sentiría miserable en el cielo; e incluso en los consejos de la corte de Dios, debido a su falta de sabiduría, revelaría su disposición descortés, antipática y áspera. Aunque se le colocara en el pináculo más elevado, y tuviera la supremacía en los consejos angélicos, seguiría queriendo estar en una posición más elevada, e incluso codiciaría el trono de Dios. No habría felicidad para tal hombre en el cielo. No podría practicar el mal pensamiento, hablar mal, ser bullicioso, crítico y condenatorio, en medio de las pacíficas huestes de los redimidos. Si alguien así entrara en el cielo, descubriría que había traído consigo su ser indomable e ingobernable, y el cielo mismo no podría proporcionarle alivio de su disposición innata. El cielo comienza en el alma, y a medida que aumenta la mentalidad celestial, Cristo es más y más apreciado, y finalmente se convierte en el más grande entre diez mil, el más encantador. Pero a medida que se permite que Satanás controle la mente, sus atributos se convierten en parte del carácter de aquel a quien controla, y el pecador se ejercita cada vez más en la impiedad.

Si queremos ver el cielo, debemos tener el cielo abajo. Debemos tener un cielo para ir al cielo. Debemos tener el cielo en nuestras familias, por medio de Cristo acercándonos continuamente a Dios. Cristo es el gran centro de atracción, y el hijo de Dios escondido en Cristo, se encuentra con Dios, y se pierde en el ser divino. La oración es la vida del alma; es alimentarse de Cristo; es volver nuestros rostros plenamente hacia el Sol de Justicia. Cuando volvemos nuestro rostro hacia Él, Él vuelve su rostro hacia nosotros. Anhela darnos la gracia divina; y a medida que nos acercamos a Dios con plena certeza de fe, nuestras concepciones espirituales se avivan. No caminamos entonces en la ceguera, lamentando nuestra esterilidad espiritual; porque por la búsqueda diligente y orante de la palabra de Dios, aplicamos sus ricas promesas a nuestras almas. Los ángeles se acercan a nuestro lado, y el enemigo con sus múltiples artimañas es rechazado.

La oración es la fuerza del alma, y sin embargo este ejercicio ha sido tristemente descuidado. Mediante la oración sencilla, ferviente y contrita, se aumenta grandemente la mentalidad celestial. Ningún otro medio de gracia puede ser sustituido y preservar la salud del alma. La oración pone al alma en contacto inmediato con la fuente de la vida, y fortalece el nervio espiritual y el músculo de nuestra experiencia religiosa; porque vivimos por la fe, viendo a Aquel que es invisible. Si descuidamos el ejercicio de la oración, o la practicamos espasmódicamente, de vez en cuando, según nuestra conveniencia, perderemos nuestra conexión con Dios. La vida cristiana se vuelve árida, y las facultades

espirituales carecen de vitalidad. La experiencia religiosa carece de salud y vigor. Hay una tendencia creciente a sustituir la palabra de Dios por los escritos y dichos de los hombres.

Es debido al descuido de la oración y de escudriñar la Biblia que las multitudes aceptan teorías hechas por hombres, filosofías vanas, o las centelleantes especulaciones de la mente humana. Dios nunca quiso que el alma se alimentara con las tradiciones y especulaciones de la invención humana. La imaginación debe aspirar a un vuelo más alto que el que la capacidad humana puede originar; pues la mente debe ascender a la Fuente de toda sabiduría. Las almas a nuestro alrededor están hambrientas del pan de vida, hambrientas del agua viva, clara como el cristal, que fluye del trono de Dios y del Cordero. Pero a estas pobres almas se les niega el pan de vida, e incluso desde los púlpitos se sustituye la palabra de Dios por discursos sobre ciencia y vana filosofía. Es la palabra de Dios la que es como el alimento puro, completamente aventado de toda la paja de las incertidumbres y suposiciones humanas.

Sólo la gracia de Dios puede vitalizar y refrescar el alma. La palabra preciosa y segura de la profecía revela al que busca la verdad las riquezas de la gracia de Cristo. La palabra de Dios es un granero espiritual de donde el alma puede recibir lo que alimentará su vida. Al hojear la Palabra de Dios encontramos doctrinas, preceptos, promesas, amonestaciones, exhortaciones y palabras de aliento, que satisfarán el caso de emergencia de toda mente humana. Aquí el hombre de Dios puede estar completamente preparado para toda buena obra; porque "toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". "Porque todas las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza." "Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas; y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual también has sido llamado, y has profesado buena profesión ante muchos testigos.... Guarda lo que te ha sido confiado, evitando profanas y vanas palabrerías, y oposiciones de ciencia falsamente llamada, que algunos profesando han errado acerca de la fe." "Tampoco prestes atención a fábulas y genealogías interminables, que ministran cuestiones, en lugar de la piadosa edificación que es en la fe. Ahora bien, el fin del mandamiento es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y una fe no fingida; de la cual algunos, habiéndose desviado, se han vuelto a vanas

charlatanerías, queriendo ser maestros de la ley; sin entender lo que dicen, ni de qué lo afirman." "Y sin controversia, grande es el misterio de la piedad".

Esta instrucción es vital y puede ser considerada con provecho. Debemos confiar en la palabra de Dios, y no en las afirmaciones o especulaciones de la filosofía humana. El alma debe ser alimentada por la palabra pura y no adulterada de Dios; y mediante una búsqueda perseverante, el estudiante de la Biblia encontrará un "banquete de grosuras, un banquete de vinos de lías, de cosas llenas de tuétano, de vinos de lías bien refinados". Entonces el lenguaje del corazón será: "Fueron halladas tus palabras, y las comí; y tu palabra fue para mí gozo y alegría de mi corazón."

7 de agosto de 1893

Ye Did It Unto Me

EGW

"Porque ya veis, hermanos, vuestra vocación, que no muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, son llamados; sino que escogió Dios lo necio del mundo para confundir a los sabios; y escogió Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, sí, y lo que no es, para destruir lo que es; para que ninguna carne se gloríe en su presencia. Sino que por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor."

El pueblo de Dios estará compuesto en su mayoría por personas de la vida común. "Escuchad, amados hermanos míos: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo ricos en fe, y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?". Una de las muestras de la misión divina de Cristo fue: "A los pobres se les anuncia el Evangelio". En nuestras grandes ciudades hay muchos de condición humilde que sirven al Señor con sencillez de corazón, según la mejor luz que brilla en su camino. Son ocultos, porque su vida está escondida con Cristo en Dios. Tienen una humilde opinión de sus méritos, y sin embargo aman a Jesús según el conocimiento que tienen de él, y ponen su confianza en él como su Salvador personal. No han tenido oportunidad de comprender la filosofía de la teología, y no son sabios en sabiduría mundana; sin embargo, saben lo suficiente para amar a Jesús, y Jesús los ama a ellos. De manera humilde han hecho según su capacidad lo que han podido para bendecir a otros, y se sorprenderán cuando la bendición celestial sea pronunciada sobre ellos por el

Maestro Celestial: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo: porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme."

Aquellos a quienes se dirigen estas benditas palabras son los que han apreciado los principios y el espíritu del carácter de Cristo. Amaban al Señor Jesús y le servían con la sencillez de la verdadera piedad. Eran una bendición para todos aquellos con quienes se relacionaban, aunque sabían muy poco de la teoría y la doctrina de la teología. Aun entre los paganos hay quienes abrigan el espíritu de bondad, y han prestado toda la ayuda a su alcance a los misioneros que les han sido enviados. Adoran a Dios ignorantemente, y a muchos de ellos nunca se les lleva el mensaje de la luz; sin embargo, no perecerán, pues recibirán la bendición, porque han realizado las obras de Dios. Muchos que nunca han oído el mensaje de salvación están listos para recibir la luz, y Dios quiere que les llegue como claros rayos de gloria. Oirán al mensajero viviente, que trae el mensaje viviente, como dice: "A quien, pues, adoráis ignorantemente, a ése os anuncio. Dios, que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es adorado por manos de hombres, como si necesitara algo, pues él da a todos la vida, el aliento y todas las cosas; y ha hecho de una misma sangre todas las naciones de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra, y ha determinado de antemano los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen al Señor, por si acaso lo buscan y lo encuentran, aunque no esté lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, nos movemos y existimos."

Cuán sorprendidos y alegres estarán los corazones de los humildes entre las naciones, y entre los paganos, al oír de labios del Salvador: "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme." Ellos responderán diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer? o sediento, y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos forastero, y te hospedamos? o desnudo, y te vestimos? o ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."

Cristo identifica su interés con el de la humanidad que sufre. Toda acción bondadosa, aunque sea simplemente dar un vaso de agua fría, aunque sea lo

mejor que se pueda dar, será recordada y recompensada. Cuánto se alegrará el gran corazón del Amor Infinito cuando sus seguidores de corazón sencillo miren con sorpresa y alegría sus palabras de aprobación: "Me lo habéis hecho a mí." Pero a los que han sido egocéntricos, que no han vivido sino para complacerse y servirse a sí mismos, les dirá: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me hospedasteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis con uno de estos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis."

A través de la vida, la clase a la que se le ordena apartarse de Cristo se ha servido y glorificado a sí misma; y en su autoindulgencia y autocomplacencia era imposible formar un carácter a semejanza de Cristo. Tenían la palabra de Dios, incluso podían haber entendido la teoría de la verdad, pero no se ejercitaban en la piedad. Satisfechos en su suficiencia, sus actos diarios decidían su propio destino, y formaban un carácter exactamente contrario al de Cristo. No comprendieron el valor y el significado del sacrificio infinito hecho para salvar sus almas. Si hubieran respondido al gran amor que se había manifestado por ellos, se habrían convencido de su propia debilidad y pecaminosidad, y habrían amado a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismos. Pero no deseaban tener la experiencia de llevar el yugo de Cristo, y no les importaba llevar su carga en servicio voluntario para el Maestro, y así no llegaron a ser colaboradores de Cristo. Se excusaron de toda responsabilidad por causa de Cristo. Eran siervos perezosos, y aplicaban mal sus talentos, y usaban su capacidad para el servicio de sí mismos y del mundo. Aunque hacían profesión de piedad, sus vidas sin Cristo tergiversaban el carácter de su profeso Señor. Rechazaban todo lo de naturaleza espiritual, y no querían tener nada que ver con lo que requería sacrificio y abnegación, y sus almas estaban tan desprovistas de la gracia de Cristo como las colinas de Gilboa de rocío o lluvia.

14 de agosto de 1893

Santificación mediante la verdad

EGW

"Por lo cual, desechando toda malicia, y todo engaño, y toda hipocresía, y toda envidia, y toda maledicencia, como niños recién nacidos, desead la leche

espiritual de la palabra, para que por ella crezcáis; si es que habéis gustado que el Señor es clemente.... Sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; los cuales antes no eran pueblo, mas ahora son pueblo de Dios; los cuales no habían alcanzado misericordia, mas ahora la han alcanzado. Amados hermanos, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales, que batallan contra el alma; teniendo entre los gentiles una conversación honesta; para que, aunque hablen de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación por vuestras buenas obras, las cuales han de contemplar."

Entre muchos que han pretendido aceptar la preciosa luz de la verdad, existe una idea pervertida de lo que constituye el carácter cristiano. No han puesto en práctica las palabras de Cristo, y en vez de avanzar, de seguir adelante para conocer al Señor, han ido retrocediendo, retrocediendo. Cristo representa la verdad como un tesoro escondido en el campo, por el cual, si los hombres quieren poseerlo, deben buscarlo diligentemente. En el campo de la revelación están escondidas las inescrutables riquezas de Cristo. Hasta ahora sólo hemos llegado a poseer los tesoros más accesibles, y sin embargo muchos se han acomodado, sintiéndose ricos y aumentados en bienes, y sin necesidad de nada. Cada parte del campo de la revelación debe ser explorada diligentemente, y buscada con perseverante esfuerzo, a fin de que las preciosas joyas de la verdad puedan recompensar al diligente buscador, y puedan ser restituidas a su marco apropiado en el plan de la redención. Que el pozo se hunda profundamente en las minas de la verdad. Si llegas a escudriñar las Escrituras con contrición de alma, con un espíritu humilde y enseñable, ricos y preciosos tesoros recompensarán tu búsqueda.

El Señor envía a sus ministros a sostener la palabra de vida, a predicar, no "vana filosofía" y "ciencia mal llamada", sino el evangelio, que es poder de Dios para salvación. "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Pablo da su último encargo en las siguientes palabras: "Te conjuro, pues, delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a vivos y muertos en su manifestación y en su reino: Predicad la palabra; instad a tiempo y fuera de tiempo; redargüid, reprendid, exhortad con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú vela en todo, soporta las

aflicciones, haz la obra de evangelista, haz prueba plena de tu ministerio". En este encargo cada ministro tiene su obra trazada delante de él, y esto lo puede hacer mediante el cumplimiento de la promesa que Jesús dio a sus discípulos: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra."

En las enseñanzas de Cristo se destaca la doctrina del Espíritu Santo. ¡Qué vasto tema es éste para la contemplación y el estímulo! ¡Qué tesoros de verdad añadió al conocimiento de sus discípulos en su instrucción acerca del Espíritu Santo, el Consolador! Se detuvo en este tema para consolar a sus discípulos en la gran prueba que pronto iban a experimentar, para que fueran animados en su gran desilusión. Dijo: "Estas cosas os he hablado, estando aún con vosotros. Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo".

El Redentor del mundo trató de llevar al corazón de los discípulos afligidos el consuelo más fuerte. Pero de un amplio campo de temas, escogió el del Espíritu Santo, que debía inspirar y consolar sus corazones. Y, sin embargo, aunque Cristo habló mucho de este tema del Espíritu Santo, ¡cuán poco se habla de él en las iglesias! El nombre y la presencia del Espíritu Santo son casi ignorados, aunque la influencia divina es esencial en la obra de perfeccionar el carácter cristiano. Algunos no están en paz, no descansan; están en un estado de inquietud constante, y permiten que el impulso y la pasión gobiernen sus corazones. No saben lo que significa experimentar la paz y el descanso en Cristo. Son como un barco sin ancla, llevado por el viento y zarandeado. Pero aquellos cuyas mentes son controladas por el Espíritu Santo caminan en humildad y mansedumbre; porque ellos trabajan en las líneas de Cristo, y serán mantenidos en perfecta paz, mientras que aquellos que no son controlados por el Espíritu Santo son como el mar inquieto.

El Señor nos ha dado un directorio divino mediante el cual podemos conocer su voluntad. Aquellos que son egocéntricos, autosuficientes, no sienten su necesidad de escudriñar la Biblia, y se molestan grandemente si otros no tienen las mismas ideas defectuosas, y ven con la misma visión distorsionada que ellos. Pero el que es guiado por el Espíritu Santo ha echado su ancla dentro del velo en el que Jesús ha entrado por nosotros. Él escudriña las Escrituras con ansioso fervor, y busca luz y conocimiento que lo guíen en medio de las perplejidades

y peligros que a cada paso rodean su camino. Los que están inquietos, se quejan, murmuran, leen la Biblia con el propósito de reivindicar su propio curso de acción, e ignoran o pervierten los consejos de Dios. El que tiene paz ha colocado su voluntad del lado de la voluntad de Dios, y anhela seguir la guía divina, mientras que el que está lleno de inquietud lucha constantemente por sostenerse a sí mismo, y hacer que parezca que tiene razón, y está sostenido por lo que estima como sabiduría. Pero es controlado por el capricho y por las pasiones cambiantes de un alma que no permanece en Cristo. Para el corazón sincero y contrito, la verdad es la verdad; y si se le permite, santificará el alma y transformará el carácter a la imagen divina. Para el otro, la verdad es una teoría, y no se lleva a la vida práctica. Los que comprenden cuál es el carácter de la obra que deben realizar para representar a Cristo, caminarán suave y temblorosamente delante de Dios, mirando a Jesús, que es el Autor y Consumador de su fe. No se atreverán a confiar en sí mismos, no se atreverán a encender un fuego propio, ni a caminar entre las chispas de su propio fuego, porque el Señor ha dicho que todos los tales yacerán en tristeza. El Señor ha confiado a su pueblo los tesoros de la verdad sagrada, y en ningún caso serán excusables si presentan la verdad en su propio espíritu no santificado, o usan la verdad como un azote con el cual afligir a otros.

21 de agosto de 1893

La palabra de la verdad, camino del cielo

EGW

Hemos de presentar la verdad tal como es en Jesús, hecha fragante y atractiva por la gracia y la cortesía que caracterizaron la vida de Cristo. La piedad ha de ser un ornamento de la vida, así como la sal salvadora del carácter. ¿Por qué aquellos que pretenden estar avanzados en el conocimiento, se hacen objetables y desacreditan la verdad? Es porque no se ha permitido que la verdad santifique sus disposiciones impías. Los que tergiversan la verdad son duros, antipáticos y denunciadores. Se suben al tribunal, como si hubieran sido ordenados para medir el carácter, y se enseñorean de la herencia de Dios. En sus maneras descorteses, manifiestan que el amor no está en sus corazones, y no conocen la mancha de la plaga de sus propias almas. No guardan el camino del Señor para hacer justicia y juicio, ni valoran el alma como posesión adquirida de Cristo, aunque se les encarga tratar a Cristo como tratan al más pequeño de sus pequeños. ¿Qué es lo que constituye la hermosura del alma? Es el ornamento de un espíritu manso y tranquilo, que a los ojos de Dios es de gran precio. Jesús

dijo: "Mirad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos". Si las cosas de la naturaleza están así revestidas de hermosura por nuestro Padre Celestial, ¿no estará el alma revestida de una belleza más deseable? Por los méritos y virtudes de Jesucristo, el alma puede llevar la imagen de Aquel que creó al hombre a su semejanza. La belleza del alma consiste en la santidad de vida y la semejanza a Cristo. Por el pecado se ha desfigurado la imagen divina en el hombre, y Satanás ha puesto en el alma el sello de su propia imagen y carácter; porque ha sido propósito de Satanás borrar la imagen de Dios en el hombre, para que éste no ocupe las mansiones que Jesús ha ido a preparar para los que le aman. Por la apostasía Satanás perdió el cielo, y está resuelto a que la raza humana, a la cual ha inducido a transgredir la ley de Dios, no goce de la gloria pura e inefable de la cual él está excluido.

El Señor Jesús vino a la tierra para recrear la imagen de Dios en el hombre. Dice al pecador arrepentido: "Un corazón nuevo os daré". "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". El que permanece en Cristo, y tiene a Cristo morando en su corazón por la fe, no puede retener los mismos rasgos desagradables de carácter que se manifestaban en su vida antes de que tuviera una conexión con Cristo. Cristo vino a salvar a los hombres de sus pecados, no en sus pecados. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación" "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". "Nosotros, pues, como colaboradores suyos, os rogamos también a vosotros que no recibáis en vano la gracia de Dios." "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios". "Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu es vida a causa de la justicia."

Cristo vino al mundo para que nos convirtiéramos en criaturas nuevas, creadas según la semejanza de su propio carácter; para que tuviéramos pureza como la pureza de Dios, tuviéramos perfección como su perfección. En la obra de la regeneración, la belleza original comienza a ser restaurada. Los atributos del carácter de Cristo son impartidos al alma, y la imagen de lo divino comienza a brillar. "Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como

por el Espíritu del Señor". Se declara claramente que se produce un cambio en el carácter del agente humano.

En la vida cristiana no se nos asegura que seremos liberados de las pruebas, sino que se nos dará la gracia para soportarlas. Somos llamados individualmente a pasar por tentaciones y pruebas, pero el objeto por el cual se permite que nos sobrevengan es que seamos perfeccionados en gracia y amor, que la imagen del egoísmo desaparezca, y la imagen de Cristo aparezca en nuestros caracteres, a medida que avanzamos de gloria en gloria, de carácter en carácter, siguiendo para conocer al Señor. El alma contaminada por el pecado, mediante el poder divino es recreada según la imagen de Dios en justicia y verdadera santidad.

Introducidos en la vida cristiana ya no nos quejamos de las tinieblas, porque tenemos la luz de la vida y la alegría que Cristo dijo que habría en todos los que permanecen en él. "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido". "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado". En lugar de tener menos amor a medida que avanzamos en la vida cristiana, hemos de tener amor que aumente más y más hasta que nuestro amor se perfeccione; y donde hay amor perfecto, hay gozo pleno. Podemos ser felices cuando vemos a Dios en todo. Cuando podemos verlo en la aflicción, tenemos consuelo y solaz en nuestro dolor. Cuando el sol de la prosperidad sonríe, reconocemos que la bendición fluye de la fuente de la vida, y cuando la prueba y la aflicción son nuestras, nos damos cuenta de que la mano del Señor está en todas nuestras perplejidades, y así llegamos a comprender que el sol y la sombra son necesarios para perfeccionar el carácter del creyente, y darle el verdadero gozo de la perfecta confianza en Dios; porque por la fe mira más allá de las cosas que se ven, a las cosas que no se ven. Dice: "Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es."

Alabado sea Dios, tenemos un camino divino al cielo. No necesitamos depender de las conjeturas y opiniones de los hombres, sino de la decisión infalible de la palabra de Dios. La palabra del Dios infinito es verdadera, y no puede ser distorsionada para satisfacer el placer de los hombres, o ser desviada para satisfacer las inclinaciones del alma no santificada. Ningún hombre puede juzgar con seguridad la palabra del Supremo Gobernante del universo. En ella está su voluntad revelada. En ella tenemos una guía hacia el mundo de la bienaventuranza, hacia la vida eterna. El camino hacia la vida se resume en el

conocimiento de Dios. "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

28 de agosto de 1893

La actitud del cristiano en la prueba

EGW

En todas nuestras aflicciones fue afligido Jesús, y el Capitán de nuestra salvación se perfeccionó mediante el sufrimiento. En esta vida seremos probados para ver si podemos o no soportar la prueba de Dios. Las tentaciones de Satanás vendrán sobre nosotros, y seremos probados, pero la pregunta de mayor importancia para nosotros es: ¿Seremos vencidos? o ¿seremos vencedores? Jesús ha dicho: "Al que venciere, yo le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono". ¡Cuán preciosa, cuán plena es esta promesa! ¿No hemos de tener la mente llena de verdad celestial, para que, como nuestro gran Ejemplo, podamos enfrentarnos a Satanás con el arma de la palabra de Dios, diciéndole cuando nos tiente a hacer el mal: "Escrito está"? Satanás sabe mejor que muchos que profesan ser cristianos lo que está escrito, porque es un diligente estudiante de la Biblia, y trabaja para pervertir la verdad y conducir a los hombres por los caminos de la desobediencia. Lleva a los hombres a descuidar el escudriñamiento de la palabra de Dios; porque sabe que ésta testifica contra él, que sus obras son malas. Lo describe como el ángel apóstata que cayó del cielo, y atrajo tras sí a muchos de los ejércitos del cielo en un curso de rebelión contra su Creador.

Satanás procura continuamente apartar la mente de los hombres de Dios y de su Palabra. Sabe que si logra que los hombres descuiden la palabra de Dios, pronto podrá hacer que se aparten de sus preceptos, y finalmente que olviden a su Hacedor. Entonces tomarán las sugerencias e instrucciones del adversario de Dios y del hombre, y los hombres malos y los ángeles malos formarán una confederación contra el Dios del cielo.

Los que quieren ser leales a Dios estarán sujetos a pruebas y tentaciones; pero si están verdaderamente vivos para Dios, y tienen su vida escondida con Cristo en Dios, sabrán también lo que es tener las bendiciones que Dios concede a los fieles y obedientes. Cada alma tendrá sus pruebas, desilusiones, enfermedades y tristezas. Vendrán duelos, y a causa de sus propias debilidades y errores, o por simpatía hacia sus amigos, una pesada pena oprimirá el corazón. Pero

cualquiera que sea el carácter de sus penas, pesadas o comparativamente ligeras, no hay necesidad de volverse inquieto, impaciente, rebelde o malhumorado. No hay necesidad de decir palabras imprudentes e infieles. Es un gran error dictarle al Señor. Elías no sabía lo que hacía cuando dijo a Dios que estaba harto de la vida y pidió morir. El Señor no le tomó la palabra, porque Elías tenía que hacer una gran obra antes de ser trasladado al cielo.

En lugar de murmurar contra Dios en tiempos de prueba, recordemos que Jesús, la Majestad del cielo, sufrió siendo tentado. Jesús no permitió que el enemigo lo hundiera en el fango de la incredulidad, el abatimiento y la desesperación. Pero, ¡cuántas veces lo permitimos, y porque no tenemos sino poco poder moral, al no hacer las obras de Cristo, no resistimos las primeras insinuaciones del maligno! La promesa es dada: "Resistid al diablo y huirá de vosotros. Acércate a Dios, y él se acercará a ti". ¡Qué preciosa es esta promesa positiva para el alma tentada! Si alguien es tentado, que ponga los ojos en Jesús y se acerque a Dios, hablando de su bondad y misericordia. Cuando el alma tentada se dé cuenta de que Jesús se acerca a ella, las molestias que creía insoportables se desvanecerán. "Porque por él tenemos ambos acceso por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios; y edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios por el Espíritu."

Cuando esta preciosa experiencia sea nuestra, entonces habrá energía vital en la iglesia. Hay que reavivar el amor a Cristo y no permitir que se enfríe. No sólo debemos orar por la unidad con Cristo y entre nosotros, sino tenerla realmente, saber lo que significa por experiencia real. Nos esperan tiempos difíciles, pero esto no debe preocuparnos. Preocuparse es dudar; pero queremos recalcar a todos la necesidad de acudir a Dios en busca de ayuda, cualesquiera que sean vuestras aflicciones y problemas.

No pienses obtener ayuda acudiendo a los dioses de Ecrón. Jesús ha dejado una invitación para cada alma cargada. Dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Juan, que se apoyó en el seno de Cristo, dice: "Hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene". Si individualmente podemos decir esto de corazón, somos realmente ricos en fe, viviendo de las promesas de Dios. En medio de nuestras pruebas, decepciones, duelos y aflicciones, hemos de aprender que Dios es amor, y que el que habita en Dios, habita en el amor. "En esto se ha perfeccionado nuestro amor, para que tengamos confianza en el día del juicio; porque como él es, así somos nosotros [¿en el cielo?] en este mundo". Siempre tenemos motivos para dar gracias a Dios porque conoce todas las tormentas, decepciones y pruebas que acechan a su pueblo. Él los sigue a través de cada experiencia, con amor tierno y compasivo, y expresa su deseo de sanar nuestras heridas, y devolvernos el gozo de su salvación.

Jesús ha dicho: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Sólo hay un canal de luz, pero siempre accesible para nosotros, y a través de ese canal fluyen corrientes de perdón y amor. Las corrientes de la misericordia de Dios pueden limpiar la mancha más oscura, traer paz al mayor pecador. La sangre de Cristo fue derramada por los pecados del mundo. En la ofrenda sacrificial, ofrecida por los judíos, se veía un símbolo de Cristo, cuya sangre había de ser derramada por la salvación del mundo. En el sistema de sacrificios, la verdad de la expiación debía quedar impresa en el mundo, para que todos supieran que sin el derramamiento de sangre no hay remisión de los pecados. Muchos se han preguntado por qué Dios estableció tantos sacrificios en la antigua dispensación; pero fue para enseñar al mundo en sacrificios siempre sangrantes acerca de Cristo, la víctima de las transgresiones del hombre. La ofrenda por el pecado era una ofrenda sumamente solemne y sagrada, y se colocaba sobre el altar con una ceremonia impresionante, y el sacerdote explicaba todos los detalles al pueblo, para que comprendieran que el Hijo de Dios había de ser hecho ofrenda por sus pecados. Esta es la verdad central del plan de salvación, y debería repetirse a menudo tanto a los creyentes como a los incrédulos.

Los ángeles contemplan con asombro la indiferencia con que los hombres oyen estas verdades sagradas. Miran con pena a los que profesan creer la verdad avanzada, para ver cuán poco manifiestan el hecho de que son la compra de la sangre del "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Es sólo mediante la fe en la sangre purificadora que podemos tener el perdón del pecado, que se aferra a nosotros como una lepra moral. Jesús no necesitaba sufrir por sí mismo, pues "no conoció pecado ni se halló engaño en su boca"; sin embargo, sufrió una agonía proporcional a la pureza y majestad de su carácter. Los ángeles se asombran de que aquellos por quienes tanto ha hecho el Hijo de Dios, sigan

abrigando el pecado. Los inexpresables sufrimientos de Cristo fueron soportados para que las almas de los hombres pudieran ser salvadas del pecado y de su castigo. ¿Por qué los hombres son tan indiferentes? ¿Por qué se menciona tan poco el plan de salvación en nuestra conversación? No nos detenemos sino ligeramente en estas verdades vitales, que significan tanto para nosotros, y continuamos voluntariamente cautivos de Satanás y del pecado. ¡Oh, que pudiéramos cultivar hábitos de contemplación del sacrificio propio, la abnegación y el amor de Cristo, hasta que tuviéramos un sentido más profundo del carácter maligno del pecado, y lo odiáramos como la cosa vil que es! Que la mente y el corazón despierten a la gratitud, y acudamos al Padre en el nombre de Jesús, pidiendo el perdón de los pecados, la limpieza de toda maldad. Supliquemos a Dios que nos "limpie con hisopo", que nos limpie, que nos lave, que nos haga "más blancos que la nieve". Nos devolverá el "gozo de su salvación", pondrá en nosotros un corazón nuevo, un espíritu recto, pondrá en nuestra boca un "cántico nuevo", "alabanza a nuestro Dios".

4 de septiembre de 1893

La religión de la salvación

EGW

De Cristo está escrito: "Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso Dios, tu Dios, te ungió con óleo de alegría más que a tus semejantes". Dios odia el pecado. Es obra de Satanás seducir al mal. Satanás ha trabajado hábilmente con poder embrujador para fascinar la mente con la iniquidad, y hacer que la justicia parezca indeseable. Debemos recordar continuamente que nuestros pecados secretos están a la luz del rostro de Dios. Por nosotros mismos no podemos ver ni darnos cuenta de cuán graves son nuestros pecados secretos a los ojos de Dios. Bajo la influencia de Satanás somos inducidos a seguir un curso de maldad hasta que nuestros corazones se endurecen, nuestra conciencia se cauteriza, y nuestros pensamientos son llevados cautivos al príncipe del mal. Pero Dios siempre trata de impresionar nuestros corazones por medio de su Espíritu Santo, para que nos convenzamos del pecado, de la justicia y del juicio venidero. Podemos poner nuestra voluntad del lado de la voluntad de Dios, y en su fuerza y gracia resistir las tentaciones del enemigo. A medida que nos sometemos a la influencia del Espíritu de Dios, nuestra conciencia se vuelve tierna y sensible, y el pecado que habíamos pasado por alto con poco pensamiento, se vuelve excesivamente pecaminoso; porque empezamos a darnos cuenta de que nuestros pecados secretos están a la luz de su rostro.

Hay esperanza para el pecador. Cristo levantado en la cruz del Calvario proporciona esa esperanza; porque la misericordia ha provisto hasta la última demanda la víctima que la justicia exige, por la transgresión del hombre. Por los méritos de Jesucristo, Dios puede perdonar el pecado y ser el justificador del que cree en Jesús. Preciosa verdad de inestimable valor para toda alma arrepentida. ¿No procuraremos apreciar individualmente, en la medida de lo posible, el hecho de que Dios perdona el pecado, de que nos ama si creemos en Jesús, aunque seamos errantes, ignorantes y pecadores, como ama a su Hijo? En el momento en que pedimos perdón con contrición y sinceridad, Dios perdona. ¡Oh, qué verdad tan gloriosa! Predicadla, rezadla, cantadla. Levantad al "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Decid a la gente: "¡He aquí el hombre del Calvario!". Dios está esperando para perdonar a todos los que acuden a él con sincero arrepentimiento. El salmista dice: "Hay perdón contigo, para que seas temido".

¡Oh, que la salvación de las almas fuera la meta y el objeto de cada alma que profesa el nombre de Cristo! Que aquellos que conocen el amor perdonador de Dios hablen a los jóvenes, a los inconversos, y con ternura los insten a entregar sus corazones a Jesús. Hagan una ofrenda de ustedes mismos al Señor antes de que sea demasiado tarde. Jesús ha dado su preciosa vida por vosotros. Si Dios no os hubiera amado, nunca habría enviado a su Hijo bien amado a vivir humillado, a sufrir y a morir. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". No permitas que el enemigo aleje esta verdad de tu mente. Es un tema para meditar. ¿Qué hemos hecho para mostrar nuestro aprecio por este gran amor? ¿Qué hemos dado a Jesús, que se ha dado a sí mismo por nosotros? El regalo que le será más agradecido, más precioso y fragante, serás tú mismo. A vosotros, que aún no os habéis decidido a ser hijos e hijas de Dios, os ruego que no os demoréis más. Poned vuestra voluntad del lado de la voluntad de Dios. Él se deleita en la misericordia. "¿Quién es Dios como tú, que perdona la iniquidad y pasa por alto la transgresión del resto de su heredad?".

Ven a Jesús tal como eres, débil, pecador, ignorante, indigno, y él te recibirá. Dice: "También te daré un corazón nuevo". Entre los judíos había un continuo recuerdo del pecado. Cada año, en el día de la expiación, se ofrecía un nuevo sacrificio; porque el pecado seguía siendo recordado, y la sangre de los sacrificios no podía quitar el pecado. Pero los pecados perdonados por medio de Cristo ya no se recuerdan más. El Señor dice: "No me acordaré más de sus pecados".

El Señor acepta al pecador que acude a él por los méritos de Jesús, y trata al transgresor como si fuera inocente. ¿No comenzarán los jóvenes y los inconversos a preguntar: "¿Qué haré para ser salvo?". La respuesta es: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo". Entrena y educa la mente para pensar y hablar de Jesús, y Satanás perderá su poder sobre ti. No puede soportar mucho tiempo estar en compañía de los que meditan y conversan sobre el amor de Dios. De este modo se fortalece la mente. El poder moral aumenta al morar en la bondad, la belleza, la misericordia y el amor de Cristo. Entrenar la mente de este modo hará que te resulte natural preguntar a cada paso: "¿Es éste el camino del Señor? ¿Le agradará a Jesús que yo haga esto? ¿Gustará este camino a mí mismo o a mi Señor?".

El Señor quiere que sigamos sus pasos y que nos dejemos influir por los dictados de su Espíritu Santo. La influencia del hombre sobre el hombre, a menos que sea controlada por el Espíritu Santo, es una influencia peligrosa; porque Satanás hace que se pongan en práctica sus sugerencias, y atrae a los hombres a su servicio por medio de instrumentos humanos. Pero el Señor Jesús, por medio de su Espíritu Santo, cambia este orden de cosas. Él toma sobre sí el pecado del hombre, y por el poder de su amor divino atrae a los hombres hacia sí, los santifica y los hace santos. Cuando los hombres están bajo el control de Cristo, él los emplea como sus agentes, y los lleva a dedicar sus poderes a hacer una obra exactamente opuesta a la que Satanás había diseñado que hicieran.

Jesús alistaría a los hombres a su servicio. Dirigiría sus poderes pervertidos de tal manera que, por su gracia, se convirtieran en agentes para obrar el bien sin mezcla a todos los demás hombres, y cada uno se convirtiera en guardián de su hermano en amor desinteresado, y así el mundo fuera restaurado para Dios. Por la fe en Jesucristo, la cadena de la dependencia mutua se une al trono de Dios, y por la acción del hombre, la humanidad se une a Dios. Dios ha prometido a su Espíritu Santo, el poder más elevado del universo, encarnarse en los hombres, para que mediante la fe en Jesucristo la humanidad pueda ser elevada. Una influencia que emana de Dios atrae y concentra el poder del universo, para que una raza perdida y rebelde pueda ser reconciliada y restaurada con Dios.

Entonces, los que quieran permanecer firmes por Dios, mantengan firme su profesión de fe sin vacilar. Que mantengan una conexión estrecha y viva con Dios, porque en esto está implicada la vida del alma. Que sigan las huellas de Jesús, obedeciendo al pie de la letra su palabra: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame". Sólo en la gracia

de Cristo puede hacerse esto. Cualquiera que sea el oficio del cristiano, si se trata de una vocación legítima, Dios ha provisto gracia para que sus escogidos, sus elegidos, no sean incomodados por el enemigo. Dios ha provisto que los hombres sean cristianos en el mercado, en la casa de comercio, en toda clase de afanes impositivos en la vida privada o pública, así como en la reunión de oración. Toda empresa comercial puede conducirse sobre principios cristianos; pero al tratar de servir a Dios y a las riquezas, habrá traición de las confianzas sagradas; se pondrá a las riquezas en primer lugar y a Cristo en último lugar.

A fin de ser la bendición para el mundo que Dios quiere para sus hijos, necesitamos orar y velar en oración. Nunca debemos colocarnos en una posición en la que estemos tan presionados por el cuidado que descuidemos el estudio de la Biblia o dejemos de asistir a la reunión social y de oración. No debemos perder de vista el cielo. Las cosas que pertenecen a nuestra felicidad eterna, que nos enriquecen y no añaden tristeza, no deben ser excluidas de nuestras mentes por ninguna clase de responsabilidad. No es la obtención de casas y tierras, amontonando tesoros en la tierra, lo que ha de darnos paz y felicidad; sino que es nuestra conexión con Dios, la comprensión de que somos trabajadores junto con él, lo que ha de constituir nuestro gozo. No tenemos derecho a colocarnos donde estaremos cargados de preocupaciones, que disminuirán y finalmente suplantarán la influencia de la verdad sobre nosotros para santificar el alma. Recordemos que cada momento está cargado de responsabilidad, y que debemos tratar con todo con la mayor integridad, tanto en lo que se refiere a esta vida como a la venidera.

11 de septiembre de 1893

La santidad, fuerza de la Iglesia

EGW

La iglesia que profesa ser de Dios puede poseer riquezas, educación y conocimiento de la doctrina, y puede decir por su actitud: "Soy rica y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad"; pero si sus miembros están desprovistos de santidad interior, no pueden ser la luz del mundo. La Iglesia ha de reflejar luz en las tinieblas morales del mundo, como las estrellas reflejan luz en las tinieblas de la noche. Los que tienen apariencia de piedad, pero niegan su poder, no reflejan luz en el mundo, y no tendrán poder para alcanzar los corazones de los que no son salvos. Sin una conexión vital con Cristo, el valor de la verdad no puede manifestarse en buenos frutos en el mundo; pero si Cristo

es formado en el interior, la esperanza de gloria, su gracia salvadora se manifestará en simpatía y amor por las almas que perecen.

Toda alma verdaderamente convertida a Dios será una luz en el mundo. Brillantes y claros rayos del Sol de Justicia resplandecerán a través de los agentes humanos que usen su confiada habilidad para hacer el bien; porque cooperarán con las agencias celestiales, y trabajarán con Cristo para la conversión de las almas. Difundirán la luz que Cristo derrama sobre ellos. El Sol de Justicia que brilla en sus corazones resplandecerá, iluminando y bendiciendo a los demás.

Los rayos del cielo que brillan desde los agentes humanos ejercerán una influencia subyugadora sobre aquellos a quienes Cristo está atrayendo hacia sí. La iglesia es débil ante los ángeles del cielo, a menos que se revele poder por medio de sus miembros para la conversión de los que perecen. A menos que la Iglesia sea la luz del mundo, es tinieblas. Pero de los verdaderos seguidores de Cristo está escrito: "Nosotros somos colaboradores de Dios; vosotros sois labranza de Dios, vosotros sois edificio de Dios".

La iglesia puede estar compuesta de aquellos que son pobres e incultos; pero si han aprendido de Cristo la ciencia de la oración, la iglesia tendrá poder para mover el brazo de la Omnipotencia. El verdadero pueblo de Dios tendrá una influencia que llegará a los corazones. No es la riqueza o la capacidad educada que puedan poseer los miembros de la iglesia lo que constituye su eficiencia. Los miembros de la iglesia pueden haber estado situados de tal manera que pueden haber tenido toda ventaja espiritual, pueden haber estado situados de tal manera que han tenido oportunidad de conocer la verdad, de conocer a Jesucristo su Señor; pero a pesar de sus ventajas, si no son hombres y mujeres humildes y orantes, no habrá con ellos el ocultamiento del poder de Dios. No ejercerán esa influencia que llegará tan lejos como la eternidad en sus resultados, y los hombres no verán sus buenas obras, y glorificarán a Dios a causa de la fidelidad de su pueblo. Es cuando el Sol de Justicia brilla desde el pueblo de Dios que Cristo es glorificado y su reino avanzado. Es entonces cuando son vasos escogidos de salvación, y son aptos para el uso del Maestro.

Si las iglesias establecidas en nuestro mundo siguieran a Cristo, orarían como Cristo oró, y el resultado de sus oraciones se vería en la conversión de las almas; porque cuando se abre la comunicación entre las almas y Dios, una influencia divina se derrama sobre el mundo. Cuando los miembros de la iglesia permanecen en Cristo, dan un testimonio eficaz en sus vidas. Cumplen las

palabras de Cristo: "Vosotros sois mis testigos". Por su influencia durante todo el día por precepto y ejemplo, dicen: "Venid", "he aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

El Señor es nuestra luz. El Señor es nuestra salvación. Este es el período de la historia de la tierra en que la luz será dada con seguridad al pueblo elegido del Señor. El Redentor del mundo "es luz, y no hay tinieblas en él". Jesús dice: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". A aquellos que aprecien la luz y que, a su vez, la transmitan a otros, Dios les dará más luz. Los santos y profetas de épocas pasadas fueron recipientes de luz y conocimiento preciosos que iban a ser revelados a los escogidos de Dios en estos últimos días. Los discípulos de Cristo se sentían honrados de tener a Cristo, la Luz del mundo, entre ellos. Pero no supieron apreciar sus grandes privilegios y bendiciones hasta que Jesús los abandonó. Cuando su presencia ya no estaba con ellos, se dieron cuenta de que habían sido bendecidos con la asociación con el Hijo unigénito del Dios infinito. Para que pudieran comprender plenamente la bendición que se les había concedido, el Señor Jesús prometió enviar el Espíritu Santo, que les recordaría todas las cosas que les había dicho. En su ceguera e incredulidad no habían comprendido el valor de la verdad celestial que se les presentaba; pero el Espíritu Santo había de iluminar las lecciones de Cristo ante sus mentes, para que pudieran tener una apreciación de las cosas celestiales.

Jesús es la fuente del conocimiento, el tesoro de la verdad, y anhelaba abrir ante sus discípulos tesoros de valor infinito, para que ellos a su vez los abrieran a los demás. Pero, a causa de su ceguera, no podía revelarles los misterios del reino de los cielos. Les dijo: "Tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis soportar". Las mentes de los discípulos estaban en gran medida influenciadas por las tradiciones y máximas de los fariseos, que ponían los mandamientos de Dios al mismo nivel que sus propias invenciones y doctrinas. Los escribas y fariseos no recibían ni enseñaban las Escrituras en su pureza original, sino que interpretaban el lenguaje de la Biblia de tal manera que expresaba sentimientos y mandatos que Dios nunca había dado. Pusieron una construcción mística sobre la escritura del Antiguo Testamento, e hicieron indistinto lo que el Dios infinito había hecho claro y claro. Estos sabios expusieron al pueblo sus propias ideas, y responsabilizaron a patriarcas y profetas de cosas que nunca habían pronunciado. Estos falsos maestros enterraron las preciosas joyas de la verdad bajo la basura de sus propias interpretaciones y máximas, y encubrieron las especificaciones más claras de la profecía con respecto a Cristo. Hicieron aparecer la observancia de los

mandamientos de Dios como una rigurosa ronda de ceremonias, tan innecesaria y necia que la fuerza de la ley de Dios fue destruida. Amontonaron exacciones sobre los mandamientos de Dios que nunca podrían cumplirse, y de ese modo disminuyeron el respeto por Dios.

Cuando el Autor de la verdad vino a nuestro mundo, y fue el intérprete vivo de sus propias leyes, las Escrituras se abrieron a los hombres como una nueva revelación; pues enseñaba como quien tiene autoridad, como quien sabe de qué habla. Las mentes de los hombres estaban confundidas con falsas enseñanzas hasta tal punto que no podían captar plenamente el significado de la verdad divina, y, sin embargo, se sentían atraídos por el gran Maestro, y decían: "Nunca hombre alguno habló como éste..."

18 de septiembre de 1893

El arma contra los engaños de Satán

EGW

Satanás trata continuamente de influir en las mentes humanas con sus artes sutiles. La suya es una mente maestra, dada por Dios, pero prostituida con todas sus nobles capacidades para oponerse y dejar sin efecto los consejos del Altísimo. Tuvo una experiencia avanzada en su conexión con el Dios del cielo, y maneja su conocimiento de los atributos de Dios de tal manera que malinterpreta el carácter divino. Satanás fue un apóstata, y todos los que siguen el camino de la apostasía obrarán en las mismas líneas del mal. Hubo un tiempo en que Satanás estaba en armonía con Dios, y era su gozo ejecutar los mandatos divinos. Su corazón estaba lleno de amor y alegría al servir a su Creador, hasta que comenzó a pensar que su sabiduría no provenía de Dios, sino que era inherente a él mismo, y que era tan digno como Dios de recibir honor y poder. Cuando descubrió que no podía ser como Dios, se llenó de rebeldía y no quiso someter su voluntad a la voluntad de Dios.

Cuando los hombres apostatan de la verdad, muchos se preguntarán: ¿Cuál es la razón de que esto haya sucedido? Y cuando no pueden encontrar ninguna razón para la apostasía, se inclinarán a creer que los apóstatas nunca han tenido una experiencia genuina en la verdad y la causa de Dios, que eran totalmente insinceros en sus profesiones; pero éste no es un razonamiento seguro. ¿Qué fue lo que hizo que Satanás se rebelara? ¿Hubo alguna razón justa que pudiera asignarse a su pecado? Se ha señalado el lugar donde se originó el pecado, pero no se puede encontrar la razón del pecado; porque no hay razón para su

existencia. Está escrito de Satanás: "Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti iniquidad". Todos los que apostatan están desprovistos de toda excusa real. Su apostasía se manifestará en rebelión y exaltación propia, como se vio en el primer apóstata. De él está escrito: "Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura; corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor".

El Señor mismo dio a Satanás su gloria y sabiduría, y lo hizo querubín protector, bueno, noble y sumamente hermoso. Pero la belleza, la sabiduría y la gloria fueron concedidas a la criatura de Dios como un don de amor. Por razones semejantes, el Señor ha concedido a los seres humanos talentos intelectuales, cualidades mentales y de carácter, para que puedan ocupar puestos de confianza y glorificar a su Creador y Redentor. Pero, como Satanás, los hombres se ensoberbecen a causa de su belleza y sabiduría, y pervierten sus talentos, y corrompen sus caracteres, y usan los dones que Dios les ha dado para la gloria propia en vez de para la gloria de Dios y el bien de los demás. El mundo entero ha sido corrompido por los falsos principios que Satanás ha inducido a los hombres a seguir.

Satanás trabaja con sus artes de infatuación, y teje un hechizo sobre la mente humana. El poder de la brujería espiritual endurece el corazón para que no sea susceptible a las influencias celestiales, que contrarrestarían el poder del engañoso enamoramiento. Satanás es la raíz de todo engaño, el origen de toda falsedad, y fue por medio de su brujería que los encantadores y hechiceros se atrevieron a oponerse a Moisés, imitando los milagros que realizaba. Es Satanás quien presenta el mundo ante la mente bajo una luz atractiva, quien hace pasar ante la visión las glorias de los imperios como lo hizo ante Cristo, prometiendo: "Todo esto te daré, si te postras y me adoras."

Satanás vino a Cristo en el desierto de la tentación y presentó ante él en una magnífica vista panorámica los esplendores de los reinos de la tierra, y prometió todo su poder a Cristo si no asentía a la superioridad del príncipe del mal. Satanás pretendía dudar de la divinidad y misión de Cristo, y le pedía una señal de su autoridad y poder. Le había dicho: "Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan"; "Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti que te guarden, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra". Pero ante su audaz petición de que Cristo se inclinara y le adorara, la divinidad relampagueó a través de la humanidad, y Jesús dijo: "Apártate de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás." Satanás tuvo la prueba que

deseaba en su sumaria destitución, y, bajo la reprensión de Aquel que era igual a Dios, huyó del campo de conflicto, como enemigo vencido.

Jesús soportó las tentaciones de Satanás en nuestro favor, para que en su nombre saliéramos más que vencedores. Pero sólo podemos vencer creyendo en toda palabra que sale de la boca de Dios. Debemos saber lo que está escrito para que no nos derroten los sofismas y encantamientos de Satanás. El astuto enemigo obrará en nuestras mentes de tal manera que nos inducirá a seguir su camino, y nos hará soñar con grandezas, honores mundanos y distinciones. Si hemos sido atrapados por su poder encantador, en el nombre de Jesús reprendamos su poder, y rompamos con Satanás sin demora. Sea cual fuere el carácter de la bebida que hayáis tomado, sea cual fuere la forma en que Satanás os haya inducido a exaltaros a expensas de Jesús, por el poder de la gracia divina escapad del engaño, alejándoos de la infatuación. Preguntamos: "¿Quién os ha hechizado para que no obedezcáis a la verdad?".

Los que claman a Dios para que los libre del terrible hechizo que Satanás quiere tejer en torno de ellos, tendrán en alta estima las Escrituras. Nuestra única seguridad está en recibir toda la Biblia, no tomar meramente porciones separadas, sino creer toda la verdad. Tus pies están sobre arena resbaladiza si deprecias una sola palabra de lo que está escrito. La Biblia es una comunicación divina, y es tan verdaderamente un mensaje para el alma como si se oyera una voz del cielo hablándonos. Con qué temor, reverencia y humillación debemos llegar a escudriñar las Escrituras, para que podamos aprender las realidades eternas. Cuando se rompa el hechizo de Satanás, y la Biblia llegue a ser para nosotros la palabra viva de Dios, estaremos seguros al seguir nuestras convicciones del deber; porque si velamos hasta la oración, serán inspiradas por el Espíritu de Dios. Que todos estudien la Biblia, sabiendo que la palabra de Dios es tan perdurable como el trono eterno. Si te acercas al estudio de las Escrituras con humildad, con ferviente oración para que te guíen, los ángeles de Dios te abrirán sus realidades vivas; y si aprecias los preceptos de la verdad, serán para ti como un muro de fuego contra las tentaciones, los engaños y los encantos de Satanás.

Es la sabiduría de Dios la que hace grandes a los hombres. Las palabras de los hombres han de ser juzgadas, porque son fruto de la habilidad humana, y obran bien o mal según la fuente de la que los hombres extraen su inspiración; pero la palabra de Dios puede salvar vuestras almas, haceros sabios para la salvación. El salmista dice: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti". Entonces escondamos la palabra de Dios en nuestros corazones, para que

podamos "resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes."
"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes."

25 de septiembre de 1893

"¿Por qué os detenéis entre dos opiniones?"

EGW

"Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de los suyos". Los que han tenido ante sí en líneas claras el sacrificio y la abnegación de Jesús, su vida de vergüenza y sufrimiento, su reproche, rechazo y crucifixión, y sin embargo se niegan a abrirle su corazón, aunque él dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo", cometen un gran pecado. Cuán grande es la magnitud del pecado de aquellos que han tenido a Jesús delante de ellos, que han sido advertidos y exhortados, y sin embargo siguen su camino, siguiendo la imaginación de sus propios corazones, y diciendo: "Esperaré un tiempo más conveniente para ejercitar el arrepentimiento para con Dios y la fe en el Señor Jesucristo".

Estoy profundamente conmovido en favor de los que aplazan el momento de entregarse a Jesús, y sin embargo sé que mi interés es muy débil en comparación con el suyo, que conoce el valor de vuestras almas, pues pagó el precio de la redención del alma con su propia sangre. En su ferviente amor por vuestras almas, está esperando a que os decidáis a deshaceros del yugo de Satanás y a tomar su yugo, que es fácil, y su carga, que es ligera. No hay nada demasiado precioso para que se lo demos a Jesús. Jesús ha comprado esposa, esposo e hijos a un precio infinito, y aunque es justo que amemos a los que Dios nos ha dado, Dios debe ser siempre nuestro afecto supremo. Tu actitud hacia Dios y la verdad tiene una influencia decisiva sobre tu familia, y la atmósfera que rodea tu alma los afectará en todo sentido. Si estáis otorgando vuestros afectos a las cosas de este mundo, la atmósfera que rodea vuestra alma será de carácter maligno, que será muerte para la espiritualidad, y debilitará la esperanza y la fe en Dios. Satanás proyectará su sombra infernal sobre tu alma, y te llevará cautivo a su voluntad, a menos que te entregues sin reservas a Cristo.

Cristo ha comprado todas tus capacidades y talentos. ¿Por qué no darle lo que es suyo? Tu intelecto es propiedad de Dios, hecho para ser usado para su servicio y gloria. Tus afectos pertenecen a Dios, y Él los reclama como su

derecho. Dale tus talentos, tus mejores y más agudos pensamientos; porque son la compra de su propia sangre. Él os los ha confiado como hijos suyos. Devolvedle todo. Buscad en la oración su bendición sobre ellos, y entregadle marido, mujer, hijos y todo lo vuestro. Dedícate a su servicio en una preciosa ofrenda; y al entregarlo todo a Jesús, tu cielo comenzará en la tierra; porque mientras mantengas todo en el altar, Cristo es tuyo, el cielo es tuyo, la vida eterna es tuya. Todas las cosas son vuestras, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios. Seguramente el Dios del cielo no podría dar mayor prueba de que anhela vuestra salvación que la prueba que ha dado en el don de su Hijo unigénito.

El don gratuito de la gracia es tuyo; ¿lo aceptarás por fe? Tu entrega a Dios debe ser tan libre y completa como lo ha sido para ti la ofrenda de Cristo. Entonces serás aceptado por Dios en cada obra que hagas, en cada oración que ofrezcas. No vaciles más. "¿Hasta cuándo os detendréis entre dos opiniones? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, seguidle". Ante el deber presente y reconocido, no te demores en satisfacer la demanda de Dios; porque si lo haces, la luz que tienes se convertirá en tinieblas. La mente y el juicio se pervertirán; porque cuando se descuidan oportunidades preciosas, bendiciones no apreciadas y no mejoradas, todos los buenos propósitos se debilitan, y hay menos fuerza para resistir la tentación de cometer pecados presuntuosos. Los lazos de la influencia mundana son sutiles y fuertes, y sólo pueden romperse mediante el poder de la gracia de Cristo. Haced el propósito de romper con toda influencia y hábito, de abandonar toda práctica que debilite la espiritualidad, y de cortar todo lazo que os ate a las agencias satánicas.

Cristo dice: "Sígueme"; "Yo soy el camino, la verdad y la vida". "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida".

La palabra de Dios debe ser tu estudio, y si tu corazón es susceptible a la influencia de la verdad, encontrarás en la Biblia, instrucción que será una guía segura para tu alma de las tinieblas a la luz, de la incredulidad a la fe. "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? y ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? y ¿qué concordia tiene Cristo con Belial? o ¿qué parte tiene el que cree con un infiel? y ¿qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente; como Dios ha dicho: Habitaré en ellos, y andaré en ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por tanto, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré

para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso."

Cuanto más se aferre nuestra fe a Cristo, más paz tendremos. La fe crece por el ejercicio, y la regla de Dios es un día a la vez. Día tras día debemos seguir adelante, haciendo la obra de cada día, conscientes de que estamos trabajando a la vista de los ángeles, querubines y serafines, a la vista de Dios y de Jesucristo. Sois un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Debemos orar: "Danos hoy nuestro pan de cada día". Según sea nuestro día, así será nuestra fuerza. Debemos mirar constantemente a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe, y si vivimos así en dependencia de él, el Espíritu Santo nos traerá a la memoria todas las cosas que nos ha dicho, y santificará cada facultad, y nos recordará nuestra dependencia diaria y horaria del cuidado, sabiduría, amor y custodia de nuestro Padre Celestial. Cuando tenemos esta mentalidad, tenemos el espíritu de un niño pequeño, el espíritu que Jesús dijo que sus seguidores debían poseer para entrar en su reino. Como un niño pequeño, debemos confiar en nuestro Padre Celestial. Cuando éste es nuestro espíritu, podemos discernir más fácilmente las tentaciones de Satanás, porque nos acercamos constantemente a Dios. El sentimiento de autosuficiencia, que obra la ruina de tantas almas, no tiene atmósfera en la que florecer.

"Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". Esta preciosa promesa es de Uno que dice en serio cada palabra que pronuncia. Entonces, ¿por qué somos temerosos, desconfiados, incrédulos? Sigamos adelante, haciendo nuestro deber con un solo ojo para su gloria, llenando nuestro tiempo, trabajando en el plan de Dios como a la vista de un mundo invisible.

2 de octubre de 1893

"Mi pueblo ha cometido dos males"

EGW

"¿Ha cambiado una nación sus dioses, que aún no son dioses? Pero mi pueblo ha cambiado su gloria por lo que no aprovecha. Asombraos, cielos, ante esto, y temed horriblemente, desolaos en gran manera, dice el Señor. Porque mi pueblo ha cometido dos males: me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, y se han labrado cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener agua." "Porque desde tiempo antiguo rompí tu yugo, y rompí tus ligaduras; y decías: No

prevaricaré; cuando sobre todo collado alto y debajo de todo árbol verde andabas errante, fornicando. Yo te había plantado como vid noble, como semilla recta; ¿cómo, pues, te has convertido para mí en planta degenerada de vid extraña? Porque aunque te laves con salitre y te enjabones mucho, tu iniquidad está señalada delante de mí, dice el Señor."

¿Por qué el pueblo de esta época se aparta tan fácilmente de la observancia de los mandamientos de Dios? ¿Por qué se deleitan con las burlas de los que profesan ser maestros de justicia y, sin embargo, desprecian los mandamientos de Jehová? ¿No es porque el corazón de este pueblo es carnal? En las escrituras citadas el Señor presenta su reprensión a los que él llama "mi pueblo", que han abandonado al Señor, la fuente de aguas vivas, y se han labrado cisternas que no pueden contener agua. "También la tierra está contaminada bajo sus habitantes; porque han transgredido las leyes, han cambiado el ordenamiento, han quebrantado la alianza eterna". Los que profesan ser hijos de Dios, desprecian su ley y pisotean el cuarto precepto: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó."

En vez de guardar los mandamientos de Dios y santificar el día de reposo, las iglesias han sustituido el santo sábado de Dios por un día instituido por el papado, y no observan el de designación divina. El hombre de pecado, que "se ha exaltado a sí mismo por encima de todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, de modo que él, como Dios, se sienta en el templo de Dios, mostrándose a sí mismo que es Dios", se ha creído capaz de cambiar el tiempo y la ley de Dios, y ha dado al mundo un sábado espurio, haciendo así una brecha en la ley de Dios. El mundo cristiano ha aceptado el sábado papal y lo ha apreciado como un día de designación divina. Así, han abandonado el claro mandamiento de Jehová y han honrado una institución que las Escrituras no aprueban en ninguna parte. En esto, ciertamente, han abandonado al Señor, la fuente de agua viva, y se han labrado cisternas rotas que no pueden contener agua. El Señor de los cielos preguntará a las iglesias cristianas: "¿Quién ha exigido esto de vuestras manos?".

El pecado de aquellos que han sido iluminados en cuanto al origen y apoyo del domingo, es muy grave a los ojos de Dios, cuando se aferran a la tradición de

los hombres, y así anulan el mandamiento de Dios. Cuando se presentan las afirmaciones vinculantes del cuarto mandamiento, muchos usan cualquier subterfugio para evitar la conclusión de que Dios exige la observancia del día que él santificó y bendijo. Cuando se demuestra que todo otro argumento contra la observancia de los mandamientos de Dios es vano, los opositores de su ley se refugian en el engaño de que no hay ley, que los mandamientos de Dios fueron abolidos por Cristo en la cruz. ¡Qué asombrosa afirmación, que Dios no tiene ley! Los reyes de la tierra tienen leyes por las que se gobiernan las naciones, ¿y el Dios del universo no tiene ley? Los que defienden esta doctrina dicen que se regocijan en la gloriosa libertad con la que Cristo los ha hecho libres; pero ¿de qué han sido hechos libres? Si no hay ley, entonces es correcto que cada hombre siga los impulsos depravados de su propio corazón; porque no hay ninguna norma por la cual el mal pueda ser detectado. De los resultados de esta doctrina se desprende claramente quién es el autor de tal teoría, pues es manifiestamente un invento de Satanás, ya que Cristo vino a salvar a su pueblo de sus pecados. Cristo no es el ministro del pecado, y la idea de que vino a dar libertad a los hombres para quebrantar la ley de su Padre, y a librarlos de la pena de la transgresión voluntaria, está totalmente fuera de armonía con su ejemplo y sus enseñanzas.

Tanto el mundo como la Iglesia se encuentran en una posición de rebelión contra Dios al desechar su ley y pisotear su santo mandamiento. La mayor parte del mundo cristiano acepta la observancia del domingo, sabiendo que es una institución del papado, y guarda el día para estar en armonía con las costumbres y prácticas del mundo, eligiendo así honrar la tradición de los hombres en vez del mandamiento de Dios. Para este estado de apostasía son apropiadas las palabras de Moisés bajo la inspiración del Espíritu Santo, - "Él es la Roca, su obra es perfecta; porque todos sus caminos son juicio, un Dios de verdad sin iniquidad, justo y recto es él. Se han corrompido; su mancha no es la mancha de sus hijos; son una generación perversa y torcida. ¿Así pagáis al Señor, pueblo necio e insensato?". Dios eligió a su pueblo y lo plantó como una noble vid; ¿cómo es que se ha convertido en una vid degenerada? La descripción que se ha hecho de la apostasía de Israel, tiene una aplicación a las iglesias que han anulado la ley de Dios. Isaías dice: "Oíd, cielos, y escucha, tierra; porque Jehová ha hablado: Crié y engendré hijos, y ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no conoce, mi pueblo no considera. Ah nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, simiente de malhechores, hijos corruptores; han abandonado al Señor, han provocado a ira al Santo de Israel, se han alejado hacia atrás."

El gran pecado del antiguo pueblo de Dios fue su desprecio de los mandamientos del Señor, y especialmente su desprecio del día que Dios había santificado y bendecido. A causa de su desprecio de sus mandamientos y ordenanzas, el Señor les quitó su defensa, y permitió que sus enemigos los afligieran y dispersaran. ¿Ha cambiado el Señor? ¿Había que enmendar sus santos mandamientos? En absoluto. Dice: "No romperé mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios". ¿No tiene, pues, ley la Majestad del cielo, el Gobernador del universo? Sólo la sofistería de Satanás podría inducir a los hombres a abrigar tal pensamiento.

Jesús era el líder invisible de su antiguo pueblo, y cada mandamiento y dirección dados al pueblo a través de Moisés, eran el mandamiento y la dirección de Jesucristo. Jesús nos ha presentado la importancia de prestar atención a lo que está escrito en la ley y en los profetas. En la parábola de Lázaro y el hombre rico, se representa al hombre rico suplicando que se envíe a alguien a avisar a sus cinco hermanos, para que no vengan al lugar de tormento en el que él se encuentra, pero la respuesta es: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los oigan". Y él dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Y él le dijo: Si no oyeren a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levantara de los muertos."

Jesús en el Nuevo Testamento hace la misma obra que hizo Jesús en el Antiguo Testamento; pero los hombres están tan decididos a acabar con la ley de Dios, a fin de encontrar una manera de evitar la observancia del sábado, que oponen a Jesús en el Nuevo Testamento con Jesús en el Antiguo Testamento. Estos líderes ciegos de los ciegos, que son ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios, vierten desprecio sobre la ley de Dios, y al mismo tiempo tratan de sostener a Cristo en contraste con la ley. Pero esto no pueden hacerlo; porque Cristo dio la ley a su pueblo elegido, y al tratar de anular la ley de Dios sobre la base de que Cristo la abolió, insultan tanto al Padre como al Hijo. Jesús dice: "Yo y mi Padre somos uno".

Los maestros ciegos de esta época, que tratan de apartar al pueblo de la ley de Dios, le dicen al pueblo que la ley es judía, dada sólo a los judíos, y dicha sólo para su observancia. ¿Dónde está la autoridad para tal declaración? El profeta dice: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". El Señor dio su ley antes de que hubiera un judío en el mundo. Las inteligencias celestiales se regían por la ley de Dios antes de que el hombre fuera creado, y el sábado fue bendecido y apartado para uso sagrado

inmediatamente después de que Dios hubo hecho el mundo, y había descansado de su obra de creación.

¡Oh, si yo tuviera lenguaje para presentar estos elevados temas! Dejo mi pluma apenado porque mis palabras son tan débiles para tratar con la grandiosa y terrible verdad; mientras contemplo, me parece que me encojo en la nada ante su vasto significado. Los temas relacionados con la ley y el evangelio parecen demasiado grandes para que un mortal tan débil e ignorante como yo pueda tratarlos. De vez en cuando me atrevo a presentar en el lenguaje más sencillo lo que se me ha revelado acerca del plan de salvación, pero una y otra vez lamento que mi expresión esté tan lejos de la gloria de la verdad tal como es en Jesús.

Hermanos míos, no os contentéis con un conocimiento superficial de la verdad, con una visión superficial de la ley de Dios. Excavad profundamente en las Escrituras de la verdad, y con un entendimiento iluminado por el Espíritu Santo, deteneos en los santos requisitos de la ley de Jehová, hasta que podáis revelar al pueblo su carácter espiritual y eterno. Tus investigaciones no han sido suficientemente profundas. Necesitas la inspiración del Espíritu Santo para que te ayude a escudriñar la verdad con reverencia y temor, llevando tu mente a la tarea con intenso deseo, que no se apagará hasta que veas cosas maravillosas de la ley. Excava profundamente en la mina de la verdad, y no estés satisfecho hasta que tengas una comprensión más perfecta de lo que constituye la fuerza de la ley de Dios. Necesitáis escudriñar y escudriñar, y llorar y ayunar y orar, a fin de que se os revele tal visión de la ley de Dios que estéis capacitados para salir y velar por las almas como quienes han de dar cuenta.

9 de octubre de 1893

La última advertencia de Sodoma

EGW

Sodoma estaba situada en una hermosa y fértil llanura, y gozaba de abundancia de todo lo que la naturaleza y el arte podían conceder. Los habitantes de Sodoma parecían ajenos a la necesidad y al trabajo. A un pobre no se le permitía convertirse en habitante de la ciudad. Se le expulsaba mediante el abuso, o si no se le expulsaba, era víctima de un plan inicuo que planeaba su ruina. Los habitantes de esta perversa ciudad no pensaban en la vida futura. La ociosidad, la riqueza y el amor a la excitación los llevaban a todos los excesos del placer y la indulgencia. Se cultivó la naturaleza sensual y animal, y como, al igual que el mundo antes del diluvio, la imaginación de sus corazones era mala, y mala

continuamente, pusieron sus mentes a trabajar para encontrar maneras nuevas y antinaturales por medio de las cuales pudieran satisfacer sus pasiones abominables y corruptas.

La inspiración da testimonio de la condición corrupta del mundo antes del diluvio. La Biblia dice: "Como los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días que precedieron al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre." Antes del diluvio emplearon todos sus poderes para la gratificación de las bajas pasiones, y arrojaron desprecio sobre la ley de Dios, y como fue en los días del diluvio, así fue en los tiempos de Sodoma. No quisieron admitir ni por un momento que su devoción al placer sensual les acarrearaba culpa y peligro. No sabían que la nube de la ira divina, que su pecado había estado cargando durante años, estaba a punto de estallar en venganza sobre ellos.

Antes de la destrucción de Sodoma, dos ángeles visitaron a Abraham y fueron cortésmente agasajados. Cuando se dirigían a Sodoma, Abraham los acompañó, y le revelaron al patriarca la misión para la que habían venido: destruir Sodoma. Dijeron a Abraham que, a causa de la grave maldad de sus habitantes, la ciudad debía ser destruida. Abraham sabía que Lot se hallaba en aquel lugar, y aunque Dios le había enseñado, no podía creer que los habitantes de Sodoma fuesen tan completamente corruptos. Comenzó a suplicar que los justos no perecieran con los impíos, que si había allí un cierto número de piadosos, la ciudad podría ser perdonada. Suplicando por la ciudad, disminuyó el número de justos que probablemente se encontrarían en la ciudad, hasta que llegó al número de diez. Pero aunque Dios habría perdonado la ciudad si se hubieran encontrado allí diez justos, ese número no podía ser suficiente para redimir la ciudad.

Al caer la tarde, los hombres de Sodoma ven acercarse a los dos mensajeros, pero como han ocultado su carácter celestial, aparecen como hombres comunes que vienen del campo a visitar Sodoma. Si se pudiera quitar el velo de nuestros ojos, a menudo veríamos en forma de hombres a los poderosos mensajeros de la misericordia o de la ira entre nosotros. Advierten, amonestan, reprenden, protegen de mil peligros y, sin embargo, no sabemos que nos ha llegado la bendición del ángel.

Cuando los ángeles se acercan a Sodoma, sólo un hombre manifiesta interés por los forasteros. Lot los acogió y los invitó a su casa. Ignoraba el carácter de estos

hombres, y no sabía la terrible misión con que habían venido; pero la cortesía que manifestó estaba en armonía con su carácter, y se salvó de la ruina general. Si se hubiera mostrado indiferente a estos extraños, no se habría asegurado una ayuda que sólo los ángeles pueden prestar. Muchas casas se han cerrado a extraños que eran mensajeros de Dios de esperanza, bendición y paz. Al descuidar los deberes más comunes de la vida, negando la amabilidad, la cortesía y la hospitalidad, nos perdemos las más ricas bendiciones que el cielo tiene para otorgar.

Cuando los hombres de Sodoma vieron que Lot abría sus puertas a estos forasteros, que no los trataba con burla y desprecio, se encendieron en pasiones. Cuando Lot, al estilo oriental, se inclina en señal de deferencia y les invita a compartir su casa, ellos se burlan y se mofan. Lot era un hombre de gran riqueza, pero al mostrar respeto a estos viajeros no satisfizo la mente de estos sodomitas amantes de la facilidad. Se amontonaron alrededor de la casa de Lot, y a medida que la multitud aumentaba, se pronunciaban viles discursos que revelaban el estado de corrupción que existía entre la gente, y las peores sugerencias eran recibidas y puestas en práctica. La muchedumbre se hizo más clamorosa en sus gritos para que Lot les sacara a los extranjeros; porque se habían vuelto tan viles por la complacencia de las malas pasiones, que todo buen pensamiento había sido desarraigado, y la razón estaba tan nublada que incluso harían violencia a los ángeles del cielo.

Los ángeles habían venido a ver si había alguien en la ciudad que no estuviera corrompido y pudiera ser persuadido a huir de la inminente perdición que amenazaba a Sodoma. Aquella noche, los malhechores añadieron la última gota a su copa de iniquidad, y la ira de Dios no pudo demorarse más. La noche de la destrucción de Sodoma los habitantes de la ciudad estaban haciendo lo que habían estado haciendo durante toda su vida pasada. No eran más viles, disolutos y corruptos que en otras noches en que los extranjeros habían entrado en su ciudad; pero hay un punto más allá del cual no hay indulto, y esa noche los habitantes de Sodoma pasaron el límite místico que decidió su destino. Lot discutió con ellos a la puerta de su casa y se negó a permitirles que violentaran a los forasteros que se encontraban en ella. Pero los malhechores no tenían la menor idea de que se les impidiera llevar a cabo su propósito, sino que pensaron en derribar a Lot y acceder a los extraños. Antes de que esto ocurriera, los ángeles atrajeron a Lot al interior de la casa, e hirieron a los hombres con ceguera, de modo que se fatigaron buscando la puerta.

Los ángeles dijeron entonces a Lot cuál era su misión, y le hicieron saber que Dios traería la destrucción sobre la ciudad malvada. Lot creyó la palabra de los ángeles, pero su familia se resistía a recibir su mensaje, porque habían vivido tanto tiempo a la vista y al oído de la maldad que sus sentidos estaban embotados para el carácter grave del pecado. Lot había afligido su alma por los pecados degradantes que los sodomitas cometían continuamente, y sin embargo ni siquiera él había pensado que su pecado tuviera el carácter degradante que tenía, ni consideraba que estuviera tan firmemente arraigado como para no ceder a ningún remedio. Pidió permiso a los ángeles para salir y advertir a sus hijas y yernos que vivían en la ciudad. Se abrió paso entre la chusma, a la que el poder de los ángeles impidió herirle, y dio su mensaje a sus hijos. Con dolor y terror les ruega que abandonen la ciudad condenada y huyan con él antes de que se consuma su destrucción, pero ellos le miran como a un loco, que viene a ellos con semejante mensaje a medianoche. Se ríen de sus temores, y piensan que alguna horrible pesadilla ha enloquecido su cerebro. No se preocuparán por el asunto, sino que lo tratarán como una broma, y los que no reciban el mensaje, seguirán durmiendo, sin prestar atención a la última advertencia de sus vidas.

Ansioso y decepcionado, Lot regresa a su casa a través de la chusma, y se encuentra con que los ángeles siguen esperando, instando a que Lot y su familia abandonen la ciudad antes de que salga del todo el sol. Al salir, no ven ninguna señal visible del desagrado de Dios. Todo parece indicar paz y seguridad. El sol ilumina las colinas orientales con rayos dorados, y todo en la naturaleza parece decir paz. Pero las palabras de los ángeles resuenan en los oídos de Lot, diciendo: "El Señor destruirá esta ciudad". La incredulidad no impidió la destrucción de Sodoma. La frivolidad y la alegría no protegieron a sus habitantes contra la fatalidad que se abatió sobre la ciudad malvada. Se lisonjearon de que aún les quedaban largos días de indulgencia en el pecado, pero en una hora en que no pensaban, la ruina los alcanzó.

16 de octubre de 1893

La perdición de Sodoma: una advertencia para los últimos días

EGW

¡Qué difícil fue para Lot abandonar Sodoma! Tuvo que dejar atrás a parte de su familia y sacrificar toda la riqueza que había acumulado. Debe salir de Sodoma como un hombre pobre. El trabajo de años tiene que contarse en vano. No siente la terrible necesidad de que el juicio de Dios caiga sobre la ciudad impía, y aún se demora. Los ángeles le instan a que se marche inmediatamente; pero Lot,

estupefacto de dolor por la pérdida de sus hijos y de sus bienes, sigue dudando. Los ángeles le cogen de las manos, así como a su mujer y a sus hijos, y con misericordiosa violencia los sacan de la ciudad. Cuando llegan a los límites de la ciudad, se les da una orden con sorprendente vehemencia: "Escapa por tu vida; no mires detrás de ti, ni te detengas en toda la llanura; escapa a la montaña, no sea que seas consumido". Unos instantes de retraso, unos instantes de vacilación, unos instantes de desatención a la advertencia, costarán la vida a los fugitivos. Ni siquiera deben volver la vista atrás para ver si su hermoso hogar ha sobrevivido a la ruina general, o la tormenta estallará sobre ellos. Dios ha retrasado su juicio retributivo sólo para que puedan escapar. ¡Qué cuidado, qué ternura, para estos cuatro que huyen de la ciudad condenada!

Lot está confuso, aterrorizado y distraído. Suplica que se le permita descansar en un pequeño asentamiento a este lado de las montañas. La incredulidad brotó en su corazón, y dijo: "Oh, no es así, mi Señor; he aquí ahora, tu siervo ha hallado gracia ante tus ojos, y has engrandecido tu misericordia, que me has mostrado salvándome la vida; y no puedo escapar a la montaña, no sea que algún mal me alcance, y muera; he aquí ahora, esta ciudad está cerca para huir, y es pequeña; oh, déjame escapar allí (¿no es pequeña?) y mi alma vivirá. Y él le dijo: Mira, yo también te he aceptado en esto, que no destruiré esta ciudad por lo que has dicho. Date prisa, escapa allá; porque no puedo hacer nada hasta que llegues. Por eso el nombre de la ciudad fue Zoar".

Pero ¿por qué no habría de confiar Lot en la misericordia de los ángeles al indicarle que escapara a las montañas, puesto que les atribuía el haber salvado su vida? La estancia de Lot en Sodoma no había tendido a aumentar su fe en Dios, ni su trato con los que no conocían a Dios había tendido a convertirlos del error de su camino. Había suplicado a los ángeles que le permitieran fijar su morada en la ciudad de Zoar, diciendo: "¿No es pequeña? y vivirá mi alma", como si el Dios que había dirigido su huida de Sodoma no comprendiera cómo preservar la vida que había salvado. Pero ¡qué misericordia y condescendencia manifiesta el Dios del cielo! Su petición es escuchada y su súplica concedida; sin embargo, cuánto mejor hubiera sido atender a la voz del ángel e irse a las montañas, lo más lejos posible de la ciudad impía. El ángel le pide que se apresure, porque la tormenta de fuego se extendería y sería terrible.

Uno de los cuatro fugitivos se aventuró a echar una mirada rezagada hacia atrás, para ver la tormenta que se avecinaba, y el número se redujo en uno; pues ella quedó como recuerdo de la ira de Dios, convertida en estatua de sal. Si Lot hubiera huido sería y firmemente a las montañas, como le habían indicado los

ángeles, sin suplicar un nuevo plan, su esposa no habría transgredido el mandamiento de los ángeles, y habría estado a su lado.

Cuando despuntan los primeros rayos de la mañana, los habitantes de Sodoma no se dan cuenta de la partida de Lot y de los ángeles. Estaban decididos a abusar de los forasteros, pero al llegar a la casa de Lot, la encuentran vacía, y les llega la hora de la perdición. El Señor hace llover fuego y azufre sobre la ciudad, y la hermosa llanura que parecía el Paraíso cuando los ángeles pasaron por ella, parece ahora un desierto agostado y ennegrecido. El humo del incendio sube como el humo de un gran horno, y todo el cielo se ilumina con las llamas de la gran conflagración. Sodoma se ha convertido en un lugar de desolación y ruina.

El pecado del pueblo subió al cielo, y a causa de la iniquidad del pueblo, el Señor derramó las copas de su ira. La terrible perdición de Sodoma es una advertencia para todos los tiempos, y especialmente para los que viven en los últimos días. La destrucción de Sodoma fue un símbolo de la destrucción que sobrevendrá a los finalmente impenitentes, cuando vengan de lo alto tempestades de fuego, y fuentes de llamas broten de la corteza de la tierra. El destino de esta antigua ciudad debería ser una advertencia para todos los que viven para sí mismos y corrompen sus caminos ante Dios. El pecado de Sodoma es el pecado de muchas ciudades que existen ahora, que no han sido destruidas como lo fue Sodoma. Ezequiel dice: "He aquí que esta fue la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad había en ella y en sus hijas, y no fortaleció la mano del pobre y del menesteroso. Y se ensoberbecieron, e hicieron abominación delante de mí; por tanto, yo las quité como me pareció bien."

La advertencia que fue dada a Lot llega hasta nosotros que vivimos en esta época degenerada, "Escapa por tu vida". La voz del tentador grita paz y seguridad. El maligno quiere que sientas que no tienes nada que temer, y te pide que comas, bebas y te diviertas. ¿A qué voz harás caso, a la voz del cielo o a la voz que te atrae a la destrucción? El Redentor del mundo, el Amigo compasivo del hombre, revela a nuestros ojos el hecho de que hay un pecado mayor que el pecado de Sodoma. Es el de pecar contra la luz mayor. Para aquellos que han escuchado y no han prestado atención a la invitación del Evangelio a arrepentirse y tener fe en Cristo, el pecado es mayor que el pecado de Sodoma. Para aquellos que han profesado el nombre de Jesús, que han profesado conocer a Dios y guardar sus mandamientos, y sin embargo han representado mal a Cristo en su vida diaria y en su carácter, que han sido advertidos y exhortados,

y aún deshonran a su Redentor con sus vidas no consagradas, el pecado es mayor que el de Sodoma.

Jesús dijo: "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotros, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Pero yo os digo: A Tiro y a Sidón les será más tolerable el día del juicio que a vosotros. Y tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Pero yo os digo, que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para ti."

La advertencia de Cristo llega hasta nuestros días. Él quería despertar al pueblo por el que dio su vida, y atraer su atención hacia sí mismo, la fuente de toda sabiduría, justicia, fuerza, esperanza y paz. Quería que su pueblo dejara brillar su luz ante el mundo con buenas obras. Los pecados de Sodoma se repiten en nuestros días, y la tierra es destruida y corrompida bajo sus habitantes; pero la peor característica de la iniquidad de este día es una forma de piedad sin el poder de la misma. Los que profesan tener gran luz se encuentran entre los descuidados e indiferentes, y la causa de Cristo es herida en la casa de sus profesos amigos. Los que quieren salvarse, despierten de su letargo y den un toque de trompeta; porque el fin de todas las cosas se acerca.

23 de octubre de 1893

El ciego curado

EGW

"Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No ha pecado éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras es de día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo".

En la pregunta que los discípulos hicieron a Jesús, mostraron que pensaban que toda enfermedad y todo sufrimiento eran el resultado del pecado. Esto es verdad, pero Jesús demostró que era un error suponer que todo el que sufría mucho era también un gran pecador. Mientras corregía sus errores, escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y ungió los ojos del ciego con el barro, y le

dijo: "Ve y lávate en el estanque de Siloé, que está por interpretación, Sent", y él se fue y volvió a ver. Jesús respondió a la pregunta que le hicieron los discípulos de un modo práctico, y del modo en que solía responder a las preguntas que le hacían por curiosidad. Los discípulos no estaban llamados a discutir la cuestión de quién había pecado o no, sino a comprender el poder de Dios, su misericordia y compasión, al dar la vista al ciego. Se trataba de que todos se convencieran de que no había virtud curativa en el barro o en el estanque donde le enviaron a lavarse, sino que esa virtud estaba en Cristo.

Aunque los fariseos se burlaban y tergiversaban sus palabras, no intentaban dar crédito al barro ni a las aguas de Siloé. No podían sino asombrarse de la maravillosa obra que había hecho, pero estaban más que nunca llenos de odio, porque éste era un argumento muy convincente de que era el Hijo de Dios. No podían rebatir este testimonio, y el milagro no podía ocultarse. Los vecinos del joven, y los que antes sabían de su ceguera, decían: "¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: Éste es; otros decían: Se le parece; pero él dijo: Yo soy".

Los amigos y vecinos del joven que había sido curado lo miraban con duda, pues, al abrirse sus ojos, su semblante había cambiado y se había iluminado, y parecía otro hombre. De uno a otro pasaba la pregunta: "¿Es él?". Y algunos decían: "Es como él"; pero el que había recibido la gran bendición zanjó la controversia diciendo: "Yo soy". Entonces les habló de Jesús y de cómo le había curado, y le preguntaron: "¿Dónde está? Él respondió: "No lo sé". Llevaron a los fariseos al que antes era ciego. Y era día de reposo cuando Jesús hizo el barro, y le abrió los ojos. Entonces también los fariseos le preguntaron cómo había recibido la vista. Él les dijo: Puso barro en mis ojos, y me lavé, y veo. Entonces algunos de los fariseos dijeron: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales milagros? Y hubo división entre ellos".

Los fariseos pensaron que podrían causar una impresión decisiva contra Jesús acusándolo de quebrantar el sábado, sobre el cual habían amontonado tradiciones y exacciones. No sabían que era Él quien había hecho el sábado, quien conocía todas sus obligaciones, quien había curado al ciego. Parecían maravillosamente celosos de la observancia del sábado, y sin embargo estaban planeando el asesinato en el mismo día que profesaban proteger con sus exacciones. Se consideraban guardianes del sábado, y se creían capaces de interpretar los principios del cuarto mandamiento, y en su interpretación declaraban que, al otorgar la bendición de la curación, se había transgredido el

mandamiento. Esto lo hicieron porque estaban ansiosos por encontrar alguna manera de condenar a Jesús. Pusieron su interpretación en la ley, la aplicaron mal y la malinterpretaron, para hacer que Jesús fuera un pecador y, por lo tanto, no el Mesías. Muchos se sintieron muy conmovidos y convencidos de que aquel hombre que abría los ojos a los ciegos era algo más que un hombre corriente. En respuesta a la acusación de que Jesús era un pecador, porque no guardaba el día de reposo, dijeron: "¿Cómo puede un hombre que es pecador hacer tales milagros?".

Mediante este gran milagro se manifestó el poder del Señor Jehová. La obra realizada en el ciego habló a sus sentidos y les dijo que allí había Alguien más poderoso que un hombre común. ¿Podría alguien divino quebrantar el sábado? Volvieron a apelar al ciego: "¿Qué dices de él, que te ha abierto los ojos? Él dijo: Es profeta". Los fariseos afirmaron entonces que no había nacido ciego y luego había recibido la vista. Llamaron a sus padres, y preguntaron, diciendo: "¿Es éste vuestro hijo, del que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres les respondieron diciendo: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos; o quién le ha abierto los ojos, no lo sabemos; es mayor de edad; preguntadle a él; él hablará por sí mismo."

Allí estaba el hombre mismo, declarando que él había sido el ciego, y que se le había devuelto la vista; pero los fariseos habían estado dando pasos avanzados en el prejuicio y el odio a Cristo, y ningún signo o milagro sería reconocido por ellos como prueba de su mesianidad. Preferían negar las evidencias de sus propios sentidos antes que admitir que estaban equivocados, y que su enseñanza era errónea, tan poderoso es el prejuicio, tan distorsionante es la justicia farisaica. He aquí hombres caídos, que persistían en alejarse de la luz, y sin embargo pretendían sentarse en la cátedra de Moisés, y profesaban ser los más sabios de los hombres, expositores de la ley de Dios. En sus exacciones y distinciones imponían pesadas cargas a los demás, y encubrían los mandamientos de Dios con tradiciones y mandamientos de hombres.

A los fariseos sólo les quedaba una esperanza: intimidar a los padres del que había recibido la vista. Con aparente sinceridad preguntaron a los padres: "¿Cómo ve ahora?". Los padres temblaron, pues sabían cuáles serían las consecuencias de confesar a Cristo. La gran obra realizada en favor de su hijo había despertado convicción en sus corazones, y respondieron: "Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos; o quién le ha abierto los ojos, no lo sabemos; es mayor de edad; preguntadle a él; él hablará por sí mismo". Trasladaron toda la responsabilidad de sí mismos a su

hijo, pues no se atrevían a confesar abiertamente a Cristo. "Estas palabras dijeron sus padres, porque temían a los judíos; porque los judíos ya habían acordado que si alguno confesaba que era Cristo, debía ser expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Es mayor de edad; preguntadle".

El dilema en que se encontraban los fariseos, sus prejuicios cuestionadores, su incredulidad ante los hechos del caso, estaban abriendo los ojos de la multitud, y especialmente los ojos de la gente común. El poderoso sanador había obrado sus milagros con frecuencia en la calle, y su obra era siempre de carácter de aliviar a la humanidad de la aflicción y el sufrimiento. La pregunta que agitaba las mentes de muchos era: ¿Haría Dios obras tan poderosas por medio de alguien que era un impostor, un engañador, como insistían los fariseos que era Jesús? La controversia se estaba volviendo muy seria por ambas partes. Los que estaban convencidos por los milagros, afirmaban que Cristo era el Hijo de Dios, y esta creciente convicción en la mente de la gente molestaba mucho a los fariseos. Había dos partidos decididos. "Hubo división entre ellos". Incapaces de ponerse de acuerdo entre ellos, los fariseos apelaron de nuevo al ciego de nacimiento. Pensaban que podrían engañar a este hombre, que había sido ciego y era inculto, con sus perversiones y razonamientos. Pero a su pregunta de qué pensaba de Aquel que le había devuelto la vista, respondió firme y audazmente: "Es profeta."

Los fariseos ven que están dando publicidad a la obra realizada por Jesús, pues la multitud aumenta. No pueden negar el milagro. ¿Qué pueden decir o hacer para contrarrestar el efecto de la obra de Jesús? El ciego, lleno de alegría y gratitud, contempla las maravillas de la naturaleza y se deleita intensamente ante la belleza de la tierra y del cielo. Él recita libremente su experiencia, y aunque ellos no pueden engañarlo ni confundirlo, se empeñan en hablar, y dicen: "Alabad a Dios; sabemos que este hombre es un pecador...". No vuelvas a decir que este hombre te dio la vista; Dios lo ha hecho. Respondiendo el ciego, dijo: "Si es pecador o no, no lo sé; una cosa sé: que, siendo ciego, ahora veo." Entonces volvieron a preguntarle "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?". Con muchas palabras trataban de engañarle y confundir sus sentidos, para que pensara que estaba engañado. Satanás y sus ángeles malignos estaban del lado de los fariseos, y unieron sus energías y sutileza a los razonamientos del hombre para contrarrestar la influencia de Cristo. Embotaron las convicciones que se profundizaban en muchas mentes; porque los ángeles de Dios estaban también sobre el terreno para fortalecer al ciego a quien se le había devuelto la vista.

Los fariseos hicieron patentes sus prejuicios y su incredulidad. No se daban cuenta de que tenían que vérselas con alguien más fuerte que el hombre inculto que había nacido ciego; pero esto no era cierto. La luz divina brilló en las cámaras de su alma, y como estos hipócritas trataron de hacerle descreer, Dios le ayudó a mostrar por el vigor y la agudeza de sus respuestas que no se dejaba engañar, y que no podían pervertir y malinterpretar su experiencia. "Les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis oído; ¿por qué queréis oírlo otra vez? ¿queréis ser también vosotros sus discípulos? Entonces le injuriaron, diciendo: Tú eres su discípulo; pero nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló a Moisés; en cuanto a éste, no sabemos de dónde es".

El Señor Jesús conocía la prueba por la que estaba pasando el hombre por el que había obrado este milagro, y le dio gracia y palabra, de modo que se convirtió en testigo de Cristo. Y respondió a los fariseos: "He aquí una cosa maravillosa, que no sabéis de dónde es, y sin embargo me ha abierto los ojos. Ahora bien, sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es adorador de Dios y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio del mundo no se ha oído que alguno abriese los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, nada podría hacer". El ciego, que ahora podía ver, contemplaba las maravillas de la creación, y ¿se apartaría de su Restaurador para ganarse el favor de los que trataban de enredarle en su conversación, o amontonar burlas sobre él? Se sentía capaz de resistir su influencia. Los fariseos vieron que no podían pervertir con sus razonamientos la experiencia de aquel hombre, y se quedaron atónitos y callados, hechizados, ante sus palabras agudas y decididas. Durante unos instantes se hizo el silencio. Los sacerdotes y fariseos, ceñudos, recogieron a su alrededor sus vestiduras, como si temieran contaminarse por el contacto con él. Se sacudieron el polvo de los pies contra él, y le trataron con burla y desprecio, lanzando contra él sus denuncias: "Has nacido en pecado, ¿y tú nos enseñas? Y le echaron fuera. Oyó Jesús que le habían echado fuera; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondiendo él, dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: Le has visto y es el que habla contigo. Y él dijo: Señor, creo. Y le adoró". El creyente en Jesús fue expulsado de la sinagoga, pero fue recibido en unión con Jesucristo.

6 de noviembre de 1893

El peligro de la ceguera espiritual

EGW

"Y dijo Jesús: Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, sean cegados. Algunos de los fariseos que estaban con él oyeron estas palabras y le dijeron ¿También nosotros somos ciegos? Jesús les dijo: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos; por tanto, vuestro pecado permanece."

Los fariseos estaban espiritualmente ciegos y eran los líderes de los ciegos. La ceguera física que Jesús había curado en el ciego de nacimiento, no era tan peligrosa como la ceguera moral de aquellos que tenían evidencia sobre evidencia con respecto al carácter divino del Redentor del mundo, y sin embargo cerraban los ojos de su entendimiento y se negaban a ver, porque eran demasiado exaltados para ser instruidos por Cristo. Afirmaban ser eruditos en las Escrituras, tener vista espiritual, y sin embargo hacían de las más claras especificaciones concernientes a Cristo un asunto diferente de lo que los registros atestiguaban. "Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región y sombra de muerte, luz les resplandeció". La luz del mundo brillaba en medio de las tinieblas morales, y las tinieblas no la comprendían. Las tinieblas que cegaban la mente de los fariseos eran mucho más deplorables que las tinieblas que cegaron los ojos del ciego de nacimiento.

Los fariseos le habían dicho al hombre creyente que había recuperado la vista: "Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?". Se les había oscurecido el necio corazón. El que está ciego físicamente es incapaz de distinguir los matices de las flores, y las cosas bellas no son nada para él. El hermoso lienzo de los cielos, las estrellas ordenadas, la solemne belleza del sol y de la luna, no son vistos, sus formas no son discernidas. Así sucede con el hombre que cierra sus ojos a la luz y al conocimiento. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. El hombre que se niega a que su entendimiento sea vivificado por el Espíritu de Dios se encuentra en un estado de ceguera. No puede apreciar las bellezas de la santidad, ni discernir la deformidad del pecado. Qué cosa tan terrible es la ceguera espiritual voluntaria. Los que están espiritualmente ciegos pretenden poder guiar a los ciegos; pero han cerrado los ojos a la luz que Dios les ha dado bondadosamente para mostrarles el camino

del cielo, y en lugar de recorrer la senda real trazada para que caminen los rescatados del Señor, siguen a otro líder, incluso a Satanás.

¡Cuán preciosa habría sido para la nación judía la luz del Sol de Justicia! Lo que Cristo habría sido para el pueblo estaba todo ensombrecido en los tipos, las ofrendas y las profecías. Habrían sido justificados por su sangre, santificados por su Espíritu. Habrían sabido lo que era tener la obra combinada del Hijo y del Espíritu en el alma. Pero los escribas y los fariseos se cegaron al no reconocer la luz espiritual que Dios les enviaba. "Si, pues, la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes son esas tinieblas!". Cegados por la incredulidad, se negaron a aceptar las evidencias que Dios les había dado bondadosamente, y se aferraron a las tradiciones y máximas de los hombres, que Dios no les había dado. Anduvieron por un camino de su propia elección, porque concordaba mejor con sus prácticas pecaminosas que el camino del Señor, y no discernieron el fruto de la santidad; porque habían escogido las tinieblas en vez de la luz.

Aquel cuyo corazón no está abierto para recibir los brillantes rayos de luz del Sol de Justicia, se encontrará con una terrible pérdida; porque la luz que hay en él se convertirá en tinieblas, debido al rechazo de la luz adicional, y caminará en tinieblas, y guiará a otros fuera del sendero de paz y gozo y rectitud en el Espíritu Santo. Aquel que es así cegado dejará de crecer en la gracia. El Señor Jesús está esperando para dar la luz de la vida a los que están en tinieblas, a fin de que puedan manifestar las alabanzas de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Si los que rechazaron al Señor Jesucristo hubieran podido ver cuál sería el resultado de apartarse del Redentor del mundo, de abrigar sus propias ideas y exaltarse en su propia sabiduría, ¡qué cuadro habrían contemplado!

Los milagros que hizo Jesús, el espíritu y el poder que acompañaron su ministerio, fueron un testimonio vivo y concluyente para toda mente imparcial. No eran pruebas lo que faltaba, sino un corazón honesto de fe. ¡Con qué poder obró Cristo para salvar a la nación judía! Previendo el resultado, no vaciló en su propósito de aportar todas las pruebas para convencerlos, a pesar de que Jerusalén despreciaría el día de su visitación, y el pueblo se aferraría a sus prejuicios e incredulidad. Cristo no dejó ningún medio sin probar para ganarlos. La culpa, la responsabilidad de que rechazaran su misericordia, recaía sobre ellos mismos.

(Concluido el siguiente número.)

13 de noviembre de 1893

El peligro de la ceguera espiritual

EGW

La nación judía se destacaba entre las naciones de la tierra como un pueblo orgulloso y altanero, que pretendía tener grandes conocimientos y manifestar una gran piedad. Los judíos miraban a los gentiles como a los que estaban muy por debajo de ellos, a causa de las tinieblas y el error. Sin embargo, la higuera pretenciosa no daba fruto, sino sólo hojas. Si hubieran tenido entendimiento espiritual, habrían visto y comprendido la misión de Cristo. La luz tenuemente vista al principio habría aumentado en resplandor, expandiéndose hasta el día perfecto. Si hubieran seguido adelante para conocer al Señor, habrían sabido que sus salidas están preparadas como la mañana. ¡Oh, qué luz habría brillado sobre Judá y Jerusalén si hubieran acogido la luz que les fue enviada desde el cielo! ¡Qué poder transformador se habría manifestado en su vida y en su carácter! Habrían sido exactamente lo que Jesús anhelaba que fueran: una luz viva y resplandeciente en las tinieblas. Habrían llevado las credenciales más nobles que cualquiera de los seguidores de Cristo puede llevar. Habrían sido representantes de Cristo, monumentos del poder del Espíritu de Dios en los corazones humanos. El Espíritu de Dios habría obrado un milagro en el corazón, cambiándolo de un corazón de piedra a un corazón de carne. Habrían sabido lo que significa la regeneración del Espíritu, porque todo el gusto moral habría cambiado, y habrían amado las cosas que antes aborrecían, y odiado las cosas en que antes se deleitaban.

Las palabras de Cristo a los fariseos llegan con fuerza a cada alma viviente a quien se ha revelado la luz del Sol de Justicia. A aquellos que han vislumbrado la verdad celestial, a quienes han llegado algunos rayos de iluminación, se les da la advertencia. Por el bien de vuestras almas, no os apartéis ni seáis desobedientes a la visión celestial. Es posible que hayáis visto algo con respecto a la justicia de Cristo, pero todavía hay verdad que ver claramente, y que debéis estimar tan preciosa como las joyas raras. Veréis la ley de Dios y la interpretaréis al pueblo bajo una luz enteramente diferente de la que habéis hecho en el pasado, porque la ley de Dios será vista por vosotros como reveladora de un Dios de misericordia y justicia. La expiación, hecha por el estupendo sacrificio de Jesucristo, será vista por ustedes bajo una luz totalmente diferente. Verá el pecado en su carácter atroz. Pero los judíos no querían ver esto. Jesús les dijo: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". "Porque todo

aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas". "Enviasteis a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre; sino que digo esto, para que seáis salvos." Apela a que recuerden la profunda convicción que había en ellos bajo los mensajes de Juan. Dijo: "Él era una luz ardiente y resplandeciente; y vosotros quisisteis por un tiempo regocijaros en su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha dado para que las acabe, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado. Y el Padre mismo, que me ha enviado, ha dado testimonio de mí. No habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su figura. Y no tenéis su palabra permaneciendo en vosotros; porque a quien él envió, a ése no creéis". El testimonio del Padre había sido dado. "Jesús, después de ser bautizado, subió luego del agua; y he aquí que se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él; y he aquí una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia."

Aunque los hombres a quienes entonces se dirigía personalmente no habían oído la voz, sí habían oído el informe, y sabían que el testimonio de Juan no se daba en un rincón. El testimonio de Juan había sido positivo, había sido dado en la demostración del Espíritu y con poder. Había dado testimonio de lo que sus ojos habían visto, de lo que sus oídos habían oído, de lo que sus manos habían manejado, de la palabra de vida. Jesús dijo: "Hay otro que da testimonio de mí; y yo sé que el testimonio que da de mí es verdadero." Los escribas y fariseos habían creído entonces las palabras de Juan, pero el orgullo y la incredulidad obraron en sus corazones según la orden de Satanás, y se revelaron la envidia, los celos y el odio franco contra Cristo.

Jesús dijo a sus discípulos: "Si yo no hubiera venido a hablarles, no tendrían pecado; ... pero ahora han visto y me han odiado a mí y a mi Padre. Pero esto sucede para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Me odiaron sin causa. Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio."

20 de noviembre de 1893

El Buen Pastor estima a una oveja perdida

EGW

"Entonces se le acercaron todos los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores, y come con ellos. Y les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la echa sobre los hombros con alegría. Y cuando vuelve a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. ¿O qué mujer que tiene diez piezas de plata, si pierde una pieza, no enciende una vela, y barre la casa, y busca diligentemente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he hallado la pieza que había perdido. De igual manera os digo que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente."

La misión y la obra de Cristo no armonizaban con la obra de los fariseos. Estaban llenos de presunción, y vieron que Cristo no aprobaba sus obras. No les dirigió palabras halagadoras para alimentar su orgullo. Estaban decepcionados de que Jesús, que manifestaba al mundo un carácter tan elevado, no se mezclara con ellos y practicara su manera de enseñar, en vez de ir por ahí de una manera tan poco pretenciosa, trabajando entre todas las clases de personas. Vieron entre la gente que escuchaba embelesada a quienes no pertenecían a la nación judía, y que nunca habían manifestado el menor interés por sus enseñanzas.

Cuando los fariseos expresaron su descontento por la clase de gente con la que se mezclaba, Jesús les expuso el asunto en la parábola de la oveja perdida. Pero se les oscureció el entendimiento, porque Satanás tenía poder sobre sus mentes, y se pusieron en oposición a Jesús. Los fariseos decían que si Jesús fuera un verdadero profeta, armonizaría con ellos, y expresaría sus preceptos y máximas, y trataría a los miserables publicanos y pecadores como ellos los trataban. Al dar a su Hijo para que muriera por los pecados del mundo, el Señor Dios puso de manifiesto cuál era la estimación que tenía de los hombres; pues al dar a Jesús al mundo, dio el mejor regalo del cielo. Por este costoso sacrificio se exige la más profunda gratitud de todas las almas. Sea cual fuere la nación, el linaje o

la lengua, sea el hombre blanco o negro, sigue llevando la imagen de Dios, y "el estudio propio de la humanidad es el hombre", visto desde el hecho de que es la compra de la sangre de Cristo. Mostrar desprecio, manifestar odio hacia cualquier nación, es revelar la característica de Satanás. Dios ha puesto su estimación en el hombre al entregar a Jesús a una vida de humillación, pobreza y abnegación, al desprecio, al rechazo y a la muerte, a fin de que el hombre, su oveja perdida, pudiera salvarse. ¿Es entonces un hecho notable que todo el cielo esté interesado en el rescate del hombre? ¿Es un hecho maravilloso que diez mil veces diez mil, y miles de miles de ángeles estén empleados en ascender y descender por la escala mística para ministrar a aquellos que serán herederos de la salvación? Los ángeles no vienen a la tierra para denunciar y destruir, para gobernar y exigir homenaje, sino que son mensajeros de misericordia para cooperar con el Capitán del ejército del Señor, para cooperar con los agentes humanos que saldrán a buscar y salvar a las ovejas perdidas. Se ordena a los ángeles que acampen alrededor de los que temen y aman a Dios.

La simpatía de todo el cielo se alista en favor de la oveja que se aleja del redil. Si los fariseos hubieran obrado en armonía con Dios, en vez de unirse con el adversario de Dios y del hombre, no se los habría encontrado despreciando la compra de la sangre de Cristo. Cuando los engaños de Satanás se desvanecen de las mentes humanas, cuando el pecador mira al Calvario y ve la costosa ofrenda que se ha dado para salvar a una raza apóstata y arruinada, contempla y se conmueve profundamente por el amor de Dios, y se arrepiente. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros". ¡Oh, que pudiéramos comprender el amor de Dios, y aun en un grado débil, sentir la compasión que se ha manifestado hacia el hombre caído! ¡Cómo miraríamos y viviríamos! Al contemplar a Cristo, el hombre cambia y transforma su carácter de gloria en gloria. Se entra en el conflicto entre la luz y las tinieblas. Mira, pobre pecador, representado por la oveja perdida que busca el pastor, mira a la cruz. Los fariseos pueden despreciar a aquel a quien el Señor quiere salvar. En el pobre ciego al que el Pastor compasivo devolvió la vista, había alguien a quien los fariseos santurriones sólo consideraban digno de desprecio y odio.

Jesús, el Hijo del Altísimo, está luchando contra los poderes de Satanás, que está poniendo en práctica todas las estratagemas posibles para contrarrestar la obra de Dios. El premio por el que luchan las potencias de la luz y de las tinieblas es el alma del hombre. El Buen Pastor busca a sus ovejas, y ¡cuánta abnegación, cuántas penurias, cuántas privaciones soporta! Los subpastores saben algo del duro conflicto, pero poco en comparación con lo que soporta el

Pastor de las ovejas. ¡Con qué compasión, con qué dolor, con qué persistencia busca a los perdidos! Cuán pocos se dan cuenta de los esfuerzos desesperados que hace Satanás para frustrar el propósito del Pastor. Cuando el Pastor encuentra por fin a su oveja perdida, la toma en sus brazos con regocijo y la lleva sobre sus hombros al redil. Se tocan las arpas del cielo y se canta un himno de júbilo por el rescate de la oveja descarriada y perdida. "Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse".

¿Cómo se manifiesta el contraste entre los escribas y fariseos de ceño fruncido y el Cristo que ellos condenaron, malinterpretando su misión y dando a sus palabras la peor interpretación posible? El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Una oveja perdida nunca vuelve al redil de sí misma. Si no es buscada y salvada por el pastor vigilante, vaga hasta perecer. ¡Qué representación del Salvador es ésta! Si Jesús, el Buen Pastor, no hubiera venido a buscar y salvar a los errantes, habríamos perecido. Los fariseos habían enseñado que sólo se salvaría la nación judía, y trataban con desprecio a todas las demás nacionalidades. Pero Jesús atrajo la atención de los que los fariseos despreciaban, y los trató con consideración y cortesía. Como hizo esto, los fariseos trataron de acusarlo y destruir su influencia.

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Este amor a favor del hombre, expresado en el don de su Hijo unigénito, suscitó en Satanás el odio más intenso, tanto hacia el Dador como hacia el Don inestimable. Satanás había representado al Padre ante el mundo bajo una luz falsa, y por medio de este gran Don sus representaciones resultaron falsas, porque aquí estaba el amor sin paralelo, demostrando que el hombre iba a ser redimido por un costo inconcebible. Satanás había tratado de borrar la imagen de Dios en el hombre para que, al contemplarlo en su miseria, en su perversidad, en su degradación, Dios se viera inducido a abandonarlo como perdido sin remedio. Pero el Señor dio a su Hijo unigénito para que el más pecador, el más degradado, no tenga que perecer, sino que, creyendo en Jesucristo, pueda ser reclamado, regenerado y restaurado a la imagen de Dios, y tener así la vida eterna.

27 de noviembre de 1893

Las verdaderas ovejas responden a la voz del pastor

EGW

"Yo soy el Buen Pastor, y conozco a mis ovejas, y soy conocido de las mías. Como el Padre me conoce, así también yo conozco al Padre; y doy mi vida por las ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas las traeré, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un Pastor."

En Oriente, el pastor acostumbra a poner nombre a sus ovejas y, a medida que éstas aprenden sus nombres, responden a la voz del pastor. El pastor va delante de ellas y las conduce fuera, guiándolas del redil a los pastos. Las ovejas reconocen la voz del pastor y le siguen. Jesús declaró ser el verdadero pastor, porque dio su vida por las ovejas. Dice: "Por eso me ama mi Padre, porque yo doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para darla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento he recibido de mi Padre".

Jesús pronunció estas palabras en presencia de un gran número de personas, y una profunda impresión se hizo en los corazones de muchos de los que escuchaban. Los escribas y los fariseos se llenaron de celos, porque muchos le tenían en gran estima. Entre la multitud había también gobernantes, que quedaron profundamente impresionados al escuchar sus importantes palabras. Mientras él se representaba a sí mismo como el Verdadero Pastor, los fariseos decían: "Tiene un demonio y está loco; ¿por qué le escucháis?". Pero otros distinguieron la voz del Verdadero Pastor, y dijeron:

"Estas no son palabras de quien tiene un demonio. ¿Acaso puede un diablo abrir los ojos de un ciego? Era en Jerusalén la fiesta de la dedicación, y era invierno. Y Jesús se paseaba en el templo, en el pórtico de Salomón. Entonces los judíos, rodeándole, le dijeron: ¿Hasta cuándo nos haces dudar? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente. Jesús les respondió: Os lo dije, y no creísteis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y mi Padre somos uno".

Con qué firmeza y poder pronunció estas palabras. Los judíos nunca antes habían oído tales palabras de labios humanos, y una influencia convincente los acompañó; porque parecía que la divinidad destellaba a través de la humanidad cuando Jesús dijo: "Yo y mi Padre somos uno". Las palabras de Cristo estaban llenas de profundo significado al afirmar que él y el Padre eran de una misma sustancia y poseían los mismos atributos. Los judíos comprendieron su significado, no había razón para que lo malinterpretaran, y tomaron piedras para apedrearlo. Jesús los miró con calma y sin escrúpulos, y dijo: "Muchas obras buenas os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?".

La Majestad de los cielos se erguía, tranquila y segura, como un dios ante sus adversarios. Sus rostros ceñudos, sus manos llenas de piedras, no le intimidaban. Sabía que fuerzas invisibles, legiones de ángeles, le rodeaban, y a una sola palabra de sus labios golpearían con consternación a la multitud, si se ofrecieran a arrojar sobre él una sola piedra. Él permaneció impávido ante ellos. ¿Por qué no volaron las piedras hasta el blanco? -Porque la divinidad atravesó a la humanidad, recibieron una revelación y se convencieron de que las suyas no eran reivindicaciones comunes. Sus manos se relajan y las piedras caen al suelo. Sus palabras habían afirmado su divinidad, pero ahora su presencia personal, la luz de sus ojos, la majestad de su actitud, daban testimonio de que era el Hijo amado de Dios.

Si los fariseos hubieran malinterpretado sus palabras, podría y habría corregido su impresión errónea. Podría haberles dicho que no era un blasfemo, aunque se había llamado a sí mismo Hijo de Dios, y que sus palabras no significaban necesariamente que se había investido de prerrogativas divinas y se había hecho igual al Padre. Pero no hizo tal afirmación. La impresión que habían recibido era la misma que él deseaba causar. Jesús les respondió: "¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Vosotros sois dioses? Si él los llamó dioses, a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada, ¿vosotros decís de Aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo: Tú blasfemas, porque yo dije: Yo soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras; para que sepáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en él." De nuevo el odio y la ira se agitan en el pecho de los judíos, y procuraron "prenderle; pero escapó de sus manos, y se fue otra vez al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan bautizaba al principio; y allí se quedó. Y muchos recurrían a él, y decían: Juan no hizo ningún milagro; pero todo lo que Juan dijo de este hombre, era verdad. Y muchos creyeron en él allí.

4 de diciembre de 1893

Jesús Buen Pastor

EGW

"De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. A él abre el portero, y las ovejas oyen su voz; llama a sus ovejas por su nombre y las saca. Y cuando saca a sus ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al extraño no seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Esta parábola les habló Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía."

Aquí se demostró que una ceguera peor que la física cerraba el entendimiento del pueblo judío. Por su infinito poder, Jesús podía curar a los que estaban físicamente ciegos, pero los que estaban espiritualmente ciegos no podían discernir su necesidad de iluminación, pues se creían justos. El trato que Jesús recibió de los de su propia nación es simbólico del trato que iba a recibir del mundo entero. Vivía en el mundo, y sentía un profundo y sincero amor por el mundo, y especialmente por la nación judía. La cuestión fue llevada a un asunto que había sido el punto de controversia desde la caída, concerniente al carácter de Dios. Satanás había acusado a Dios de ejercer un poder arbitrario y de alejar de sí a la raza humana. Satanás sembró semillas de enemistad, y las mantuvo bien regadas, a fin de tener éxito en engañar a las almas, y triunfar así sobre Cristo, haciendo más profundo e infranqueable el abismo entre la tierra y el cielo. Presentó sus falsedades como verdad, y se envalentonó en la transgresión, procurando agotar la bondad, la misericordia y la indulgencia de Dios, para extinguir de su corazón todo amor al hombre, y exasperar así de tal modo la justicia divina, que Dios dejase al mundo bajo la jurisdicción satánica. "Porque la sentencia contra una obra mala no se ejecuta con prontitud, por eso el corazón de los hijos de los hombres está plenamente dispuesto en ellos para hacer el mal". En lugar de ser ablandados por la larga paciencia de Dios, se alientan a sí mismos en una continua resistencia.

Satanás tomó el campo en persona contra Jesucristo. Los ángeles malos conspiraron con los hombres malos para resistir al bien, para pisotear la justicia, y todas las energías del mal se confabularon juntas para destruir al campeón de Dios y de la verdad. Mientras el éxito parece acompañar la actividad magistral de Satanás, Jesús sale al campo para disputar su poder. Jesús vino "a los suyos,

y los suyos no le recibieron". Se le encomendó un embajada de misericordia, enviada por el Padre en una crisis en que la rebelión se había extendido por el mundo, a fin de que el hombre no pereciera, sino que tuviera vida eterna mediante la fe en el Hijo de Dios. Por medio de Cristo debían herir la cabeza de la serpiente y obtener la vida eterna.

Jesús era la verdad, y sin embargo fue despreciado como un engañador. Fue perseguido de un lugar a otro como un malhechor. Su propia nación tomó parte activa en despreciarlo. Sus amigos, e incluso sus propios hermanos, le negaron y abandonaron. Se pusieron en práctica todas las crueldades que un ángel apóstata podía instigar. Fue azotado con tentaciones, lacerado con azotes, coronado de espinas, escarnecido y ridiculizado como falso rey, y finalmente crucificado en la cruz.

Satanás ha mantenido su sistema de crueldad, y todavía emplea su planeada agencia de torcimiento y engaño, y acusa y condena y tortura para poder controlar la conciencia. Mientras ejercía su poder torturando a aquellos a quienes controlaba mediante la posesión demoníaca, echaba la culpa de ello al Señor Dios del cielo. Dio su propia interpretación a sus acciones satánicas, y acusó a Dios de ser el autor de todo mal. En la parábola del pastor, Jesús pone su propia interpretación en su trabajo y misión, y se representa a sí mismo como el buen pastor, apacentando y cuidando de las ovejas. Dijo: "El que no entra por la puerta [por sí mismo] en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador". Cristo dijo que todos los que vinieron antes que él afirmando ser el Mesías eran engañadores. En la época de la venida de Cristo había mucha agitación respecto a la aparición del Mesías del mundo. La nación judía esperaba la venida de un gran libertador, y hubo hombres que se aprovecharon de esta expectación, poniéndola al servicio de sí mismos, para así beneficiarse y ser glorificados. La profecía había predicho que surgirían estos engañadores. Los engañadores no vinieron en la forma en que se había profetizado que vendría el Redentor del mundo; pero Cristo vino, respondiendo a todas las especificaciones. Tipos y símbolos lo habían representado, y en él el tipo se encontró con el antitipo. En la vida, misión y muerte de Jesús se cumplieron todas las especificaciones.

Jesús era el buen pastor a quien abre el portero, que conoce a las ovejas, llama a las suyas por su nombre y las saca. Él es más fuerte que el ladrón y el salteador, los que no entran por la puerta, sino que suben por otro camino. Los fariseos no fueron capaces de discernir que esta parábola iba dirigida contra ellos, los supuestos líderes del pueblo, pastores del rebaño. Jesús se presentó en contraste

con ellos, y cuando ellos razonaron en sus corazones sobre lo que podía querer decir con la parábola, dijo: "Yo soy la puerta de las ovejas.... El que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas". Cristo se presenta a sí mismo como el único en quien concurren los requisitos para ser un buen pastor. Se le representa como el "Pastor principal". Pedro escribe: "Cuando aparezca el Gran Pastor, recibiréis una corona de gloria que no se marchita." De nuevo se le llama el gran Pastor. "Y el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, por la sangre de la alianza eterna, os haga perfectos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo en vosotros lo que es agradable delante de él, por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos." "Pero el asalariado, y no el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo las arrebató, y dispersa las ovejas. El asalariado huye, porque es asalariado, y no cuida de las ovejas."

Los fariseos acababan de separar a uno del redil porque había reconocido que Jesús había obrado un milagro maravilloso y le había abierto los ojos. Habían llamado al ciego después de su curación y le habían dicho: "Alabad a Dios; sabemos que este hombre es un pecador. Nunca podría haber obrado el milagro. En cuanto a que este hombre hizo el milagro, estáis equivocados. Es sólo un engaño". Pero el hombre restablecido respondió: "Si es pecador o no, no lo sé; una cosa sé: que, siendo ciego, ahora veo." Entonces volvieron a preguntar: "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? ¿Cuánto les costó convencer! ¿Cuánto se esforzaron por encubrir con incredulidad la poderosa obra de Jesús, y trataron de persuadir al hombre para que no creyera en sus propios sentidos! Eran, en verdad, falsos pastores, y procuraban dispersar las ovejas. Pero el ciego, al que habían hecho ver, respondió a sus burlas preguntándoles si ellos también querían ser discípulos suyos. Estaban indignados de que aquel ignorante se atreviera a enseñarles, y apenas encontraban palabras para expresar su desprecio. Eran hombres que habían sido educados en las escuelas y pretendían ser expositores de las Escrituras. No debían ser considerados discípulos de ningún pretendiente, y se declararon discípulos de Moisés.

Pero el hombre en quien se había obrado el milagro no se dejó intimidar por su desprecio, y dijo: "He aquí una cosa maravillosa, que no sabéis de dónde es, y sin embargo me ha abierto los ojos. Ahora bien, sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es adorador de Dios y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio del mundo no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a

un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, nada podría hacer". La indignación de los escribas y fariseos no tuvo límites. Arremangándose las vestiduras, como si temieran contaminarse, sacudiendo el polvo de sus pies contra él, y tratándole con el mayor desprecio y burla, le decían: "Tú, que has nacido en pecado, ¿nos enseñas?". Y de manera nada suave lo echaron de la sinagoga. La oveja fue expulsada del redil por ser un testigo vivo del poder de Cristo. Muchos han sido expulsados de la iglesia cuyos nombres estaban inscritos en el libro de la vida. Lobos disfrazados de ovejas estaban dispuestos a echar del redil y devorar a uno que tenía derecho a los pastos del Señor; pero Jesús, el Verdadero Pastor, lo buscó y le dio un lugar dentro del redil.

11 de diciembre de 1893

La verdad revelada a los humildes

EGW

"Respondió Jesús y dijo: Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los prudentes, y las revelaste a los niños". El Señor Jesús presentó los tesoros celestiales al pueblo judío, pero muchos de ellos no quisieron recibirlos. Los hombres cultos se creían demasiado sabios para necesitar instrucción, demasiado justos para necesitar salvación, demasiado honrados para necesitar el honor que Jesús les conferiría al hacerlos colaboradores de Dios. En los escribas, fariseos y gobernantes, Jesús no encontró las botellas para su vino nuevo. Se vio obligado a recurrir a hombres humildes, cuyos corazones no estaban llenos de envidia, codicia y justicia propia. Los humildes pescadores obedecieron la llamada del divino Maestro, mientras que los escribas y fariseos se negaron a convertirse.

Los discípulos que Jesús llamó eran incultos, y estaban lejos de ser perfectos de carácter cuando Jesús los unió a sí mismo; pero estaban dispuestos a aprender del Maestro más grande que el mundo jamás conoció. Eran hombres verdaderamente convertidos, y se convirtieron en las nuevas botellas en las que Jesús podía verter el vino nuevo de su reino. Pero aunque se habían convertido a Cristo, a causa de su limitada comprensión terrenal -resultado de la enseñanza que habían recibido de los judíos- eran incapaces de comprender plenamente la naturaleza espiritual de la verdad que él podía impartir. El peso de su instrucción era la necesidad de que sus seguidores tuvieran corazones puros y santos, pues sólo la santidad los capacitaría para convertirse en súbditos de su reino celestial.

El Sembrador divino esparció granos de preciosa semilla, que no podemos ver hasta que un hábil obrero, bajo la guía del Espíritu Santo, los reúne y nos los presenta como un sistema completo de verdad, desplegando las profundidades del amor divino. Durante todas las edades, Jesús, el autor de la verdad, a través de profetas y personas, había presentado verdad sobre verdad a los judíos, desde la columna de nube y fuego. Pero la verdad que había dado se había mezclado con el error, y era necesario separarse de la compañía de la herejía y del mal. Era necesario reajustarla en el marco del Evangelio, para que pudiera brillar con su lustre original e iluminar las tinieblas morales del mundo. Dondequiera que encontraba una gema de la verdad que se había perdido de su lugar, o que había sido estropeada por el error, la reajustaba y estampaba en ella la firma de Jehová. Demostró ser la palabra y la sabiduría de Dios.

Los asuntos comunes del tiempo y de la tierra habían absorbido las mentes de la gente en la época de Cristo, tal como Satanás había querido que lo hicieran. El pecado había expulsado del corazón el amor de Dios, y en lugar del amor de Dios se hallaba en el corazón el amor del mundo, el amor de la complacencia pecaminosa de las malas pasiones. Sólo Cristo podía ajustar las pretensiones entre el cielo y la tierra. La visión del hombre se había cegado, porque no tenía a la vista el mundo espiritual y eterno. Pero el tipo de enseñanza que Cristo dio al mundo no armonizaba con la enseñanza de los escribas y fariseos; porque su religión consistía en una ronda de formas y ceremonias, y la ofrenda de sacrificios, que había sido diseñada por Cristo para tener presente su sacrificio, había perdido su significado. A menos que los sacrificios se ofrecieran con fe, acompañados de contrición y humildad, carecían de valor a los ojos de Dios, e incluso eran una abominación para él. Dios había declarado repetidamente que los sacrificios aceptables para él eran un corazón quebrantado y contrito. Dijo: "Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu".

En la perfección del carácter de Cristo se hallaba el rescate por el pecador, la manera en que el rebelde contra Dios podía ser reconciliado con Dios. Aquellos que se sometan al poder de atracción de Cristo, pueden ser justificados por un Dios justo. Jesús es la escalera que vio Jacob. La base de esta escalera descansa sobre la tierra, en la naturaleza humana de nuestro Señor, y su cima alcanza el trono de Dios, en su divinidad. La luz de la gloria de Dios ilumina toda la escalera, y esa luz brilla en cada corazón creyente, iluminando, fortaleciendo, alentando. Ángeles de resplandeciente fulgor ascienden y descienden por esta escala, y ministran a los que serán herederos de la salvación. Por el mérito de Cristo, se ha abierto la comunicación entre el cielo y la tierra, y el sistema de

sacrificios instituido en la caída de Adán no tenía otra virtud que la de mostrar al gran Mediador entre Dios y el hombre. Jesús era el verdadero Sacrificio, que había de morir por la transgresión del hombre. El sacrificio de Caín fue rechazado porque no era una ofrenda que reconociera el sacrificio de Cristo por los pecados del mundo. En la ofrenda de Caín no había confesión de pecado, ni reconocimiento de que necesitaba un Salvador. Hoy en día hay miles y decenas de miles que están cometiendo el mismo error que Caín, y como lo hicieron los fariseos en los días de Cristo. Están confiando en sí mismos, y dependiendo de su propia sabiduría, y no se dan cuenta de su propia pobreza espiritual. A ellos les llega el mensaje de Laodicea: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente; ojalá fueras frío o caliente. Así que, porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque dices: Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo."

Como en los días de Cristo, los fariseos no conocen su propia indigencia espiritual. El Señor dice: "Te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas." La fe y el amor son el oro probado en el fuego. Pero con los fariseos el oro se ha oscurecido, y el rico tesoro se ha perdido. A ellos se les dice: "Tengo algo contra ti, porque has dejado tu primer amor. Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; o vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes."

Pero aunque estos mensajes de reprensión se dirigen a los que han reincidido y han dejado su primer amor, Aquel que conoce todas las cosas nos ha dado esta preciosa promesa: "Llevaré a los ciegos por camino que no conocían; los guiaré por sendas que no han conocido; haré que las tinieblas se aclaren delante de ellos, y que lo torcido se enderece. Estas cosas haré con ellos, y no los desampararé". Uno que ha sido ungido con el espíritu de sabiduría y entendimiento, es capaz de guiar a toda alma que se someta a ser guiada, y Él ha recorrido cada paso del camino antes que nosotros. "Si a alguno le falta sabiduría", que se apoye en su prójimo... -No; "que pida a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no reprende".

En la persona y la obra de Cristo se revela la santidad de Dios; porque Cristo vino a revelar al Padre. Satanás había ensombrecido el camino de la humanidad y tergiversado el carácter de Dios. La controversia de Satanás no terminó cuando fue expulsado de los atrios del cielo. Odió a Cristo por su posición en

los atrios de Dios, y lo odió aún más cuando él mismo fue destronado. Lo odió cuando vino a un mundo arruinado, para mostrar misericordia y manifestar su compasión hacia una raza de pecadores. A través de los sumos sacerdotes y fariseos se manifestó el odio de Satanás hacia el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

18 de diciembre de 1893

El carácter a prueba

EGW

Debemos formar caracteres según el Modelo divino, Jesucristo, y subordinar a él todo poder y capacidad de nuestras naturalezas en esta vida, para que por medio de él tengamos derecho a la futura vida inmortal. "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Los que tienen un carácter que será hallado digno de un lugar en el reino de Dios, serán aquellos que se han familiarizado con Dios, que han obedecido las instrucciones explícitas dadas en su palabra. Ellos tendrán derecho a un asiento en la cena de bodas del Cordero.

La única manera de distinguir entre el verdadero cristiano y el que pretende serlo es por el fruto de la vida. Las obras testificarán si Cristo, la esperanza de gloria, está formado en el interior o no. Todo el que entre en el reino de los cielos habrá sido probado y comprobado. Judas fue uno de los favorecidos al asociarse con Cristo y sus discípulos. Estuvo con Jesús durante el tiempo de su ministerio público, y poseía cualidades de carácter que lo habrían convertido en una bendición para la iglesia si se hubiera sometido a la disciplina que Jesús deseaba que tuviera. Tuvo el privilegio de gozar de las mismas ventajas que Juan y los demás discípulos, y pudo haberse beneficiado de la educación y formación del Maestro más grande que el mundo haya conocido.

En Cristo contempló un carácter que era puro, inofensivo e inmaculado, y su corazón se sintió atraído por el amor a su Maestro. Pero la luz que se derramó sobre él desde el carácter de Cristo, trajo consigo la responsabilidad de renunciar a todo rasgo natural o adquirido que no estuviera en armonía con el carácter de Cristo. En esto Judas no resistió la prueba. El amor al mundo estaba profundamente arraigado en su corazón, y no renunció a su amor por el mundo, ni rindió su ambición a Cristo. Nunca llegó al punto de entregarse plenamente a Jesús. Sentía que podía conservar su propio juicio y opinión individuales. Aunque aceptó la posición de ministro de Cristo, nunca se sometió al moldeado

divino de Cristo. Se aferró a sus objetables rasgos de carácter, se entregó a sus propios hábitos pecaminosos y, en vez de volverse puro y semejante a Cristo, se volvió egoísta y codicioso. El egoísmo se convirtió en el poder dominante de su vida.

Judas escuchaba las lecciones que Cristo daba a sus discípulos y a las multitudes, y no ofrecía ninguna oposición, ni parecía cuestionar su importancia. No hizo ninguna murmuración externa hasta el momento en que María ungió los pies de Jesús. El registro dice:

"Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, que había estado muerto, al cual resucitó de los muertos. Allí le hicieron una cena; y Marta servía; pero Lázaro era uno de los que se sentaban a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de unguento de nardo, muy costoso, y ungió los pies de Jesús, y enjugó sus pies con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del unguento. Entonces dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no se vendió este unguento por trescientos denarios, y se dio a los pobres? Esto dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y desnudaba lo que se ponía en ella."

En la circunstancia de la unción de los pies de Jesús por María, se reveló la mancha de peste del carácter de Judas. Había llegado la crisis en la vida de Judas, y el rasgo dominante de su carácter tomó su supremacía sobre cualquier otro rasgo. La codicia, que es idolatría, había sido cultivada y se había fortalecido en su corazón, y cuando le sobrevino la tentación, fue dominado por ella. Las tentaciones de Satanás siempre encontrarán así una respuesta de los elementos de depravación que hay en el carácter humano que no han sido resistidos y vencidos. La avaricia codiciosa que Judas había satisfecho durante años, ahora la controlaba y dominaba cualquier otra característica de su naturaleza. Se armonizó con los designios de Satanás, y el mal triunfó cuando cedió a la tentación. Aunque profesaba ser seguidor de Jesús, en el fondo fortalecía la maldad de su carácter. Jesús conocía toda transgresión, y ahora miraba con tristeza a aquel que era contado entre los doce, y que sin embargo no era hacedor de las palabras de Cristo.

Los discípulos no podían discernir la maldad del corazón de Judas; sólo el ojo de Dios podía discernir el motivo oculto, el deseo impío. Cuando se acoge un pensamiento impuro, se abriga un deseo impío, se forma un propósito rebelde, se mancha la pureza del alma y se arruina su inocencia, prevalecen las tentaciones y triunfa el infierno. "Todo hombre es tentado, cuando de su propia

concupiscencia es atraído y seducido. Entonces, cuando la concupiscencia concibe, da a luz el pecado; y el pecado, cuando se consuma, da a luz la muerte." Un hombre es tentado a pecar cuando se le presenta algún objeto atractivo o indulgencia, y es atraído a sobrepasar los principios, y a violar su conciencia al hacer lo que sabe que está mal. Esto era lo que Judas estaba haciendo. No tenía aceite en la vasija de su lámpara. Profesaba tener un profundo interés por el bienestar de los pobres, pero todas sus profesiones eran fingidas, mera hipocresía. Quería dar a los demás la impresión de que era un hombre muy piadoso, pero en realidad no era más que un pecador engreído.

Era su día para buscar la gracia, la pureza y la santidad; pero no las buscó. No cultivó la humildad ni murió al mundo. No cultivó la esperanza y el amor, ni manifestó devoción pura a Dios. No obtuvo un carácter fuerte y noble, lleno de fe y santo empeño, sino que permitió que prevalecieran los elementos salvajes y no santificados del carácter. Durante toda su vida repitió continuamente actos de egoísmo, aunque vistiendo el ropaje de la religión.

Los que se contentan con tener una religión meramente formal, los que no llevan a la práctica las lecciones de Cristo, ponen de manifiesto la debilidad de su carácter cuando les sobrevienen la prueba y la tentación, y demuestran que no eran cristianos. Todo deber que se cumple con amor a Jesús, con sencillez y humildad, despojado de todo egoísmo, tiene su efecto en el carácter y lo modela según el Modelo divino. A través de la fidelidad en la vida cristiana, el alma se fortalece para resistir los repentinos asaltos de la tentación, porque el verdadero cristiano aprende a depender de Cristo para obtener fuerza y gracia. Cuando se supera y resiste la primera tentación, se supera y resiste más fácilmente la segunda. Podemos ser capaces de resistir toda tentación que asalte el corazón invocando a nuestro poderoso Libertador.

Satanás no puede obligar a nadie a pecar. El pecado es un acto individual del pecador. Antes de que el pecado exista en el corazón, debe darse el consentimiento de la voluntad, y tan pronto como se da, el pecado triunfa, y el infierno se regocija. Pero no hay excusa para el pecado, ni grande ni pequeño. Cristo ha sido provisto como refugio del tentado. "Porque ciertamente no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham. Por lo cual fue necesario que en todo fuese semejante a sus hermanos, para que fuese misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

"Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro."

La tentación no es pecado, y no es indicio de que Dios esté disgustado con nosotros. El Señor permite que seamos tentados, pero mide cada tentación y la distribuye según nuestro poder para resistir y vencer el mal. Es en tiempos de prueba y tentación cuando podemos medir el grado de nuestra fe y confianza en Dios, y estimar la estabilidad de nuestro carácter cristiano. Si somos fácilmente empujados y vencidos, debemos alarmarnos; porque nuestra fuerza es pequeña. Consideremos las palabras de consuelo que han quedado registradas para nuestra instrucción: "No os ha sobrevenido otra tentación que la común a los hombres; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar". Dios ha repartido la tentación en proporción a la fuerza que puede suministrar, y nunca permite que seamos tentados más allá de nuestra capacidad para resistir o soportar. "El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos". "Bienaventurado el hombre que soporta la tentación; porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman". Mediante la oración y la palabra de Dios seremos capacitados para vencer la tentación.

25 de diciembre de 1893

"Caminar en el Espíritu"

EGW

"Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu. No seamos deseosos de vanagloria, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros". Muchos engañan a sus propias almas, porque, aunque asienten a la verdad, no llegan a santificarse por medio de ella. Para tener una experiencia religiosa correcta es esencial no sólo tener una idea inteligente de lo que es la teoría de la verdad, sino que el corazón y la mente deben ser entrenados, y los hábitos deben estar en armonía con la voluntad expresa de Dios. La Palabra, los requisitos de Dios, deben ser estudiados; porque si entretejemos en nuestra experiencia principios incorrectos, abrigaremos ideas falsas en cuanto a lo que constituye un cristiano, y no seremos hallados obedeciendo la voz de Dios. No podemos discernir espiritualmente el carácter de Dios, ni aceptar a Jesucristo por la fe, a menos que nuestra vida y nuestro carácter estén marcados por la

pureza, por el derribo de las imaginaciones y de toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y por llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo.

Es el pecado el que ha arrastrado y degradado las facultades del alma; pero mediante la fe en Jesucristo como nuestro Redentor, podemos ser restaurados a la santidad y a la verdad. Todo el que quiera aprender de Cristo debe despojarse de la sabiduría humana. El alma debe ser limpiada de toda vanidad y orgullo, y desalojada de todo lo que la ha tenido en preposesión, y Cristo debe ser entronizado en el corazón. La lucha constante en el alma que resulta del egoísmo y la autosuficiencia debe ser reprendida, y la humildad y la mansedumbre deben tomar el lugar de nuestra autoestima natural. Me duele más allá de toda medida cuando veo a hombres y mujeres que profesan el nombre de Cristo, y sin embargo no manifiestan el Espíritu de Cristo; porque sé que moran en un engaño fatal. Muchos están satisfechos con una mera apariencia de religión, y no tienen ningún conocimiento experimental de las virtudes de Cristo, ninguna conexión vital con Jesús. Escuchan la presentación más escudriñadora de la verdad, pero no aplican la verdad a sus propias almas, porque están revestidos de un manto de justicia propia. Toda impresión saludable es rechazada con el pensamiento de que son cristianos, y que los llamamientos minuciosos y escudriñadores no son para ellos. El mensaje más solemne del gran Maestro a través de sus siervos delegados se les escapa, porque no ven la necesidad de tal advertencia o apelación. No han llegado al punto de darse cuenta de que están enfermos y necesitan un médico. Cristo dijo: "Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos".

La convicción solemne de pecado llevará a los individuos a temblar ante la palabra de Dios, y a rendir sus caminos, sus ideas y su voluntad a Dios. Tiemblo cuando veo a tantos que se sienten perfectamente contenidos. Admitirán que tienen poca experiencia en las cosas religiosas, y cuando se les da la oportunidad de adquirir una experiencia, no avanzan, porque no sienten su necesidad, y así el asunto termina donde empezó; porque no buscan la iluminación divina con verdadera contrición de alma.

Sólo en el altar de Dios encendemos la vela con fuego santo. Sólo la luz divina revelará la pequeñez, la incompetencia de la capacidad humana, y nos dará una visión clara y nítida de la perfección y pureza de Jesucristo. Sólo al contemplar a Jesús desearémos llegar a ser como Él. Sólo cuando vemos su justicia, tenemos hambre y sed de poseerla. Sólo cuando pedimos en oración sincera, con humildad y sencillez, como un niño pequeño pide algo bueno a sus padres

terrenales, Dios nos concederá el deseo de nuestro corazón. Tal oración es escuchada y atendida. El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a quienes lo desean fervientemente, que los padres terrenales a dar buenos regalos a sus hijos. Cristo ha prometido que el Espíritu Santo nos guiará a toda verdad, justicia y santidad. El Espíritu Santo no se da por medida a quienes lo buscan fervientemente, quienes por fe se apoyan en las promesas de Dios. Alegan la palabra empeñada de Dios, diciendo: "Tú lo has dicho. Te tomo la palabra".

El Consolador es dado para que tome de las cosas de Cristo y nos las muestre, para que presente en su rica seguridad las palabras que salieron de sus labios y las transmita con fuerza viva al alma obediente, despojada de sí misma. Es entonces cuando el alma recibe la imagen y la inscripción de lo divino. Entonces Jesucristo se forma dentro de la esperanza de gloria.

"Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia de Dios, la cual él ganó por su propia sangre". Los que son llamados a ser pastores del rebaño de Dios, son llamados a ser obreros juntamente con Dios. El Señor Jesús es el gran Obrero, y rogó a su Padre que sus seguidores fueran santificados por medio de la verdad. Si somos hacedores de la palabra de Dios, comprenderemos que no podemos retener ningún hábito pecaminoso, ni entregarnos a ningún camino torcido o engañoso. Su verdad, su palabra, debe ser introducida con poder divino en nuestros corazones humanos, y debemos purificar nuestros corazones obedeciendo a la verdad. Debemos renunciar a todas las cosas ocultas de deshonestidad, a toda astucia y artimañas satánicas. Debemos estar donde seamos capaces de discernir las asechanzas del que acecha para engañar. El pecado debe ser percibido en su verdadero y odioso carácter, y expulsado del alma. Todos los que predicán la palabra con veracidad y verdad pueden permitirse ser justos en su presentación. No debemos ser engañosos de ninguna manera. Al no manejar engañosamente la palabra de Dios, debemos dejar que la cruz de Cristo destaque en toda nuestra enseñanza. No debemos ocultar el Evangelio, ni cubrir la cruz de Cristo con rosas ornamentales, haciendo así que su predicación carezca de efecto. Que nadie rehuya la cruz de la abnegación. Que la instrucción sea clara en cuanto a lo que significa ser cristiano. "Si alguno quiere venir en pos de mí -dijo Jesús-, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame". "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él". El alimento es la sustancia de la que participamos, para que nuestros cuerpos se fortalezcan y edifiquen. Del mismo modo, debemos alimentarnos con aquello que edifique nuestra naturaleza espiritual. Jesús dijo: "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son

espíritu y son vida". Nuestros cuerpos están compuestos de aquello de lo que nos alimentamos; así nuestra vida espiritual estará compuesta de aquello de lo que nos alimentamos. Si nos alimentamos de Cristo, pensando en él, obedeciendo sus palabras, somos edificados en él, y crecemos en gracia y en el conocimiento de la verdad hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. "Recibiendo un reino inconmovible, tengamos gracia para servir a Dios aceptablemente con reverencia y temor piadoso".

A medida que Dios obra en nosotros la voluntad, debemos cooperar con Dios, manifestando una determinación como la de Daniel de hacer la voluntad de Dios, trabajando en armonía con el Agente divino. Entonces tendremos descanso en Dios. Los maestros de la palabra de Dios no deben retener ninguna parte del consejo de Dios, no sea que el pueblo sea ignorante de su deber, y no entienda cuál es la voluntad de Dios acerca de ellos, y tropiece y caiga en perdición. Pero aunque el maestro de la verdad debe ser fiel en la presentación del Evangelio, que nunca vierta una masa de materia que el pueblo no pueda comprender porque es nueva para ellos y difícil de entender. Tome un punto a la vez, y aclare ese punto, hablando despacio y con voz clara. Habla de tal manera que la gente vea cuál es la relación de ese punto con otras verdades de vital importancia. Todo hombre que se convierte en maestro debe convertirse también en aprendiz, y sentarse diariamente a los pies de Jesús. Es imposible que alguien pueda dividir correctamente la palabra de verdad, a menos que busque fervientemente sabiduría de lo alto para poder entender lo que se enseña en las Escrituras. El Espíritu Santo debe asistir a la palabra hablada al corazón. Será difícil crear prejuicios en los corazones de los que buscan la verdad como un tesoro escondido, si el orador se esconde en Cristo; porque entonces revelará a Cristo, no a sí mismo.

"Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". Pero aunque Dios ha puesto a estos diferentes obreros en la iglesia, no debe haber negligencia de parte de ninguno en el cumplimiento del deber. Que nadie descuide dar instrucción fiel y clara sobre el diezmo. Que haya instrucción en cuanto a dar al Señor lo que él reclama como suyo; porque el encomio del Señor no descansará sobre un pueblo que le roba en diezmos y ofrendas. Será necesario exponer a menudo al pueblo su deber en esta materia, para que rindan a Dios lo que es suyo. Que el primero que presente la verdad sea fiel en presentar este deber, y

que también el que siga el interés, aclare el requisito de Dios sobre el diezmo, para que el pueblo vea que en todos los puntos los obreros están enseñando la misma verdad, y son de un mismo sentir al instarlos a rendir obediencia a todos los requisitos de Dios.

Pero tengan discreción los obreros, y no den manjares fuertes a los que son como niños, sino aliméntenlos con la leche sincera de la palabra. En ningún caso mezclen su propio espíritu e ideas con la verdad, y encubran los preceptos de Dios con tradiciones o suposiciones. Deja que la gente tenga la verdad tal como está en Jesús, y no la mezcles con brebajes de tu propia invención, porque tu presentación de la verdad tendrá un sabor tan fuerte a ti mismo que disgustará a los oyentes. Sé capaz de decir con Pablo: "Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a griegos acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.... Os hago constar hoy que estoy limpio de la sangre de todos los hombres. Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios". Hay un trabajo muy serio que hacer para que puedas escudriñar las Escrituras de tal manera que puedas declarar a aquellos con quienes te reúnes todo el consejo de Dios.

1 de enero de 1894

Cristo busca a los perdidos a través de agentes humanos

EGW

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Los escribas y fariseos habían levantado un muro de separación entre su nación y cualquier otro pueblo. Pasaban por alto a los publicanos y pecadores, como si la comunicación con ellos les acarrearía alguna contaminación moral. Imaginaos el desprecio que sentían hacia Cristo cuando recibía a publicanos y pecadores y comía con ellos. El Señor deseaba derribar el muro de separación, porque amaba a las almas que nunca habían conocido un camino mejor. No hace acepción de personas, y no quiere la muerte de ningún pecador, sino que todos los hombres vengan a él y vivan.

En esta época, como entonces, hay ovejas perdidas que hay que buscar y salvar. Hay muchos que necesitan trabajo personal. Ningún profeta, como Juan el Bautista, les ha gritado el mensaje de advertencia. Nadie les ha señalado al

"Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Pero esto no se debe a que el Señor no tenga interés en estas almas que están listas para perecer, representadas como ovejas perdidas. Pero el Señor no es responsable de ninguna negligencia de su parte. Miren al Calvario y respondan decididamente: No, no. El Señor ha hecho toda provisión para salvar a los hombres al dar a su Hijo. Jesús no consideró un robo ser igual a Dios, porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Cuando reclamó las más altas prerrogativas, no hizo un alarde vacío. Sin embargo, cuando estuvo entre los hombres, no convocó a una multitud de personas, ni hizo sonar una trompeta delante de él para llamar la atención. El gran Maestro vino con sencillez, aunque era la luz del mundo. Enseñó a la gente con palabras claras y sencillas, que todos podían entender. Dijo: "Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre.... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y mi Padre somos uno". "Todo lo que tiene el Padre es mío". Con la familiaridad y facilidad de la costumbre eterna, Jesús pone su mano sobre el trono de Dios.

Al dar a Jesús al mundo, Dios dio todo el cielo en un solo regalo. Entonces, ¿por qué, cuando Dios no ha dejado sin hacer nada que pudiera hacerse, no hay más personas llevadas de las tinieblas a la luz? es porque la voluntad humana no coopera con las inteligencias divinas. Si la voluntad y el camino del Señor se llevaran a cabo, la humanidad sería alcanzada a través de la humanidad, y cada pródigo perdido sería traído a casa, y salvado a través de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, quien probó la muerte por cada hombre. El pecado ya no existiría. Pero es la humanidad la que bloquea el camino. Es por falta de la coparticipación del hombre, a causa de la rebelión, que el camino está bloqueado. La revelación de la verdad de Dios nos llega a través de agentes humanos. Cristo vino al mundo como Hijo del Hombre. Sólo así podía llegar a la humanidad. Jesús entra en la humanidad para que, por su poder y su gracia, la humanidad llegue a ser partícipe de la naturaleza divina. "Sois colaboradores de Dios". El hombre debe cooperar con Jesucristo y, mediante un esfuerzo sincero, trabajar en su propia salvación con temor y temblor, porque es Dios quien obra en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad. El hombre obra lo que Dios obra en él, no por medio de un esfuerzo finito, sino por la fuerza impartida a través de la naturaleza divina. Aquellos que están edificando un carácter semejante al de Cristo, no podrán, no pueden retener su interés de la obra de ayudar a Cristo en la búsqueda y salvación de lo que está perdido.

Los judíos consideraban que el mundo entero estaba maldito, y Satanás reclamaba el mundo. Reclamaba a los publicanos y pecadores como súbditos suyos, pero Cristo vino a disputar sus pretensiones y a desafiar su autoridad usurpada. En esta obra el hombre entra en cooperación con Dios, y debe trabajar como Dios trabaja para la salvación de los hombres caídos. ¿Qué estamos haciendo individualmente para que nuestra luz brille para los demás? Es la negligencia de los hombres al no cooperar con Jesús lo que deja al mundo tanto tiempo sin ser reclamado. Jesús ha dicho de sus seguidores: "Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo". Como Cristo representó al Padre, así ha encargado a sus creyentes que lo representen en carácter. Debemos mostrar su abnegación y sacrificio, y establecer su reino en justicia. Debemos hablar las palabras que Cristo ha hablado, y hacer las obras que Cristo ha hecho. La obra de Cristo no fue destruir, sino salvar. Él dio a sus discípulos lecciones que son del más alto valor; porque a través de sus palabras muchos han de llegar al conocimiento de la verdad bíblica, y enseñar a otros también las lecciones que ellos han aprendido. Los discípulos debían saber que no sólo combatían la influencia de enemigos finitos, sino que también luchaban contra demonios. La luz y las tinieblas estaban en oposición, la verdad y el engaño, el bien y el mal, el cielo y el infierno. Las agencias sobrenaturales satánicas estaban unidas a hombres malvados para corromper y destruir.

Los publicanos y pecadores, tan despreciados por los fariseos, fueron atraídos a Cristo, y sus corazones se despertaron para preguntar: "¿Qué es la verdad?" Los fariseos, cerraron los ojos y los oídos para no ver y oír y convertirse del error de sus caminos, y así salvarse. Las inteligencias celestiales observaban la batalla con temor y reverencia. Mientras los que están perdidos, y atados por Satanás, luchan por romper las ligaduras que los encadenan, son llevados a volar hacia Cristo, el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. El alma pecadora y arrepentida se vuelve esperanzada, sigue a Jesús y capta las palabras de sus labios. El cielo contempla la escena con regocijo; pero los escribas y fariseos miran con el ceño fruncido y con palabras burlonas y despreciativas.

¡Qué contraste entre la actitud de los fariseos y la de los ángeles! Los ángeles miran a Jesús como el Comandante del cielo, el Hijo del Altísimo, y lo ven conteniendo con el príncipe de las tinieblas. El premio por el que luchan es el alma humana, por la que Cristo ha venido a morir, para redimir a los perdidos. Es bueno contemplar la condescendencia divina, el sacrificio, la abnegación, la humillación, la resistencia que el Hijo de Dios debe encontrar al realizar su obra en favor de los hombres caídos. Bien podemos salir de la contemplación de sus sufrimientos exclamando: ¡Increíble condescendencia! Los ángeles se

maravillan al contemplar con intenso interés cómo el Hijo de Dios desciende paso a paso por el camino de la humillación. Es el misterio de la piedad. Es la gloria de Dios ocultarse a sí mismo y sus caminos, no manteniendo a los hombres en la ignorancia de la luz y el conocimiento celestiales, sino sobrepasando la máxima capacidad de conocimiento de los hombres. La humanidad puede comprender en parte, pero eso es todo lo que el hombre puede soportar. El amor de Cristo supera todo conocimiento. El misterio de la redención seguirá siendo misterio, ciencia inagotable y canto eterno de la eternidad. Bien puede exclamar la humanidad: ¿Quién puede conocer a Dios? Podemos, como Elías, envolvernos en nuestros mantos y escuchar la voz apacible y pequeña de Dios.

8 de enero de 1894

El sábado del cuarto mandamiento no cambia

EGW

El mandamiento para la observancia del sábado dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; pero el séptimo día es reposo para el Señor, tu Dios; en él no harás obra alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado; ni tu extranjero que esté dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por eso bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó."

El mandamiento del sábado está colocado en el mismo seno del Decálogo, entre los preceptos inmutables de Jehová. Y sin embargo, desde muchos púlpitos de nuestra tierra se levanta un grito despectivo contra el sábado instituido por el Señor Dios del cielo, y se lo estigmatiza como "el viejo sábado judío". Que todos los que buscan la verdad recuerden que el sábado fue instituido en el Edén antes de que existiera un judío, y que el Salvador dijo: "El sábado fue hecho para el hombre". El cuarto mandamiento fue pronunciado con los otros nueve preceptos morales de Dios, en medio de los truenos y la grandeza del monte Sinaí, y en el lugar santísimo del santuario celestial, arriba, está el arca de Dios. Se la llama el "arca del testamento", y bajo su cubierta -el propiciatorio- están los diez mandamientos que fueron escritos con el dedo de Dios.

En las tablas de la ley, escrito con el dedo del Dios infinito, está el cuarto mandamiento. ¿Acaso dice el mandamiento: "El primer día es sábado para el Señor tu Dios"? -No, dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis

días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó [¿el primer día?] el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo, y lo santificó". Así se lee hoy en la ley sagrada como grabado por el dedo de Dios, y así se conserva en el arca en el templo de Dios en el cielo.

La institución del sábado se hizo cuando se pusieron los cimientos de la tierra, cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas y todos los hijos de Dios gritaban de alegría. Como los otros nueve preceptos de la ley, es de obligación imperecedera. Es el memorial del poder creador de Dios, el recuerdo de su obra excelsa. El cuarto mandamiento ocupa un lugar sagrado en la ley y tiene el mismo carácter sagrado que los otros grandes preceptos morales de Dios. Dios lo ha sellado con su autoridad divina como ley de su gobierno eterno. Nada puede cambiarla, nada puede alterar lo que ha salido de sus labios, ni disminuir en grado alguno su sagrada obligación. La ley del sábado está colocada en medio mismo del Decálogo, y amurallada con la sagrada inmutabilidad de la verdad, la justicia y la santidad.

La caída de Adán fue algo terrible, y las consecuencias de su pecado tan cargadas de maldad que el lenguaje no puede describirlas. Por su desobediencia a la ley divina, el mundo quedó sumido en el desorden y la rebelión. Por su desobediencia, el hombre fue condenado a muerte. La única definición dada en la palabra de Dios en cuanto a lo que es pecado, se encuentra en 1 Juan 3:4: "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley". La ley de Dios es la norma por la cual se medirá el carácter en el juicio. ¿Entienden lo que están haciendo los que sostienen que debe observarse el primer día de la semana en lugar del día ordenado por Jehová? ¿Se dan cuenta de que están llevando a los hombres a pisotear uno de los preceptos de Jehová?

¿Qué significado tiene el sábado si su observancia se traslada al primer día de la semana? Dios lo dio a los hombres como memorial de su obra creadora en seis días y de su descanso en el séptimo. "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla tú también a los hijos de Israel, diciendo: De cierto mis sábados guardaréis; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Por tanto, guardaréis el sábado, porque santo es para vosotros; cualquiera que lo profane, morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, esa persona será cortada de entre su

pueblo. Seis días se puede trabajar; pero el séptimo es el día de reposo, santo al Señor; cualquiera que haga algún trabajo en el día de reposo, morirá. Por tanto, los hijos de Israel guardarán el sábado, para observarlo por sus generaciones, en pacto perpetuo. Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo descansó y reposó. Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra, escritas con el dedo de Dios."

Satanás, el apóstol, el rebelde contra el gobierno de Dios, se ha propuesto borrar el cuarto mandamiento, que pone a la vista al Creador de los cielos y de la tierra, y, en lugar del sábado, se propone hacer que todos los hombres honren un día de trabajo común. Dios bendijo el séptimo día, descansó en él y lo santificó para la observancia del hombre, pero Satanás está decidido a hacer a un lado los reclamos del sábado, y hacer que los hombres acepten un sábado espurio. La excusa para negarse a observar el sábado designado por Dios suele ser que no importa en qué día descansemos, con tal de que sea un día entre los siete. Pero hay una gran diferencia en el día en que se descansa. Descansar en el día que Dios ordenó revela el hecho de que usted honra al Hacedor del cielo y de la tierra; pero hacer caso omiso de ese hecho hace evidente que usted no honra a Dios ni obedece su mandamiento de "acordarse del día de reposo para santificarlo". Vuestra inobservancia del memorial de la creación muestra que no ponéis ningún mérito en el día que ha sido santificado y bendecido, y pensáis que seréis excusados si observáis el día que ha sido designado por el Papado, que se ha exaltado a sí mismo por encima de Dios y de todo lo que es adorado.

Aceptáis un día de trabajo común en lugar del día que ha sido santificado y bendecido, pero al hacerlo ofrecéis un insulto positivo al Dios del cielo. Al aferraros a una observancia ordenada por la Iglesia Papal, exaltáis las opiniones y tradiciones de los hombres por encima de los mandamientos del Dios del cielo.

El Señor comprendió exactamente en qué líneas trabajaría el enemigo al tratar de derribar su monumento, destruyendo así de la mente de los hombres el recuerdo de su obra creadora y de su descanso. Pero a sus hijos les ha dado este mensaje, para que el sábado tenga tal significado a sus ojos que no se aparten de la obediencia a sus requerimientos: "Habla tú también a los hijos de Israel, diciendo: De cierto mis sábados guardaréis; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy el Señor que os santifico.... Es señal entre mí y los hijos de Israel para siempre; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día reposó y fue

restaurado." "Y santificad mis sábados; y serán por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios."

15 de enero de 1894

"Este hombre recibe a los pecadores"

EGW

"Entonces se le acercaron todos los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos. Y les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la echa sobre los hombros, regocijándose. Y cuando vuelve a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento."

Los escribas y fariseos se enorgullecían de la idea de que eran el pueblo elegido de Dios, y estaban llenos de justicia propia. "Cristo vino a los suyos, y los suyos no le recibieron". No halagó a los fariseos ni los exaltó de ninguna manera. Recibió a los publicanos y pecadores que los judíos despreciaban de todo corazón, y, como sus lecciones de humildad, compasión y amor reprendían su egoísmo y orgullo, no quisieron saber nada de él, sino que se apartaron de él con desprecio. Hacían grandes ostentaciones, vestían largas túnicas y se ponían a rezar en las esquinas de las calles, pero ninguna de estas pretensiones de piedad asustaba al gran Maestro ni le arrancaba una palabra de aprobación. Ellos se halagaban a sí mismos, pero él no los halagaba a ellos. La enseñanza de Cristo estaba en contra de toda vanidad y orgullo, pues eran aborrecibles para el Altísimo. Son los humildes y los contritos cuyas oraciones son escuchadas en el cielo. El Señor declara que conoce de lejos a los soberbios. Dice: "A éste miraré, al pobre y contrito de espíritu, que tiembla a mi palabra".

Cuando los escribas y los fariseos vieron que los publicanos y los pecadores seguían a Cristo y escuchaban con vivo interés su enseñanza, no pudieron tolerar ni al maestro ni a los oyentes. Odiaban a Cristo y decían: "Éste recibe a los pecadores y come con ellos". Con esta acusación pensaban dar la falsa impresión de que Jesús amaba la asociación con los pecadores y contaminados, y era insensible a su maldad. A este reproche respondió Jesús con la parábola

de la oveja perdida. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

La parábola de la oveja perdida coloca al hombre en la posición de alguien indefenso y deshecho. Todos están perdidos a menos que sean transformados en su carácter. La condición perdida de la oveja hace necesaria la venida del Verdadero Pastor, para que, a cualquier precio para sí mismo, busque y salve a los que están pereciendo. Los que son sabios en su propia presunción no se dan cuenta de la posición en que los coloca esta parábola. El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. ¿No deja el pastor a los noventa y nueve en el desierto y va tras lo que se ha perdido hasta que lo encuentra?

Al dar a su Hijo unigénito para salvarnos, el Señor Dios muestra cuál es la valoración que hace del hombre. A la pregunta: ¿Cuál es el precio del alma del hombre? la respuesta es: La vida del unigénito Hijo de Dios. Y como Cristo vino a salvar al hombre, alto o bajo, rico o pobre, blanco o negro, ¿hay alguno que deba ser tratado con desprecio? Satanás ha estudiado para poner en ruinas la imagen de Dios, y, a través de la intemperancia y el pecado, borrar todo rastro de su carácter en el hombre. Cristo vino, revistiendo su divinidad de humanidad, para encontrarse con la humanidad y no extinguir la humanidad por la divinidad. Vino a salvar a la oveja perdida, y se hizo siervo en un ministerio humilde para elevar a los humildes.

La ciencia de la salvación es un tema grandioso, y toda la gloria de la restauración de la imagen de Dios en el hombre debe ser puesta a los pies del Eterno. Los santos ángeles han abandonado las cortes reales y han descendido a la tierra para acampar en los valles en carros de fuego, un vasto ejército, no para despreciarlos, ni para gobernarlos, ni para exigir que el hombre los adore, sino para ministrar a los que serán herederos de la salvación. Si se abrieran los ojos humanos, verían en tiempos de peligro, cuando Satanás sale como león rugiente buscando a quien devorar, que los seres celestiales acampan alrededor del pequeño rebaño que ama y teme a Dios.

El Pastor celestial dejó a las noventa y nueve para buscar a la perdida. Por oscura que sea la noche, por fuerte que sea la tempestad, el Pastor sale, llamando a cada paso por su nombre a la oveja perdida, hasta que oye su grito aterrorizado, débil y moribundo. Entonces busca en los lugares peligrosos, atraviesa los zarzales enmarañados y encuentra a su oveja. La rescata del peligro, se la echa al hombro, y con regocijo vuelve al redil. A cada paso grita: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Y cuando llega a casa,

reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido".

Si pudiéramos ver a los ángeles celestiales observando con intenso interés los pasos del Pastor cuando se adentra en el desierto para buscar y salvar a los perdidos, ¡qué maravilla llenaría nuestros corazones! "Os digo que de igual manera habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta, más que por noventa y nueve justos [en su propia estimación], que no necesitan arrepentimiento". Es el enfermo el que siente necesidad de médico, y la misión de Cristo en el mundo era buscar y salvar a los que perecían. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

22 de enero de 1894

Una representación del amor de Dios por el pecador

EGW

En la parábola del pastor que busca a la oveja perdida está representada la tierna paciencia, la perseverancia y el gran amor de Dios. Al contemplar el amor desinteresado de Dios, nuestros corazones se llenan de gratitud, alabanza y acción de gracias. Le alabamos por el don inestimable de su Hijo unigénito. No hay animal tan indefenso y desconcertado como la oveja que se ha alejado del redil. Si el pastor compasivo no busca a la oveja descarriada, nunca encontrará el camino de vuelta al redil. El pastor debe tomarla en sus brazos y llevarla al redil. Este cuidado por parte del pastor, y la impotencia por parte de la oveja, representan el cuidado de Dios por el pecador y la condición del alma que se ha alejado de Dios. Está tan indefensa como la pobre oveja perdida y, a menos que el amor divino venga a rescatarla, nunca encontrará el camino a la casa del Padre.

No hay forma posible de que, por sí mismo, el hombre recupere su pureza. Las fuerzas naturales están pervertidas. Jesús, el buen Pastor, dice: "Conozco a mis ovejas y soy conocido por las mías". Los fariseos estaban dispuestos a acusar y condenar a Jesús, porque no repudiaba y condenaba, como ellos, a los publicanos y pecadores. Los fariseos ponían su confianza en la ley, y sin embargo Jesús declaró que ellos no guardaban la ley. Pensaban que la ley los justificaría, y no consideraban la compasión y la misericordia que Jesús presentaba en sus lecciones como necesarias para ser llevadas a su vida práctica. Jesús vino al mundo para erigir la cruz, y bajo ella todos los publicanos y

pecadores pueden encontrar refugio, y los fariseos también pueden encontrar la paz, pero sólo en los mismos términos por los cuales los que se consideran los mayores pecadores pueden venir a Cristo.

"Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él". Cristo nunca invitó a los impíos a venir a él para ser salvados en sus pecados, sino para ser salvados de sus pecados. ¡Oh, qué esperanza da esto al pecador, pues hay un camino por el que puede volver a la casa de su Padre! Los rayos brillantes del Sol de Justicia resplandecen sobre su camino, convirtiéndolo en el camino real de la santidad. Los escribas y fariseos sólo pueden salvarse entrando por la puerta del redil, por la fe en Jesucristo.

La misericordia y la compasión de Cristo contrastan claramente con la indiferencia de los saduceos y el desprecio de los fariseos hacia los que consideraban inferiores a ellos. Cristo no ordenó el plan de salvación para ningún pueblo o nación. Él dijo: "Yo doy mi vida por las ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas las traeré, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor". Cristo no es sólo la propiciación por nuestros pecados, sino también por los de todo el mundo. El valor de la ofrenda de Jesucristo no puede estimarse; sin embargo, al contemplar los sufrimientos del Hijo de Dios en el Calvario, podemos obtener alguna idea del valor en que Dios estima el mundo. El valor de la ofrenda se consideró suficiente para salvar a todas las almas desde el tiempo de Adán hasta el fin de la historia de la tierra. "Con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación". La salvación se ofrece a todos los hombres. Los judíos, los griegos, los gentiles, los esclavos, los libres, todas las tribus y naciones, pueden venir a Cristo.

Pero mientras el cielo se regocija por la restauración de una oveja perdida, los escribas y fariseos miraron a Jesús con desprecio, y el resultado de su compasión y amor expresados los llevó a determinar matarlo. Cuando el Señor obra por medio de instrumentos humanos, y éstos son movidos con poder de lo alto, Satanás lleva a sus agentes a gritar: "Fanatismo", y a advertir a los siervos de Dios que no se vayan a los extremos. Que todos tengan cuidado de cómo lanzan este grito; porque, mientras haya moneda espuria, el valor de la genuina no se reduce. El hecho de que haya muchos avivamientos espurios y conversiones espurias, no significa que todos los avivamientos deban ser considerados sospechosos. ¿No tendremos razón para alegrarnos en la tierra cuando los ángeles se alegran en el cielo? Los que dicen ser hijos de Dios, ¿no estarán en armonía con los ángeles del cielo en su regocijo? Que no expresen las palabras y revelen el desprecio expresado por los fariseos cuando decían:

"Este recibe a los pecadores y come con ellos." Tenemos abundantes razones dadas por nuestro Señor para que temamos mofarnos de su obra en la conversión de las almas. La manifestación de la gracia renovadora de Dios en el hombre pecador, pronunciada en el cielo como genuina, que hace regocijarse a los ángeles, ha sido calificada por muchos, por incredulidad, de fanatismo, y se ha hablado del mensajero por medio del cual Dios ha obrado, como de alguien que tiene un celo no conforme al conocimiento.

Que se anime toda alma abatida y desconfiada, aunque haya obrado mal. Leed la parábola de la oveja perdida, de la moneda de plata perdida y del hijo pródigo, y animaos. No pienses que tal vez Dios perdonará tus transgresiones y te permitirá acercarte a su presencia, sino recuerda que es Dios quien ha hecho el primer avance, que ha salido a buscarte cuando aún estabas en rebelión contra él. Con el tierno corazón del pastor, ha dejado a las noventa y nueve, y ha salido al desierto a buscar a la descarriada. Su oveja perdida es preciosa para su corazón de amor, y traerá de vuelta a la casa de su Padre a todo errante que se lo permita. En el regreso de la oveja perdida al redil no sólo se regocija el pastor, sino que los ángeles también se regocijan por la restauración de la errante más que por las noventa y nueve que se creen personas justas.

Trata de contemplar el regocijo del cielo por el éxito del Pastor al encontrar a la que se había perdido, y en ningún caso te dejes intimidar por la indiferencia, el desprecio y el escarnio de los escribas y fariseos. Jesús dijo: "¿O qué mujer que tiene diez monedas de plata, si pierde una, no enciende una vela, y barre la casa, y busca diligentemente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y a sus vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he encontrado la pieza que había perdido. De igual manera os digo que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente."

Si la búsqueda diligente fue hecha por la mujer que había perdido una pieza de plata solamente, ¿no debería haber un esfuerzo perseverante hecho por aquellos que están buscando salvar el alma humana, y un esfuerzo tanto más diligente hecho ya que el alma humana es de mayor valor que la pieza de plata? ¿Cómo es que se manifiesta mayor celo en obtener las cosas comunes de la vida que en salvar el alma por la que Cristo ha muerto? ¿No es la salvación de los perdidos una obra que debería despertar toda facultad dormida de nuestro ser? Si el ardor y el entusiasmo alentados como necesarios para el éxito en la consecución de las cosas mundanas no son encomiables en la búsqueda de la salvación de los perdidos, que tiene un doble objeto, bendecir y hacernos una bendición, ¿qué lo es? Por medio de la conversión somos colocados personalmente en conexión

vital con Jesucristo, quien es hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Toda persona verdaderamente convertida lleva consigo lo que significa y prueba el poder del cristianismo sobre el alma humana. La búsqueda de la pieza de plata fue diligente; pero de cuánta mayor diligencia debe ser nuestra búsqueda de los perdidos, puesto que toda alma que se aferra a Jesucristo por la fe es capaz de los más altos logros, y, si es obediente y fiel, tendrá vida que se mida con la vida de Dios, y vivirá por edades eternas.

29 de enero de 1894

El hijo pródigo

EGW

"Y dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me toca. Y él les repartió su sustento. Y no muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue a un país lejano, y allí malgastó sus bienes con desenfreno. Y cuando lo hubo gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella tierra, y comenzó a pasar necesidad. Fue y se unió a un ciudadano de aquel país, y éste lo envió a sus campos a apacentar cerdos. Y de buena gana hubiera llenado su vientre con las cáscaras que comían los cerdos; pero nadie le dio. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra y yo perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio, tuvo compasión y, corriendo, se echó sobre su cuello y lo besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Entonces el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; ponedle un anillo en la mano, y zapatos en los pies; y traed aquí el becerro gordo, y matadlo; y comamos y estemos alegres.... Su hijo mayor estaba en el campo, y al acercarse a la casa oyó música y danzas. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué significaban aquellas cosas. Y éste le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha matado el becerro gordo, porque lo ha recibido sano y salvo. Y él se enojó, y no quiso entrar; por lo cual salió su padre, y le rogó. Y respondiendo él, dijo a su padre: He aquí, tantos años te sirvo, y nunca he faltado a tu mandamiento; y aun nunca me diste un cabrito, para que me divirtiese con mis amigos; mas luego que vino este tu hijo, que ha consumido tu sustento con ramerías, has matado para él el becerro gordo. Y él le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo

que tengo es tuyo. Conviene que nos alegremos y nos regocijemos, porque este tu hermano estaba muerto, y ha revivido; y se había perdido, y ha sido hallado."

Fue para responder a la acusación de los escribas y fariseos de que Jesús elegía la compañía de los pecadores, que pronunció las parábolas sobre la oveja perdida, la plata perdida y el hijo pródigo, y en estas presentaciones mostró que su misión en el mundo no era hacer miserable, no condenar y destruir, sino recuperar lo que estaba perdido. Por eso no se excluyó de los pecadores. Éstos eran precisamente los que necesitaban un Salvador. Los fariseos pensaban que no necesitaban nada para ser espiritualmente perfectos. Eran justos a sus propios ojos, y no sentían necesidad de arrepentimiento, y condenaron a Cristo en su obra de tratar de salvar a los que se sentían perdidos y deshechos.

El hijo pródigo no era un hijo obediente, no era uno que quisiera complacer a su padre, sino uno que deseaba seguir su propio camino. Quiso seguir los dictados de su propia inclinación, y se cansó de los consejos del padre que le amaba, y que sólo deseaba que actuase de tal manera que su felicidad estuviese asegurada. La tierna simpatía y el amor de su padre fueron malinterpretados, y cuanto más paciente, amable y benévolo actuaba el padre, más inquieto se volvía el hijo. Pensó que su libertad estaba restringida, porque su idea de la libertad era una licencia salvaje, y como ansiaba ser independiente de toda autoridad, se liberó de todas las restricciones de la casa paterna, y pronto gastó su fortuna en una vida desenfadada. En el país donde residía se produjo una gran hambruna, y en su hambre hubiera preferido saciarse con las cáscaras que comían los cerdos.

Este fue el resultado que siguió al impetuoso curso de este joven. No sabía que el mejor lugar del mundo es el hogar; porque el ambiente hogareño se le había vuelto desagradable, porque no podía ser tan independiente como deseaba. Cualquier lugar le parecía mejor que el hogar. Las malas compañías contribuían a hundirlo más y más en el pecado, y se mantenía una falsa excitación, y él se imaginaba que era feliz estando libre de toda restricción. Ahora no tenía a nadie que le dijera: "No hagas eso, porque te harás daño a ti mismo. Haz esto, porque es lo correcto". Pero cuando sus medios se agotaron, y se vio obligado a tomarse un tiempo para reflexionar, se encontró sin lo estrictamente necesario para vivir; y, para hacer más difícil su situación, una hambruna se había abatido sobre la tierra.

El hambre le acechaba y se unió a un ciudadano del lugar. Lo enviaron a realizar el trabajo más servil: alimentar a los cerdos. Aunque para un judío ésta era la

más despreciable de las tareas, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, tan grande era su necesidad. Miserable y sufriente, se sentó en el campo a realizar su tarea. Como no había estado dispuesto a someterse a las restricciones del hogar, ahora ocupaba el lugar del más humilde de los sirvientes. Había abandonado su hogar en busca de libertad, pero su libertad se había convertido en el más bajo de los trabajos penosos.

¿Dónde está ahora su alegría desenfadada? Habiendo acallado su conciencia y entumecido su sensibilidad, se había creído feliz en las escenas de juerga; pero ahora, con el dinero gastado, con el orgullo humillado, con su naturaleza moral empuñada, con su voluntad débil y poco fiable, con sus sentimientos más finos aparentemente muertos, es el más desdichado de los mortales. Sufre un hambre aguda, y no puede saciar su necesidad, y, en estas circunstancias, recuerda que su padre tiene pan suficiente y de sobra, y resuelve ir a ver a su padre. Dice: "Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo."

Una vez tomada esta decisión, no espera a hacerse más respetable. Parece que la única manera de salvar su vida es volver; pues hay pan en casa de su padre, y él perece de hambre. "Y cuando estaba muy lejos, lo vio su padre, y tuvo compasión, y corrió, y se echó sobre su cuello, y lo besó". El padre ve ante sí a uno que está al borde de la inanición, y con las marcas de la disipación sobre él; pero esto no le hace vacilar. Lo cubre con su propio manto. El hijo le dice: "Padre, he pecado contra el cielo y contra tus ojos, y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo"; pero el padre le hace entrar en casa y dice a los criados: "Sacad el mejor vestido y vestidle; ponedle un anillo en la mano y zapatos en los pies; traed aquí el becerro gordo y matadlo; comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado". Y comenzaron a alegrarse".

La casa parece igual que cuando él la dejó; pero qué diferencia hay en él mismo. ¿Cómo ha podido abusar del amor de su padre y elegir su propio camino? El padre no tiene palabras de reproche que ofrecer, y, aunque el hijo lloró su arrepentimiento, el padre sólo pensó en regocijarse, llorando de alegría sobre el cuello de su hijo. El padre no le da oportunidad de decir: "Hazme como a uno de tus jornaleros". La acogida que recibe le asegura que es restituido al lugar de hijo.

¿No es la acogida del hijo pródigo una representación del modo en que el Señor acoge al pecador arrepentido? En la cruz del Calvario se han encontrado la

misericordia y la verdad, se han besado la justicia y la paz. Todo penitente se siente estrechado en los brazos del Padre celestial. No hay burla, no se le echa en cara su mal camino. Se da cuenta de que se encuentra con el Señor: "Jehová Dios, clemente y misericordioso, benigno y misericordioso, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado".

"Su hijo mayor estaba en el campo y, al acercarse a la casa, oyó música y danzas. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué significaban aquellas cosas. Y éste le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha matado el becerro gordo, porque lo ha recibido sano y salvo. Y él se enojó, y no quiso entrar; por lo cual salió su padre, y le rogó. Y respondiendo él, dijo a su padre: He aquí, tantos años te sirvo, y nunca he faltado a tu mandamiento; y aun nunca me diste un cabrito, para que me divirtiese con mis amigos; mas luego que vino este tu hijo, que ha consumido tu sustento con rameras, has matado para él el becerro gordo. Y él le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Conviene que nos alegremos y nos regocijemos; porque este tu hermano estaba muerto, y ha revivido; y se había perdido, y ha sido hallado."

Señala los puntos de la parábola: El hermano mayor viene del campo y, al oír el regocijo, pregunta qué significa todo esto y le cuentan que su hermano ha vuelto y que han matado el ternero cebado para el banquete. Entonces se revela en el hermano mayor el egoísmo, el orgullo, la envidia y la malignidad. Siente que el favor al pródigo es un insulto para sí mismo, y el padre le reprende, pero no quiere ver el asunto desde el punto de vista correcto, ni unirse al padre en la alegría de que el perdido ha sido encontrado. Da a entender al padre que, si él hubiera estado en su lugar, no habría recibido de vuelta al hijo, y olvida que el pobre pródigo es su propio hermano. Habla con falta de respeto a su padre, acusándole de injusticia para consigo mismo, mientras muestra favor a quien ha malgastado su sustento. Habla del pródigo a su padre como "éste tu hijo". Sin embargo, a pesar de toda esta conducta impropia, de sus expresiones de desprecio y arrogancia, el padre lo trata con paciencia y ternura. Presenta ante el hijo mayor los hechos del caso, y reivindica su proceder hacia el errante retornado, e intenta despertar la ternura en el corazón del hermano.

¿Llegó por fin el hijo mayor a ver que no merecía un padre tan bondadoso y considerado? ¿Llegó a ver que, aunque su hermano había obrado mal, seguía siendo su hermano, que su relación no se había alterado? y ¿se arrepintió de sus celos, y pidió perdón a su padre por haberle representado tan mal en su cara?

¡Cuán verdadera representación fue la acción de este hijo mayor del Israel impenitente e incrédulo, que se negó a reconocer que los publicanos y pecadores eran sus hermanos, a quienes se debía perdonar, y por quienes se debía buscar, trabajar, y no dejar que perecieran, sino conducirlos a tener vida eterna! ¡Qué hermosa es esta parábola al ilustrar la bienvenida que toda alma arrepentida recibirá del Padre Celestial! ¡Con qué alegría se regocijarán las inteligencias celestiales al ver que las almas regresan a la casa de su Padre! Los pecadores no encontrarán ningún reproche, ninguna burla, ningún recordatorio de su indignidad. Todo lo que se requiere es penitencia. El salmista dice: "Porque no quieres sacrificios; si no, yo los daría; no te agradan los holocaustos. Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás". "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, cuyo pecado ha sido cubierto. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño." "Yo te reconocí mi pecado, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor, y tú perdonaste la iniquidad de mi pecado."

"¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me inclinaré ante el Dios alto? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se complacerá Jehová en millares de carneros, o en diez millares de ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y camines humildemente con tu Dios?".

5 de febrero de 1894

El amor de Dios sin medida

EGW

"Caminad mientras tenéis la luz, para que no os alcancen las tinieblas; porque el que camina en tinieblas no sabe a dónde va". De Cristo, el Sol de Justicia, irradian rayos de vida y luz. ¿Quieres que Jesús eleve sobre ti la salud y la luz de su rostro? Entonces vuelve tu rostro hacia él, y mira y vive. Hablad de Jesús; deteneos en sus encantos incomparables; comed del pan de la vida; bebed gratuitamente del agua de la vida. ¿Deseas amar a Dios en sumo grado y a tus semejantes como Jesús los amó? Su corazón divino se conmovió con compasión y amor por la humanidad sufriente. Su amor no puede ser comprendido, a menos que asumamos el sacrificio hecho en el Calvario. Mediante la renuncia a todo egoísmo, debemos ser capaces de comprender cuál es la altura, la profundidad, la longitud y la anchura del amor de Dios, que sobrepasa todo conocimiento.

Si acariciamos constantemente el amor de Cristo, tendremos el amor que no puede ser reprimido. Amaremos la atmósfera de luz, amor, verdad y justicia. Buscaremos constantemente la verdad y, sabiendo que hay tal riqueza de precioso mineral de verdad por encontrar, no nos aferraremos a espinas y cardos. Humilde y sinceramente buscaremos el conocimiento divino, comprendiendo que todo lo que podemos llevar con nosotros al cielo es lo que es semejante al cielo. Sabremos que es una política muy pobre cultivarnos en el arte de ver todo lo que es objetable, porque todo el conocimiento de Dios que podamos obtener aquí lo llevaremos con nosotros al cielo. Podemos cultivar con seguridad la pureza, el amor y la devoción a Dios y a nuestro Redentor. El amor de Dios debe plantarse en el corazón en esta vida, y nos permitirá tener felicidad, y gozo, y paz, porque el reino de los cielos se establecerá en nuestros corazones. El cielo comenzará en la tierra. La palabra de Dios nos revelará todo lo que es real y permanente, y estas excelencias permanentes encontrarán un lugar en nuestros corazones, para que ahora podamos tener dentro de nosotros la perfección del cielo.

¿Puede alguien pensar que es posible que el orgullo pueda existir en el corazón y sin embargo ese corazón tenga un lugar en el reino de Dios? Fue el orgullo lo que causó la caída de Satanás. Su corazón se enaltecía a causa de su belleza. Toda su sabiduría y gloria eran el don de Dios; pero el mismo don otorgado por el generoso amor de Dios fue pervertido para mal uso al exaltarse a sí mismo, como si sus gloriosas dotes fueran algo que él mismo había originado. En aquel tiempo no se había manifestado antes el orgullo, y no se habían puesto de manifiesto los resultados del mal. La soberbia nunca será admitida en el cielo. ¿Podemos abrigar envidia en nuestros corazones y sin embargo encontrarnos en el reino de Dios? -No; la envidia no puede ser trasplantada al reino de Dios. Satanás originó este terrible mal, y su resultado fue que Satanás deseó y trató de ocupar el lugar del unigénito Hijo de Dios. Satanás se rebeló en el cielo porque no podía ocupar el lugar de Cristo.

Los ardores del corazón, la infelicidad, resultan cuando se abrigan anhelos ilícitos por el lugar y la posición de otro. El que está lleno de envidia mira con desagrado al que envidia y trata de mostrarse superior a su rival; a menos que vea y se arrepienta de su pecado, guardará rencor al que envidia, y todo amor a Cristo morirá de su corazón. ¿Puede entrar en el reino de los cielos quien abriga envidia? -No; porque la envidia trae malas conjeturas, engaño, orgullo, acusaciones y enemistad, y todo esto ha sido expulsado del cielo. Si no nos despojamos de todo lo malo, no entraremos en el reino de Dios, sino que nos encontraremos fuera de sus puertas.

¿Qué es lo que nos ganará una entrada en el reino de Dios? -Un carácter a semejanza del de Jesucristo. El Señor Dios ha dado al mundo toda oportunidad, todo privilegio, la gracia del Espíritu Santo, el don de Jesucristo, para que tengamos un carácter semejante al de nuestro Señor, y encontremos abundante entrada en el reino de Dios. La misión de Cristo en el mundo puso de manifiesto que el género humano se hallaba bajo la amenaza de una justicia incensante, al borde de la ruina eterna, en la impotencia y la ignorancia. En nuestra ayuda vino Jesús, trayendo la más plena seguridad de alivio. ¿Qué ha hecho el Padre? - "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Se ha planteado la pregunta: "¿No habría bastado un don menor de Dios para la redención del hombre perdido?". "En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados." La cuestión es incontestable, y no es provechoso que perdamos el tiempo haciendo conjeturas. Todos nuestros pensamientos e imaginaciones no alterarán en lo más mínimo ninguna parte del plan de redención ideado desde toda la eternidad. Dios amó al mundo hasta tal punto que dio pruebas plenas y completas de ello. No dejó ninguna posibilidad de que el tentador dijera que no nos amaba, porque dio un don cuyo valor no podía estimarse. Si hubiera hecho menos, Satanás y sus secuaces habrían tratado de inspirar celos contra Dios insinuando que podría haber hecho más de lo que hizo. Dios amó tanto al mundo que decidió dar un don que superara todo cálculo, y poner de manifiesto cuán inconmensurable era su amor. El don de Dios sería una maravilla para todos los mundos, para todas las inteligencias creadas, ampliando siempre sus ideas de lo que era el amor de Dios en su infinitud y grandeza. La contemplación de este amor arrancarían del corazón todo egoísmo y transformaría de tal modo el alma que los hombres abrigarían la generosidad, practicarían la abnegación e imitarían el ejemplo de Dios. Tanto amó Dios al mundo, que le dio el mejor don del cielo, para que el transgresor más culpable no se viera impedido de acudir a Cristo, por grande que fuera su pecado, y pudiera pedir perdón en el trono de la misericordia.

Puesto que Dios ha dado el mayor don en su poder, debemos rendirle todo nuestro corazón. Él ha derramado sobre el mundo los tesoros del cielo, dando con tal generosidad que no hay nada más que conceder, ninguna reserva de gracia o poder o gloria, y nosotros debemos responder a este amor prestando un servicio voluntario a Jesús, que ha muerto por nosotros en la cruz del Calvario.

En la época en que el pecado se había convertido en una ciencia, cuando la hostilidad del hombre era más violenta contra el cielo, cuando la rebelión hundía sus raíces profundamente en el corazón humano, cuando el vicio se consagraba como parte de la religión, cuando Satanás se regocijaba en la idea de que había llevado a los hombres a tal estado de maldad que Dios destruiría el mundo, Jesús fue enviado al mundo, no para condenarlo, sino, ¡asombrosa gracia! para salvarlo. Los mundos no caídos esperaban con intenso interés ver a Jehová levantarse y barrer a los habitantes de la tierra, y Satanás se jactaba de que si Dios hacía esto, él completaría sus planes y se aseguraría para sí la lealtad de los mundos no caídos. Tenía argumentos preparados para culpar a Dios y extender su rebelión a los mundos superiores; pero en esta crisis, en vez de destruir el mundo, Dios envió a su Hijo para salvarlo. El apóstol vislumbró el plan y se inspiró en el gran tema. El lenguaje no puede expresar su concepción, sino que se queda siempre por debajo de la realidad. Juan exclama: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció".

Antes de la venida de Cristo al mundo se habían dado abundantes pruebas de que Dios amaba al género humano. Pero en el don de Cristo a una raza tan indigna se demostró el amor de Dios más allá de toda disputa. Este don superó todo lo demás, demostró que su amor no podía medirse. No tenemos una línea para medirlo, ni una plomada con la que sondear sus profundidades, ni una cadena con la que abarcarlo, ni una norma con la que compararlo. Todo lo que podemos decir es que "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna."

Jesús dijo: "Por eso me ama mi Padre, porque yo doy mi vida". Dio su vida por las ovejas. El Hijo unigénito de Dios acepta todas las responsabilidades que recaen sobre el transgresor de la ley, vindica su carácter inmutable y santo. La muerte de Cristo elimina todo argumento que Satanás pudiera esgrimir contra los preceptos de Jehová. Satanás había declarado que los hombres no podrían entrar en el reino de los cielos a menos que la ley fuera abolida y se ideara un camino por el cual los transgresores pudieran ser reintegrados al favor de Dios y hechos herederos del cielo. Alegó que la ley debía ser cambiada, que las riendas del gobierno debían aflojarse en el cielo, que el pecado debía ser tolerado, y los pecadores compadecidos y salvados en sus pecados. Pero todos esos argumentos fueron desechados cuando Cristo murió como sustituto del pecador. Él, que fue hecho igual a Dios, cargó con el pecado del transgresor, e hizo así un canal por el cual el amor de Dios podía ser comunicado a un mundo

caído, y su gracia y poder impartidos a aquellos que venían a Cristo en penitencia por su pecado.

La suma y sustancia de los argumentos de Satanás es que el pecado puede ser inmortalizado, que Cristo abolió la ley y que los malhechores pueden ser favorecidos por Dios. Pero la muerte de Cristo cuenta una historia diferente; porque él murió para vindicar los reclamos de la ley, para dar al mundo y a los ángeles un argumento incontestable de la inmutabilidad de la ley de Jehová.

12 de febrero de 1894

La cooperación con Dios es necesaria

EGW

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Repito las palabras de Juan: "He aquí el Cordero de Dios". Hemos de contemplar el carácter de Cristo. Hemos de meditar en la cruz del Calvario, pues es el argumento incontestable del cristianismo. El mensaje que hemos de llevar al impenitente, la advertencia que hemos de dar al reincidente, es: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Los que llevan el mensaje al alma pueden apartarse de la verdad, pero el que quiera salvarse debe mantener su mirada en Jesús. Contemplando a Cristo aprenderá a odiar el pecado, que ha traído a su Redentor sufrimiento y muerte. Contemplando, su fe se fortalece, y llega a conocer "al único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." El pecador ve a Jesús tal como es, lleno de compasión y tierno amor, y al contemplar la manifestación de su gran amor hacia el hombre caído en sus sufrimientos del Calvario, es transformado en su carácter.

Aunque nuestra salvación depende totalmente de Jesús, tenemos una obra que hacer para ser salvos. El apóstol dice: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad." La obra que hemos de hacer no es independiente de lo que Dios ha de hacer, sino una obra de cooperación con Dios. El poder y la gracia de Dios han de ser obrados en el corazón por el Obrero divino, pero algunos se desvían aquí, afirmando que el hombre tiene una obra que hacer que es totalmente independiente de cualquier obra de Dios. Otra clase toma el otro extremo y dice que el hombre está libre de toda obligación, porque Dios hace toda la obra, tanto el querer como el hacer. Pero el verdadero fundamento es que la voluntad humana debe estar sujeta a la voluntad divina. La voluntad del hombre no debe ser forzada a cooperar con las agencias divinas, sino que debe

someterse voluntariamente. El hombre no tiene poder por sí mismo para obrar su propia salvación. La salvación debe ser el resultado de la cooperación con el poder divino, y Dios no hará por el hombre lo que éste pueda hacer por sí mismo. El hombre depende totalmente de la gracia de Cristo. No tiene poder para dar un paso en la dirección de Cristo a menos que el Espíritu de Dios lo atraiga. El Espíritu Santo está continuamente atrayendo al alma, y continuará atrayéndola hasta que, por su persistente negativa, el pecador rechace al tierno mensajero de Dios.

En los concilios celestiales se ha decidido por qué medios y métodos la gracia de Cristo será eficaz para salvar el alma. Y está claro que a menos que el pecador consienta en ser atraído, a menos que coopere con las agencias divinas, el fin no será alcanzado. La obra a realizar es una obra unida. Lo divino y lo humano han de trabajar juntos, y el pecador ha de depender de la gracia, mientras rinde obediencia voluntaria a los dictados del Espíritu de Dios. "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad".

Dios ha dotado a los hombres de razón y de facultades intelectuales, pero si éstas no se entrenan, si se dejan sin cultivar, los hombres llegarán a ser como los salvajes paganos. La mente debe ser cultivada, y es necesario que los maestros presenten línea sobre línea y precepto sobre precepto, guiando y entrenando al agente moral de libre albedrío para que comprenda lo que es cooperar con Dios. Dios obra en el agente humano por la luz de la verdad, y la mente, iluminada por la verdad, es capaz de ver la verdad en distinción del error. Abierta a la luz de la verdad, libre de prejuicios, sin ataduras por las opiniones y tradiciones de los hombres, la mente iluminada ve claramente las evidencias de la verdad, y la cree como procedente de Dios. El hombre iluminado por la verdad no llamará verdad a la falsedad y tinieblas a la luz. El Espíritu revela a la mente las cosas de Dios, y para aquel que coopera con Dios es la comprensión de que una Presencia Divina se cierne cerca. Cuando el corazón está abierto a Jesús y la mente responde a la verdad, Jesús mora en el alma. La energía del Espíritu actúa en el corazón y conduce las inclinaciones hacia Jesús. Por la fe viva, el cristiano pone toda su dependencia en el poder divino, esperando que Dios quiera y haga lo que es conforme a su beneplácito. Tan pronto como el alma se resuelve y actúa de acuerdo con la luz que se revela, el Espíritu toma las cosas de Dios y da más luz al alma.

"A todos los que le recibieron, a los que creyeron en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros

(y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." El Espíritu de Dios no está encargado de hacer nuestra parte de la obra, ni en el querer ni en el hacer. Es obra del agente humano cooperar con las agencias divinas. Tan pronto como inclinamos nuestra voluntad para armonizar con la voluntad de Dios, la gracia de Cristo es suministrada para cooperar con nuestra resolución. Pero no debe ser un sustituto para hacer nuestro trabajo,- para trabajar a pesar de nuestras resoluciones y acciones. Por lo tanto, nuestro éxito en la vida cristiana no será debido a una abundancia de luz y evidencia, sino que dependerá de nuestra aceptación de la luz dada, de despertar las energías y operar con los ministros celestiales designados por Dios para trabajar por la salvación del alma.

Si el pecador o el que se aparta de Dios se instala en el pecado, la luz del cielo puede brillar a su alrededor en vano, como brilló alrededor de Saulo cuando el poder embrujador del engaño del mundo estaba sobre él. A menos que el agente humano incline su voluntad a hacer la voluntad de Dios, como finalmente hizo Saulo, la luz brillará en vano, y mil veces más luz y evidencia no servirían de nada. Dios sabe cuándo el pecador tiene suficiente evidencia, y dice a los tales: "Tienen a Moisés y a los profetas; óiganlos". "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque uno resucitó de entre los muertos".

Pablo tuvo un terrible despertar cuando la luz del cielo brilló sobre él, y una voz le dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Pablo respondió: "¿Quién eres, Señor?". Y Cristo dijo: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues; duro te es dar coces contra el aguijón". Y el Señor dijo: "Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer". El Señor siempre da al agente humano su trabajo para hacer. Pablo debía trabajar en cumplimiento del mandato divino. Si Saulo hubiera dicho: "Señor, no me siento inclinado en lo más mínimo a seguir tus instrucciones para llevar a cabo mi salvación", entonces, si el Señor hubiera derramado sobre él una luz diez veces más brillante, habría sido inútil. Corresponde al hombre cooperar con lo divino. Aquí es donde el conflicto ha de ser más severo, más duro y más encarnizado: en ceder la voluntad y el camino a la voluntad y al camino de Dios, confiando en las bondadosas influencias que Dios ha ejercido sobre el alma humana a lo largo de toda la vida. El hombre debe hacer la obra de inclinarse. "Porque Dios es el que obra en vosotros así el querer como el hacer". El carácter de las acciones testificará cuál ha sido la naturaleza de la resolución. El hacer no fue de acuerdo con el sentimiento y la inclinación natural, sino en armonía con la voluntad del Padre celestial. Sigue y obedece la dirección del Espíritu Santo; no obedezcas la voz del engañador, que está en armonía con la voluntad no santificada, sino obedece el impulso que

Dios ha dado. Esto es lo que las inteligencias celestiales trabajan constantemente para que hagamos, la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos.

Todo está en juego. ¿Cooperará el agente humano con las agencias divinas para querer y hacer? Si un hombre pone su voluntad del lado de la voluntad de Dios, rindiéndose completamente para hacer su voluntad, la basura será limpiada de la puerta del corazón, el desafío del alma será derribado, y Jesús entrará para morar como un huésped bienvenido.

19 de febrero de 1894

El romanismo, religión de la naturaleza humana

EGW

Hay gran necesidad de que todos los que dicen ser cristianos de la Biblia tomen las Escrituras tal como las leen. Es necesario llegar a conclusiones correctas en cuanto a lo que significan las Escrituras en su referencia al hombre de pecado, que pensó cambiar los tiempos y las leyes. No tenía poder real para cambiar el tiempo y la ley de Dios, pero se creyó capaz de hacer esta obra; porque "se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios". Es un imitador del primer gran rebelde, el originador del pecado. En el cielo Satanás pensó cambiar las leyes de Dios, y para ello cambió su carácter y su posición en los atrios celestiales, e influyó en otros hasta que se unieron a él en la obra de rebelión contra Dios; pero no logró cambiar la ley de Dios. Dios no alteró ni cambió su forma de gobierno para adaptarla a las ideas de Satanás, sino que puso de manifiesto que el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra es tan inmutable como el trono mismo.

Cuando Satanás no pudo inducir a todos los ángeles a rebelarse contra la ley de Dios, hizo de la tierra el escenario de su rebelión, y por medio del hombre de pecado trata de llevar a cabo su diabólico propósito. A través del Papado, el poder romano, el hombre de pecado, el propósito de Satanás se lleva a cabo entre los hombres; la ley y el tiempo de Dios son dejados de lado. En esto vemos que el protestantismo está dando aliento al papismo; y los falsos sistemas de culto, contra los cuales nuestros padres se opusieron varonilmente, poniendo en peligro hasta la propiedad y la vida, son fomentados y abrigados y alentados para que se extiendan y ganen amplia influencia. Los protestantes no escudriñan sus Biblias como debieran, y no prestan atención a la advertencia que se ha dado

sobre la obra del hombre de pecado. La Iglesia Romana afirma que el Papa está investido con la autoridad suprema sobre todos los obispos y pastores, y esta pretensión de supremacía fue negada una vez por los protestantes. Ellos adoptaron la posición de que la Biblia, y sólo la Biblia, constituía la regla de fe y doctrina, que la palabra de Dios es la única guía infalible para las almas humanas, y que es innecesario y perjudicial tomar las palabras de sacerdotes y prelados en lugar de la palabra de Dios.

Para los romanistas la Biblia es un libro prohibido, porque revela claramente los errores del sistema romano; y quienquiera que escudriñe la Biblia con un entendimiento ilustrado, no puede estar mucho tiempo en armonía con el romanismo. Quien escudriña la Biblia para comprender la verdad, no encontrará autoridad alguna en la palabra de Dios para la asunción del poder por parte de papas y cardenales. No hay palabra de Dios que sancione su supuesta superioridad o supremacía sobre su pueblo, como no hay palabra que sancione la pretensión que Lucifer hizo en el cielo de superioridad sobre Cristo. La pretensión de superioridad del papado se hace bajo la influencia del primer gran usurpador, que tan persistentemente insistió en su derecho a la supremacía sobre la hueste de Dios. Durante la Edad Oscura, esa larga noche de ignorancia y superstición, la pretensión del papado a la superioridad y supremacía fue concedida por emperadores y reyes, aunque Dios no había sancionado tal concesión, y levantó hombres para disputar la pretensión y romper el yugo romano de la Iglesia de Dios. A través de sus agencias designadas, Dios llamó a la Iglesia a reafirmar su independencia, y en la fuerza de Dios se levantó en la libertad con la que Cristo la había hecho libre. Se liberó del yugo papal y, con la palabra de Dios en la mano, se enfrentó al gigante maligno del romanismo, como David se enfrentó a Goliat en el nombre del cielo, usando su honda y unas cuantas piedras. El desafiante de Israel fue muerto ante el hombre de fe; y mientras los hombres se aferren a la palabra del Señor, no podrán afiliarse al gran sistema del error.

El Señor ha pronunciado una maldición sobre los que quitan o añaden a las Escrituras. El gran YO SOY ha decidido lo que ha de constituir la regla de fe y doctrina, y ha designado que la Biblia sea un libro doméstico. La Iglesia que se atiene a la Palabra de Dios está irreconciliablemente separada de Roma. Los protestantes estuvieron una vez separados de esta gran iglesia de la apostasía, pero se han acercado más a ella, y todavía están en el camino de la reconciliación con la Iglesia de Roma. Roma nunca cambia. Sus principios no se han alterado en lo más mínimo. Ella no ha disminuido la brecha entre ella y los protestantes; ellos han hecho todo el avance. ¿Pero qué argumenta esto a

favor del Protestantismo de este día? Es el rechazo de la verdad bíblica lo que hace que los hombres se acerquen a la infidelidad. Es una iglesia que retrocede la que disminuye la distancia entre ella y el Papado.

Son las almas como Lutero, Cranmer, Ridley, Hooper, y los miles de nobles hombres que fueron mártires por causa de la verdad, quienes son los verdaderos protestantes. Permanecieron como fieles centinelas de la verdad, declarando que el protestantismo es incapaz de unirse con el romanismo, sino que debe estar tan separado de los principios del papado como lo está el este del oeste. Tales defensores de la verdad no podían armonizar más con "el hombre de pecado" que Cristo y sus apóstoles. En épocas anteriores, los justos sentían que era imposible afiliarse con Roma y, aunque su antagonismo con este sistema de error se mantenía a riesgo de la propiedad y la vida, sin embargo, tenían valor para mantener su separación y luchaban varonilmente por la verdad. La verdad bíblica les era más querida que la riqueza, el honor o incluso la vida misma. No podían soportar ver la verdad enterrada bajo una masa de superstición y sofismas mentirosos. Tomaron la palabra de Dios en sus manos y levantaron el estandarte de la verdad ante el pueblo, declarando audazmente lo que Dios les había revelado a través de una diligente búsqueda en la Biblia. Murieron la más cruel de las muertes por su fidelidad a Dios, pero con su sangre compraron para nosotros libertades y privilegios que muchos que se proclaman protestantes están cediendo fácilmente al poder del mal. Pero, ¿renunciaremos a estos privilegios tan caros? ¿Ofreceremos un insulto al Dios del cielo y, después de que nos haya liberado del yugo romano, nos pondremos de nuevo en esclavitud a este poder anticristiano? ¿Probaremos nuestra degeneración renunciando a nuestra libertad religiosa, a nuestro derecho de adorar a Dios según los dictados de nuestra propia conciencia?

La voz de Lutero, que resonó en montañas y valles, que sacudió a Europa como un terremoto, convocó a un ejército de nobles apóstoles de Jesús, y la verdad que ellos defendían no pudo ser silenciada por las hogueras, por las torturas, por las mazmorras, por la muerte; y todavía las voces del noble ejército de mártires nos están diciendo que el poder romano es la apostasía predicha de los últimos días, el misterio de iniquidad que Pablo vio que comenzaba a obrar incluso en sus días. El catolicismo romano está ganando terreno rápidamente. El papismo va en aumento, y los que han apartado sus oídos de la verdad están escuchando sus fábulas engañosas. Las capillas papales, los colegios papales, los conventos de monjas y los monasterios van en aumento, y el mundo protestante parece estar dormido. Los protestantes están perdiendo la marca de distinción que los distinguía del mundo, y están disminuyendo la distancia entre ellos y el poder

romano. Han apartado sus oídos para no oír la verdad; no han querido aceptar la luz que Dios derramaba en su camino, y por eso se están sumiendo en las tinieblas. Hablan con desprecio de la idea de que habrá un resurgimiento de la cruel persecución del pasado por parte de los romanistas y de los que se afilian a ellos. No reconocen el hecho de que la palabra de Dios predice plenamente tal resurgimiento, y no concederán que el pueblo de Dios en los últimos días sufrirá persecución, aunque la Biblia dice: "El dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo."

El papismo es la religión de la naturaleza humana, y la masa de la humanidad ama una doctrina que le permite cometer pecados y, sin embargo, le libera de sus consecuencias. La gente debe tener alguna forma de religión, y esta religión, formada por el ingenio humano, y sin embargo reclamando la autoridad divina, conviene a la mente carnal. Los hombres que se creen sabios e inteligentes se apartan con orgullo de la norma de justicia, los diez mandamientos, y no creen que esté en armonía con su dignidad investigar los caminos de Dios. Por lo tanto van por caminos falsos, por senderos prohibidos, se vuelven autosuficientes, se inflan a sí mismos, según el modelo del papa, no según el modelo de Jesucristo. Deben tener la forma de religión que tenga el menor requisito de espiritualidad y abnegación, y como la sabiduría humana no santificada no les llevará a aborrecer el papismo, se sienten naturalmente atraídos hacia sus disposiciones y doctrinas. No quieren andar por los caminos del Señor. Están demasiado ilustrados para buscar a Dios con oración y humildad, con un conocimiento inteligente de su palabra. Como no les importa conocer los caminos del Señor, sus mentes están abiertas a los engaños, dispuestas a aceptar y creer una mentira. Están dispuestos a que las falsedades más irrazonables e inconsistentes se les presenten como verdades.

La obra maestra del engaño de Satanás es el papismo; y si bien se ha demostrado que un día de gran oscuridad intelectual fue favorable al romanismo, también se demostrará que un día de gran luz intelectual también es favorable a su poder; porque las mentes de los hombres están concentradas en su propia superioridad, y no les gusta retener a Dios en su conocimiento. Roma reclama la infalibilidad, y los protestantes siguen la misma línea. No desean buscar la verdad y pasar de la luz a una luz mayor. Se encierran en sus prejuicios y parecen dispuestos a ser engañados y a engañar a los demás.

Pero aunque la actitud de las iglesias es desalentadora, no hay necesidad de desanimarse; porque Dios tiene un pueblo que preservará su fidelidad a su

verdad, que hará de la Biblia, y sólo de la Biblia, su regla de fe y doctrina, que elevará el estandarte y mantendrá en alto la bandera en la que está inscrito: "Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Valorarán un evangelio puro, y harán de la Biblia el fundamento de su fe y doctrina.

Para un tiempo como éste, en que los hombres están desechando la ley del Señor de los ejércitos, es aplicable la oración de David: "Tiempo es, Señor, de que obres; porque han invalidado tu ley". Estamos llegando a un tiempo en que la ley de Dios será objeto de desprecio casi universal, y el pueblo que guarda los mandamientos de Dios será severamente probado; pero ¿perderán su respeto por la ley de Jehová porque otros no ven y comprenden sus exigencias obligatorias? Que el pueblo guardador de los mandamientos de Dios, como David, reverencie la ley de Dios en la medida en que los hombres la desechen y amontonen sobre ella falta de respeto y desprecio.

26 de febrero de 1894

Deja la maldad de tus obras

EGW

"¿No es éste el ayuno que he escogido? desatar las ligaduras de la maldad, deshacer las cargas pesadas, dejar libres a los oprimidos, y que rompáis todo yugo? ¿No es dar tu pan al hambriento, y traer a tu casa a los pobres desechados? Cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no te escondas de tu propia carne". Hacer estas cosas es guardar los mandamientos de Dios; pero el pueblo al que se dirigen estas palabras, aunque afirma guardar los mandamientos de Dios, es transgresor de su ley. El Señor ordena al profeta que les dé un mensaje de advertencia y reprensión. "Grita, no te detengas, alza tu voz como una trompeta, y muestra a mi pueblo su transgresión, y a la casa de Jacob sus pecados. Sin embargo, cada día me buscan y se deleitan en conocer mis caminos, como una nación que hizo justicia y no abandonó la ordenanza de su Dios; me piden las ordenanzas de la justicia; se deleitan en acercarse a Dios."

Aunque hacían elevadas profesiones, no procuraban sinceramente comprender el claro "Así dice el Señor". El Señor condesciende a abrir ante ellos los errores y engaños que abrigaban, mientras profesaban ser sus adoradores. Él dice: "He aquí, en el día de vuestro ayuno halláis placer, y agotáis todas vuestras fatigas. He aquí, ayunáis para contiendas y debates, y para herir con el puño de la maldad; no ayunaréis como hoy, para hacer oír vuestra voz en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo he escogido? ¿Es día para que el hombre aflija su alma? ¿Es para

que incline su cabeza como junco, y extienda debajo de sí cilicio y ceniza? ¿Llamarás a esto ayuno, y día agradable al Señor?". "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? ... no traigáis más vanas ofrendas; el incienso me es abominación; ... y cuando extendiereis vuestras manos, esconderé de vosotros mis ojos; sí, cuando hicieréis muchas oraciones, no oiré; vuestras manos están llenas de sangre." Cuánto se levantan y extienden las manos en justicia propia y prepotencia, mientras que en el fondo muchos de los que profesan ser obreros de Dios transgreden los principios de la ley de Dios en sus prácticas diarias.

El Señor dice a esta clase de profesantes: "Lavaos, limpiaos; quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer el mal; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, aliviad al oprimido, juzgad al huérfano, abogad por la viuda. Venid ahora y discutamos juntos, dice el Señor; aunque vuestros pecados sean como la grana, quedarán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí, quedarán como la lana. Si queréis y obedecéis, comeréis el bien de la tierra; pero si rehusáis y os rebeláis, seréis devorados a espada; porque la boca del Señor lo ha dicho."

¿Por qué tantos engañan a sus almas, se deleitan aparentemente en el servicio de Dios y, sin embargo, pisotean sus preceptos? La ley de Dios es un trasunto de su carácter; es la norma de la justicia. "Temed a Dios y guardad sus mandamientos, porque esto es todo el deber del hombre. Porque Dios someterá a juicio toda obra y todo secreto, sea bueno o sea malo". Se requiere que el hombre rinda obediencia a la voluntad revelada de Dios en el más pequeño requisito de la ley. Terribles resultados siguieron a la transgresión de la ley cuando pecaron nuestros primeros padres. Se abrieron las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. Con la historia del pecado ante nosotros, ¿cómo nos atrevemos a despreciar e ignorar cualquiera de los mandamientos que Dios nos ha dado? La ley de Dios es el fundamento de su gobierno, y es exactamente lo que se necesita para preservar la vida y la justicia. Cada principio de la ley emana del Dios Infinito, y el hombre fracasará en su deber para con Dios y su prójimo a menos que crea y entreteja los principios de la ley en su vida. Sin fe es imposible agradar a Dios, pues es por medio de la fe que podemos rendir obediencia a la ley.

El hombre pertenece a Dios, tanto por creación como por redención. "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios". El hombre debe a Dios su vida, y por eso debe entregar todas sus facultades en sumisión a la voluntad

de Dios. "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros".

El Señor tiene supremacía universal y autoridad soberana sobre la familia humana. Ellos son los destinatarios de sus misericordias y bondades, y dependen de él para la vida y la protección. A ellos les dice: "Pondréis por obra mis preceptos y guardaréis mis ordenanzas para andar en ellas; yo soy el Señor, vuestro Dios..... Guardad, pues, mis estatutos y mis decretos, los cuales, si alguno los hiciere, vivirá en ellos; yo soy Jehová". "Y les di mis estatutos, y les mostré mis decretos, los cuales, si el hombre los hiciere, vivirá en ellos. Además también les di mis sábados, para que fueran una señal entre ellos y yo, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico."

Dios ha dado al mundo una revelación claramente definida de su voluntad, y ha mostrado la riqueza y plenitud de su misericordia y gracia por medio de Jesucristo, para que participemos de la naturaleza divina y escapemos de las corrupciones que hay en el mundo por la concupiscencia. "Porque la gracia de Dios, que trae la salvación, se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras."

Para que no nos equivoquemos en lo que concierne a nuestros intereses eternos, el Señor nos ha dado instrucciones claras sobre lo que debemos recibir como verdad. Dice: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Estaremos en peligro de ser engañados si confiamos en ministros, o en concilios de hombres, o dependemos de la interpretación que los hombres puedan dar a las Escrituras. Cualquiera que sea la doctrina que se nos presente, debemos escudriñar diligentemente las Escrituras, como hicieron los nobles de Berea, para saber por nosotros mismos si la exposición del mensajero está en armonía con la palabra segura de la profecía. "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Dios nos ha dado la preciosa dote de la razón y el intelecto, y seremos responsables de nuestros errores si no usamos la mente en el estudio serio de la Palabra de Dios. Dios nos ha dotado de capacidades que nos permiten comprender lo que le es agradable. Nuestras ideas humanas,

nuestras voluntades humanas, no deben ocupar el trono, sino que la voluntad de Dios debe ser suprema.

(Continuará.)

12 de marzo de 1894

¿A quién servimos?

(Viene de la página 259, nº 17.)

EGW

"¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me inclinaré ante el Dios alto? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se complacerá Jehová en millares de carneros, o en diez millares de ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y camines humildemente con tu Dios?". Los cristianos profesos harían bien en preguntarse a qué Dios están sirviendo. ¿Sirven al Dios que hizo el cielo y la tierra, que dio a la raza humana su ley, en cuyo seno colocó el cuarto mandamiento, que exige a los hombres "acordarse del día de reposo para santificarlo"? El séptimo día sábado es un memorial del poder creador de Dios, y debe ser observado sagradamente a través de todas las generaciones.

Después de que Israel había estado esclavizado en Egipto, y por haber sido testigo de la idolatría casi había olvidado a Dios y los preceptos que había dado, el Señor los condujo al desierto. Hizo que se reunieran en torno al monte Sinaí, y allí, en medio de una grandeza espantosa, Jesucristo, que era el fundador de toda la economía judía, pronunció ante el pueblo los diez preceptos de Dios. Cristo une en sí tanto la ley como el evangelio; no están divididos. Los que ofrecen oraciones al Dios del cielo y de la tierra no se negarán a obedecer el precepto más claro de la ley. Escucharán la voz de Cristo y "se acordarán del día de reposo para santificarlo", como el día en que el Creador de los cielos y de la tierra descansó de toda la obra que había hecho. No se apartarán del santo mandamiento, ni aceptarán un sábado espurio en lugar del día santo y santificado que Dios instituyó en el Edén como memorial de su poder creador. El sábado fue dado al hombre como una señal que debía mostrar a quién se le rendía lealtad.

En los consejos de la sinagoga de Satanás se determinó borrar el signo de lealtad a Dios en el mundo. El Anticristo, el hombre de pecado, se exaltó a sí mismo como supremo en la tierra, y por medio de él Satanás ha obrado magistralmente para crear la rebelión contra la ley de Dios y contra el memorial de sus obras creadas. ¿No es esto pecado e iniquidad? ¿Qué mayor desprecio podría hacerse al Señor Dios, Creador de los cielos y de la tierra, que el que se le hace al ignorar el sábado, que él instituyó, santificó y bendijo, para que fuera siempre un monumento conmemorativo de su poder como Creador? ¿Cómo se atreven los hombres a cambiar y profanar el día que Dios ha santificado? ¿Cómo se atreve el mundo cristiano a aceptar el sábado espurio, hijo del papado? El mundo cristiano ha alimentado y protegido el sábado espurio, como si tuviera un origen divino, cuando el hecho es que se originó con el padre de la mentira, y fue introducido en el mundo por su agente humano, el hombre de pecado. El falso sábado ha sido sostenido por medio de una agencia sobrehumana para que Dios sea deshonrado. Es una señal de la supremacía de Satanás en la tierra, porque los hombres están adorando al Dios de este mundo.

El Príncipe de la Luz y el príncipe de las tinieblas se disputan la victoria. Cuando Jesús, el Príncipe de la Vida, salió del sepulcro de José, su triunfo estaba asegurado. Cuando salió del sepulcro y se proclamó a sí mismo la resurrección y la vida, el fin del reinado de Satanás sobre la tierra estaba asegurado; pero bien pueden asombrarse las huestes del cielo al ver que los hombres exaltan a aquel que es el jefe de la gran rebelión contra Dios. Los que eligen honrar a Satanás exaltando el sábado espurio están haciendo una elección semejante a la que hizo el pueblo cuando rechazó a Cristo, para que se les entregara a Barrabás, un ladrón y asesino.

Pero el hecho de que la gran mayoría del mundo haya aceptado el sábado espurio, no le da importancia ni santidad a los ojos del cielo. La deshonra a Dios no es menor porque grandes números aceptan el falso sábado e ignoran el sábado del Señor su Dios. La confederación del mal en la tierra ha sido siempre, en apariencia, la confederación más grande. En una época de rebelión en Israel, hombres de renombre, hombres famosos en la congregación, se unieron a Coré, Datán y Abiram en su obra de rebelión. En espíritu y principio, toda la congregación de Israel era una con los obradores de iniquidad. Después que la tierra se abrió y tragó a los más prominentes de los rebeldes, y que un fuego del Señor estalló y consumió a doscientos cincuenta de los príncipes de Israel, el pueblo seguía lleno de incredulidad y rebelión. Vinieron a Moisés y Aarón al día siguiente, diciendo: "Habéis matado al pueblo del Señor". Persistieron en una obstinada resistencia a la luz, y no se dejaron convencer, aun cuando Dios

obró de manera milagrosa para convencerlos de la verdad. Pero grandes números del lado del error no fortalecen la causa de la iniquidad. "Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la silla de los escarnecedores. Sino que en la ley del Señor está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo; su hoja no se marchitará, y todo lo que hace prosperará. Los impíos no son así, sino que son como la paja que ahuyenta el viento. Por tanto, no estarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque el Señor conoce el camino de los justos; pero el camino de los impíos perecerá."

El Señor tiene una controversia con su pueblo, y, aunque en su gran misericordia soporta mucho tiempo con ellos, si persisten en vivir en transgresión de su ley, no resistirán en el día de su reprensión. Él ha visto el retroceso y la iniquidad de su pueblo profeso. Ha notado la incredulidad, la hipocresía, el orgullo, el egoísmo, la desobediencia a su ley, y castigará por estas cosas. Dios no puede estar en armonía con el pueblo que no obedece sus mandamientos, que se aparta inicualemente de sus preceptos y con su ejemplo de desobediencia lleva a sus hijos y a su prójimo por el camino de la transgresión. La profesada iglesia de Cristo está fortaleciendo la mano de los pecadores en su obra malvada al anular, por medio de sus tradiciones, el mandamiento de Jehová.

Si los padres hubieran educado a sus hijos en la reverencia a la ley de Dios, como Cristo les ordenó que los educaran, no veríamos la maldad alcanzar proporciones tan grandes. Por la desobediencia, el mundo se está convirtiendo rápidamente en lo que era en los días antes del diluvio y en los días de Sodoma y Gomorra. La iglesia ha tomado al mundo en su comunión, y ha dado sus afectos a los enemigos de la santidad. La iglesia y el mundo están parados en el mismo terreno en transgresión de la ley de Dios. La iglesia prefiere asimilarse al mundo antes que separarse de sus costumbres y vanidades.

Pero Dios bendecirá a todos los que cumplan sus mandamientos. Dará gracia sobre gracia a todos los que le temen y caminan a la luz de la verdad, tal como la encuentran escudriñando las Escrituras con diligencia y oración. Habrá un remanente que hará la voluntad de Dios. "Y los que serán de ti reedificarán los antiguos yermos; tú levantarás los cimientos de muchas generaciones, y serás llamado reparador de brechas, restaurador de sendas para habitar. Si apartares tu pie del sábado, de hacer tus placeres en mi día santo, y llames al sábado delicia, el santo del Señor, honorable; y lo honreres no haciendo tus caminos, ni hallando tus placeres, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás

en el Señor; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha dicho."

19 de marzo de 1894

El modelo del misionero

EGW

"He aquí mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien se deleita mi alma; he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá juicio a los gentiles. No clamará, ni se alzarán, ni hará oír su voz en la calle. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea; traerá juicio a la verdad. No desfallecerá ni se desanimará, hasta que ponga juicio en la tierra".

Es necesario que cada alma estudie el Modelo, Cristo Jesús. Aquellos que siguen sus métodos de trabajo tendrán libertad en la expresión y seriedad en la manera. Serán inspirados por los temas sagrados de la verdad. Cristo comprendió las necesidades de todas las clases, y tuvo éxito al predicar el evangelio a los pobres. Comprendía todas sus tentaciones. Necesitamos estudiar métodos por medio de los cuales podamos predicar el evangelio a los pobres y oprimidos y degradados de la humanidad. Pero que nadie piense que Dios aprobará un método que requiera que un hombre actúe como un payaso, o como un hombre que ha perdido el juicio. Tales métodos son totalmente innecesarios e inapropiados.

Entre los obreros del Ejército de Salvación se han empleado métodos como éstos; pero es más necesario que estudien y prediquen la palabra que actuar de manera sensacionalista para llamar la atención de la gente. Es la palabra de verdad la que, como una fuerte cadena de oro, unirá a los hombres con Dios, donde aprenderán del gran Maestro. Es la palabra de Dios la que ha de probar el carácter. El Señor tiene almas preciosas y concienzudas que se han unido al Ejército; pero necesitan avanzar y recibir otras y más elevadas verdades de la palabra de Dios.

Los que están enseñando el camino de la vida tienen mucho que aprender, y el Señor invita a todos los que quieran venir a él y aprender de aquel que es manso y humilde de corazón. Él declara: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga; y hallaréis descanso para vuestras almas". Tomad vuestro texto de la palabra de Dios, y servíos de las escenas de la naturaleza, y de los acontecimientos y objetos que os rodean, para aclarar el significado, y hallad el camino hacia el

corazón de la gente, y los ángeles de Dios harán una aplicación personal de la verdad al corazón de los ignorantes. No necesitas ser formal o mecánico. No es necesario que dependas de notas, ni que seas tosco y grosero, ni que uses lenguaje grosero y expresiones de jerga, pensando que de esta manera llegarás a las clases incultas. Fijaos en la manera en que Jesús se dirigía a los pobres. Su lenguaje era puro, pero era la sencillez misma, y a través de la imaginación y del corazón llegaba al corazón de la gente. La gesticulación bulliciosa, los saltos y los golpes en el escritorio no siguen el orden de Cristo, y el bien que se ha logrado no ha sido a causa de estas cosas, sino a pesar de ellas.

El trabajo personal es mucho más eficaz que la predicación, y sin embargo esta característica esencial de la obra ha sido extrañamente descuidada. Los ministros de diferentes denominaciones hacen poco trabajo personal; pero no debemos esperar a que las almas necesitadas vengan a nosotros. Debemos salir a buscar y salvar lo que está perdido. Debemos buscar el trato individual tanto con los ricos como con los pobres; porque generalmente los ricos son más pobres en conocimiento y experiencia espiritual que los pobres. Los sermones que escuchan no los conmueven, y se necesitan obreros que se atrevan no sólo a buscar las joyas entre los humildes y degradados, sino que también vayan a los ricos y les lleven el conocimiento de la palabra del Señor. Hay algunos que han tenido un conocimiento de la palabra de Dios que una vez han estado en alta posición, pero se han convertido en pobres por la desgracia y el fracaso, y se ven obligados a ocupar una posición entre los más pobres. En tales circunstancias, algunos tratan de mantener viva la débil llama que han encendido en el altar divino. También hay almas que, debido a la intemperancia, han caído muy bajo, que están en la miseria difícilmente concebible por aquellos que nunca han actuado la parte de un verdadero misionero. Hay almas en las fortalezas del pecado que no tienen nada que les dé un rayo de esperanza, o les inspire una chispa de valor para que puedan vivir una vida mejor.

Oh, que todos los que dicen ser cristianos pudieran tener una visión de la miseria, de la indigencia, de los que están más abajo en la escala de la humanidad, y pudieran darse cuenta al mismo tiempo de que esas son almas por las que Cristo murió. Dios comprende todos los sufrimientos. Su corazón se conmueve con el dolor humano, y ya es hora de que todos los cristianos lleven su yugo y trabajen en su línea, identificándose con la simpatía humana del modo en que Él se identificó con nuestra raza caída.

Cualquiera que sea tu cargo, tu posición, tu riqueza, si eres un obrero junto con Cristo, buscarás a los necesitados y a los afligidos, a los afligidos y a los

afligidos, y harás tuyos sus intereses. Poseerás el espíritu de abnegación y sacrificio que llevó a Jesús a entregar su vida como sacrificio por el hombre en la cruz del Calvario. Llevarás adelante su obra, seguirás sus huellas y considerarás todo como compra de la sangre del Hijo de Dios. Jesús murió por cada hijo e hija de Adán, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. El amor de Cristo en el corazón se manifestará en el trabajo misionero desinteresado, y será más poderoso para tratar con el malhechor que la espada y los tribunales de justicia. Éstos son necesarios para infundir terror en el corazón del transgresor de la ley, pero el misionero amoroso puede hacer más que esto. El misionero médico puede emprender la obra que le ha sido asignada y aliviar no sólo las enfermedades físicas, sino que, mediante la gracia y el amor de Cristo, puede conducir al pecador al gran Médico, que puede sanar el alma de la lepra del pecado.

Por mucho que merezcamos ser reprendidos, el corazón se endurecerá bajo la reprensión; pero se derretirá bajo el amor de Cristo. Es para manifestar su amor a los caídos que Jesús ha reclutado a cada seguidor suyo, para que el transgresor pueda ser llevado de nuevo a la lealtad a Dios. Jesús acepta a todos los que se entreguen a su servicio, que cooperen con las agencias celestiales, en su intento de restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. El trabajo que se nos ha encomendado es ofrecer al pecador esperanza en Dios, y que no se sienta un marginado en el mundo, un sufriente desanimado y desesperado, sino que sea un prisionero de la esperanza. Que tus palabras para él sean: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Preséntale un amor que no se puede medir, y lleva al perdido de nuevo a la fe en Dios.

Quien esté animado por el amor de Jesús, verá en cada alma, ya sea rica o pobre, un valor que no se puede calcular, en comparación con el cual el mundo se hunde en la insignificancia. ¡Oh, el amor que Dios ha revelado por el alma es infinito, más allá de toda estimación! El que participa de la naturaleza divina amará como Cristo amó; obrará como Cristo obró, y manifestará simpatía y compasión. No fracasará ni se desanimará. Este amor sólo puede existir y mantenerse puro, refinado y elevado por la comunión continua con Jesucristo. Toda frialdad y dureza de corazón desaparecerán de los que llegan al sol de la presencia de Cristo; y los que permanecen en él, y dejan que él permanezca en ellos, obedecerán natural y voluntariamente su mandato: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado."

26 de marzo de 1894

La victoria de Cristo obtenida a través del dolor y la muerte

EGW

Encargado de una misión de misericordia, Cristo vino al mundo, no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por medio de Él. Vio que la rebelión se había extendido por sus provincias, y que en cada sección y por cada inquilino de la tierra se hacía agravio a Dios. El hombre estaba en rebelión contra Dios; pero "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna."

Cuando el pecado entró por primera vez en el mundo, Dios había prometido un libertador. Había dicho a la serpiente: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Cuando Jesús vino al mundo, su propia nación lo despreció, sus amigos lo negaron, sus hermanos no creyeron en él. La incredulidad con que se encontró fue, en efecto, una herida en su calcañar. Cristo, el Redentor del mundo, fue zarandeado por la tentación, pero de él se había escrito: "No desfallecerá ni se desanimará hasta que haya puesto juicio en la tierra". A través de la misma contusión de su calcañar por Satanás, a causa de la aflicción, la tentación y el dolor, Cristo estaba ganando la victoria en nombre de la familia humana; porque triunfó sobre su enemigo al no ceder a su tentación, y así magulló la cabeza de la serpiente. Soportó la contradicción de los pecadores contra sí mismo, y cada punzada de angustia que sufría, cada tentación que resistía, como sustituto y fiador del hombre, elevaba a la familia humana en la escala del valor moral, y procuraba al hombre la liberación del poder y la esclavitud de Satanás. El carácter de Satanás, mediante sus esfuerzos por vencer y destruir al Hijo de Dios, se desarrollaba ante el universo, y se manifestaba en su verdadera malignidad ante los mundos no caídos que habían sido creados por Cristo. Cada vez que picaba el calcañar de Cristo con su colmillo homicida, la serpiente se aseguraba más su propia desgracia y ruina.

Si Satanás hubiera hecho que el Hijo del Dios infinito participara en lo más mínimo de sus propios atributos infernales, entonces Satanás habría herido la cabeza de Cristo, y en exultación infernal habría triunfado sobre él, y el mundo habría seguido siendo su dominio, y la familia humana sus esclavos. La sinagoga de Satanás habría salido victoriosa, y el hombre habría perecido, sin Dios y sin esperanza. Satanás podía causar dolor al Hijo de Dios, pero no podía obligarle a transgredir la ley de Dios. Podía hacerle sufrir, pero no podía

mancillarle. Hizo de la vida del Salvador una vida de dolor y aflicción; pero Jesús soportó pacientemente el dolor, porque sabía que mediante su conflicto con los poderes de las tinieblas, las cadenas de Satanás podrían ser rotas de la familia humana, y él la colocaría en terreno ventajoso ante Dios. Con su brazo humano Jesús rodeó a la raza humana, y con su brazo divino asió el trono del Infinito. A él le fue dado el poder de unir al trono del Padre a todo aquel que consintiera en ser atraído hacia él.

Jesús se convirtió en el Redentor del mundo, prestando perfecta obediencia a toda palabra que sale de la boca de Dios. Redimió la vergonzosa caída de Adán, y devolvió los reinos de este mundo al favor de Dios, uniendo la tierra, que había sido divorciada de Dios por el pecado, al continente del cielo. Fue a la vista misma del Cielo que Satanás indujo a los sacerdotes y gobernantes judíos, y los convirtió en sus agentes para excitar las pasiones de la turba asesina contra el Príncipe de la vida. Fue a la vista del Cielo que se elevó el ronco grito contra la Majestad del cielo: "Crucifícalo; crucifícalo". Fue a la vista del Cielo que lo azotaron, que trenzaron la corona de espinas, que se burlaron y escarnecieron de él. Pero en estas mismas escenas se puso de manifiesto a los ángeles y a los principados cuál es el poder de Satanás sobre la mente humana. Quedó claro que bajo el dominio del engañador los hombres se convirtieron en mentirosos y asesinos. Los clamores de la multitud llegaron a oídos de Dios y de los santos ángeles. Los gritos roncros, que sonaban como el bramido de bestias salvajes, quedaron grabados para el tiempo y la eternidad. Aquellos que instigaron el sufrimiento que Jesús padeció como malhechor, aún lo contemplarán en toda su gloria. Verán que Aquel a quien ridiculizaron, rechazaron y crucificaron, que Aquel a quien apartaron por ladrón y asesino, no es otro que el Rey de reyes y el Señor de señores.

En las escenas que tuvieron lugar en el tribunal y en el Calvario, vemos de lo que es capaz el corazón humano cuando está bajo la influencia de Satanás. Cristo se sometió a la crucifixión, aunque las huestes celestiales podrían haberle librado. Los ángeles sufrieron con Cristo. Dios mismo fue crucificado con Cristo, pues Cristo era uno con el Padre. Los que rechazan a Cristo, los que no quieren que este hombre gobierne sobre ellos, eligen ponerse bajo el dominio de Satanás, hacer su obra como sus esclavos. Sin embargo, por ellos Cristo entregó su vida en el Calvario.

En la muerte de Cristo en la cruz del Calvario, el templo parecía haber sido destruido, la cabeza parecía haber sido magullada; pero no fue así. Satanás, en el acto mismo de apoderarse de su presa, demolió su propio trono. Satanás, los

ángeles malignos y los hombres malvados se unieron en una desesperada compañía, y pensaron reclamar la victoria, pero fue en la muerte de Cristo, en el cruel sufrimiento y crucifixión, que el Hijo de Dios cumplió la obra misma para la cual fue ordenado desde antes de la fundación del mundo. Murió víctima de los celos y del odio, víctima del falso celo religioso. Pero en su agonía venció a los poderes de la tierra y del infierno. Reinstauró al hombre en la posición de la que Satanás lo había arrojado por la tentación y el pecado, y, por su propia obediencia perfecta a la ley de Dios, lo colocó en una posición ventajosa. Con su muerte rompió el hechizo que había mantenido a millones de personas en la esclavitud, bajo perfecta sujeción al dominio y jurisdicción de Satanás.

Un hombre más fuerte que el fuerte armado había venido y dominado al que había seducido al hombre, y le había apartado de la lealtad a Dios. Contra Cristo se habían combinado ángeles malvados y hombres malvados en una impía confederación de rebelión. Habían hecho la guerra a Dios y a su gobierno. Pero la ayuda había recaído en Uno que era poderoso para salvar, que podía medir las armas con el apóstata. Satanás era el siguiente en poder a Cristo; estaba altamente exaltado, el querubín protector, y nadie sino Cristo podía entablar batalla con él, soportando con éxito las tentaciones con que había acosado a la familia humana.

Satanás había venido a Cristo en el desierto, representándose a sí mismo como un ángel de luz; pero aunque atacó a Cristo en el momento de su mayor debilidad, fue vencido por el Príncipe de la vida. Así, como sustituto y garantía del hombre, hizo posible que cada hijo e hija de Adán fuera un vencedor, volviera a la lealtad a Dios y prestara perfecta obediencia a la ley de Jehová. Todo esto se requiere que el hombre haga, a pesar de su debilidad, su degradación y su pecaminosidad; porque el poder moral ha sido provisto para él en Cristo. Por la fe en Cristo el hombre es hecho completo: porque Cristo dio su vida para que pudiéramos ser rescatados del poder de Satanás.

Jesús midió armas con el príncipe de las tinieblas en el huerto de Getsemaní, donde la agonía fue tan grande que sudó como si fueran grandes gotas de sangre. Forzó de sus labios pálidos y temblorosos un grito de oración agonizante, cuando suplicó a su Padre, diciendo: "Si es posible, pase de mí este cáliz". Tres veces elevó esta oración a Dios, pero al fin añadió las sumisas palabras: "Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú."

Había dicho: "Destruid este templo [hablando del templo de su cuerpo], y en tres días lo levantaré". En la cruz recibió las heridas que marcarán su figura a

través de las edades incesantes de la eternidad; pero esas mismas heridas serán su gloria, la insignia de su triunfo sobre aquel que le magulló el calcañar; porque él herirá la cabeza de la serpiente. En la cruz gritó: "Consumado es", inclinó la cabeza y murió. Descendió al sepulcro; pero al cabo de tres días un ángel poderoso, revestido de la panoplia del cielo, apartó las tinieblas de su camino e hizo que la guardia romana cayera como muerta a sus pies. El ángel hizo rodar la piedra del sepulcro, se rompió el sello romano y Cristo salió de la prisión de la muerte y, sobre el sepulcro desgarrado de José, se proclamó a sí mismo "la resurrección y la vida". Por medio de él se anunció que todo hijo e hija de Adán podría emanciparse de su esclavitud a Satanás, al pecado y a la transgresión; porque, como sustituto y fiador del hombre, Jesús había ganado la victoria. El mundo y sus habitantes eran su herencia, adquirida a un precio infinito, y toda alma que creyera en su nombre podría ser heredera de Dios y coheredera con Jesucristo. Cuando Cristo resucitó de entre los muertos, la victoria fue proclamada triunfalmente por el orden más elevado de la inteligencia celestial, y la alegría, la alegría inefable, llenó los atrios de Dios.

2 de abril de 1894

"Mira y vive"

EGW

"Y partieron del monte Hor por el camino del mar Rojo, para rodear la tierra de Edom; y el alma del pueblo se desanimó mucho a causa del camino". El Señor no quita todas las dificultades y pruebas y penalidades del camino de su pueblo. Quiere que aprendan a poner su confianza en él, creyendo que el Dios invisible es su poderoso ayudador. Los hijos de Israel se acostumbraron a la presencia de la columna de nube, que los cubría como un dosel durante el día, y era como una columna de fuego por la noche. Llegaron a considerar la nube como algo común. No apreciaban el hecho de que eran favorecidos con la presencia del unigénito Hijo de Dios, que era igual a Dios; y, a pesar de toda su perversidad, su murmuración y rebelión, él había hecho cosas maravillosas por ellos en todos sus viajes.

El Señor había dicho: "He aquí, yo envío un Ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que he preparado. Guárdate de él y obedece su voz; no lo provoques, porque no perdonará tus rebeliones, pues mi nombre está en él. Pero si en verdad obedeces su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y adversario de tus adversarios. Porque mi Ángel irá delante de ti". El único gran objeto del cuidado y la tutela de Cristo

era la iglesia en el desierto. Dijo de Israel: "Yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador; di Egipto por tu rescate, Etiopía y Seba por ti. Desde que fuiste precioso a mis ojos, has sido honorable, y yo te he amado; por eso daré hombres por ti, y pueblos por tu vida." Egipto fue desolado con plagas y se convirtió en una tierra devastada, para que Israel pudiera liberarse de la esclavitud; pero el pueblo no apreció la bondad, la misericordia y el amor de Dios. El Señor, su Redentor, se comprometió a conducirlos y guiarlos, pero cuando los llevó a lugares estrechos, se desanimaron a causa del camino, y hablaron contra Dios y Moisés, diciendo: "¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para que muramos en el desierto? porque no hay pan ni agua, y nuestra alma aborrece este pan ligero. Y el Señor envió serpientes ardientes entre el pueblo, y mordieron al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel."

El Señor los había alimentado con el pan del cielo, incluso con el alimento de los ángeles, y sin embargo murmuraban contra él. Con su poder había refrenado a las fieras de los bosques y a los reptiles del desierto, para que no hicieran daño a su pueblo; pero ahora quitó su mano restrictiva, y dejó que las serpientes venenosas hicieran lo que habrían hecho a lo largo del camino si el Señor no las hubiera refrenado. El verdadero problema que ahora les sobrevino sirvió para hacerlos entrar en razón y despertar sus pensamientos paralizados en cuanto al curso que debían seguir. "Entonces el pueblo vino a Moisés, y dijo: Hemos pecado, pues hemos hablado contra Jehová y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros las serpientes..... Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre un asta; y será que todo el que fuere mordido, cuando la mirare, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y aconteció que si una serpiente hubiera mordido a algún hombre, al mirar la serpiente de bronce, vivía."

Por todo el campamento de Israel había sufrientes y moribundos que habían sido heridos por el aguijón mortal de la serpiente. Pero Jesucristo habló desde la columna de nube y dio instrucciones para que el pueblo sanase. Se hizo la promesa de que todo el que mirara a la serpiente de bronce viviría; y a los que miraron se les cumplió la promesa. Pero si alguien decía: "¿De qué me sirve mirar? Ciertamente moriré bajo el aguijón mortal de la serpiente;" si continuaba hablando de su herida mortal, y declaraba que su caso era desesperado, y no realizaba el simple acto de obediencia, moriría. Pero todo el que miraba, vivía.

Jesús dijo: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha

dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él". Cristo nos habla ahora tan ciertamente como habló a los hijos de Israel en el desierto. Él es el Sanador del cuerpo y del alma. Nuestra atención se dirige ahora al Gran Médico. "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Mientras miremos nuestros pecados, y hablemos y deploremos nuestra miserable condición, nuestras heridas y llagas putrefactas permanecerán. Es cuando apartamos nuestros ojos de nosotros mismos y los fijamos en el Salvador levantado, cuando nuestras almas encuentran esperanza y paz. El Señor nos habla a través de su palabra, ordenándonos "mirar y vivir". "El que ha recibido su testimonio ha sellado que Dios es veraz. Porque el que Dios ha enviado habla las palabras de Dios; pues Dios no le da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo y ha entregado todas las cosas en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna".

Hay muchas razones para animarnos a esperar la salvación de nuestras almas. En Jesucristo se ha hecho toda provisión para nuestra salvación. No importa cuáles hayan sido nuestros pecados y defectos, hay una fuente abierta en la casa de David para todo pecado e inmundicia. "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". Esta es la palabra del Señor. ¿La aceptaremos? ¿Creeremos en él?

David había sido mordido por la serpiente ardiente, había sido envenenado con el veneno del pecado, pero escucha las palabras que describen su experiencia después de mirar al Salvador levantado: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, cuyo pecado ha sido cubierto. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño.... Yo te confesé mi pecado, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis rebeliones al Señor, y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Por esto te rogaré todo piadoso en el tiempo en que puedas ser hallado; ciertamente en la inundación de las grandes aguas no se acercarán a él. Tú eres mi escondite; tú me preservarás de la angustia; tú me rodearás con cantos de liberación." "Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu... El Señor redime las almas de sus siervos, y ninguno de los que confían en él quedará desolado."

9 de abril de 1894

No mires a ti mismo, sino a Cristo

EGW

Es al contemplar nuestra condición pecaminosa, y al hablar y lamentarnos por nuestra miseria, cuando la angustia se agudiza y el dolor se acumula. Que el pecador se levante con la fuerza de Jesús, pues no tiene fuerza propia, y que afirme su libertad. Que crea que el Señor ha dicho la verdad, y confíe en él, cualesquiera que sean los sentimientos de su corazón. Que el pecador diga: apartaré la mirada de mi propia miseria, de la herida de la serpiente, hacia el Salvador levantado, que ha dicho: "Al que a mí viene, en ninguna manera lo echo fuera". Mira a Jesús. "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

Que nadie haga de sus sentimientos su ídolo, e incline su alma para adorar y servir a sus sensaciones. "Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás". Es tu privilegio creer que Cristo ha llevado tus pecados; porque Dios ha cargado sobre él la iniquidad de todos nosotros. Estás bajo el amparo del refugio seguro, bajo la cobertura de la sangre expiatoria del sacrificio aceptable.

Todo el legalismo, todo el dolor y la aflicción en que puedas envolverte, no te darán ni un momento de alivio. No puedes estimar correctamente el pecado. Debes aceptar la estimación de Dios, y en verdad es pesada. Si tú cargaras con la culpa de tu pecado, te aplastaría; pero Aquel sin pecado ha tomado tu lugar, y, aunque no lo mereces, ha cargado con tu culpa. Al aceptar la provisión que Dios ha hecho, puedes permanecer libre ante Dios en el mérito y la virtud de tu Sustituto. Entonces tendrás una estimación adecuada del pecado, y la tristeza piadosa del verdadero arrepentimiento ocupará el lugar del desaliento y la pena sin esperanza, pues te apartarás del pecado con pena y aborrecimiento.

Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". No pienses ni por un instante que algún ser humano tiene un corazón más amoroso, y una compasión más tierna por ti, que aquel que murió en el Calvario para salvarte. No pases de lo divino a lo humano. El mensajero humano puede invitarte a la esperanza, sobre la base de que la palabra de Dios te invita a la esperanza. Tu Padre celestial te invita a que acudas a él como un niño pequeño a un padre amoroso, y le digas: Tú has dicho: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. Si un hijo pidiera pan a alguno de

vosotros que es padre, ¿le dará una piedra? o si le pidiere un pez, ¿le dará por pez una serpiente? o si le pidiere un huevo, ¿le ofrecerá un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?".

Cristo es amigo de los pecadores. Cuando los escribas y los fariseos le acusaron de comer con publicanos y pecadores, Jesús dijo: "No vengo a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento." Si te sientes el mayor de los pecadores, entonces Cristo es justo lo que necesitas; porque Él es el mayor de los Salvadores. Levanta la cabeza y mira lejos de ti mismo, lejos de la herida envenenada de la serpiente, al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. ¿De qué te servirán todos tus gemidos y las torturas de tu alma? Puedes abrigar pensamientos que te condenen, pero en ellos no hay salvación. Desecha tus pensamientos y recibe los pensamientos de Dios, mediante los cuales tu mente puede elevarse, tu alma purificarse y elevarse. El Señor dice: "Por un pequeño momento te he abandonado; pero con grandes misericordias te recogeré. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré piedad de ti, dice el Señor tu Redentor". ¿Por qué llevarás tu carga de pecado, cuando Cristo ha venido para ser tu portador de carga? Arrolla tus pecados al pie de la cruz. ¡Descarga! ¡Descarga! Él quita los pecados del mundo. "Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados".

Has sido declarado pecador, y Cristo se ha anunciado Salvador. Acepta el remedio que Dios ha provisto para ti en un Salvador que perdona los pecados. ¿Cómo te habrías sentido si hubieras estado en el campamento de Israel y hubieras visto al pueblo gimiendo y chillando de angustia a causa de sus heridas hinchadas y dolorosas, cuando la serpiente de bronce fue levantada, y cuando con una mirada podrían ser sanados? ¿No habrías exclamado: "¿Por qué no miran a la serpiente levantada? Qué extraño es que no realicen el simple acto por el cual podrían recibir la curación!". Pero, ¿no es igual de incoherente que os neguéis a mirar al Salvador crucificado? "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle en tanto que está cerca; deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él será amplio en perdonar."

¿Por qué debe el pecador arrepentido abandonar sus pensamientos? Porque no están de acuerdo con la verdad. Está tentado a creer que, a causa de sus pecados, Dios lo ha entregado a la voluntad de su enemigo, y que no hay perdón para un pecador tan grande como él. Pero todos estos pensamientos deshonoran a Dios,

porque el hombre es posesión de Dios, tanto por creación como por redención. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él [como su Salvador personal, y lo acepte como la única provisión por la que puede salvarse] no perezca, sino que tenga vida eterna". Usted es uno de los que pueden creer. Pero mientras abrigues la incredulidad y permitas que te gobierne el sentimiento, tu caso te parecerá desesperado. Abandona estos pensamientos incrédulos. Dios dice: "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor. Porque como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos."

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que *crea* en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Pobre alma dudosa y desalentada, me dirijo a ti como a uno de ese mundo por quien Dios dio a su Hijo. Él te ama y te salvará si recibes el don de su Hijo unigénito. Moisés oró para que Dios le mostrara su gloria, "y el Señor descendió en la nube, y se quedó allí con él, y proclamó el nombre del Señor. Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la rebelión y el pecado, y que de ningún modo excusará al culpable". Este es el carácter del Dios en quien debes poner tu confianza. "Dios es amor". Repite esta frase cada vez que la tentación te presione. Recuerda que es justo y misericordioso, verdadero y bondadoso, y que de ningún modo absolverá al culpable. Dios puede ser justo y, sin embargo, ser el justificador del que cree en Jesús. Te aceptará tal como eres, pues no hay esperanza de que mejores hasta que vengas a Jesús en busca de perdón y santificación. El luto y el llanto no te purificarán. Puedes lamentar tu vida en la incredulidad, y en la amargura del alma, pero el poder de limpiar al más vil pecador está investido enteramente en aquel que puede salvar hasta lo sumo.

Dios no te pide que sientas que Jesús es tu Salvador, sino que creas que murió por ti y que su sangre te limpia ahora de todo pecado. Has sido mordido por la serpiente, y como la serpiente fue levantada en el desierto para que los moribundos pudieran mirar y vivir, así Cristo fue levantado, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. La fe salvadora es la simplicidad misma. No debes llorar más; debes dejar de bajar la cabeza como una espadaña. Mira al Salvador levantado, y, por graves que hayan sido tus pecados, cree que te salva. Todos los remedios y medicinas del mundo habrían fallado para curar a un alma que había sido mordida por la serpiente venenosa; pero Dios había provisto un remedio que no puede fallar. "Cree en el Señor

Jesucristo, y serás salvo". No te encuentres entre aquellos a quienes el Salvador dijo: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". Oh, cuánto anhelaba salvarlos; porque siendo aún pecadores (no esperando a que nos hiciéramos buenos), Cristo murió por nosotros.

Cree ahora que Dios te ama; porque él lo ha declarado, y cuando Satanás trate de sujetar sobre ti la carga del pecado y del horror, toma tu Biblia, y lee: "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." No puedes repeler al enemigo contándole tus temibles dudas, diciéndole que te horroriza la idea de que estás perdido. Todo esto es música para sus oídos. Quiere hacerte tan miserable como él mismo, pero puedes responderle proclamando la promesa de que crees en el Hijo, y por eso no perecerás. Al volver tus ojos al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, la controversia con el enemigo terminará por esa temporada. Puedes repelerlo declarando que "Cristo fue herido por mis transgresiones. Él fue herido por mis iniquidades. El castigo de mi paz fue sobre él, y por su llaga fui yo curado."

Toma la palabra de Jesucristo como más segura y valiosa que cualquier palabra que pueda venir del agente humano. Agradeced a Dios con todo vuestro corazón, alma y voz que estéis atrincherados con las ricas promesas de su palabra infalible, para que el maligno no os toque. Dios te dará el Espíritu Santo, aunque te parezca que es demasiado bueno para ser verdad. "¿Qué diremos, pues, a estas cosas? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?"

16 de abril de 1894

Cristo vino a romper la cadena del pecado

[Sermón en Middle Brighton Camp Ground, Victoria.]

EGW

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él."

En nuestro favor se ha hecho un sacrificio grande e infinito. Somos objeto del amor de Dios, y nos ha demostrado que identifica sus intereses con los de la

humanidad doliente. Como Cristo se ha entregado a sí mismo por nosotros, debemos estimarlo debidamente. Nos ha dado dotes celestiales, ha hecho todo lo que un Dios puede hacer, para que no perezcamos, sino que tengamos vida eterna, la vida que se mide con la vida de Dios. ¿Pueden nuestras mentes finitas comprender este hecho grande y maravilloso? No, a menos que nos vaciemos de vanidad y rompamos con la esclavitud de Satanás.

La misión de Cristo en el mundo era romper la cadena de Satanás del alma, y poner en libertad a los que están atados. Liberar a los cautivos de Satanás del cautiverio del pecado costó un precio infinito. En los concilios del cielo se determinó que Cristo debía morir por los pecados de todo el mundo. Se despojó de su corona real, de su manto real, revistió su divinidad de humanidad, para tocar a la humanidad, y sin embargo no fue recibido por el mundo. La bondad, la misericordia y el amor acompañaron sus pasos. Curó a los enfermos, consoló a los abatidos, trajo esperanza a los desesperados y predicó el Evangelio a los pobres. Los que escuchaban sus enseñanzas no necesitaban consultar un diccionario para averiguar su significado. Sus palabras eran tan sencillas que hasta un niño podía entenderlas. No tomaba un texto y luego daba un discurso sobre ciencia, aunque podría haber abierto los misterios de la ciencia al mundo. Podía haber dicho al mundo lo que no había soñado. No predicó a partir de un periódico, sino que dirigió sus energías hacia un único objetivo: la salvación de los perdidos. No construyó una casa de culto tan grandiosa que los pobres quedaran excluidos de sus puertas, sino que buscó las grandes vías de circulación, y buscó a la gente, para que pudieran oír las buenas nuevas que tenía que llevarles. Llevaba a las multitudes a la orilla del mar y, en una barca de pescador, se alejaba un poco de la orilla y allí predicaba a la gente que se agolpaba a su paso.

Los ministros del Evangelio que creen que el fin de todas las cosas está cerca, predicán el Evangelio con sencillez a la gente, predicán la verdad tal como es en Jesús. Cristo oró antes de dejar a sus discípulos: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Cuando la verdad es recibida y creída, tendrá un efecto santificador sobre el corazón y el carácter. Jesús vino a la tierra para transformar el carácter y desarrollar en el hombre la imagen moral de Dios. ¡Oh, no debemos encontrarnos con Jesús desprevenidos! No deseamos que se pierda en su camino. Si conociéramos el valor del alma humana, no seríamos indiferentes a nuestra propia salvación ni a la de los demás.

Jesús, el Príncipe de la vida, salió al campo de batalla para enfrentarse al príncipe de las tinieblas y disputarle sus pretensiones. Desde el momento de su

nacimiento hasta que colgó de la cruz del Calvario, luchó contra el maligno en nuestro favor. Su pureza de carácter fue un reproche para el mundo, y los hombres le odiaron a causa de su carácter divino y santo. No vino a nuestro mundo como un ángel de gloria, sino como un hombre. Fue hecho semejante a carne de pecado y condenó el pecado en la carne. Con su brazo humano rodeó a la raza, y con su brazo divino asió el trono del infinito, unió al hombre con Dios, y la tierra con el cielo. Oh, ¿quiénes son los que colaboran con Cristo, los que apacientan el hambriento rebaño de Dios?

Leemos acerca de la misión de Cristo tal como fue anunciada por él mismo en Nazaret, y podemos comprender cuál es el carácter de la obra que debe realizar el seguidor de Cristo: "Y vino a Nazaret, donde se había criado; y, según su costumbre, entró en la sinagoga los sábados, y se puso en pie para leer. Y le fue entregado el libro del profeta Isaías. Y abriendo el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año agradable del Señor". La obra de Cristo fue rescatar a los que estaban doblegados por el poder de Satanás, y liberarlos de su yugo de esclavitud. Entonces, ¿por qué es que tantos eligen permanecer atados al carro de Satanás? ¿Por qué es que los hombres no aceptan las promesas de Dios? -La razón es que Satanás está presentando a cada inteligencia humana las tentaciones que presentó a Cristo en el desierto, y se dejan llevar por sus engaños. Se fijan en las cosas temporales y pierden de vista las espirituales y eternas; no se dan cuenta del valor del sobreabundante y eterno peso de gloria. Permiten que los negocios de esta vida absorban su atención y ocupen su tiempo.

Cristo ha enviado una invitación invitando a los hombres a la cena de las bodas del Cordero, pero, como se representa en la Biblia, "todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado un terreno, y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Me he casado con una mujer, y por eso no puedo ir". Estos asuntos de interés temporal tenían más valor en la mente de los invitados a las bodas que el peso eterno de la gloria.

Por todas partes vemos que son los asuntos de esta vida los que ocupan las mentes y los afectos de los hombres. Cristo vino a romper el hechizo del encaprichamiento que Satanás ha ejercido sobre la mente humana. Vino a traer

la eternidad a nuestra vista, a fin de que no perdamos de vista el cielo, sino que amplíemos nuestra visión más allá de las cosas de esta vida.

Muchos no conocen a Dios, no conocen a Jesucristo, a quien él ha enviado. Si lo conocieran, ¿crees que el hombre se dedicaría a un negocio que arruinaría a sus semejantes? ¿Habría en el mundo las casas públicas que ahora abundan por todas partes? ¿Veríais hombres en posesión de la razón entrar en las casas públicas para venderla por un trago de licor, y salir locos? Mirad a ese hombre que ha entrado en la taberna y ha vuelto a salir. Mirad sus ojos empañados, su semblante, del que ha desaparecido toda inteligencia. Su lengua es gruesa; sus palabras son de carácter bajo y sensual. Sus labios pronuncian lo que es degradante y profano. La naturaleza protesta que nunca le ha hecho lo que es. Es esclavo de la costumbre, pero Cristo vino para liberar a los que están atados. El Señor declara: "Sois colaboradores de Dios"; pero estos hombres que venden el vil veneno que degrada a los hombres a un nivel inferior al de la creación bruta, ¿son colaboradores de Dios?

(Concluido la próxima semana).

23 de abril de 1894

Cristo vino a romper la cadena del pecado

(Concluido.)

EGW

Padres y madres, ¿sois colaboradores de Dios? ¿Cómo lleváis las pesadas responsabilidades que recaen sobre vosotros? ¿Cómo educáis y formáis a vuestros hijos? ¿Les enseñáis desde pequeños hábitos de autocontrol? ¿Los educas para que sepan que no pueden tener todo lo que quieren? ¿Les enseñas a ser misioneros de Dios, para que vayan a las islas del mar y proclamen el mensaje de misericordia a los que están en las tinieblas del error? Enseñales que Cristo, el precioso Salvador, vino a nuestro mundo para salvar a los hombres de la transgresión de la ley de Dios. Cuando Dios dio a Jesús al mundo, dio todo el cielo en un rico don. Dios manifestó al mundo, a los ángeles, serafines y querubines, que su don no podía ser superado; porque en el don de Cristo todo fue dado.

Cristo vino al mundo como portador de pecado. Juan exclama: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". Jesús quita

nuestros pecados, y luego imparte su propia justicia. El mundo entero yace en la maldad. Vemos por todas partes crímenes, asesinatos, malversación de fondos, búsqueda de placeres, juegos de azar, carreras de caballos y toda clase de maldades. ¿Quién es el líder en todo este engrosamiento de las mentes de los hombres en el mal? Es Satanás, que pronto espera recoger la cosecha de toda la tierra. Pero cuando se siente el juicio, y se abran los libros, cada uno será juzgado por las cosas que están escritas en los libros, según sus obras. ¿Qué preparación estamos haciendo individualmente para enfrentar ese gran día? ¿Estamos tratando de alejar la tentación de la nueva generación? ¿Estamos haciendo que el nombre de Cristo sea familiar en nuestros hogares? Quiera Dios que eduquéis a vuestros hijos para el cielo.

Padres y madres, se os ha confiado un deber sagrado. Debéis ser piadosos, firmes, templados. Que nadie os encuentre fumando o bebiendo. Recordad que transmitís estos apetitos depravados a vuestros hijos. Dios quiere que mantengas ante ellos el hecho de que hay un cielo que ganar, un infierno que evitar. Quiere que los mantengáis puros de los hábitos viciosos y viles del mundo. Mantened a vuestros hijos en su casa, y si la gente os dice: "Vuestros hijos no sabrán conducirse en el mundo", decid a vuestros amigos que no os preocupa tanto ese asunto, sino que queréis llevarlos al Maestro para que los bendiga, como las madres de antaño llevaban a sus hijos a Jesús. Di a tus consejeros: "Los hijos son la herencia del Señor, y yo quiero mostrarme fiel a mi confianza. La presencia de Dios debe estar en mi casa, para que como familia presentemos al mundo evidencias de su poder divino. Mis hijos deben ser educados de tal manera que no se dejen influir por las influencias del mundo, sino que, cuando sean tentados a pecar, puedan decir un *no* rotundo y sincero. Deben ser educados de tal manera que puedan decir: 'Me aferraré a las promesas de Dios'". "Bienaventurados los que cumplen sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad". Di a tus amigos y vecinos que quieres ver a tu familia dentro de las puertas de la hermosa ciudad. Enseñad a vuestros hijos a conocer a Dios; enseñadles que la vida eterna tiene más valor para ellos que los placeres y honores efímeros del mundo. Instruidlos, madres, desde sus primeros años en los principios del cristianismo, en el amor, en la verdad, en la genuina cortesía cristiana.

Las clases pudientes no están excusadas de servir a Cristo, y de educar a sus hijos para las cortes del cielo. ¿Qué diferencia habrá con el juicio de sus hijos si han vivido en palacios iguales al de Salomón? ¿No es Cristo todo para nosotros, y no es necesario que seamos colaboradores de Dios? Deberíamos decir a nuestros hijos que deseamos que se unan al ejército del Señor. Debemos

enseñarles a tener belleza y hermosura de carácter. Jesús dice: "Mirad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos". Enseña a tus hijos que las hermosas flores que Dios ha hecho crecer son la expresión de su amor por nosotros. Viste a tus hijos con ropas sencillas, y dedica tiempo a abrirles las Escrituras.

Es algo muy penoso dejar que los niños crezcan sin el conocimiento de Dios. El conocimiento de Dios no incapacitó a Daniel para ser uno de los más grandes estadistas en la orgullosa corte de Babilonia. El Dios del cielo lo reconoció como su hijo. No se contaminó con la bebida fuerte ni con la rica comida de la mesa del rey. Y Dios le dio sabiduría. Pero, ¿le habría dado Dios sabiduría si no hubiera seguido su consejo? Satanás no da verdadera sabiduría a los hombres. Cuando Daniel y sus compañeros fueron examinados por el rey, se halló que eran diez veces mejores que todos los astrólogos que había en la corte del rey. El registro declara: "En cuanto a estos cuatro niños, Dios les dio conocimiento y habilidad en toda ciencia y sabiduría; y Daniel tuvo entendimiento en todas las visiones y sueños.... Y en todos los asuntos de sabiduría y entendimiento que el rey les preguntó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino."

Necesitamos la sabiduría de Dios para llevar con nosotros a través de esta vida a la vida futura, inmortal. No sabemos cuándo terminará nuestro período de prueba. Acabo de leer acerca de un hombre que salió con su carro a su negocio, y en una hora lo mataron. Oímos hablar de muchos que mueren en un instante. Valoramos a cada alma humana, porque Dios ha dado grandes oportunidades a los hombres, y sólo en la eternidad puede medirse la longitud de la cadena por la que has de ser salvado. Puedes medir el amor de Dios sólo si miras al Calvario.

¿Qué habéis hecho de vuestro intelecto, para que seáis completos en Cristo Jesús? Si las madres y los padres hubieran aprendido de Cristo, el Maestro más grande que el mundo ha conocido, veríamos familias que serían símbolos de la familia del cielo. Si Dios los dotara de riquezas, no las usarían todas para el adorno de sus pobres cuerpos, sino que se darían cuenta de que Dios se las había dado en confianza, para alimentar al hambriento y vestir al desnudo.

La Biblia es el jardín de Dios. ¿Estás desanimado? ¿Estás desconsolado? La palabra de Dios te dice que no te aflijas como los que no tienen esperanza, porque habrá un reencuentro de la cadena familiar. Cuando miramos a nuestros muertos, pensamos en la mañana en que sonará la trompeta de Dios, y en que

los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Sobre el sepulcro rasgado de José, Cristo proclamó: "Yo soy la resurrección y la vida". Un poco más y veremos al Rey en su belleza. Un poco más y enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos. Un poco más, y tendremos una túnica de pureza, más blanca de lo que ningún batanero en la tierra podría blanquearla. Es la vestidura tejida en el telar del cielo, no para cubrir nuestros pecados, pues Jesús quita el pecado del mundo, sino para revestirnos de la justicia de Cristo. Quiero contemplarlo hasta que me transforme a su semejanza; porque contemplando nos transformamos. Debemos hablar de la corona de la vida, del cielo de bienaventuranza que espera a los fieles. Que Dios nos ayude a llevar la batalla hasta la puerta. Él pondrá la corona de la vida sobre nuestras cabezas cuando proclamemos: "Digno, digno es el Conquistador". Exclamaremos: "Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria, y bendición."

¿Quieres el cielo? Entonces mostrarás la línea de demarcación entre tú y el mundo, y oirás al fin las palabras de aprobación: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor."

30 de abril de 1894

Los padres deben ser como Cristo

EGW

El círculo del hogar debe ser un círculo educador. Los padres y las madres deben darse cuenta de que ellos mismos deben estar en sujeción a nuestro Padre Celestial, a fin de que puedan entender cómo educar y entrenar a los niños a estar bajo disciplina, y en sujeción a la autoridad paterna. Los padres han traído hijos al mundo, y los hijos no tienen voz ni parte en el asunto. Los padres tienen la gravísima responsabilidad de educar y formar a sus hijos de modo que no pierdan el camino que conduce a la vida eterna. Los padres cometen el error más terrible cuando descuidan la obra de dar a sus hijos una formación religiosa, pensando que en el futuro saldrán bien, y que, a medida que crezcan, estarán ansiosos de tener una experiencia religiosa. ¿No veis, padres, que si no plantáis en el corazón las preciosas semillas de la verdad, del amor, de los atributos celestiales, Satanás sembrará de cizaña el campo del corazón? Preocupará el campo y sembrará las semillas de la obstinación, del egoísmo, del amor, del placer, y convertirá la mente en canales de orgullo y pecaminosidad.

Como padres, haremos bien en considerar el caso de Abraham, "el padre de los fieles". Fue un hombre representativo, y su ejemplo en la vida del hogar es digno de imitación. El Señor dijo de él: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio." Abraham fue seleccionado por Dios para introducir en la sociedad una norma más elevada que la que se encuentra en el mundo. Debía cultivar la religión del hogar y hacer que el temor del Señor impregnara su casa. El que bendice la morada de los justos, dijo de Abrahán: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino del Señor". No habría por su parte ninguna traición a las confianzas sagradas, ninguna indulgencia del pecado al excusar a sus hijos en malos caminos. Esta indulgencia pecaminosa de los hijos es la mayor crueldad que puede practicarse hacia ellos, porque los confirma en el mal.

Los hijos son la herencia del Señor, y deben ser educados y disciplinados de tal manera que formen caracteres que el Señor pueda aprobar. Tanto los padres como los hijos están bajo el gobierno de Dios, y deben ser gobernados por él. Los padres y las madres deben combinar su influencia, autoridad y afecto, y gobernar sus hogares según la dirección que Dios nos ha dado en su Palabra. No deben gobernar por impulso. No debe haber opresión por parte de los padres, ni desobediencia por parte de los hijos. No debemos alcanzar la norma de los mundanos, sino la norma que Dios mismo ha erigido. Los padres deben indagar diligentemente lo que Dios ha dicho en su santa Palabra; porque la Palabra debe ser la regla de la cual no se puede apartar uno. El lema de los padres debe ser: "En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor".

Tratar con las mentes humanas es un trabajo muy delicado. La disciplina necesaria para uno aplastaría a otro; por tanto, que los padres estudien el carácter de sus hijos. Nunca sean bruscos y actúen por impulso. He visto a una madre arrebatarse de la mano de su hijo algo que le producía un placer especial, y el niño no entendía qué hacer con la privación. El pequeño prorrumpió en un llanto, pues se sintió maltratado y herido. Entonces la madre, para detener su llanto, le dio un fuerte castigo, y, en lo que se refería a las apariencias externas, la batalla había terminado. Pero aquella batalla dejó su impresión en la tierna mente del niño, y no pudo borrarse fácilmente. Le dije a la madre: "Has ofendido profundamente a tu hijo. Has herido su alma y perdido su confianza en ti. No sé cómo podrá recuperarla". Esta madre era muy imprudente; seguía sus sentimientos, y no se movía con cautela, razonando de causa a efecto. Su gestión dura e imprudente despertó las peores pasiones en el corazón de su hijo. Actuar por impulso al gobernar una familia es la peor de las políticas. Cuando los

padres se enfrentan a sus hijos de esa manera, se produce una lucha muy desigual. ¡Qué injusto es oponer los años y la madurez de la fuerza a un niño pequeño, indefenso e ignorante! Cada exhibición de ira por parte de los padres confirma la rebelión en el corazón del niño. No es mediante un solo acto que se forma el carácter, sino mediante una repetición de actos que se establecen los hábitos y se confirma el carácter. Para tener un carácter semejante al de Cristo es necesario actuar de una manera semejante a la de Cristo. Los cristianos exhibirán un temperamento santo, y sus acciones e impulsos serán impulsados por el Espíritu Santo.

Lleva mucho menos tiempo y dolores estropear la disposición de un niño que imprimir en las tablas del alma principios que resultarán en hábitos de rectitud. Que los padres tengan cuidado de nunca corregir a sus hijos con ira. Nunca pongan su mano sobre un niño cuando estén provocados y llenos de pasión. Al hacerlo, le haréis partícipe de vuestro propio espíritu impulsivo, apasionado e irrazonable. Os preguntaréis: "¿No debo castigar nunca a mi hijo con el uso de la vara?". A veces puede ser necesario azotar a un niño. Pero antes de causarle dolor físico a su hijo, debe probar cualquier otro recurso. Si usted es un padre o una madre cristiano, revelará el amor que tiene por sus pequeños pobres y descarriados. Si tiene que castigar a su hijo, manifestará verdadero dolor por su aflicción. Te postrarás ante Dios con el niño y, con el corazón lleno de dolor, pedirás al Señor que perdone al pequeño descarriado y no permita que Satanás se apodere de su alma. Presenta ante los pequeños al Redentor compasivo. Háblales con sus propias palabras, diciéndoles que Jesús dijo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis; porque de los tales es el reino de los cielos." Tu oración, pronunciada con contrición de alma, atraerá ángeles a tu lado, y el corazón del niño puede quebrarse en penitencia, y así se obtendrá la victoria, y no habrá necesidad de usar la vara en absoluto.

Pero si tomáis a un niño y lo corregís en el calor de la pasión, seguís un curso que puede convertir a vuestro hijo en un demonio, y entonces os preguntaréis por qué es que vuestros hijos tienen rasgos de carácter tan poco amables, cuando habéis tratado tan fielmente de quebrantar sus obstinadas voluntades. Aquí es donde muchos cometen un gran error, al pensar que es necesario quebrantar y destruir la voluntad de un niño. Lo que debéis hacer es guiar, disciplinar y entrenar la voluntad mediante el precepto y el ejemplo. Para hacer esto, primero debes aprender a controlar tu propio temperamento apresurado, y someter tu propia voluntad, para que puedas moldear y formar el carácter de tu hijo. Si actuáis con vuestro temperamento precipitado y mostráis una voluntad indisciplinada ante vuestro hijo, ciertamente le educaréis para que imite vuestras

palabras y acciones, y no tendréis razón para preguntaros por qué vuestros hijos son tan malos. Es tu manera de educar la que está arruinando tu hogar.

¿Sientes amor por tu hijo? ¿Cultivas el afecto por los pequeños que has traído al mundo, y expresas ese amor con tus palabras y modales? Si tu hijo está jugando con algo que no es apropiado para él como juguete, no se lo arrebatas, sino haz que lo cambie por algo que sea apropiado para él y que le proporcione el mismo placer. Dejad que vuestros hijos tengan pruebas de que los queréis y de que deseáis hacerlos felices. Cuanto más antipáticos sean, mayores esfuerzos tendréis que hacer para ganaros su confianza y su amor; y cuando se den cuenta de que padre y madre emplearán todos los medios justificables para hacerlos felices, se romperán las barreras. ¡Qué victoria se obtiene cuando es posible moldear el carácter de vuestros hijos según el carácter de Cristo! Debería ser el objetivo constante de los padres desarrollar las capacidades de sus hijos de tal manera que estén capacitados para honrar a Dios y bendecir a la humanidad.

7 de mayo de 1894

La autodisciplina, necesaria para los padres

EGW

Es labor de los padres educarse y disciplinarse a sí mismos, a fin de que puedan educar y disciplinar a sus hijos. Que los padres recuerden que han transmitido a sus hijos sus propias tendencias hereditarias. Que traten con dureza consigo mismos cuando se vean reflejados en las disposiciones de sus hijos. Que los padres abran la puerta de su propio corazón a Jesús, para que su amor y su gracia tomen posesión del alma, y lleven su voluntad y sus costumbres a la conformidad con la voluntad y las costumbres de Cristo; entonces podrán impartir la instrucción divina a sus hijos.

Es un error que los padres se fijen en cada pequeño defecto de los modales de sus hijos. No deben criticarlos continuamente, pero cuando ven que se desarrollan rasgos equivocados de carácter, deben hacer los esfuerzos más enérgicos para corregir el error mediante el fortalecimiento de rasgos de naturaleza opuesta. Si se aferran bruscamente a estos desarrollos desagradables, y batallan con ellos respecto a sus rasgos objetables, correrán el peligro de causar la existencia de dos males al tratar de erradicar uno. Cuando los niños se inclinan hacia el mal, procura apartar sus mentes de las cosas que los estropearán, y dirige su atención hacia un canal diferente.

Si quisieras cultivar una rosa preciosa, o una rosa, o un lirio, ¿cómo la cuidarías? Pregúntale al jardinero cómo hace para que cada rama y cada hoja florezcan tan bellamente, para que se desarrollen con simetría y belleza. Te dirá que no lo hace con toques bruscos, ni con esfuerzos violentos, pues esto sólo rompería las ramas, sino con pequeñas atenciones repetidas a menudo. Humedeció la tierra y protegió las plantas de las ráfagas feroces y del sol abrasador, y Dios, por su poder milagroso, hizo que las plantas florecieran y se volvieran hermosas. Los padres deben seguir el método del jardinero en el trato con sus hijos, y si la gracia de Cristo está en el corazón, los padres buscarán de diversas maneras educar y formar a sus hijos, modelar sus caracteres según el modelo divino. Los padres no deben estar satisfechos hasta que vean la imagen de lo divino en el carácter de sus hijos. Pueden dar a Dios toda la gloria por su éxito, porque ha sido la gracia de Jesucristo la que ha hecho a los padres y madres sabios para formar a sus hijos.

No puede ser un hogar feliz donde no se cultiva el amor entre marido y mujer, entre padres e hijos. Si los padres han sido egocéntricos, y han educado a sus hijos en una atmósfera donde el amor no se manifestaba en palabras y acciones afectuosas, entonces cambien la atmósfera de su hogar tan pronto como sea posible. Que los maridos amen a sus esposas, y que las esposas vean que ellas reverencian a sus maridos. El plan de salvación fue ideado para transformar el carácter natural y modelarlo a la imagen divina. Cuando la gracia de Cristo es recibida en el corazón, suavizará todo lo que es áspero, y subyugará lo que es grosero y poco amable. La cortesía se expresará en los asuntos de la vida hogareña. Que el padre y la madre recuerden que ellos mismos no son más que hijos adultos. Aunque una gran luz ha brillado en su camino, y han tenido una larga experiencia, ¡con qué facilidad se dejan llevar por la envidia, los celos y las malas conjeturas! A causa de sus propios errores y equivocaciones, deben aprender a tratar con delicadeza a sus hijos descarriados.

Tal como te comportes en tu vida familiar, quedarás registrado en los libros del cielo. El que quiera llegar a ser santo en el cielo, debe primero llegar a ser santo en su propia familia. Si los padres y las madres son verdaderos cristianos en la familia, serán miembros útiles de la iglesia, y podrán conducir los asuntos en la iglesia y en la sociedad de la misma manera en que conducen sus asuntos familiares. Padres, que vuestra religión no sea simplemente una profesión, sino que se convierta en una realidad. Cuando la verdad se introduce en el santuario interior del alma, tiene un efecto maravilloso y poderoso sobre la vida. Expulsará el amor al yo, la indulgencia del yo, la precipitación y la petulancia del temperamento, la susceptibilidad y el orgullo. Estas son las cosas que

expulsan a Cristo del corazón, y cuando se manifiestan en la vida, los profesantes de la religión no pueden experimentar ese noble gozo que hace libre al siervo de Cristo. El que profesa amar la verdad, y sin embargo no la lleva a la vida práctica, lleva un yugo pesado. Admite que los principios de la verdad son correctos, y sin embargo no los lleva a la práctica en sus acciones, y así corta su influencia. Está sujeto a diversos caprichos de su propio carácter natural, y roba a Dios el servicio para el cual fue comprado por la preciosa sangre de Cristo.

Hasta que el cristianismo no esté plantado en el corazón, no podrá controlar la vida, pues es el mal en el corazón lo que debe corregirse. No es suficiente tener una forma de piedad sin santidad para el Señor, porque es como limpiar el exterior de la copa mientras las impurezas permanecen dentro. La creencia en doctrinas, por muy puras que sean, no salvarán a un alma de la muerte, a menos que se pongan en contacto con la vida. El corazón debe purificarse mediante la obediencia a la verdad.

Padres, tenéis que estudiar la Biblia para saber cómo educar a vuestros hijos en la crianza y amonestación del Señor. No podéis seguir complaciéndoos en vuestra manera caprichosa de educar a vuestros hijos, y ser considerados verdaderos y fieles ante Dios. Deben velar por las almas de sus hijos como quienes deben rendir cuentas. Deben considerar que es su deber ante Dios educar a sus hijos en algún empleo útil. No se les puede permitir que pasen la vida divirtiéndose simplemente, sin exponerse a la tentación. Debéis educar a vuestros hijos en hábitos ordenados, enseñándoles a asumir responsabilidades de acuerdo con su edad. Debéis formarles también en hábitos de economía, instruyéndoles para que se atengan a sus necesidades y restrinjan sus deseos de indulgencia en el vestir y en los placeres de las fiestas.

Los padres que profesan creer en la verdad deben esforzarse fervientemente por la salvación de sus hijos, enseñándoles, tanto por precepto como por ejemplo, que "el temor del Señor es el principio de la sabiduría." Es con Dios, que mira el corazón, con quien tenemos que ver. ¿Han entregado los padres todo el corazón a Dios? ¿Han apreciado los padres las innumerables bendiciones que Él ha concedido? ¿Se han educado en presentar ofrendas de gratitud a Dios en respuesta por todas sus bendiciones, hasta que sus afectos estén puestos en las cosas de arriba y no en las de la tierra? El corazón es la ciudadela de todo el hombre, y, hasta que el corazón esté totalmente del lado del Señor, el enemigo encontrará allí su fortaleza, y ningún poder humano podrá desalojarlo. Sólo el Señor puede hacer esta obra.

Hay muchos padres que profesan ser cristianos cuyas almas están preocupadas por tantas otras cosas que no hay lugar en el templo del alma para la presencia de Jesús. Han dado a sus ídolos la devoción que sólo se debe a Dios. La puerta del corazón está cerrada contra la verdad, y Cristo es tergiversado en espíritu, en carácter y en acciones. Sus hijos son inconversos, caprichosos y amantes del placer, y no son recomendables para la verdad. Si algunos de estos jóvenes cayeran enfermos y no tuvieran oportunidad de arrepentirse, estarían perdidos, perdidos para siempre. Se entregan a locuras y placeres mundanos, y esto no dará a sus almas aptitud para la sociedad de los ángeles celestiales. Las almas están pereciendo porque no tienen un conocimiento experimental de Dios y de Jesucristo, a quien él ha enviado. Muchos se sientan bajo el sonido del Evangelio, pero no lo toman como la verdad, porque los padres mantienen la religión práctica apartada de sus vidas. Las buenas nuevas que deberían despertar a todas las almas no tienen ningún efecto para ellos. Se les señala al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, pero ellos dicen: "Mañana habrá tiempo suficiente", y el poder embrujador del pecado los tiene firmemente agarrados. Como no pueden servir a Cristo y al mundo al mismo tiempo, eligen el servicio del pecado y reciben su paga.

Hermanos y hermanas míos, ¿no miraréis hacia el cielo? ¿No abriréis las cámaras de la mente a los brillantes rayos del Sol de Justicia? ¿No abriréis la puerta del corazón y daréis la bienvenida a Jesús? Hay curación en sus alas. Él creará la bondad y el amor en sus corazones que deben ser apreciados y exhibidos en su familia, y este amor no sólo abarcará su propia casa, sino que fluirá hacia fuera a los que te rodean en la iglesia y el mundo. No pedimos una manifestación de lo que el mundo llama cortesía, sino esa cortesía que cada uno llevará consigo a las mansiones de los bienaventurados. ¡Oh, qué rayos de suavidad y belleza brillaron en la vida diaria de nuestro Salvador, y se revelaron en todas las asociaciones que él acariciaba! Nunca hubo una ilustración tan perfecta de la genuina cortesía como la que se ejemplificó en la vida de Jesús. Pide a los padres que vengan a él y aprendan de él, porque es manso y humilde de corazón. Dice a los niños: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios". No los enviéis a los rabinos, no los enviéis a los fariseos, sino llevad a los niños a Jesús para que los instruya y los discipline.

14 de mayo de 1894

El Círculo Familiar la Escuela de Cristo

EGW

La institución familiar es una ordenanza divina. Los padres ocupan el lugar de Dios ante sus hijos. Cuán grave es a los ojos del cielo la negligencia de los padres en educar a sus hijos para la futura vida inmortal. Los cristianos deben considerar a los hijos como los miembros más jóvenes de la familia del Señor, confiados a los padres y a la iglesia para ser educados como hijos de Dios, para ser criados en la crianza y amonestación del Señor. La familia cristiana ha de ser una escuela de Cristo, donde los padres han de ser los maestros visibles, pero Cristo mismo el gran maestro invisible. Las lecciones que Cristo imparte a los padres han de repetirse a los hijos línea tras línea y precepto tras precepto. Paciente, tierna y amorosamente han de guiar sus pasos por el estrecho sendero de la santidad. Los padres no deben obligar a sus hijos a tener una forma de religión, pero deben presentarles los principios eternos bajo una luz atractiva.

La madre debe enseñar a los hijos durante sus primeros años, y para cumplir con su gran responsabilidad, necesita ser moldeada y formada según la semejanza del carácter de Cristo. Nunca debe usar su influencia a su antojo, imprudentemente, arbitrariamente, simplemente porque está en su poder hacerlo. Debe recordar siempre que tiene que dar cuenta a Dios de la manera en que ha realizado la obra que se le ha encomendado. El padre debe procurar que la madre no se vea sobrecargada con el cuidado de muchos hijos. Los niños no deben ser amontonados sobre ella de modo que su fuerza física y sus capacidades de entrenamiento sean puestas a prueba. Los hombres y las mujeres deben considerar cuidadosa y concienzudamente, con un solo ojo para la gloria de Dios, lo que implica traer hijos al mundo. Cuando las madres traen hijos al mundo en rápida sucesión, la carga de cuidarlos y educarlos es tan pesada que se desaniman y no son capaces de llevar a cabo el trabajo que deberían en la educación de su numeroso y creciente rebaño.

La madre no es más que un ser humano, y el esposo y padre de familia debe unir sus esfuerzos a los de ella para edificar una disciplina familiar adecuada. Si descuida hacer su parte, el fracaso se registra en los libros del cielo contra su nombre, y tendrá que dar cuenta de sí mismo ante el gran trono blanco. Muchos padres piensan que la disciplina familiar es un asunto liviano, y no les entra en la mente que tienen una parte que desempeñar en la alegre formación y gobierno de los hijos. El padre manifiesta con frecuencia pasión e impaciencia, y aleja de

él los corazones de sus hijos, y sin embargo, a menudo culpa de esto a la mala administración de la madre. Que los padres cristianos tengan cuidado de cómo tratan a los miembros más jóvenes de la familia del Señor. El padre y la madre deben estar siempre de acuerdo, y no obrar el uno contra el otro, a fin de que se formen impresiones correctas en la mente de sus hijos. Que los padres busquen la sabiduría de Dios; porque él ha dicho: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no reprende".

Es privilegio de los padres criar a sus hijos en una atmósfera divina. Tan pronto como los pequeños sean inteligentes para comprender, los padres deben contarles la historia de Jesús, para que puedan absorber la preciosa verdad concerniente al Niño de Belén. Imprimid en la mente de los niños sentimientos de sencilla piedad, adaptados a su edad y capacidad. Llevad a vuestros hijos en oración a Jesús, pues él ha hecho posible que aprendan la religión a medida que aprenden a encuadrar las palabras de la lengua. Que los niños oigan de labios de su madre palabras de dulzura, pureza y verdad. Que ella mantenga su autoridad, no permitiendo la desobediencia por parte de sus hijos. Manda a tus hijos y a tu casa después de ti (como hizo Abraham) que guarden el camino del Señor, que hagan justicia y juicio. Los padres deben mantener sus corazones y mentes en el amor de Dios, y llevar a sus hijos al altar de la oración, donde día tras día la familia pueda ofrecer súplicas y acción de gracias.

Cuando los padres envejecen y tienen hijos pequeños que criar, es probable que el padre piense que los hijos deben seguir el camino robusto y accidentado que él mismo está recorriendo. Le resulta difícil darse cuenta de que sus hijos necesitan que sus padres les hagan la vida agradable y feliz. Muchos padres niegan a sus hijos la indulgencia de lo que es seguro e inocente, y tienen tanto miedo de alentarlos a cultivar deseos de cosas ilícitas, que ni siquiera permiten que sus hijos disfruten de lo que los niños deben disfrutar. Por temor a los malos resultados, niegan el permiso para permitirse algún placer simple que habría evitado el mismo mal que tratan de evitar, y así los niños piensan que no tiene sentido esperar ningún favor, y por lo tanto no los piden. Se escabullen hacia los placeres que creen que les serán prohibidos. Así se destruye la confianza entre padres e hijos. Si los padres y las madres no han tenido ellos mismos una infancia feliz, ¿por qué deberían ensombrecer la vida de sus hijos a causa de su propia gran pérdida en este aspecto? El padre puede pensar que éste es el único curso que será seguro seguir; pero que recuerde que todas las mentes no están constituidas de la misma manera, y cuanto mayores sean los esfuerzos que se hagan para restringir, más incontrolable será el deseo de obtener lo que se niega, y el resultado será la desobediencia a la autoridad paterna. El padre se sentirá

afligido por lo que considera la conducta caprichosa de su hijo, y su corazón se entristecerá por su rebelión. Pero no sería bueno para él considerar el hecho de que la primera causa de la desobediencia de su hijo fue su propia falta de voluntad para complacerlo en aquello en lo que no había pecado. El padre piensa que se da razón suficiente para que su hijo se abstenga de su indulgencia, puesto que él se la ha negado. Pero los padres deben recordar que sus hijos son seres inteligentes, y deben tratarlos como a ellos mismos les gustaría ser tratados.

Es cierto que Cristo debe ser el modelo de los hijos. Él estuvo sujeto a sus padres; pero Cristo es también el ejemplo del padre, y su tierno amor debe ser mostrado por su agente humano. El padre debe poder decir: "Tu mansedumbre me ha engrandecido". Cristo es el modelo de la perfección, tanto en la manera exterior como en la gracia interior, porque era manso y apacible de corazón. No quebró la caña cascada, ni apagó el pábilo humeante. Le gustaba ver felices a los niños y a los jóvenes. Jamás pronunció una palabra descortés. Incluso en sus denuncias de la hipocresía de los fariseos, por agudas y profundas que fueran, no había ninguna manifestación de un temperamento irritado. Sólo la gracia divina puede corregir nuestras tendencias objetables.

Cuando surgen circunstancias que nos tientan e irritan, debemos manifestar amor y simpatía, y cultivar la paciencia ante toda provocación a la ira. En circunstancias difíciles, los padres pueden pensar que es correcto manifestar severidad; pero éste es el momento en que necesitarán aplicar el aceite de la gracia para prevenir fricciones en la familia. La dureza de carácter debe ser suavizada y subyugada por el amor de Cristo, a fin de que los padres puedan tratar sabiamente a sus hijos. Cuando, por el mal proceder de algunos miembros de la familia, se produce una combinación de cosas muy difícil de armonizar, se harán patentes diferentes manifestaciones de ánimo en los que han de ser reprendidos. Algunos serán excesivamente sensibles, otros manifestarán una reserva fría y orgullosa, otros serán nerviosos y tímidos, y otros aún serán excesivamente irritables. En tales circunstancias siempre habrá necesidad de tolerancia, paciencia y amor. Que todos, mediante el arrepentimiento, el perdón y el amor, traten de llevar todo el sol posible a la vida del hogar, para que se cure la alienación y la familia llegue a la unidad.

El cristiano debe modificar sus rasgos severos de carácter por la gracia de Cristo, y cultivar lo que es amable y pacífico. Se hace un gran daño a la causa de Cristo cuando los cristianos permiten que sus rasgos impíos de carácter tergiversen el espíritu amable y cortés del evangelio de Jesucristo. La vejez a veces espera demasiado de la juventud inexperta, y la juventud espera

demasiado de la vejez. Que todos tomen a Cristo por ejemplo, quien nunca pronunció una palabra apresurada y descortés, ni realizó una acción grosera. Es tanto deber sagrado de los ancianos envejecer con gracia, suavizando su disposición en el otoño de la vida, como lo es para los jóvenes representar las gracias del carácter de Cristo. Los modales son la expresión del carácter, y la gracia divina puede hacer todo para santificar el carácter. Por tanto, "haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús".

28 de mayo de 1894

Los delirios de los últimos días

EGW

"Ahora bien, el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y a doctrinas de demonios, hablando mentiras con hipocresía y con la conciencia cauterizada con hierro candente". Antes de los últimos desarrollos de la obra de apostasía habrá una confusión de fe. No habrá ideas claras y definidas acerca del misterio de Dios. Una verdad tras otra será corrompida. "Y sin controversia grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria". Hay muchos que niegan la preexistencia de Cristo y, por tanto, niegan su divinidad; no lo aceptan como Salvador personal. Esto es una negación total de Cristo. Él era el Hijo unigénito de Dios, que era uno con el Padre desde el principio. Por él fueron hechos los mundos.

Al negar la encarnación milagrosa de Cristo, muchos se apartan de otras verdades de origen celestial y aceptan fábulas inventadas por Satanás. Pierden el discernimiento espiritual y practican lo que se les presenta y se imprime en sus mentes por medio de Satanás. Como el convicto es marcado y desfigurado por un hierro candente, así sus conciencias son cauterizadas y desfiguradas por el pecado. Proclaman su propia justicia y se exaltan ante el pueblo para ganar confianza y atraer a su lado a los que no han recibido el amor de la verdad. "Te conjuro, pues, delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino: Predicad la palabra; instad a tiempo y fuera de tiempo; redargüid, reprendid, exhortad con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias; y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas."

El Espiritismo está a punto de cautivar al mundo. Hay muchos que piensan que el Espiritismo se sostiene por medio de engaños e imposturas; pero esto está muy lejos de la verdad. El poder sobrehumano está actuando de diversas maneras, y pocos tienen idea de cuáles serán las manifestaciones del Espiritismo en el futuro. La base del éxito del Espiritismo se ha puesto en las afirmaciones que se han hecho desde los púlpitos de nuestra tierra. Los ministros han proclamado, como doctrinas bíblicas, falsedades que se han originado del archiengañador. La doctrina de la conciencia después de la muerte, de que los espíritus de los muertos están en comunión con los vivos, no tiene fundamento en las Escrituras, y sin embargo esta teoría se afirma como verdad. A través de esta falsa doctrina se ha abierto el camino para que los espíritus de los demonios engañen a la gente representándose a sí mismos como los muertos. Las agencias satánicas personifican a los muertos, y así llevan a las almas al cautiverio. Satanás tiene una religión, tiene una sinagoga y devotos adoradores. Para engrosar las filas de sus devotos utiliza todo tipo de engaños.

Los signos y prodigios del espiritismo serán cada vez más pronunciados a medida que el mundo que profesa ser cristiano rechace la verdad claramente revelada de la palabra de Dios, y se niegue a dejarse guiar por un claro "Así dice el Señor", aceptando en cambio las doctrinas y los mandamientos de los hombres. Al rechazar la luz y la verdad, muchos están decidiendo su destino para la muerte eterna; y a medida que los hombres rechacen la verdad, el Espíritu de Dios se retirará gradualmente de la tierra, y el príncipe de esta tierra tendrá cada vez más control sobre sus súbditos. Mostrará grandes señales y prodigios como credenciales de sus divinas pretensiones, y por medio del espiritismo obrará contra Cristo y sus agencias.

Las Escrituras prohíben terminantemente el trato con ángeles malignos en la suposición de comunión con los muertos. Mediante este engaño Satanás puede educar a las almas en su escuela de falsedad, y hacer de ningún efecto las lecciones que Cristo enseñaría, las cuales, si se practicaran, resultarían en la vida eterna de los que obedecieran. Satanás trata de formar una gran confederación del mal uniendo a los hombres caídos y a los ángeles caídos. Pero el Señor dice: "Cuando os dijeren: Buscad a los que tienen espíritus familiares, y a los magos que espían y que murmuran, ¿no debería un pueblo buscar a su Dios? los vivos a los muertos? A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos." "Y el alma que se vuelva tras los que tienen espíritus familiares, y tras los magos, para andar tras ellos, yo pondré mi rostro contra esa alma, y la cortaré de entre su pueblo." "No tengáis en cuenta

a los que tienen espíritus familiares, ni busquéis a los magos para contaminaros con ellos; yo soy el Señor, vuestro Dios."

El gran poder que acompaña al espiritismo tiene su origen en el gran rebelde principal, Satanás, el príncipe de los demonios. Es por su artificio que los ángeles malignos han podido sustituir a los muertos, y por medio de la hipocresía mentirosa han inducido a los hombres a tener relaciones con los demonios. Aquellos que tienen comunión con los supuestos espíritus de los muertos están teniendo comunión con aquellos que tendrán un poder corruptor y desmoralizador sobre la mente. Cristo ordenó que no tuviéramos relaciones con hechiceros y con los que tienen espíritus familiares. Esta clase está representada en el Evangelio entre los que perecerán en su iniquidad: "los temerosos, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre".

Durante años, el espiritismo ha ido cobrando fuerza y popularidad al propugnar cierto tipo de fe en Cristo, por lo que muchos protestantes se están encaprichando con este misterio de iniquidad. No es de extrañar que se engañen, cuando persisten en el error de que, tan pronto como el aliento abandona el cuerpo, el espíritu va inmediatamente al cielo o al infierno. Mediante el dominio que esta doctrina ejerce sobre ellos, se prepara el camino para la obra engañosa del príncipe de la potestad del aire. Satanás personificó a la serpiente en el Edén, considerando a esta criatura como la más adecuada para su línea de tentaciones. Satanás ha ido aumentando sus métodos hábiles practicando constantemente sobre la mente humana. Su único propósito es completar la obra que comenzó en el Edén y causar la ruina de la humanidad. A través de sus misteriosos trabajos puede insinuarse en los círculos de los más educados y refinados, porque una vez fue un ser exaltado, en una alta posición de responsabilidad entre las huestes celestiales. Es un error representarlo como un ser monstruoso con pezuñas y cuernos, pues sigue siendo un ángel caído. Es capaz de unir la más alta grandeza intelectual con la más baja crueldad y la corrupción más degradante. Si no tuviera este poder, escaparían de sus trampas muchos de los que ahora están encantados con sus atractivas representaciones y cautivos de sus engaños.

A medida que el Espíritu de Dios se retire de la tierra, el poder de Satanás se manifestará más y más. El conocimiento que tenía por estar en conexión con Dios, como querubín protector, lo usará ahora para subordinar a sus súbditos que cayeron de su alto estado. Utilizará todo el poder de su exaltado intelecto

para tergiversar a Dios e instigar la rebelión contra Jesucristo, el Comandante del cielo. En la sinagoga de Satanás pone bajo su cetro, y en sus consejos, a los agentes que puede utilizar para promover su culto. No es extraño encontrar una especie de refinamiento y una manifestación de grandeza intelectual en la vida y el carácter de aquellos que son inspirados por los ángeles caídos. Satanás puede impartir conocimientos científicos y dar a los hombres capítulos de filosofía. Está familiarizado con la historia y versado en la sabiduría mundana.

Casi todas las fases del talento están siendo llevadas al cautiverio del príncipe del poder de las tinieblas. Los hombres de mentalidad mundana, porque desean exaltarse a sí mismos, y se han separado de Dios, no aman retener a Dios en su conocimiento, pues pretenden poseer un intelecto más elevado y grandioso que el de Jesucristo. Satanás envidia a Cristo, y hace la pretensión de que tiene derecho a una posición más alta que el Comandante del cielo. Su autoexaltación lo llevó a despreciar la ley de Dios, y resultó en su expulsión del cielo.

A través del papado ha manifestado su carácter y ha puesto de manifiesto los principios de su gobierno. De este poder el apóstol Pablo dice: "Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad.... Y se manifestará aquel inicuo a quien el Señor consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida, a aquel cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esto Dios les enviará un fuerte engaño, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia."

La confederación del mal no resistirá. El Señor dice: "Asociaos, oh pueblos, y seréis despedazados.... Tomad consejo juntos, y será en vano; hablad la palabra, y no permanecerá; porque Dios está con nosotros. Porque Jehová me habló así con mano fuerte, y me instruyó para que no anduviese en el camino de este pueblo, diciendo: No digáis: Confederación, a todos aquellos a quienes este pueblo dirá: Confederación; ni temáis su temor, ni tengáis miedo. Santificad a Jehová de los ejércitos en persona; y sea él vuestro temor, y sea él vuestro miedo. Y él será por santuario".

Satanás usará sus agencias para llevar a cabo artimañas diabólicas, para dominar a los santos de Dios, como en tiempos pasados usó el poder romano para detener el curso del protestantismo; sin embargo, el pueblo de Dios puede mirar con calma toda la gama del mal, y llegar a la conclusión triunfante de que porque Cristo vive, nosotros también viviremos. El pueblo de Dios debe avanzar con el mismo espíritu con que Jesús se enfrentó a los asaltos del príncipe de las tinieblas en el pasado. La confederación del mal sólo puede avanzar en el curso que Jesús ha marcado ante ellos; cada paso de su avance lleva a los santos de Dios más cerca del gran trono blanco, más cerca de la terminación exitosa de su guerra. La confederación del mal será finalmente destruida; porque el profeta dice: "He aquí que viene el día que arderá como un horno; y todos los soberbios, sí, y todos los que obran impiamente, serán como hojarasca; y el día que vendrá los abrásaré, dice Jehová de los ejércitos, que no les dejará ni raíz ni rama". Incluso de aquel cuyo corazón se enaltecía a causa de su hermosura, que corrompió su sabiduría a causa de su brillo, dice el Señor: "Sacaré fuego de en medio de ti, te consumiré, y te reduciré a cenizas sobre la tierra a la vista de todos los que te contemplan. Todos los que te conocen en el pueblo se asombrarán de ti; serás un espanto, y nunca más serás."

4 de junio de 1894

Aumentarán los delirios satánicos

EGW

"Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias; y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas." Antes y en el primer advenimiento de Cristo, los maestros religiosos exponían ideas extrañas que estaban tan mezcladas con porciones de verdad que estaban llenas de poder engañoso, y alejaban a las almas de Dios, aunque conservaban la apariencia de ser sus verdaderos adoradores. Encontramos una condición similar de la sociedad en estos últimos días, y aquellos que se apartan de la fe, mezclan con su creencia diversidades de opinión humana. La Biblia es criticada. ¿Es porque las Escrituras son inconsistentes y contradictorias que los ministros difieren tanto en su interpretación? No, el problema es que los hombres están haciendo hoy lo que hicieron en el tiempo de Cristo, y están enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres. Los maestros religiosos están en la misma condición que los fariseos de quienes dijo: "Vosotros ignoráis las

Escrituras y el poder de Dios". Los mismos hombres a quienes se dirigían estas palabras tenían la presunción de enseñar e interpretar las Escrituras al pueblo.

¿Son las Escrituras vagas e incoherentes? ¿Hay algún fundamento para las opiniones contradictorias y los diversos sentimientos y doctrinas que encuentran credibilidad en el mundo religioso? Si es así, entonces podemos dudar de su origen divino, porque no es la inspiración de Dios la que lleva a las personas a tener opiniones diversas. Los que interpretan la Biblia han corrompido la palabra de Dios y la han arrancado de su verdadero significado, tratando de armonizar la verdad de Dios con las invenciones y doctrinas de los hombres. Las Escrituras son pervertidas y mal aplicadas, y las gemas de la verdad son puestas en el marco del error. Estos maestros están cegados y no pueden discernir claramente cuál es el verdadero significado de las Escrituras.

En el tiempo de los apóstoles, maestros de este carácter trataron de insinuarse entre los maestros de la verdad. Trataron de mezclar la paja con el trigo, y sus teorías fueron llamadas "doctrina extraña"; pero el Señor quiere que distingamos la verdad del error. El apóstol nos exhorta a "llegar a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo". Pedro, Juan, Judas y Pablo tuvieron que contender con hombres que trataban de desestabilizar a los inestables, y que hacían que la palabra de verdad no tuviera efecto. Los que estaban llenos de vana filosofía e impresionados con la falsamente llamada ciencia, tenían prejuicios contra la verdad.

Las invenciones humanas agradan a la mente carnal y apaciguan la conciencia que se aferra al pecado. No era agradable a los hombres ver y practicar la fe que obra por el amor y santifica el alma. El pecado no era abandonado ni despreciado, y para excusarlo había que idear un medio por el cual pudiera embotarse el filo de la espada de la verdad; así que los hombres introdujeron razonamientos y afirmaciones humanas. Si los hombres hubieran permitido que la palabra de Dios hiciera su obra sobre el corazón y el intelecto, habrían distinguido y separado lo espurio de lo verdadero. Si hubieran recibido las Escrituras en su sencillez, no se habrían entregado a las búsquedas mundanas, a la realización de sus esperanzas temporales. Pero, con sus tradiciones, hicieron ineficaz la palabra de Dios y desviaron la Escritura de su verdadero sentido. El Señor dice que la palabra de verdad puede hacer a los hombres sabios para la

salvación. Es una salvaguardia y un escudo, y protege a los hombres de los engaños del enemigo. "Nadie os engañe con palabras vanas; porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz; porque el fruto del Espíritu es en todo bondad, justicia y verdad."

Jesús, que dio su vida para salvar a los hombres, nos ha advertido de lo que sucederá en los últimos días. Los discípulos se le acercaron en privado para preguntarle sobre el fin del mundo, y Jesús les dijo: "Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos". Los engaños y las decepciones satánicas aumentarán a medida que nos acerquemos al final de la historia de la Tierra. Jesús advirtió a sus seguidores de lo que ocurriría justo antes de su venida. Él dijo: "Entonces, si alguno os dijere: He aquí el Cristo, o allí; no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. He aquí, os lo he dicho antes. Por tanto, si os dijeren: He aquí, está en el desierto, no salgáis; he aquí, está en las cámaras secretas, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre."

El poder engañador de Satanás aumentará continuamente hasta el fin. A través de sus agencias hará grandes maravillas, "de tal manera que hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres, y engaña a los moradores de la tierra por medio de los milagros que tenía poder de hacer, ... diciendo a los moradores de la tierra que hiciesen una imagen a la bestia, la cual tenía la herida de espada, y vivía. Y tenía poder para dar vida a la imagen de la bestia, para que la imagen de la bestia hablase y para hacer morir a todos los que no adorasen la imagen de la bestia. Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre."

Nuestro mundo se acerca rápidamente a la línea divisoria en la que ya no se concederá la libertad condicional.

Un Dios sufrido soportó a los habitantes del mundo en tiempos de Noé; pero al fin declaró a su siervo diciendo: "Mi espíritu no contendrá siempre con el hombre, porque también él es carne; pero sus días serán ciento veinte años." "Y

vio Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de él era de continuo solamente el mal." "Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra; y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado delante de mí, porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra."

La condición de la sociedad actual es similar a lo que era en tiempos de Noé; y si Jesús estuviera entre nosotros, diría: "¿No podéis discernir los signos de los tiempos?". "Y como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban, se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Así también fue en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; pero el mismo día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así sucederá también el día en que se manifieste el Hijo del hombre".

"Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el buen hombre de la casa hubiera sabido a qué hora vendría el ladrón, habría velado, y no habría permitido que su casa fuera destrozada. Por tanto, estad también vosotros preparados, porque a la hora que no pensáis viene el Hijo del hombre." El mundo está entregado a la búsqueda de los asuntos temporales, como lo estaban los hombres en los días de Noé. Comen, beben, plantan, construyen, se casan y se dan en matrimonio. Todas estas cosas son lícitas en sí mismas, pero lo pecaminoso es llevarlas al exceso. El mundo ha tenido una gran luz, y ha sido grandemente favorecido, y aún así la gente del mundo no cumple con sus responsabilidades. La advertencia que Cristo dio a las ciudades que habían sido altamente favorecidas y no se habían arrepentido, se aplica al mundo en este día: "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Pero yo os digo: Más tolerable será para la tierra de Sodoma en el día del juicio que para vosotros."

11 de junio de 1894

La armonía con las potencias apóstatas es señal de enemistad con Dios

EGW

"A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Estos son los elegidos de Dios; son aquellos a quienes Cristo dirige las palabras: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, un tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no se acerque, ni polilla corrompa. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón".

La gente del mundo está tan absorta en los asuntos temporales que las realidades eternas les parecen de importancia subordinada. No pueden distinguir la verdad del error. En espíritu y en práctica están repitiendo la historia de los judíos, y en estos últimos días los elegidos de Dios que guardan sus mandamientos serán objeto de desprecio, tanto para los que ocupan posiciones elevadas como para los de la vida común. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes."

En esta era del mundo hay quienes viven en medio de la sociedad corrupta del mundo a quienes el Señor dice: "Tienes unos pocos nombres aun en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo de blanco, porque son dignos. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.... Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie la puede cerrar; porque tienes un poco de fuerza, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí, yo haré que los de la sinagoga de Satanás, que se dicen ser judíos, y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y sepan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación, que vendrá sobre todo el

mundo para probar a los moradores de la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona."

Debemos conocer el significado de las palabras: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". La enemistad que existe en el corazón contra el mal no tiene existencia natural, sino que es una enemistad que ha sido creada a través de la agencia del Espíritu Santo. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". El hombre natural está en transgresión, y su naturaleza está en armonía con la del primer transgresor. No hay enemistad natural entre los hombres caídos y los ángeles caídos; ambos son partícipes del mismo espíritu a través de la indulgencia en el mal. Según la ley de la sinagoga de Satanás, en la controversia del mal contra el bien, los hombres caídos y los ángeles caídos se unirán en una desesperada compañía. Desde el principio Satanás ha trabajado continuamente para destronar al Creador, y cualesquiera que sean las divisiones entre los hombres malos y los ángeles malos, no hay división en su oposición a Dios. Están unidos como con cuerdas de hierro para oponerse al Creador y Redentor del hombre. Satanás está resuelto a depravar completamente la naturaleza humana haciendo que los mandamientos de Dios no tengan ningún efecto. Él origina las tradiciones, y por medio de sus máximas logra asimilar a su propia naturaleza la de aquellos que no rinden pleitesía a la ley de Dios.

La armonía de la naturaleza entre Satanás y los hombres malvados es la clave de toda persecución religiosa desde el día en que Caín mató a Abel hasta el tiempo presente. El mismo principio que impulsó a Satanás en los atrios del cielo a guerrear contra Dios, obra ahora en los hijos de la desobediencia, y los impulsa a fabricar mandamientos espurios que contradicen los estatutos de Jehová. Es el poder de la apostasía el que exalta a los potentados religiosos al lugar de Dios. Lo falso es honrado por encima de lo verdadero; y así es como el sábado del cuarto mandamiento es pisoteado en el polvo, mientras que el sábado espurio es exaltado por los poderes terrenales.

El origen de los falsos mandamientos puede discernirse claramente por los principios en que se basan. Todo lo que no está de acuerdo con la voluntad conocida y expresada de Dios, está en enemistad con Dios, y tiene su origen en la sinagoga de Satanás. La voluntad de Dios está expresada en su ley, y el pecado es la transgresión de la ley. Los que hacen caso omiso de los mandamientos de Dios, y enseñan como doctrinas los mandamientos de los hombres, obran en la línea de Satanás, y están en armonía con el gran jefe de la

apostasía. Cuando los judíos decían que Abraham era su padre, sin hacer las obras de Abraham, Jesús les dijo: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer; él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira." "El que comete pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo."

La luz brilla en medio de las tinieblas morales de esta época del mundo. El Espíritu Santo está obrando en los corazones de los hombres para convencerlos del pecado, y de la justicia, y del juicio venidero. Pero los que rehúsan la luz y aceptan las excusas que Satanás puede esgrimir como razones para no obedecer la verdad, manifestarán la enemistad satánica contra los que obedecen a Dios antes que a los hombres. Los que siguen firmemente la práctica y las costumbres del mundo frente a la luz y la verdad, se opondrán obstinadamente a los mandamientos de Dios, y rendirán lealtad inquebrantable a aquel que primero se rebeló contra Dios, y fue expulsado de los atrios del cielo; pero frente a la enemistad del mundo, los que creen verdaderamente en Cristo lo tomarán por ejemplo en todas las cosas. Jesús dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor". El discípulo amado dijo: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que ya teníais desde el principio."

No; pero, aunque no guardan la ley, el mundo cristiano profeso se une a los opositores de la verdad para despreciar a los que guardan los mandamientos de Dios. Hay una guerra abierta, tanto en la iglesia cristiana profesa como en el mundo, contra los que guardan el cuarto mandamiento y obedecen todos los preceptos morales de Jehová. El cuarto mandamiento dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó."

Que cada alma que lea este mandamiento entienda que debe ser observado exactamente como está escrito. No debe ser mal aplicado o arrancado de su

verdadero significado. El hombre de pecado pensó cambiar el tiempo y la ley de Dios; pero ningún poder en el cielo o en la tierra podría cambiar lo que había sido escrito por el dedo de Dios, y colocado en el arca del testimonio bajo el propiciatorio.

En santa visión, Juan fue llevado al santuario celestial. Dice: "El templo de Dios se abrió en el cielo, y se vio en su templo el arca de su testamento". "Después miré, y he aquí que el templo del tabernáculo del testimonio en el cielo estaba abierto". El santuario que se le ordenó a Moisés hacer debía seguir el modelo del santuario celestial. En el arca se colocaron los diez mandamientos que habían sido escritos por el dedo de Dios. La ley que se colocó en el arca en la tierra era una copia de la ley que está contenida en el arca del testimonio en el cielo, y los preceptos de Jehová son inmutables. Los diez mandamientos constituyen la norma moral del carácter. Dios exige de parte del hombre la perfecta conformidad con su ley, y se pronuncia una maldición contra todo aquel que no continúe cumpliéndolos en todas las cosas escritas en la ley.

La raza humana no tiene la justicia de carácter que Adán poseía en el momento de su creación. Aunque la negligencia en guardar los requisitos de Dios es pecado, y la paga del pecado es la muerte, no se afirma que el hombre pueda tener vida eterna sino mediante la obediencia y justicia de Jesucristo, que es el representante y cabeza de toda la humanidad. El pecador sólo puede encontrar esperanza mediante la dependencia de la perfección de Cristo. Hemos de valernos del mérito de la ofrenda sin pecado que se hizo mediante la muerte del unigénito Hijo de Dios. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

(Concluido la próxima semana).

18 de junio de 1894

La armonía con las potencias apóstatas es señal de enemistad con Dios

(Concluido.)

EGW

Dios ha dispuesto en Jesucristo que guardemos los mandamientos de Dios. En esta era del mundo los poderes de la apostasía están tratando por todos los medios de inducir a los hombres a la desobediencia. La misma obra que Satanás hizo en el Edén la está haciendo hoy. Persuadió a Adán y a Eva de que Dios les había ocultado algún gran bien, y, mientras insinuaba que Dios no tenía en su corazón el bienestar de ellos, fingía tener un profundo interés en su adelanto. La falsedad de Satanás prevaleció; logró ganarse su confianza prometiéndoles una amplitud de conocimientos mayor que la que habían alcanzado hasta entonces, declarando incluso que serían como dioses. Dios les había puesto una prueba muy leve. Simplemente les prohibió comer de un árbol en medio del jardín. Sin embargo, la violación de esta leve prohibición provocó la caída de la raza humana. Aunque la acción pudiera considerarse pequeña, fue desobediencia y transgresión; y cuando se pesó en la balanza de Dios, se vio que era el pecado más atroz. La desobediencia de Adán a Dios fue el resultado de su incredulidad e ingratitud, y lo llevó a tomar su posición del lado del gran apóstata, al dar crédito a las declaraciones de Satanás en vez de a la palabra de Dios.

La historia de la transgresión de Adán está ante la familia humana, y está escrita para nuestra amonestación y advertencia, para que nos demos cuenta de lo terrible que es el pecado de violar el más pequeño mandamiento de Dios.

Tenemos plena luz sobre el hecho de cómo el Señor consideró la transgresión de Adán, y sin embargo los hombres se atreven a violar el cuarto mandamiento. Después de que el Señor creó el mundo en seis días, descansó el séptimo día, y santificó el día de su descanso, y ordenó a los hombres observar el día de descanso a través de todas las generaciones. Y sin embargo, los hombres repiten la transgresión de Adán, y entran en confederación con Satanás para guerrear contra Dios, pisoteando la institución del sábado. La iglesia y el mundo están escogiendo a Satanás por su dios y soberano, y dejando de lado al Dios que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos.

El hombre perdió su justicia por la transgresión, y "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no

se pierda, mas tenga vida eterna". Por la justicia de Cristo, nuestro sustituto y fiador, se hace aceptable nuestra obediencia a los mandamientos de Dios. Cristo revistió su divinidad de humanidad y soportó la prueba del apetito, la ambición y el amor al mundo, haciendo así posible que el hombre guarde los mandamientos de Dios mediante su justicia imputada. Por la fe en Cristo, el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina, y está completo en él, mientras camina en la luz. Pero cuando la luz ha llegado a un alma que ha estado en tinieblas con respecto a las exigencias vinculantes de la ley de Dios, y el transgresor se niega a andar en la luz, es culpable ante Dios, y se le acusa de apostasía. Eligió que el pecado se enseñoreara de él, y por eso recae sobre él la pena de la ley. Por su continua transgresión revela el hecho de que está enemistado con Dios, que su corazón es carnal y no está sujeto a la ley de Dios. Repite la transgresión de Adán, acepta las insinuaciones del enemigo caído, se pone del lado del hombre de pecado y exalta a Satanás por encima de Dios. Al rechazar la luz, se une a las filas de la apostasía y elige actuar con la confederación de Satanás.

Era necesario que Cristo tomara sobre sí nuestra naturaleza, a fin de probar la falsedad de las afirmaciones de Satanás. El apóstata arrojó desprecio sobre la ley de Dios, y declaró que era imposible que los hombres guardasen el mandamiento de Dios, que había sido preordenado en los consejos del cielo. Por lo tanto, Cristo se convirtió en el representante y fiador del hombre, demostrando así a las inteligencias celestiales, a los mundos no caídos y a la raza humana que, mediante la cooperación con las agencias divinas, la humanidad podía ser pura y santa. Al participar de la naturaleza divina, podían satisfacer la exigencia de una ley perfecta y santa. De Cristo está escrito: "Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos fue hecho, santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos".

Adán no obedeció los mandamientos de Dios. ¿Continuarán los hijos e hijas de Adán en la transgresión y también dejarán de obedecer? Nadie puede entrar en la vida que persista en la deslealtad, puesto que Cristo fue dado a nuestro mundo para que salvase a su pueblo de sus pecados. Cuando el joven se acercó a Cristo, diciendo: "Maestro bueno, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna?". Jesús le dijo: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". No era posible para el joven, ni para nadie, guardar los mandamientos de Dios sino por el mérito de Jesucristo. Sin el derramamiento de la sangre de Cristo no podía haber remisión de pecados, ni imputación de la justicia de Cristo al pecador

creyente. Cristo soportó la pena del pecado en su propio cuerpo en la cruz, y cumplió toda justicia. El mérito de la justicia de Cristo es el único fundamento sobre el cual el pecador puede esperar un título a la vida eterna; porque Cristo se ha dado a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios, como olor fragante. Se pagó un precio infinito por la redención del hombre, no para que se salvara en sus pecados, no para anular la ley de Dios. Pablo dice: "¿Anulamos, pues, la ley de Dios por la fe? Dios no lo quiera; sí, establecemos la ley". Porque aunque "por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él", la justicia de Dios, que es por la fe en Jesucristo, está atestiguada por la ley y los profetas.

¡Qué extraño es que la iglesia y el mundo se unan en una confederación para hacer una obra que Dios ha prohibido especialmente! Desobedecen impunemente los mandamientos de Dios. La prohibición de Dios en el Jardín del Edén fue desobedecida por Adán y Eva, y de ello resultaron las más terribles consecuencias. El Señor está poniendo la misma prueba sobre la familia humana hoy, y probándolos trayendo a su atención el sábado, que es un memorial del poder creativo de Dios. En este memorial Dios testifica al mundo y a las inteligencias celestiales que él hizo el mundo en seis días, y descansó-¿en el primer día? no, sino en el séptimo día. Hoy nos llega la misma instrucción que cuando el Señor habló a los hijos de Israel, diciendo: "En verdad mis sábados guardaréis; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones."

El Señor envía mensajeros de la verdad a la gente; pero cuando trae palabras de severa verdad para influir en sus conciencias, hay muchos que no están de ninguna manera complacidos o agradecidos. El mensaje de la verdad les perturba en su apacible servicio a Dios, y no les gusta el camino escabroso y espinoso que se les señala. No desean separarse del mundo, practicar la abnegación y el autosacrificio, y alcanzar la semejanza de Cristo. Desean vivir en paz y glorificarse a sí mismos, y no desean identificar su interés con el de Jesucristo. Consideran que la separación de los placeres del mundo, la separación de la negligente negligencia del mundo hacia la piedad y la devoción, es una cruz demasiado pesada para ellos.

En el rechazo de la luz se endurece el corazón de los hombres, que finalmente se unen a los agentes de la apostasía en una obra de coacción de la conciencia de los que no están de acuerdo con ellos, en perseguir y dar muerte a los que aman a Dios y guardan sus mandamientos. Pero el Señor dice a su pueblo elegido: "He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Pero guardaos de los

hombres, porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa mía, para testimonio contra ellos y contra los gentiles. Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis; porque en esa misma hora se os dará lo que debéis hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin será salvo.... Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.... A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos".

El pueblo remanente de Dios ha de soportar persecuciones. "Y el dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo". Deben dar el mensaje de advertencia contra el poder representado por "la bestia". El profeta dice de este poder, que representa al papado: "Se le dio una boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio poder para que durase cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemia contra Dios, para blasfemar de su nombre, y de su tabernáculo, y de los que moran en los cielos. Y le fue dado hacer guerra contra los santos, y vencerlos; y le fue dado poder sobre todo linaje y lengua y nación. Y le adorarán todos los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero inmolado desde la fundación del mundo." La iglesia remanente de Dios debe dar la advertencia del tercer ángel al mundo: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en la frente o en la mano, beberá del vino de la ira de Dios, que sin mezcla se derrama en el cáliz de su ira."

La Iglesia de Dios, despreciada y perseguida por el mundo, es educada y disciplinada en la escuela de Cristo. Caminan por senderos estrechos en la tierra; se purifican en el horno de las aflicciones. Por amor de Jesús soportan la oposición, el odio, la calumnia. Siguen a Cristo a través de dolorosos conflictos; soportan la abnegación y experimentan amargos desengaños; pero su dolorosa experiencia les enseña la culpa y la desdicha del pecado, y lo miran con aborrecimiento. Al ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, están destinados a ser partícipes de su gloria. En santa visión, el profeta vio el triunfo del pueblo de Dios. Dice: "Vi como un mar de vidrio mezclado con fuego; y los que habían obtenido la victoria sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre, estaban sobre el mar de vidrio, teniendo las arpas de

Dios. Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos."

25 de junio de 1894

Una causa de sufrimiento

EGW

¿Por qué hay tanto sufrimiento en nuestro mundo? Una razón es que los ricos no cumplen con las responsabilidades que Dios les ha dado y, como buenos administradores de la gracia de Dios, distribuyen las necesidades de los pobres. Los hombres han pervertido los poderes que Dios les ha dado, y sólo piensan en cómo pueden acumular riquezas. Hay miles de ricos que tienen todos los lujos y no saben qué hacer con sus posesiones. Hacen de sus cuerpos ídolos, y amontonan tesoros sobre sí mismos. Los ricos y los pobres han sido representados en la Biblia en la parábola del rico y Lázaro. Los que no reparten su pan al hambriento, ni visten al desnudo, ni llevan a sus casas a los pobres desechados, están cometiendo el pecado de Sodoma. La iniquidad de Sodoma fue la soberbia, la saciedad de pan y la abundancia de ociosidad, y no fortalecieron las manos de los pobres y necesitados. El Señor dice: "Se ensoberbecieron, e hicieron abominación delante de mí; por eso los quité, según me pareció bien."

La ociosidad es pecado. A cada hombre y a cada mujer Dios les ha dado su trabajo, y todos deben emplear su tiempo en hacer el bien a los demás. El lujo y la arrogancia desarrollan en el carácter la dureza de corazón y la desconsideración, que se encuentran en gran medida entre los que ocupan posiciones elevadas en el mundo. Los que tienen abundancia sienten poca simpatía por los hambrientos, los desnudos y los desamparados.

¿Qué satisfacción verdadera pueden tener las personas que cargan sus cuerpos con joyas costosas, mientras hay miles de indigentes, temblando en su desnudez, clamando a Dios en su hambre y angustia? ¡Oh, que aquellos que se engalanan con joyas, y hacen ídolos de sí mismos, pudieran ver cómo aparecen a los ojos de su Creador! ¡Oh, que se dieran cuenta de cómo el Salvador, que ha muerto por ellos, los mira, presenciando toda extravagancia, y contrastándola con la indigencia de los pobres, que claman a él, y que claman no en vano! Nadie que se engalane con joyas y vestidos costosos quedará libre de culpa ante Dios. Nadie puede apartarse de la verdad, violar la justicia, renunciar a la

integridad, descuidar a los pobres y, sin embargo, lisonjearse de no haber abandonado a Dios. Toda idolatría del yo deshonra a Dios, y quien deshonra a Dios no beneficia a la humanidad. Se violan los principios eternos del bien y del mal. El gasto innecesario de medios, la indulgencia en extravagancias, el ponerse adornos llamativos y engalanar el cuerpo con joyas relucientes, es una evidencia de que el alma se ha apartado de Dios y se ha vuelto hacia el yo, y en el último día los pobres se levantarán en juicio y condenarán a los que han vivido para la gratificación de deseos egoístas. Se sentenciará que, mientras muchos estaban en la desnudez y el hambre, los pecadores ricos derrochaban el dinero para gratificar el orgullo y la ambición, y al hacerlo se degradaban a sí mismos.

Un hombre puede ser alzado por su riqueza para sentarse entre príncipes; pero si no tiene una conexión viva con el Señor Jesucristo, tiene una mente barata, pues ha perdido la eternidad fuera de su cuenta. A los ojos de Dios es considerado de la tierra, terrenal y degradado, esclavo de la lujuria y la ambición. Se ha vendido a sus riquezas, que pronto pasarán. Se ha inclinado ante un ídolo que no puede bendecirlo más que los dioses de madera y piedra. Toda ganancia impía trae consigo una maldición oculta, y toda ganancia bien obtenida se confía al hombre como un capital que debe emplear en hacer el bien a los demás. Los hombres ricos tienen la responsabilidad de alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos, educar a los huérfanos y ayudar a las viudas en sus necesidades. Si descuidan esta obra, descuidan a Cristo en la persona de sus santos.

El destino de las almas se decidirá por lo que hayamos hecho o dejado de hacer. Jesús dice: "Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria, y todos los santos ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria; y serán reunidas delante de él todas las naciones, y apartará a unos de otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey les dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."

Cuanto mayor es la riqueza confiada, mayor es la responsabilidad. Aquel que tenía grandes provisiones y, sin embargo, no socorrió a los necesitados, tendrá una gran retribución. La justicia se abatirá sobre el poseedor de riquezas si las ha retenido egoístamente de aquellos que necesitaban su beneficio. La condenación que caerá sobre el que tenía grandes dones será que estaba en su poder hacer el bien, aliviar el sufrimiento, y no lo hizo. Si los hombres guardaran los mandamientos de Dios, practicarían la misericordia y el amor de Dios. El hombre sería recto en su trato con sus semejantes; pero el que no sirve a Dios no pone restricciones a sus ambiciones, y se entrega por completo a la codicia, y así arruina su alma. Se vuelve miserable y descontento e insatisfecho, porque quiere apoderarse de más riquezas del mundo de las que puede obtener en su posesión; y así, cuanto más tiene el rico codicioso, más miserable se vuelve.

Aquellos que quieran ser felices, que quieran ser una bendición para el mundo, deben hacer de la Biblia su norma de carácter, y trabajar en la línea de Cristo. ¿Es posible que aquellos que tienen riquezas y que gastan el dinero sólo para gratificarse a sí mismos, tengan Biblias? Si la tienen, ¿la leen? ¿Han leído lo del rico insensato, que fue abundantemente bendecido por Dios? ¿Por qué? Para ponerlo a prueba y demostrarle que no era una persona a la que se le pudieran confiar las riquezas eternas. ¿Qué hizo el rico? -Lo mismo que hacen muchos hoy en día. En lugar de abrir sus ojos para ver el sufrimiento a su alrededor, en lugar de abrir sus oídos para escuchar su grito de angustia, en lugar de apropiarse de sus bienes para suplir sus deficiencias, dijo: "¿Qué haré, porque no tengo dónde repartir mis frutos? Y dijo: Haré esto: derribaré mis graneros y edificaré otros mayores, y allí repartiré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes acumulados para muchos años; descansa, come, bebe y alégrate." Pero, ¿qué decisión toma el Señor con respecto a esta disposición de los asuntos? - "Pero Dios le dijo: Necio, esta noche tu alma te será requerida; entonces, ¿de quién serán esas cosas que has provisto? Así es el que atesora para sí, y no es rico para con Dios".

¿Cuál será la recompensa de los que gastan su dinero en extravagancias? Estas personas tienen almas, que Cristo ha comprado con su propia sangre, y si se salvan en absoluto, deben ser salvadas a través del camino señalado por Dios. Sus cuerpos pueden estar cargados de joyas, de oro y plata, pero ¿aumentará esto su valor a los ojos de Dios? ¿Comprará esto para ellos la corona de la vida eterna, que no se marchita? ¿Comprará esto para ellos el sobreabundante y eterno peso de gloria, que ojo no vio, ni oído oyó, que no ha subido en corazón de hombre, que Dios ha preparado para los que le aman? Dios ha preparado

glorias indescriptibles para los que no aman el oro, ni la ostentación, ni la extravagancia, ni los lujos y ornamentos, sino que lo aman a él. Aquellos que aman a Dios con todo su corazón, y a su prójimo como a sí mismos, cosecharán la recompensa eterna.

Pero no sólo en el mundo prevalece el amor a las riquezas, sino que incluso en la iglesia se ha hecho del oro y la plata un ídolo. Hay muchos que profesan el nombre del Salvador que no han ayudado al pobre, ni fortalecido al necesitado, ni considerado al que estaba a punto de perecer. El pueblo de Dios ha sido comisionado para ser obrero juntamente con Dios. ¿Se han hecho las ofrendas de la iglesia en proporción a los campos que claman por ayuda? ¿Ha impulsado el amor de Cristo a los que profesan su nombre a dar para hacer avanzar el mensaje del evangelio en los campos misioneros nacionales y extranjeros? Para cada alma la recompensa será, no según la profesión, sino según lo que se ha hecho. Las acciones medirán el amor que tenéis por Cristo y por las almas que perecen. Cristo os dirá, cualquiera que haya sido vuestro proceder: "En cuanto lo hicisteis [o no lo hicisteis] a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."

2 de julio de 1894

Deber del rico para con su prójimo

EGW

El siguiente recorte mostrará la forma en que algunos de los que tienen grandes posesiones derrochan imprudentemente los medios para la gratificación del orgullo y la ambición, y olvidan que también deben dar cuenta a Dios de los talentos confiados que les ha dado:

Uno de los acontecimientos económicos más significativos en algún tiempo fue la boda Astor-Willing en Filadelfia la semana pasada. Para utilizar una de las expresiones del Dr. Holmes, la impresión que sus descripciones dejaron en la mente no fue que fuera brillante con oro, sino pesada con lingotes de oro. He aquí algunas frases del relato que de ella hace uno de nuestros periódicos neoyorquinos: "La mansión Willing se convirtió en un palacio de rosas..... Ni la novia ni las damas de honor llevaban vestidos más caros.... Se calcula que las ceremonias del día costaron entre 25.000 y 30.000 dólares.... Probablemente nunca antes los regalos nupciales habían sido tan numerosos y costosos.... La tiara de diamantes que el novio regaló a la novia es probablemente insuperable en América.... El regalo del anciano Sr. Astor a su nuera fue un nudo doble de

diamantes, del que cuelga un enorme brillante, y un collar de diamantes y una media luna de diamantes y zafiros de cuatro pulgadas de largo. El regalo de la madre del novio fueron cinco estrellas de diamantes, cada una del tamaño de medio dólar de plata, encerradas en una enorme caja de plata maciza, y ocho platos de plata, cada uno de un metro de largo, modelados según su propio servicio....

"Los regalos de boda representaban 2.000.000 de dólares. Hasta aquí, pues, el día. Ahora en cuanto al comienzo de la vida de los jóvenes: Antes de su viaje a Europa, el Sr. Astor y su novia pasarán unas tres semanas navegando en el yate Nourmahal del Sr. William Astor, en aguas de Florida. A pesar de que su mobiliario estaba apenas desgastado y era casi nuevo, el barco fue amueblado por completo con los muebles más costosos y magníficos que el dinero podía conseguir. La dotación de oficiales es de cincuenta y dos hombres, sin incluir sirvientes y asistentes personales. Se necesitan de 8.000 a 10.000 dólares al mes para mantenerlo en servicio, además del coste de la comida y los vinos." Veinticinco mil dólares para la ceremonia del día, dos millones de dólares en regalos, un crucero en un yate medio destartado cuyo mantenimiento cuesta diez mil dólares al mes. Cuando leemos esto nos viene a la memoria la descripción que hace Thackeray de la extravagancia del príncipe regente durante las guerras napoleónicas. Si hubiera sido una ciudad manufacturera, o un populoso distrito rural, o un ejército de cinco mil hombres, no habría costado más. La nación le dio más dinero, y más y más. La suma es incontable.

Miradas sobriamente, las sumas prodigadas a nuestros plebeyos americanos son tan vergonzosas para nuestras instituciones como lo fueron los despilfarros del príncipe regente para las de Inglaterra. Si el escándalo es menor, se debe a que la desastrosa concentración de la riqueza hereditaria ha despertado todavía entre nosotros una reflexión menos seria que la que despertó en Inglaterra la desastrosa concentración del poder hereditario. En el caso de los Astor, tanto como en el del príncipe regente, las enormes sumas gastadas son el regalo de la nación, obtenido sin servicios compensatorios por parte de los receptores. La carga sobre el trabajo del país es tan grande, el beneficio de la comodidad o la cultura o el carácter de los receptores es tan pequeño.

El Señor Jehová es el Benefactor del universo. Él es de tierna compasión, lleno de bondad, y su amor es hacia la humanidad sufriente. El Salmista dice: "Los ojos de todos esperan en Ti, y Tú les das su alimento a su tiempo. Abres tu mano y sacias el deseo de todo ser viviente". El Hijo unigénito de Dios, que era el excelso Comendador del cielo, que recibía la adoración de los ángeles, aunque

era rico, por nosotros dejó el trono real, se apartó de las cortes celestiales, se despojó de sus vestiduras reales, y por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos ricos. Anunció su misión en Nazaret, diciendo: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los humildes; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar la libertad a los cautivos y la apertura de la cárcel a los presos; a proclamar el año agradable del Señor". ¿Cometió Cristo un error al no buscar la popularidad mundana, al no hacer un gran despliegue?

En el recorte presentado en este artículo se responde en gran parte a la pregunta de por qué hay tanto sufrimiento en el mundo. ¿Por qué hay tanta hambre, desnudez, ignorancia y degradación? Es porque se desprecia la palabra de Dios, se transgrede la ley de Dios. El Señor Jesús, que conocía el valor del hombre, dio su vida para redimirlo de la esclavitud del pecado y de Satanás. Ha alzado su voz de advertencia a los hijos de los hombres. Dice: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón." Los hombres no tienen cuidado de ser hacedores de las palabras de Cristo; y por eso prevalecen en el mundo tanto pecado, miseria y necesidad. Dice de nuevo: "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? ¿Quién de vosotros podrá aumentar su estatura un codo con sólo pensarlo? ¿Y por qué os preocupáis por el vestido? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y sin embargo os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Por tanto, si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, ¿no os vestirá mucho más a vosotros, hombres de poca fe?".

"Y he aquí que se levantó un abogado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Y él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y él le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo

Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestidos, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto. Por casualidad bajó por allí un sacerdote, y viéndole, pasó de largo. Y asimismo un levita, que estaba en aquel lugar, vino y le miró, y se pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión de él, y fue a él, y vendó sus heridas, echándoles aceite y vino, y lo puso sobre su cabalgadura, y lo llevó a una posada, y cuidó de él. Y al día siguiente, cuando partió, sacó dos peniques y se los dio al huésped, diciéndole: Cuida de él; y todo lo que gastes de más, cuando yo vuelva, te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó entre ladrones? Y él respondió: El que tuvo misericordia de él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo".

Jesús marcó claramente la línea de conducta que todos debemos seguir. Debemos amar a Dios por encima de todo, y al prójimo como a nosotros mismos. La pregunta que hizo el abogado es importante para cada uno de nosotros, y la respuesta es clara y decidida, de modo que nadie tiene por qué andar en tinieblas, porque tiene la luz. Todo el deber del hombre consiste en guardar los cuatro primeros y los seis últimos mandamientos. El Espíritu que impulsa a los hombres a revelar en la vida el amor de Dios, también hará del hombre un miembro obediente de la familia celestial. Si los hombres aman las cosas mundanas, el nombre, la posición, la riqueza o cualquier objeto que los lleve a olvidarse de Dios, aman aquello que los convierte en idólatras. No debe permitirse que nada retenga de tal manera los afectos que Dios sea apartado de la mente. El segundo mandamiento será fácilmente desobedecido si no se guarda el primero. El amor supremo a Dios santificará los afectos, y el fruto del amor a Dios será el amor a la humanidad. Aquellos que han sido probados y comprobados en este asunto de amar a los demás como a sí mismos, serán declarados aptos para una herencia con los santos en luz. No se exaltarán, como lo hizo Lucifer en los atrios de la luz. No crearán rebelión en el cielo, porque otro tiene una corona más brillante que ellos. El cielo será el hogar de los puros y sin mácula, y los que lleguen a ese hogar de alegría se sentirán ricos, recibiendo una recompensa que no sienten en lo más mínimo que merecen.

9 de julio de 1894

Los ricos no soportan la prueba

EGW

Jesús ha dicho: "El que no recoge conmigo, desparrama". ¿Quién está con Cristo en la manera de tratar a los pobres y a los que sufren? Jesús ha vuelto a decir: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame." "Así seréis mis discípulos". ¡En qué contraste con la manera de Cristo en su humillación está la manera de aquellos que se exaltan a sí mismos, y no tienen cuidado de los necesitados a su alrededor! A los ricos del mundo se les llama los grandes, pero ¿cómo los llama el Creador? Miles e incluso millones de dólares han sido gastados en ostentación extravagante, por aquellos que no saben qué hacer con sus abundantes medios, mientras que al mismo tiempo miles se mueren de hambre por pan, miles viven en hogares sin comodidades, que están desnudos e indigentes. Las almas de los pobres son tan valiosas a los ojos de Dios como las almas de los ricos. Las riquezas del mundo pertenecen a Dios, y Él no estima a los hombres por la cantidad de dinero que poseen. Dios confía el dinero a los hombres para ver qué uso hacen de él.

Los que gastan su dinero en la autogratificación sólo viven de cáscaras. ¿Qué consuelo pueden tener al contemplar sus adornadas personas, cuando los pobres están a su alrededor, sufriendo por las necesidades de la vida? ¿Cómo pueden desear cargarse de tesoros, que no son necesarios ni para la comodidad, ni para la salud, ni para la felicidad, cuando, si distribuyeran sus tesoros de una manera sabia, podrían hacer cómodos a muchos que lloran en la necesidad y el sufrimiento, que están muriendo por la falta de alimento y abrigo adecuados? El clamor de los indigentes llega a los oídos del Señor de Sabaoth. Él pedirá cuentas a todos los que han cerrado las entrañas de la misericordia y la compasión.

El Señor ha impartido sus bienes en abundancia, y si los hombres y las mujeres poseyeran los atributos del carácter de Cristo, no amontonarían para sí tesoros, y dejarían de proveer hogares para los huérfanos, educación para los pobres, y alimentos y ropa para los necesitados. ¿Qué harán los ricos en el juicio cuando no hayan sido buenos administradores de la gracia de Dios? "Entonces dirá también a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.

Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis con uno de estos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis."

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". La vida y la inmortalidad salen a la luz por medio del Evangelio. El que es el camino, la verdad y la vida, ha iluminado la pista que conduce al cielo. Vino a nuestro mundo para identificar su interés con el de la humanidad doliente, para demostrar ante el mundo la bondad, la misericordia y el amor de Dios al hombre caído. En él habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad. La exigencia de Dios con respecto a los que entrarán por las puertas del cielo es que sean como Jesús, que lleven su imagen y tengan su misma mentalidad. Deben imitar su ejemplo y vivir su vida.

Ser y hacer el bien es esencial para el carácter cristiano. Nadie vive para sí mismo. Todos los que ganan la preciosa bendición de la vida eterna, ejemplificarán en su vida la vida de Jesucristo. Seguirán sus pasos, los de aquel que anduvo haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, y que dio alegremente su vida en rescate por un mundo perdido.

La conformidad con el mundo y los apegos mundanos están prohibidos por la palabra de Dios. Pablo dice: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." El Espíritu Santo con la cuchilla de la verdad ha separado a los hombres del mundo, para que puedan salir como misioneros de Dios por todos los caminos y senderos de la vida. No sólo deben buscar y salvar a los que están perdidos, sino también atender a las necesidades de la humanidad sufriente. Jesús les dice: "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo." Esta es la razón por la que los que quieren enriquecerse acumulan sus tesoros en la tierra. Aman al mundo, y el amor del Padre no está en ellos. Deciden arriesgarse a las consecuencias de desobedecer las palabras de Cristo y resuelven plenamente acumular tesoros en la tierra. "Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias

y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero; el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspassados de muchos dolores." "El impío se jacta del deseo de su corazón, y bendice a los codiciosos, a quienes el Señor aborrece."

Hacer planes para ganar tesoros terrenales simplemente para ser rico y amontonar tesoros en la tierra, no es hacer planes en armonía con la voluntad de Dios. El egoísmo y el pecado están en el fondo de toda tal ganancia. Tales hombres no aman a Dios con todo el corazón ni al prójimo como a sí mismos. Muchos miembros de la familia humana están pereciendo a su alrededor, y, aunque está en su poder conferirles bendición, retienen el bien que podrían hacerles, y dejan de suplir las necesidades de los necesitados. Pero el llanto de los huérfanos y de las viudas se eleva ante Dios. Sus lágrimas están todas registradas en los libros del cielo; y aquellos que han tenido la oportunidad de ayudar, y sin embargo han rehusado la ayuda que podrían haber dado, son acusados en el libro de cuentas del cielo de robo hacia Dios, y son sentenciados como aquellos que han oprimido y defraudado a los pobres.

¡Cuántos han fracasado cuando han sido probados con la riqueza! Muchos han profesado el nombre de Cristo, y aparentemente han vivido como cristianos, hasta que sus circunstancias han cambiado y han llegado a poseer propiedades. Bajo la prueba y comprobación de Dios, han fallado en llevar la responsabilidad adicional como Dios quiere que lo hagan, y no han actuado como mayordomos sabios. Muchos que antes habían sido cristianos sinceros, han comenzado a recaer desde el momento en que han recibido un legado, o han tenido éxito en alguna empresa comercial que los ha puesto en posesión de mayor influencia y riqueza. Su egoísmo se ha manifestado en la falta de pago del diezmo. Cuando en circunstancias más pobres han pagado a Dios lo suyo, pero cuando el diezmo ascendió a una suma grande, cuando tuvieron un talento mayor con el cual podían comerciar para el Maestro, comenzaron a robar a Dios lo suyo, y a poner los diezmos del Señor a su propia cuenta. Han sido lo bastante insensatos para pensar que con esta manera de tratar con Dios se enriquecían ellos mismos. Algunos se han sentido muy turbados por su pecado, y han confesado su mal proceder, y resuelto pagar al Señor lo suyo. Pero cuando han calculado la cantidad que le debían, Satanás les ha sugerido que era una suma demasiado grande para depositarla en el tesoro del Señor, y de nuevo han cedido a sus sugerencias. Se han engañado a sí mismos pensando que invirtiéndola tendrían al fin una suma mayor para ponerla en la cuenta del Señor. El único camino seguro es tratar con el Señor como él ha indicado en su palabra.

"Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad".

16 de julio de 1894

"Haz esto y vivirás"

EGW

"Y he aquí que se levantó un abogado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?".

La numerosa asamblea aguardaba sin aliento la respuesta de Jesús. Los sacerdotes y los fariseos esperaban encontrar algo contra él, y escuchaban para poder aprovecharse de sus palabras e interpretarlas de tal modo que le acarrearán la condenación. Pero Cristo, verdadero escudriñador de los corazones, comprendió las intenciones y propósitos de sus enemigos. Volvió el asunto al abogado que había hecho la pregunta, diciendo: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?". Los judíos acusaron a Jesús de hacer demasiado poco de la ley, pero él volvió la cuestión de la salvación que el abogado había planteado a la observancia de los mandamientos de Dios. El abogado le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo". Y él le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás."

El abogado había hecho una pregunta clara y decidida, y la respuesta es igualmente clara y decidida. Los escribas, los sacerdotes y los fariseos no podían encontrar nada por lo cual someterlo a juicio por su vida, excepto a través del testimonio de testigos falsos, que lo acusaban de violar la ley. Habían pensado enredar a Jesús haciendo que el abogado formulara esta pregunta, pero la respuesta a la misma se exige de la mano del interrogador. Cristo sabía que el abogado no estaba satisfecho con la posición y las obras de los fariseos, y, por la respuesta que dio a su propia pregunta, es evidente que había estado estudiando las Escrituras con el deseo de obtener su verdadero significado. Tenía un interés vital en el asunto, y preguntó con sinceridad: "¿Qué haré?". La respuesta del abogado, elogiada por Jesús, y proveniente de alguien bien instruido en la ley, colocó a Jesús en tal posición que los sacerdotes y fariseos no pudieron encontrar ocasión contra él. Al responder a la pregunta: "¿Qué está escrito en la ley?", el abogado pasó por alto todo el cúmulo de ordenanzas ceremoniales y rituales como sin valor, y presentó sólo los dos grandes principios de los que penden toda la ley y los profetas, y Jesús elogió su

sabiduría y dijo: "Haz esto y vivirás". Jesús presentó la ley como una unidad divina, y mostró que no es posible guardar un precepto y quebrantar otro, sino que la posición del hombre en los tribunales de arriba será según su obediencia a toda la ley.

En su sermón de la montaña Jesús había presentado la verdad sobre su estimación de la ley. Había dicho: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos. Porque ... si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, en ningún caso entraréis en el reino de los cielos."

Los puntos de vista de los escribas y fariseos todavía están en boga en el mundo, y los hombres piensan que con una obediencia parcial a la ley quedarán libres de pecado; pero Jesús enseñó que si alguien ofendía en un punto, era culpable de quebrantar toda la ley. Los mandamientos están conectados unos con otros como eslabones de una cadena, y si se rompe un eslabón, la cadena carece de valor. Es imposible que un hombre obtenga la vida eterna y quebrante los mandamientos de Jehová. Los hombres no pueden obedecer un mandamiento sin prestar obediencia a todos los mandamientos. Debemos considerar toda la ley como santa, justa y buena. Los cuatro primeros preceptos revelan el deber del hombre para con Dios, y los seis últimos revelan el deber del hombre para con sus semejantes. De estos dos grandes principios penden toda la ley y los profetas; y cuando se cumplen en la vida, constituyen la justicia de su guardián.

En todas las instrucciones de Jesús, nos presenta el carácter de Dios. Estamos llamados a amar a Dios con un corazón indiviso. No debemos rendirle un servicio formal, una fe estéril, reconocer su poder superior de manera casual, sino que debemos rendirle alabanza y acción de gracias, y manifestar que estamos bajo su gobierno y dominio. Él no aceptará otra cosa que el corazón entero, el amor supremo. No debe haber nada que aleje la mente de él. Cualquier cosa que se interponga entre Dios y el alma, asume la forma de un ídolo. Cualquier otra cosa que pueda atraer el corazón es inferior a Dios, y ningún hombre puede servir a dos amos cuyos intereses están en desacuerdo. "No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Jesús se encontró rodeado de escribas, fariseos y letrados, y el letrado le preguntó: "¿Quién es mi prójimo?". A esta pregunta Jesús presentó una parábola que ponía al descubierto las pretensiones mojigatas de sacerdotes y levitas. Con valentía y fidelidad desenmascaró la falsa doctrina de los que enseñaban las tradiciones de los hombres y despreciaban los mandamientos de Dios. Ilustró lo que significa amar al prójimo como a uno mismo. Pero también mostró que este amor nunca será ejercido por aquellos que no guardan los primeros cuatro preceptos de la ley. Donde se practica el amor a Dios, no existirá la autoidolatría natural. Ningún hombre puede amar a Dios supremamente a menos que ame a su prójimo como a sí mismo. "Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto?". El amor a Dios es la cadena de oro que une los diez preceptos de Jehová.

Para responder a la pregunta: "¿Quién es mi prójimo?". Jesús presentó la parábola del buen samaritano. Sabía que los judíos sólo incluían a los de su propia nación bajo el título de prójimos, y miraban a los gentiles con desprecio, llamándolos perros, incircuncisos, impuros y contaminados. Pero por encima de todos los demás despreciaban a los samaritanos. Los maldecían y no querían tratar con ellos. Jesús mismo había sido enseñado, tanto por precepto como por ejemplo, a considerar así a este pueblo odiado, y el abogado había sido educado con el mismo tipo de enseñanza. Sin embargo, Jesús dijo: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestidos, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto".

En su viaje de Jerusalén a Jericó, el viajero tenía que atravesar una parte del desierto de Judea, y el camino pasaba por un barranco salvaje y rocoso. Fue allí donde unos ladrones atacaron al viajero, lo despojaron de todo lo que tenía de valor, lo hirieron y lo magullaron, y lo dejaron medio muerto junto al camino. Mientras el herido yacía así, pasó por allí un sacerdote, que se limitó a echar una ojeada al herido y, como no quería tomarse la molestia de socorrerlo, pasó por el otro lado. Luego pasa un levita. Curioso por saber lo que ha sucedido, se detiene y mira al enfermo; pero no tiene ningún sentimiento de compasión que le impulse a ayudar al moribundo. No le gusta el trabajo y, como piensa que no es asunto suyo, también pasa de largo. Estos dos hombres ejercían oficios sagrados y decían conocer y exponer las Escrituras. Habían sido entrenados en la escuela del fanatismo nacional, y se habían vuelto egoístas, estrechos y exclusivistas, y no sentían simpatía por nadie a menos que fuera de los judíos. Miran al hombre herido, pero no pueden decir si es de su nación o no. Podría ser de los samaritanos, y se apartan. ¿No habían leído a Job, que dijo: "El

forastero no se alojó en la calle; pero yo abrí mis puertas al viajero"? ¿No habían leído de Lot, cuando los dos ángeles llegaron a Sodoma, cómo se postró en tierra y dijo: "He aquí ahora, señores míos, os ruego que entréis en casa de vuestro siervo, y os quedéis toda la noche, y lavéis vuestros pies, y os levantéis temprano y sigáis vuestro camino"?

Jesús, envuelto en la columna de nube y fuego, les había enseñado una lección muy diferente de la que habían recibido de maestros intolerantes y exclusivistas. El misericordioso Salvador de los Evangelios era Aquel que había instruido a los hebreos en el desierto; y, si hubieran leído correctamente las Escrituras y practicado las enseñanzas que les había dado, habrían seguido un curso de acción muy diferente del que siguieron. Los asuntos más importantes de la ley eran el juicio, la misericordia y el amor. El extranjero debía ser tratado con bondad, y debía entenderse que los extranjeros estaban bajo la protección especial de Dios. Se habían dado instrucciones a Moisés para los hijos de Israel en este sentido: "Cuando encuentres extraviado el buey o el asno de tu enemigo, se lo devolverás. Si vieres el asno del que te aborrece echado sobre su carga, y no quisieres socorrerle, de cierto le socorrerás". ¿Y no era mejor un hombre que un buey?

(Concluido la próxima semana).

23 de julio de 1894

"Haz esto y vivirás"

(Concluido.)

EGW

En la parábola, Jesús presentó a un forastero, a un prójimo, a un hermano en el sufrimiento, herido y moribundo. ¡Cuánto más deberían haberse compadecido de él que de una bestia de carga! Pero, aunque los sacerdotes y escribas habían leído la ley, no la habían llevado a su vida práctica. Habían leído: "Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, fuerte y temible, que no hace acepción de personas ni acepta recompensa; que hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al extranjero dándole de comer y de vestir. Amad, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto." "Y si un extranjero peregrina contigo en tu tierra, no lo vejarás. Sino que el extranjero que habite con vosotros será para vosotros como uno nacido

entre vosotros, y lo amaréis como a vosotros mismos; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto; yo soy Jehová vuestro Dios."

Al hablar de la manera en que el sacerdote y el levita trataron al herido, el abogado no había oído nada que desentonara con sus propias ideas, nada contrario a las formas y ceremonias que le habían enseñado que eran todo lo que exigía la ley. Pero Jesús presentó otra escena: Un samaritano, que iba de camino, llegó adonde él estaba; y al verlo, tuvo compasión de él, se acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, lo montó sobre su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Y al día siguiente, cuando partió, sacó dos peniques y se los dio al huésped, diciéndole: Cuida de él; y todo lo que gastes de más, cuando yo vuelva, te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó entre los ladrones? Y él respondió: El que tuvo misericordia de él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo".

Después de haber mostrado la crueldad y el egoísmo manifestados por los representantes de la nación, Cristo presentó al samaritano, que era despreciado, odiado y maldecido por los judíos, y lo puso ante ellos como alguien que poseía atributos de carácter muy superiores a los que poseían los que pretendían una justicia exaltada. El samaritano manifestó la piedad y el amor que el sacerdote y el levita no daban pruebas de poseer. Demostró que tenía un corazón capaz de compadecerse de la humanidad sufriente, que poseía la nobleza de alma para mostrar misericordia hacia alguien a quien no conocía, que su amor era de la calidad correcta, que se manifestaba en una benevolencia desinteresada, y que le hacía tratar al forastero herido como él desearía ser tratado si se encontrara en circunstancias similares.

Todo el que se precie de ser hijo de Dios debería fijarse en cada detalle de esta lección. El herido y magullado era un hombre, y el samaritano se mostró como tal. No se detuvo a considerar si este hombre sería agradable o desagradable, si era judío o gentil. Sabía que necesitaba ayuda de la humanidad. "Tu prójimo" no significa uno de la iglesia o fe a la que perteneces. Si nuestros nombres están en el libro de la iglesia, debemos representar la misericordia, compasión y ternura de Jesucristo, sin pensar en raza, color o distinción de clase. El samaritano se dio cuenta de que había ante él un ser humano necesitado y sufriente, y en cuanto lo ve, se compadece de él.

Se quita la ropa con la que cubre su desnudez y utiliza el aceite y el vino que ha provisto para su propio consuelo para curar y refrescar al hombre herido. Se olvida del peligro de sufrir un trato similar por parte de los ladrones si

permanece en el lugar, coloca al hombre sobre su bestia y avanza despacio, con paso uniforme, para que el forastero no sufra sacudidas ni un dolor mayor. Lo lleva a una posada confortable, cuida de él durante toda la noche, vigilando atentamente su caso, y por la mañana, como el sufrimiento ha mejorado, se aventura a dejarlo al cuidado del posadero. Le entrega una suma de dinero, pidiéndole que cuide del forastero y diciéndole que si gasta más de lo que le ha proporcionado, se lo devolverá a su regreso.

El samaritano siguió el impulso de un corazón bondadoso y amoroso. Cristo presentó la escena de tal manera que la reprensión más severa fue puesta sobre las acciones insensibles del sacerdote y el levita. Pero esta lección no es sólo para ellos, sino para los cristianos de hoy, y es una solemne advertencia para nosotros de que, por el bien de la humanidad, no debemos dejar de mostrar misericordia y piedad hacia los que sufren. Al igual que el judaísmo, el cristianismo se ha pervertido, y el egoísmo y la fría formalidad han apagado el fuego del amor y disipado las gracias que harían fragante el carácter. Sosteniendo ante el abogado el proceder del samaritano, Jesús le dijo (pues no era un fingidor): "Ve, y haz tú lo mismo." Hay muchos que son sentimentales, y que están dispuestos a llorar por cualquier historia de aflicción, pero que no manifiestan verdadero amor al hacer por los necesitados las cosas que deben hacerse. Pero los que han leído esta lección, y han sido beneficiados, podrán distinguir el amor verdadero del sentimentalismo.

En la parábola del buen samaritano, Jesús presentó su propio amor y carácter. La vida de Cristo estuvo llena de obras de amor hacia los perdidos y descarriados. En el hombre magullado, herido y despojado de sus bienes, está representado el pecador. La familia humana, la raza perdida, está representada en el que sufre, desnudo, sangrante y desamparado. Jesús toma su propio manto de justicia para cubrir el alma, y todo el que crea en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna. El Señor Jesús no alienta la idea de que uno es superior a otro, y no justifica a nadie que abrigue sentimientos de desprecio o incluso de indiferencia hacia sus semejantes. La ley de Dios es la norma a la que todos deben atenerse, y el hombre pecador sólo puede obedecer esa ley por el mérito y la gracia de Jesucristo, que ha muerto por su salvación.

30 de julio de 1894

Responsabilidad de los ricos

EGW

Hay un trabajo que debe hacerse para los ricos, para despertarlos a una realización de su relación con los hombres y su responsabilidad ante Dios. Deben ser despertados al hecho de que han de dar cuenta a Aquel que juzgará a los vivos y a los muertos en Su aparición y Su reino. Aquellos que son ricos son puestos bajo la responsabilidad de trabajar para otros en el amor y temor de Dios. Pero muchos de los ricos confían en sus riquezas, y no se dan cuenta del peligro en que se hallan. Dios tiene algo que darles de mucho más valor que el oro o la plata o las joyas preciosas. El alma necesita ser atraída por las cosas que son de valor perdurable. Necesitan comprender el valor de la verdadera bondad. Jesús les dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Les pide que cambien el yugo de su propia fabricación por su yugo, que es fácil, y por su carga, que es ligera. Dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". Él llama: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba". "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera".

Aquellos que escuchen la voz de Cristo, reconocerán la voz de la bondad superior, la voz del Verdadero Pastor. ¡Oh, que los ricos sientan su responsabilidad de ser fieles administradores de los medios que Dios les ha confiado! ¡Oh, que comprendan que deben ser agentes de Dios, si quieren obtener su aprobación! ¡Oh, que supieran que están pisando terreno sagrado, y pudieran ser obreros distinguidos, comprometiéndose con Cristo en la gran obra de elevar a aquellos por quienes Cristo murió para salvarlos!

El Señor ha confiado a los seres humanos capacidades de talento e influencia; ha confiado a los hombres abundancia de dinero, no para que lo gasten pródigamente de manera egoísta, para la satisfacción de deseos impíos, sino para que cumplan su parte en la gran obra de la redención. Él ha confiado riquezas a los ricos para que puedan bendecir a la humanidad, aliviando las necesidades de los sufrientes y necesitados. Esta es la obra que se les ha encomendado, y al realizarla no deben sentir que han hecho algo maravilloso. Muchos dotan alguna gran institución, o dan grandes sumas a la iglesia, y no alivian la angustia de los pobres que sufren a sus puertas. Pero los ricos deben dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, ayudar a los que están en

circunstancias difíciles, a los que luchan con todas sus fuerzas para mantenerse a sí mismos y a sus familias lejos del asilo de los pobres.

Dios no quiere que exista la miseria que vemos a nuestro alrededor en la pobreza de las masas. No quiere que unos tengan todos los lujos de la vida y otros pidan a gritos el pan. Todos los medios confiados a los hombres por encima de lo que se requiere para satisfacer sus propias necesidades, les son confiados para la bendición de la humanidad. Si aquellos a quienes Dios ha hecho administradores aman a Dios, amarán a los que han sido formados a su imagen. Los administradores de este carácter no darán con aire condescendiente, como si hubieran hecho algo por lo cual debieran ser alabados y honrados; sino que comprenderán que no hacen sino comerciar con los bienes de su Señor, y que en el juicio tendrán que dar cuenta de la manera en que han empleado el capital de su Señor. Comprenderán que son obreros junto con Dios.

Jesús, el Redentor del mundo, se despojó de su corona real, dejó a un lado su manto real, revistió su divinidad de humanidad y abandonó su alto mando. Fue adorado y venerado por las huestes angélicas y, sin embargo, por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos ricos. Vino a darnos, no el tesoro perecedero de casas y tierras y oro, sino lo que es perdurable e imperecedero, las riquezas eternas. ¿Se negarán, pues, los hombres a ser colaboradores de Dios? ¿Se negarán a participar en la obra de redención de la humanidad perdida? En todas las grandes ciudades hay hombres, mujeres y niños que no reciben tanta consideración como las bestias. En Inglaterra vi niños pobres que vestían harapos sucios, que estaban medio muertos de hambre, cuyos semblantes estaban marcados por el vicio y la degradación. La gente vive en sótanos húmedos y oscuros que apestan a inmundicia, y los niños nacen y se crían en estos viles agujeros de miseria. Desde la más tierna infancia y durante toda la vida, no ven más que lo que es desagradable, degradado y vil. No hay ninguna visión de la belleza de la naturaleza que atraiga sus ojos, y sólo oyen el nombre de Dios en juramentos de horrible blasfemia. En lugares de este tipo se deja que los niños crezcan como puedan. Son moldeados y formados por los bajos preceptos y los miserables ejemplos de quienes los rodean. Entornos desagradables saludan su vista, palabras impuras caen sobre sus oídos, y los humos del licor y el tabaco llenan su atmósfera. Criados en la degradación inmoral, no es de extrañar que se conviertan en ladrones, mendigos y asesinos.

Subsisten con alimentos insuficientes, de un carácter no apto para el estómago humano, y desde estas moradas de miseria, gritos lastimeros son enviados al cielo por aquellos que no saben cómo orar. Al mismo tiempo que existe esta

espantosa miseria, aquellos a quienes Dios ha confiado medios están añadiendo granja a granja, construyendo casa a casa, y mansión a mansión, e incluso proporcionando palacios para sus perros, y contratando sirvientes para cuidarlos. Los perros son alimentados y cuidados de manera lujosa, mientras que los seres humanos son abandonados a la indigencia, la miseria, el crimen, la enfermedad y la muerte.

¿Es de extrañar que nuestro Señor exclame: "Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas"? Jesús, la Majestad del cielo, se hizo pobre por nosotros. Penetró en los círculos más íntimos de la vida. Trató de llamar la atención de los hombres sobre el hecho de que, mientras se dedicaban a sus ajetreadas actividades, descuidaban sus intereses eternos. Trató de inculcarles el hecho de que Dios les había dado dotes de talento, medios e influencia para ser mejorados y aumentados, a fin de que crecieran en eficiencia y fueran más capaces de ser obreros junto con Dios.

Dios ha hecho de los seres humanos sus limosneros y agentes, para distribuir los beneficios de su providencia. Deben usar sabiamente el talento de medios que les ha confiado, así como la dotación de su gracia en otras direcciones. Los hombres deben comprometerse con las inteligencias celestiales en la restauración, en la remodelación del carácter humano. Los ricos deben ayudar a los pobres. No está en el plan de Dios que los ricos den a los ricos. Son los oprimidos, los oprimidos, los desanimados, los hambrientos, los desnudos, los pobres que sufren, a quienes Jesús dice "tened siempre con vosotros". Necesitamos tener una visión más cercana de la eternidad, y haciendo esto no estaremos incapacitados para nuestro trabajo en este mundo; no estaremos descalificados para tomar una parte semejante a la de Cristo en los asuntos de la sociedad.

El evangelio de Cristo no sólo debe ser creído, sino que debe ser puesto en práctica. Debemos ser hacedores de la palabra; y al hacer o no hacer de acuerdo a las instrucciones de Cristo, estamos decidiendo nuestro destino eterno de vida o muerte. Dios no desea un servicio irregular, espasmos emocionales de religión. Debemos actuar por principios, tener una confianza firme y duradera en Cristo. Si Cristo está formado en nuestro interior, la esperanza de gloria, se manifestará en el desarrollo de nuestro carácter y acciones; porque aparecerá la semejanza de Cristo en nuestra vida. Representaremos al Padre y al Hijo ante el mundo. Se da el mandamiento: "Trabajad mientras es de día; porque viene la noche, en la cual nadie puede trabajar".

Jesús pregunta con calma: "¿No hay doce horas en el día?". Si empleamos estas horas dándonos cuenta de nuestra responsabilidad ante Dios, actuando como agentes serios y sinceros para Dios, teniendo la eternidad en vista, viviremos de tal manera que aseguraremos la herencia eterna, y por nuestro precepto y ejemplo llevaremos almas a Cristo. Pero no tenemos tiempo para dedicarnos a la indulgencia del yo en el pecado, ni para buscar placeres egoístas. El tiempo es oro. Tenemos que formar caracteres para la vida eterna, y los ángeles de Dios están observando qué progresos estamos haciendo. Los ángeles están sopesando el valor moral. ¡Oh, que todos nos diéramos cuenta del valor del tiempo! Un gobernante exclamó, cuando el médico le dijo que sólo podría vivir unos minutos: "Un reino por una hora de tiempo". Se le había concedido año tras año. Había tenido doce horas del día. ¿No se le concedió el tiempo para que pudiera asegurar sus intereses eternos? Ahora es el tiempo señalado, ahora es el día de la salvación. Oh, ¡que nadie posponga el día del arrepentimiento y la reforma! Ahora es el tiempo aceptable.

Jesucristo se ha comprometido a salvar a toda alma que crea en él como Salvador personal. Nos ha comprometido a su servicio, y nos ha señalado la obra que espera que hagamos. Nos ha dado una visión de la eternidad, para que nos demos cuenta de que las cosas temporales son de poca importancia al lado de lo que es eterno. Algo más elevado que los asuntos de esta vida debe atraer nuestra atención y suscitar las energías de nuestro ser, para que podamos glorificar a nuestro Redentor. Cristo nos llama como agentes humanos a cooperar con las agencias celestiales en la obra de salvar al mundo. Nadie debe sentir que puede emplear su tiempo como le plazca. Las exigencias celestiales no deben ser ignoradas. La tendencia universal de los hombres es subordinar las realidades eternas a los asuntos temporales, subordinar las exigencias de la vida futura e inmortal a los asuntos comunes de esta vida fugaz. Pero el Señor ha dicho: "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas". El dios de este mundo reclama el servicio de los hombres, y trata de mantenerlos en continua esclavitud a su voluntad. Pero Cristo, el Salvador elevado, llama a los hombres en tono autoritario, diciendo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [de importancia secundaria] os serán añadidas."

6 de agosto de 1894

Las Diez Vírgenes

EGW

Sentado en el Monte de los Olivos, que estaba frente al templo, con sus discípulos a su alrededor, Jesús trata de aclarar en un discurso profético los misterios más profundos del reino de Dios. A través de su medio favorito, las parábolas, trata de grabar en sus mentes las verdades especiales relacionadas con su segunda venida a nuestro mundo. El sol se ha puesto detrás de las montañas, y los cielos están cubiertos con las sombras de la tarde. Una casa está brillantemente iluminada, como si se tratara de una escena festiva. Las luces brillan desde los espacios abiertos, y una compañía expectante espera alrededor, indicando que pronto aparecerá una procesión nupcial. En muchas partes de Oriente, las bodas se celebran al atardecer. El novio sale al encuentro de la novia para llevarla a su casa. A la luz de las antorchas, la lleva por las calles desde la casa de su padre hasta la suya, donde se prepara una cena para los invitados a la boda.

Cerca de la casa de la novia hay diez jóvenes vestidas para la ocasión. Diez era el número habitual que se elegía como damas de honor. Cada una de ellas tiene una lámpara y un pequeño recipiente para el aceite. Sus lámparas están encendidas y, a medida que pasa la hora de espera, se cansan de vigilar y, una tras otra, se quedan dormidas. Hacia medianoche, las durmientes se despiertan con el grito: "He aquí que viene el esposo". Cambian el sueño por la vida y la actividad. Se ponen en pie. El cortejo nupcial está a la vista, con las antorchas brillantes, y pueden oír la música alegre a medida que se acercan. Las diez vírgenes toman sus lámparas y comienzan a prepararlas para salir; pero cinco de los vigilantes han sido prudentes y cinco insensatos. Cinco se han olvidado de llenar sus vasijas de aceite. No esperaban que el esposo tardara tanto, y no se prepararon para la emergencia. Están angustiadas, no porque vean que sus lámparas se apagan, sino porque saben que no hay nada en sus vasijas con que llenarlas. Hacen un llamamiento lastimero a las que se han provisto de aceite; pero se les niega, pues las vírgenes prudentes sólo tienen lo suficiente para llenar sus propias lámparas, y se les pide que se apresuren a comprar aceite al vendedor. Y mientras ellas se hallaban de viaje, llegó el esposo. Las vírgenes prudentes, con las lámparas adornadas y encendidas, se unen al cortejo, entran en la boda y se cierra la puerta.

Poco después de cerrarse la puerta, llegan las vírgenes necias, llamando a la puerta para ser admitidas en la sala del banquete, pero se encuentran con una respuesta inesperada a su llamada. El Maestro del banquete les dice: "No os conozco". No hay pruebas de que las vírgenes insensatas obtuvieran aceite, pero sí hay abundantes pruebas de que no entraron en el banquete de bodas, sino que se quedaron fuera, en las calles vacías, en la negrura de la noche.

Jesús utilizó la parábola de las diez vírgenes para representar la condición de la Iglesia antes de su venida, y la pregunta que nos concierne a cada uno de nosotros es: ¿Estamos entre las cinco vírgenes prudentes o entre las cinco insensatas? Sin entrar en los detalles de la parábola, podemos preguntarnos: ¿Cuál es nuestra condición ante Dios? Las prudentes entraron en las bodas. Por nuestra conducta y conversación pondremos de manifiesto cuál es nuestra verdadera condición. Jesús nos ha advertido cuál debe ser nuestra posición en este momento. Dice: "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir".

El que afloja su vigilancia porque no sabe el día ni la hora en que vendrá su Señor, el que se vuelve descuidado y descuida llenar su vasija con aceite (la gracia de Cristo), no estará preparado y no irá a las bodas. ¡Cuán solemne es la repetida advertencia que nuestro Señor ha dado para velar! Dice: "Estad también vosotros preparados, porque a la hora que no pensáis viene el Hijo del hombre". Si un amigo muy querido en las últimas horas de su asociación con nosotros nos diera consejo, advertencia o instrucción, ¡cuán cuidadosamente atesoraríamos sus palabras, cuán fielmente seguiríamos su instrucción y prestaríamos atención a sus advertencias! Cristo es nuestro mejor Amigo, porque nos ha comprado a un costo infinito, y nos ha hecho sus hijos e hijas, y estas palabras que conmueven el alma han sido pronunciadas por él para nuestro beneficio. ¿No deberíamos tener en cuenta lo que nos reclama, y prestarle nuestro servicio y nuestra simpatía? Si así lo hacemos, no descuidaremos su advertencia: "Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al anochecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o por la mañana; no sea que viniendo de repente os halle durmiendo. Y lo que os digo a vosotros [mis discípulos] lo digo a todos: Velad". "Estén ceñidos vuestros lomos, y encendidas vuestras luminarias; y sed semejantes a los hombres que esperan a su Señor, cuando ha de volver de las bodas; para que, cuando venga y llame, le abran en seguida."

Ahora es el momento de procurar tener a mano una provisión abundante del aceite de la gracia de Cristo. Fue la sabiduría de las vírgenes prudentes al

proveerse de aceite lo que marcó la diferencia entre su destino y el de las vírgenes insensatas, que habían descuidado guardar aceite en sus vasijas con sus lámparas. En la Escritura, el aceite se utiliza como símbolo del Espíritu Santo. Las vírgenes prudentes son las que tienen fe y amor y paciencia, cuya experiencia día a día se nutre del Espíritu Santo. No se conforman con el mundo en una desatención descuidada. No aplazan su preparación diaria, sino que siguen a Jesús por donde Él les guía. A Dios no le agrada una fe vacilante. La compara con una lámpara que se apaga. Se complace en aquellos cuya experiencia es como la de una lámpara que arde con fuerza. Sus seguidores deben brillar como luces en el mundo. Los siervos de Cristo deben mantener sus lámparas recortadas y encendidas, para que puedan añadir su luz a la luz de otros que siguen a Cristo. Aquellos que no están diariamente deseosos de ganar una experiencia viva y diaria en las cosas de Dios, no encontrarán su aprobación, sino que serán encontrados con aquellos cuyas lámparas se están apagando, y no estarán preparados para entrar en la cena de bodas del Cordero. No podemos estar preparados para encontrarnos con el Señor despertándonos en el último momento, cuando se oye el grito: "He aquí, el Esposo viene", recogiendo nuestras lámparas, de las que se ha consumido el aceite, y pensando entonces en reponerlas. Nuestra única esperanza es amar diariamente a Dios, amar la verdad, no por sus claros argumentos, sino por la verdad misma. Debemos llevar la verdad a nuestros corazones y mentes, y ser cada día luces vivas y brillantes, aprendiendo cada día más y más de Jesús. Nuestra conversación debe estar en el cielo, desde donde esperamos a nuestro Señor Jesucristo. Debemos hablar mucho de su venida; entonces estaremos recibiendo constantemente la gracia que viene de lo alto, de la Fuente de todo poder espiritual.

El tiempo ya ha pasado. Ya es demasiado tarde para dormir el sueño descuidado de la indiferencia. Ya es hora de alegrarse grandemente por la voz del Esposo. Es hora de cantar la cena de las bodas del Cordero. La pregunta que debemos hacernos es: ¿de qué clase seremos, de los prudentes o de los insensatos? Que Dios nos ayude a estar entre los sabios. "Bienaventurados los llamados a la cena de las bodas del Cordero".

"Los centinelas en los montes
Proclaman al Esposo cercano;
Salid a su encuentro cuando venga
Con aleluyas claras.

"El banquete de bodas espera;
Las puertas abiertas de par en par están;
Arriba, arriba, herederos de la gloria,
El Esposo está cerca".

13 de agosto de 1894

Una lección solemne

EGW

El solemne destino de las cinco vírgenes insensatas, presentado en la parábola de las diez vírgenes, se registra para advertir a aquellos que, mientras profesan la fe de Cristo, se han vuelto fríos y reincidentes.

Las cinco vírgenes insensatas representan al profesor de religión descuidado, indolente y satisfecho de sí mismo. Tienen una tranquila expectativa de entrar en el cielo alguna vez, pero no han purificado sus almas obedeciendo la verdad. Entienden la teoría de la verdad, pero no tienen conexión vital con Dios. Confían en los sentimientos y descuidan escudriñar las Escrituras. Se contentan con andar en las chispas de su propio fuego. A todos se nos exhorta a ser diligentes, a fin de que estemos seguros de nuestra vocación y elección. Pero estoy muy preocupado, temiendo, sí, sabiendo, que hay muchos que profesan la verdad que no están probando sus vidas y caracteres por la gran norma moral de Dios de justicia. Son descuidados; no tienen el aceite de la gracia en sus vasos con sus lámparas. Están abrigando pecados ocultos, que ningún ojo humano puede ver. Saben que no son puros ni sin mancha, y deben buscar diligentemente a Dios, para limpiarse de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad delante de Dios.

Hay muchas ideas en el mundo sobre lo que es el pecado. El deísta dice que el pecado es deshonestidad, falta de patriotismo, honor y hombría. Aquellos que tienen poca idea de lo que constituye la religión te dirán que el pecado es asesinato, adulterio, robo y crimen. Pero, ¿qué define la palabra de Dios? Juan escribe: "Cualquiera que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley". Sin la ley no sabemos lo que es el pecado. Aquellos que no tienen respeto por la ley serán engañados con entretenidas esperanzas de entrar al cielo.

Pero el conocimiento de la ley no es suficiente. El que acepta la ley, el que reconoce las exigencias de la ley, el que sin embargo se siente satisfecho de sí

mismo, y no tiene experiencia de haber nacido de nuevo, no guardará la ley y caerá bajo su condenación. La ley de Dios no sólo cubre todos los actos de la vida exterior, sino que también penetra hasta las intenciones y propósitos del corazón. El hombre que se encontrará con Cristo en paz será el que siga sus pasos, el que lo tome por ejemplo y justicia. Jesús dijo: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre". Era perfecto, puro, sin mancha. Su vida fue la encarnación de todo lo que era noble y santo, y quien obedece a Cristo, cumple la ley de Dios, satisface toda demanda sobre él, trata a todo ser como la compra de la sangre de Cristo.

El que no se somete a las exigencias de la ley de Dios, se pone por encima de Dios, se aparta de la regla del derecho de Dios y se vuelve desleal, como lo hizo el gran engañador del principio. Ojalá que algunos que dicen guardar los mandamientos pudieran ver cómo están sus casos en el registro de arriba. ¡Oh, que todos los que están faltando a los principios de justicia se dieran cuenta de que no satisfacen las amplias y trascendentales demandas de la ley de Dios sobre ellos! El arrepentimiento del pecado es el primer paso en la conversión. El arrepentimiento es un odio intenso al pecado en todas sus formas. El fariseísmo permite la autocomplacencia, y los que son santurrones parecen tener una forma de piedad, pero en el fondo son corruptos. Pueden hablar de su esperanza del cielo, cuando, de hecho, no han dado el primer paso hacia el cielo.

No estamos bajo un sistema de meros requisitos, mera justicia y rigor insolidario. La pena por transgredir la ley ha recaído sobre nuestro Sustituto y Fianza, y por un tiempo ha sido suspendida, para que los culpables no sientan su peso; pero el objeto de esta suspensión no es enseñarnos que sus exigencias han terminado, que sus exacciones han sido dejadas de lado, sino atraernos a la santidad, a la obediencia. Nada ha cambiado, excepto la manera de llevar a los hombres a obedecer la ley. Debemos obedecer sus demandas. El primer paso hacia la obediencia es el arrepentimiento. Debemos ver la excelencia de sus requisitos al contemplar el mal de la desobediencia.

El que está verdaderamente arrepentido, el que está regenerado, odia el pecado. Le aflige todo tipo de egoísmo. La indiferencia hacia Dios por parte de quienes lo rodean lo aflige. No se exalta a sí mismo en el cumplimiento de su deber, sino que se aborrece a sí mismo. "Me aborrezco a mí mismo" es el lenguaje de los piadosos de todas las épocas, que han tenido una clara visión de la pureza y santidad de Cristo. Pero los que no son más que cristianos superficiales tratan de exaltarse a sí mismos depreciando a los demás. Cuanto más clara sea la visión del carácter de Cristo, más humilde será nuestra visión de nosotros mismos.

Como Job, Isaías, Daniel, David y Pablo, sentiremos que nuestra hermosura se ha convertido en corrupción.

Los que están representados por las vírgenes necias no tienen este sentido de su propia indignidad. No tienen aceite en sus vasos con sus lámparas. Los mismos principios de verdad se presentan en la parábola de los dos constructores: uno edificó sobre la roca y el otro sobre la arena. Jesús dice: "A cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, yo le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa; y no se derrumbó, porque estaba fundada sobre una roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina."

No es un asunto de poca importancia para nosotros cómo oímos y cómo tratamos la verdad de Dios. Malentender la verdad, dejar de apreciarla, porque no apreciamos la luz que nos llega, tenderá a hacernos descuidados en la edificación de nuestro carácter, y tendremos nuestros cimientos puestos sobre la arena. El sabio constructor edifica sobre la roca de Cristo Jesús, sin importarle los inconvenientes. No construye sobre el mérito humano, sino sobre el divino, aceptando la justicia de Cristo como propia y como su única esperanza de salvación. El necio constructor edifica sobre la arena, y por su descuido, o prejuicio, o por los engaños del corazón natural, abriga un espíritu farisaico, y coloca la sabiduría humana en el lugar donde la sabiduría de Dios debería tener la supremacía; ¡y qué terribles son las consecuencias!

Hay muchos constructores imprudentes, y cuando la tormenta de la tentación viene y golpea sobre ellos, se hace evidente que sus cimientos son sólo arena resbaladiza. Quedan en las tinieblas, sin fe, sin principios y sin fundamento. Las cinco vírgenes necias tenían un verdadero interés en el Evangelio. Conocían cuál era la norma perfecta de justicia; pero sus energías estaban paralizadas por el amor propio; porque vivían para agradarse y glorificarse a sí mismas, y no tenían en sus vasos el aceite de la gracia con que reponer sus lámparas. A menudo eran angustiados por el enemigo, que conocía su debilidad y ponía ante ellos tinieblas en apariencia de luz. La verdad, la verdad preciosa y vivificante, representada como aceite, les parecía inesencial, y Satanás se aprovechaba de su ceguera, ignorancia y debilidad de fe, y tenían una experiencia fluctuante, basada en principios inciertos.

Todos los que esperan al Esposo celestial están representados en la parábola como adormecidos porque su Señor demoró su venida; pero los sabios se despertaron ante el mensaje de su acercamiento, y respondieron al mensaje, y su vida espiritual fue repuesta. Su discernimiento espiritual no había desaparecido del todo, y se pusieron en línea. Al asirse de la gracia de Cristo, su experiencia religiosa se hizo vigorosa y abundante, y sus afectos se fijaron en las cosas de arriba. Discernieron dónde estaba la fuente de su provisión, y apreciaron el amor que Dios les tenía. Abrieron sus corazones para recibir el Espíritu Santo, por el cual el amor de Dios se derramó en sus corazones. Sus luces estaban recortadas y encendidas, y enviaban rayos firmes a las tinieblas morales del mundo. Glorificaron a Dios, porque tenían el aceite de la gracia en sus corazones, e hicieron la misma obra que su Maestro hizo antes que ellos: salieron a buscar y salvar a los que estaban perdidos.

20 de agosto de 1894

La Biblia para que todos la entiendan

EGW

"Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí". "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." "Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no le da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y ha entregado todas las cosas en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; y el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él."

Escudriñando las Escrituras hemos de conocer a Dios, y a Jesucristo, a quien ha enviado. La Biblia no ha sido dada sólo para beneficio de los ministros; es el libro para el pueblo; es el consuelo del pobre. Es un gran error que los ministros den al pueblo la impresión de que no debe leer la Biblia porque no puede comprender sus sagradas enseñanzas, y que debe contentarse con la interpretación que le dan aquellos cuyo oficio es proclamar la palabra de Dios. Los ministros que así educan al pueblo están ellos mismos en un error. La Biblia y el alma fueron hechas la una para la otra, y por medio de la palabra y del Espíritu Santo, Dios se mueve sobre el corazón. Para el que recibe el amor de la verdad, la palabra de Dios es como una luz que brilla en un lugar oscuro, señalando el camino tan claramente que el caminante, aunque sea un necio, no tiene por qué equivocarse. Se da cuenta de que "la entrada de tus palabras alumbró; da entendimiento a los sencillos".

El hombre inculto, en el deseo sincero de su alma, puede, en su humildad y sencillez, cosechar de la Biblia un consuelo mucho mayor que el hombre culto o más exaltado y honrado. Tal vez nunca pueda presentar a otro las mismas evidencias de la inspiración de la Palabra que un hombre erudito, pero puede dar en su vida y carácter un testimonio de fortaleza, mostrando en su conducta externa la evidencia del poder de la verdad. Dios quiere que los pobres e incultos tengan su palabra como luz segura y guía en el camino de la justicia. Si son sinceros y desean fervientemente conocer la voluntad de Dios, no quedarán en tinieblas. Es privilegio de cada uno ser sabio por sí mismo en la lectura de las Escrituras. Ningún hombre puede confiar con seguridad su alma al ministro, o a hombres doctos y talentosos. Jesús acusó a los sacerdotes y gobernantes, a quienes se consideraba doctos en las Escrituras, de ser ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. Aquellos a quienes Dios ha confiado talentos son responsables del uso de sus dones, y deben estudiar la Biblia como un libro que puede ser entendido. Un solo texto ha probado en el pasado, y probará en el futuro, un sabor de vida para vida a muchas almas. A medida que los hombres busquen diligentemente, la Biblia abrirá nuevos tesoros de verdad, que serán como joyas brillantes para la mente.

Si los pobres y los ignorantes no son capaces de comprender la Biblia, entonces la misión de Cristo en nuestro mundo fue inútil; porque él dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos". El mandato de escudriñar las Escrituras, Cristo lo dirigió no sólo a los fariseos y escribas, sino a la gran multitud del pueblo llano que se agolpaba a su alrededor. Si la Biblia no ha de ser comprendida por toda clase de personas, sean ricas o pobres, ¿qué necesidad habría de la exhortación del Salvador a escudriñar las Escrituras? ¿Qué provecho habría en escudriñar lo que nunca podría ser comprendido? ¿Cuál sería la consistencia de este mandamiento, si el escudriñar las Escrituras no disipara las nubes del error, y no condujera a los hombres a una comprensión de la voluntad revelada de Dios al hombre?

Que todo el que haya sido bendecido con facultades de raciocinio tome la Biblia descuidada, y escudriñe las Escrituras, para que comprenda cuál es la voluntad de Dios acerca de él. En este libro se da a los hombres información celestial. La Biblia ha sido dirigida a todos, a todas las clases sociales, a los de todos los climas y edades. El deber de toda persona inteligente es escudriñar las Escrituras. Cada uno debe conocer por sí mismo las condiciones sobre las cuales se provee la salvación. Satanás ha interpuesto su sombra entre tu alma y los

brillantes rayos de luz que brillan desde el cielo para guiarte a los portales de la bienaventuranza. Por medio de su confederación de ángeles y hombres malvados, Satanás ha obrado de tal manera que ha sepultado la verdad bajo la basura de las tradiciones, costumbres y prácticas humanas.

En los días de Cristo, como en nuestros días, el pueblo esperaba que los hombres instruidos, los escribas y fariseos, les explicaran el significado de lo que el Dios del cielo había revelado. Estos maestros se habían apartado de Dios, y seguían su propio entendimiento, y no seguían los caminos del Señor. Pensaban que debían interpretar las Escrituras de una manera que armonizara con su proceder. Buscaban la alabanza de los hombres, y se apartaban cada vez más del camino claramente revelado del Señor, siguiendo las tradiciones ideadas por los hombres. De ellos declaró Cristo: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres".

Los fariseos y los maestros religiosos tergiversaron de tal modo el carácter de Dios, que fue necesario que Cristo viniera al mundo para representar al Padre. Mediante la sutileza de Satanás, los hombres fueron inducidos a cargar sobre Dios atributos satánicos; pero el Salvador barrió las densas tinieblas que Satanás había extendido ante el trono de Dios para que pudiera interceptar los brillantes rayos de misericordia y amor que venían de Dios al hombre. Jesucristo reveló al mundo al Padre en su verdadero carácter, representándolo como lleno de misericordia, amor y luz. Cristo tomó sobre sí la humanidad para que la luz y el resplandor del amor divino no extinguieran al hombre. Cuando Moisés suplicó: "Te ruego, muéstrame tu gloria", fue colocado en la hendidura de la roca, y el Señor pasó por delante de él. Cuando Felipe pidió a Cristo que les mostrara al Padre, dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Reveló el Padre a Felipe como lo había revelado a Moisés cuando pasó delante de él, y proclamó: "El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad". Jesús se proclamó al mundo como la representación perfecta del Padre, e invitó al amor y a la confianza del mundo a centrarse en el Padre. Dijo: "Yo estoy en el Padre y el Padre en mí". "Si me hubierais conocido, habríais conocido también a mi Padre; y desde ahora le conocéis y le habéis visto.... ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o bien creedme por las mismas obras."

En lenguaje llano, el Salvador enseñó al mundo que la ternura, la compasión y el amor que manifestaba hacia el hombre, eran los mismos atributos de sus

Padres del cielo. Cualquier doctrina de gracia que presentara, cualquier promesa de alegría, cualquier acto de amor, cualquier atracción divina que exhibiera, tenía su fuente en el Padre de todos. En la persona de Cristo contemplamos al Dios eterno comprometido en una empresa de misericordia sin límites hacia el hombre caído. Cristo revistió su divinidad de humanidad, para que su humanidad tocara a la humanidad, y la divinidad alcanzara a la divinidad.

27 de agosto de 1894

La fe del cristiano no debe ser prescrita por los hombres

EGW

Entre las diferentes denominaciones parece estar desarrollándose una determinación de atar las conciencias de sus miembros. Están levantando barreras alrededor de sus propias sectas, y formando un propósito de no escuchar nada fuera de sus propias doctrinas. Se están restringiendo a sí mismos de escuchar cualquier cosa nueva, o cualquier doctrina presentada por cualquier otra persona que no sean los que pertenecen a su propia iglesia. Pero sería bueno que se preguntaran de dónde surge esta determinación, y quién ha dado esta orden. Ciertamente el Señor no ha hecho tales restricciones, porque él tiene su mensaje, y sus mensajeros deben salir y presentarlo a la gente, en advertencias, reprensiones, e instrucción en justicia; y él ha dado a la gente direcciones en cuanto a lo que deben hacer. El apóstol dice: "Probadlo todo; retened lo bueno".

Muchos ministros de iglesias populares están suavizando y diluyendo la palabra clara de la verdad. Oscurecen la luz y cambian el mensaje para acomodarlo a los prejuicios y ajustarlo a las opiniones y hábitos de la gente. Así satisfacen el gusto de los miembros de la iglesia que aman el mundo. Pero mientras son tan libres de cambiar la verdad de Dios, por otro lado aconsejan a sus miembros que ejerzan la mayor cautela para que no escuchen el mensaje de Dios de los mensajeros que él elige enviar a la gente.

¡Oh, que no haya ninguna advertencia al pueblo sobre el peligro de estudiar la palabra de Dios! Que no se oculte la verdad, que no se tomen medidas para evadirla o ignorarla. Que nadie abrigue la idea errónea de que el pueblo de tal o cual denominación no necesita más luz. Abrid la puerta del corazón, colocaos en una posición en la que podáis captar nuevas revelaciones del carácter de Dios. La luz viene del mismo trono de Dios. Cuando alguna verdad familiar se presenta a vuestra mente con un nuevo aspecto, cuando un texto de la Escritura irrumpe de repente en vosotros con un nuevo significado, como un relámpago

de luz que dispersa la niebla, y veis la relación de otras verdades con alguna parte del plan de redención, Dios os está guiando, y un Maestro divino está a vuestro lado. ¿No abrirás entonces la puerta de tu corazón para recibir más y más de la iluminación celestial?

Es por la contemplación de las cosas celestiales que el alma entra en compañerismo y comunión con el Espíritu de Dios, y el alma que es enseñable, que busca continuamente nuevos rayos de luz, será bendecida con visiones cada vez más brillantes de las cosas divinas. Pero hay muchas clases de maestros religiosos que parecen decididos a cerrar toda vía por la que puedan llegar al pueblo nuevos rayos de luz del cielo. Atan a los miembros de sus iglesias con ciertas reglas y reglamentos que les prohíben ir a otros lugares de culto, o escuchar a mensajeros fuera de cierta clase de maestros. De esta manera, hombres y mujeres son llevados a renunciar a la libertad que Dios ha ordenado para ellos, y fracasan en mejorar la mente y recoger los rayos divinos de luz que emanan de fuentes fuera de su propia iglesia.

"No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio". Somos propiedad de Dios, y debemos honrar y glorificar a Dios. Pero no honramos ni glorificamos a Dios cuando nos convertimos en siervos de los hombres, cuando consentimos en que nuestra libertad sea restringida por hombres o por consejos de hombres. Hemos sido comprados con la preciosa sangre de Cristo, para que seamos justos y generosos con nuestras propias almas. Os ruego, pues, por la misericordia de Dios, que rompáis toda atadura que restrinja vuestra libertad en Cristo. Dios tiene luz para impartir a todos sus hijos que es de un carácter más radiante que cualquiera que hayamos recibido, y no tenéis derecho a ataros de tal manera que os cerréis a la luz. No tienes derecho a seguir las invenciones de ninguna sociedad de hombres, que circunscribirían el límite de tu pensamiento, y harían que te convirtieras en un mero cristiano mecánico.

Tienes muchas cosas que aprender y mucho que desaprender. Tendréis que sentaros a los pies del gran Maestro y aprender de él acerca de temas más elevados y nobles que los que ahora ocupan vuestra atención. Soy libre de dirigirme a vosotros que os habéis apartado de la luz, porque sé que un Maestro más elevado que el hombre os está llamando. Habéis perdido mucho en vuestra vida religiosa, porque no habéis sabido mejorar las oportunidades que se os han presentado de parte del Padre de las luces. Siempre se dan nuevos rayos de luz del cielo para que el carácter se transforme, para que el alma pueda contemplar la verdad en una nueva relación. Cuando Jesús es acogido en el corazón, refina, moldea y forma el carácter. Los que lo reciben más plenamente, no tendrán

menos energía en su vida religiosa, sino que su religión será de un tipo más elevado y más santo que nunca. Obrarán de tal manera que su utilidad aumentará. Dios quiere que sus hijos profesos alcancen una norma más elevada, y que sigan adelante, alcanzando todavía lo que no han alcanzado. Deben abrigar toda inspiración divina, pues como propiedad suya así lo exige de ellos.

Ningún hombre o mujer debe obligarse de tal manera que se convierta en esclavo de los hombres en modo alguno. Ningún hombre o grupo de hombres tiene el derecho de imponer a otros lo que deben o no deben hacer en materia religiosa, o de prescribir de alguna manera su fe. Una voz nos habla y estamos obligados a escucharla. Es la voz de Cristo, que dice: "Sígueme". Dice: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". El cristiano nunca ha de ser manso y aburrido. Los que están imbuidos del Espíritu de Cristo, trabajarán en la viña del Maestro, y el fuego celestial del alma se mantendrá siempre encendido. Nuestra seguridad está en Cristo, en el estudio de la guía que Él nos ha dado. Los que estudian los caminos y métodos de los hombres y siguen sus costumbres, se engañan si piensan que están siguiendo las indicaciones de Dios en la materia.

Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." El servicio de Jesús no consiste simplemente en un espectáculo exterior. No es cuestión de formas y ceremonias, de desfiles, exclamaciones, gestos, ruido y despliegue de las pasiones vulgares. La religión pura consiste en mantener el corazón y la mente en comunión con el gran Líder, Jesucristo. Consiste en tener el adorno interior de un espíritu manso y tranquilo. El Espíritu Santo que mora en nosotros dará vida, tono y estilo que no serán según las invenciones de los hombres, no imitando a ningún líder humano terrenal, sino según el Modelo, Cristo. La religión no consiste en juegos de palabras, en gestos groseros; el ejercicio corporal poco aprovecha en esta materia. No hay elocuencia divina en este tipo de ejercicio.

La religión de Jesucristo debe distinguirse siempre de todas las demás religiones por su santidad de carácter. En la verdadera religión se encontrarán grandes verdades claramente definidas en palabras, e inculcadas en la vida de sus profesantes como un principio del Autor divino. En la verdadera religión el Espíritu Santo obrará en conexión con los agentes humanos, confirmando la verdad de Dios. Cada parte del servicio de Cristo se caracterizará por el decoro y la reverencia. La verdad de Cristo no puede ser confinada a un cierto rango,

sin embargo será activa para crear para su ambiente, modales y hábitos y prácticas que estarán en armonía con su Autor. Todo se hará decentemente y en orden. Los métodos salvajes y los extraños caprichos y la confusión no están autorizados por el Dios del orden. Los métodos empleados por la iglesia de Cristo deben ser tales que ganen almas de la lealtad al príncipe de las tinieblas, y las hagan tomar su posición bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emanuel.

Algunos dirán que estos métodos de alcanzar a los hombres no servirán para alcanzar a los que son pobres y están en lo más bajo de la escala de la humanidad. Pero este asunto debe ser considerado bajo una luz totalmente diferente por aquellos que quieren ser soldados en el ejército de Cristo. No abriguen el error de que deben seguir un modelo presentado por algún hombre. Estudien más la Biblia y presten cada vez menos atención a los hábitos y prácticas de los hombres. No deshonréis a vuestro Dios pensando que se requiere poco conocimiento de lo que dicen las Escrituras para ser un obrero útil en su causa. Debéis estudiar la manera del gran Maestro, y mantener su ejemplo siempre ante vosotros. Ningún ser humano ha de ser vuestro Modelo. El Señor del cielo ha de ser el Maestro y el Modelo para todos los que quieran ganar almas para Dios.

3 de septiembre de 1894

Pruebe los espíritus

EGW

"Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo Espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo Espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, del cual vosotros habéis oído que había de venir; y aun ahora ya está en el mundo."

En esta era del mundo vemos todos los grados de escepticismo. Hay infieles de rango, los que creen en las maravillas mentirosas del espiritismo, y los que rechazan las afirmaciones de la verdad divina. Todos ellos pertenecen a la clase de la que Juan ha escrito, y están controlados por el espíritu del anticristo. La ignorancia del carácter de Dios, el orgullo del entendimiento y el amor al pecado son la fuente de la infidelidad. Los hombres niegan la divinidad de Cristo, desechan la Biblia, y así buscan liberarse de la responsabilidad personal ante

Dios. Ponen a la Biblia en conflicto con la "ciencia, falsamente llamada así". Estos escépticos pueden iniciar preguntas que el cristiano más humilde y piadoso estaría perplejo de saber cómo responder. Pero el hecho de que sus preguntas no puedan ser contestadas, no es evidencia de que la Biblia no sea verdadera. Un niño pequeño ha hecho preguntas respecto a Dios, el alma y el futuro, que el más erudito no podría contestar. La verdad de la palabra de Dios será revelada a aquellos que tengan un corazón humilde, que comprendan sus deberes y obedezcan sus preceptos. Es el orgullo de opinión lo que conduce al escepticismo, y a la negación de la divinidad de Jesucristo. El escepticismo tiene su origen en el amor al pecado, el amor a la ambición y la exaltación propia.

Jesús, el Redentor del mundo, es el canal a través del cual vienen todas nuestras bendiciones, y los que se niegan a reconocerlo como el Hijo divino de Dios, virtualmente dicen: "No quiero que este hombre gobierne sobre mí." Los que tienen voluntad propia, hinchados de orgullo y prepotencia, aunque no renuncien a su voluntad para estar en armonía con la voluntad de Dios, aceptarán los engaños de los falsos profetas, y serán inducidos a negarse a reconocer a Cristo como el Hijo de Dios. Los escépticos y los infieles pueden profesar estar haciendo una buena obra, pero están grandemente engañados. Están pisoteando la sangre del pacto, y considerando como cosa profana lo que debería haberlos santificado. Hay muchos que no han tomado el terreno que toman los infieles, y sin embargo están en las primeras etapas de la infidelidad. Cuestionan todo lo que es de carácter divino, tratando de rebajar todo al nivel de lo que es común y natural. Sus mentes son como una esponja y absorben toda sugerencia de incredulidad. Transmiten estas sugerencias a otros, y así siembran las semillas del escepticismo, y lo que siembran lo cosecharán. Cuando un creyente trata de responder a una pregunta iniciada por un escéptico, éste propondrá otra y otra. Lo único que se puede hacer es dejar en paz a los escépticos hasta que verdaderamente deseen la luz. Que aquellos que se involucran en la controversia con estos astutos oponentes recuerden que no se están encontrando con hombres, no están luchando "contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes." La confederación del mal está tratando de envenenar las mentes humanas con el error, y oscurecer la luz de la verdad.

Los escépticos piensan que pueden mezclar su oscuridad con la luz, y así confundir al creyente en la Biblia. No es porque tengan un razonamiento tan profundo por lo que no creen, sino porque son ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. La verdad de Dios será asaltada por las cavilaciones

de la infidelidad. Se considera una prueba especial de grandeza intelectual el atreverse a negar la divinidad de Cristo; pero esto no es una prueba de grandeza intelectual, sino una evidencia de que la mente está atada a la terrenalidad de modo que no comprende la verdad espiritual. Dios no exige a los hombres que crean en las Escrituras sin darles abundantes pruebas de su verdad, y las pruebas del cristianismo abrumarían al hombre más dotado que buscara diligentemente la verdad y estuviera dispuesto a consagrarse a su promulgación. Los que aceptan las evidencias de la Palabra de Dios tendrán una experiencia que será como una barrera contra la infidelidad, porque serán trasladados de las tinieblas a la preciosa luz de la fe, la esperanza y la seguridad. El alma convertida puede decir: "Necesitaba ayuda, y encontré esa ayuda en Jesús. Él ha colmado todas mis necesidades, ha satisfecho el hambre de mi alma, y la Biblia es para mí la revelación de Jesucristo. Puede decirle al infiel: "Me preguntas por qué creo en Jesús, y yo respondo: Porque para mí es un Salvador divino. La Biblia es para mí la voz de Dios. Tengo el testimonio en mí mismo de que la palabra de Dios es verdadera, y de que Jesucristo es el divino Hijo de Dios. No sigo ninguna fábula astutamente urdida".

Cuando los hombres viertan desprecio sobre el cristianismo, díles lo que sabes por experiencia. Los seres del mundo celestial se asombran cuando aquellos a quienes Cristo ha comprado con su propia sangre, a quienes Dios ha invitado con la voz de la misericordia, convierten en broma los mensajes del Evangelio y niegan la divinidad de su Redentor. Están construyendo sobre cimientos arenosos, con hilos y fragmentos de razonamiento humano, pero sus teorías se desvanecerán como el rocío cuando se revele la gloria del Señor. Los creyentes no pretenden que todas las preguntas y objeciones que Satanás puede inventar e inculcar en la mente de los hombres puedan responderse con tantas palabras. A los hombres se les darán pruebas suficientes sobre las cuales fundar su fe; pero si se empeñan en dudar, tropezarán en las oscuras montañas de la incredulidad. Demostrarán que nunca han sometido sus orgullosos corazones a Jesucristo, y pondrán como excusa para no hacerlo el hecho de que con sus mentes finitas no pueden resolver todas las dificultades que imaginan están en la Biblia.

El espiritismo es una fase peligrosa de la infidelidad, y no debemos entrar en las asambleas de espiritistas movidos por motivos de curiosidad. Al hacerlo, nos colocamos en el terreno de Satanás, y no podemos esperar ayuda de Dios, a menos que él tenga una obra para que hablemos algún mensaje a los ignorantes y engañados, y abandonemos inmediatamente la asamblea. "Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye". La doctrina errónea de

que el alma es inmortal es casi universalmente recibida por el mundo, y la creencia de que los muertos van inmediatamente al cielo da al Espiritismo un profundo dominio sobre la gente. Creyendo esta doctrina los hombres no tienen nada con que protegerse de los errores del Espiritismo. A través de espíritus malignos reciben comunicaciones, y las aceptan como mensajes de sus seres queridos perdidos. Satanás y sus agentes personifican a sus amigos muertos, y así les imparten delirios satánicos. Pero Dios nos ha dado una regla para probar lo que es verdad. El profeta dice: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". "El que es de Dios, oye la palabra de Dios". "Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios nos oye; el que no es de Dios no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error." "Pero vosotros no creáis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen." "Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que las cosas que os escribo son mandamientos del Señor.["] "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, del cual vosotros habéis oído que había de venir; y aun ahora ya está en el mundo."

10 de septiembre de 1894

Padres e hijos, agentes de Dios

EGW

El padre es sacerdote en su propia casa. Cualquiera que sea el carácter de su negocio, no es de tanta importancia que se le excuse por descuidar la obra de educar y formar a sus hijos para que guarden el camino del Señor. Por la mañana, su primer deber debe ser dirigir la oración familiar, ofreciendo súplicas y acción de gracias a Dios. Los padres deben hacer que los momentos de oración sean lo más interesantes posible, seleccionando escrituras que puedan ser comprendidas por los niños y los jóvenes. Deben orar con fervor, pero no tanto como para que los tiempos de oración resulten tediosos. Educad a vuestros hijos con vuestra propia práctica a orar con voz clara y distinta, levantando el rostro y ofreciendo sus sencillas peticiones, o repitiendo la oración del Señor.

El servicio religioso del hogar no debe regirse por las circunstancias. La oración no debe ofrecerse ocasionalmente y, cuando hay que hacer un gran trabajo diario, descuidarla, como si no tuviera ninguna importancia especial. La oración

significa mucho, y debemos acudir a Dios ofreciéndole acción de gracias. "Lleguemos ante su presencia con acción de gracias, y aclamémosle con salmos. Porque el Señor es un Dios grande, y un Rey grande sobre todos los dioses.... Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos ante el Señor, nuestro Hacedor. Porque él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su prado, y las ovejas de su mano. Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón, como en la provocación y como en el día de la tentación en el desierto."

El Señor ha encomendado a los padres una labor especial e importante, de la que tienen una comprensión muy tenue. Al nacer cada niño deben oír la voz de Dios que les dice: "Toma a este niño y edúcalo para mí". Este trabajo de formación debe continuar durante la infancia, la niñez y la juventud. Aquellos que son padres necesitan despertar de su sueño de muerte, para que puedan darse cuenta de cuáles son las responsabilidades que Dios les ha dado. Que hagan senderos rectos para sus pies hacia arriba y hacia el cielo, y guíen a sus hijos por caminos seguros. En gran medida, la sencillez de la piedad pura es cosa del pasado.

Educar a los hijos para que caminen por el estrecho sendero de la pureza y la santidad se considera una idea extraña y anticuada. Esto prevalece incluso entre los padres que profesan adorar a Dios, pero sus obras testifican que son adoradores de las riquezas. Tienen la ambición de competir con sus vecinos, y de compararse favorablemente, en la vestimenta propia y de sus hijos, con los miembros de la iglesia a la que pertenecen.

Los hijos obtienen la vida y el ser de sus padres, y sin embargo es a través del poder creador de Dios que tus hijos tienen vida, porque Dios es el Dador de Vida. Recordemos que no debemos tratar a los hijos como si fueran nuestra propiedad personal. Los niños son la herencia del Señor, y el plan de redención incluye su salvación tanto como la nuestra. Han sido confiados a los padres para que sean criados en la crianza y amonestación del Señor, a fin de que estén capacitados para hacer su obra en el tiempo y en la eternidad. Si los padres son negligentes en la solemne obra que se les ha encomendado, tendrán que rendir cuentas ante el tribunal de Cristo.

Padres, no pueden servir a Dios y a Baal al mismo tiempo. La norma del mundo no debe ser vuestra norma. El mundo está bajo el liderazgo del príncipe de los poderes de las tinieblas, y no podéis permitirlos seguir sus modas y costumbres. Tu deber es practicar la palabra de Dios, y hacer el trabajo que él te ha dado para hacer de acuerdo con su voluntad. Dios cooperará con los padres que le

aman, le temen y le honran, respetando y obedeciendo sus mandamientos. ¿Es de extrañar que la sociedad se olvide de Dios, y no quiera conocer el camino de Dios, cuando los que profesan ser cristianos siguen en gran parte la imaginación de su propio corazón? Están llenos de vanidad, y educan a sus hijos para el mundo. Influenciados ellos mismos por agencias satánicas, ¿qué puede esperarse de sus hijos? Los inspiran con su propio espíritu, con su propio deseo de estar a favor del mundo. Participan con el mundo en el amor al placer, en el deseo de gratificación del orgullo y en el deseo de ostentación. En lugar de participar de la naturaleza divina, se imbuyen de los engaños e ilusiones de Satanás. Así, su influencia en el hogar consiste en moldear el carácter de sus hijos según la norma del mundo. Aunque tienen una apariencia de piedad, su influencia se ejerce para la ruina de su familia.

¡Qué cuentas tendrán que rendir esos padres que profesan ser cristianos en aquel gran día en que se decidirá cada caso! Estos padres amantes del mundo profesan a Cristo, y tienen sus nombres registrados en los libros de la iglesia, pero en obras lo niegan. Los padres que verdaderamente desean amar a Dios, ¿no participarán de la naturaleza divina? ¿No ejercerán en el hogar una influencia completamente diferente de la de estos profesantes hipócritas? ¿No será el amor de Cristo en ellos como una fuente de agua que salte para vida eterna? ¿No se manifestará que Cristo mora en el templo del alma por el espíritu, la palabra y la acción de los padres que se dan cuenta de su responsabilidad ante Dios? ¿No derramarán en la mente de sus hijos lo que el Señor Jesús les ha dado abundantemente de su Espíritu Santo? ¿No se manifestarán su amor, su pureza, su paciencia, su mansedumbre y humildad de corazón, su perseverancia, integridad y celo en el carácter de los padres piadosos?

La Palabra de Dios

Que los padres procuren moldear y formar el intelecto y los afectos de sus hijos de acuerdo con la palabra de Dios. Que los eduquen de tal manera que sus hijos sean modelados a semejanza de Jesucristo. Esta es vuestra obra, padres, desarrollar el carácter de vuestros hijos en armonía con los preceptos de la palabra de Dios. Esta obra debe ser lo primero, porque aquí están involucrados intereses eternos. La edificación del carácter de sus hijos es más importante que el cultivo de sus granjas, más esencial que la construcción de casas para vivir, o de ejercer cualquier tipo de negocio o comercio. Los padres deben estudiar cuidadosamente a sus hijos, a fin de corregir las tendencias erróneas y fomentar desde sus primeros años los principios correctos y los hábitos adecuados. Para ello no será necesaria ninguna violencia o dureza en su trato, sino que deben

manifestar una abundancia de amor. El egoísmo y la autoindulgencia deben ser cultivados fuera del carácter de vuestros hijos, revelándoles las exigencias bíblicas de la manera más interesante. Unidlos a vosotros en obras de bondad y de tierna consideración hacia los que sufren y los indigentes. Desde su más tierna edad, dejad que sean vuestros ayudantes en empresas benévolas, y educadlos en hábitos de abnegación y sacrificio por el bien de los demás. Así los protegerás de los hábitos de extravagancia en el gasto imprudente de dinero para la gratificación egoísta.

La obra que incumbe a los padres no puede ser eludida o ignorada sin peligro para ellos mismos y para sus hijos. Los padres deben llevar los principios de la verdad a su propia vida, y perfeccionar un carácter cristiano a fin de que puedan presentar ante sus hijos un ejemplo tal que les infunda respeto y admiración. Que los padres vivan de tal manera que sus hijos tengan confianza en su juicio, piedad y devoción. De este modo podrán formar a sus hijos para que sean misioneros desde sus primeros años. Se les puede enseñar a confiar firmemente en Dios, y se les puede entrenar por precepto y ejemplo a temer ofender a su Creador, a amar a guardar sus mandamientos. Los niños deben ser entrenados para confiar en Dios como su mejor amigo.

Que los padres procuren inculcar a los niños y a los jóvenes la bienaventuranza de servir a Dios. El Salmista dice: "Bienaventurados los de camino intachable, los que andan en la ley del Señor. Dichosos los que guardan sus testimonios y lo buscan de todo corazón. Ellos tampoco hacen iniquidad; andan en sus caminos. Nos has mandado guardar tus preceptos con diligencia. ¡Oh, si mis caminos fuesen encaminados a guardar tus estatutos! Entonces no me avergonzaré, cuando respete todos tus mandamientos. Te alabaré con rectitud de corazón, cuando haya aprendido tus justos juicios."

La importancia del trabajo

La Palabra de Dios abunda en preciosas joyas de verdad, y los padres deben sacarlas de su cofre y presentarlas ante sus hijos en su verdadero lustre. Padres, pensáis que no tenéis tiempo para hacer todo este trabajo; pero si no instruís a vuestra familia, Satanás suplirá vuestra deficiencia y los educará según su propio orden satánico. Mejor es descuidar cualquier cosa de naturaleza temporal, contentarse con vivir económicamente, atarse a sus necesidades, que descuidar la obra de formarse a sí mismos y a sus hijos en la forma en que Dios quiere que lo hagan. En la palabra de Dios tenéis un tesoro del que podéis sacar preciosas provisiones, y como cristianos debéis equiparos para toda buena obra.

Considerad el círculo familiar como una escuela de formación, donde estáis preparando a vuestros hijos para el desempeño de sus deberes en el hogar, en la sociedad y en la iglesia. Procure cultivar todas las facultades de la mente y del cuerpo a fin de que toda la familia sea soldado de Cristo. Enseñad a vuestros hijos a amar la verdad porque es la verdad, y porque han de ser santificados por medio de la verdad, y preparados para el gran examen que determinará si están calificados para entrar en la obra superior, y llegar a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial.

Padres y madres, despertad a las responsabilidades que Dios os ha dado. Dejad que vuestra lámpara esté recortada y encendida, emitiendo rayos claros y distintos en el círculo del hogar, y vuestra luz llegará más allá de vosotros mismos a vuestros vecinos. El padre representa al Legislador divino en su familia. Es un obrero junto con Dios, que lleva a cabo los bondadosos designios de Dios, y establece en sus hijos principios rectos, capacitándolos para formar caracteres puros y virtuosos, porque ha preocupado el alma con aquello que capacitará a sus hijos para rendir obediencia no sólo a su padre terrenal, sino también a su Padre celestial. Como Abraham, ordenará a sus hijos y a su familia después de él, que guarden el camino del Señor, que hagan justicia y juicio. Cumplir las palabras de Dios significa trabajar con empeño en el hogar. Pero los padres que son cumplidores de los mandamientos de Cristo descubrirán que los rayos del Sol de Justicia iluminarán las tinieblas, y el amor de Cristo allanará los senderos escabrosos.

Nuestro mundo se está volviendo como en los días de Noé. Los padres han descuidado purificar y hacer precioso el material que Dios les ha dado en sus hijos, y, en vez de añadirlos al ejército del Señor, se los han dado al mundo. Al descuidar su formación para Cristo, los hijos han desarrollado caracteres según el orden de Satanás. El Señor limpiará la tierra por segunda vez de su contaminación moral mediante los fuegos del último día. Padres, ¿no vais a fomentar la fe que obra por el amor y purifica el alma? Si hacéis esto, todo está ganado. Vuestros hijos se imbuirán del espíritu que vosotros abrigáis, y una luz brillará extendiéndose desde el hogar como una atmósfera genial. Vuestra influencia será como un resplandor celestial que brilla desde el trono de Dios con rayos claros y fuertes, para iluminar las tinieblas morales que invaden el mundo.

17 de septiembre de 1894

Padres e hijos agentes de Dios-Nº 2

EGW

El Señor Dios del cielo nunca ha dejado al mundo sin testigo. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". La tristeza llega a mi alma cuando considero cuán abundantes han sido los recursos que se han abierto a la iglesia, y sin embargo cuán tardía ha sido la apropiación de la luz del cielo, cuán débiles han sido los rayos que han brillado en el mundo. Dios ha asignado a la Iglesia una misión sagrada. Ha dicho: "Vosotros sois la luz del mundo". La luz de la iglesia se ha oscurecido a medida que han aumentado las tinieblas morales de esta época degenerada. El pueblo de Dios debe aumentar en luz y poder. Es algo más que una profesión lo que distingue a los hijos de obediencia de los hijos de desobediencia. Los hijos de Dios deben manifestar piedad genuina, celo cristiano, abnegación sincera y abnegación. Deben librar una guerra agresiva en proporción a sus oportunidades y privilegios.

La Iglesia debe darse cuenta de que tiene a su disposición recursos infinitos. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? La Iglesia debe ser como Abraham, que "no se estremeció ante la promesa de Dios por incredulidad, sino que fue fuerte en la fe, dando gloria a Dios, y estando plenamente convencido de que lo que había prometido podía también cumplirlo". Y por tanto, le fue imputado por justicia. Y no sólo por él se escribió que le fue imputado, sino también por nosotros, a quienes nos será imputado, si creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras ofensas, y resucitado para nuestra justificación." "Porque todas las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza."

Como agentes vivientes debemos entrar en una cooperación moral con Dios. El más débil, el más débil hijo de Dios tiene su trabajo asignado, y es porque hay un gran número que no son hacedores de la palabra de Cristo, sino oidores solamente, que no hay mayor progreso y crecimiento en la iglesia. Muchos hacen poco excepto estudiar su propio placer y conveniencia, gratificar sus propios gustos y disgustos; sin embargo, de acuerdo con la capacidad de cada uno, cada uno tiene una cierta obra que hacer. Muchos no se ocupan del trabajo que podrían hacer, porque no les agrada a su gusto, y por eso no hacen nada.

Hay deberes que les parecen comunes y baratos, que están directamente en su camino; pero, porque no son atractivos, no los aceptan. Si amaran a Dios supremamente, y a sus prójimos como a sí mismos, asumirían estos pequeños deberes, que Dios diseñó para probar su fidelidad. Mantendrían sus almas en el amor de Dios buscando a sus amigos, e idearían algún plan mediante el cual pudieran llegar a sus corazones. Con un solo ojo puesto en la gloria de Dios, aprovecharían las oportunidades que se pusieran a su alcance, y serían instantáneos a tiempo y fuera de tiempo. Tratarían en toda ocasión de hacer el bien a los que necesitan ayuda. Satanás tratará de cegar los ojos del entendimiento, para que no asumamos las responsabilidades que están en nuestro camino, y seamos fieles en los pequeños servicios que Dios nos ha encomendado. El hijo fiel de Dios, aunque haya sido aparentemente uno de los más débiles, ha hecho mucho bien mediante su humilde servicio.

Durante un tiempo, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, fue sólo un Niño en Belén, y sólo podía representar al niño en brazos de su madre. En su niñez sólo podía hacer el trabajo de un niño obediente, cumpliendo los deseos de sus padres, haciendo los deberes que correspondían a su capacidad de niño. Esto es todo lo que los niños pueden hacer, y deben ser educados e instruidos de tal manera que puedan seguir el ejemplo de Cristo. Cristo actuó de una manera que bendijo el hogar en que se encontraba, porque estaba sujeto a sus padres, y así hizo obra misionera en su vida hogareña. Está escrito: "Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él". "Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres".

Es triste que los padres se enfríen en su vida espiritual y, a causa de la piedad menguante y la falta de devoción a Dios, no se den cuenta de la gran responsabilidad que recae sobre ellos de instruir paciente y minuciosamente a sus hijos para que guarden el camino del Señor. Los padres no deben permitir que las preocupaciones de los negocios, las costumbres y máximas mundanas, y la moda tengan un poder de control sobre ellos, de modo que descuiden a sus hijos en la infancia, y dejen de dar a sus hijos la instrucción apropiada a medida que crecen. Los niños necesitan ser entrenados para hacer cosas útiles, y sus deberes deben ser tan agradables como sea posible. Los padres deben darles palabras agradables de instrucción y aprobación en el trabajo útil, pero no podrían hacer un mal peor a sus hijos que gratificar sus deseos egoístas, y dejarlos seguir sus inclinaciones, dándoles así la impresión de que deben vivir para complacerse y divertirse. No se les debe dejar que elijan su propia sociedad, y darles dinero para que lo gasten según su sabiduría juvenil. Los niños necesitan padres que los eduquen y los disciplinen, podando las

tendencias naturales y egoístas. Los hijos necesitan padres que no se sientan con derecho a gobernarlos por impulsos y pasiones. Los hijos son la herencia del Señor, y a menos que los padres les den una formación tal que les permita guardar el camino del Señor, descuidan un deber solemne. No es la voluntad ni el propósito de Dios que los hijos lleguen a ser toscos, rudos, descorteses, desobedientes, ingratos, impíos, embriagadores, altaneros, amantes de los placeres más que de Dios. Las Escrituras declaran que esta condición de la sociedad será una señal de los últimos días.

Necesitamos en nuestras iglesias niños y jóvenes que estén capacitados para trabajar según el principio del "Esfuerzo Cristiano". El comienzo debe darse en el hogar. Los padres, que son los organismos responsables en la vida del hogar, deben dar a sus hijos un ejemplo piadoso, aprendiendo lecciones diarias de deber y obediencia a los requerimientos de Dios. Ellos mismos deben convertirse en misioneros. Deben consagrarse enteramente a Dios, recordando que la mayor obra que les incumbe es formar a sus hijos para que sean soldados fieles semejantes a Cristo. Esta debe ser la obra esencial de su vida y, al formar a sus hijos, repetirán constantemente las lecciones que han aprendido en su juventud, y así los padres sabios y temerosos de Dios difundirán una influencia desde su propio círculo familiar al de los demás, que actuará como la levadura que se escondió en tres medidas de harina. La obra misionera en el hogar es el servicio más elevado que los padres pueden prestar a Dios.

Los padres no deben permitir que nada interfiera en la formación del carácter de sus hijos. Los que han estado educando a sus hijos en forma impropia no necesitan desesperar; conviértanse a Dios y busquen el verdadero espíritu de obediencia, y podrán hacer reformas decididas. Al conformar vuestras propias costumbres a los principios salvíficos de la santa ley de Dios, ejerceréis una influencia sobre vuestros hijos. Tendrán la justicia de Cristo, y obedecerán los preceptos de la ley de Dios, y reconocerán el espíritu de la ley como expresión del carácter de Dios. Es de la mayor importancia que los atributos de su carácter sean llevados a vuestro carácter, para que podáis entrenar y educar a vuestros hijos a ser obedientes a los mandamientos de Dios, y así asegurar la felicidad en este mundo, y la vida eterna en el mundo venidero.

Al educar a tus hijos, debes basarte en un "Así dice el Señor". Que nunca oigan de tus labios una expresión irreverente, ni capten el sonido de una palabra áspera y apasionada. Sed lo que deseáis que sean vuestros hijos. Los padres han perpetuado por precepto y ejemplo su propio sello de carácter a su posteridad. Los temperamentos y palabras arrebatados, groseros y descorteses se imprimen

en los hijos, y en los hijos de los hijos, y así los defectos en el manejo de los padres testifican contra ellos de generación en generación. Esta es la razón por la que abunda la iniquidad, la razón por la que muchos tendrán que rendir cuentas terriblemente en el día del juicio. Que haya el más profundo y cabal arrepentimiento ante Dios. Busquen la gracia de Dios, el discernimiento espiritual para descubrir los defectos en el manejo de sus hijos y ejerciten el arrepentimiento ante Dios por su descuidada labor como misioneros en el hogar.

24 de septiembre de 1894

Probados por la ley

EGW

"No tendrás dioses ajenos delante de mí". Lucifer discutió la justicia de este requisito en el cielo, y pensó que su existencia era totalmente innecesaria. Dijo en su corazón: "Subiré al cielo, elevaré mi trono por encima de las estrellas de Dios; me sentaré también en el monte de la congregación, en los lados del norte; ascenderé por encima de las alturas de las nubes; seré semejante al Altísimo." Había sido hermozeado, había sido altamente exaltado en el cielo, y su corazón se enaltecía a causa de su hermosura; había corrompido su sabiduría a causa de su brillo. De él se había dicho:

"Tú sellaste la suma, llena de sabiduría y perfecta en belleza. Estuviste en el Edén, el jardín de Dios; toda piedra preciosa fue tu cubierta: el sardio, el topacio y el diamante, el berilo, el ónice y el jaspé, el zafiro, la esmeralda, el carbunco y el oro..... Tú eres el querubín ungido que cubre, y yo te he puesto así; estabas sobre el monte santo de Dios; anduviste arriba y abajo en medio de las piedras de fuego. Fuiste perfecto en tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti iniquidad." "Así ha dicho el Señor Dios: Por cuanto se enaltecíó tu corazón, y dijiste: Yo soy un dios, me siento en la silla de Dios, en medio de los mares; pero tú eres hombre, y no Dios, aunque pusiste tu corazón como el corazón de Dios.... Te arrojaré por tierra, te pondré delante de los reyes, para que te contemplen.... Te reduciré a cenizas sobre la tierra a la vista de todos los que te contemplen. Todos los que te conocen en el pueblo se asombrarán de ti; serás un espanto, y nunca más serás."

Bajo el símbolo del rey de Tiro, las Escrituras nos dan una descripción del carácter y destino del primer gran rebelde contra la ley de Dios. Aquel que conoce el fin desde el principio, tenía sus leyes y mandamientos antes de que el mundo fuera creado, y Satanás eligió cuestionar sus pretensiones ante los

ángeles del cielo, porque la ley establecía al Omnipotente como el único Dios verdadero y viviente, y prohibía la adoración de cualquier otro ser. La autoridad de Dios estaba respaldada por los requisitos de su ley, que debía tener jurisdicción sobre todas las inteligencias creadas. La voluntad de Dios debía ser reconocida en sus requerimientos y reconocida como suprema en el universo celestial.

Sólo Dios tiene la prerrogativa de prescribir los deberes de los hombres y de los ángeles. La voluntad de Dios es una voluntad perfecta, y debe ser obedecida tal como está establecida en su santa ley, porque todo requisito es justo, y está establecido por una sabiduría infinita. La ley de Dios debe ser obedecida aunque no hubiera autoridad para hacerla cumplir, ni recompensas por su obediencia. Los más altos intereses de los hombres y de los ángeles se conservan en la obediencia a la ley de Dios. La voluntad de Dios expresada en su ley es la voluntad suprema, y ninguna invención, ningún artificio de los hombres puede sustituirla. La obediencia a los mandamientos de los hombres en vez de a los mandamientos de Dios será como abominación a los ojos de Dios; porque lo que Dios exige es esencial para el mayor bien de sus súbditos, y es por tanto esencial para la gloria de Dios.

Mediante la obediencia a sus mandamientos, el propósito de Dios es extirpar del corazón toda especie de egoísmo. Quiere impedir al alma toda complacencia en apetitos pervertidos, y expulsar del corazón toda rebelión e ingratitud. ¿Es posible que alguno de nosotros desee que Dios suprima sus mandamientos, cuando obedecerlos es para nuestra felicidad y nuestra vida? ¿Qué bendición o ventaja obtendría el hombre suprimiendo los mandamientos de Dios? Si aboliera el primer mandamiento, la autoridad de Dios no sería tan suprema como la autoridad del único Dios vivo y verdadero. ¿Qué ventaja obtendría el hombre si ganara reputación, erudición, riqueza y honor y, sin embargo, fuera alguien que, aunque recibiera beneficios de Dios a todas horas, ignorara a Dios y no ajustara su vida práctica a los preceptos de Jehová? No se debe permitir que el conocimiento, el poder, la educación, la reputación o la riqueza se interpongan entre el alma y Dios. El Señor debe ocupar el primer lugar en nuestros afectos; porque "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Dios entregó a su Hijo al mundo para que los hombres fueran redimidos de la transgresión y del pecado.

A través de la fe en Cristo como nuestro Salvador personal, recibimos el poder moral por el cual podemos entregar cada facultad al servicio de Dios. Con un

sentido pleno de nuestra obligación para con Dios, podemos dedicar toda capacidad confiada al servicio de Cristo, y poner todo poder bajo el control de la voluntad de Dios. Al hacer la voluntad de Dios, tenemos la seguridad de desarrollar caracteres según la semejanza divina.

La religión es un asunto práctico, y exige una dedicación diaria de todo lo que tenemos y somos a Dios. Todos los negocios mundanos deben hacerse como parte de la religión, y deben redundar en honor y gloria de Dios. Todas las diversiones deben considerarse desde este punto de vista, y han de considerarse perjudiciales o útiles sólo en lo que se refiere a la gloria de Dios. Si los que quieren entregarse a las diversiones pueden encontrar mandamientos por los cuales se justifiquen en ellas como haciendo la voluntad de Dios, estarán justificados en creer que están promoviendo la gloria de Dios y el bien de la sociedad. Se nos exige obediencia perfecta a la regla establecida por el apóstol: "Así que, ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". Quien tenga siempre presente esta regla y viva de acuerdo con sus exigencias, formará un carácter a semejanza divina; porque de este modo los hombres llegarán a ser santos, irreprochables y sin reproche.

Vivimos bajo el escrutinio de toda la hueste celestial, y los ángeles vigilan para ver si aprovechamos la oportunidad de hacer el bien a todos los hombres, y especialmente a los de la familia de la fe. Amar a Dios supremamente y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, requerirá de nosotros estar continuamente en el espíritu de humilde oración, confiando sólo en Dios para nuestra suficiencia. El único carácter que tiene valor a los ojos de Dios es el que está libre de toda mancha de egoísmo. "El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre". La vida egoísta, la indulgencia en la gratificación propia, no traerá verdadera felicidad en esta vida, ni dará esperanza de una vida futura e inmortal. Pero a aquel que por su paciente perseverancia en el bien hacer, busca la gloria, el honor y la inmortalidad, Dios le dará la vida eterna.

La fe no anula la ley, y aunque hay personas que insisten en que por la fe en Cristo están libres de la obligación de guardar la ley, sin embargo la enseñanza de los profetas y apóstoles contradice su posición. "La fe sin obras [obediencia] está muerta". El carácter de los hombres se estima según sus obras. Santiago dice: "Muéstrame tu fe sin tus obras [si fuera posible], y yo te mostraré mi fe por mis obras". La fe en el gran plan de redención sin las obras correspondientes no se considera fe. Cristo, nuestro Redentor, no sufrió la pena de la ley por nuestros pecados para librarnos de la obligación de guardar los mandamientos

de Dios. Cristo sufrió el castigo de la ley, que era la muerte, para dar al hombre otra prueba, para proporcionarle otra libertad condicional, y asignarle otra oportunidad de demostrar su lealtad a la autoridad de Dios. Toda alma ha de ser probada, porque se la considera responsable de la obediencia a la ley divina, y, aunque Cristo haya muerto por la transgresión del hombre, los que continúen en la desobediencia sufrirán la pena de su pecado. La condición sobre la cual a los hombres se les ofrecerán los beneficios de la salvación es a través del arrepentimiento hacia Dios, debido a la transgresión de su santa ley, la fe en Cristo, por la cual recibe el poder de lo alto para convertirse en un súbdito obediente del gobierno de Dios. Los que quieren salvarse deben tomar a Cristo como su Salvador personal, y convertirse no sólo en oidores, sino en hacedores de sus palabras. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

1 de octubre de 1894

¿Qué clase de personas debéis ser?

EGW

Dios es el Gobernador del universo. Él lo ha sometido todo a la ley. Todo en el mundo natural está bajo la ley, desde la flor más diminuta del jardín hasta los poderosos cedros del Líbano. Las bestias del campo obedecen la ley de Dios. El océano obedece su mandato: "Hasta aquí llegarás, pero no más allá; y aquí se detendrán tus orgullosas olas". Cuando Dios habla al hombre, su voz ha de ser oída, y su palabra ha de ser obedecida. El hombre es un ser inteligente, y tiene una mente por la que comprender la voluntad de Dios, y una conciencia por la que sentir su responsabilidad. Tiene corazón para amar la ley de Dios, que es santa, justa y buena. Pero Dios no obliga a nadie a honrarle y a obedecer su ley. La compulsión es obra de Satanás y de sus agentes.

Como criaturas inteligentes, podemos conocer y cumplir la voluntad de Dios, o podemos negarnos obstinadamente a someter nuestra voluntad finita a la voluntad del Infinito. Esta responsabilidad que se nos impone debería llenarnos de temor. La exigencia de Dios para con nosotros es: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". De estos dos principios penden toda la ley y los profetas; y es para nuestro interés presente y eterno tener una comprensión adecuada de los principios de largo alcance de la ley de Dios. "Por la ley es el conocimiento del pecado", y "el pecado es la transgresión de la ley". Los

pecadores deben saber lo que es pecado antes de que puedan tener el deseo de librarse del pecado. Es un asunto de interés eterno que no malinterpretemos esta cuestión vital. Cuando se hacen llamamientos en los púlpitos de nuestra tierra, y se invita a los pecadores a arrepentirse y convertirse, es privilegio del pecador preguntar: ¿Qué es el pecado? Esto es lo que debemos saber, porque es a riesgo de nuestras almas que continuamos en el pecado. El apóstol nos da luz sobre este tema, y dice: "Cualquiera que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley".

Cristo fue manifestado para quitar nuestros pecados, y en él no había pecado. Pero si la ley fuera abolida, como algunos pretenden, no tendríamos necesidad de un Salvador que quitara el pecado, porque "donde no hay ley, tampoco hay transgresión". "Así que por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado". "¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la ley? Dios no lo quiera. No, yo no había conocido el pecado, sino por la ley; porque no había conocido la concupiscencia, si la ley no hubiera dicho: No codiciarás. Pero el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda clase de concupiscencia. Porque sin la ley el pecado estaba muerto. Porque sin la ley viví una vez; pero cuando el mandamiento llegó [a la conciencia], el pecado revivió, y yo morí. Y el mandamiento que estaba ordenado para vida, hallé que era para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. Por tanto, la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Acaso lo que es bueno se convirtió en muerte para mí? Dios no lo quiera. Sino el pecado, para que apareciese como pecado, obrando muerte en mí por medio de lo que es bueno; para que el pecado, por el mandamiento, llegase a ser excesivamente pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado."

Pero aunque seamos carnales, debemos considerarnos "muertos al pecado, pero vivos para Dios por Jesucristo nuestro Señor.... Pero gracias a Dios, que erais siervos del pecado, pero habéis obedecido de corazón a la forma de doctrina que os fue entregada. Entonces, libres del pecado, os convertisteis en siervos de la justicia.... Mas ahora, libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto para la santidad, y como fin la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro." "Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado." "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se

ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que ya teníais desde el principio."

Para que no haya error ni excusa para la desobediencia, el apóstol deja muy claro cuáles son los mandamientos que deben tenerse en cuenta: "el mandamiento antiguo que teníais desde el principio". En esta referencia a la ley de Jehová, lleva la mente al mandamiento que es un memorial de la creación del mundo, cuando por su trabajo en los seis días, y su descanso en el séptimo, Dios sentó las bases para el sábado. Cuando las estrellas de la mañana cantaron juntas, y todos los hijos de Dios gritaron de alegría, Dios colocó el cuarto mandamiento en el seno del Decálogo. En este mandamiento se da un encargo especial de "acordarse del día de reposo para santificarlo". Luego siguen las razones de este mandato especial: "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó."

En el cuarto mandamiento se establece que el Creador del cielo y de la tierra es el Dios verdadero. "Pero el mundo, en su sabiduría, no conoció a Dios". Hay mucha sabiduría en nuestro mundo, pero los hombres, orgullosos de sus conocimientos, no emplean su sabiduría como lo hizo Daniel. No contemplan la belleza, la majestad, la justicia, la bondad de Dios. No ven la sabiduría y la santidad de su verdad en su ley, que es el trasunto de su carácter.

Si a los que creían en Dios durante la antigua dispensación se les ordenaba levantarse y brillar, cuánto mayor es hoy la obligación de levantarse y brillar, cuando nuestra luz es más brillante y brilla con rayos más claros y firmes. Nuestra obligación de alumbrar es tanto mayor que la de los antiguos, cuanto más clara y definida es nuestra luz. "El camino del justo es como la luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto". Los discípulos de Cristo deben darlo a conocer al mundo. Tenemos facultades de razonamiento, y a medida que aumenta nuestra capacidad al mejorar los talentos que Dios nos ha dado, debemos recoger los rayos divinos de luz que los patriarcas, profetas y apóstoles nos han dejado como fideicomisos hereditarios, y debemos seguir buscando la verdad como un tesoro escondido. Estamos llamados por Dios a dejar que la luz que nos ha dado brille con rayos claros y firmes. Todo el que

creer en Cristo como luz del mundo ha de ser como un faro en una costa peligrosa, que envía brillantes rayos de luz para advertir a las almas, a fin de que no naufraguen en la fe. Pero en lugar de brillar así, hay miles de personas que viven una vida sin Dios, sin Cristo, mundana, cuyos nombres están registrados en los libros de la iglesia como cristianos. Crean *en* Cristo, pero no creen *en* Él.

El que obedece la ley mediante la justicia imputada de Cristo, satisface todas las exigencias que presenta la Biblia; pero el que se pone por encima de Dios y pisotea su ley, y aun así profesa ser hijo de Dios, está trabajando en el lado enemigo de la controversia. En nuestros días, aun desde los púlpitos de nuestra tierra, los que profesan ser ministros del evangelio están, como los fariseos, enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres. La única seguridad para el alma en este tiempo es preguntar a cada paso: ¿Qué dice el Señor a su siervo? La palabra del Señor permanece para siempre. La Biblia ha de ser nuestra guía, y en vez de consultar la sabiduría de los hombres, y aceptar como verdad divina las afirmaciones de mortales finitos, debemos escudriñar la palabra segura de la profecía. Dios ha hablado, y su palabra es fiable, y debemos apoyar nuestra fe en un "Así dice el Señor". Dios quiere que estudiemos los acontecimientos que están ocurriendo a nuestro alrededor, y que los comparemos con las predicciones de su palabra, para que comprendamos que estamos viviendo en los últimos días. Queremos nuestras Biblias, y queremos saber lo que está escrito en ellas. El estudiante diligente de la profecía será recompensado con claras revelaciones de la verdad, porque Jesús dijo: "Tu palabra es verdad."

Los que profesan ser seguidores de Cristo serán hallados culpables ante Dios a menos que sean colaboradores de Dios y procuren sinceramente elevar a sus semejantes. La profecía se está cumpliendo rápidamente; y todos los hombres están oscilando bajo sus normas elegidas. Una clase se está preparando para ser usada por el Espíritu Santo, y otra clase está bajo el estandarte negro del príncipe del mal. Esta clase no ama ni a Dios ni a sus semejantes, y Satanás los usa como vasos para honrarse a sí mismo. La atmósfera misma de nuestro mundo está contaminada con un miasma físico y espiritual. Los principios de la verdad están corrompidos. Dios ha sido deshonrado, su ley ha sido transgredida, y la tierra se ha contaminado bajo sus habitantes, y las copas de la ira de Dios serán derramadas sobre el mundo.

Calamidades por tierra y por mar, por fuego e inundaciones, por peste y hambre, por accidentes horribles, por terremotos en diversos lugares, todo testifica en

lenguaje inequívoco que el fin de todas las cosas está cerca, y que la gran Babilonia está viniendo a la memoria ante Dios. El Señor está ya a la puerta, y los corazones de los hombres desfallecen de miedo y de contemplar las cosas que vendrán sobre la tierra; porque las potestades de los cielos serán conmovidas. Pero hay una defensa para los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. El profeta declara: "Tu justicia irá delante de ti". ¿La justicia de quién? -La justicia de Cristo. Y continúa: "La gloria del Señor será tu retaguardia". "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y aunque los montes sean llevados en medio del mar; aunque sus aguas bramen y se agiten, aunque los montes tiemblen con su hinchazón." "Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos se fundirán con ardiente calor, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Viendo, pues, que todas estas cosas serán deshechas, ¿qué clase de personas debéis ser en toda santa conversación y piedad, esperando y aguardando la venida del día de Dios, en el cual los cielos, ardiendo, serán deshechos, y los elementos ardiendo se fundirán?"

8 de octubre de 1894

La relación del hombre con la Ley

EGW

"La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo". Antes de que el hombre fuera creado, las inteligencias celestiales se regían por los principios de la ley de Dios. Cuando el hombre fue creado, Dios dio a Adán y Eva el conocimiento de sus diez preceptos. Cuando las estrellas de la mañana cantaron juntas, y todos los hijos de Dios gritaron de alegría, Dios sentó las bases del matrimonio y de la institución del sábado. En su feliz inocencia, el Señor colocó a Adán y Eva en el Jardín del Edén, y les dio empleo en el aderezo y cuidado del jardín que había hecho para ellos. En la actividad del cuerpo y de la mente tenían los medios de obtener el bien y de glorificar a su Padre Celestial. Al igual que los ángeles de Dios, que siempre están ocupados en hacer el bien, en cumplir los mandamientos de Dios, el hombre siempre debía dedicarse al trabajo serio.

Adán y Eva fueron puestos a prueba, para que se demostrara si obedecerían la palabra de su Creador, o desobedecerían sus requerimientos. El Creador del hombre era su Padre, y tenía todo el derecho al servicio que pudiera prestarle. Cuerpo, alma y espíritu, el hombre era propiedad exclusiva de Dios. Dios se

reveló a la inocente pareja del Edén y conversó con ellos libremente. Dios era su maestro, y les instruía respecto a su trabajo. Les hizo saber que, obedeciendo a su santa ley, conservarían la felicidad y, finalmente, serían bendecidos con la inmortalidad. La vida eterna sería suya si regulaban su conducta de acuerdo con los principios de la ley de Dios. No se dejaba al hombre en la incertidumbre de suponer qué camino debía seguir, ni de correr ningún riesgo aventurándose en una línea de conducta que pudiera parecerle un camino seguro. Así como los niños son educados por padres fieles, Adán y Eva fueron instruidos acerca de lo que se requería de ellos como criaturas inteligentes de Dios. Se tomaron todas las disposiciones necesarias para asegurar la bendición de la raza humana, y sólo se impuso una leve restricción a la pareja sin pecado para probar su lealtad a Dios.

El Señor les había dicho: "De todo árbol del jardín puedes comer; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás". En todo debía obedecerse a Dios; pero la prueba de la obediencia del hombre en todo debía hallarse en su fidelidad al cumplir un mandamiento particular, al abstenerse de tomar del árbol prohibido. El resultado de la obediencia sería la vida eterna, y el de la desobediencia, la muerte. Adán y Eva fueron tentados por Satanás. El tentador vino a ellos, diciendo: "¿Acaso ha dicho Dios: No comeréis de todo árbol del jardín? Y la mujer dijo a la serpiente: Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en medio del jardín ha dicho Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis. Y la serpiente dijo a la mujer: De cierto no moriréis; porque sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal." Creyeron las palabras de la serpiente, que estaban en contradicción con las palabras de Dios, su Hacedor. Se tomó la falsedad en lugar de la verdad, y se abrieron sobre nuestro mundo las compuertas del infortunio.

Fue cuando Eva estaba de pie cerca del árbol prohibido que Satanás dio expresión a la pregunta de su mente, y así comenzó la controversia en la tierra. Porque cuando vio que el árbol era "bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido con ella, el cual comió". Satanás presentó al hombre el soborno de alcanzar una posición superior, de obtener conocimientos y sabiduría más allá de aquellos con los que su Creador le había dotado, mediante un acto de desobediencia a su voluntad divina. Satanás había perdido su poder y gloria derivados, había perdido el cielo por orgullo y ambición, pues pensaba colocar su trono por encima de las estrellas de Dios, y ser como el Altísimo; y

ahora, en una oportunidad favorable, presenta la tentación que se había originado en él mismo, para inducir a las criaturas de Dios a dudar de la sabiduría divina, y a hacer reflexionar sobre las providencias divinas. Satanás no tuvo escrúpulos en engañar para conseguir su propósito y ensombrecer la vida y el carácter de la santa pareja, para causar dolor y aflicción en el cielo, y para frustrar el propósito de Dios en la creación del hombre. Pretendiendo ser amigo del hombre, se colocó como enemigo de Dios, y empleó todo su poder para probar que Jehová se había equivocado al instituir la ley para regular la conducta de sus criaturas. Pero al despreciar la ley de Dios, sólo buscaba promover su designio infernal de someter a la raza humana a su propio control.

Después de haber inducido al hombre a pecar contra Dios, Satanás afirmó que el hombre lo había elegido como jefe en lugar de Dios, y que su obra de ahora en adelante sería unirse a él para anular la ley de Jehová. Su trabajo consistía ahora en reclutar a los seres que Dios había creado, para que fuesen agentes de Satanás y cooperasen con él en borrar del alma la imagen moral de Dios. A través de todas las épocas ha obrado según los mismos principios que utilizó para causar la caída del hombre. Presentó la restricción de Dios de tal manera a la mente de Eva que creó celos, y le dijo: "Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal." Satanás lanzó reflexiones sobre el carácter de Dios, representándolo como egoísta y opresivo.

Nuestros primeros padres carecían de experiencia para sí mismos; pero, si hubieran vivido de acuerdo con toda palabra que sale de la boca de Dios, no habrían desobedecido a su Creador. Los terribles y tremendos efectos de su desobediencia les abrieron los ojos. Discernieron que la santa cubierta de luz que Dios les había proporcionado se había apartado de ellos, y que estaban desnudos. ¡Oh, si hubieran prestado atención a la instrucción que Dios les había dado, de invocarle cuando se vieran amenazados por el mal del enemigo caído, habrían tenido la presencia de los ángeles para protegerles en la hora de la tentación, y se habría roto el encanto fascinador de Satanás! Pero no esperaban que el enemigo caído viniera a ellos con palabras suaves y hermosos discursos, como un amigo que les daría información de gran importancia para ellos. Si Satanás hubiera venido a ellos con palabras ásperas, acusando a Dios de deshonestidad, acusándolo de ser prepotente y de darles mandamientos que requerirían la degradación de su independencia, habrían comprendido su ataque; pero al halagar su orgullo, al presentarles una perspectiva de exaltación, hizo que se olvidaran de Dios, y el pecado entró en el mundo. Los seres que

Dios había creado se pusieron del lado del enemigo. La familia humana se perdió.

¿Abolirá Dios su ley porque Adán pecó? Si lo hubiera hecho, habría inmortalizado el pecado, que es la transgresión de su ley. No, esto habría sido imposible. Dondequiera que haya un reino debe haber estatutos y leyes, y la ley de Dios es la transcripción de su carácter. Pero se habían hecho provisiones en los consejos del Padre y del Hijo para hacer frente a esta emergencia. Se había dispuesto que, si Adán caía presa del poder del tentador, se encontraría un rescate en el Hijo de Dios, que se convertiría en el Redentor del hombre. Debía darse al hombre la oportunidad de arrepentirse de su pecado y, mediante la fe en Cristo como su Salvador personal, ser restaurado a la imagen y favor divinos. Después de la caída, el Señor dijo a la serpiente: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar".

La controversia iba a librarse entre Cristo y Satanás a lo largo de todos los tiempos. El costoso rescate que se proporcionó revela el valor que Dios concede al hombre. Cristo se ofreció voluntariamente para ser fiador y sustituto del hombre, y tomó sobre sí la pena de la transgresión, a fin de que se proveyera un camino por el cual cada hijo e hija de Adán pudiera, mediante la fe en su Redentor, cooperar con las inteligencias celestiales, y oponerse a las obras de Satanás, y así traer la justicia eterna. El Señor Jesús tomaría al hombre en sociedad consigo mismo. Las inteligencias humanas han sido dotadas por su Creador de capacidades y poderes que, si se entregan a Dios, promoverán su gloria en la edificación de su reino en la tierra. El ser humano puede llegar a los seres humanos mediante el don impartido del Espíritu de Dios. Mediante la fe, el hombre acepta al Redentor del mundo como su Capitán, y cuando está bajo su estandarte manchado de sangre, se convierte en partícipe de la naturaleza divina, y en cooperación con Dios ha de actuar una parte importante en la revelación de la gloria de Dios a un mundo en las tinieblas de la transgresión. A menos que el hombre coopere plenamente con Cristo en la obra de rescatar a las almas del mal, el plan de salvación nunca podrá llevarse a cabo. Pero mediante el plan de redención, a pesar de la oposición de las agencias unidas de Satanás, el Señor sacará el bien del mal que Satanás diseñó que existiera. Los consejos de Dios se presentarán ante los mundos no caídos, ante las inteligencias celestiales, ante el mundo caído, y él cumplirá todo el beneplácito de su voluntad.

El hombre tiene el honor de ser tomado en sociedad con Dios, y los secretos del Señor están con los que le temen. Dios dará luz y conocimiento, para que, conformándose a sus indicaciones, el hombre llegue a ser uno con Jesucristo; y el Padre amará al que se conforme a su ley, como ama a su Hijo unigénito. Satanás ha trazado sus planes con el propósito de divorciar al hombre de Dios, y hacerle quebrantar la santa ley de Dios. Ha venido al hombre en nuestros días como vino a Adán en el Edén, y por medio de sus agentes está diciendo hoy que la ley no es obligatoria para el hombre, sino que está abolida. Aquellos a quienes Dios ha dado poderes de razonamiento deben usarlos para mejor provecho de lo que hizo Adán cuando transgredió la ley de Dios. Tenemos el ejemplo de Adán ante nosotros para advertirnos que no pisemos el terreno peligroso en el que cayó Adán. Adán aceptó las falsas sugerencias y las sucias tergiversaciones acerca de Dios, en vez de un llano "Así dice el Señor". Que las presuntuosas afirmaciones y pretensiones de los hombres no se reiteren como la voz de Dios. Que los que quieran servir a Dios recuerden que está escrito: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad."

15 de octubre de 1894

Considerar el código moral

EGW

"Andaré en libertad, porque busco tus preceptos. Hablaré de tus testimonios delante de los reyes, y no me avergonzaré. Y me deleitaré en tus mandamientos que he amado. Alzaré también mis manos a tus mandamientos que he amado, y meditaré en tus estatutos." Los mandamientos de Dios no son un yugo de esclavitud, y en obediencia a ellos no tenemos nada de qué avergonzarnos. No debemos sentir que estamos severamente restringidos al exigírsenos que guardemos la ley de Dios. El Señor no nos niega nada que sea para nuestro bien. Debemos avergonzarnos de la desobediencia a sus preceptos.

Hay hombres que profesan abrir las Escrituras a los demás, y que dicen ser ministros del Evangelio, que sin embargo ponen tropiezos en el camino de los que buscan sendas seguras. Pero que el buscador sincero de la verdad mire al Autor de la verdad, y no al aspirante a instructor que no conoce el camino de la luz. Acude a la Fuente del conocimiento y familiarízate con lo que dicen las Escrituras, y no aceptes las inferencias y afirmaciones de un hombre mortal. Las falacias de los hombres no tienen en ellas poder para santificar el alma; y la palabra de Dios no debe adulterarse con las costumbres y tradiciones del mundo.

"A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". "Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él. Porque si nuestro corazón nos condenare, Dios es mayor que nuestro corazón, y sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos condena, entonces tenemos confianza para con Dios. Y todo lo que pedimos, lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros, como él nos mandó. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en él, y él en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado."

El siguiente versículo comienza con esta advertencia: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo". Consideremos la ley moral, que fue especificada por el discípulo amado como el "mandamiento antiguo que teníais desde el principio", que fue pronunciado desde el monte Sinaí entre humo y llamas, truenos y terremotos. Los mandamientos son:

"I. No tendrás dioses ajenos delante de mí.

"II. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra; no te inclinarás a ellas, ni las servirás; porque yo soy Jehová tu Dios, Dios celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.

"III. No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; porque el Señor no dará por inocente al que tome su nombre en vano.

"IV. Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por eso bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó.

"V. Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te da.

"VI. No matarás.

"VII. No cometerás adulterio.

"VIII. No robarás.

"IX. No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

"X. No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea de tu prójimo".

Si este código de moral hubiera sido respetado y obedecido, el mundo no estaría ahora en el estado en que se encuentra, corrompido bajo sus habitantes. Si los agentes humanos hubieran cooperado con Dios, y hubieran obedecido las leyes que están en la base de su gobierno, no veríamos ni oiríamos tanto acerca de la iniquidad y el crimen, el sufrimiento y la muerte. Cristo magnificó la ley y la hizo honorable. Vio la necesidad de exponer la ley que él mismo había pronunciado entre llamas, truenos y tempestades. Los rabinos habían amontonado la basura de sus tradiciones sobre la ley, y habían dejado sin efecto los mandamientos de Dios, porque enseñaban como doctrinas los mandamientos de los hombres. Mostró al pueblo que la ley de Dios penetraba hasta los motivos del corazón, y que el amante del yo era un transgresor de la ley. Rescató los mandamientos de su compañerismo con el error, y los colocó en el marco del Evangelio, y los presentó a los hombres en su verdadero significado e importancia; y a los que escuchaban la ley les parecía una nueva revelación. Lejos de quitarle nada a la santidad de un solo precepto, reveló a los hombres el carácter exaltado de toda la ley. Pero como limpiaba la ley de la basura de la tradición, y la liberaba de las exacciones de los hombres, y de la multitud de minuciosos requisitos de los hombres, que confundían al pueblo y le impedían ver el verdadero significado de los requisitos de Jehová, los fariseos decían en su corazón que Cristo había venido a suprimir la ley. Pero mientras ellos cavilaban en sus corazones, él pronunció palabras que les revelaron el hecho de que leía sus pensamientos como un libro abierto:

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado

grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Cristo procede entonces a mostrar que los mandamientos son sumamente amplios y penetran hasta los mismos motivos que controlan el corazón.

El gran adversario, el primer rebelde y apóstata, hace la guerra a los mandamientos de Dios, porque "por la ley es el conocimiento del pecado". Esta es la razón por la que quiere hacer creer al mundo que la ley de Dios no es obligatoria, porque así puede mantener a los hombres en la ignorancia del hecho de que son pecadores y necesitan un Salvador. De esta manera él puede llevarlos a rechazar la gran salvación, que ha sido comprada para ellos a un costo infinito.

22 de octubre de 1894

Los mandamientos son para ser obedecidos

EGW

"La misericordia del Señor es eterna para los que le temen, y su justicia para los hijos de los hijos; para los que guardan su pacto, y para los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra". Las condiciones en que han de cumplirse las promesas de Dios, para que podamos prolongar nuestros días, y morar en el tabernáculo de Dios, para habitar en su santo monte en los cielos, se encuentran en el mandato de guardar los mandamientos de Dios y vivir, y su ley como la niña del ojo. Jesús dijo: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo." La ley de Dios, con sus mandamientos de "harás" y "no harás", está en plena vigencia hoy, y es tan obligatoria para la vida y el carácter como cuando fue proclamada desde el Sinaí.

Vivir la ley de Dios significa una vida de pureza que es imposible para el hombre a menos que coopere con Dios, haciéndose partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Toda indulgencia pecaminosa, toda forma de vicio, toda ambición egoísta, es condenada por la ley moral. La ley de Dios no sanciona el tipo de mente y carácter barato, flojo y desatento que prevalece en esta generación. Esa ley condena el vicio sensual que se reviste de una apariencia de belleza hasta que el alma queda atrapada y aprende por amarga experiencia cuán

odiosos son los resultados de la indulgencia en el pecado. La ley de Dios es una emanación de la mente divina, y los mandamientos cubren la obligación moral de los hombres.

Durante la breve probación de la vida, hemos de ser educados y disciplinados para la futura vida inmortal, y la regla de vida han de ser los mandamientos de Dios. "No harás" y "No harás" no son mandamientos gravosos. La ley de Dios no es un yugo de esclavitud, porque los cumplidores de la ley encontrarán vida y fuerza en la obediencia, y por la gracia que les ha dado Jesucristo están capacitados para ser verdaderamente obedientes a la santa regla de vida de Dios. Guardar los mandamientos de Dios es mantener el alma en el amor de Dios, asegurar la vida contra el mal y disciplinar el carácter para un cielo de amor.

Los que enseñan que las exigencias obligatorias de la ley de Dios han sido abolidas, creen que lo saben todo acerca de los mandamientos de Dios; pero manifiestan con su conducta de desobediencia que ignoran el primero y el último principio de la ley, y que no saben nada del carácter de Dios, que está representado en la ley. El joven gobernante que vino a Jesús preguntando qué debía hacer para heredar la vida eterna, se creía muy sabio, y en autocomplacencia, y con un toque de dignidad ofendida, aseguró a Cristo cuando le ordenó guardar los mandamientos, que los había guardado todos desde su juventud, y sin embargo Jesús le hizo ver que se engañaba a sí mismo, y que no sabía nada de guardar los mandamientos de Dios. Cuando se le ordenó que vendiera lo que tenía y lo diera a los pobres, y que viniera a seguir al Señor de la vida, se marchó entristecido. Los que creen que entienden la ley de Dios mientras viven en la desobediencia, manifiestan su ignorancia con su vida y su ejemplo, y revelan el hecho de que no comprenden la profundidad y el significado de sus preceptos.

La ley es nuestra maestra, instruyéndonos en cuanto a lo que es rectitud y perfección de carácter, a fin de que mediante la justicia de Cristo podamos tener una conexión viva con Dios. "Bueno y recto es el Señor; por eso enseñará a los pecadores el camino. A los mansos guiará en el juicio, y a los humildes enseñará su camino. Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios." "El secreto del Señor está con los que le temen; y él les mostrará su pacto."

"He puesto al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido". Así se exponen las condiciones bajo las cuales podemos esperar la bendición del Señor. Se expone el resultado de la cooperación con Dios: "No

seré conmovido". A los que guardan los mandamientos de Dios se les promete el don de la vida eterna; pero el que desobedece la ley no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.

"Oíd, los que estáis lejos, lo que he hecho; y, los que estáis cerca, reconoced mi poder. Temen los pecadores en Sión; el temor ha sorprendido a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego devorador? ¿Quién de nosotros morará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla con rectitud; el que desprecia la ganancia de las opresiones, el que tiembla sus manos de sostener sobornos, el que tapa sus oídos de oír hablar de sangre y cierra sus ojos de ver el mal, él morará en las alturas; su lugar de defensa serán las municiones de las rocas; se le dará pan; sus aguas serán seguras. Tus ojos verán al Rey en su hermosura; contemplarán la tierra que está muy lejos." "Pero allí el glorioso Señor será para nosotros un lugar de anchos ríos y arroyos; por donde no pasará galera con remos, ni nave gallarda. Porque el Señor es nuestro Juez, el Señor es nuestro Legislador, el Señor es nuestro Rey; él nos salvará. Se soltaron tus amarras; no pudieron afirmar bien su mástil; no pudieron desplegar la vela: entonces se reparte la presa de un gran botín; los cojos toman la presa. Y el morador no dirá: Estoy enfermo; al pueblo que la habita le será perdonada su iniquidad."

"El amor es el cumplimiento de la ley". Dios es amor, y cuando amamos a Dios supremamente y amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, reflejamos el carácter del Padre y del Hijo. Pero los que aman de verdad a Dios serán obedientes a todos sus mandamientos. La obediencia es la prueba del amor. Jesús dice: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él." "Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió." "Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo". Ahora bien, para que no haya ningún malentendido en cuanto a qué mandamientos se deben obedecer, Juan dice: "Hermanos, no os escribo ningún mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo que ya teníais desde el principio." Juan escribe de nuevo: "Mucho me regocijé al hallar a tus hijos andando en la verdad, como hemos recibido mandamiento del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como si

te escribiera un mandamiento nuevo, sino el que teníamos desde el principio, que nos amemos unos a otros; y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: Que como habéis oído desde el principio, andéis en él. Porque muchos engañadores han entrado en el mundo". "Porque este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos"; no son un yugo de esclavitud, como los que quebrantan los mandamientos quieren hacernos creer. "He aquí la paciencia de los santos; he aquí los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad".

29 de octubre de 1894

Para permanecer en Cristo hay que rendir la voluntad

EGW

Cristo dice: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto.... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer."

No basta que creamos una porción de la verdad, debemos asir verdad tras verdad, y tanto por precepto como por ejemplo debemos enseñar la verdad tal como es en Jesús. Cuando venga el dolor, podremos ver el amor de Cristo en todo ello, y la plenitud del amor divino podrá mantener el alma en perfecta paz. Si permanecemos en Cristo, debemos buscar siempre la verdad como tesoros escondidos, para que nuestra comprensión de la verdad sea rápida y completa. Entonces no nos pondremos las vestiduras de la resistencia, y estaremos preparados para tener prejuicios contra las mismas cosas que necesitamos en nuestro tiempo. Cristo está continuamente revelando viejas verdades bajo una nueva luz. La única manera en que estaremos preparados para tener una comprensión más perfecta de la verdad, es manteniendo el corazón tierno y subyugado por el Espíritu de Cristo. No podemos permitirnos cultivar la dureza de corazón; porque si somos estudiantes en la escuela de Cristo, estaremos continuamente creciendo en conocimiento.

Jesús hace la invitación: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que

soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Cuando venimos a Jesús como humildes aprendices, buscando conocer la mente de Cristo, no tendremos sorpresas desagradables. Lo que recibimos de él será para nosotros luz, vida y salvación. Caminaremos a la luz del Sol de Justicia, avanzando de la luz a una luz mayor, y a cada paso nuestros corazones se llenarán de gratitud por las preciosas revelaciones de su amor. No caminaremos en tinieblas, contemplaremos a Aquel que es nuestro único auxilio, Aquel que sólo tiene palabras de vida eterna.

Nunca debemos sentir que ya no hay más verdad que se nos pueda revelar. La historia de los últimos años nos ha enseñado que las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos son apropiadas para nosotros. Él dijo: "Tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis soportar". Pero confío en que no tendremos la experiencia de aquellos discípulos que, cuando se les reveló una nueva verdad, no anduvieron más con él, sino que "a causa de la palabra se escandalizaron." ¿Se repetirá la experiencia de estos discípulos que suscitaron de Cristo estas palabras: "Hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le traicionaría..... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él. Entonces Jesús dijo a los doce: ¿Queréis ir también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y estamos seguros de que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

"Así que, teniendo este ministerio, como hemos recibido misericordia, no desmayamos, sino que renunciamos a lo oculto de la deshonestidad, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino que, por la manifestación de la verdad, nos recomendamos a la conciencia de todo hombre delante de Dios. Pero si nuestro evangelio está oculto, también lo está para los que se pierden; en los cuales el Dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y a nosotros, vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo."

Si se nos abrieran los ojos y cada uno pudiera ver el conflicto de las agencias angélicas con la confederación satánica, que están combinadas con agencias

humanas malignas, qué asombro sobrevendría al alma. Los santos ángeles están trabajando con terrible intensidad por la salvación de los hombres, porque el destructor de las almas está tratando de hacer sin efecto la salvación que ha sido comprada a un costo infinito. Si se abriera nuestra visión espiritual, veríamos lo que nunca se borraría de la memoria mientras durara la vida. Veríamos almas inclinadas bajo la opresión, cargadas de dolor y oprimidas como un carro bajo las gavillas, y listas para morir en el desaliento. Deberíamos ver ángeles volando rápidamente para ayudar a los tentados que están como al borde de un precipicio. Estas almas tentadas son incapaces de ayudarse a sí mismas y evitar la ruina que las amenaza; pero los ángeles de Dios están haciendo retroceder a los ángeles malignos y guiando a las almas lejos de los lugares peligrosos, para que planten sus pies sobre un fundamento seguro. Deberíamos ver batallas entre los dos ejércitos, tan reales como las que libran fuerzas opuestas en la tierra. Cuando se rompe el poder de Satanás sobre las almas, vemos a los hombres atar su voluntad a la cruz, y crucificar la carne con los afectos y las concupiscencias. Se trata, en efecto, de una crucifixión del yo, pues la voluntad se entrega a Cristo. La voluntad del hombre no es demasiado fuerte cuando se santifica y se pone del lado de Cristo. La voluntad es un poder, y como hay muchos triunfos que ganar en la guerra espiritual, y muchos puntos de progreso que hacer en el camino espiritual, y muchas lecciones que aprender de Cristo, el gran Maestro, es necesario que la voluntad sea santificada. Al rendir la voluntad, se llega a la raíz del asunto. Cuando se rinde la voluntad, los arroyos que fluyen de la fuente no serán amargos, sino puros como el cristal. Las flores y los frutos de la vida cristiana florecerán y madurarán hasta la perfección.

Jesucristo es nuestro ejemplo en todas las cosas. Él comenzó la vida, pasó por sus experiencias, y terminó su registro, con una voluntad humana santificada. Fue tentado en todos los puntos como nosotros, y sin embargo, porque mantuvo su voluntad rendida y santificada, nunca se inclinó en el menor grado a hacer el mal, o a manifestar rebelión contra Dios. Los hombres y mujeres que profesan ser seguidores de Cristo, ¿han estado simplemente gratificando sus propios gustos, han estado confirmándose en el egoísmo, en la obstinación, viviendo simplemente para gratificar sus propensiones carnales? Aquellos que persisten en vivir de esta manera, en algún momento de su experiencia se sentirán ofendidos por la verdad presentada por la palabra de Dios. No pueden ser uno con Cristo o permanecer en él, porque rechazan los términos sobre los cuales se provee la salvación. No llevan el yugo de Cristo ni soportan la carga de Cristo, porque no aprenden de él la mansedumbre y la humildad de corazón. Aquellos que tienen una voluntad santificada, que está al unísono con la voluntad de Cristo, tendrán día tras día sus voluntades ligadas a la voluntad de Cristo, la cual

actuará bendiciendo a otros, y reaccionará sobre ellos mismos con poder divino. Muchos cultivan aquellas cosas que guerrearán contra el alma; porque sus deseos y su voluntad están puestos contra Dios, y empleados en el servicio de Satanás.

No complazcamos más al enemigo quejándonos de la fuerza de nuestra mala voluntad; porque así alimentamos y alentamos nuestra voluntad contra Dios, y agradamos al maligno. Recordemos que somos hijos de Dios, comprometidos a abrigar una voluntad santa que nos viene de Dios. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios".

Cuando resistamos al diablo, él huirá de nosotros, y nos elevaremos por encima de la debilidad humana de un modo que será un misterio incluso para nosotros mismos. El día del juicio no es el que decidirá nuestros intereses eternos, sino el ceder a las influencias que someten nuestro carácter al moldeamiento de Cristo, u oponen nuestra voluntad a la voluntad de Dios. El único objetivo absorbente de la vida de Cristo fue hacer la voluntad de su Padre celestial. No se ofendió con Dios, porque no vivió para complacerse a sí mismo. La voluntad humana de Cristo no le habría llevado al desierto de la tentación, a ayunar y a ser tentado por el diablo. No le habría llevado a soportar la humillación, el desprecio, el oprobio, el sufrimiento y la muerte. Su naturaleza humana rehuyó todas estas cosas tan decididamente como las rehúye la nuestra. Soportó la contradicción de los pecadores contra sí mismo. El contraste entre la vida y el carácter de Cristo y nuestra vida y carácter es doloroso de contemplar. ¿Para qué vivió Cristo? Era la voluntad de su Padre celestial. Cristo nos dejó un ejemplo, para que siguiéramos sus pasos. ¿Lo estamos haciendo?

5 de noviembre de 1894

"No lo comprendí"

EGW

El Señor Jesús, la Majestad del cielo, se despojó de su manto real y renunció a su corona real, renunció a su alto mando, y vino al mundo, todo abrasado y manchado por la maldición. "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". ¿Apreciaba el mundo la luz? -No; se negaba a aceptar los brillantes rayos del Sol de Justicia. "Y la luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron". Así será hasta el fin de los tiempos. El Hijo de

Dios vino personalmente al mundo, y los hombres hicieron con él lo que quisieron. "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. A los suyos vino, y los suyos no le recibieron; pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad."

El Hijo de Dios vino a nuestro mundo con el corazón rebosante de amor por el hombre caído. Era la imagen misma de Dios e igual a Dios en carácter. Era el resplandor de la gloria de su Padre, la imagen expresa de su persona. Vino a encontrar y vencer a su adversario, Satanás, el ángel caído, que se había exaltado a causa de su brillo y sabiduría, y que deseaba colocar su trono por encima del trono de Dios. Satanás deseaba hacer a un lado la ley de Dios, cuyos preceptos no podían ser alterados más que su carácter o su trono. Satanás quiso ser el primero entre las filas del cielo, tener la supremacía en los atrios de Dios, y por este pecado fue arrojado del cielo, y se convirtió en la más baja de todas las criaturas. Cristo vino a refutar las afirmaciones de Satanás y a revelar sus tergiversaciones del carácter de Dios. El Hijo de Dios revistió su divinidad de humanidad y vino al mundo sin alarde ni ostentación, para ser aceptado, no por sus atractivos exteriores, sino por los atributos celestiales de su carácter, revelados en sus palabras y en sus obras. Presentó a los hombres lecciones por medio de las cuales sus almas fueron puestas en comparación con la ley de Dios, no bajo una luz legal, sino bajo la luz del Sol de Justicia, para que el hombre, al contemplarla, pudiera ser transformado a la imagen divina.

Jesús enseñó que en ningún caso debe el hombre renunciar a la guía de sus semejantes, ni seguir su propia vana imaginación. Esto es lo que harán los hombres si dejan la eternidad fuera de su cuenta, pues dejarán de contemplar las cosas del cielo, y harán del mundo y de las cosas del tiempo su primera consideración. Cuando Cristo vino al mundo, encontró a los hombres ocupados en perseguir fantasmas como si fueran realidades, y las realidades eternas eran consideradas como irreales y sin importancia. Estaban totalmente entregados a la lucha por las comodidades mundanas y por procurarse posesiones para el futuro.

Jesús presentó a los hombres consideraciones eternas y los exhortó a no perder de vista la eternidad. Trató de atraer sus mentes a la contemplación de la verdad sagrada, de carácter elevado e inmortal, capaz de expandir y elevar la mente y

ennoblecen el alma. Trató de revelarles el hecho de que el hombre no puede servir a Dios y a las riquezas, porque, al servir al mundo y buscar la ganancia y el honor mundanos, el servicio de Dios se convierte en un asunto secundario.

El Señor Jesús exige que los que quieren servir a Dios subordinen el mundo y sus intereses a los intereses de la religión pura y sin mácula, y dio al hombre en su propia vida un ejemplo de lo que significaba ser un fiel adorador de Dios. Si los hombres siguen los preceptos y el ejemplo de Cristo, no se convertirán en el deporte de las tentaciones de Satanás. No dejarán pasar un día tras otro sin pensar en Dios, mientras siguen sus propias maquinaciones y planes, como hicieron los habitantes del mundo en tiempos de Noé. En los días de Noé, los hombres llevaban a cabo sus planes sin referencia alguna a Dios, de cuyo poder dependían continuamente. Debemos darnos cuenta continuamente de que Dios está a nuestra derecha, diciendo: "Este es el camino, andad por él."

En sus lecciones, Jesús presenta diferentes símbolos e ilustraciones cuando trata de restaurar la imagen moral de Dios en el hombre, y salvar el alma de rendirse completamente al poder del destructor. Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados"; y, aunque hayáis seguido un camino que yo he prohibido, y al hacerlo hayáis atado vuestras propias almas bajo el yugo opresor de Satanás, y hayáis llevado la carga que él os ha impuesto, sin embargo "venid a mí,... y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". ¿Practicaremos esta lección? ¿Aprenderemos diariamente que la paz, el descanso, la felicidad, el poder y la verdadera grandeza están en ser mansos y humildes de corazón? Jesús nos pide que aprendamos de él, porque él era manso y humilde de corazón. Si hubiera pensado que la mejor manera de salvar a las almas que perecen era encantar los sentidos y atraerlas a su estandarte por medio de la pompa y la ostentación, podría haberse rodeado de atracciones mundanas, y haberles presentado máximas y sentimientos que habrían ganado la aprobación del mundo.

Pero sólo había un remedio por el cual el hombre podía salvarse: debía creer en la palabra de Dios y seguir el ejemplo de humildad y mansedumbre de corazón. Jesús conduce las mentes de los hombres desde su filosofía mundana y sus sentimientos de autoexaltación hacia la pureza y la virtud del Evangelio. Los aleja de sus falsas religiones de fantasía y razón humana. Hay en el mundo una religión aparentemente hermosa, pero que lleva a los hombres a apartarse con repugnancia de la representación dada por Cristo de la obra del Espíritu Santo. Del Consolador que había de enviar a sus discípulos, dice: "Y cuando venga,

redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio." El corazón natural no disfruta con esta constante reprensión del pecado y continua exaltación de la justicia. Los hombres se sienten disgustados cuando se les representa como impotentes para hacer el bien; sin embargo, Jesús declara: "Sin mí nada podéis hacer." La palabra de Dios exige humildad y piedad práctica, y el cuadro de la dependencia del hombre respecto de Dios es mortificante para la independencia egoísta del hombre, para sus grandes ideas de elocuencia y galas y desfile, que estima esenciales para la conversión del mundo.

A los que están enamorados de esta religión de fantasía no les agrada la idea de destruir al viejo hombre con sus obras, y someter todo pensamiento rebelde al dominio de Cristo. No desean someterse al control del Espíritu de Dios, que obra en el corazón humano para expulsar toda corrupción y establecer principios vitales de virtud, templanza, piedad, bondad fraternal y amor semejante al de Cristo. Sin embargo, los que reciben el Espíritu de Dios, aunque estaban muertos en delitos y pecados, experimentarán la obra activa de ese poder que resucitó a Jesucristo de entre los muertos. El poder vital del Espíritu Santo levantará a aquellos que se den cuenta de su impotencia, y que vengan confesando sus pecados y creyendo en Jesús. Todas las facultades deben ser puestas bajo el control del Espíritu de Dios. La humanidad sin ayuda puede luchar con todo su poder, puede ejercitar la razón, la elocuencia y la filosofía tratando de reparar las ruinas de un mundo caído y desordenado; los hombres pueden escuchar las teorías de los hombres, pero la pregunta que hay que hacerse es: ¿Cuáles han sido los resultados? Jesús responde: "Sin mí nada podéis hacer". Cuando toda la sabiduría de las escuelas, todas las acumulaciones de la habilidad humana, se aplican a los que están muertos en delitos y pecados, no sirven de nada para la reforma del carácter. El egoísmo humano permanece en toda su depravación. Sólo el Espíritu de Dios puede hacer y mantener puros a los hombres. Su obra en el alma se representa como la que da vida a los muertos y libera al alma de la esclavitud del pecado, que la ha sometido a la condenación de la ley, donde la ira y la tribulación caen sobre todo malhechor. Es la gracia de Cristo la que trae la salvación a todo el que la recibe. Los que se convierten, experimentan paz y seguridad para siempre. En lugar de ser esclavos, son hechos libres por medio de Jesucristo. Llevados a la libertad de hijos obedientes, pueden decir: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior."

Vemos y nos vemos obligados a reconocer la depravación humana, pero no necesitamos detenernos en esta conclusión, pues mediante la fe en Cristo salen a la luz la vida y la inmortalidad. "He aquí el Cordero de Dios, que quita el

pecado del mundo". Jesús es aquel de quien Isaías dijo: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. El aumento de su imperio y de su paz no tendrá fin, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y establecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos lo llevará a cabo".

El hombre está lleno de fragilidades e imperfecciones, y depende de Dios, y sin embargo se eleva a sí mismo a enormes proporciones de importancia, y hace alarde de su sabiduría y logros humanos. Olvida que está en el mundo que Dios ha hecho con su propia sabiduría. ¿Y se negará el hombre a admitir su obligación para con la ley del Creador? El alma verdaderamente convertida se mantendrá fiel a la ley de Dios, y será obediente a todos sus mandamientos.

12 de noviembre de 1894

Un monumento perpetuo

EGW

La ley de Dios es inmutable en su carácter, pues "más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que falte un tilde de la ley". La ley de Dios es una revelación de la voluntad divina, una transcripción del carácter divino, y debe perdurar para siempre. Ni un mandamiento ha sido anulado; ni una jota ni una tilde de la ley ha sido cambiada. El salmista dice: "Para siempre, Señor, está firme en los cielos tu palabra". "Todos sus mandamientos son firmes. Permanecen firmes por los siglos de los siglos". En el seno mismo del Decálogo está el cuarto mandamiento, tal como fue proclamado:

"Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó."

La afirmación tan frecuente de que Cristo cambió el sábado queda refutada por sus propias palabras. En el sermón de la montaña dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera,

pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos." Tanto por precepto como por ejemplo, el Salvador enseñó las sagradas obligaciones del mandamiento del sábado. A lo largo de su ministerio en la tierra, no poca parte de su enseñanza estuvo dirigida a instruir a los hombres acerca de lo que era lícito hacer en el día de reposo. Dejó a un lado las tradiciones de los hombres, y porque no cedió a las costumbres pervertidas de los judíos, por las cuales amontonaban exacciones sobre el pueblo con respecto al sábado, fue acusado de quebrantar el sábado. Pero era una acusación falsa, pues declaró que las obras de misericordia y de necesidad que había realizado eran obras lícitas y estaban en armonía con la observancia del sábado. En su ignorancia y superstición, los judíos habían condenado al inocente. ¿No hay otros que han seguido este camino y han acusado a Cristo de quebrantar el sábado, de violar la ley de Dios?

Jesús dijo al final de su ministerio terrenal: "He guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". Ni el Salvador ni sus seguidores quebrantaron jamás la ley del sábado. Si los judíos hubieran podido sostener su acusación contra Cristo de quebrantar el sábado, como trataron de hacer, no habrían tenido necesidad de presentar falsos testigos para conseguir su condena y muerte. Pero como no se le pudo encontrar ninguna falta, para asegurar su muerte fue necesario que los hombres perjurarán sus almas testificando una mentira.

Cristo no sólo honró el sábado a lo largo de su vida en la tierra, sino que dispuso que sus sagradas demandas fueran recordadas y honradas después de su muerte y resurrección. Al advertir a sus discípulos de la destrucción de Jerusalén, que no tuvo lugar hasta cuarenta años después de su ascensión, dijo: "Pero rogado que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado, porque entonces habrá gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora". De acuerdo con sus instrucciones, los seguidores de Cristo pudieron salir de la ciudad sitiada y escapar a las montañas, sin huir ni en invierno ni en sábado. Después de la muerte de Cristo, los discípulos "descansaron el día de reposo según el mandamiento". Después de la ascensión de Cristo, Pablo, el gran apóstol de los gentiles, predicó tanto a judíos como a gentiles "en el día de reposo."

Entonces, ¿cómo podemos explicar la observancia del primer día de la semana por la mayoría de los cristianos profesos, cuando la Biblia no presenta ninguna

autoridad para este cambio ni en los preceptos ni en el ejemplo de Cristo o de sus seguidores? Podemos explicarlo en el hecho de que el mundo ha seguido las tradiciones de los hombres en lugar de un "Así dice el Señor". Esta ha sido la obra que Satanás siempre ha tratado de llevar a cabo: apartar a los hombres de los mandamientos de Dios para que veneren y obedezcan las tradiciones del mundo. Por medio de instrumentos humanos ha despreciado el sábado de Jehová y lo ha estigmatizado como "el viejo sábado judío". Miles de personas se han hecho eco irreflexivamente de este reproche, como si fuera algo a lo que se atribuyera gran peso argumentativo; pero han perdido de vista el hecho de que el pueblo judío fue especialmente escogido por Dios como guardián de su verdad, guardián de su ley, depositario de sus oráculos sagrados. Ellos recibieron los oráculos vivos para dárnoslos a nosotros. El Antiguo y el Nuevo Testamento llegaron a nosotros a través de los judíos. Cada promesa de la Biblia, cada rayo de luz que ha brillado sobre nosotros desde la palabra de Dios, ha venido a través de la nación judía.

Cristo fue el jefe de los hebreos en su marcha de Egipto a Canaán. En unión con el Padre, Cristo proclamó la ley entre los truenos del Sinaí a los judíos, y cuando apareció en la tierra como hombre entre los hombres, vino como descendiente de Abraham. ¿Utilizaremos el mismo argumento con respecto a la Biblia y a Cristo, y los rechazaremos como judíos, como se hace al rechazar el sábado del Señor nuestro Dios? La institución del sábado está tan estrechamente identificada con los judíos como lo está la Biblia, y existe la misma razón para el rechazo de una como de la otra. Pero el sábado no es judío en su origen. Fue instituido en el Edén antes de que existiera un pueblo conocido como los judíos. El sábado fue hecho para toda la humanidad, y fue instituido en el Edén antes de la caída del hombre. El Creador lo llamó "mi día santo". Cristo se anunció a sí mismo como "el Señor del sábado". Comenzando con la creación, es tan antiguo como la raza humana, y habiendo sido hecho para el hombre existirá mientras el hombre exista. Santificado por el descanso y la bendición del Creador, el sábado fue guardado por Adán en su inocencia en el santo Edén, por Adán caído, pero arrepentido, cuando fue expulsado de su feliz estado. Lo guardaron todos los patriarcas, desde Abel hasta Noé, Abraham y Jacob. Cuando el pueblo elegido estaba esclavizado en Egipto, muchos, en medio de la idolatría reinante, perdieron el conocimiento de la ley de Dios; pero cuando el Señor liberó a Israel, proclamó su ley con terrible grandeza a la multitud reunida, para que conocieran su voluntad, y le temieran y obedecieran para siempre.

Desde aquel día hasta hoy el conocimiento de la ley de Dios se ha conservado en la tierra, y el sábado del cuarto mandamiento se ha guardado. Cristo no ha dado ninguna insinuación de que el sábado del séptimo día haya sido o pudiera ser cambiado, y no se puede citar ningún ejemplo apostólico para el cambio del séptimo al primer día de la semana. La costumbre de observar el primer día de la semana en lugar del séptimo día de designación divina no tiene más autoridad que la de la tradición, la costumbre popular y el mandato de la Iglesia de Roma. La Iglesia de Roma ha sido el agente por medio del cual Satanás ha abierto esta brecha en la ley de Dios, y ha apartado al mundo profesamente cristiano de los preceptos de Jehová. Por medio de su insinuación los hombres hicieron la afirmación de que porque Cristo resucitó de entre los muertos el primer día de la semana, por lo tanto el primer día de la semana debía celebrarse como el sábado cristiano, pero las Escrituras no dan ninguna autoridad para esta manera de razonar. El príncipe del mal sabía muy bien que si dejaba de lado el verdadero fundamento de la observancia del sábado, podría hacer que el cuarto mandamiento careciera de significado en la mente de los hombres. Así, bajo el pretexto de honrar a Cristo, Satanás logra derribar el gran monumento conmemorativo de Dios, apartando las mentes de los hombres de su Creador en un falso celo por una institución espuria. Llevó a los judíos a tener un falso celo por el sábado, y luego los indujo a rechazar a Cristo, el Señor del sábado.

(Concluido la próxima semana).

19 de noviembre de 1894

Un monumento perpetuo

(Concluido.)

EGW

El principal agente de Satanás en el rechazo del cuarto mandamiento y en la institución del primer día de la semana como día de descanso, ha sido la Iglesia Católica Romana. La Iglesia Católica Romana no niega el papel que ha desempeñado en este cambio, sino que hace alarde de su poder como se muestra en el cambio que ha provocado en el mundo. Los papistas reconocen que la Biblia no sanciona este cambio, y que los protestantes no tienen autoridad bíblica para el culto dominical. La Iglesia Católica cambió el día de descanso del séptimo al primer día, y sin la sombra de sanción divina ha sido aceptado por casi todas las iglesias protestantes, y Roma, señalando a los adherentes de sus doctrinas, reclama la supremacía. Al cambiar el cuarto precepto de la ley de

Dios, el poder papal se ha creído capaz de exaltarse a sí mismo por encima de todo lo que se llama Dios, o que es adorado. Esta fue la misma obra que la profecía predijo que sería hecha por este poder. Al pisotear el cuarto mandamiento, se quebranta el primero. Su idolatría es similar a la de Israel cuando sustituyó al Dios vivo y verdadero por un dios que sus propias manos habían fabricado, y siguió el ejemplo de Egipto; pues cuando los católicos sustituyen lo que Dios ordenó por un sábado de su propia cosecha, también adoran lo que sus propias manos han fabricado, y siguen el ejemplo de los paganos que adoraban al sol el primer día de la semana.

Por medio del Papa de Roma se ha llevado a cabo aquí en la tierra la misma obra que se llevó a cabo en los atrios del cielo antes de la expulsión del príncipe de las tinieblas. Satanás trató de corregir la ley de Dios en el cielo y de introducir su propia enmienda. Exaltó su propio juicio por encima del de su Creador, y colocó su voluntad por encima de la voluntad de Jehová, y de este modo declaró virtualmente que Dios era falible. El Papa también toma el mismo camino y, reclamando la infalibilidad para sí mismo, trata de ajustar la ley de Dios para satisfacer sus propias ideas, creyéndose capaz de corregir los errores que cree ver en los estatutos y mandamientos del Señor del cielo y de la tierra. Prácticamente le dice al mundo: "Os daré mejores leyes que las de Jehová". ¡Qué insulto es éste para el Dios del cielo!

Muchos miles que han aceptado el cambio hecho en el día de reposo lo han hecho ignorantemente, y sin darse cuenta se han colocado bajo la bandera del príncipe de las tinieblas. La iglesia cristiana ha aceptado el falso sábado, pero ahora ha amanecido el día de la luz. Dios hizo caso omiso de los tiempos de su ignorancia, pero ahora ordena a los hombres de todo el mundo que se arrepientan. Queda demostrado que no es necesario ningún cambio en la ley de Dios. Si fuera necesario un cambio en la ley de Dios, y si tal cambio pudiera hacerse, la rebelión de Satanás estaría justificada, y el universo tendría que reconocer que Satanás era más sabio que Dios, y que tenía derecho a la autoridad suprema. Pero Jesús vino a magnificar la ley y a hacerla honorable, y su muerte en el Calvario en favor del pecador, prueba la inmutabilidad de la ley del cielo.

La obra de la iglesia papal iba a ser de carácter exactamente opuesto a la de Cristo. Daniel en santa visión vio que "pensaría cambiar los tiempos y las leyes". Las leyes de Dios y el tiempo de Dios iban a ser cambiados por este poder anticristiano. Las leyes de Dios son las únicas leyes que los hombres tienen prohibido cambiar, pues los poderes seculares pueden cambiar como les

parezca las leyes de los gobiernos seculares. En la profecía se muestra claramente que este poder papal cambiaría con intención deliberada la ley de Dios. En los catecismos católicos el segundo mandamiento no se enseña como obligatorio, pero por este cambio no se hacen responsables de la intención de cambiar la ley, ya que declaran que todo el significado del precepto está contenido en el primer mandamiento. Pero el cambio del cuarto mandamiento, la institución del primer día de la semana como día de reposo en lugar del séptimo día, es un cambio por el cual ella se hace responsable de la intención de cambiar, y hace alarde de su poder, porque todo el mundo cristiano profeso reconoce su mandato en este particular. Es pisoteando así los mandamientos de Dios (el pecado es la transgresión de la ley) que la Iglesia Romana ha demostrado su derecho al título dado en la profecía al que será el "misterio de la iniquidad".

El Papado, afirmando ser el vicegerente del Hijo de Dios, es en verdad el vicegerente de otro poder. Señala la institución dominical como el signo de su autoridad; pero al cambiar la ley y el tiempo de Dios, sólo está haciendo lo que Satanás trató de hacer en el cielo: probar que la ley de Dios es defectuosa y que el Legislador es falible. Al jactarse de su poder por encima de la ley de Dios, no hace más que repetir los sentimientos del gran engañador. Dios instituyó el sábado como señal de su autoridad y poder, y el papado, actuando en nombre del príncipe del mal, señala el domingo como señal de su poder y jurisdicción. El día del sol, el domingo, era un día dedicado al más vil de los cultos paganos, pues se celebraba en conexión con el culto al sol. Este sábado dominical ha sido aceptado por muchos que saben que es el niño abandonado del paganismo, que ha sido cuidado y alimentado por la Iglesia de Roma, y revestido por ella con las vestiduras de la santidad. Pero mientras que muchos son ahora conscientes de su origen, hay verdaderos cristianos en cada iglesia que no conocen el origen del domingo-sábado, y creen que están guardando el día que Dios santificó y bendijo. Esto es cierto de los adoradores incluso en la Iglesia Católica; y mientras esta ignorancia e integridad permanezcan, Dios acepta su sinceridad; pero cuando la luz caiga sobre su camino, Dios les exigirá que entren en armonía con su ley, y observen el sábado que él designó. Ha llegado el tiempo en que la gloria del Señor llenará la tierra, y en que toda la tierra será iluminada con su gloria. Suena el grito a los honrados de corazón: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso." "Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus

iniquidades." "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús."

26 de noviembre de 1894

Varianza entre creyentes y no creyentes

EGW

Cristo es el camino, la verdad y la vida. Dice: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". Cristo está atrayendo a todos hacia sí, pero no todos responden a su atracción. Si todos los hombres respondieran a su atracción, no habría diferencias, ni notas discordantes en el hogar. Si todos respondieran a su atracción, nunca habría dicho: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su propia casa". Algunos responden a la atracción de Cristo. La verdad los convence, y se arrepienten, se convierten y son hechos hijos de Dios. Reverencian y aman a Jesucristo, y se entregan en obediencia a su voluntad. En Cristo encuentran la más alta realización de sus esperanzas. En Él encuentra descanso y paz el alma turbada. Él se presenta ante el alma arrepentida y perdonada como el Patrón completo, y ellos buscan ser como él, reconociendo ante todos que le han entregado sus corazones.

Pero mientras un miembro de la familia entrega su corazón a Dios, los demás no lo hacen. Siguen bajo el control del peor enemigo del Salvador, y se sienten molestos y enojados de que haya llegado a haber una división en su hogar. El que ha aceptado a Cristo no es menos obediente que antes; al contrario, es más amable, más fiel, más afectuoso, porque su naturaleza está siendo purificada, santificada y ennoblecida por la verdad. Pero el amor del cristiano y el amor de los infieles están en mortal conflicto. Los que no aman a Dios están enemistados con los que sí aman a Dios, y son atizados con amarga oposición por el espíritu de Satanás, que les impide responder a la atracción de Cristo. Satanás engaña al alma con falsas pretensiones. Pervierte el juicio y engaña la mente, de modo que los mejores motivos de los que creen en Dios son malinterpretados por los incrédulos, y los desleales son inducidos a pensar que son mal utilizados y tratados con crueldad por los que han puesto su confianza en Dios. Cristo es la esperanza y el consuelo del creyente, aquel en torno al cual teje los mejores afectos. El cristiano confiesa a Cristo de palabra y obra, en espíritu y acciones,

y la enemistad que se crea en el corazón incrédulo contra los hijos de Dios no es contra los hombres simplemente, sino contra Cristo.

Cristo anhela dar a los que no lo comprenden, una visión correcta de su carácter, para enderezarlos, quitarles su carga de pecado y resistencia, y darles descanso. El divino Consolador está lleno de piedad, simpatía y amor, y trata de atraerlos hacia Dios. Trata de dirigir su atención a Cristo como realmente es, lleno de misericordia, compasión y amor perdonador, dispuesto a perdonar su transgresión y pecado, cuando se arrepienten y buscan su perdón. Pero Satanás interpone su sombra infernal entre Cristo y el alma. El pecador no ve a Jesús, sino que fija su mirada en la nube de las tinieblas, y no desea al Señor de la vida y de la gloria. No se da cuenta de que sólo Jesús puede darle paz y descanso, y calmar la tempestad que Satanás ha creado en el alma humana, y por eso no viene a él. Bajo la nube oscura de la impenitencia, los pecadores están en un estado de locura. No atienden a razones, y Jesús, su mejor Amigo, es considerado como un enemigo, y los que creen en él también son colocados bajo la misma luz. Tal es el poder del engañador, que susurra sus sugerencias al oído del incrédulo, que Pablo pregunta: "¿Quién os ha hechizado para que no obedezcáis a la verdad?" La verdad tiene todo lo encomiable en ella, sin embargo, muchos están cometiendo el triste error de rechazar la verdad, que les traería paz, descanso y salvación. El Espíritu Santo viene temprano y a menudo con el mensaje de salvación al corazón impenitente, sólo para ser rechazado.

El conflicto continúa en muchos hogares, y los que sirven a Jesús son mal juzgados y perseguidos, cuando sus corazones se rompen de anhelo de que sus parientes y amigos inconversos se conviertan al Jesús que ven y aman. Suplican fervientemente a Dios que sus seres queridos sean atraídos a él, cuando los corazones de sus parientes están atados como con grilletes de hierro al carro de Satanás, y preguntan, como Faraón: "¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz?". Abrigan orgullo, envidia y odio, y están continuamente creando contiendas, porque algunos de sus familiares aman a Jesús y ellos no. Jesús, lleno de gracia y verdad, una y otra vez ha llamado a la puerta de sus corazones, y ha pedido ser admitido allí; pero ellos han cerrado la puerta con candado, y se han negado a recibirle. La felicidad de los miembros de la familia que han aceptado a Jesús los asombra y exaspera, hasta que, como Caín, levantarían la mano para destruirlos. "El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo".

Cristo, el Sol de Justicia, vino a derramar sus brillantes rayos en todos los hogares. Para los que reciben la luz de la vida, es como un sabor de vida para

vida, pero los que la rechazan, la encuentran como un sabor de muerte para muerte. Hagamos lo que hagamos y estemos donde estemos, somos propiedad de Dios, y nunca podemos dejar de ser responsables ante Él. Él nos ha dado facultades, privilegios y oportunidades, y nos hace responsables del uso que demos a los dones que nos ha confiado. Si asumimos esta responsabilidad y cumplimos las exigencias de Dios como es debido, seremos constituidos luz del mundo, porque Cristo está formado en nosotros, esperanza de gloria.

Jesús dice: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará". Las palabras que Cristo dirigió a sus discípulos iban dirigidas tanto a nosotros como a ellos. Tenemos ante nosotros el conflicto incansable que debemos librar en esta tierra mientras dure el tiempo. No podemos anteponer ninguna persona a Cristo en nuestros afectos. Si una persona que ha sido convencida por el Espíritu de Dios sofoca sus convicciones, y continúa pisoteando los mandamientos del Señor, y rechaza la verdad de Dios simplemente porque ve que traerá desunión a las relaciones familiares, demuestra que ama la paz que no es de Cristo, sino del mundo. Prefiere estar en armonía con el mundo a estar en unidad con Cristo. Pero para tener la paz de Cristo es necesario poner a Cristo y su servicio en primer lugar. Los que ceden sus convicciones de la verdad para complacer al padre o a la madre, a la hermana o al hermano, al marido o a la mujer o a los hijos, se demuestran indignos de Cristo. No estiman su excelencia. No lo ven como el Hijo de Dios, a quien el Padre entregó por los pecados del mundo, para que no perecieran, sino que tuvieran vida eterna; y por eso rehúyen la cruz. Pero hay una cruz que debe levantar todo aquel que por la fe acepta a un Salvador crucificado y resucitado.

El verdadero penitente no olvida sus pecados pasados ni se despreocupa de ellos en cuanto obtiene el perdón. Por el contrario, cuanto más clara es la evidencia que tiene del favor divino, más lamenta su pasada vida de pecado. Se detesta, se aborrece y se condena a sí mismo, y se asombra cada vez más de haber continuado tanto tiempo en la rebelión. Renueva su arrepentimiento hacia Dios, mientras se agarra más decididamente de la mano de Jesucristo, y descubre que el arrepentimiento es un ejercicio diario y continuado, que dura hasta que la mortalidad es absorbida por la vida. Quien así se arrepiente, aprecia la justicia de Cristo por encima de la plata y el oro, por encima de todo lazo y afecto terrenales.

Ningún alma puede dar un paso adelante en la senda trazada para que caminen los rescatados del Señor, sin obtener nuevas provisiones de la Fuente de la gracia y la verdad. Donde existe enemistad entre el hombre y Satanás, es una enemistad que ha sido puesta allí por el Señor Jesucristo; porque los hombres caídos y los ángeles caídos están naturalmente en armonía. Ambos están sobre la misma plataforma y se nutren de la misma atmósfera. Ambos son malos por apostasía de Dios. La enemistad que existe en el corazón natural se manifiesta cuando un alma abandona las filas de la apostasía y se une al ejército del Señor Jesucristo. Cuando un alma se convierte verdaderamente a Dios, se pondrá de manifiesto que los hombres malvados están aliados con los ángeles malvados, en una compañía desesperada.

El anuncio de que habría enemistad entre Satanás y la simiente de la mujer fue muy mal recibido por el príncipe del mal, porque era la promesa de un Redentor. Satanás pensaba inducir a los hombres, como había hecho con los ángeles, a que se pusieran de su parte y se unieran en rebelión contra Dios; y, con los hombres como aliados, planeaba controlar la tierra y hacer la guerra contra el Rey del cielo.

Cuando un alma se enamora de Jesús, todos los demás afectos se subordinan a este principio puro y refinado del amor celestial. El orgullo, la pasión y la ambición, que han dominado el corazón natural, se rinden a Jesucristo. Con Pablo, el alma convertida puede decir: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por Cristo. Sí, ciertamente, y estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las considero como estiércol, para ganar a Cristo."

El Redentor del mundo fue despreciado como un impostor, perseguido como un malhechor; y los que se convierten en siervos de Cristo, ¿esperarán que se les trate mejor de lo que se trató a su Señor? Si realizan las obras de Cristo, amigos y parientes se levantarán contra ellos. Los perseguirán, los abandonarán y los traicionarán. Que el creyente no se desanime por las cosas que debe sufrir. Que su única ansiedad sea que se encienda el odio contra él por ninguna otra razón que la de su fidelidad en el cumplimiento de su deber por amor de Cristo. El verdadero hijo de Dios dirá: Sé que tengo que ver con Dios, que prueba el corazón y se complace en la rectitud. Pondré al Señor siempre delante de mí, y seguiré las huellas de Jesús.

3 de diciembre de 1894

La Palabra de Dios Nuestra Seguridad

EGW

La palabra de Dios es el fundamento de nuestra fe, y por lo tanto es por la palabra de Dios que podemos obtener evidencia de nuestra posición ante Dios. No debemos hacer de nuestros sentimientos una prueba para discernir si estamos a favor o en contra de Dios, ya sea que los consideremos alentadores o no. Tan pronto como uno comienza a contemplar sus sentimientos, está en terreno peligroso. Si se siente alegre, confía en que está en una condición favorable; pero cuando sobreviene un cambio, como sucederá, pues las circunstancias se dispondrán de tal manera que los sentimientos de depresión entristecerán el corazón, entonces será llevado naturalmente a dudar de que Dios lo haya aceptado. No es sabiduría mirar las emociones, y tratar de probar su espiritualidad por sus sentimientos. No te estudies a ti mismo; mira lejos de ti hacia Jesús. Aunque te reconozcas pecador, puedes apropiarte de Cristo como tu Redentor que perdona tus pecados. Jesús no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Satanás no tardará en presentar al alma arrepentida sugerencias y dificultades para debilitar la fe y destruir el valor. Tiene múltiples tentaciones que puede enviar tropezando en la mente, una tras otra; pero el cristiano no debe estudiar sus emociones, y ceder a sus sentimientos, o pronto albergará al huésped maligno, la duda, y se enredará en las perplejidades de la desesperación. Expulsa las sugerencias del enemigo contemplando las profundidades incomparables del amor de tu Salvador.

No exaltes tus sentimientos, ni te dejes llevar por ellos, sean buenos, malos, tristes o alegres. El apóstol dice: "Tenemos también palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrará en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones". Es la palabra de Dios la que ha de ser vuestra seguridad. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". El suministro de nutrición del alma está en Jesucristo. Una religión legal siempre será un huésped molesto, y es un engaño imaginar que existe tal cosa como la religión natural que es aceptable a Dios. La religión de Cristo enseña a su poseedor a desconfiar de sí mismo, pero al mismo tiempo lo capacita para asirse firmemente de la mano de Cristo, y aún más firmemente, cuando las tentaciones presionan sobre el alma.

Hay una guerra en la que cada alma debe participar si quiere tener la corona de la vida. Pulgada por pulgada el vencedor debe pelear la buena batalla de la fe,

usando las armas de la palabra de Dios. Debe enfrentar al enemigo con: "Escrito está". Debe mantener la armería bien provista de "Escrito está". De esta manera debe enfrentar los avances del enemigo, y educar y entrenar el alma para los ataques aún más severos del enemigo. La verdad, la palabra de Dios, la fe y la justicia, y la esperanza de la salvación, deben ser la armadura del guerrero exitoso, y sus ojos deben ser ungidos para ser agudos y sensibles para detectar las artimañas del enemigo. "Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo". Si Dios no hubiera hecho provisión por la cual pudieras estar completamente equipado para tu guerra contra los poderes de las tinieblas, entonces estos mandamientos y promesas no serían más que una burla para ti, y atormentarían tu alma; pero nuestro Dios es verdadero. Podemos depender de él en todas las circunstancias. La palabra de Dios no puede fallar, y en ella debemos encontrar nuestra seguridad.

Por la palabra de Dios hemos de vencer toda tentación del enemigo. Satanás puede presentarnos toda atracción, hacernos notar todo soborno engañoso y seductor, tratando de eclipsar de nuestra vista el resplandor de Jesús, y de borrar de nuestras mentes sus más claros requerimientos, pero debemos enfrentar sus engaños con la palabra de Dios. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos."

Cuando el enemigo comienza a apartar la mente de Jesús, a cerrarle el paso a su misericordia, a su amor, a su omnipotencia, no dediques un tiempo precioso a la consideración de tus sentimientos, sino huye a la Palabra. En las Escrituras se presenta a Cristo como Aquel por quien Dios hizo los mundos. Él es la luz del mundo y, cuando el buscador de la luz estudia la Palabra, encuentra la iluminación celestial. Cristo, el tema que todo lo absorbe, es revelado a su alma, y ve que las exigencias de Dios son de carácter crístico. Estudia las condiciones en que puede obtener la redención, ve la divinidad de su Salvador, el valor de su expiación, la eficacia del Consolador, que es el Espíritu Santo; y Cristo se

convierte en todo y en todos para su alma. Él ve en las Escrituras lo que el lector casual no ve, un significado y valor más allá de todo cálculo. Se acerca a la Palabra con espíritu de enseñanza, y es instruido tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento.

Cristo abre la mente para que comprenda el significado de la palabra sagrada, y el Espíritu Santo transmite al alma su verdadero significado, que antes no había visto ni apreciado. El buscador de la verdad se siente como los discípulos cuando Cristo los alcanzó en su camino a Emaús. Ellos le contaron su lamentable historia, y él los reprendió por su incredulidad y lentitud de corazón. "Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les expuso en todas las Escrituras lo que de él decían". Cuando se les abrieron los ojos, y se dieron cuenta de que era el mismo Cristo quien había estado hablando con ellos, se dijeron unos a otros: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino, y mientras nos abría las Escrituras?".

¿Qué esperamos conseguir anhelando que todo el mundo se convierta a Jesús, creyendo en su amor perdonador, cuando nosotros mismos no creemos en su amor ni encontramos descanso en su gracia? ¿Cómo podemos llevar a otros a una plena certeza, a una fe sencilla e infantil en nuestro Padre celestial, si medimos y juzgamos nuestro amor hacia él por nuestros sentimientos? No podemos ser elevados en pensamiento, ni saber lo que es ser hijos e hijas de Dios, a menos que confiemos implícitamente en la palabra de Dios, porque Satanás estará siempre sobre el terreno para disputar nuestras pretensiones. Debemos educar el alma para que confíe en la palabra de Dios con confianza inquebrantable. Que la gratitud y el agradecimiento fluyan del corazón, y dejemos de herir el corazón de Cristo dudando de su amor, que nos ha sido asegurado por las más asombrosas evidencias; porque tanto nos amó que dio su propia vida por nosotros, para que no perezcamos, sino que tengamos vida eterna.

10 de diciembre de 1894

El envío de los Setenta

EGW

"Después de esto, el Señor designó también a otros setenta, y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él mismo quería ir". Los setenta fueron designados para emprender sus viajes misioneros algunos meses después de que los doce hubieran sido designados para visitar a las ovejas

perdidas de la casa de Israel. Cuando los doce fueron enviados, se les limitó a las tribus de Israel, para que sus esfuerzos misioneros no crearan prejuicios entre los judíos, cuya enseñanza había sido de tal carácter que les hizo estrechos de ideas en cuanto a la extensión del Evangelio a otras nacionalidades. Los propios discípulos apenas podían comprender el hecho de que las bendiciones de Dios eran tanto para los gentiles como para los judíos, y tuvieron que desaprender muchas lecciones que les hicieron conservadores en sus opiniones respecto a la misión y la obra del Mesías. Pero se les dieron evidencias que los prepararon para comprender que las nuevas del reino de Cristo debían ser predicadas a todas las naciones. Ahora que sus simpatías se ampliaban y sus ideas se expandían con respecto al propósito de Dios, Cristo deseaba que pusieran en práctica su fe antes de que él se alejara de ellos, para que no hubiera malentendidos con respecto a la extensión del Evangelio.

El gran corazón de amor de Jesús estaba lleno del anhelo de proclamar las palabras de vida a todas las nacionalidades, y lo hizo en gran medida. Se colocó en las grandes vías de comunicación, donde las multitudes iban y venían, y predicó a grandes multitudes de diferentes pueblos. Pero vio que se abrían numerosos campos para la labor misionera. Había abundantes oportunidades de trabajo para los doce discípulos, y no sólo para ellos, sino para un gran número de obreros. Educó a un número mayor para emplearlo en la obra misionera y, al enviar setenta obreros más al campo de la mies, dijo: "La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos; rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies". Al dar instrucciones a sus obreros al comenzar esta importantísima obra, dijo: "No saludéis a nadie por el camino". El saludo al que se refería no consistía en dar un amistoso apretón de manos, sino en una larga serie de ceremonias que consumían tiempo sin provecho alguno, y su asunto era demasiado urgente para malgastar momentos preciosos en formas innecesarias. Llevaban un mensaje que había de ser como sabor de vida para los que lo recibieran, y como sabor de muerte para los que lo rechazaran; y todas estas posiciones supersticiosas y ceremonias de saludo, si se realizaban, disminuirían la importancia del mensaje y parecerían hacerlo de poca importancia.

El envío de los discípulos en una gira misionera fue un movimiento muy importante, ya que fue una ruptura con el viejo y estrecho conservadurismo de los judíos, y tendría una tendencia a alejarlos de sus prejuicios contra otras naciones, y establecerlos en una caridad más amplia. Deseaba que quedaran impresionados por la necesidad de sembrar la verdad en los corazones de todos los hombres, con el pensamiento de que todos los que quisieran venir podrían venir a él y, creyendo en él, tener vida por medio de su nombre. Se acercaba el

momento en que debía dejar a sus seguidores, pero les prometió que el Espíritu vendría a guiarlos a toda la verdad, a iluminar sus mentes con las Escrituras que él mismo había dado a los patriarcas y profetas. Los gentiles ya no debían permanecer en el paganismo o, por así decirlo, en los atrios exteriores del templo.

Los fariseos conspiraban diariamente para detener la difusión del evangelio de Cristo, y malinterpretaban la palabra de Dios, amenazando al pueblo y tratando de intimidarlo, y ahondaban las tinieblas que envolvían las almas de los hombres, y ataban más firmemente las cadenas de la superstición y el error que Jesús estaba rompiendo de los que creían en él. Los fariseos, los gobernantes y los rabinos trataban de controvertir la verdad con sus afirmaciones, y manifestaban gran celo en proseguir su perverso curso. No vacilaban ante nada que pudiera llevar a cabo su odio contra Cristo. Los setenta fueron enviados con la advertencia: "He aquí, yo os envío como corderos en medio de lobos". Pero aunque enviados a encontrar oposición, no debían ser sin espíritu, impotentes y débiles. Debían emplear todos los medios apropiados que fueran compatibles con la comisión que se les había dado, y gastar y gastarse en procurar ganar almas para el reino de Jesucristo. Se iba a inaugurar un nuevo y poderoso movimiento, se iba a iniciar una nueva época, llevando la verdad al mundo.

El Redentor del mundo marca el curso que los discípulos debían seguir. No debía haber traición de las sagradas confianzas por parte de aquellos a quienes se había encomendado la obra, ni ceder más que a un solo Guía. Cristo estableció ante ellos las reglas de acción que debían seguir, la manera en que debían proseguir su obra, y no debía haber desviación de la palabra de Dios. Los envió de dos en dos. Este era el orden en que debían salir los obreros. Estaba a punto de dejar la obra, y decidió ponerla en manos de hombres fieles, que enseñaran también a otros a llevar adelante y proclamar el Evangelio del Reino a todas las naciones, lenguas y pueblos. Había revelado a sus seguidores realidades invisibles, y les había hablado de acontecimientos venideros, que llegarían hasta el final de la historia de la tierra. Les había abierto los principios relativos a la redención y al gobierno moral exponiéndoles las palabras de la vida, y todas estas grandes verdades que les había comunicado no eran sólo para su iluminación, sino para que también pudieran comunicar la verdad a otros que estaban en tinieblas. Los setenta debían salir para hacer un trabajo similar al que estaban haciendo los doce. Todos estaban dotados de dones sobrenaturales como sello de su llamamiento celestial. Estaban ordenados a proclamar lo que Jesús, al principio de su ministerio, les había ordenado mantener en secreto. En repetidas ocasiones Jesús les había ordenado que no proclamaran su condición

de Mesías, sino que dejaran que el pueblo lo recibiera por el testimonio de sus palabras y sus obras. Sus obras presentaban las credenciales divinas que eran prueba suficiente de sus afirmaciones. Pero antes de concluir su ministerio terrenal, su propósito era dar a los hombres pruebas inequívocas de que él era el Enviado de Dios, que él era el centro y el alma del reino de Israel; y este hecho debía ser proclamado por todas las fronteras de Judea; y en su último viaje hacia Jerusalén, la profecía debía cumplirse tan públicamente que ningún estudiante de las Escrituras tuviera dudas acerca de su carácter y misión. Las especificaciones de la profecía debían cumplirse al pie de la letra.

Los setenta discípulos se encargaron de dar publicidad a su obra. Eran sus precursores delegados, enviados para crear un interés en él, y para llevar su mensaje anunciando su acercamiento. El Salvador les dio instrucciones especiales acerca de cómo debían comportarse y qué trabajo preliminar debían realizar. La instrucción seguía el mismo orden que dio a los doce cuando los envió. "Vended lo que tenéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejeczan, un tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no se acerque, ni polilla corrompa". No debían guardar sus bienes, atarlos en una servilleta y esconderlos en la tierra. El Señor quería que utilizaran los talentos que les había dado, y que los pusieran a disposición de los intercambiadores, empleando toda capacidad de dinero, mente o influencia en promover la comunicación de la luz de la verdad a las almas que estaban en tinieblas.

Les dijo: "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma, o qué dará a cambio de su alma?".

El espíritu de profecía había predicho claramente que Dios suscitaría un Maestro inspirado, que instruiría al pueblo. Este gran Maestro había aparecido entre los hombres, pero ellos no lo conocían. Cristo, el fundamento de toda la economía judía, que había sido prefigurado en sacrificios y ofrendas, había aparecido en la nación judía, pero sus ojos estaban cegados. Él mismo había inspirado a los profetas para que dieran testimonio de la forma de su venida, y en diversas ocasiones y en diversos lugares Cristo mismo había hablado a los hombres. No había habido tiempo en que no estuviera en comunicación con su pueblo elegido. Todos los servicios judíos dan testimonio de él, señalando los atributos de su carácter divino. Importantes verdades relativas a él estaban veladas en tipos, sombras y símbolos, y debían cumplirse en la misión y el ministerio de Cristo. De tiempo en tiempo se había levantado el velo y se había revelado el misterio relativo al plan de salvación. Se había aclarado la realidad,

había aparecido la sustancia, explicando la sombra. Se había revelado Jesucristo, Aquel que había de dar su vida por la redención del mundo. Los que creyeron en él en los tiempos anteriores a su advenimiento personal, "murieron en la fe, no habiendo recibido las promesas, sino viéndolas de lejos, y persuadidos de ellas, las abrazaron, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra".

"Por la fe Moisés, cuando llegó a la edad madura, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar de los placeres del pecado por un tiempo; estimando el oprobio de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto; porque tenía respeto a la recompensa del galardón." He aquí una prueba evidente de que Moisés comprendió la misión de Cristo y la obra que debía realizar. Esperaba que se revelara la sustancia, y que la economía inacabada de la nación judía se completara en perfecto cumplimiento de cada especificación que Dios había dado en tipos y sombras. Llevaría su propio sistema de disposiciones a la perfección. Porque Moisés dijo en verdad a los padres: "El Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo; a él oiréis en todo lo que os diga. Y sucederá que toda persona que no escuche a ese profeta, será destruida de entre el pueblo. Y todos los profetas desde Samuel y los que le siguieron, cuantos han hablado, han predicho igualmente de estos días."

La tarea de los doce elegidos y de los setenta enviados consistía en proclamar el mesianismo de Jesús y anunciar su venida personal dondequiera que fueran. Debían decir: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

17 de diciembre de 1894

Objeto de la vida cristiana

EGW

Cristo reprendió siempre a los fariseos por su arrogancia. Se ensalzaban a sí mismos. Salían de sus servicios religiosos sin sentirse humillados por su propia debilidad, sin sentir gratitud por los grandes privilegios que Dios les había dado. Eran exaltados hasta el cielo en cuanto a oportunidades, en cuanto a tener las Escrituras, en cuanto a conocer al Dios verdadero, pero sus corazones no estaban llenos de agradecimiento a Dios por su gran bondad para con ellos. Salieron llenos de orgullo espiritual, y su tema era el yo: "yo mismo, mis sentimientos, mi conocimiento, mis caminos". Sus propios logros se convirtieron en la norma por la que medían a los demás. Revestidos de dignidad

propia, subían al tribunal para criticar y condenar. Pero ningún ser humano ha sido autorizado por Dios para hacer este trabajo. Es la esencia misma del fariseísmo. Es reunir alrededor del alma las mismas sombras de las tinieblas para que la luz de la vida no pueda penetrar las tinieblas. Satanás engañó a los judíos con una religión natural o legal, que estaba llena de egoísmo e hipocresía, y así se pervirtieron la luz y el conocimiento; pero esta exaltación del yo, esta justicia propia, no es otra cosa que engaño y autodestrucción. Jesús dijo a Nicodemo: "Os es necesario nacer de nuevo".

La tierra de los corazones de los fariseos es una tierra sin esperanza y sin provecho, donde las semillas de la verdad celestial no pueden echar raíces. ¡Oh, cuán autoengañoso es este sentimiento de superioridad que todos los fariseos abrigan! Suponen que otros están en falta, y hablan palabras de reproche y condenación, y sus palabras son fuertes y duras como piedras de molino, y aplastan toda esperanza y valor del alma. La bondad de corazón manifestada en las obras de los verdaderos cristianos, pone en el corazón de los fariseos raíces de amargura por las cuales muchos se contaminan. Están llenos de malos pensamientos, y sospechan de los más puros. Hacen de un hombre un ofensor por una palabra. El yo exaltado reclama toda su fe, honor y amor.

Mientras Cristo redoblaba sus esfuerzos, manifestando su amor en obras de misericordia, derramando un torrente de luz sobre un mundo asolado por el pecado, como los fariseos no podían rebatir su doctrina, amenazaron, persiguieron y acosaron al Hijo de Dios. El pueblo se regocijaba en las obras maravillosas que Cristo estaba haciendo; pero los fariseos, bajo el entrenamiento y la disciplina de Satanás, estaban tan cegados que acusaron a Cristo de echar fuera demonios por medio del príncipe de los demonios. ¡A qué terrible paso llegan los hombres que profesan ser hijos de Dios! Los que comienzan a criticar y juzgar a los demás no saben a qué extremos serán llevados.

Jesús "dijo esta parábola a unos que confiaban en sí mismos que eran justos, y menospreciaban a los demás". Que cada discípulo de Cristo pregunte con toda humildad de mente: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Si sinceramente deseamos comprender, lo sabremos. No es por nuestras riquezas, nuestros conocimientos, nuestra superioridad de posición, por lo que Jesús nos ama y nos bendice, sino porque creemos en él como nuestro Salvador personal. Jesús nos amó cuando aún éramos pecadores, pero habiéndonos elegido dice que nos ha ordenado que vayamos y demos fruto. Ciertamente, todos los que están unidos a Cristo deben llevar su carga, trabajar en sus líneas. Los cristianos no deben ser débiles e

indolentes. No. "Sois colaboradores de Dios". La vida del amor perdonador de Cristo en el alma es como un pozo de agua que salta para vida eterna. Si el pozo de agua está en el corazón, entonces la vida entera revelará el hecho, y se manifestará la gracia refrescante de Dios. Religión no es simplemente tener sentimientos alegres, tener conciencia de tener privilegios y luz, tener emociones arrebatadoras, mientras se gastan todas las energías para mantener un equilibrio en la vida cristiana, mientras no se hace nada por la salvación de las almas. Religión es hacer las palabras de Cristo; es permanecer como centinelas fieles, no hacer para ganar la salvación, sino hacer porque, todos inmerecidos, habéis recibido el don celestial. Religión es realizar los planes de Dios, cooperar con las inteligencias del cielo. Así cumplís las palabras de Cristo: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca."

Es el alto privilegio de los hijos e hijas de Dios salir y presentar a los demás la verdad tal como es en Jesús; porque hemos de velar y buscar almas como quienes han de dar cuenta. Debemos sentirnos constantemente en deuda con Dios por el don de su Hijo, y estar siempre atentos a las oportunidades de alistar a otros en el ejército del Señor. El justo no es el que goza de la justicia, sino el que la hace. Jesús dijo: "Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre". El hacer la voluntad de Dios es el resultado de poseer la fe que obra por amor y purifica el alma.

"Para que sus corazones sean consolados, unidos por el amor y por todas las riquezas de la plena certidumbre del entendimiento, hasta comprender el misterio de Dios, del Padre y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento". Si seguimos adelante para conocer al Señor, nuestros puntos de vista se ampliarán. No estarán limitadas por el yo. Debemos rogar al Señor que amplíe nuestro entendimiento, para que no sólo comprendamos que Jesucristo es nuestro sustituto y garantía, sino que pertenecemos a Cristo como su posesión comprada. Pablo dice: "Habéis sido comprados por precio", y saca esta conclusión: "Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".

24 de diciembre de 1894

Una lección de la experiencia de Judas

EGW

Fue una pena para el Salvador que sus discípulos no comprendieran el carácter de su reino. Explicó claramente a sus discípulos la humillación, el sufrimiento y la muerte que le esperaban; pero ellos parecían incapaces de comprenderlo, y en el camino hacia la escena de la prueba y muerte del Salvador, discutían entre sí quién debía ser el mayor en su reino. Judas fue contado entre los doce. Fue aceptado, no porque fuera perfecto, sino a pesar de sus imperfecciones. Pedro, Santiago y Juan no eran personajes perfectos, pero fueron recibidos por el Maestro para que pudieran ser moldeados por las palabras que les dijera y el ejemplo que les diera. Judas había sido testigo del poder que los discípulos tenían sobre los espíritus inmundos, y podía atestiguar que los demonios se les sometían.

Pero las repetidas declaraciones de Cristo en el sentido de que su reino no era un reino terrenal, crearon pensamientos de desafecto en la mente de Judas. Había trazado una línea sobre la cual esperaba que Cristo obrara. Había planeado que Cristo liberara a Juan el Bautista de la prisión, y, ¡he aquí! Juan fue dejado para ser decapitado en prisión, y Jesús se retiró con sus discípulos a un lugar campestre, en lugar de vengar la muerte de Juan. Judas quería que se estableciera una guerra más agresiva, y pensó que si Jesús no les impedía llevar a cabo sus planes, tendrían más éxito. La duda se instaló más en su mente al ver la creciente enemistad de los dirigentes judíos, y al ver que Cristo desoyó el desafío cuando le pidieron que les mostrara una señal del cielo. Su corazón estaba abierto a la incredulidad, y el enemigo abasteció la mente y el corazón con pensamientos de cuestionamiento y rebelión. ¿Por qué Cristo se detuvo tanto en lo que era desalentador, describiendo sus pruebas y persecuciones, y describiendo las pruebas y persecuciones que sus discípulos debían soportar? ¿Por qué se refirió a su propia humillación y muerte? ¿Todas sus esperanzas iban a quedar defraudadas? ¿No fue la perspectiva de tener un alto puesto en el nuevo reino que Dios iba a establecer lo que le llevó a abrazar la causa de Cristo? Judas no había decidido que Jesús no era el Hijo de Dios, no se había hecho a la idea de que realizaba milagros por obra de Satanás, pero, sin embargo, estaba cuestionando y tratando de encontrar alguna manera de explicar las poderosas obras que realizaba.

Los otros discípulos estaban tan poco dispuestos como Judas a recibir la declaración relativa a la humillación y muerte de Cristo, porque les parecía que significaba el fin de todas sus esperanzas; pero cuando Cristo les presentó su verdadera misión, no se ofendieron, sino que apreciaron el bien espiritual que iba a venir, aunque sólo percibían vagamente su naturaleza. Jesús les dijo: "Yo soy el Pan de Vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás..... En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el Pan que ha bajado del cielo; no como vuestros padres que comieron el maná, y están muertos; el que come de este Pan vivirá para siempre.... Muchos de sus discípulos, al oír esto, dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? Cuando Jesús conoció en sí mismo que sus discípulos murmuraban de ello, les dijo: ¿Os ofende esto? ¿Qué, y si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si no le fuere dado de mi Padre."

Jesús, el Señor de la vida y de la gloria, estaba a punto de sufrir una muerte ignominiosa, y dijo la verdad sin ambages para que se desarrollara el carácter de todos los que profesaban ser sus discípulos, a fin de que los verdaderos y fieles no tuvieran que añadir a sus pruebas el desaliento que estos escépticos y cuestionadores les acarrearían a su muerte. Judas estaba entre los que decían: "Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?". "Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él. Entonces Jesús dijo a los doce: ¿Queréis irnos también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y estamos seguros de que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Jesús les respondió: ¿No os he elegido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque él era el que le iba a entregar, siendo uno de los doce".

Fue en este mismo momento cuando Judas naufragó en la fe. Después de esto permitió que la duda, la envidia, la sospecha, la amargura y el odio fueran sus huéspedes. Se puso celoso de inmediato cuando no fue incluido entre los tres

elegidos para presenciar la transfiguración de Cristo en el monte. Cuando los discípulos discutían por el camino sobre quién debía tener la supremacía, a menudo se oía su voz. En todo lo que Cristo decía a sus discípulos había siempre algo con lo que él no estaba de acuerdo, y la levadura de la desafección se desarrollaba rápidamente bajo la influencia y la presencia de Judas. Cuando presencié la manifestación del ferviente amor de María al ungir los pies de Cristo con el precioso unguento, su mismo espíritu pareció convertirse en hiel. Manifestó su naturaleza codiciosa, y desplegó su malicia y su odio.

Judas no fue un cumplidor de las palabras de Cristo. Se le habían dado todas las ventajas para que aprendiera las lecciones relativas a Aquel que sacó a la luz la vida y la inmortalidad, pero no logró vencer su espíritu egoísta, y acarició la codicia, que es idolatría, y no limpió el templo del alma de su contaminación. Toda alma humana tiene alguna pasión dominante que debe ser vencida o le vencerá y hundirá el alma en la ruina. Cristo dijo: "¡Ay del mundo por las ofensas! porque es necesario que vengan las ofensas; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene la ofensa! Por tanto, si tu mano o tu pie te ofenden, córtalos y échalos de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno."

Cada uno tiene que hacer una obra de superación. Si no se supera el rasgo objetable del carácter, Satanás se aprovechará del defecto, y así contaminará a todo el hombre.

Estando Jesús en Betania, habló a sus discípulos de lo que iba a suceder dentro de pocos días. En la Pascua se decidió el caso de Judas. Satanás tomó el control del corazón y de la mente. Pensó que, o bien Cristo iba a ser crucificado, o bien tendría que librarse de las manos de sus enemigos. En todo caso, sacaría algún provecho de la transacción, y haría un buen negocio traicionando a su Señor. Acudió a los sacerdotes y se ofreció a ayudarles en la búsqueda del que era considerado el perturbador de Israel. Así fue como el Señor fue vendido como esclavo, comprado con el dinero del templo utilizado para la compra de los sacrificios.

Satanás ató a Judas a su lado para que fuera su agente humano y obrara la muerte del Hijo de Dios. Pero la conciencia no había muerto aún en Judas, y cuando vio a Jesús entregarse en manos de los que iban a condenarlo y crucificarlo, Judas se precipitó ante los sacerdotes, exclamando: "He pecado entregando la sangre inocente. Y ellos le dijeron: ¿Qué nos importa eso? Y arrojando las piezas de plata en el templo, se fue y se ahorcó". Al ver a Jesús entregado en

manos de sus enemigos, recordó las palabras que había pronunciado en Getsemaní: "¿Traicionas al Hijo del Hombre con un beso?". Su pasión dominante había agotado su fuerza, y la razón volvía a dominarle; pero no sentía más que desesperación. Sabía que Cristo era el Hijo de Dios y que él era su traidor. Los jefes de Israel despreciaban de todo corazón su vil conducta; aunque se habían aprovechado de su codicia y odio, cuando se arrepintió y se dirigió a ellos confesando su culpa, le desdeñaron y le dejaron morir en sus pecados. Judas no tuvo un lugar entre los santificados porque no aprendió de Cristo las lecciones diarias que enseñaría a sus seguidores, de mansedumbre y humildad de corazón. No aprendió las lecciones de fe que los otros discípulos finalmente aprendieron, y así se convirtieron en herederos de Dios y coherederos con Jesucristo.

3 de enero de 1895

No dudes del amor perdonador de Dios

EGW

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Como nuestro Padre celestial es perfecto en su esfera, así también aquellos por quienes Cristo murió han de ser perfectos en su esfera. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Hemos de creer en la salvación por medio de Cristo, y manifestar esa fe en nuestra vida, no por nuestras propias fuerzas, sino confiando en la fuerza y eficacia de Cristo. "En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él." "El cual nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según su propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes de los siglos, pero que ahora se manifiesta por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual abolió la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio."

El Señor no quiere la muerte de ningún pecador, sino que todos se arrepientan. Sus misericordias son innumerables, y no dejará que aquellos por quienes ha dado el rescate de su vida se conviertan en el deporte de las tentaciones de Satanás. Todo el cielo se da a los que creen en Jesucristo como su Salvador personal. Ningún alma puede deshonorar más a Dios que la que profesa creer en Cristo y, sin embargo, va en luto y tristeza a presentar al mundo el aspecto de huérfanos. "El Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se le descarría una de ellas,

¿no deja las noventa y nueve y se va por los montes a buscar la que se le ha descarriado? Y si la encuentra, de cierto os digo que se goza más por esa oveja que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así tampoco es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños."

El Señor no deja a sus ovejas heridas y magulladas al poder de Satanás para que las haga pedazos. Él fortalece siempre a los suyos en su debilidad. Él libra del poder de Satanás a los que son probados y tentados. El Señor nunca abandona al alma que confía en Él. Los que pretenden ser hijos e hijas de Dios deben confiar siempre en Jesús. Hacer lo contrario es renegar del hecho de que Él nos ama. Cuando vamos de luto y llenos de depresión, cubriéndonos con las vestiduras de la pesadumbre, representamos a Cristo ante el mundo como un Amo duro y tiránico. Pero esto es falso. Esto es tergiversar a Aquel que dio su propia vida por nosotros, para hacer posible que creamos en Él, y confiemos en su interés y amor por el hombre pecador. "Él libraré al menesteroso cuando clame; también al pobre y al que no tiene quien lo socorra". Hablando de su cuidado vigilante sobre nosotros dice: "Yo el Señor la guardo; la regaré cada momento; para que nadie la dañe, la guardaré noche y día."

Qué gran injusticia se hace al Salvador, que dio su vida por nosotros, cuando los que profesan creer en él caminan en la sombra de las tinieblas. Jesús ha dicho: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Si has estado caminando en tinieblas, has estado siguiendo a otro líder que no es Jesús, y es hora de que te des la vuelta y sigas a Jesús, la Verdad, la Vida, el Camino y la Luz del mundo. ¿Acaso le agrada al Señor que seáis zarandeados como las inquietas olas del mar? Te digo que quiere que te fortalezcas, que te establezcas, que te arraigues y cimientes en la verdad, y que te edifiques en la santísima fe. No sois vuestros; habéis sido comprados por un precio que no se puede estimar. Pertenece a Dios, el Dios poderoso, comprado con el precio que se pagó por ti en la cruz del Calvario. Entonces, cuando te mantienes en un estado de temor y duda fluctuantes, entristeces el corazón de Cristo, que te ha dado pruebas inequívocas de su amor y de su deseo de tenerte con él en su reino. Dice: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé."

No pierdas de vista a Jesús, ni te separes de su compañía, ni sigas en compañía del príncipe de las tinieblas, entreteniéndote con sus sugerencias, prestando atención a sus instrucciones y llevando a cabo sus planes. Aférrate a aquel que te ha prometido: "Nunca te dejaré, ni te desampararé". Que os unáis a Satanás,

el apóstata y traidor, y sigáis sus obras, después de haber conocido a Jesucristo, es un misterio para el universo celestial.

Que ningún cristiano trate de excusarse en el pecado aduciendo que otros que han afirmado seguir a Jesús han cometido los mismos errores. Tu pecado no es menos atroz porque otros hayan sido culpables, y tu deber manifiesto es confesar tu pecado a Jesucristo, tu Intercesor. No lleses el peso de tu aflicción a ningún ser humano. Tienes un solo Mediador, Jesucristo, el justo. Con contrición de alma, acude a él y cuéntale todos tus pecados. La promesa es segura: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad". Juan dice: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". "Que no *pequéis*"-aquí es donde tú mismo te condenas cuando continúas pecando. Pero en la fuerza de Cristo deja de pecar. Se ha hecho toda provisión para que la gracia permanezca contigo, y para que el pecado te parezca la cosa odiosa que es. Pero si alguien peca, no debe entregarse a la desesperación y hablar como un hombre perdido para Cristo. "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo."

Las tentaciones del enemigo vendrán, pero ¿le daremos la ventaja de derribar todas las barreras, cediendo un ápice de los más estrictos principios de integridad? Si cedemos en lo más mínimo, él seguirá una tentación con otra, hasta que vayamos directamente en contra de las declaraciones más claras de la palabra de Dios, y sigamos la mente y la voluntad de Satanás. Satanás y su confederación de ángeles malignos están siempre alerta para ver por qué medios pueden atrapar y arruinar a las almas que se han alistado bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emanuel. Corriste bien por un tiempo, probaste y viste que el Señor es bueno, pero cuando caíste en pecado anduviste en tinieblas. Cuando cediste a la tentación, dejaste de mirar a Jesús, el Autor y Consumador de tu fe. Pero, habiendo confesado tus pecados, cree que la palabra de Dios no puede fallar, sino que es fiel el que la prometió. Es tanto tu deber creer que Dios cumplirá su palabra y perdonará tus pecados, como tu deber confesar tus pecados. Debes ejercitar la fe en Dios como en alguien que hará exactamente lo que ha prometido hacer en su palabra, y perdonará todas tus transgresiones.

¿Cómo podemos saber que el Señor es en verdad nuestro Redentor que perdona nuestros pecados, y probar cuál es la bienaventuranza, la gracia, el amor que

hay en él para con nosotros? Oh, debemos creer implícitamente en su palabra, con espíritu contrito y sumiso. No hay necesidad de andar lamentándonos y arrepintiéndonos siempre, y bajo una nube de continua condenación. Cree en la palabra de Dios, sigue mirando a Jesús, morando en sus virtudes y misericordias, y se creará en el corazón un aborrecimiento absoluto de lo que es malo. Estarás entre los que tienen hambre y sed de justicia. Pero cuanto más de cerca discernamos a Jesús, más claramente veremos nuestros propios defectos de carácter. Al ver nuestros defectos, confesémoslos a Jesús y, con verdadera contrición de alma, cooperemos con el poder divino del Espíritu Santo para vencer todo mal. Si confesamos nuestros pecados, debemos creer que son perdonados, porque la promesa es positiva: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." No deshonremos más a Dios dudando de su amor perdonador.

10 de enero de 1895

La desunión, resultado de la incredulidad

EGW

Todo verdadero discípulo de Cristo debe ganar almas para Jesucristo manifestando su Espíritu y haciendo sus obras. El Señor no ha puesto a ningún hombre en el tribunal para encontrar faltas y condenar a sus hermanos. La oración de Cristo por sus seguidores justo antes de su crucifixión debía ser una señal de advertencia permanente contra la realización de cualquier cosa por el estilo, porque la influencia de la crítica y el juicio de los demás no se reuniría con Cristo, sino que se dispersaría lejos de él. Jesús oró: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por medio de la verdad. Y no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, como nosotros somos uno: Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado."

¡Oh, que nuestras mentes se expandieran para que pudiéramos asimilar el significado de esta afirmación! El amor que Dios tiene por los que creen en Jesús ha de demostrarse como el mismo amor con que ama a su Hijo, mediante

la unidad de los discípulos con Cristo. Han de manifestar al mundo su carácter, abrigando ese tierno amor de unos por otros que llevará al mundo las credenciales del poder de Cristo para unir corazón con corazón en los más fuertes lazos de compañerismo y hermandad. Pero el hecho de que la oración de Cristo se considere con tanta ligereza, que se hagan tan pocos esfuerzos para cultivar la unidad entre los que profesan creer en Jesús, pone de manifiesto que el hechizo de Satanás está sobre la iglesia. El que critica a los hermanos no representa la unidad por la que Cristo oró, sino que manifiesta discordia y desunión. Si un hermano se aparta de la verdad, el Señor ha dado instrucciones en cuanto a lo que debe hacer la iglesia y cada uno de sus miembros. Nadie necesita cometer un error o tropezar. El Señor dice: "Si tu hermano te ofendiere, ve y dile su falta entre tú y él *solo*; si te oyere, has ganado a tu hermano. Pero si no te oyere, toma contigo a uno o dos más, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Y si no los oyere, dilo a la iglesia".

No se debe decir a la iglesia hasta que se hayan cumplido fiel y tiernamente las instrucciones anteriores; pero nunca se debe publicar al mundo. Satanás y sus ángeles harán todo lo posible para que haya diferencias en la iglesia a fin de dejar sin efecto la gracia salvadora y el poder del Señor Jesucristo. Que no haya divisiones entre los que profesan ser hijos de Dios, porque en la unión está la fuerza.

Cristo es tan tergiversado por los que dicen creer en él, que hacen caso omiso de su oración por la unidad de sus seguidores, que los ángeles se asombran. Los ángeles de Dios han sido comisionados para ministrar a aquellos que serán herederos de la salvación, y es su asunto unir corazón con corazón por la cadena dorada del amor que une cada alma a Dios a través de Cristo. Todos, todos han de estar unidos, hermano con hermano con Cristo en Dios. La instrucción para este tiempo es: "Atad el testimonio, sellad la ley entre mis discípulos".

Nuestro trabajo individual consiste en entregarnos a Dios, para que seamos purificados, ennoblecidos y santificados por medio de la verdad. Necesitamos cultivar y fortalecer esa fe que obra por amor y purifica el alma. Nadie tiene por qué equivocarse. Jesús nos ha revelado cuáles son los requisitos de la religión genuina. Dice: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros, como yo os he amado". El agente humano no puede comprender este mandamiento ni obedecerlo a menos que participe continuamente de la naturaleza divina, teniendo una comprensión viva del gran sacrificio hecho por él, para que por la fe en Cristo no tenga que perecer, sino que tenga vida eterna. Jesús dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor

los unos con los otros". Es nuestro privilegio llevar al mundo las credenciales divinas de que el Salvador, en quien creemos, es el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Lo haremos cuando los que estamos bajo su estandarte presentemos al mundo un frente unido. Pero, ¡cuál debe ser el dolor de Cristo y de los ángeles celestiales cuando nos contemplan haciendo exactamente lo contrario de lo que él deseaba! ¡Cuáles deben ser sus sentimientos al ver que sus hijos profesos no prestan atención a su oración a su Padre para que todos sean uno, como él y el Padre eran uno! "Este es mi mandamiento", dijo, "que os améis unos a otros como yo os he amado". "Estas cosas", dice de nuevo, "os mando: que os améis unos a otros". Debemos vivir las exigencias de Dios en Cristo Jesús. Debemos despertar y ser serios.

Cuando discernas el mal en aquellos que profesan amar a Dios, no debes cerrar los ojos ante él, sino hacer exactamente lo que se te ha ordenado hacer en la palabra de Dios, tratar fielmente y de una manera semejante a Cristo a aquellos que están errando. No halaguen a nadie. No os unáis estrechamente a unos pocos sólo porque los consideréis simpáticos, excluyendo a otros que necesitan vuestra ayuda y simpatía, pues esto huele a hipocresía y parcialidad. De este modo, se dejan sin reprobar y se excusan las faltas de aquellos a quienes estimas como amigos, mientras que se descuida y se pasa de largo a los que siguen más de cerca al Señor, y se deja fuera de tu círculo a algunos que están más necesitados de ayuda, de tiernas palabras de aliento y simpatía. Una unión de este tipo no es una unión santificada, y revela el hecho de que los que están unidos en ella necesitan la iluminación del Espíritu Santo.

Nunca hubo un tiempo en que el mundo necesitara un testimonio más claro y decidido contra el mal moral que hoy. Trata fielmente a los que son inconsecuentes, y esfuérzate por restaurarlos, con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Estudia la Palabra de Dios con espíritu crítico y de oración, y recibirás iluminación divina. Todo lo que Dios exige de nosotros es que vivamos de acuerdo con todo el conocimiento que nos ha dado. Debemos vivir de la palabra de Dios, no de los defectos que vemos en el carácter de los demás. Vivir de los errores de los demás es hacer lo que es fatal para la espiritualidad. No te erijas en juez de los demás. Mira a Jesús, habla de Jesús. Medita sobre el gran plan de salvación, y mantén la mente en guardia para no pensar y hablar mal de los demás, pronunciando juicios sobre ellos.

Que todos los que llevan el nombre de Cristo procuren por todos los medios establecer y conservar la unidad por la que Cristo oró. Que haya armonía entre

los seguidores de Cristo. La razón de la desunión se encuentra en el hecho de que la incredulidad ha oscurecido la mente, y la sombra infernal de Satanás ha caído sobre el templo del alma. El propósito de Satanás es cortar todo rayo de luz que provenga de la Luz del mundo para iluminar y resplandecer el alma humana. En vez de contemplar los defectos de la humanidad, vuelve tus ojos a Cristo, hasta que, encantado con su hermoso carácter, te transformes en su divina imagen.

17 de enero de 1895

La disciplina necesaria para la obra de Dios

EGW

Hay un gran trabajo que hacer en la viña del Señor, y Dios llama a hombres para hacer su trabajo a quienes ha dado capacidad para ese trabajo. Los que tienen éxito en la obra de Dios no deben volverse orgullosos y egoístas y enaltecerse con jactancia. Deben recordar constantemente que no tienen nada sino lo que Dios les ha dado en confianza. El Señor ha provisto aquello por lo cual los hombres pueden llegar a ser predicadores y maestros exitosos para trabajar por el bien de sus semejantes. Es cierto que los hombres deben esforzarse para utilizar sus capacidades de la mejor manera. Mediante el cultivo se pondrá de manifiesto el valor de los dones que Dios ha concedido a los hombres para su perfeccionamiento. Dios requiere que los hombres se esfuercen en la línea del estudio, y en este trabajo el poder divino se combinará seguramente con el esfuerzo humano. El Señor no puede hacer nada sin la cooperación del hombre, y es así como el hombre obra su propia salvación con temor y temblor, porque es Dios quien obra en él el querer y el hacer de su buena voluntad.

La causa de Dios necesita hombres eficientes; necesita hombres capacitados y educados para prestar un servicio valioso como maestros de escuela y como predicadores de palabra y doctrina. Hay hombres que han trabajado con cierto éxito que han tenido poca preparación en la escuela o en la universidad; pero han estudiado mucho en su trabajo. Habrían alcanzado un éxito mucho mayor, y habrían sido trabajadores más eficientes, si desde el principio hubieran adquirido disciplina mental. Pero aplicándose diligentemente y poniendo en práctica los conocimientos que ya habían adquirido, estudiando y practicando, lograron el éxito en su trabajo.

Los pastores fieles del rebaño no se avergonzarán de la bandera de la verdad, por impopular que sea. No dejarán de proclamar la verdad en todo lugar. Ya sea

a tiempo o a destiempo, anunciarán la buena nueva de la salvación, serán misioneros de Dios, afrontando peligros, soportando privaciones y sufriendo reproches por causa de la verdad. El tercer ángel es representado volando velozmente por en medio del cielo, proclamando su mensaje a gran voz. Esta representación simboliza la labor de los testigos de Dios cerca del final de los tiempos. Sin vergüenza en sus rostros, sin agachar la cabeza como un junco, sino con la cabeza erguida, con los brillantes rayos del Sol de Justicia resplandeciendo sobre ellos, con regocijo de que su redención se acerca, salen como valientes soldados de Jesucristo. Manifiestan que han probado los poderes del mundo venidero, que sus pies no están sobre la arena resbaladiza sino sobre la roca sólida, y que no se apartarán fácilmente de la fe que una vez fue entregada a los santos. Serán fortalecidos por su Líder para hacer frente a las dificultades, y serán mensajeros de justicia, representando el carácter del gran Ejemplo, y revelando los triunfos de su gracia.

El Señor ha dotado a hombres y mujeres de capacidades y talentos que han de ser mejorados mediante el ejercicio, no para gloria propia, sino para gloria del Dador divino. De los que creen en la verdad deben brotar los rayos de la verdad. La verdad debe ser oída de sus labios, reflejada en sus semblantes y demostrada en sus caracteres. La gracia de Cristo ejerce siempre una influencia refinadora, elevadora y ennoblecedora sobre el carácter. Hay hombres y mujeres de refinamiento y educación que pondrán todo el peso de su influencia del lado del Señor, ignorarán los intereses mundanos, se separarán de sus amigos y se convertirán en misioneros de Dios, yendo a proclamar las inescrutables riquezas de Cristo. Su fidelidad inquebrantable quedará registrada como aprobada por Dios en los libros del cielo. Harán manifiesto al mundo que hay poder en el cristianismo para exaltar el carácter en justicia y verdadera santidad. Se verá que el Evangelio es poder de Dios para salvación.

A los que son imprudentes en cuanto a obedecer la ley de Dios en este mundo, nunca se les podrá confiar el juicio del mundo venidero. Los que no tienen especial respeto y reverencia por un "Así dice el Señor" en este mundo, no tendrán lugar entre los santos que han de juzgar al mundo. Los transgresores de la ley de Dios no se sentirían a gusto en la sociedad que es pura y santa, porque no se someterían alegremente a la ley de Jehová que ha de regir todo el universo. ¿Cómo podrían entonces juzgar lo ilícito? Al no estar en armonía con la ley de Dios en esta vida, no serían aptos para tener un lugar entre los que escuchan sus mandamientos y obedecen alegremente sus estatutos. Este mundo es la escuela de entrenamiento para el reino futuro al que estamos destinados. No basta tener una religión intelectual, porque esto no santificará el alma. Una religión

mecánica y ceremonial es una trampa, y no puede ocupar el lugar de la obra genuina del corazón. No debe descuidarse la formación teológica, pero la religión experimental debe acompañarla.

El trabajo de los maestros en nuestras escuelas no debe ser del mismo orden que el realizado en las universidades y seminarios del mundo. La grandiosa obra de la educación no debe ser de orden inferior en las ramas científicas, pero al mismo tiempo debe impartirse el conocimiento que preparará a un pueblo para estar en pie en el gran día de la preparación de Dios. Los que enseñan en nuestras escuelas deben tener una profunda experiencia religiosa. Deben estar estrechamente relacionados con Dios, para que puedan aportar la sabiduría y el conocimiento divinos a su labor de educar a la juventud para la vida futura e inmortal. Los estudiantes deben ser entrenados para poner su voluntad del lado de la voluntad de Dios, para que puedan ser capaces de cantar la nueva canción y mezclarse con las armonías del cielo. Deben ser, como lo fueron José y Daniel, héroes morales, viviendo vidas nobles y devotas de abnegación y sacrificio. No deben buscar el reconocimiento y la fama mundanos como fin de sus esfuerzos. Sus planes, sus ideas, deben estar en armonía con la ley de Dios; el objeto por el que deben luchar es la bendición de la humanidad y la salvación de los perdidos.

De generación en generación, los héroes de la fe se han distinguido por su fidelidad a Dios. Han sido llevados de manera conspicua ante el mundo, a fin de que su luz brille para los que están en tinieblas. La devoción y la piedad que caracterizan a los portadores de la luz redundarán en la glorificación de Dios.

El mundo está lleno de hombres, mujeres y jóvenes ávidos de distinción. Su objetivo más elevado es obtener un conocimiento de la ciencia; pero no sienten ninguna obligación hacia Dios por los talentos que se les han confiado. No se dan cuenta de que su influencia debe ejercerse para acercar a los hombres a Jesús, para ayudarles a ver la vida y el carácter de Cristo, y a contemplar la incomparable misericordia, pureza, humildad y belleza del Redentor del mundo. Buscando el lugar más alto para sí mismos, no comprenden que pueden llegar a ser agentes por medio de los cuales poner a los hombres en contacto con la vida divina, inspirarlos a una labor desinteresada para impartir la luz de la verdad a los que están en tinieblas. Dios ha calificado a algunos hombres con una capacidad superior a la ordinaria. Son pensadores profundos, son enérgicos y minuciosos en sus búsquedas, pero están trabajando enteramente para fines egoístas, y están dejando el honor y la gloria de Dios fuera de la cuestión. Algunos de ellos han sido bendecidos con la luz de la verdad, y sin embargo se

alejan rápidamente de la fe, la confianza y la fe en Dios, y no reconocen sus bendiciones; y, a menos que sean detenidos en su loco curso, se encontrarán en las oscuras, inquietas y turbulentas aguas del escepticismo y la infidelidad. Este será el resultado de honrarse a sí mismos y de no hacer de Dios lo primero y lo mejor en todo. Algunos de éstos serán repentinamente detenidos por los castigos de Dios, y serán conducidos a través de una serie de aflicciones hasta que indaguen por los antiguos caminos, se arrepientan celosamente y vuelvan a su primer amor. A través del dolor pueden ser llevados a poner sus pies en el camino que está trazado para que los rescatados del Señor caminen. Ya no buscarán un lugar donde el dinero y los intereses egoístas sean los únicos objetos a alcanzar. Todo éxito mundano sin Dios es un desperdicio seco y estéril. Valorarán más la obra del Espíritu de Dios en el corazón que el oro y la alabanza de los mortales. Sus mentes se liberarán de la influencia del egoísmo y del escepticismo, porque habrá un cambio asombroso en el corazón y en el carácter, en el pensamiento y en el sentimiento. Las aspiraciones serán movidas hacia lo que es divino, y el esfuerzo de la vida será practicar lo que es santo.

La verdadera religión tiene poder para capacitar al hombre para vencer la terquedad, el orgullo, el egoísmo, la ambición mundana, el cuestionamiento y la incredulidad. Hay gracia y fuerza en Cristo para capacitarnos para elevarnos por encima de las seductoras e infatuantes tentaciones de Satanás, y para conducirnos a la cruz del Calvario, para convertirnos en trabajadores activos, devotos y leales por la causa de la verdad. ¿Qué es la redención? - Es ese proceso por el cual el alma se entrena para el cielo, y requiere algo más elevado, algo más divino, que un mero conocimiento de los libros. Este entrenamiento significa un conocimiento de Cristo. Significa emanciparse de las ideas, de los hábitos y prácticas que se han adquirido en la escuela del príncipe de las tinieblas. El alma debe ser liberada de los sentimientos y prácticas que se oponen a la lealtad a Dios. Estamos aquí para aprender la sumisión a la voluntad divina, o no podremos entrar en el reino de los cielos. Aquellos que están corrompidos en sus simpatías, que nunca han tenido el toque divino, nunca podrán cantar la canción de los redimidos. Serían infelices en el cielo; se sentirían elementos inarmónicos. Sus almas oscuras y sus poderes no entrenados los descalificarían por completo para unirse a la hueste celestial en atribuir alabanzas a Dios y al Cordero.

24 de enero de 1895

Se requiere obediencia a la Palabra de Dios

EGW

El Señor dio a Israel evidencias de su presencia, para que temieran su nombre y obedecieran su voz, y se dieran cuenta de que Dios era su líder y gobernante, y que Moisés era simplemente el general del Señor, para dirigir sus caminos a través del desierto hacia la tierra prometida. Jesucristo, el Capitán del ejército del Señor, era el líder divino. El pueblo que Dios había escogido para que fuese su tesoro especial, bajo la opresión, la servidumbre y la idolatría, se había desorganizado y desmoralizado. Sus asociaciones en Egipto habían dejado un molde degradado en sus hábitos y apetitos, y había necesidad de transformar su carácter. Cristo había manifestado visiblemente su presencia y su poder entre ellos. La gloria de Dios se había revelado de la manera más notable, de modo que temían sobremanera ser consumidos por la presencia del Señor. Habían oído la voz de Dios, cuando Cristo ordenó a Moisés y a Aarón que se acercaran a la columna de nube en que estaba envuelto, y el Señor habló con sus siervos. Les aseguró que había oído sus murmuraciones y les había concedido lo que sus apetitos ansiaban: carne por la mañana y pan por la tarde. Habían murmurado contra Moisés y Aarón, declarando que habrían estado mejor si hubieran permanecido en Egipto. Desde la columna de nube y fuego Cristo les enseñó que sus murmuraciones iban dirigidas, no contra Moisés, sino contra su divino Líder. Moisés y Aarón los habían guiado según sus indicaciones, y se les aseguró que no era el hombre Moisés quien los guiaba, sino el Señor Jesucristo.

De tiempo en tiempo el carácter de Dios y sus tratos con ellos eran abiertos a los israelitas. Cristo los levantaba de su condición desmoralizada mediante la revelación de sí mismo. El Señor les prometió que, si obedecían sus mandamientos, supliría sus necesidades con su propio poder milagroso.

Dios ha sacado a un pueblo en estos últimos días y le ha dado a conocer su ley. Cristo ha derramado un torrente de luz sobre su camino, revelándose como el jefe invisible de Israel, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Cristo ha hecho de su pueblo el depositario de su ley. Han de guardar y enseñar los mandamientos de Dios, y mostrar sus obligaciones vinculantes para los hombres. Cristo ha prometido que, para los que obedezcan sus mandamientos, será como una columna de nube de día y una columna de fuego de noche, que los guiará y los iluminará por el camino trazado para los rescatados del Señor, a fin de que puedan entrar por la puerta de la ciudad eterna.

Han de tener siempre ante los ojos el temor del Señor, porque el temor del Señor es el principio de la sabiduría. Es mejor obtener el conocimiento de la voluntad revelada de Dios mediante la comprensión de su palabra que la alabanza de los hombres, los honores del mundo y los grandes placeres. La palabra de Dios nos asegura que guardar sus mandamientos tiene una gran recompensa. Ninguna consideración terrenal debe considerarse ni por un momento como un incentivo para apartarse de los mandamientos de Dios y negarse a levantar la cruz. Los cristianos deben considerar las riquezas, la comodidad, el placer y los honores mundanos como cosas representadas por madera, heno y hojarasca, que perecerán en el fuego del último día.

Que nadie a quien se le haya representado el deber de guardar los mandamientos de Dios, busque alguna objeción por la cual pueda parecer que se excusa de la obediencia. Que recuerden al gran pervertidor de la palabra de Dios, que fue un mentiroso desde el principio de su rebelión en el cielo, y que sepan que está listo para apartarlos con una venda de los ojos de las declaraciones más claras de la palabra de Dios, y hacer incierto y dudoso lo que es claro y distinto. Es su trabajo engañar y hacer sin efecto las palabras de Jehová. Planta tus pies en la plataforma de la verdad eterna. Sigue cada rayo de luz que veas, y lo que es sombrío se aclarará a tu entendimiento a medida que camines en la luz. "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve".

Cuando Moisés condujo a los israelitas a las aguas del Mar Rojo, la orden de Dios fue: "Avanzad". A medida que el pueblo avanzaba por el camino que la Providencia indicaba, a medida que hacían lo que se les había ordenado, las aguas del mar retrocedían. No vieron que el poder de Dios les abría un camino ancho. No fueron levantados y llevados a la otra orilla en brazos de los ángeles; pero a medida que avanzaban, el poder de Dios se reveló, y a un lado el mar se amontonó como un muro de agua congelada, dejando un camino para que sus pies caminaran sobre las arenas hasta entonces enterradas del Mar Rojo. ¿Qué lección debemos aprender de esto? Seguir adelante, caminando en la luz que Dios permite que brille sobre nuestro camino, y no detenernos a cuestionar y dudar.

Muchos tienen la idea de que la época judía fue de tinieblas, superstición e ignorancia. Han recibido la idea errónea de que el arrepentimiento, la fe y la iluminación divina estaban reservados para la dispensación del Evangelio, y que no tenían parte en la religión hebrea. Muchos piensan que la religión judía consistía sólo en formas y ceremonias, pero nunca pudo haber un engaño mayor.

La nación judía fue tomada en estrecha relación con Dios, y fue estimada por él como un pueblo peculiar, un sacerdocio santo, una nación real.

Hoy en día, el mundo cristiano considera a los judíos como un pueblo que está bajo la maldición divina a causa de su rechazo y crucifixión de Cristo. Pero, en lugar de considerarlos pecadores por encima de todos los demás, deberían tratar de aprender una lección de su condición, y preguntar por qué el juicio de Dios cayó sobre ellos de una manera tan señalada. Fue porque rechazaron la gran luz que se les había dado desde el momento de su liberación de la esclavitud egipcia. Porque el Señor les había revelado su voluntad por medio de sus profetas y de los santos de antaño, y ellos prefirieron andar por sus propios caminos y seguir su propia voluntad. La calamidad se abatió sobre los judíos porque no guardaron los mandamientos de Dios. Dios les había dicho que si no guardaban sus mandamientos, no podría cumplir su pacto de promesa, porque este pacto sólo se cumpliría a condición de obediencia. La historia de Israel debería ser para nosotros una solemnísima advertencia de las calamidades que nos sobrevendrán si somos desobedientes a los mandamientos de Dios. "Por tanto, debemos prestar más atención a las cosas que hemos oído, no sea que alguna vez las dejemos escapar. Porque si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa recompensa, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande; la cual al principio comenzó a ser dicha por el Señor, y nos fue confirmada por los que le oyeron."

¿Tienen aplicación en nuestros días las palabras de Cristo dirigidas a los fariseos? Dijo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! [Porque cerráis a los hombres el reino de los cielos; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que entran". ¿Acaso no encontramos en nuestros días maestros semejantes, que no obedecen las declaraciones más claras de la verdad, que se apartan de la luz de la palabra de Dios, y luego hacen todo lo posible por pervertir las Escrituras y cegar los ojos de los que tratan de entender la palabra de Dios? Estos transgresores de la ley de Dios tratan con todo su poder de cerrar el camino para que las almas busquen a tientas en vano la puerta que Cristo ha abierto, y que dice que nadie puede cerrar. ¿No hay hoy maestros que tratan de cerrar, si es posible, la puerta del entendimiento? Ellos mismos no quieren entrar en la luz, y tampoco permiten que otros entren. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y por pretexto hacéis largas oraciones; por tanto, recibiréis la mayor condenación".

(Concluido la próxima semana).

31 de enero de 1895

Se requiere obediencia a la Palabra de Dios

(Concluido.)

EGW

Hay muchos que dicen ser santificados. No tardan en declarar ante la gente que no han cometido pecado durante años. Pero esta profesión no constituye prueba de su declaración. Si fueran santos, su conversación sería santa, su testimonio estaría de acuerdo con la voluntad divina, sus oraciones se modelarían según las oraciones de Cristo. Orarían: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Vivimos en días en los que el engaño está en todas partes. Se nos advierte "guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces". Debemos conocerlos por sus frutos. El Señor dijo: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

Si vienen a vosotros personas que afirman estar santificadas, y sin embargo anulan la ley de Dios, y enseñan a otros que pueden transgredirla impunemente, su santificación, cuando sea pesada en la balanza del santuario, no tendrá más peso para Dios que las largas y pretenciosas oraciones de los fariseos. Cuanto más elevada es la profesión, cuanto más engañosa es la pretensión, tanto más probable es que los incautos sean engañados, y tanto mayor será la ira de un Dios ofendido. Los que hacen grandes pretensiones y desprecian la ley de Dios, quedan registrados en los libros del cielo como rebeldes contra el gobierno divino. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito; y cuando lo hacéis, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros mismos".

¿Se pronunció esta temible denuncia contra los fariseos porque guardaban la ley de Dios? -No, fue porque no guardaban la ley de Dios y no eran hacedores de su palabra. Si hubieran guardado la ley de Dios, habrían discernido que Jesús era el Hijo de Dios, y habrían apreciado su misión. Lo mismo sucede en nuestros días. Si los que profesan creer en Cristo creyeran realmente en él, harían su obra, respetarían sus mandamientos.

Jesús ha dejado claro que su actitud ante la ley era de lealtad. Dice: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir". Hay algunos que le dicen a la gente que tire el Antiguo

Testamento al fuego; pero tales declaraciones no están en armonía con lo que Jesús le dijo a la gente. Jesús declaró que su obra no era destruir la ley o los profetas, sino cumplirlos. Vino a magnificar la ley, a exaltar su honor, a demostrar con su sufrimiento y muerte que la ley es inmutable y que Dios no puede anular su castigo por transgresión. Además declaró: "De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos". Les mostró qué era lo que constituía el pecado de los fariseos, que, aunque eran puntillosos en la observancia de las formas externas, no obedecían de corazón los mandamientos de Dios. "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos".

La actitud de Cristo hacia la ley es inequívoca, pero ¡cómo se han atrevido los hombres a tergiversar, aplicar mal y pervertir sus palabras! Han sacado una lección completamente distinta de la que él quería enseñar, y por eso se han puesto bajo la condena que Cristo pronunció sobre los fariseos: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad."

7 de febrero de 1895

El testimonio vivo

EGW

"Entonces los que temían a Jehová hablaron muchas veces entre sí; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito delante de él un libro de memoria para los que temían a Jehová, y para los que pensaban en su nombre. Y serán míos, dice el Señor de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve."

No sólo debemos contemplar la gloria de Cristo, sino también hablar de sus excelencias. Isaías no sólo contempló la gloria de Cristo, sino que también habló de él. Mientras David meditaba, el fuego ardía; entonces hablaba con su lengua. Mientras meditaba sobre el maravilloso amor de Dios, no podía dejar de hablar

de lo que veía y sentía. ¿Quién puede contemplar por la fe el maravilloso plan de la redención, la gloria del unigénito Hijo de Dios, y no hablar de ello? ¿Quién puede contemplar el amor insondable que se manifestó en la cruz del Calvario en la muerte de Cristo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna, y no tener palabras para ensalzar la gloria del Salvador? No podemos ser partícipes de su amor y no expresar nuestra reverencia y adoración.

Cuando los creyentes contemplan a Cristo, serán llevados a reunirse y a decirse unos a otros palabras que expresen su ferviente amor. Dirán: "Él es el primero entre diez mil", "Sí, es todo él codiciable". "En su templo todos hablan de su gloria". El dulce cantor de Israel lo alabó con el arpa, cantando: "Hablaré del glorioso honor de tu majestad, y de tus maravillosas obras. Y los hombres hablarán del poderío de tus terribles actos; y yo declararé tu grandeza. Proclamarán abundantemente la memoria de tu gran bondad, y cantarán tus justicias.... Hablarán de la gloria de tu reino, y hablarán de tu poder; para dar a conocer a los hijos de los hombres sus poderosos hechos, y la gloriosa majestad de su reino". Este será el carácter de la conversación de aquellos que son descritos en las Escrituras como aquellos que "temieron al Señor, y que pensaron en su nombre." Dios es representado como escuchando sus palabras y escribiéndolas en un libro.

Juan, el discípulo amado, dio un testimonio vivo, diciendo: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y nuestras manos han palpado, del Verbo de vida (porque la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto, y damos testimonio, y os mostramos esa vida eterna, que estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y verdaderamente nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Y estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. Este, pues, es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: que Dios es luz, y en él no hay tiniebla alguna."

Ciertamente, los que hablan unos a otros de la bondad del Señor son altamente privilegiados. Pedro exclama: "Sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". Tenemos ricos temas para el pensamiento y la conversación, y si nos detenemos en estos temas, nuestras almas serán alentadas y elevadas. Aquellos que son súbditos de la gracia de Dios, sobre quienes brillan los resplandecientes rayos del Sol de Justicia, han

de ser testigos de Dios. Si callaran, las piedras gritarían inmediatamente. Dios será glorificado.

Si los miembros de la Iglesia son uno con Cristo, habrá unión entre ellos. La unidad de los creyentes será un testimonio vivo al mundo del poder del Evangelio. Cuando hay amor los unos por los otros, los rayos brillantes del Sol de Justicia se difundirán a un mundo que yace en tinieblas. ¿Por qué no podemos ver en las lecciones de Cristo, y especialmente en su oración por la unidad de los creyentes, que los cristianos deben ser perfectos en la unidad para representar la gloria de su Redentor? Si los que creen en la verdad llevaran la oración de Cristo a su vida práctica, crecerían hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Como creyentes en Cristo, estamos "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu".

El creyente en Cristo debe comprender que la disensión y la división en la iglesia se producen por obra de los poderes de las tinieblas, a fin de que los que profesan ser hijos de Dios no presenten la unidad por la que Cristo oró. El pueblo de Dios deshonra grandemente su nombre, y tergiversa su verdad, cuando manifiesta una falta de amor los unos por los otros. Al enfriarse el amor a Dios, pierden la sencillez infantil que une el corazón con el corazón en amorosa ternura. Aparece la dureza de corazón, y hay un alejamiento entre unos y otros. Muchos dicen con sus acciones: "No me importa la oración de Cristo". No sienten ninguna obligación especial de amar a los demás como Cristo los ha amado, y Jesús puede hacer poco por estas almas, porque no se permite que sus palabras y su Espíritu entren en el corazón.

Muchos están en tinieblas, y no saben la causa; no están en paz con Dios; no son uno con Cristo ni están en unidad con los hermanos. Parecen pensar que tienen libertad para actuar según los sentimientos naturales del corazón. Testifican por sus palabras y acciones que no desean estar en unión con aquellos que no concuerdan exactamente con su mente, aunque sean creyentes. Todos los que abrigan conjeturas malignas y albergan malos sentimientos hacia los demás, necesitan convertirse. Necesitan aprender a vivir de acuerdo con toda palabra que sale de la boca de Dios.

El amor mutuo no se ha de manifestar con alabanzas y adulaciones, sino con verdadera fidelidad. El amor de Cristo nos llevará a velar por las almas, y si

vemos a alguna en peligro, se lo diremos, clara y amablemente, aun a riesgo de su disgusto. La religión de Cristo no debe dejarse dominar por los impulsos. Necesitamos orar mucho y apoyarnos totalmente en Dios. Necesitamos sostener la verdad con firmeza, y con toda rectitud y verdad; pero mientras hablamos la verdad con fidelidad, debemos hablarla con amor.

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros". ¿Cuánto? - "Como yo os he amado, que también os améis unos a otros". ¿Consideramos suficientemente este mandamiento? ¿Permitimos que controle la mente y el corazón, y moldee el carácter? "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Así los creyentes han de llevar al mundo las credenciales que testificarán que en verdad son hijos de Dios. Jesús dice: "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno: Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado."

¿Qué puedo presentar ante mis hermanos y hermanas que sea más importante para su estudio y práctica que la oración de Cristo? Todo el capítulo diecisiete de Juan está lleno de médula y de grosura. ¿No hay razones urgentes para que prestemos atención a esas palabras de Cristo? ¿No es hora de que busquemos la unidad por la que oró el Salvador? ¿No hemos de abrir nuestros corazones al amor fundente de Jesús? ¿No dejaremos que ese amor reemplace la frialdad y la dureza que con demasiada frecuencia se han manifestado en nuestro carácter? Que el Señor tenga compasión de nosotros; que perdone nuestra perversidad, sane nuestras rebeldías y una los corazones de todos los que creen en la verdad en esa unidad por la que Cristo oró, para que seamos uno como él y el Padre son uno.

14 de febrero de 1895

Perdonados como nosotros perdonamos

EGW

En su epístola a Tito, Pablo le pide que exhorte a los hermanos a estar "dispuestos a toda buena obra, a no hablar mal de nadie, a no ser pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres. Porque también nosotros fuimos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, sirviendo a concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros. Pero después

que se manifestó la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador para con los hombres, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino que según su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador". La misericordia y el favor que Dios manifiesta hacia nosotros es un ejemplo de cómo debemos tratar a los descarriados. Cuando los que dicen creer en la verdad humillan sus corazones ante Dios y obedecen su palabra, entonces el Señor escuchará sus oraciones.

Si tus hermanos se han equivocado, debes perdonarlos. No debes decir, como han dicho algunos que deberían saberlo mejor: "No creo que se sientan suficientemente humildes. No creo que sientan su confesión". ¿Qué derecho tienes a juzgarlos, como si pudieras leer el corazón? La palabra de Dios dice: "Si se arrepintiere, perdónale; y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; tú le perdonarás". Y no sólo siete veces, sino setenta veces siete debes perdonarlo, así como Cristo te perdona a ti.

Dios ha perdonado gratuitamente nuestros pecados, sin pedirnos ninguna contrapartida. El Señor nos ha dado este ejemplo para que los hombres vean cómo deben tratar a sus semejantes. Así como Dios ha perdonado tus pecados por amor de Cristo, tú debes perdonar a tus hermanos que te ofenden. Si al fin vences, no será por tu propia justicia, sino por la justicia de Cristo, por la larga paciencia, misericordia y perdón de Dios. Pero si no abrigas bondad, amor y un espíritu perdonador hacia tus hermanos, no serás de los que recibirán el perdón de Dios. La lección que Jesús quería inculcar a sus discípulos es que los que profesan su nombre no deben abrigar un espíritu vengativo ni realizar una acción poco amable. Toda la obra de Cristo tendía a contrarrestar las enseñanzas de los escribas y fariseos, que fomentaban la venganza y la represalia.

Jesús enseñó que los pobres no debían levantarse contra los poderosos. No debían resistirse a su opresión; pero al mismo tiempo pronunció un terrible ay sobre los que tiranizan a los pobres: "Id ahora, ricos, llorad y aullad por las miserias que os sobrevendrán". Dios ordena al siervo que sea fiel a su señor, y que se contente por amor de Cristo, pero asegura al señor que él también tiene un Amo, que le retribuirá con toda la medida sus obras. Da la regla: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos". No recibimos el perdón *porque sí*, sino *en la medida en que* perdonamos. El fundamento de todo perdón es que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

Cristo da lección tras lección en su escuela para enseñarnos a aprender a confiar, no en nuestros méritos, sino en los méritos de la justicia de Cristo. Las condiciones de la salvación se presentan de diversas maneras, a fin de que se produzcan impresiones correctas en las diversas mentes, y que nadie pueda ser engañado. El arrepentimiento y la fe son las condiciones sobre las cuales se provee la salvación. Abraham fue justificado por la fe; pero fue la fe la que obró la obediencia. Que todos los que afirman creer en la verdad presente sean hacedores de la palabra, que enseña claramente que el espíritu de perdón debe ser apreciado, que es indispensable para que recibamos el perdón de Dios. El pecador que es perdonado y aceptado por Cristo perdonará a su hermano de buena gana, libremente y a fondo.

Jesús sacó una lección importante en la parábola del administrador injusto. Dijo: "Por eso el reino de los cielos es semejante a cierto rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos". Este mayordomo ocupaba un alto cargo, y se le había confiado una gran cantidad de bienes, pero al examinar sus cuentas, se le encontró infiel; le debía a su Señor diez mil talentos. Cuando el rey vio la evidencia de la infidelidad de su siervo, ordenó que lo vendieran, con su mujer y sus hijos, sus casas, sus tierras y todo lo que tenía, para que se pudiera hacer el pago. La alarma se apoderó del infiel, cuando la ruina le miró a la cara, y suplicó que se retrasara, diciendo: "Señor, ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". Pero su señor sabía que nunca podría pagar la deuda. Mientras el siervo reconocía la justicia de la sentencia contra él, suplicaba misericordia. "Entonces el señor de aquel siervo se compadeció, lo soltó y le perdonó la deuda".

¡Qué alegría fue ésta, qué alivio de la sombra de su mal proceder, que le rodeaba como una nube! Salió de la presencia de su señor con toda la deuda cancelada. Pero ocurrieron circunstancias que pusieron a prueba el verdadero espíritu de este hombre: si manifestaría a otro el mismo perdón y misericordia que se le habían mostrado a él, o si el gozo y la gratitud que expresaba eran de naturaleza egoísta, y su corazón seguía sin ablandarse. "Y saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios; y echándole mano, le tomó por el cuello, diciendo: Págame lo que debes. Y su consiervo, postrándose a sus pies, le rogó, diciendo: Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda."

En esta parábola Cristo ilustra el espíritu de egoísmo y severidad que el hermano ejerce hacia el hermano. Ambos son humanos, ambos necesitan misericordia, paciencia y tolerancia; pero aquel a quien Dios ha perdonado mucho no

perdonará una pequeña ofensa en su prójimo. Demasiados cristianos profesos tienen un espíritu insensible e implacable, que es el resultado del orgullo, la autosuficiencia y la dureza de corazón, y tratan de una manera exigente a los que consideran que están en el error, y así muestran que no aprecian el gran amor que Dios ha manifestado por ellos; porque sus corazones no están sometidos y ablandados por su influencia.

Cuando el injusto administrador a quien se le había perdonado una gran deuda se encontró con otro inferior a él en posición, que sólo le debía una pequeña suma, se llenó de ira, y con amenazas y violencia reclamó el dinero que se le debía. Cuando el pobre deudor cayó a sus pies y utilizó la misma oración que él mismo había pronunciado ante su señor, no tuvo piedad. Acusó al hombre de tener intención de no pagarle, y desoyó sus plegarias y lágrimas. A quien tanto se le había perdonado, él mismo no perdonaría nada. Reclamó su derecho y, aprovechándose de la ley, afligió al angustiado deudor metiéndole en la cárcel. Esta conducta afligió a los que la presenciaron, pues conocían toda la historia de su perdón, y llevaron un informe de sus actos al rey. Entonces se encendió la ira del rey, y ordenó al hombre que compareciera ante él. "Entonces su señor, después de llamarle, le dijo: Siervo malvado, yo te perdoné toda aquella deuda, porque tú me lo pediste; ¿no debías tú también tener compasión de tu consiervo, como yo tuve compasión de ti? Y su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía."

¿Acaso aquellos cuyos nombres figuran en los libros de la iglesia, que se proclaman hijos e hijas de Dios, no considerarán su relación con Dios y con sus semejantes? Debemos depender enteramente de la misericordia de un Salvador que perdona los pecados, y ¿permitiremos que nuestros corazones permanezcan duros e insolidarios? ¿Puede alguna provocación autorizarnos a abrigar sentimientos desagradables, o hacernos albergar malos sentimientos o buscar venganza? ¿Podemos arrojar la primera piedra para condenar a un hermano, cuando Dios está extendiendo su misericordia hacia nosotros, y perdonando nuestras ofensas contra él? Si Dios nos juzgara, nuestra deuda sería inmensa, pero nuestro Padre celestial está dispuesto a perdonar. Los hombres serán tratados por Dios no según la opinión que tengan de sí mismos, no según la confianza que tengan en sí mismos, sino según el espíritu que revelen hacia sus hermanos descarriados.

Un espíritu de dureza y severidad es el espíritu de Satanás. La soberbia del corazón, si se abriga, crea envidia, conjeturas malignas y conduce a la venganza. Existe el peligro de que exageremos palabras o acciones casuales hasta

convertirlas en ofensas intencionales, y de que pensemos que alguien nos ha hecho una injusticia que merece nuestra frialdad, indiferencia o desprecio. Sin embargo, el Señor está a cargo de esas mismas personas a las que acusamos; los ángeles de Dios las atienden. El que lee el corazón puede ver más bondad genuina en ellos que en el que alberga malos sentimientos contra ellos por un supuesto agravio. "Si tu hermano te ofende, repréndele; si se arrepiente, perdónale". Trátale a él y a sus errores como quieres que Dios te trate a ti cuando le ofendes. La caridad no se alegra del mal; la venganza, sí. Cuidaos de manifestar celo por vosotros mismos, para que mostréis con una buena conversación vuestra mansedumbre de sabiduría. Evitad toda palabra amarga, toda acción poco amable. Amad como hermanos; sed amables; sed corteses. No escandalicéis la verdad con amargas envidias y contiendas; porque tal es el espíritu del mundo. Que estos rasgos impíos no se nombren una sola vez entre vosotros.

28 de febrero de 1895

¿Quiénes son los santificados?

EGW

"Dios os ha elegido desde el principio para la salvación mediante la santificación del Espíritu y la creencia en la verdad".

La santificación no es un vuelo feliz de sentimientos, no es la obra de un instante, sino la obra de toda una vida. Si alguien afirma que el Señor lo ha santificado y hecho santo, la prueba de su derecho a la bendición se verá en los frutos de mansedumbre, paciencia, longanimidad, veracidad y amor. Si la bendición que los que afirman haber sido santificados han recibido, los lleva a confiar en alguna emoción particular, y declaran que no hay necesidad de escudriñar las Escrituras para conocer la voluntad revelada de Dios, entonces la supuesta bendición es una falsificación, porque lleva a sus poseedores a dar valor a sus propias emociones y fantasías no santificadas, y a cerrar sus oídos a la voz de Dios en su Palabra. ¿Por qué aquellos que afirman haber tenido manifestaciones especiales del Espíritu, y el testimonio de que sus pecados han sido perdonados, concluyen que pueden dejar la Biblia a un lado, y de ahora en adelante caminar solos? Cuando preguntamos a los que afirman haber sido santificados instantáneamente, si están escudriñando las Escrituras como Jesús les dijo que hicieran, para ver si no hay verdad adicional que puedan aceptar, responden: "Dios nos da a conocer su voluntad directamente en señales y revelaciones especiales, y podemos darnos el lujo de dejar a un lado la Biblia".

Hay miles que están siendo engañados por confiar en alguna emoción especial, y descartando la palabra de Dios. No están edificando sobre el único fundamento seguro: la palabra de Dios. Una religión que se dirige a criaturas inteligentes producirá evidencias razonables de su autenticidad, porque habrá resultados marcados en el corazón y el carácter. La gracia de Cristo se manifestará en su conducta diaria. Podemos preguntar con seguridad a los que profesan estar santificados: ¿Aparecen en tu vida los frutos del Espíritu? ¿Manifiestas la mansedumbre y humildad de Cristo, y revelas el hecho de que estás aprendiendo diariamente en la escuela de Cristo, moldeando tu vida según el modelo de su vida altruista? La mejor prueba que cualquiera de nosotros puede tener de nuestra conexión con el Dios del cielo es que guardamos sus mandamientos. La mejor prueba de fe en Cristo es la desconfianza en uno mismo y la dependencia de Dios. La única prueba fehaciente de nuestra permanencia en Cristo es reflejar su imagen. En la medida en que lo hacemos, damos prueba de que estamos santificados por medio de la verdad, pues la verdad se ejemplifica en nuestra vida diaria.

Hay miles, sí, millones, que cometen un error en su vida religiosa. Hacen de la religión algo independiente de su vida, de sus pensamientos y palabras, y de sus acciones diarias. Su religión es un engaño de los sentidos. Sus ideas y principios presentados como santificación son obras engañosas. Algunos hablan de oír voces y de ver cosas de carácter sobrenatural; pero no hay ninguna señal en su conducta diaria de que el Espíritu de Dios haya obrado un cambio en el corazón natural, porque son carnales, enemistados con la ley de Dios, y ni aman a Dios ni obedecen sus mandamientos.

La excitación nerviosa en asuntos religiosos no es evidencia de que el Espíritu de Dios esté obrando en el corazón. Leemos de contorsiones frenéticas del cuerpo, de chillidos y alaridos en la obra de Satanás sobre las mentes y los cuerpos de los hombres; pero la Palabra de Dios no nos da ningún ejemplo de tales manifestaciones en relación con aquellos sobre quienes derrama su Espíritu. Es evidente que las fantasías destempladas, los arrebatos salvajes y los ejercicios corporales contorsionados son obra del enemigo. Sin embargo, muchos piensan que el desorden de la mente, que se intensifica por el poder de Satanás, es una garantía de que Dios está haciendo que estas almas engañadas actúen de una manera tan desagradable. Todo el espíritu y el tono de la Biblia condena a los hombres que actúan sin razón ni inteligencia. Cuando el Espíritu de Dios se mueve en el corazón, hace que el hijo fiel y obediente de Dios actúe de una manera que recomendará la religión al buen juicio de los hombres y mujeres de mente sensata. El Espíritu de Dios ilumina la mente con la palabra

de Dios, y no viene como sustituto de la palabra. El Espíritu Santo siempre dirige al creyente a la Palabra, y presenta sus pasajes a la mente, para reprender, corregir, aconsejar y consolar. Nunca conduce a su poseedor a actuar de una manera impropia, o a manifestar desarrollos extravagantes e innecesarios que no tienen la menor semejanza con lo que es celestial, y rebajan el estándar de lo que es religión pura y sin mácula en las mentes de los hombres.

No había nada de este carácter en la vida o las enseñanzas de Jesús. Todo lo que es del cielo es puro, pacífico, refinado y ennoblecedor, libre de todo lo que es extravagante o fanático en pensamiento, palabra o acción. La religión de Cristo lleva las credenciales celestiales, y cuando el corazón ha sido impresionado con la imagen divina, el alma está en armonía con todos los mandamientos de Dios. Pero la santificación que lleva a sus poseedores a negarse a estudiar las Escrituras, y los persuade a creer que lo saben todo, y que no hay ninguna verdad avanzada que deban aceptar, es de un orden espurio. Todavía son carnales, porque es la mente carnal la que es "enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Son engañados por el adversario de Dios y del hombre. Tienen ilusiones, y un poder embrujador está sobre ellos mientras gritan: "Estoy salvado, estoy salvado. No puedo pecar". Sólo podemos distinguir lo verdadero de lo falso por la manifestación de las gracias del Espíritu, que Cristo ha prometido implantar en el corazón.

Muchos que pretenden estar santificados, que sin embargo quebrantan los mandamientos de Dios y están llenos de enemistad contra Dios, son osadamente presuntuosos y, aunque desobedecen las palabras de Cristo, se atreven a apropiarse de las promesas dadas a los leales y obedientes. No tienen derecho a ninguna de las promesas de Dios, porque no cumplen las condiciones sobre las cuales las promesas han de cumplirse. Hablarán de fe y santidad cuando sus cimientos están contruidos con maderas podridas, y dependen de su propia justicia propia. Pero su presuntuosa seguridad no es fe. No saben lo que es la fe.

Aunque hay muchos que reclaman las promesas de Dios mientras no cumplen sus condiciones, hay otra clase que son humildes y concienzudos, pero pusilánimes, y pasan por alto las preciosas promesas de Dios que son para su apropiación. Continuamente temen que Jesús no los ame. Caminan en temor y temblor, y la mano de la fe parece demasiado débil para alcanzar y asir y sostener las promesas de Dios. Continuamente se miran a sí mismos para encontrar la seguridad de que son lo suficientemente buenos para llegar a ser hijos de Dios. Pero mirarse a sí mismo es mirar en la dirección equivocada. La parábola del fariseo y el publicano tiene lecciones contundentes para estas dos

clases. El fariseo está lleno de autosuficiencia, y descansa en la seguridad carnal de que es salvo, mientras que el publicano tiene un profundo sentido de su indignidad, y se mantiene alejado. No se siente digno de acercarse a Dios, sino que se golpea el pecho en señal de autocondena, y ni siquiera levanta los ojos al cielo para encontrarse con los ojos del Dios que escruta el corazón. Su grito es de agonía del alma: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Sin embargo, Jesús mismo declara que éste bajó a su casa justificado. Pero el fariseo no tuvo tal favor divino. El publicano miraba hacia otro lado, pues no veía nada en lo que confiar para salvarse. Sintió la necesidad de un médico, y su humilde oración fue escuchada, mientras que la oración del fariseo jactancioso fue una ofensa a Dios.

Las promesas contenidas en las siete bienaventuranzas no han de cumplirse para el que se siente autosuficiente, que se aparta de las Escrituras de la verdad revelada para refugiarse en una teoría falsa, gritando: "Estoy salvado, estoy salvado. No puedo pecar". Las preciosas promesas de las bienaventuranzas son para los que sienten su pobreza de espíritu, para los verdaderos dolientes, para los mansos, para los pacificadores, para los puros de corazón, para los que tienen hambre y sed de justicia. Es a los cansados y a los cargados a quienes Cristo invita a venir a Él, y para ellos su promesa es segura: "Encontraréis descanso para vuestras almas". Pero el descanso viene al llevar el yugo de Cristo, al soportar la carga de Cristo.

7 de marzo de 1895

La Cruz Pruebas irrefutables

EGW

Cristo vino al mundo para convencer a los hombres, con pruebas que no podían ser controvertidas, de que "Dios es amor". Este hecho, tan largamente disputado por Satanás, ha quedado para siempre en paz con los mundos no caídos y con las inteligencias celestiales. Queda en paz con aquellos que miran a un Salvador levantado, que están convencidos por la manifestación del amor de Dios desplegado en el Calvario. La maravillosa condescendencia de Dios al dar a Cristo al mundo para que pusiera en práctica los principios del carácter divino, deja a toda inteligencia humana sin sombra de excusa para negar su lealtad al Dios del cielo. Jesús era uno con el Padre, y reveló la perfección de Dios, y sin embargo vino al mundo en semejanza de carne pecaminosa y por el pecado, y condenó el pecado en la carne con su propia vida de perfecta obediencia a la ley de Dios, mostrando que los hombres pueden llegar a ser partícipes de la

naturaleza divina, y pueden por la fe en Cristo asirse del poder moral que ha sido puesto a su alcance por el amor tan abundantemente expresado en su favor. Los agentes humanos pueden formar caracteres según la semejanza divina, a causa del gran amor con que Cristo nos ha amado. El Salvador dijo: "Yo soy el Buen Pastor, y conozco a mis ovejas, y soy conocido de las mías. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y doy mi vida por las ovejas". "El pan que yo daré es mi carne, que yo daré por la vida del mundo". "Este mandamiento he recibido de mi Padre".

Aquí estaba el poder que sostuvo la naturaleza humana de Cristo, y que se mostró poderoso para salvar. En Cristo había una sabiduría no nacida de la tierra, sino de extracción celestial, mediante la cual se desplegó el plan de salvación, que suscitó la admiración del universo de Dios. El plan de redención se desplegó en la vida práctica del Redentor del mundo. Se aferró al hombre con su brazo humano y no lo soltó, y con su mano divina se aferró al trono del Infinito. En todos los detalles de su vida dio a las inteligencias terrenas y celestiales un ejemplo de humildad, de fidelidad en honrar y aceptar cada exigencia de la ley de Dios. Manifestó santidad (integridad) al aceptar y expresar esa ley, al presentarla ante el mundo, y al apretar cerca de su corazón esa violada ley de Dios, planeando para su honor, ordenando a aquellos que discernirían el camino de Dios que miraran hacia arriba y se regocijaran, y diciendo: "Tened buen ánimo, yo he vencido al mundo." Tronos y reinos serán tuyos si soportas la prueba y la comprobación de Dios, pues sólo los leales entrarán en los portales de la bienaventuranza.

Jesús colocó la cruz en línea con la luz que viene del cielo, pues es allí donde debe llamar la atención del hombre. La cruz está en línea directa con el resplandor de los semblantes divinos, para que contemplando la cruz los hombres puedan ver y conocer a Dios y a Jesucristo, a quien él ha enviado. Contemplando a Dios contemplamos al que derramó su alma hasta la muerte. Al contemplar la cruz, la vista se extiende a Dios, y se discierne su odio al pecado. Pero mientras contemplamos en la cruz el odio de Dios al pecado, contemplamos también su amor a los pecadores, que es más fuerte que la muerte. Para el mundo, la cruz es el argumento incontrovertible de que Dios es verdad, luz y amor.

El plan de Satanás era, mediante sus filosofías mentirosas, ensanchar la brecha que existía entre Dios y el hombre. Sostenía que el hombre no podía guardar la ley de Dios, y por lo tanto que Dios se había visto obligado a cambiar las leyes que había hecho, y había abolido la regla de su gobierno. La obra de Satanás

consistía en mantener en marcha la agitación contra Dios, y mantener en primer plano la cuestión de si Dios era luz y amor o no. Satanás había cargado a Dios con sus propios atributos, y así sembró en los corazones de los hombres las semillas de la enemistad contra Dios, porque el hombre aceptó las declaraciones de aquel que era mentiroso desde el principio. Uniendo al hombre caído consigo mismo, mantuvo en continua circulación una serie de teorías falsas con respecto a Dios, afirmándolas como verdad, para poder encubrir la verdad e interponer su sombra entre los hombres y el camino y la vida.

Satanás sólo podía establecer una enemistad pronunciada contra Dios poniendo en tela de juicio las leyes de su gobierno. Al hacer esto engañó a muchos, y por medio de sus sutiles razonamientos hizo que muchos transgredieran. Así pensó cultivar una cosecha tan grande de enemistad hacia Dios que desalentara el poder divino, agotara la paciencia de Dios y contrarrestara su amor, de modo que Dios abandonara al hombre a su engañador retirándole su misericordia y su gracia. Pensó obrar de tal modo con los agentes humanos que la última chispa de amor muriera del corazón de Dios, y le hiciera levantar la espada de la justicia y destruir a la raza rebelde. Luego Satanás supuso que sus pretensiones serían vindicadas ante mundos no caídos, ante ángeles no caídos.

Las señales de la misericordia fueron continuamente exhibidas, y, aunque aquellos que podrían haber recibido las ofertas celestiales de amor y misericordia, continuamente contestaban con desafío, y respondían: "No queremos tus caminos, oh Dios; apártate de nosotros", y los principios de odio a la ley de Dios aumentaban continuamente, sin embargo, la paciencia de Dios no cesó; no fracasó ni se desanimó. El amor y el odio se enfrentaban cara a cara. ¿Iban a recibir los hombres el golpe aniquilador de un Dios ofendido? "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". En la crisis, cuando la iniquidad se había extendido por el mundo, y Satanás parecía a punto de triunfar, vino Jesús con el embalse de la misericordia divina. Satanás, se regocijaba en la idea de que había llevado a los hombres a tal estado de maldad que Dios destruiría el mundo, pero Jesús vino, no para condenar sino para salvar al mundo.

Pero, ¿se había extinguido con la muerte de Cristo la ley de Dios que señalaba la transgresión del hombre? Si así fuera, Satanás habría ganado todo lo que se había propuesto obtener. La verdad, la verdad eterna, fue vindicada en la manifestación de la justicia de Dios, que es en su verdadera esencia el amor de

Dios. La cruz de Cristo atestigua la inmutabilidad de la ley de Jehová. Dios pudo dar a su Hijo unigénito, pero no pudo abolir ni una jota ni una tilde de su ley, para satisfacer al hombre en su condición caída. Anular una tilde de la ley sería anular toda la ley. La cruz del Calvario por todos los tiempos, por toda la eternidad, es el argumento incontestable respecto a la inmutabilidad de la ley de Dios.

El mundo entero está condenado ante la gran norma moral de la justicia. En el gran día del juicio cada alma que haya vivido en la tierra recibirá sentencia de acuerdo a si sus obras han sido buenas o malas a la luz de la ley de Dios. Toda boca se callará cuando la cruz con su Víctima moribunda sea presentada, y su verdadero porte será visto por toda mente que haya sido cegada y corrompida por el pecado. Los pecadores estarán condenados ante la cruz, con su Víctima misteriosa inclinándose bajo la carga infinita de la transgresión humana. ¡Cuán rápidamente será barrido todo subterfugio, toda excusa mentirosa! La apostasía humana aparecerá en su carácter atroz. Los hombres verán cuál ha sido su elección. Entonces comprenderán que han elegido a Barrabás en lugar de Cristo, el Príncipe de Paz.

El misterio de la encarnación y de la crucifixión será claramente discernido; porque será presentado ante el ojo de la mente, y cada alma condenada leerá cuál ha sido el carácter de su rechazo de la verdad. Todos comprenderán que se han apartado de la verdad al recibir las interpretaciones erróneas y las mentiras hechiceras de Satanás en lugar de "toda palabra que sale de la boca de Dios." Leen el anuncio: "Tú, oh hombre, has elegido permanecer bajo el estandarte del gran rebelde, Satanás, y al hacerlo te has destruido a ti mismo". Cualquiera que haya sido la dote de talento, cualquiera que haya sido la supuesta sabiduría, el que rechaza la verdad no tiene entonces capacidad para volverse a Dios. La puerta está cerrada, como lo estaba la puerta del arca en los días de Noé.

Los grandes hombres de la tierra comprenderán entonces que han rendido mente y corazón a la filosofía atrapadora que complacía al corazón carnal. La esperanza y la gracia y todos los incentivos les habían sido ofrecidos por Aquel que los amaba, y dio su vida por ellos, para que todo el que creyera en él no pereciera, sino que tuviera vida eterna, pero ellos rechazaron el amor de Dios. Se ensalzaban sus opiniones elevadas, sus razonamientos humanos; se declaraban suficientes por sí mismos para comprender los misterios divinos, y pensaban que sus propias facultades de discernimiento eran lo bastante fuertes para discernir la verdad por sí mismos. Fueron presa fácil de la sutileza de Satanás, que les presentó errores engañosos de la filosofía humana, que se

encapricha de las mentes humanas. Se apartaron de la Fuente de toda sabiduría y adoraron al intelecto. El mensaje y los mensajeros de Dios fueron criticados y descartados como inferiores a sus ideas humanas y elevadas. Se burlaron de las invitaciones a la misericordia, negaron la divinidad de Jesucristo y se mofaron de la idea de su preexistencia antes de asumir la naturaleza humana. Pero los jirones del razonamiento humano sólo serán como cuerdas de arena en el gran día de Dios.

14 de marzo de 1895

Cristo, la personificación de la Ley

EGW

Jesús dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido." De Cristo se escribió: "Él engrandecerá la ley y la hará honorable". Vivió la ley a la vista del universo celestial, a la vista de los mundos no caídos y a la vista de los hombres pecadores. En esta tierra llevó a cabo su misión y cumplió su oficio, y, mediante la obediencia a la ley de Dios, dio testimonio de todo su carácter inmutable, demostrando al mismo tiempo que sus preceptos podían ser perfectamente obedecidos mediante su gracia por cada hijo e hija de Adán.

"Esto es bueno y agradable delante de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, para dar testimonio a su debido tiempo." "Y vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiese intercesor; por lo cual su brazo le trajo salvación, y su justicia, le sustentó." "Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado, y se pusiese en la brecha delante de mí por la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé."

El Señor Jesús era el único que podía llenar el vacío y restaurar el cerco de la ley de Dios. No vino a abrogar la ley, sino a cumplir todas sus especificaciones. El Señor Jesús tenía una concepción de la ley muy diferente de la de los escribas y fariseos, los rabinos y saduceos. Ellos habían corrompido la verdad con tradiciones y máximas de hombres. Habían pervertido los símbolos que señalaban a Cristo. Pasaron por una ronda de ceremonias que estaban desprovistas de virtud porque estaban desprovistas de vida. Cualquiera forma,

cualquier símbolo externo, si no está impulsado por la santidad y la verdadera bondad, no es más que una burla. La verdadera bondad, la verdadera obediencia a Dios, no tiene necesidad de ostentación y desfile. La piedad vital se revelará sin un gran esfuerzo de exhibición. La vida espiritual se manifestará por la transformación del carácter en aquel que posee el poder divino que obra la santificación. Un nombre para vivir, y ninguna actividad vital, es una contradicción, porque la muerte está allí.

Jesús dijo de sus seguidores: "Vosotros sois la luz del mundo". Deben brillar en medio de la oscuridad moral. No haciendo largas oraciones para ser vistos por los hombres, no reclamando una posición elevada, no siguiendo una larga, prescrita y tediosa ronda de ceremonias, sino imbuidos del principio activo del amor a Dios. El pueblo de Dios debe brillar obrando las obras de Dios con celo sincero como hijos obedientes, mostrando seriedad y lealtad a Cristo, no siendo sólo oidores, sino hacedores de sus palabras. Deben brillar obrando su salvación con temor y temblor, sabiendo que Dios es el que obra en ellos el querer y el hacer, según su beneplácito.

Los seguidores de Cristo son atraídos hacia Él, y se les imparte el Espíritu Santo, de modo que no son una masa de corrupción, sino que son como la sal. Jesús dijo: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? ya no sirve para nada, sino para ser echada fuera y hollada de los hombres". La religión de los fariseos fue bien descrita con el término de la sal que había perdido su sabor. Los fariseos, que amaban el honor de los hombres, que amaban sus propias máximas y tradiciones, hicieron ídolos de sus propias pequeñas especificaciones, y perdieron de vista las doctrinas de la Biblia, y la muerte espiritual fue la consecuencia.

En su sermón de la montaña, Jesús presentó los verdaderos principios de la ley de Dios, y despojó los preceptos de Dios de la basura de las invenciones humanas que se habían ido acumulando durante siglos, corrompiendo los verdaderos principios de la religión y haciéndolos consistir en una incesante ronda de ceremonias. Jesús presentó la verdad en su forma no adulterada, y mostró que los principios de la ley deben plantarse en el corazón. Dejó a sus seguidores la tarea de cambiar todas sus ideas anteriores acerca de los exigentes requisitos de los hombres y, por amor a Él, seguir la pureza de carácter y de conducta. Pero de ninguna manera da licencia a la idea de que la ley de Dios no es obligatoria, porque su reino está establecido sobre la ley de Dios.

Jesús dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Luego, de la manera más solemne, retoma las especificaciones de la ley, y muestra cuán trascendental es cada precepto que ha de escribirse en sus corazones y manifestarse en su carácter. Y mientras el pueblo escuchaba sus palabras, decía: "Nunca hombre alguno habló como éste".

El Señor Jesús vino a nuestro mundo para representar el carácter de su Padre. Vino a vivir la ley, y sus palabras y su carácter eran diariamente una exposición correcta de la ley de Dios. Su propio ejemplo personal testificó al mundo, a los ángeles y a los hombres que él guardaba la ley de Dios, y era un modelo y un modelo para la humanidad. "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". Jesús fue una manifestación viviente de lo que era la ley, y reveló en su carácter personal su verdadero significado, y mostró que era el único remedio para los males existentes, cuando fue liberada de la basura de las tradiciones y máximas de los hombres. Tal como era expuesta por los escribas y fariseos, era engañosa porque se tergiversaba, y pervertía el carácter de los que recibían las tradiciones y los mandamientos de los hombres.

El Señor Jesús dio a los hombres una representación del carácter de Dios en su vida y ejemplo. La ley de Dios es la transcripción del carácter de Dios. Y en Cristo tuvieron sus preceptos ejemplificados, y el ejemplo fue mucho más eficaz de lo que había sido el precepto. Cristo fundó su reino sobre la ley de Dios, y los que seguían a Cristo, imitando su vida y su carácter, se declaraban leales y fieles a todos los mandamientos de Dios. Jesús fue una ilustración viviente del cumplimiento de la ley, pero su cumplimiento no significó su abolición y aniquilación. Al cumplir la ley, llevó a cabo cada especificación de sus exigencias.

Adán cayó por desobedecer los mandamientos del Señor; pero Cristo tomó el campo de batalla para resistir las tentaciones de Satanás, y negarse a transgredir un "Así dice el Señor". Declara: "No he venido para abrogar la ley, sino para cumplirla"-para cumplir todos los requisitos de la ley. No podía haber ninguna desviación de su parte de una sola especificación de la ley. Si hubiera habido el

menor fallo en el cumplimiento de alguno de sus mandamientos, habríamos tenido en Cristo un sacrificio sin valor. Los fariseos acusaron a Cristo de quebrantar el sábado. Cristo se había declarado el Señor del sábado y había cumplido cada principio del mandamiento del sábado, y les preguntaron cómo era que condenaban al que no tenía culpa. ¿Tomaremos las palabras de los fariseos, que acusaron a Cristo de pecado, o tomaremos las palabras de Cristo, que se declaró sin culpa? ¿Aceptaremos la acusación de los fariseos como verdadera, y no tendremos nada mejor que un pecador por Salvador? No, no; nunca manches los labios con tal engaño, y des falso testimonio contra Jesús, como hicieron los judíos.

Jesús es la Luz del mundo, y los que afirman que quebrantó la ley de Dios están en las tinieblas del error. Sus mentes están pervertidas, su entendimiento está oscurecido de la misma manera que lo estaba el entendimiento de los fariseos a quienes Cristo se dirigió diciendo: "Vosotros ignoráis las Escrituras y el poder de Dios." Anularon la ley de Dios con su tradición. Profesando ser seguidores de Dios, se habían apartado del santo mandamiento, y eran como la sal que ha perdido su sabor. La sal impura no tiene virtud salvadora. Si los seguidores de Cristo no derivan su vida, su fragancia y sus cualidades salvíficas de Jesucristo, no tienen valor espiritual. Pero todos los que conforman su vida, su corazón, su mente, plena e incondicionalmente a su servicio, reflejan su imagen, y derraman los brillantes rayos del Sol de Justicia en la oscuridad de un mundo que yace en la maldad.

21 de marzo de 1895

Los padres deben enseñar los estatutos de Dios

EGW

Los padres y las madres que se dicen cristianos y que no han sido hacedores de las palabras de Cristo, que no han educado y formado a sus hijos en hábitos correctos, no los han educado para amar y temer a Dios, como Dios les ha ordenado. Las palabras de Moisés a Israel, acerca de los estatutos y juicios del Señor, son también palabra de Dios para nosotros; dice: "Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de las naciones, las cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es pueblo sabio y entendido. Porque ¿qué nación hay tan grande, que tenga a Dios tan cerca de sí, como lo está Jehová nuestro Dios en todas las cosas por las cuales le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y decretos tan justos como toda esta ley, que yo pongo hoy

delante de vosotros? Solamente guárdate de ti mismo, y guarda tu alma diligentemente, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, y no se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; sino enséñaselas a tus hijos, y a los hijos de tus hijos; especialmente el día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Reúneme al pueblo, y le haré oír mis palabras, para que aprenda a temerme todos los días que viviere sobre la tierra, y para que enseñe a sus hijos."

"Oye, pues, Israel, y cuida de ponerlo por obra, para que te vaya bien y te multipliques, como el Señor, el Dios de tus padres, te ha prometido, en la tierra que mana leche y miel. Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán en tu corazón; y las enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellas cuando estés sentado en tu casa, y cuando andes por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes."

¿Quién dio estos mandamientos? Fue el Señor Jesús, envuelto en la columna de nube. Presentó al pueblo la única norma verdadera de carácter, que es la ley de Dios. "Y cuando tu hijo te preguntare en el futuro, diciendo: ¿Qué significan los testimonios, los estatutos y los decretos que Jehová nuestro Dios os ha mandado? entonces dirás a tu hijo: Fuimos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa". El Señor ordenó a los padres que repitieran a los hijos sus tratos pasados con ellos, pues las poderosas obras de Dios debían mantenerse siempre frescas en sus mentes. "Y el Señor nos mandó que pusiéramos por obra todos estos estatutos, para temer al Señor nuestro Dios [no con un temor servil, sino], por nuestro bien siempre, para que nos conserve con vida, como sucede en este día. Y será nuestra justicia, si cuidamos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado."

El Señor les advirtió para que no cayeran en pecado, se olvidaran de Dios y practicasen la idolatría. Pero en caso de que practiquen la idolatría, y sean llevados cautivos por sus enemigos, el Señor hace provisión para su reintegración en su favor, y dice:

"Pero si desde allí buscas al Señor tu Dios, lo encontrarás, si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma. Cuando estés en tribulación, y te sobrevengan todas estas cosas, aun en los postreros días, si te volvieres al Señor tu Dios, y

obedecieras a su voz (porque el Señor tu Dios es un Dios misericordioso), él no te desampará, ni te destruirá, ni olvidará el pacto de tus padres, que les juró."

¿A qué voz debían obedecer? A la voz que les habló la ley desde el monte Sinaí. "Pregunta ahora en los días pasados, que han sido antes de ti, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra, y pregunta desde un lado del cielo hasta el otro, si ha habido cosa semejante a esta gran cosa, o se ha oído como ella. ¿Oyeron alguna vez los hombres la voz de Dios que hablaba de en medio del fuego, como tú has oído, y vivieron?".

En estos últimos días la luz ha estado brillando para el pueblo de Dios con rayos claros y brillantes. Está brillando sobre muchos que han sido llevados a la idolatría por guardar un sábado espurio, por seguir la tradición de los hombres en lugar de los mandamientos de Dios; pero si ahora se vuelven al Señor de todo corazón para guardar sus mandamientos, Dios se mostrará misericordioso.

Los padres tienen un deber solemne que cumplir. Deben trabajar con el mayor empeño para contrarrestar sus propias falsas enseñanzas. Deben elevar la verdadera norma de carácter, y poner sus propios hábitos y prácticas en armonía con Dios, y ser hacedores de la palabra de Cristo. Deben retomar su trabajo descuidado, y educar y formar a sus hijos de acuerdo con las instrucciones dadas en la Palabra de Dios. No debe haber negligencia por parte de los padres, ni negligencia por parte de los instructores, para cumplir fielmente su deber en el temor de Dios, al elevar el estandarte ante los jóvenes tanto por precepto como por ejemplo.

"La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma". Los padres y maestros deben sentir que es su deber tratar fielmente a los que están a su cargo; pero también deben darse cuenta de que deben tratar amorosa y misericordiosamente a los descarriados. Necesitarán tener larga paciencia y tolerancia, cultivar el poder de presentar incentivos celestiales de tal manera que inspiren valor y esperanza a los que tienen defectos de carácter, a fin de que los descarriados hagan esfuerzos decididos por reformarse, ejercitando la fe en Dios, que les ha dado preciosas evidencias del gran amor con que los ha amado.

Por medio del profeta Isaías, el Señor dice: "Yo, el Señor, tu Dios, sostendré tu mano derecha, diciéndote: No temas; yo te ayudaré. No temas, gusano Jacob, y vosotros hombres de Israel; yo te ayudaré, dice el Señor, y tu Redentor, el Santo de Israel". El Señor ha estimado el valor del alma humana por el valor del sacrificio hecho en la cruz del Calvario. Entonces, que cada agente humano recuerde que los reclamos de Dios están sobre él, y que no es suyo. Que aquellos

que están obteniendo una educación, pensando que se comprometerán en el trabajo para el Maestro, para hacer avanzar su verdad en la tierra, tengan cuidado de sí mismos, y se examinen de cerca para saber si están o no en la verdad. ¿Está la verdad obrando por amor y purificando el alma de su contaminación moral? Dios no aceptará como colaboradores suyos a quienes no tengan verdadero sentido de la santidad y de la virtud. Los que llevan el yugo con Cristo estarán en armonía con los propósitos de Cristo, y representarán a Cristo en carácter. Serán luces para el mundo.

28 de marzo de 1895

Intereses temporales subordinados

EGW

La cruz de Cristo es la poderosa agencia a través de la cual Dios ha planeado mover el mundo. Cristo, como sacrificio expiatorio, ha influido en las inteligencias celestiales a tal grado que es su mayor alegría trabajar como mensajeros de Cristo, para ministrar a los que serán herederos de la salvación. ¡Oh, cuán importante se ha vuelto este mundo! Todos los ojos del universo de Dios miran a este mundo, pues es aquí donde se libra la gran batalla. Cristo, el príncipe de la vida, está en conflicto con Satanás, el príncipe de las tinieblas, por cada alma caída, a fin de rescatar a la raza humana de la esclavitud de Satanás. Satanás y sus agencias se oponen a todo esfuerzo por el progreso del bien.

La cruz de Cristo será presentada tan claramente ante el mundo que todo otro poder será eclipsado, y la raza humana será atraída en homenaje a Cristo Jesús. El Padre ha entregado todo en las manos de Cristo, todo poder, dominio y gloria han sido conferidos al Hijo de Dios. Cuando el ojo se dirige al Calvario, el alma contempla a Jesús, el Sufriente real, muriendo por el pecado del hombre, para que el hombre pueda tener otra prueba, otra oportunidad de obtener la vida eterna. Cuando Jesucristo se presenta evidentemente ante los ojos del pecador, manifestado en la carne y crucificado por él, el Espíritu ha tomado las cosas de Cristo y se las ha mostrado al pecador, y el resultado ha sido la transformación del carácter, el pecador llega a ser una nueva criatura en Cristo Jesús.

Pero, aunque el mayor Don del cielo ha sido otorgado para atraer la atención de los hombres hacia el cielo, los hombres están atrapados por las tentaciones de Satanás, y sus mentes parecen estar encadenadas a la tierra. Nuestro Salvador vino al mundo para corregir este mal y para fijar los afectos del alma en las

cosas de arriba. Alzó su voz en advertencia, diciendo: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". El Redentor del mundo llama la atención de los hombres sobre la vida más noble que han perdido de vista, y pone de nuevo al alcance de su vista realidades invisibles y eternas. Abre ante sus ojos las glorias del cielo.

"Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre: Yo conozco tus obras; he aquí que he puesto delante de ti una puerta abierta y nadie la puede cerrar". Jesús lleva a los hombres hasta el mismo umbral del cielo, y abre ante ellos el santuario, inundado de la gloria del Señor de los ejércitos, sentado en un trono alto y sublime, y la estela de su gloria llenaba el templo. Algunos han sostenido, tanto con la pluma como con la voz, que mirar las realidades invisibles incapacitaría a los seres humanos para dirigir sabiamente los asuntos de esta vida. Se ha argumentado que los asuntos terrenales parecerían tan inferiores cuando se los comparara con las cosas celestiales, que todo pensamiento e impulso estaría ocupado con el mundo venidero, y que los asuntos terrenales serían descuidados.

Aunque Jesús presenta a la mente las realidades del mundo venidero, todas sus lecciones, tanto a sus discípulos como a las multitudes promiscuas que se agolpaban a su paso, tenían el carácter de crear un interés sano y apropiado en los asuntos de esta vida, y de presentar a la mente las realidades eternas como de suprema importancia. Toma el mundo como en sus manos, le asigna el lugar que le corresponde, e indica a sus discípulos cuáles son sus deberes respecto a las cosas de esta vida. Quiso que todos los hijos e hijas de Adán aprendieran de él, el más grande Maestro que el mundo haya conocido. Tanto con el precepto como con el ejemplo les enseñó que cada momento de la vida estaba cargado de responsabilidad eterna. Desbrozó la vida de sus vanidades y locuras, distinguiendo entre la cizaña y el trigo, y presentando ante los hombres lo puro, lo precioso, lo deseable en comparación con lo finito y perecedero.

El Señor Jesús hizo el mundo. "Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron". Sin embargo, el que hizo todas las cosas, el que era igual al Padre, uno con Dios, el que era a imagen expresa de su persona y carácter, dejó la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuera, revistió su divinidad de humanidad y vino a nuestro mundo para que la humanidad tocara a la divinidad y la divinidad santificara a la humanidad. Vino para que los hijos

e hijas caídos de Adán pudieran recuperarse de los efectos de la transgresión y caída de Adán y, mediante su poder divino y elevador, llegaran a ser hijos e hijas de Dios. Ve que el mundo está en gran parte bajo el control del enemigo de Dios y del hombre, y no puede romper el hechizo de enamoramiento que se cierne sobre ellos. Satanás, que tentó primero a Eva en el Edén, y por medio de ella causó la caída de Adán, continúa sus tentaciones, procurando por todos los medios retener a los hombres en la desobediencia. Todo artificio mentiroso es puesto en operación para tergiversar al Padre y disputar la autoridad de su Hijo unigénito. Satanás proyecta una sombra infernal ante el mundo para ocultar de la vista a Dios y al Redentor del mundo, de modo que si se les ve, sea a través de las brumas y nieblas de la superstición, la tradición y el error, y no en la verdad.

La misión de Cristo en nuestro mundo fue poner las cosas en orden, sacar a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. Vio al mundo persiguiendo la felicidad y no encontrándola, encontrándose con el fracaso por todas partes, y sin embargo siempre deseoso de dar a cada incentivo halagador una prueba para alcanzar lo que buscaban. Les señaló la verdadera fuente de la felicidad. El Redentor del mundo quiere que dirijan su atención al mundo de lo alto, y les da lecciones en las que las realidades eternas se ponen siempre a la vista, donde mostró a los hombres lo que es bueno e imperecedero. El tesoro que buscan no se encuentra en la tierra. Deben poner sus afectos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Les dijo: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas".

Satanás ha cegado los ojos de aquellos que no ven nada más allá de los intereses terrenales y temporales. Son incapaces de contemplar las cosas que están lejos, mientras que ven con visión magnificada los más meros átomos de los intereses mundanos que asumen proporciones grandes y atractivas. Están espiritualmente ciegos, y el Señor Jesús realiza un milagro mayor cuando devuelve la visión espiritual a los que han sido cegados por el brillo y el oropel de este mundo, que si curara la enfermedad más maligna. Encontró al mundo, que tiene almas que salvar o que perder, confundiendo fantasmas con realidades.

El gran engañador trató de cegar los ojos de Cristo con el brillo y el oropel del mundo, y presentó ante él los reinos de este mundo y la gloria de ellos. Él, que había caído del cielo, se presentó al mundo como poseedor de los oropeles del mundo de arriba, a fin de inducir a Cristo a aceptar el soborno y a postrarse y adorarlo. Llamándole por su verdadero nombre, Jesús reprende al engañador.

La divinidad resplandeció a través de la humanidad sufriente, y puso de manifiesto mediante su palabra la autoridad del cielo. Revela al engañador que, aunque había retomado el disfraz de ángel de luz, su verdadero carácter no se ocultaba al Salvador del mundo. Lo llamó Satanás, el ángel de las tinieblas, que había abandonado su primer estado y había rechazado la lealtad a Dios.

Jesús vence al gran engañador, y ve cómo obra con los hijos de la desobediencia para mantenerlos en la desobediencia. Lo ve engañándolos con innumerables engaños, y contempla a los hombres dispuestos a aceptar el soborno ofrecido para tener el mundo y adorar al engañador, antes que renunciar al mundo y adorar al Hijo de Dios. Absortos en proveer a sus necesidades temporales, empeñados en la persecución de las ventajas y atractivos mundanos que Satanás les ofrece, lo apuestan todo para ganar el reluciente premio, y pierden ambos mundos. Jesús, el Redentor del mundo, los exhorta a respetar la recompensa del galardón, a valorar su felicidad eterna y a tener presente la eternidad. Él trata de curar la vista espiritual defectuosa del alma con la que entra en contacto y trae el cielo ante su visión. Conoce las necesidades de los mortales. No pierde de vista sus necesidades temporales; pero les presenta también lo que es más noble y elevado que las cosas temporales, y les pide que consideren las exigencias de la futura vida inmortal. Quiere atraer la mente y atraer la atención hacia la contemplación de las realidades eternas.

Los que sirven a las riquezas, ponen la religión bíblica en un lugar secundario. Pero los que aman y sirven a Dios subordinarán sus intereses temporales a sus intereses eternos, y, en vez de gastar todas sus energías en asegurarse propiedades, entregándose a los placeres mundanos, para asegurarse lo que es simplemente temporal y perecedero, buscarán la inmortalidad mediante la paciente perseverancia en el bien hacer, y ejercitarán sus energías espirituales en asegurarse el tesoro eterno.

4 de abril de 1895

Oración y vigilancia en el conflicto

EGW

Se nos exhorta a orar siempre, a velar en oración, no sea que Satanás se interponga entre el alma y Dios, o se mezcle con nuestras oraciones a tal grado que Dios y Cristo queden fuera de nuestra vista, que la palabra empeñada de Dios quede sin efecto. Quiere ocupar la mente de tal manera que los que profesan ser cristianos sólo tengan unos pocos pensamientos vagabundos de

Dios, y se dediquen a temporadas ocasionales y lánguidas de oración. Quiere que descuiden acudir a Dios, que es la gran reserva de poder.

El gran Maestro, Jesucristo, nos mostraría algo mejor que todo lo que hemos conocido hasta ahora. Nos inculcaría la necesidad de esforzarnos seriamente, de hacer esa súplica sincera de sabiduría y gracia que sería proporcional al objeto que perseguimos como cristianos. ¿Qué es la paja para el trigo? "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". Satanás está constantemente trabajando para presentar las cosas mundanas bajo una luz tan atractiva que el cristiano pueda ser sobornado para hacer del mundo su primera consideración. Si indujera al cristiano a buscar tesoros mundanos, y diera importancia secundaria a las cosas de Dios, fácilmente borraría del alma la imagen de Dios. Las cosas que se ven son de carácter diverso, y solicitan la atención y ansían el lugar más alto en los pensamientos, y existe el peligro continuo de que las cosas de este mundo obtengan la supremacía, y nos hagan descuidar las cosas de valor inestimable. Jesús ha traído el cielo a la vista, y presenta su gloria a nuestros ojos para que la eternidad no quede fuera de nuestro cálculo. Con voz de advertencia clama: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón".

El Señor tiene en cuenta los intereses de sus criaturas. Él presenta el cielo ante la visión, y al hacerlo está planeando nuestra paz en la tierra. "Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". Debemos invertir en intereses celestiales y trabajar siempre con el cielo en mente, depositando nuestro tesoro en el banco del cielo. Como hijos obedientes de Dios, recibiremos la impresión de la imagen divina, y nuestras expectativas no pueden ser exageradas en cuanto al valor y la seguridad de nuestras inversiones celestiales, porque estamos seguros de la estabilidad del cielo. Mientras tengamos presente el cielo, podremos disfrutar de las misericordias concedidas en esta vida con mayor deleite. No ponemos el corazón en ellas, y si las perdemos tenemos un tesoro en el cielo.

El Señor dice: "Vended lo que tenéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, un tesoro en los cielos que no se agota, donde ladrón no se acerca, ni polilla corrompe. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". Aquellos que presten atención a esta instrucción no estarán colocando su tesoro en un banco incierto. Estarán haciendo sacrificios por

Jesús; y todo sacrificio y abnegación hechos en su nombre traerán su recompensa. Aquellos que se comportan como fieles administradores de los bienes de su Señor, que consagran sus talentos a su servicio, usando sus medios e influencia y habilidad para promover su causa en la tierra, tienen la promesa de que serán recompensados, no porque el Señor esté en deuda con alguna agencia humana, sino porque tienen la mente de Cristo. Ellos hacen evidente en su vida que la verdad ha transformado sus caracteres, que por medio del Espíritu sus almas han sido santificadas. A los tales el Señor del cielo les promete que en esta vida tendrán el ciento por uno, y en el mundo venidero la vida eterna.

Todo esfuerzo por superar el egoísmo y el pecado, todo esfuerzo por usar los talentos que Dios ha dado, no para glorificarse a sí mismo, sino para honrar a Dios, nos hará más aptos para estar entre los que serán bendecidos en el reino de Dios. Los que se niegan a sí mismos se hacen partícipes de la naturaleza divina, y son uno con Cristo y con el Padre. La experiencia diaria de esta vida nos prepara para llegar a ser miembros de la familia real. Jesús vino a esta tierra para entablar una lucha con Satanás y sus ángeles en favor de los hombres caídos. Jesús conoce las tentaciones y las dificultades que el hombre tendrá que afrontar en la batalla, y conoce y se conmueve con el sentimiento de nuestras flaquezas. Mientras lleva a sus seguidores a una eminencia, y les muestra la vasta confederación del mal que se alza contra ellos, también les muestra la corona de la vida. Les recuerda que es mucho lo que está en juego, y les muestra el plan de la batalla, señalándoles sus peligros y pidiéndoles que cuenten el costo. Les hace ver que, si salen victoriosos de la contienda, lo ganarán todo. Les dice que los ángeles celestiales cooperarán con ellos contra las huestes del mal, y que pueden llegar a ser obreros junto con Dios, porque son hijos de la luz y no de las tinieblas. Su guerra consistirá en hacer retroceder a los poderes de las tinieblas, en tomar las fortalezas del enemigo, y les muestra que tienen en sus filas a Uno más poderoso que los ángeles del cielo. El Capitán del ejército del Señor está con ellos y les presta ayuda divina. Se oye su voz diciendo: "Tened buen ánimo; yo he vencido al mundo".

Los hijos del Rey celestial luchan a la vista y en presencia de todo el universo de Dios, y este hecho debe enervarnos para el conflicto, llevándonos a seguir venciendo y a conquistar. Es imposible que el hombre, con sus propias fuerzas, venza las tendencias naturales al mal. No hay ninguna cualidad salvadora en la ley, que salve al transgresor de la ley, y sin embargo ningún hombre que haya tenido luz en cuanto a las exigencias obligatorias de la ley será excusado de obedecer por el gran Legislador porque sea inconveniente guardar los mandamientos de Dios, porque perjudicaría la popularidad del hombre, o

dañaría sus intereses mundanos. En el juicio se verá que la ley es la prueba del carácter. Es el propósito establecido de Satanás engañar a los hombres de hoy como engañó a Eva en el Edén, y llevarlos a desatender el mandamiento de Dios, y aceptar algo aparte de Dios, algo independiente de Dios, algo en oposición a Dios.

Los que aceptan las sugerencias de Satanás no viven de toda palabra que sale de la boca de Dios, como Abraham. No guardan el camino del Señor, para hacer justicia y juicio. Van en pos de las riquezas, y se llenan de deseos de otras cosas. Toman sobre sí el cuidado de este mundo. Hay un cuidado que es esencial. Es una prudente previsión respecto a los asuntos temporales, y está en armonía con la razón; pero el cuidado que se condena es el que se trae sobre el alma siguiendo las sugerencias de Satanás, practicando falsedades para ganar riquezas o procurarse una posición. Esta clase de cuidado es el resultado de la desconfianza y del alejamiento de Dios; y el agente humano, en lugar de ser un trabajador junto con Dios, se convierte en un colaborador de Satanás. Las circunstancias parecen estar fuera del control de quien rinde lealtad al maligno. Trabaja en contra de Dios. No está satisfecho de sí mismo. Tiene tantos deseos vanos, tantos pensamientos perplejos, y hace tantas cosas que desprecia. Cuando oye la palabra de Dios, se siente condenado, pero los malos propósitos lo dominan, porque no tiene fuerzas para resistir las sugerencias de Satanás, y la palabra de Dios no encuentra alojamiento en su corazón. Mientras sus ojos y sus pensamientos son atraídos hacia la tierra, no puede ver las realidades eternas.

"Nadie puede servir a dos señores". Las teorías de Satanás ahogan continuamente la palabra en su mente. No hay vacío en el cual el Espíritu Santo pueda encontrar lugar para morar. El carácter del lado del mundo se fortalece, mientras que el carácter del lado de Cristo se debilita cada vez más al estar absorto en asuntos inferiores. El átomo de este mundo se convierte en un mundo, y el mundo eterno se convierte en un átomo.

11 de abril de 1895

Revelación de Dios por Cristo

EGW

Los que poseen la fe que obra por el amor y purifica el alma representarán a Cristo, en quien se centra su esperanza de vida eterna, negándose a sí mismos, sacrificándose por el bien de aquellos por quienes Cristo murió. Tendrán la experiencia por la que Pablo dobló sus rodillas ante el Padre de nuestro Señor

Jesucristo, "de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Los que han experimentado la bendición de Dios deberían ser las personas más agradecidas. Deben elevar a Dios palabras de agradecimiento porque Cristo vino en semejanza de carne de pecado, revistiendo su divinidad de humanidad, para poder presentar al mundo la perfección de Dios en su propio carácter. Vino a representar a Dios, no como un juez severo, sino como un padre amoroso. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Dios es amor. Esta fue la gran verdad que Cristo vino a revelar al mundo. Satanás había tergiversado de tal modo el carácter de Dios ante el mundo, que el hombre se hallaba alejado de Dios; pero Cristo vino a mostrar al mundo los atributos del Padre, a representar la imagen expresa de su persona. "Como el Padre me dio mandamiento, así hago yo". "Este mandamiento he recibido de mi Padre". El objeto de la misión de Cristo en el mundo era revelar al Padre.

El Señor Jesús es un ejemplo en todas las cosas. Por las obras que hizo, dejó claro que estaba en consejo con el Padre, y que en cada movimiento cumplía los propósitos eternos de Dios. En espíritu, en obras, en toda su historia terrena, reveló la mente y el propósito de Dios hacia su herencia entre los hombres. En su obediencia a la ley de Dios, ejemplificó en su naturaleza humana el hecho de que la ley es un trasunto de la perfección divina. En el don de Cristo al mundo, Dios quiso abrumar al hombre caído con una maravillosa manifestación de su gran amor con que nos ha amado; pero aunque quiso que todos se arrepintieran, la declaración no menos expresiva de su carácter es que de ningún modo exonerará al culpable. Si diera la menor aprobación al pecado, su trono se corrompería. A un costo inmenso, abre un camino de refugio para el pecador, proveyendo que a través de la obra del Espíritu Santo el hombre sea transformado en un hijo obediente de Dios, un súbdito leal de su reino. El que recibe a Jesucristo como Salvador personal, recibe también la protección y la luz celestiales, pues los ángeles de Dios son enviados para servir a los herederos de la salvación. La representación dada a Jacob de una escalera cuya base descansaba sobre la tierra y cuya cima llegaba hasta el trono de Dios, por donde ascendían y descendían los ángeles del cielo, es una representación del plan de

salvación. Si la escalera hubiera fallado en conectarse con la tierra por una pulgada, la conexión entre la tierra y el cielo se habría roto, y el hombre se habría perdido irremediamente. Pero la escalera está firmemente plantada sobre la tierra, para que el cielo se conecte con la tierra, y para que los hijos caídos de los hombres sean redimidos y rescatados. Cristo es la escalera que vio Jacob, cuya base está sobre la tierra, y cuya cúspide llega hasta el trono de Dios. Por esta escalera desciende la gloria de Dios, y por ella suben y descienden los ángeles del cielo para comunicar a los hijos perdidos de la tierra la luz y la gloria de Dios, cuyo tren llena el templo. Por medio de Cristo las inteligencias celestiales pueden comunicarse con los agentes humanos.

Cristo declaró: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí". Sólo Cristo puede salvar el abismo que el pecado ha hecho entre la tierra y el cielo, y hacer posible alcanzar al hombre caído con las oberturas de la misericordia. Pero a través de los méritos de Cristo, al hombre se le ha dado una segunda probación, para que pueda ser probado y comprobado por otra prueba para ver si será obediente a todos los mandamientos de Dios, y ser traído de vuelta en libertad del pecado, con su lealtad probada, para tener derecho al árbol de la vida, y entrar por las puertas en la ciudad.

Para que el hombre pudiera gozar de este privilegio, Cristo, el divino Hijo de Dios, se unió a la naturaleza humana, para que el hombre pudiera comprender que el verdadero Dios viviente haría a cada hijo e hija de Adán partícipe de la naturaleza divina mediante la unión consigo mismo, y así manifestar al mundo, a los mundos no caídos y a la sinagoga de Satanás, que la redención de la raza caída es posible. Dios quiere que sus hijos den testimonio del hecho de que Dios no puede estar satisfecho hasta que la raza caída sea redimida, reclamada y reintegrada a sus santos privilegios, teniendo libre acceso al árbol de la vida. Quiere que den testimonio del hecho de que, por la gracia de Cristo, pueden representar la semejanza de Cristo en carácter, y encontrar el mayor gozo en la seguridad de su gran amor con que nos ha amado. Una vez separados de Dios por las artimañas mentirosas de Satanás, se reúnen con él aprendiendo la lección del amor redentor, manifestado en el gran sacrificio de Cristo al dar su preciosa vida por la humanidad. Lo humano está unido a lo divino por un lazo tan fuerte que los mundos no caídos, los ángeles y los hombres se asombran, porque los que creen en el amor de Dios hacia ellos están seguros en el refugio de su amor, y ni todas las artes de Satanás pueden inducirlos a continuar en la transgresión de la ley de Dios.

Oh, ¿no puede comprender el pecador que Cristo revistió su divinidad de humanidad, para poder llegar a la humanidad? ¿No puede ver que Jesús vivió la vida que toda la raza humana puede vivir, y que ningún alma entrará en los portales de la bienaventuranza a menos que obedezca las leyes del reino de Dios? Cristo hizo que la ley de Dios fuera obligatoria para toda alma, a fin de que, mediante la obediencia a los preceptos divinos, el hombre volviera a ser leal a Dios. Todo pecador convertido a Dios debe vivir en conformidad con todos los mandamientos de Dios. Jesús vivió entre los hombres, consumiéndose en una continua abnegación y en trabajos de amor. El hecho de que Cristo viviera entre los hombres en la naturaleza humana es un testimonio para nosotros de que Dios está con nosotros. Dios habita en cada morada, oye cada palabra que se pronuncia, escucha cada oración que se ofrece, saborea las penas y las decepciones de cada hombre, considera el trato que se da al padre, a la madre, al hermano, a la hermana, al amigo y al prójimo. Él comprende nuestras necesidades, y su amado Hijo es el canal a través del cual su amor, misericordia y gracia fluirán para satisfacer nuestra necesidad.

"Y a vosotros os dio vida, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados; en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia; entre los cuales también todos nosotros anduvimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas."

18 de abril de 1895

Un ejemplo de fe salvadora

EGW

Debemos encontrar la seguridad de nuestra aceptación de Dios en su promesa escrita, no en un feliz vuelo de sentimientos. Si basáramos nuestra esperanza en emociones alegres, habría muchos del verdadero pueblo de Dios que carecerían de seguridad. En el redil de Cristo no sólo están las ovejas, que él conduce a verdes praderas, sino también los corderos, que el Pastor recoge en sus brazos y lleva en su seno. Jesús cuida de los débiles y débiles en su sencillez, y les animaría la vida con los latidos de su propio corazón. Si todos tuvieran una fuerte seguridad, ¿en qué se diferenciaría el niño de pecho de los de experiencia más avanzada? La palabra de Dios es rica en perlas de promesas; pero hay almas débiles y temblorosas, que no se atreven a pensar que dan fruto apto para el arrepentimiento, y que no se apropian de la promesa; sin embargo, son preciosas a los ojos del Señor. María Magdalena estaba muy cerca de Cristo, y sin embargo se quedó llorando y lamentándose, exclamando: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto."

Sería la ruina de muchas almas tener siempre la seguridad sin nubes de sentimientos gozosos de que son aceptadas por Dios. Sin sentimientos debemos aprender a apoyarnos en su palabra. Debemos aprender a asir la promesa, porque nunca podremos perecer si venimos a los pies del Amor infinito. La seguridad absoluta será nuestra cuando oigamos de labios del Maestro las palabras de bienvenida: "Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor". Tendremos pruebas de fe, pero sólo tenderán a aumentar nuestros tendones y músculos espirituales; porque tendremos que ejercitar la fe, y extender nuestra mano temblorosa para asir un "Así dice el Señor." Pero de este modo daremos honor y gloria a Dios. Las dudas y los temores contra los cuales hemos sido llamados a luchar son las preciosas pruebas de nuestra fe, los obreros de Dios que trabajan para nosotros un mucho más excedente y eterno peso de gloria. Una y otra vez debemos levantar nuestros ojos hacia Aquel que ha sido levantado en la cruz. "Mira y vive", fueron las palabras que resonaron en todo el campamento de Israel cuando se erigió la serpiente de bronce. Esto requería un acto de fe por parte de las víctimas que habían sido mordidas por las serpientes ardientes, pero se les aseguró que si miraban, vivirían. Nosotros también debemos mirar y vivir.

Aunque hay muchas falsificaciones de fe en el mundo, existe una fe genuina, y es esta fe la que obra por amor y purifica el alma. Dios, en su providencia, puso a Noé como representante de lo que haría la verdadera fe. El Señor quiso que Noé, en su vida y carácter, presentara ante el mundo antediluviano un marcado ejemplo de los resultados de creer en la palabra de Dios. No anduvo entre chispas de su propio fuego. Obtuvo todo su discernimiento, todo su poder, toda su fuerza, de la fuente de toda luz; porque estaba en comunión con Dios. Fue porque tenía fe en Dios, porque era un hombre de oración, que fue un hombre de poder. Encendió su vela en el altar divino para ser luz del mundo. Dios le confió un mensaje. En su tiempo había un alejamiento tan temible de Dios y de sus caminos, que el odio a la ley de Dios, el desprecio de la verdad y de la justicia, eran casi mundiales. La maldad de los hombres era muy grande, pero había esperanza para ellos si se apartaban de su maldad, y el Señor hizo a Noé su mensajero para proclamar a los habitantes del Viejo Mundo sus pecados y exponerles en qué habían provocado la ira de Dios. Les dijo lo que Dios se proponía hacer en el mundo. Les declaró la palabra de Dios. "Y dijo el Señor: Mi Espíritu no contendrá siempre con el hombre, porque también él es carne. Pero sus días serán ciento veinte años.... Y vio Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de él era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió el Señor de haber hecho al hombre sobre la tierra, y le dolió en el corazón.... Pero Noé halló gracia ante los ojos del Señor".

"Noé fue un hombre justo y perfecto en sus generaciones, y Noé caminó con Dios". "También la tierra estaba corrompida delante de Dios; y la tierra estaba llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado delante de mí; porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra."

"Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya aliento de vida, de debajo del cielo; y morirá todo lo que está en la tierra. Pero estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca, tú, tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos con ellos.... Así hizo Noé; conforme a todo lo que Dios le mandó, así hizo".

Noé tenía fe en Dios. Su posición era difícil; tuvo que pelear la buena batalla de la fe a cada paso. Se concedieron ciento veinte años de prueba a los habitantes del mundo, y Noé debía vivir durante esa generación. Todo a su alrededor estaba en confusión. Por todas partes había pecado y maldad, desprecio de Dios y de

su santa ley; pero él debía vivir entre los hombres, y no ser partícipe de sus malas obras, sino ser un ejemplo de justicia, y fe, y entera obediencia a Dios. En medio del desprecio mundial a Dios, fue un fiel predicador de la justicia, ejemplificando al mundo lo que podía ser la vida de un hombre que confiaba en la palabra segura de Dios, que obedecía todos sus mandamientos. Casi todo el mundo estaba en contra de Noé; sin embargo, había muchos que no habían tenido luz con respecto a la redención que se había prometido a nuestros primeros padres. El significado de las ofrendas de sacrificio se había pervertido y ya no mostraban al pueblo el método de la expiación.

El mensaje dado por Noé, la construcción de aquel extraño barco, suscitó preguntas, tal como Dios lo había diseñado, y despertó la curiosidad de la gente. Multitudes de personas vinieron de todas partes del mundo para ver la extraña y maravillosa estructura, y escucharon el mensaje de condenación y la promesa de liberación. Se repitieron las palabras que se habían dicho a Adán: que el pecado y Satanás no triunfarían siempre. Habría victoria para los que temían a Dios. Cuando se alzó su voz para advertir de lo que Dios iba a traer al mundo en juicio a causa de la maldad de los hombres, se manifestó una gran oposición contra las palabras del mensajero. La oposición, sin embargo, no fue enteramente mundial; porque algunos creyeron el mensaje de Noé, y repitieron celosamente la advertencia. Pero se buscó a los hombres considerados sabios, y se les instó a que presentaran argumentos mediante los cuales se pudiera contrarrestar el mensaje de Noé. Y como el mundo estaba en paz y no en guerra con el príncipe del mal, se alegraron de cualquier excusa para dejar de lado el "Así dice el Señor" y escuchar a los filósofos de la época, que presentaban la imposibilidad de que se produjera tal cambio en las fuerzas de la naturaleza como predijo Noé. No hay enemistad entre el hombre caído y los ángeles caídos; ambos son malos por apostasía, y el mal, dondequiera que exista, está aliado contra Dios. Los hombres caídos y los ángeles caídos se unieron para destronar a Dios.

Así fue como los sabios de este mundo hablaron de ciencia y de las leyes fijas de la naturaleza, y declararon que no podía haber variación en estas leyes, y que este mensaje de Noé no podía ser cierto. Los hombres de talento de la época de Noé se aliaron contra la voluntad y el propósito de Dios, y despreciaron el mensaje y al mensajero que Él había enviado. Cuando no pudieron apartar a Noé de su firme e implícita confianza en la palabra de Dios, lo señalaron como un fanático, como un anciano desvariado, lleno de superstición y locura. Así lo condenaban porque no se dejaba desviar de su propósito por razonamientos y teorías de hombres. Era cierto que Noé no podía rebatir sus filosofías, ni refutar

las afirmaciones de la llamada ciencia; pero podía proclamar la palabra de Dios, pues sabía que contenía la infinita sabiduría del Creador, y, como la repetía por todas partes, no perdía nada de su fuerza y realidad porque los hombres del mundo le tratasen con ridículo y desprecio.

Noé no mezcló los suaves y agradables engaños de Satanás con su mensaje. No expresó el sentimiento de muchos de su época que declaraban que Dios era demasiado misericordioso para hacer una obra tan terrible. Muchos afirmaban que Dios concedería a los impíos otro tiempo de prueba; pero Noé no les concedió la menor esperanza de que los que descuidaron la presente oportunidad, los que rechazaron el presente mensaje, serían favorecidos con otra oportunidad de salvación. Dios quiere que los hombres no sólo le amen, sino que su temor esté en sus corazones. La fe de Noé estaba mezclada con el temor; pues está escrito que Noé, advertido por Dios, conmovido por el temor, preparó un arca para salvar su casa. Su fe intensificó su temor; pues no fue un temor cobarde lo que lo movió. No se atrevió a suprimir las palabras de Dios por temor a los hombres, ni a retener su mensaje por miedo a las consecuencias que pudieran derivarse de la oposición y el odio de los malvados e incrédulos que le rodeaban. Conocía el poder de Dios y sabía que Dios cumpliría su palabra. Su temor de Dios no lo separó de Él, sino que sirvió para acercarlo más a Él, y para llevarlo a derramar su alma en ferviente súplica. Hubo muchos que al principio recibieron el mensaje de Noé, pero el temor de los hombres fue mayor que el temor de Dios, y se apartaron de la verdad de Dios para creer una mentira. A medida que pasaba el tiempo, y el reproche y el ridículo se amontonaban sobre ellos, sus corazones les fallaron, y no soportaron la prueba. Es el tiempo de la prueba el que medirá la fe profesada y la seguridad en Dios. El valor y la integridad no pueden ser estimados correctamente por los hombres hasta que el día de la prueba los ponga a prueba.

El Evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; pero es parte del Evangelio advertir al pecador de la condenación que espera al alma incrédula e impenitente. El amor de Dios se ha manifestado en el don de su amado Hijo al mundo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna; pero, mientras que la salvación se promete a condición de la fe en el Hijo de Dios, la condenación se pronuncia sobre los que no creen. "El que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él". Dios tiene un amor indescriptible por el pecador, pero declara: "El alma que pecare, esa morirá". Dios no se complace en la muerte del impío; porque su voluntad es que todos los hombres tengan vida eterna por la fe en el Hijo de Dios.

El Señor promete una bendición a los que cumplen sus mandamientos, y declara que entrarán por las puertas en la ciudad, y tendrán derecho al árbol de la vida. Pero cuando Dios da un mandamiento, quiere decir que le obedezcamos. Nuestras circunstancias, nuestro entorno, nuestras perspectivas financieras, no deben ser consideradas en el asunto, ni servir de excusa; porque él dará fuerza a todo el que se proponga con sinceridad cumplir su palabra, porque es Dios quien ha hablado.

El Dios paciente soportó a los habitantes del Viejo Mundo durante ciento veinte años, pero su paciencia, su larga paciencia, se convirtió en una excusa para la indiferencia, la impenitencia y el abuso de sus providencias. Ningún alma es abandonada de Dios, entregada a sus propios caminos y acciones, desamparada del cielo, mientras haya la menor esperanza de su salvación. Dios sigue a los hombres con súplicas, con advertencias de peligro, con seguridades de compasión, hasta que está seguro de que más oportunidades y privilegios serían totalmente vanos. La luz de Noé debía brillar durante ciento veinte años en medio de las tinieblas morales de los pueblos que estaban comprendidos dentro de cierto límite de años. Bajo la dirección de Noé, sus carpinteros construyeron un arca, y día tras día quedaron impresionados por la fe inquebrantable, la integridad inquebrantable del mensajero de Dios. Cada golpe de martillo, cada avance que se hacía, era una advertencia al mundo del diluvio que arrasaría a los incrédulos e impíos. La fe de Noé era una fe operante; era una fe salvadora, que lo movía al temor y lo llevaba a actuar de acuerdo con la palabra de Dios. Esta es la cualidad de la fe que salvará el alma. ¿Es la tuya?

25 de abril de 1895

Los prejuicios no dejan ver la verdad

EGW

"En toda la aflicción de ellos fue afligido, y el Ángel de su presencia los salvó; en su amor y en su piedad los redimió, y los llevó y los soportó todos los días de la antigüedad. Pero ellos se rebelaron y vejaron a su Espíritu Santo; por eso se convirtió en su enemigo y luchó contra ellos". Desde el principio del pecado Cristo estuvo con su pueblo para disputarle la autoridad a Satanás; porque vio que el conflicto debía llevarse a cabo aquí en la tierra. Satanás resistió al Hijo de Dios en todos sus esfuerzos por redimir a su pueblo. Envuelto en la columna de nube de día y en la columna de fuego de noche, Cristo dirigió, guió y aconsejó a los hijos de Israel en su viaje de Egipto a Canaán. Pero ¡cuán poco dispuestos estaban los hijos de Israel a dejarse guiar, a dejarse dominar por la

voz del Ángel del Señor! ¡Cuán ansiosos estaban de reivindicar su propio curso, de justificarse en sus sentimientos rebeldes, y de seguir sus propias ideas y planes!

Era el poderoso Consejero que estaba envuelto en la columna de nube y fuego, y que contemplaba el campamento de su pueblo. Era él quien los corregía en sus malos caminos, y los animaba a confiar en el Dios vivo para que los condujera sanos y salvos a la tierra prometida. Estaban continuamente bajo el ojo que nunca duerme ni dormita, y sin embargo murmuraban contra Moisés, el hombre a quien Dios había designado como su jefe visible, y con quien Jesucristo hablaba cara a cara, como un hombre habla con su amigo. A pesar de que el Señor actuó por medio de su siervo Moisés, cuando el enemigo los tentó a hacer conjeturas malignas, a tener celos y a buscar culpables, no resistieron sus tentaciones y se mantuvieron firmes en sus principios. Pero su fracaso es explicado por la palabra inspirada, y se nos da una advertencia a nosotros, sobre quienes ha venido el fin del mundo, para que no caigamos también en el mismo ejemplo de incredulidad. "Por tanto, como dice el Espíritu Santo: Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto; cuando me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. Por lo cual me entristecí contra aquella generación, y dije: Siempre yerran en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por eso juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad, que se aparte del Dios vivo. Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, si retenemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza."

Los hijos de Israel cayeron bajo el poder del enemigo por abrigar un corazón malvado de incredulidad al apartarse del Dios vivo, y una vez que se encontraron del lado del enemigo, éste presionó su ventaja y los convirtió en sus aliados hasta el extremo. El pecado de incredulidad, por el cual fue destruida su confianza en el Hijo de Dios, descarrió a Israel. En el mismo momento en que deberían haber estado alabando a Dios y magnificando el nombre del Señor, hablando de su bondad, relatando su poder, fueron hallados en la incredulidad, y llenos de murmuraciones y quejas. El engañador buscaba por todos los medios posibles sembrar la discordia entre ellos, crear envidia y odio en sus corazones contra Moisés, y suscitar la rebelión contra Dios, y escuchando la voz del gran engañador fueron conducidos a la aflicción, la prueba y la destrucción.

Cuando Jesús vino como hombre a nuestro mundo, Satanás había llevado a los judíos a la práctica de una religión que agradaba a los poderes de las tinieblas. El profeso pueblo de Dios se había apartado de Dios y seguía a otro jefe. Por su propia perversidad, iban hacia la destrucción; pero Cristo vino a disputar la autoridad de Satanás. Por todas partes se encontró con la tentación del enemigo, que trató de aparecer no como un ángel caído y maligno, sino como un ángel exaltado y leal. Trató de ocultar su verdadero carácter de engañador, falsificador, apóstata, acusador de los hermanos y asesino, y presentarse como alguien que tenía en su corazón el honor de Dios. Pero la vida de Cristo se convirtió en una larga escena de conflicto. Satanás excitó los corazones perversos de los hombres, y puso en acción la envidia y los prejuicios contra el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Hizo que los hombres cuestionaran y dudaran de la palabra, las obras y la misión de Cristo.

Aunque los judíos habían esperado mucho tiempo la venida del Mesías, cuando llegó no quisieron creer en él. Seguían a Cristo de un lugar a otro, para, si era posible, captar alguna palabra de sus labios para tergiversarla, malinterpretarla y publicarla, dándole un significado que no había sido expresado ni pretendido. Así, el camino de Cristo fue cercado por hombres que pretendían ser justos y santos. Desconfiaban de Cristo porque sus enseñanzas no concordaban con sus ideas y opiniones preconcebidas, y si reconocían que Cristo tenía razón, al mismo tiempo se reconocían equivocados. La obra de Cristo atestiguaba su misión y carácter divinos, y lo señalaba como la luz del mundo. Llevaba las credenciales divinas, pero, llenos de justicia propia, no se permitían creer en su autoridad celestial. Cegados por los prejuicios, no podían discernir su verdadero carácter. Se apartaron de la voz del verdadero Pastor y escucharon las sugerencias del enemigo de toda justicia.

Cristo fue una representación viva de la ley. En su vida no hubo violación alguna de sus santos preceptos. Mirando a su alrededor a una nación de testigos, que buscaban ansiosamente algo que cuestionar, buscando algún error o equivocación, para poder tener algo por lo que condenarle, pudo preguntar: "¿Quién de vosotros me convence de pecado?". Hacían elevadas profesiones de piedad, y pretendían estar avanzados en el conocimiento, y porque Jesús no los alababa y glorificaba como a una nación superior a las demás, se sintieron ofendidos, y estaban decididos a contrarrestar su influencia y hacer que su enseñanza no tuviera ningún efecto.

Cristo era uno con el Padre, a la altura del trono eterno, y la gloria de Dios caía directamente sobre él, y se reflejaba al mundo en el brillo de la grandeza del

carácter del Hijo de Dios. Su voz llegaba con la autoridad de los oráculos vivientes, como de alguien que reinaba en medio de la gloria central; sin embargo, aquellos por quienes trabajaba, a fin de salvarlos de la ruina eterna, no conocían su voz ni creían en su palabra. El enemigo trabajaba en los corazones humanos en los días de Cristo, a fin de ocultar la luz al pueblo. Muchos de los sabios que escuchaban las enseñanzas de Cristo, estaban convencidos de que el poder de Dios estaba con él, pero no quisieron aceptarlo como Mesías. Con gran muestra de prudencia protegieron al pueblo, para que no se extraviara, y le advirtieron que no se precipitara a recibir las nuevas doctrinas que enseñaba este nuevo Maestro, pues sus teorías y prácticas estaban en desacuerdo con las doctrinas que habían recibido de los padres. Dijeron al pueblo: Estáis en peligro de ser engañados. No os comprometáis con estas nuevas doctrinas, porque si este hombre es el Cristo, dará alguna prueba notable de carácter divino. De esta manera Satanás indujo a hombres que podrían haber sido un poder para Cristo, a trabajar del lado del enemigo en la controversia, y a convertirse en agentes por medio de los cuales inculcaba en los corazones del pueblo el cuestionamiento, la sospecha, la duda y el odio. Aunque muchos de los sacerdotes y gobernantes creyeron en él, tardaron en reconocerlo, por temor a ser destituidos de sus cargos.

Los dirigentes del pueblo buscaban siempre una excusa para justificar su actitud de incredulidad, y cuando realizaba sus milagros más convincentes, estaban dispuestos a captar cualquier cosa que pudiera parecer una objeción a sus pretensiones divinas.

Cuando Jesús hubo curado al paralítico, le dijo: "Hombre, tus pecados te son perdonados. Entonces los escribas y los fariseos se pusieron a discutir, diciendo: ¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios? Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, respondiendo, les dijo: ¿Qué razonáis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pero para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico), a ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa."

En el milagro que Cristo había obrado, había cambiado el corazón del hombre y lo había renovado en mente y cuerpo, demostrando así a los fariseos el hecho de que tenía poder para perdonar los pecados y traer justicia y paz al pecador. Sin embargo, los fariseos vieron en sus palabras de poder divino, un motivo de incredulidad y acusación. Consciente de su elevada integridad y autoridad como Hijo de Dios, sus palabras tenían un poder asombroso, e incluso mientras

descendía paso a paso por el camino de la humillación camino del Getsemaní y de la cruz, sus palabras eran tales que infundían el respeto de los hombres y les hacían exclamar: "Jamás hombre alguno habló como éste." ¡Con qué autoridad reprendía los pecados de los hombres de alta autoridad! La verdad era para él la verdad, y nunca sufrió en sus manos. Para él la verdad era una realidad viva, porque él era el Autor de la verdad. "Con este fin", dice, "nacé y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad". La verdad salía de sus labios con la frescura de una nueva revelación. Exaltaba siempre la verdad. Pero los hombres no amaban la verdad, amaban más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. No deseaban que se les hablara de sus errores y pecados, que se les reprendiera y corrigiera. Los corazones de aquellos a quienes anhelaba salvar estaban decididos a resistirle.

Jesús vio que, por muy arraigados que estuvieran los principios que se oponían a los que él proclamaba, eran engaño y falsedad, y se habían originado en el enemigo de toda justicia. Jesús dijo a la gente: "Todo el que es de la verdad oye mi voz". Cristo era la personificación de la verdad y la santidad. Él era quien había estado en los concilios de Dios y moraba en el santuario más íntimo del Eterno. Sabía de qué hablaba. Les estaba presentando la verdad del más alto orden, revelando a los hombres la mente infinita, dándoles las palabras de la vida eterna. Les estaba revelando el carácter del Padre, pero los hombres que estaban en lo alto del conocimiento y la posición, que afirmaban poseer una comprensión espiritual superior, no comprendieron el conocimiento que Jesús vino a impartir. No lograron captar con su entendimiento humano lo que había sido desde siempre, y era conocido por el Padre y por el Hijo. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente y, faltos del Espíritu de Dios, quedaron en la ceguera de las tinieblas. Rechazando la luz del cielo, "porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias", "se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido".

2 de mayo de 1895

¿Qué atmósfera rodea al alma?

EGW

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios."

Es de la mayor importancia para nosotros que rodeemos el alma con la atmósfera de la fe. Cada día estamos decidiendo nuestro propio destino eterno en armonía con la atmósfera que rodea el alma. Somos individualmente responsables por la influencia que ejercemos, y consecuencias que no vemos resultarán de nuestras palabras y acciones. Si Dios hubiera salvado a Sodoma por causa de diez justos, ¿cuál sería la influencia para el bien que podría salir como resultado de la fidelidad del pueblo de Dios, si cada uno que profesara el nombre de Cristo estuviera también revestido de su justicia! Si Dios pudo decir la morada y designar el oficio de Simón el curtidor, y dirigir definitivamente al centurión sobre cómo encontrarlo viviendo a la orilla del mar, también nos conoce por nuestro nombre, sabe cuál es nuestro oficio o negocio, dónde vivimos y cuáles son nuestras experiencias. Él sabe si estamos limpiando el camino del Rey de toda basura y obstáculo, para que pueda llamar a nuestras almas hacia adelante y hacia arriba, o si estamos llenando el camino con basura y bloqueando nuestro propio camino, y poniendo piedras de tropiezo en el camino de los pecadores, para impedir la salvación de las almas preciosas por las que Cristo murió.

Necesitamos una atmósfera más celestial que rodee nuestras almas. Necesitamos que nuestros labios sean tocados con un carbón vivo del altar. Necesitamos oír la palabra de Cristo: "Sé limpio". Si hemos esparcido tinieblas, si hemos acumulado basura y atesorado dudas, si hemos plantado semillas de duda y desánimo en las mentes de los demás, que Dios nos ayude a ver nuestro pecado. No podemos permitirnos dejar caer una sola palabra de duda, porque germinará y crecerá, y producirá una amarga cosecha. Debemos prestar atención a la exhortación: "Sed santos en toda vuestra manera de vivir". Una semilla de duda sembrada, y está más allá del poder de los hombres matarla. Sólo Dios puede arrancarla del alma. Nuestras palabras son una indicación de lo que hay en el corazón. Jesús dice: "De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca cosas malas. Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado."

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Es nuestro deber fomentar la fe, hablar de fe, para que tengamos fe. Si hablamos de duda, y alentamos la duda, tendremos abundante duda; porque Satanás nos ayudará en esta clase de obra. Necesitamos corazones santificados y labios santificados; necesitamos

respirar la atmósfera rica y vigorizante que viene de la Canaán celestial. Necesitamos estar llenos de toda la plenitud de Dios. Entonces tendremos vida, poder, gracia y salvación.

¿Cómo obtendremos estas grandes bendiciones? Cristo ha muerto para que podamos recibirlas por la fe en su nombre, pues nos ha ofrecido gratuitamente la vida y la luz. Entonces, ¿por qué hemos de persistir en clavar estacas en las que colgar sombrías escenas de duda? ¿Por qué debemos llenar las cámaras de la mente con las sombras de la incredulidad? ¿Por qué no dejar que los brillantes rayos del Sol de Justicia brillen en el corazón y en la mente, y disipen las tinieblas y las sombras que Satanás quiere traer sobre el alma? Volveos a la luz, a Jesús, el precioso Salvador. En vez de contemplar los defectos y taras de algún ser humano, ¿por qué no contemplar los encantos incomparables de Aquel que es el más grande entre diez mil, y el más hermoso de todos? No necesitamos tomar como modelo a ningún ser humano, porque Dios nos ha dado un ejemplo perfecto en la vida y el carácter de su Hijo unigénito, y contemplándolo nos convertiremos en su imagen. Mirad a Aquel cuyo trono es alto y sublime, y cuya gloria llena el templo.

El jardín de las promesas de Dios ha sido presentado ante nosotros, y por las preciosas promesas de Dios debemos aferrarnos a la fe, la esperanza y el amor. Por medio de estas gracias, la Iglesia puede resplandecer en la justicia de Cristo. La fe viva toma la mano del poder divino, y la fe es un ancla segura y firme para el alma, que entra en lo que está dentro del velo. Juan dice: "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe". Describe la gran multitud que estará delante de Dios como vencedores, y dice: "Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos". Las palmas significan que han obtenido la victoria, y las vestiduras blancas que han sido revestidos con la justicia de Cristo. Gracias a Dios que una fuente ha sido abierta para lavar nuestras vestiduras de carácter, y hacerlas tan blancas como la nieve. Y "clamaron a gran voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles se pusieron en pie alrededor del trono, y alrededor de los ancianos y de los cuatro animales, y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén: Bendición, gloria, sabiduría, acción de gracias, honra, poder y fuerza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. Y respondió uno de los ancianos, diciéndome: ¿Qué son éstos que están vestidos de ropas blancas, y de dónde han venido? Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han

lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono morará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni les dará el sol ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos."

¿Estás hoy lleno de tristeza? Fija tus ojos en el Sol de Justicia. No trates de ajustar todas las dificultades, sino vuelve tu rostro a la luz, al trono de Dios. El arco iris de la alianza, la promesa viva de Dios. Debajo de él está el propiciatorio, y quienquiera que aproveche las provisiones de misericordia que se han hecho, y se apropie de los méritos de la vida y muerte de Cristo, tiene en el arco iris del pacto una bendita seguridad de aceptación con el Padre mientras dure el trono de Dios. La fe es lo que necesitas. No permitas que la fe vacile. Pelea la buena batalla de la fe y aférrate a la vida eterna. Será una lucha severa, pero lucha a cualquier precio; porque las promesas de Dios son sí y amén en Cristo Jesús. Pon tu mano en la mano de Cristo. Hay dificultades que vencer, pero los ángeles que sobresalen en fuerza cooperarán con el pueblo de Dios. De cara a Sión, aprieta el paso hacia la ciudad de las solemnidades. Una corona gloriosa, un manto tejido en el telar del cielo, espera al vencedor. Aunque Satanás proyecte su sombra infernal en tu camino, y trate de ocultar de tu vista la escala mística que se extiende desde la tierra hasta el trono de Dios, por la que ascienden y descienden los ángeles que son espíritus ministradores de los que serán herederos de la salvación, sigue tu camino hacia arriba, planta tus pies en una ronda tras otra, y avanza hacia el trono del Infinito.

16 de mayo de 1895

Todo el deber del hombre

EGW

"Oigamos la conclusión de todo el asunto: Temed a Dios y guardad sus mandamientos, porque esto es todo el deber del hombre. Porque Dios someterá a juicio toda obra, con toda cosa secreta, sea buena o sea mala."

El registro de cada vida está escrito en los libros del cielo. Cada pecado que se ha cometido está allí registrado. Cada arrepentimiento por el pecado, cada lágrima de arrepentimiento, cada confesión de culpa, y el abandono de cada pecado querido, también está registrado. Cuando se celebre el juicio y se abran los libros, cada caso tendrá que pasar la prueba de la ley de Dios. Dios tiene una

ley por la cual gobierna las inteligencias tanto en el cielo como en la tierra. Jehová es el Gobernador supremo de las naciones, y ningún engaño mayor o más fatal podría apoderarse de las mentes humanas que el que lleva a los hombres a declarar que la ley de Dios ha sido abolida. Si así fuera, no podría haber juicio; porque no habría regla alguna por la cual pudiera probarse el carácter y sopesarse las acciones. Pero leemos que el juicio ha de sentarse, y que los libros han de abrirse, y que cada uno ha de ser recompensado según hayan sido sus obras. Si Dios no tiene una norma moral por la cual medir el carácter, no puede haber juicio ni recompensa.

Pero, según la palabra infalible de Dios, cada hombre será juzgado y recompensado según hayan sido sus obras, y se nos amonesta a hablar y obrar así como "los que han de ser juzgados por la ley de la libertad". Cuando el pecado ha sido arrepentido, confesado y abandonado, entonces el perdón se escribe contra el nombre del pecador; pero sus pecados no son borrados hasta después del juicio investigador. Ningún ser finito puede decir cómo está su caso a la vista de Aquel cuyos ojos son como una llama de fuego, que dice: "Conozco tus obras.... Te aconsejo que me compres oro afinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido y no se vea la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. A todos los que amo, reprendo y castigo; sé, pues, celoso, y arrepíentete."

Los que pretenden pensar que la ley de Dios ha sido abolida y que ya no existe, han establecido una norma imperfecta propia. Midiéndose a sí mismos por su propia norma finita, se declaran puros y perfectos. Satanás tiene una norma semejante, por la cual declara que es justo; pero estas normas falsas no pueden compararse con la norma infalible de justicia de Dios. Nadie que aprecie la verdad de la ley de Dios se atribuirá un carácter exaltado. Nuestra verdadera posición, y la única en la que hay seguridad, es la del arrepentimiento y la confesión de los pecados ante Dios. Sintiéndonos pecadores, tendremos fe en nuestro Señor Jesucristo, el único capaz de perdonar la transgresión y de imputarnos la justicia. Cuando vengan los tiempos de refrigerio de la presencia del Señor, entonces los pecados del alma arrepentida que haya recibido la gracia de Cristo y haya vencido por la sangre del Cordero, serán borrados de los registros del cielo, y serán colocados sobre Satanás, el chivo expiatorio, el originador del pecado, y no se recordarán más contra él para siempre. Los pecados de los vencedores serán borrados de los libros de registro, pero sus nombres serán retenidos en el libro de la vida. El Testigo Verdadero dice: "El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus

ángeles." Cuando el conflicto de la vida termine, cuando la armadura sea depositada a los pies de Jesús, cuando los santos de Dios sean glorificados, entonces y sólo entonces será seguro afirmar que somos salvos y sin pecado. La verdadera santificación no llevará a ningún ser humano a pronunciarse santo, sin pecado y perfecto. Deja que el Señor proclame la verdad de tu carácter.

Juan declara: "Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros". Pero debemos aceptar la preciosa promesa de que, "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." Por nuestras obras manifestaremos si tenemos o no fe personal en Cristo como nuestro Salvador; porque es por la justicia de Cristo que somos santificados. Debemos estudiar día a día las lecciones de Cristo, y crecer en él en todas las cosas. Si seguimos adelante para conocer al Señor, sabremos que sus salidas están preparadas como la mañana. Está perfeccionando el carácter cristiano según el modelo divino, está creciendo en fe, en influencia y en poder, y esta obra progresará en su carácter hasta que la fe se pierda en la vista, y la gracia en la gloria. La justicia de Cristo es imputada al alma obediente, y la paz de Cristo es un principio permanente en el corazón.

"Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". No hay cualidad en la ley para salvar al transgresor de la ley. La ley puede condenar, pero no puede perdonar, por lo tanto el transgresor habría sido dejado perecer en su miseria si no se hubiera ideado un plan para su salvación. Sólo Jesucristo pudo salvar al hombre caído. Se convirtió en el fiador y sustituto del hombre. Se convirtió en el abogado del hombre para defender su caso ante el Padre. Por nosotros se dignó hacerse hombre. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". Cristo se convirtió en el consuelo y la esperanza de la raza caída. Nuestro Salvador es Hijo del hombre además de Hijo de Dios. Tomó la humanidad sobre sí, y presentó un modelo para la humanidad en su carácter puro y perfecto. "No cometió pecado, ni se halló engaño en su boca". Su vida fue tan completa como un modelo, como su muerte fue completa como un sacrificio. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, y por eso sabe socorrer a los que son tentados.

Debería ser para nosotros motivo de gratitud y regocijo continuos que Jesús conozca nuestra debilidad y esté familiarizado con nuestras tentaciones. Estamos demasiado habituados a pensar que el Hijo de Dios era un ser tan completamente exaltado por encima de nosotros que le es imposible entrar en

nuestras pruebas y tentaciones, y que no puede compadecerse de nosotros en nuestra debilidad y fragilidad. Esto se debe a que no tenemos en cuenta el hecho de su unidad con la humanidad. Tomó sobre sí la semejanza de carne de pecado, y fue hecho en todo semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en las cosas que pertenecen a Dios. Se comprometió a salvar a todos los hijos e hijas de Adán que consintieran en salvarse por el camino de Dios.

Aunque se nos exhorta a la obediencia, no debemos pensar que podemos merecer la salvación por nuestras buenas obras. La salvación es el don gratuito de Dios, y debe recibirse por la fe. Cristo la proporciona al alma arrepentida mediante el gran plan de redención. Pero la prueba de nuestro amor a él, la evidencia de nuestra fe, se hallará en nuestra obediencia a la santa ley de Dios. Nuestro Salvador dice: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". Cristo nos ordena guardar los mandamientos porque sabe que en guardarlos hay una gran recompensa, la revelación de un carácter según la semejanza divina.

No debemos deshonorar a Dios por la incredulidad en Cristo como nuestro Mediador; porque él es plenamente capaz de salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. "Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos". Cristo hizo posible que el hombre caído guardara los mandamientos de Dios, pues levantará de la degradación del pecado a toda alma caída que se aferre por la fe a las promesas de Dios y cumpla las condiciones de la salvación. La humanidad de Cristo es una maravilla para los ángeles celestiales que están con él en los atrios celestiales, y conocen el precio infinito que pagó por la redención del hombre. Se maravillan de la gracia concedida a la raza caída, para que, haciéndose partícipes de la naturaleza divina, guarden la ley de Jehová. Estos maravillosos misterios desean contemplarlos los ángeles.

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>